

El Oron

Primer Libro
de Pellinor

ALISON
CROGGON

Lectulandia

Maerad es una esclava que vive en un poblado miserable al que la llevaron siendo una niña pequeña tras la muerte de sus padres por culpa de la guerra. Ella desconoce todavía que ha heredado un poderosísimo don y que descende de la famosa familia de los bardos de la Noble Escuela de Pellinor, gracias a lo cual es capaz de ver el mundo de una forma completamente distinta a la habitual. Solo será consciente de su identidad y del extraordinario destino que le espera cuando Cadvan, uno de los grandes Bardos de Lirigon, dé con Maerad para iniciarla en el largo camino que se abre ante ella. Maerad y su misterioso maestro emprenderán un viaje lleno de peligros e incertidumbres atravesando tierras desconocidas donde las fuerzas de la oscuridad ejercen su poder e imponen un terror sobrenatural.

Lectulandia

Alison Croggon

El Don

Primer Libro de Pellinor

ePub r1.0

fenikz 16.09.15

Título original: *The Gift*
Alison Croggon, 2002
Traducción: María Pardo Vuelta
Ilustraciones: Niroot Puttapipat
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Josh



PRÓLOGO

El Naraudh Lar-Chane (o Enigma del Canto del Árbol), una de las principales leyendas de la civilización perdida de Edil-Amarandh, se encuentra aquí traducido al completo por primera vez. Este gran clásico de la literatura annariense merece, a mi parecer, llegar a un público mucho más amplio que los académicos a los que ha atraído hasta ahora.

Por lo tanto, este es un libro dirigido al lector general más que al erudito. Hasta ahora *el Naraudh Lar-Chane* había sido valorado principalmente por la luz que arroja sobre la cultura de Edil-Amarandh, pero lo que me sorprendió cuando me encontré con él por primera vez fueron sus cualidades como romance. Me sobrevino entonces un deseo, humilde y al mismo tiempo más ambicioso que mi intención original de escribir un ensayo sobre la sociedad annariense: deseé capturar su vívido drama y magia única en inglés contemporáneo. Me sentiré complacida si mis trabajos han conseguido capturar una décima parte del hechizo del original.

Con este propósito he evitado las notas aclaratorias a pie de página, que hubieran interrumpido el fluir de la historia. En cambio, por cortesía hacia el lector, he incluido informaciones generales sobre la sociedad e historia de Edil-Amarandh, así como notas sobre la pronunciación de los nombres annarienses. Aun así, espero que la narración se sostenga sin necesidad de dichas notas, y que el lector que principalmente busque los placeres de la aventura se sienta satisfecho con la historia por sí misma.

Se ha escrito mucho en otros lugares acerca del sensacional hallazgo de los Escritos de Annar en una cueva descubierta por un terremoto en las montañas del Atlas, en el centro de Marruecos. Desde aquel acontecimiento, ocurrido en 1991, se ha hablado mucho más de las turbadoras implicaciones que ha tenido para la arqueología contemporánea, de los enigmas de datación que persisten sin ser resueltos y de la laboriosa tarea de desciframiento y traducción que todavía continúa. Para el aficionado que sienta curiosidad, las fuentes más útiles para comenzar a buscar los orígenes del *Naraudh Lar-Chane* son *Saber no categórico: las tres Artes de la Gente de las Estrellas*, de Claudia J. Armstrong, y el esencial *L'Histoire de l'Arbre-chant d'Annar*, de Christiane Armongath.

El Don recoge los dos primeros libros de *Naraudh Lar-Chane*. El texto original,

del cual solamente existe una copia completa, está escrito en annariense, la lengua mayoritariamente hablada en Annar. Al traducir del annariense mi preocupación principal ha sido intentar transmitir su vitalidad, y si esto ha de llevar a decisiones no eruditas, o incluso controvertidas, me acogeré a la clásica excusa del traductor: que a veces resulta imposible mantener tanto la letra como el espíritu de otra lengua. Siempre que me he encontrado con un problema intratable, he decidido ser fiel a esta última preferiblemente que a la primera. Puede ser que haya muchas decisiones que necesitarían una pequeña explicación, pero aquí deseaba ser breve y examinaré únicamente la más importante, la elección de la palabra *Bardo*.

He utilizado *Bardo* para traducir *Dhillareare* del Habla. Significa, literalmente, gente de las estrellas. Con su particular resonancia a maestría artística y autoridad espiritual, *Dhillareare* no posee ningún equivalente real en nuestra lengua. También he valorado el hecho de que en la lengua annariense, *dhille* era el verbo «cantar» o «salmodiar», y este giro bilingüe ha llevado a la conocida designación de los *Dhillareare* como cantantes del Don. *Bardo* me parecía la palabra más transparente y útil existente en nuestra lengua que atribuyese un estatus político, social y cultural a aquellos que describe.

El peligro de utilizar este término yace, como ya ha sido señalado, en sus inevitables asociaciones con las tradiciones irlandesa y galesa. Los Bardos de Edil-Amarandh se encontraban en una situación política y ostentaban un poder muy diferente al de los bardos de estas sociedades, pero existe aún así un fascinante presagio de su posterior estado de decadencia como cronistas y aduladores de la corte en la contratación del Bardo Mirlad por parte de Gilman al comienzo de la historia. En la sociedad annariense esta posición se habría considerado muy por debajo de la dignidad de un *Dhillareare*, y el eclipse que hoy en día sufren los poetas, de los que presumimos sean descendientes contemporáneos de aquellos, hubiera sido entonces algo prácticamente impensable.

Hay muchas personas a las que debo un agradecimiento, y aquí solamente puedo mencionar a unas cuantas. Nicholas, Veryan, Jan, Richard y Celeste Croggon leyeron el manuscrito en sus primeros estadios, y sus generosas respuestas me animaron sobremanera. También debo dar las gracias a Dan Spielman por ser un abogado entusiasta del proyecto, y a Sophie Levy del Corpus Christi College, Cambridge, por haber arrojado luz sobre algunos de los aspectos más oscuros de la vida social bárdica a lo largo de muchas conversaciones fascinantes. También me siento agradecida hacia Alphonse Carlorge, del Departamento de Literatura Comparada de la Université Paris IV-Sorbonne, por sus consejos de incalculable valor sobre algunos matices de traducción, y a Rebecca Seiferle por sus sugerencias acerca de la prosodia de los poemas, que a menudo ha sido difícil de mantener en inglés. Por último, pero no por ello es menor mi agradecimiento, me gustaría dar las gracias a mi marido, Daniel Keene, por su constante apoyo, sus acertados comentarios sobre algunas cuestiones peliagudas acerca de la sintaxis del annariense y por haber corregido el manuscrito, y

a mi editora, Suzanne Wilson, por sus excelentes y meticulosos consejos acerca de todos los aspectos de este libro. Cualquier falta o error que permanezca es, naturalmente, única y exclusivamente culpa mía.

ALISON CROGGON, Melbourne, Australia

*Uno es el cantante, que del sol se oculta;
dos es el buscador que huye de las sombras;
tres es el viaje, que transcurre en peligro;
cuatro los enigmas, el Canto del Árbol responde:
¡Tierra, fuego, agua, aire os invocan a salir!*

*Canción de cuna tradicional annariense,
Pergaminos de Annar, Biblioteca de Música de Calle.*



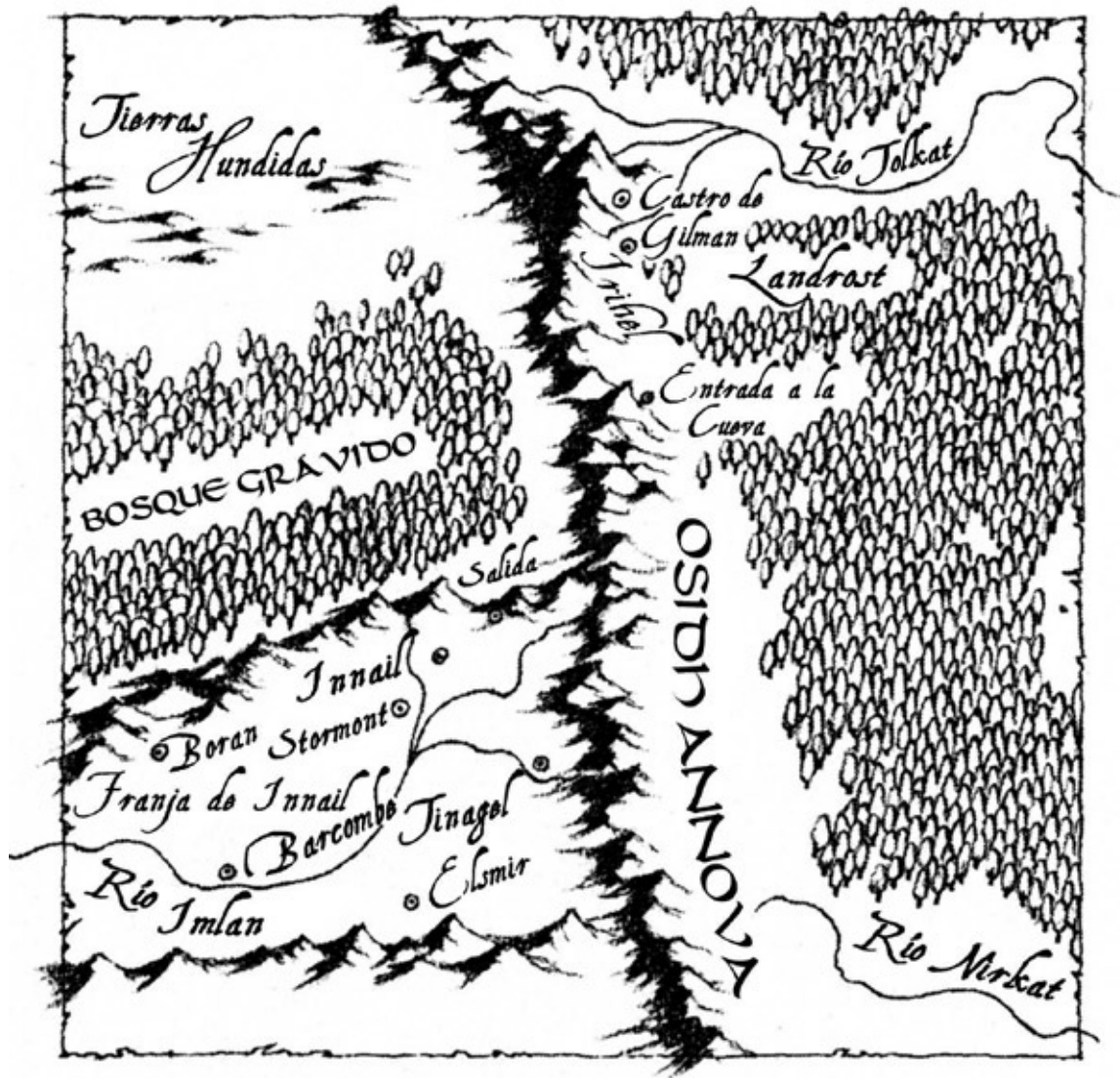
EL CASTRO DE GILMAN



*¡Háblame, bella doncella!
¡Háblame y no te alejes!
¿Qué será lo que tu mirada apena
y con tal negrura aflige?*

*Mi dama yace bien enterrada
son las de mi padre negras salas
lobos y carroñeros ahora guardan
sus arruinadas murallas.*

Extraído de *La leyenda de Andomian y Beruldh*





Durante casi tanto tiempo como era capaz de recordar, Maerad había estado prisionera entre muros. Era esclava en El Castro de Gilman, y era la suya la más mísera de las existencias: un ciclo sin fin de penurias, agotamientos y tristes miedos.

El Castro de Gilman era una pequeña aldea de montaña situada más allá de las fronteras de las amplias tierras del Reino Interior de Annar. Estaba anidado sobre la nuca de un inhóspito valle en la vertiente oriental de las montañas de Annova, donde la cordillera se separaba brevemente y discurría, como si de dos garras se tratase, hasta casi llegar al extremo norte. Su virtud, por lo menos en lo que respectaba al Caballero Gilman, era su aislamiento: aquí podía ser el tirano de sus dominios, sin nada que le controlase.

Era un fuerte bien defendido, a pesar de que nadie venía a atacarlo. En la parte de atrás del castro estaba el despeñadero de la muralla exterior, un escarpado precipicio que descendía varios cientos de metros desde el Landrost, el pico más alto de aquella parte de la cordillera. Alrededor del castro había unos muros de piedra toscamente cubierta, que se alzaban hasta una altura de nueve metros desde una base de unos seis metros de ancho. Se iban estrechando hasta tener poco más de un metro de anchura en la parte superior, espacio suficiente para que dos hombres pudiesen caminar uno al lado del otro. En la parte delantera había unas sólidas puertas de madera, por las que podían entrar con facilidad ocho hombres o un carro. Las puertas estaban atrancadas por la noche y la mayoría de los días, excepto para las cacerías o cuando los hombres de las montañas venían con sus enormes carros para intercambiar bienes, carne salada, quesos y manzanas secas por espadas, flechas, cubos y clavos.

Allí vivían cerca de un centenar de almas: el Caballero Gilman y su esposa, que había quedado reducida a una sombra después de haberle dado doce hijos, de los cuales aún vivían cinco, y sus secuaces con sus esposas y bastardos. El resto eran esclavos como Maerad, que habían sido capturados en algún asalto durante la juventud de Gilman, o por los que habían regateado en la puerta, o que sencillamente habían nacido allí. Vivían en habitaciones comunes, en unas cabañas alargadas a la sombra de las murallas.

Los edificios eran antiguos, incluso más de lo que pensaría Gilman. Las murallas las habían levantado en tiempos olvidados adustos hombres del norte para mantener

alejados a los lobos y cosas peores. Bajo el dominio de Gilman, las murallas servían sobre todo para mantener a la gente en su interior. Los pequeños prados que había dentro eran cultivados y cosechados por esclavos; las mesas, tapetes, quesos y bebidas agrias estaban hechas por esclavos, y Gilman no deseaba que ninguno de ellos se escapase. Sus numerosos guardias servían para reforzar su tiranía y, de manera no trivial, complacían la opinión que él mismo tenía acerca de su propia autoridad. Como muchos otros que gobernaban territorios bastante más extensos, Gilman no estaba por encima de la mezquindad que implica la vanidad.

Si alguien conseguía escapar, no había ningún lugar hacia donde correr: el destino más probable sería ser cazado por alguna bestia salvaje en los bosques que se extendían por debajo de las montañas. E incluso hasta aquel aislado castro habían llegado rumores que estremecían al mundo exterior: murmullos de sombras sin nombre que se aparecían en las profundidades del bosque, o de demonios olvidados que ahora se despertaban y caminaban a plena luz del día. Por lúgubre que fuese El Castro de Gilman, aquellas imprecisas historias de miedo funcionaban igual de bien que cualquier muralla, impidiendo cualquier intento de huida.

Maerad todavía era demasiado joven para haber abandonado la esperanza de escapar, a pesar de que se acercaba a la edad adulta y ya había comenzado a comprender mejor cuáles eran sus propias limitaciones, pues entendía que aquello era un sueño infantil. La libertad era una fantasía que ella roía obsesivamente durante sus pocos momentos de recreo, como un hueso viejo al que solo le queda un hilillo de carne y, como todas las ilusiones, la dejaba todavía más hambrienta que antes, solo que era consciente con más intensidad de cómo su alma moría de hambre dentro de ella, con las alas atrofiadas por la desesperación de no ser utilizadas.

El día que comenzaba la primavera empezó como cualquier otro en la vida de Maerad, con el sonido metálico de la campana del amanecer arrancándola del sueño. La empujó al límite de la conciencia, dolorida, pesada y ciega, y los sueños se sumieron en la oscuridad de su mente, como si nunca hubieran estado ahí.

Al amanecer salió dando tumbos de la casa de los esclavos hacia el pozo del patio, mientras su piel se contraía de dolor ante el aire helado. Se pasó la capa sobre los hombros y, sin apenas mirar hacia las formas borrosas de los edificios que la rodeaban, sacó un poco de agua y se la echó sobre la cabeza. Entre jadeos se sacudió el agua del cabello pesado, y el aliento le salió formando blancos remolinos por la nariz y entre los dientes que le castañeaban. Todavía sentía los miembros como el plomo, el rostro entumecido como un ladrillo, pero por lo menos estaba despierta.

Se estaba secando con la capa cuando escuchó un fuerte paso a sus espaldas. Maerad se volvió, rápida como un perro salvaje, con los pelos del lomo erizados. Pero solo era Lothar, el enorme y atontado encargado de la mantequería.

—¿Te acostaste tarde? —preguntó Lothar con una risita.

Maerad se volvió hacia el pozo con desprecio.

—Se escuchaba a los señores hasta que cantó el gallo —dijo—. ¿Y quién te tomó anoche?

—Cierra esa boca fangosa, cerebro de mosquito —dijo ella secamente—. O te echaré mal de ojo —se volvió para mirarlo a la cara, descaradamente, y comenzó a levantar las manos.

Lothar se puso pálido y cruzó las manos ante los ojos.

—¡Protección! ¡Protección! —lloriqueó—. No quería hacerte daño, Maerad.

—Entonces mantén tu boca alejada de chismorreos malvados —dijo ella entre dientes—. ¡Venga! ¡Vete!

Lothar se escabulló rápidamente, y Maerad se permitió una seca sonrisa antes de saborear el precioso minuto que le quedaba para sí misma. El castro se estaba desperezando, todavía no había cantado el gallo y aún faltaba un poco para que sonase la campana que los llamaba. La mayoría de los esclavos se acurrucaban ávidamente en sus pequeños retazos de calor del sueño, reacios a abandonarlo hasta el último segundo.

Maerad se echó hacia atrás y respiró hondo, alzando la vista hacia las distantes estrellas, diminutos puntos de fuego helado que se elevaban mucho más allá de las montañas. Buscó, como siempre hacía, la estrella del amanecer, Ilion, que ardía intensamente sobre el horizonte hacia el este, y aspiró una nueva frescura en el aire de la mañana. «Es el comienzo de la primavera», pensó. A pesar de su cansancio, su espíritu se elevó. Entonces bajó la vista hacia sus manos callosas y suspiró. «Pero no para mí, yo ya me estoy marchitando. ¿Qué será de mí?».

Miró para las miserables moradas que la rodeaban con un odio apagado. Además de los aposentos del caballero y el Gran Salón, que estaban mejor cuidados que la mayoría, el castro consistía en casuchas de piedra con el suelo sucio y tejados contruidos con tablillas de madera podrida. Muchas se derrumbaban por los años que tenían y a duras penas les habían puesto cataplasmas de arcilla y paja, lo que les daba un aspecto extraño y enfermizo. Apestaban a estiércol podrido y porquería humana. Desde el interior del gran dormitorio Maerad escuchaba el llanto débil y agudo de un niño enfermo, y a alguien que le gritaba con enfado, y después el sollozo seco de una mujer. «¿Qué será de mí?», se volvió a preguntar, inútilmente, y entonces sonó el tañido de la campana que los llamaba, que irrumpió en sus pensamientos. Se sacudió y caminó pesadamente hacia la sala común, para tomar su escaso desayuno consistente en unas finas gachas grises y para que le asignasen sus tareas del día.

Aquella mañana a Maerad la enviaron al corral de la leche, al sector de Lothar. Puso un gesto de disgusto ante su mala suerte. Tendría que aguantarlo todo el día después de haberlo desairado, y hoy se encontraba especialmente cansada. La noche anterior había acontecido uno de los desmadres del Caballero Gilman, una reunión especial para señalar la primera cacería de la primavera, y sus hombres habían vuelto hambrientos, con el cabello revuelto, salpicados de sangre, peleones, pidiendo a

gritos cerveza, voka, carne asada y música. Para Gilman aquel era uno de los momentos más importantes del año, y el trabajo de los esclavos se duplicaba durante aquel día. Maerad había hecho un turno de más en la cocina, dándoles vueltas y echándoles salsa encima a los cadáveres de ciervo ensartados en los pinchos de hierro. Después, ya que ella era la única música del castro, se había sentado en el Gran Salón durante toda la noche tocando las baladas que le resultaban tan tediosas: historias sobre la matanza del ciervo y el valor de hombres y perros. Y más tarde, canciones para beber, y otras verdes, las que Maerad más odiaba.

El Gran Salón era un gran nombre para algo que en realidad era un enorme establo, cruzado por toscas vigas, con un agujero ennegrecido en el tejado para que saliese el humo del gran fuego que siempre ardía en el medio del suelo. Maerad se sentaba en una esquina con su lira, con el rostro vacío de expresión para ocultar su desprecio, mientras veinte hombres sentados a una larga mesa de madera toscamente labrada colocada contra la pared arrancaban la carne de los huesos con las manos y se emborrachaban hasta perder el conocimiento con voka, un licor áspero que escocía en los ojos, destilado a partir de nabos y colinabos. No se habían tomado la molestia de lavarse, y su olor agrio y el humo de la madera hacían que le llorasen los ojos. Nadie había intentado ponerle las garras encima, para su alivio infinito, pero aun así, los ojos de color rojo encendido de los hombres la hacían sentirse sucia. A medida que transcurría la noche, el salón se llenaba y se calentaba más, y Maerad se sentía mareada por el mal olor y el cansancio. Había tocado mal, algo que raramente ocurría incluso en aquellas circunstancias, pero nadie se había dado cuenta.

La juerga había acabado poco antes del alba, cuando el último borracho bruto había caído boca abajo sobre la larga mesa y se había echado a roncar entre los demás, que yacían babeando sobre las manos o dentro de sus propios vómitos. Entonces, por fin, temblorosa por el cansancio, Maerad había cogido su lira y abandonado el salón, dando tumbos entre perros dormidos, huesos tirados, porquería, voka derramado y cuerpos roncantes, hacia el dulce aire del exterior. Apestaba, pero estaba tan cansada que simplemente recorrió el camino hacia las estancias de las esclavas y se deslizó sobre su precario palé cubierto de paja para tener una hora escasa de sueño.

En el establo de las vacas apoyó la frente sobre los flancos cálidos de una vaca de ojos negros, que rumiaba pacientemente mientras ella manoseaba sus ubres repletas. La leche salpicaba rítmicamente el interior del balde. Maerad estaba a punto de quedarse dormida cuando de repente la vaca hizo un amago de patada contra ella y esta intentó esquivarla como pudo. Se espabiló de golpe, rescatando el balde —derramar la leche significaría un azote— e intentó calmar al animal. Normalmente una palabra bastaría, pero la criatura continuaba resoplando y pataleando, tirando de las cadenas que la agarraban de la pata trasera y la cabeza como si estuviese angustiada o asustada.

A Maerad se le erizó el vello de la nuca. Tuvo una extraña y tensa sensación,

como si estuviese a punto de estallar una tormenta y el aire estuviese cargado de electricidad ante los inminentes rayos. Miró por todo el establo.

Allí había un hombre de pie, a menos de tres metros de distancia, un hombre al que nunca había visto. Durante un momento, el susto la dejó sin respiración. El hombre era alto, y su rostro adusto estaba ensombrecido por una capucha de lana oscura, toscamente tejida. Ella se levantó y buscó una vela de junco, sin saber si gritar pidiendo ayuda.

—¿Quién eres? —le dijo secamente.

El hombre permaneció en silencio.

Ella comenzó a asustarse.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar. ¿Sería un semi-hombre salido de las montañas? ¿Un fantasma?— ¡Avante, espíritu negro!

—No —dijo él por fin—. No, no soy un espíritu negro. No soy ningún semi-hombre con piel de humano. No. Perdóname —suspiró pesadamente—. Estoy cansado, y herido. No soy lo bastante... yo.

Sonrió, pero aquello era más bien una mueca de dolor, y cuando la luz de la vela sobrepasó la capucha e iluminó sus rasgos, Maerad vio que estaba gris de cansancio. Su rostro era llamativo: no parecía ni joven ni viejo, el semblante de un hombre de quizá unos treinta y cinco años, pero que de alguna manera tenía también la autoridad que da la edad. Tenía los pómulos elevados, una boca firme y grande y los ojos hundidos. Le sostuvo la mirada:

—Y ¿quién eres tú, joven bruja-doncella? Se necesita tener una vista aguda para ver a los que son como yo, aunque quizá mis artes me estén fallando. Di tu nombre.

—Y ¿quién eres tú para preguntarme? —le dijo Maerad beligerante. Se dio cuenta, con una punzada de sorpresa, de que no estaba asustada a pesar de que, pensó en una décima de segundo, debería estarlo.

El hombre la miró duramente, analizando su rostro. Se tambaleó ligeramente y se corrigió, y después volvió a sonreír, como si se disculpase.

—Soy Cadvan, de la Escuela de Lirigon —dijo—. Y ahora, señorita, ¿cómo te llaman?

—Maerad —dijo, casi en un susurro. De repente se sintió completamente sin palabras, confundida ante su cortesía.

—Maerad de las Montañas —dijo el extranjero con una sonrisa irónica.

—De... de la fortaleza de Gilman —dijo con la voz entrecortada. Y después rápidamente—. Soy esclava aquí...

—¿Esclava?

Se escucharon unos pasos en el exterior y la mole de Lothar ensombreció la puerta.

—¿Dónde está la leche? ¿Qué estás haciendo aquí, es que has perdido el juicio? ¿Es que te estás buscando el látigo? Si no aparece la mantequilla, ya sabremos a quién echarle la culpa.

Él no se sentía bien con ella después del desaire de aquella mañana. Pero Maerad volvió a tomar aliento, aturdida. A pesar de que el extranjero estaba directamente ante su vista, Lothar parecía ver a través de él.

—Lo-lo siento —tartamudeó ella—. El ganado está inquieto...

Se sentó en el taburete y se volvió a inclinar hacia la vaca, que ahora esperaba pacientemente. Lothar la miró mientras ordeñaba. Ella deseó que se fuese. Tras un rato breve, escuchó cómo se alejaban sus pasos y se relajó un poco. Continuó ordeñando porque necesitaba tiempo para poner sus pensamientos en orden. El extranjero continuaba allí, mirándola.

—Maerad —dijo tranquilamente el extranjero—. No deseo hacerte daño. Estoy cansado y necesito dormir. Es por eso por lo que estoy aquí —se pasó la mano por la frente, y después se inclinó sobre la pared del establo.

—No te ha visto —dijo ella inexpresivamente, todavía ordeñando sin cesar para esconder su asombro.

—No, es un pequeño detalle —dijo él, casi abstraído—. Un simple conjuro destellante. Lo interesante es que tú me hayas visto —se la volvió a quedar mirando con aquella mirada penetrante, perturbadora. De repente Maerad se sintió tímida ante él, como si estuviera desnuda, y volvió la cara. Sentía los ojos de él sobre ella, y después una especie de alivio cuando él apartó la mirada. Involuntariamente tembló. Escuchó cómo él se movía y se sentaba.

—Desearía no estar tan cansado —dijo por fin, y después preguntó—. No siempre has sido esclava, ¿verdad?

—Mi madre no era esclava —respondió Maerad, hablando de mala gana, como si lo hiciese contra su voluntad—. Gilman la compró y la trajo aquí cuando yo era muy pequeña. Creo que quería pedir un rescate, pero nadie la reclamó —hizo una pausa y añadió rotundamente—. Y entonces murió —se retorció para mirarlo, con un destello de ira—. ¿Y a ti qué te importa? —exigió saber—. ¿Quién eres tú para preguntármelo?

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Milana. Milana de Pellinor. Cantante del Don, Hija del Primer Círculo. Mi padre... —dejó de ordeñar, y se llevó las manos a la boca atónita—. ¡Oh!

—Pues sí, oh —dijo Cadvan.

—Quiero decir que mi madre se llamaba Milana, eso es todo lo que recuerdo... —Maerad se detuvo en seco, confundida—. Ella... murió cuando yo tenía siete años... no sé nada de... de lo demás. ¿Tú me has hecho decir esto?

—¿Hacerte? No, yo no puedo hacerte decir nada. He preguntado y las puertas de tu mente se han abierto de par en par. Hay más cosas dentro de ese tesoro de lo que la mayoría de la gente se da cuenta. La Escuela de Pellinor —dijo, como para sí mismo—. Fue saqueada, oh, hace años. Creía que los habían matado a todos —se quedó en silencio y Maerad, conmovida, continuó ordeñando. ¿De qué estaba hablando aquel hombre? ¿La estaba enredando, como se decía que hacían los espíritus salvajes,

ofuscando sus sentidos antes de hacerla caer en la trampa? Pero no parecía malvado.

—¿Con qué derecho vienes aquí y dices... y dices esas cosas? Podría llamar a los hombres del caballero... —tartamudeó hasta detenerse. Por algún motivo sabía que no llamaría a los guardias.

El extranjero dejó caer la cara entre las manos y no respondió. Maerad se quedó mirándolo enfadada. Acabó de ordeñar a la vaca y la soltó, acercando a la siguiente. Cadvan permanecía sentado, inmóvil, en la misma posición.

—No puedes quedarte aquí, si eres de Pellinor —dijo él por fin.

Maerad miró al extranjero con una súbita esperanza salvaje. ¿Quería decir que conocía alguna forma de liberarla? Pero nadie podía escapar del castro...

Él levantó la vista para mirarla.

—¿Podrías, tal vez, sisar algo de leche?

Sin decir ni una palabra le ofreció el balde de la leche. Tras un largo trago, él se secó la boca y sonrió.

—Os bendigo, a ti y a tu casa —dijo. Maerad asintió con impaciencia, dejándose de cortesías—. ¿Tendrás que volver de nuevo al establo? —preguntó—. Hoy, quiero decir.

Ella examinó su rostro con recelo.

—Sí, hoy me han destinado aquí —dijo finalmente—. Vendré otra vez a ordeñar por la noche. ¿Por qué?

—Bien —se estiró y bostezó—. Ahora dormiré. Hablaremos más tarde. Sí, cuando esté menos cansado.

Se estiró sobre el heno y se quedó dormido casi instantáneamente. Maerad lo miró, planteándose si despertarlo a patadas y hacerle responder a sus preguntas, o si llamar a los guardias después de todo. Pero por razones que no pudo figurarse, no hizo ninguna de las dos cosas. En cambio, acabó de ordeñar y lo dejó ahí. La golpearon por la leche que faltaba.

Aquel día Maerad estaba tan despistada que tuvo suerte de escapar a una segunda paliza. En sus tareas en el corral de la leche —batir mantequilla o colocar la leche en cuencos para hacer bebidas agrias— apenas veía lo que hacía. Al principio no sabía lo que sentía hacia el hombre que estaba en el establo. Su mente, experimentada en las evasiones que necesitaba para sobrevivir, esquivó los pensamientos relacionados con él; era, de alguna forma, impensable. Pero de vez en cuando se le venía espontáneamente a la cabeza una imagen de su rostro moreno, y con ella una inquietante sensación a la que no podía poner nombre: una premonición que hacía que la piel le picase. No era una sensación exactamente desagradable, pero tampoco era precisamente cómoda. Si hubiera sido una niña acostumbrada a celebrar el día de su santo, podría haberla comparado con la sensación de esperarse un regalo, pero no conocía ese tipo de celebraciones. Al mismo tiempo, la máscara sin expresión,

impasible, bajo la que sobrevivía, parecía haber desaparecido, dejándola al descubierto y un poco asustada. Era como si el extranjero hubiera abierto una puerta que llevaba largo tiempo cerrada en su mente y hubiese entrado una fría corriente de aire fresco que la había despertado de su estupor. «¿Quién soy yo?» se preguntó, y la pregunta le dolió.

Estaba acostumbrada a su propia extranjería. A menudo había resultado ser tanto una protección como una maldición. A causa de sus ojos azules y su cabello negro, los Norteños de cabello claro la llamaban bruja, y ella había interpretado bien su papel desde una temprana edad, haciendo una virtud de lo que la diferenciaba de los demás. Y Maerad poseía el poder de la maldición: si miraba a alguien fijamente, este tropezaba y caía sin razón, o un tazón podía caerse de una estantería y rompersele en la cabeza. Incluso una vez había dejado a un hombre ciego durante tres días. También se le daban especialmente bien los animales, otra señal de brujería: los que ella cuidaba se ponían gordos y daban el doble de leche que los demás. La mayoría de los esclavos le tenían miedo y la evitaban, y los hombres de Gilman... bueno, los hombres del caballero también habían aprendido a dejarla en paz.

Gilman era profundamente supersticioso e, igual que todos los matones, era un ferviente cobarde. Creía que si Maerad fuese asesinada, su espíritu lo llevaría a él a una muerte espeluznante: lo volvería loco hasta que saliese corriendo a ser cazado por los lobos, quizá, o le iría clavando lentamente cuchillos de fuego invisibles. Así que Maerad se libraba de las peores tareas, lo cual originaba comentarios y mezquindad entre muchos de sus compañeros esclavos. Recientemente aquel resentimiento había desatado la violencia abierta: hacía un mes, seis mujeres la habían atacado y habían intentado ahogarla en el estanque de los patos. Casi lo habían conseguido, pero Gilman había salido corriendo del salón, con la cara roja por el pánico, y la había arrastrado fuera del agua. A pesar de que a Maerad la habían abofeteado por los problemas que había causado, las esclavas que la habían atormentado habían sido azotadas y privadas de comida durante tres días. ¡Salvada por Gilman! Sonreía con humor ante la ironía. Había detenido la persecución, de momento... pero ahora ya nadie le hablaba, aparte de los idiotas como Lothar.

Si no hubiera sido por su música, se habría matado, o habría dejado que los demonios de su cabeza la provocasen hasta la locura. O quizá se habría vuelto de piedra y se habría convertido en lo mismo que el resto, brutalizada de todo sentimiento. Su lira era su única posesión, la única cosa que le quedaba de su madre. Era pequeña, se le asentaba en el brazo como si fuese un bebé, un instrumento de madera desnuda sin ningún tipo de decoración a excepción de unos grabados indescifrables, pero su sonido era puro y verdadero. Uno de sus primeros recuerdos era el de su madre tocándola, punteando las cuerdas y cantándole a Maerad; suponía que debía de ser muy pequeña, porque su madre no estaba triste.

Maerad podía tocar como un verdadero juglar: tenía el oído aguzado, y solo necesitaba escuchar una melodía una vez para poder repetirla. Mirlad, el Bardo de

Gilman, había descubierto su talento después de que muriese su madre. Entonces solo tenía siete años, y él había conseguido persuadir a Gilman para que liberase a Maerad de algunas de sus tareas matutinas para que él pudiese enseñarle. Mirlad, brusco, taciturno, a veces cruelmente severo, había sido su profesor hasta que cumplió trece años: entonces Gilman había reclamado su trabajo de nuevo en los campos. Maerad recordaba su tristeza ante aquella decisión, y la extraña respuesta de Mirlad: «Te he enseñado todo lo que sé de música», le había dicho, encogiéndose de hombros con indiferencia. «Cualquier otra cosa sería un desperdicio aquí. Puedes tocar por las noches, de todas formas».

Su música acrecentaba su aislamiento, pero había otra razón para que Gilman la tolerase: Mirlad había muerto unos dos años antes, a pesar de que quizá solo Maerad había lamentado su muerte, y ahora era ella la única persona en el castro que tenía habilidades para tocar en las juergas. Tocaba para sí misma, en privado, siempre que podía, y aquellos escasos momentos eran el único consuelo en su degradada vida.

«Milana. Mi madre. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que pensé en ti? Me trenzabas el cabello cada noche, incluso si las manos te temblaban de cansancio, y me tocabas hermosas melodías cuando me sentía triste o cuando alguien me pegaba, y me besabas, ahí, en la frente...» la mente de Maerad se estremeció ante el recuerdo de la muerte de su madre, cómo había caído enferma, consumida por la fiebre, el dolor y la pena. Había muerto, eso era todo, y después de aquello Maerad se había quedado sola.

Durante tanto tiempo como era capaz de recordar, Maerad había soñado con huir del Castro de Gilman. Pero los años pasaban y solo traían la seguridad de que escapar era imposible. La esperanza se había ido consumiendo poco a poco, hasta que, a pesar de que Maerad no lo sabía, se había quedado con la misma belleza triste que recordaba de su madre. Ahora, aquel *Cadvan* —dijo el nombre para sí misma, en privado— había surgido de la nada, como si no existiesen muros, ni guardias ni perros.

A medida que pasaba el día, volvía a la conversación de la mañana con una impaciencia creciente. A veces se convencía de que había soñado lo del extranjero, que había sido una ilusión producto de su cansancio, una misteriosa proyección de la nostalgia que la quemaba por dentro. Pensaba que la esperanza había muerto dentro de ella, pero ahora se daba cuenta de que simplemente se había dormido, como brasas de color gris ceniza que mantenían un corazón todavía brillante, al que la más sencilla respiración le avivaría las llamas.

Las horas se le hicieron larguísimas, pero por fin llegó la noche. Justo antes de ir al establo, movida por un súbito impulso, Maerad se deslizó hasta su estancia y cogió la lira del lugar donde la guardaba, envuelta en arpillera bajo su palé.

Cadvan continuaba allí, tumbado de espaldas en el establo, con las manos

dobladas detrás de la cabeza, aparentemente analizando el techo. Ahora ya no tenía un rostro tan grisáceo, a pesar de que aún conservaba círculos oscuros bajo los ojos. Le sonrió a Maerad cuando entró, pero cuando vio las marcas recientes que tenía en las piernas de los azotes sufridos aquel mismo día, su sonrisa se desvaneció. Ella le devolvió una mirada sin expresión, esperando a que él hablase. Él suspiró y se puso en pie.

—Bien, Maerad, he tenido algo de tiempo para pensar —dijo—. Este lugar es repugnante, asqueroso: aquí se trata mejor a los animales que a las personas. Eso ya es suficientemente injusto —hizo una pausa—. ¿Deseas marcharte?

Maerad casi se echó a reír. El castro estaba vigilado día y noche, y los guardias eran celosos. Algunos esclavos habían intentado escapar, pero durante toda su vida Maerad había escuchado que ninguno lo había conseguido, aunque había visto muchos azotes salvajes y cómo los sabuesos de Gilman despedazaban a un hombre. Era suficiente para impedir el intento.

—¿Marcharme de este lugar?

—En serio, Maerad.

—No he soñado con ninguna otra cosa durante años —dijo ella—. Es imposible. ¿Por qué crees que todavía estoy aquí?

—Nada es imposible —Cadvan hizo una pausa y bajó la vista al suelo—. Podrías marcharte conmigo. Pero tengo un pequeño dilema sobre qué hacer, ya que llevarte conmigo sería lo más imprudente. Voy saltando de peligro en peligro, y no estoy en mi mejor forma.

A Maerad se le cayó el alma a los pies de la decepción. No se había dado cuenta, a pesar del franco escepticismo, de la resistencia de su esperanza. Pero Cadvan continuó.

—Tampoco podría dejarte aquí, si de verdad eres la hija de Milana, y cierto es que tú deseas marcharte. Quizá podría volver cuando tenga más fuerzas, pero tengo obligaciones que no puedo abandonar, y no estaría libre de ellas en varios meses. Y mi corazón me dice... —volvió a quedarse en silencio, mirando hacia el suelo, como si estuviese valorando una decisión difícil—. Ahora he de marcharme. Si quieres venir conmigo, puedes. Marcharnos será tarea fácil. Otras cosas no serán tan sencillas, pero tendremos que aceptarlas tal y como vengan.

De repente Maerad se había quedado sin respiración y no podía responder.

—¿Sí? —dijo el extranjero—. ¿O no?

—¿Por qué me preguntas esto? —dijo ella— ¡Es imposible! ¿Me estás engañando?

Cadvan se limitó a mirarla sin responder. Ella le devolvió la mirada obstinadamente, negándose a bajar la vista.

—Hay pocas ocasiones en la vida de una persona en las que la elección esté clara —dijo finalmente Cadvan—. La diferencia entre una persona y otra es cómo llevan a cabo esa elección —se produjo un breve silencio, y después hizo un gesto impaciente

—. No tengo tiempo. Ya he realizado mi oferta. Puedes quedarte o marcharte, como desees. Te estoy preguntando qué quieres. Si no lo sabes, no es asunto mío —se quitó unas pajas de la capa y se dio la vuelta para salir del establo.

Una sensación similar al pánico invadió a Maerad. Durante un segundo se sintió como si estuviera ahogándose de nuevo: solo que esta vez no habría ninguna mano que la sacase a la orilla.

—¡Espera! —gritó—. ¡Espera!

Cadvan se volvió a mirarla.

—Iré —dijo ella.

Cadvan miró su lira empaquetada.

—¿Necesitas coger alguna cosa? —Maerad negó con la cabeza—. Bueno, eso está bien. Entonces nos vamos.

—¿Ahora? ¿Y las vacas? —y la verdad era que se estaban agachando, pidiéndole que las aliviase de su carga de leche.

—Otra persona las ordeñará esta noche —dijo Cadvan—. No creo que Gilman permita que sus bestias sufran, son demasiado valiosas. Y ahora, date prisa. Ven aquí.

Maerad se acercó a él cautelosamente, y él la hizo quedarse en pie, cuadrada ante él. Le colocó las manos sobre los hombros y habló. Las palabras hicieron que un estremecimiento recorriese a Maerad, era como sumergirse dentro del agua fría y fresca de una fuente que brotase desde la mañana del mundo.

—*¡Larneá il oseanna, lembel Maerad inasfrea!* —dejó caer las manos—. «Que los ojos de los hombres se aparten de Maerad para que pueda caminar sin ser vista» es más o menos lo que he dicho —le explicó—. Ahora ningún hombre podrá verte, aunque estés a un palmo de su nariz. La virtud no funciona con los objetos si los dejas caer. ¡Así que mantén tu hatillo cerca de ti! Y ahora debemos escalar las murallas.

Cogió un paquete que Maerad no había visto y caminó hacia la puerta baja. Mientras lo hacía, a Maerad le volvió a asaltar el pánico. De alguna forma ya sentía que su decisión era irrevocable, aun sin saber qué era lo que había decidido: ¿por qué confiar en aquel hombre? No sabía nada de él. Pero sus dudas se veían superadas por un fuerte anhelo, como si todas sus ansias de libertad, aplastadas por la desesperanza durante tantos años, hubieran vuelto en una única ola urgente. «No puede ser peor de lo que hay aquí» pensó, «porque aquí estoy segura de que moriré, y ahí fuera... ¿quién sabe?». Inspiró hondo y siguió a Cadvan hacia el exterior del establo.

—Debemos darnos prisa —dijo él—. Nada de hablar. Tampoco puedo hacer que no se nos pueda oír.

Salieron del establo y llegaron al muro del sur. A Maerad le resultó difícil no estremecerse en las plazas abiertas, en donde los hombres del caballero se apoyaban contra los muros, jugueteando con sus armas: era difícil creer en su invisibilidad cuando se sentía tan visible.

Su camino les hizo pasar por el Gran Salón. Los perros encadenados levantaron la

vista y olfatearon a modo de saludo cuando pasaron, pero los hombres veían a través de ellos.

Se mantuvo cerca de Cadvan, caminando de puntillas sin querer, hasta que llegaron a la zona menos vigilada, en las murallas exteriores. La muralla no era difícil de escalar, Maerad se había planteado la logística a menudo. Era imposible, de todas formas, bajo la vigilancia de los guardias, cuya mirada cubría cada centímetro de muro y sabían que sus vidas estaban perdidas si alguien se marchaba. Cadvan colocó un pie sobre el muro, y Maerad le mostró impotente su lira envuelta en arpillera, que no se podía colgar a la espalda. Él se detuvo pensativo, la cogió y la metió en su hatillo. Después volvieron a empezar. Cuando llegaron a la cima, Cadvan se detuvo, echando un vistazo a cada lado hacia los guardias que patrullaban. Tras elegir detenidamente el momento, tomó a Maerad del brazo y la empujó por el estrecho camino, y después bajaron juntos al otro lado.

Mientras lo hacían, Maerad escuchó cómo sonaba la campana —una vez, dos, tres— antes de comenzar un largo y urgente repique. Era la señal ante una huida. Se sobresaltó, sintiéndose horriblemente descubierta. Lothar debía de haberse percatado ya de su ausencia, pero era demasiado pronto; sin duda buscaba venganza por el desaire de aquella mañana, y la azotarían por hacer saltar la alarma. Se desató una conmoción en el castro. Ella medio gateó, medio cayó por la pared, golpeando a Cadvan hasta tirarlo al suelo.

—¡Ahora marcas tú el paso! —dijo él riendo—. ¡Creía que nunca conseguiría sacarte de ahí!

—¡No enviarán a los perros! —susurró Maerad, jadeando de miedo—. No hay manera de escapar a los sabuesos de Gilman. ¡Pueden seguirle la pista a un venado durante una semana y son capaces de hacer pedazos a un hombre fornido en un minuto!

—Es fácil tratar con los perros —dijo Cadvan—. No tengas miedo, Maerad. Si los perros son lo peor a lo que nos tenemos que enfrentar, seremos afortunados. Pero ahora debemos continuar. ¿Ves el final de este valle? Quiero estar bien alejado de aquí antes de que amanezca. Nuestra condena de esta noche es, me temo, una larga caminata. Después descansaremos.

Maerad miró hacia el valle donde había estado encarcelada la mayor parte de su corta vida. El suelo se extendía ante ella, un descenso constante y regular lleno de piedras y unos cuantos escombros, y el extraño árbol inclinado contra los fuertes vientos que descendían de las montañas, el Osidh Annova, la frontera este del Reino Interior. Un rudimentario sendero bajaba dando vueltas por el centro del valle, desparramándose por aquí y por allí con piedras procedentes de alguna avalancha.

De repente se sintió muy pequeña y asustada. Miró al hombre que tenía a su lado, y tragó saliva. Su rostro era oscuro y cerrado, los grandes perros que aparecían en sus pesadillas, con sus aullidos y sus largos pasos persecutorios, a él le resultaban una pequeña inconveniencia. Sin duda sabía de cosas mucho peores. Ahora le parecía

reservado, cargado con algún poder oculto que ella solo podía sentir. No quería parecer tonta ante un hombre así. Se cuadró de hombros y respiró hondo.

—Entonces caminaremos —dijo ella, volviendo la cara hacia el sendero quebrado.

A su espalda, tras el castro, se erguía de fondo el Landrost, con la cima teñida de rojo por el sol que se ponía, y su enorme masa sumía todo el valle en la sombra.



Todavía no habían avanzado ni media milla cuando Maerad escuchó el prolongado alalí del cuerno de caza y los aullidos de los sabuesos de Gilman. El corazón se le encogió. No pasaría mucho tiempo antes de que las puertas del castro se abriesen de par en par y apareciesen tres de los hombres del caballero, gritando, rudamente ensillados y con los sabuesos corriendo tras ellos, galopando en la luz que ya estaba baja. Recorrían el lugar con los hocicos bajos en busca de un aroma, con el ansia de sangre y con fuego en sus ojos. Maerad luchó contra el miedo que la invadía e inconscientemente se echó hacia Cadvan. Este le dirigió un rápido vistazo.

—Maerad, no pueden hacernos daño —dijo en voz muy baja—. Los hombres no pueden vernos.

Ella asistió y continuó caminando penosamente, intentando contenerse. De repente se aproximó otro aullido: los sabuesos habían dado con su olor y corrían. Los hombres a caballo les seguían, espoleando las monturas. Cadvan continuaba caminando con paso seguro.

—Pero los sabuesos pueden vernos —susurró Maerad con la voz ronca—. Los sabuesos pueden vernos, y...

—No nos harán daño —dijo Cadvan—. Son bestias salvajes, pero inocentes. No sirven a ningún propósito oscuro. Ten fe.

Los perros se acercaban a ellos con rapidez. Cuando se acercaron, Cadvan se detuvo y giró sobre sus talones. Levantó los brazos, y a Maerad le pareció que de repente una luz se concentraba alrededor de él, o dentro de él, a pesar de que no veía la fuerza de la que procedía.

—*¡Lemmach!* —dijo.

El sabueso que llevaba la delantera se detuvo en seco, y el que iba detrás de él tropezó con sus patas. Todos giraron sobre sus talones y se detuvieron.

—*¡Lemmach ni ardrost!*

El perro líder se acercó a Cadvan y se puso a olisquearlo por las rodillas. Cadvan le acarició la nariz.

—*Ni ardrost* —volvió a decir, dulcemente, y todos los demás perros lo olfatearon y después, como si simplemente se hubieran ido a beber al estanque, volvieron trotando con indiferencia hasta donde estaban los jinetes.

Maerad se quedó inmóvil, con el rostro descompuesto.

—¿Qué has hecho?

—Les he dicho que se detuviesen y les he pedido que se fuesen a casa —dijo Cadvan—. Al ser bestias amigables, lo han hecho servicialmente. Ahora ya no nos perseguirán, no importa lo que les digan sus amos. Obedecen leyes más antiguas.

A su espalda, Maerad escuchaba cómo los jinetes maldecían a los perros, y los gemidos de estos al ser azotados. Se dio cuenta que estaba temblando. Un cansancio inmenso cayó sobre ella y se tambaleó. Cadvan la cogió por el codo con súbita preocupación.

—Siento tener que llevarte, Maerad, pero no podemos descansar aquí esta noche —dijo—. Los sabuesos de Gilman no nos suponen un peligro, pero hay otras cosas que sí. Este lugar no es saludable. Y ya está oscureciendo.

Maerad encogió los hombros para deshacerse de la mano de Cadvan. «¿Otras cosas?», pensó. «¿Qué otras cosas?». Todos los rumores recientes sobre semi-hombres y otras criaturas de la noche se agolpaban incómodamente en su mente.

—Estoy bien —dijo hoscamente.

—Es más seguro que continuemos avanzando —dijo Cadvan.

La noche llegaría hasta un límite frío, pero en aquel primer momento era todavía templada y clara. Caminaron en silencio durante un tiempo y cuando Maerad comenzó a darse cuenta de lo que ocurría, empezaron hablar. Maerad le preguntó a Cadvan qué hacía en El Castro de Gilman, pero él evadió la respuesta preguntándole a ella por su vida allí, y si tenía recuerdos anteriores, de Pellinor. Poco le podía decir ella al respecto.

—Fragmentos —dijo—. Un hombre, creo que era mi padre, un hombre guapo, alto, con el cabello largo y negro, riendo. Una silla con hermosos grabados y una luz de un extraño color que cae sobre ella desde una ventana alta. Retazos de música. Creo que lo he soñado.

—No es ningún sueño. Las Escuelas son lugares de aprendizaje superior y de gran belleza —le dijo Cadvan con tristeza, como si hablase de algo amado que se desvanecía—. La Tradición se conserva y la Luz brilla sobre todo lo que allí mora. Pero ahora su poder está decayendo, y la oscuridad se cierne sobre Annar.

—¿Qué son las Escuelas? —preguntó Maerad sintiéndose ignorante y ordinaria—. ¿Fue allí donde aprendiste eso conjuros?

Él la miró y, para su confusión, se echó a reír.

—Maerad, me resulta tan extraño que alguien del Don no sepa nada de las Escuelas...

—¿El Don? —dijo Maerad. Miró hacia el valle: tenía un largo camino ante ella, veía cómo las estrellas brillaban entre los cerros donde este terminaba, abriéndose hacia el ancho mundo del cual ella no sabía nada. De repente se sintió más sola de lo que se había sentido en toda su vida, y estaba cansada, más cansada de lo que había estado nunca. Una bola de profunda pena le subió por la garganta y le impidió hablar.

—Por favor, perdóname, Maerad —dijo Cadvan—. No pretendía meterme con tu ignorancia. Quizá si se te hubiera enseñado más ahora estarías muerta, y tu falta de conocimiento te ha protegido de la vista de aquellos que de otra forma te hubieran hecho daño —le sonrió, y Maerad, sin comprenderlo demasiado, le devolvió la sonrisa lánguidamente—. ¿Debería volverme Cantante de la Tradición durante un rato? —dijo—. Esta noche podríamos tener una lección introductoria. Así pasaremos el rato.

—De acuerdo, entonces —dijo Maerad, mirando al misterioso hombre que tenía a su lado—. Háblame del Don.

Tenían un largo camino por delante, pero iban bien de tiempo, a pesar de las rocas y piedras sueltas que la amenazaban constantemente con una torcedura de tobillo. Los últimos restos de luz del día se retiraban de las montañas y se encontraban en el oscuro intervalo antes de que saliese la luna. Sentía las piernas pesadas y doloridas por el cansancio, pero hablar distraía su mente de la incomodidad.

—¿Por dónde empezar? —dijo Cadvan—. ¿Qué es el Don? ¿Cómo responder a esto cuando en realidad nadie lo sabe? —hizo una pausa, como si estuviese poniendo en orden sus pensamientos—. Bueno, quienes pertenecen al Don son como los cantantes de la Tradición de Afinil. Todos los Bardos pertenecen al Don, y eso significa que tienen ciertos poderes y capacidades. La más importante es el Habla —se detuvo—. Los Bardos no aprenden el Habla, sino que nacen con ella viva en su interior. En las bocas de aquellos con el Don, el Habla ostenta un poder innato: es la fuente de nuestro Saber y de buena parte de nuestro poder. Aquellos que poseen el Don también tienen una vida tres veces más longeva de lo normal: yo ya soy un hombre viejo según los parámetros habituales, a pesar de que quizá no lo pensarías.

—¿Un hombre viejo? —dijo Maerad mirando a Cadvan con reservas. A ella no le parecía viejo en absoluto, le había echado unos treinta y cinco años. Se preguntó por un breve instante si se lo estaría inventando, pero entonces pensó en cómo la había hecho invisible.

—No soy viejo en la medida de los Bardos —continuó Cadvan, sonriendo—, pero bastante viejo en otras medidas. Una larga vida es un privilegio de doble filo, créeme. Pero hay otras señales: los Bardos reconocen a otros Bardos, y así es como te he reconocido a ti. Esta mañana pensé durante un segundo que mis poderes me habían fallado por completo cuando me retaste —se agarró el pecho—. ¡El corazón se me detuvo! Pero entonces vi tus ojos...

Maerad se le quedó mirando, de nuevo sin estar segura de qué quería decir él, o de si debería reír. Se dio cuenta que Cadvan estaba constantemente en alerta mientras hablaba, pero con ademanes que ella no reconocía. Nunca miraba a su alrededor ni detrás de él, pero parecía estar internamente en sintonía con algo que ella no podía escuchar, como si en su interior fluyese una música que, a veces, le exigiese una intensa atención. Resultaba un poco extraño, como si solamente estuviese allí a medias.

—Hay muchas cosas que deberías saber acerca de los Bardos y la Luz —dijo Cadvan—. Tener el Don e ignorar lo que este significa puede ser algo terrible —comenzó a hablar en un tono extrañamente formal, casi un canto, que al principio la hizo sonreír. Tuvo una rápida visión espontánea de un recibidor de piedra con ventanas altas, y mucha gente sentada en círculo con las cabezas inclinadas por la concentración. La visión se desvaneció y miró a su alrededor, hacia la noche vacía y las lúgubres sombras de la ladera de la montaña, pero la voz de Cadvan continuaba incesante en la oscuridad.

—Has de saber, Maerad, que en Annar y en los Siete Reinos, los Bardos están a cargo del mantenimiento de la Luz. Los centros del Saber son las Escuelas, pero no siempre ha sido así. Hace muchas vidas de hombre, el centro de la Tradición era Afinil, la Ciudadela de la Canción, construida cuando los primeros cantantes de la Tradición llegaron a Annar. Algunos dicen que fue un terrible frío lo que los trajo de su hogar, otros dicen que navegaron hasta aquí en grandes barcos desde una tierra hundida y también hay quienes dicen que simplemente aparecieron aquí entre otros humanos; sea cual sea la verdad, nuestro origen se ha perdido en la leyenda. Sin importar cómo llegasen, los Bardos aparecieron en Annar, trayendo con ellos las reminiscencias del antiguo Conocimiento desde los albores del mundo: el Don del Habla, y de la Lectura, la Creación y el Cuidado, las habilidades y el saber conocido como las Artes de la Luz. Y allí se construyó la gran ciudad de Afinil, que fue el centro del Saber en tiempos remotos.

»Hay muchas canciones que hablan de su belleza incomparable, de sus torres sin murallas que emergían como lirios al lado de un estanque, al lado del mismo rostro del agua bendita. Y dentro de su ciudadela moraban los Cantantes de la Tradición, todos aquellos que amaban y cuidaban la belleza del mundo. El Habla estaba en todas las lenguas, y todas se encontraban comprendiéndose.

La voz de Cadvan se transformó sutilmente en un cántico. A Maerad se le aceleró el corazón: no podía recordar la última vez que había escuchado una nueva canción. Incluso en su sorprendido placer, la música que había en su interior percibió, con frialdad, que Cadvan poseía una muy buena voz de barítono.

*Sumido en la sombra, más profundo que el dolor,
todos os lloran, voces agudas y humildes,
habla de árbol y bestia, de hombre y de bardo,
todos os lloran, fruto del amanecer,
flor de hielo que al resplandor de la luz encanta,
sombra del rayo de luna tejido en mármol,
garganta del alba en la que las voces se unen.
¡En Afinil, oh, Afinil!
Los sueños se perdieron, la música murió,
trepan las zarzas cubriendo vuestras torres*

y las estrellas se ahogan en el mar de las sombras.

—Así es recordado en una canción como un dolor, un recuerdo de algo adorable que ahora se ha perdido para siempre. La historia de su pérdida es malvada. Debes saberla, si has de comprender a los Bardos, ya que los dones de la Luz fueron, por desgracia, su perdición.

Maerad volvió a tropezar y esta vez se cayó. Se levantó inmediatamente tambaleándose. Cadvan se detuvo.

—¿Estás bien? —le dijo.

—Sí —le espetó ella, avergonzada, mientras juntaba las manos, haciendo presión en la parte que se había arañado al caer sobre una roca.

Cadvan la miró descaradamente.

—No has descansado y ha sido un día de duro trabajo, sin ninguna duda —dijo—. En realidad deberíamos seguir avanzando, pero tal vez podemos hacer un alto en el camino para, luego, poder reemprender la marcha con más rapidez —se sentó en el suelo, exactamente en el lugar en el que estaba, y Maerad se sentó junto a él, agradecida. Le temblaban las piernas. Cadvan abrió su hatillo y sacó una botella—. Esto ayuda contra el cansancio —dijo.

Bebió un poco y se la ofreció a Maerad. Tenía un sabor parecido al agua, pero con un ligero aroma a hierbas. Un cosquilleo abrasador le recorrió el cuerpo, y una parte de su cansancio desapareció inmediatamente. En aquella súbita calma, el valle parecía opresivamente silencioso, y cuando Cadvan comenzó a hablar de nuevo, Maerad casi pegó un salto.

—Afinil, como ya he dicho, cayó en parte a causa de su generosidad. En el sur apareció un rey que tenía miedo a morir como los hombres normales y buscaba la vida eterna, libre de la fatalidad del círculo del mundo. Envidiaba los poderes de la Luz y los deseaba para sí. Enmascarando sus intenciones, se acercó a los gentiles Bardos de Afinil y les pidió su tutela, y estos, al no albergar ninguna sospecha en sus corazones, se la concedieron alegremente. Era un discípulo aventajado, y con el tiempo se volvió más poderoso en las formas de Habla, más detallista en la Tradición, más habilidoso en las artes de la Creación y la Destrucción que ningún otro que hubiera pasado antes que él. Cuando pensó que había aprendido lo suficiente, volvió a sus tierras en el sur, al reino de Den Raven.

»La aspiración de conocer la Luz es mantener el sagrado Equilibrio y hacer justicia, hacer crecer. Pero aquel rey utilizó este saber en beneficio propio. Su primer agravio fue abandonar su Nombre.

—¿Cómo puede uno abandonar su nombre? —preguntó Maerad, fascinada y perpleja—. ¿Cómo le llamaban, entonces?

Cadvan se echó a reír.

—Continuaba teniendo un nombre común, aquel hechicero, pese a que rara vez se decía. Normalmente se le llamaba El Sin Nombre. Todos los Bardos tienen un

nombre secreto —continuó—. Tú no conoces mi Nombre. Ni tan siquiera conoces el tuyo. El Nombre de un Bardo se le concede cuando es proclamado, cuando alcanzas tus poderes: es, si así lo deseas, tu verdadero Nombre en el Habla. Dice quién eres. Abandonarlo es rechazarte a ti mismo.

—¡Pero eso es imposible! —objetó Maerad—. ¿Cómo puedes no ser quien eres?

—Desgraciadamente, no es imposible en absoluto —replicó Cadvan—. El rey rechazó su Nombre, porque entonces también podría rechazar la muerte. Pero junto al don de la muerte, también se deshizo del saber de aquellos que morían, y encontró que su corazón estaba vacío, un dolor más agudo que cualquiera de los que hubiese conocido. Pero no era uno de los inmortales, y no tenía derecho a no tener muerte. Miraba hacia el mundo y su mirada era oscura. Entonces quiso dominar de todo aquello que había sobre la tierra y destruir todo aquello que le reprochaba con su belleza, y retó a la Ley del Equilibrio y la derrocó. Y después, con inmensos ejércitos de Hechiceros Negros (los Bardos corruptos a los que llamamos Glumas) entró en la adorable ciudadela de Afinil, y destruyó sus hermosas torres y oscureció el estanque, de manera que la luna ya no volvió a bañarse en él y las estrellas huyeron de su rostro sin vida. Entonces comenzó el Gran Silencio, cuando se dejó de escuchar la Canción en las extensas tierras de Annar.

»Y no fue esa toda su maldad, pero está entre lo más grave. En aquel momento se perdieron muchas cosas para el mundo, sin que fuera posible restaurarlas.

Cadvan suspiró. Maerad lo escuchaba en silencio, abrumada por el asombro, no solo ante la historia, sino ante la dulce tirantez que los nombres habían comenzado a despertar en su interior: *Afinil, cantante de la Tradición, la Luz*. Le recordaban una buena parte del aroma y el sonido de su madre, su voz cuando punteaba la lira, la caída de su oscuro cabello cuando la besaba y otros recuerdos que no era capaz delimitar. Ella también suspiró y miró a su alrededor. Ahora estaban más allá de la mitad del valle, y las estrellas se concentraban sobre ellos, brillantes alrededor de una luna creciente. Reconoció las Cinco Hermanas Enjoyadas, que se columpiaban muy por encima de ellos en una danza sin fin. Ahora Ilion se encontraba hundida tras el horizonte.

Cadvan se puso en pie.

—Debemos continuar —dijo.

Maerad se puso en pie con dificultad y comenzaron de nuevo su lento y penoso camino valle abajo. Maerad sintió que el agotamiento comenzaba a volver, pero se obligó a continuar, y Cadvan volvió a su lección.

—La historia de la caída del Sin Nombre es larga, dura y desesperada, y muchas partes de la historia nunca volvieron de la oscuridad —continuó—. Baste decir que por fin fue vencido. Tras su caída, los Bardos crearon las Escuelas, que conservaban y enseñaban el Saber de la Luz a lo largo y ancho de Annar y los Siete Reinos. El centro de todo conocimiento superior es ahora Norloch, un hermoso lugar de jardines, grandes salones y aprendizaje. Pero lo que hace que se diferencie de Afinil es que

Norloch está amurallado y se abastece de una gran guarnición. La inocencia que supuso la caída de Afinil no será de nuevo su debilidad. Y esta sea quizá la mayor pérdida causada por El Sin Nombre, pese a que algunos discuten que no es así, y que Norloch sobrepasa en su grandeza incluso a la antigua ciudadela.

—¿Has estado allí? —le preguntó Maerad, ya que no decía nada más.

—Sí —respondió Cadvan—, muchas veces. Porque ya no formo parte de ninguna Escuela, y viajo entre ellas según sea menester. La Luz se encuentra de nuevo atacada. Y ahora los Bardos son enviados por caminos peligrosos y secretos para espiar las huellas de la Oscuridad, en lugar de cantar a las hojas de la primavera como antaño y traer crecimiento.

—¿Era por eso por lo que estabas cerca del Castro de Gilman? —preguntó Maerad.

Una sombra de dolor pasó por el rostro de Cadvan.

—Estamos un poco cerca para hablar de eso —dijo. Después se quedó en silencio durante un largo rato.

En el silencio, Maerad volvió a sentir la opresión de lo que los rodeaba. En aquel momento habían pasado unas tres horas desde la puesta del sol, y la luz de la luna iluminaba los escarpados picos de las montañas con un rocío blanco, proyectando una sombra impenetrable sobre los barrancos. Creyó oír en la distancia unos débiles aullidos y chillidos. También creyó que los rasgos del rostro de Cadvan estaban sumamente tensos, a pesar de que la voz no lo traicionaba en absoluto.

Maerad recordó su agotamiento de aquella misma mañana, y que había dicho que estaba herido. No vio ninguna señal de herida.

Al final se atrevió con otra pregunta.

—¿Crees que yo podría ser un Bardo?

—¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? —dijo Cadvan secamente. Maerad le dirigió una mirada de disgusto. Comenzaba a sentir punzadas de dolor en los pies, y continuó caminando en silencio, preguntándose si alguna vez dejarían atrás aquel maldito valle. Entonces Cadvan se detuvo y tomó una bocanada de aire, y Maerad vio que tenía la frente perlada de sudor.

—Maerad —dijo—, debo pedirte paciencia. Estoy luchando contra la voluntad del espíritu de este lugar, que no nos dejará salir de aquí. Se echa sobre mí, y se vuelve peor a medida que nos alejamos.

Tras un breve espacio de tiempo volvieron a caminar, pero esta vez más lentamente, como si se estuviesen abriendo paso entre aguas profundas. Maerad observó ansiosa que todavía tenían por delante un largo camino antes de salir del valle. Ella no sentía nada, aparte de una sensación de pavor que iba en aumento. No se atrevía a hablar. Caminar resultaba difícil, ya que ahora seguían su camino entre rocas rotas y montañas de pedregales que se habían deslizado desde los laterales de la montaña, y algunas veces el camino prácticamente desaparecía por completo. Tenía las botas raídas y sentía los pies magullados y doloridos. Por primera vez aquella

noche, el frío comenzaba a molestarle. Parecía calársele hasta la médula de los huesos, formando cristales en las articulaciones que le dificultaban los movimientos. Fue descendiendo gradualmente hasta llegar a una apagada pesadilla de agotamiento, y finalmente solo se concentraba en poner un pie delante de otro. La salida del valle cada vez estaba más cerca, pero a medida que se acercaban a ella aumentaba también el frío y los pasos de Cadvan se volvían más lentos.

Al final acabó deteniéndose. Ahora el sudor le corría a raudales por la cara, y le temblaban las comisuras de la boca.

—Maerad —dijo con la voz ronca—, tengo que descansar, solo será un momento —se fue derrumbando lentamente sobre el suelo.

Instintivamente, Maerad extendió la mano y agarró la de él.

Lo sintió de golpe: una voluntad fría, cruel, que aplastaba su voluntad como un tornillo de banco. Le soltó la mano como si tocarla la abrasase.

—¿Qué es eso? —susurró.

Cadvan la miró asombrado.

—¿Puedes sentirlo? —dijo.

—Algo —dijo ella, haciendo una mueca de dolor—. Algo horrible...

—Vuelve a darme la mano —dijo él. Maerad lo miró con miedo y se apartó estremecida. El momento en el que había tocado a Cadvan había sido como si una conciencia maligna, implacable y aterradora hubiese invadido su mente.

Cadvan expulsó el aire con un jadeo, después se preparó para respirar de nuevo, como alguien que sufre un gran dolor. Extendió la mano hacia ella, sin dejar de hablar:

—Maerad, en este momento estoy evitando que toda la montaña se derrumbe sobre nuestras cabezas. Quizá puedas ayudarme. ¡Dame la mano!

De mala gana, Maerad extendió la mano y se la volvió a dar. Tenía los dedos fríos como el hielo. La sensación volvió, esta vez aún peor. Cadvan la agarró fuerte, como si se estuviesen ahogando.

—Contenlo —dijo—. Ordénale que se retire.

Maerad estaba desconcertada. ¿Qué quería decir?

«¡Contenlo!».

No parecía que hubiera emitido la orden en voz alta, sino dentro de su cabeza. Era la voz de Cadvan. En medio de la torva oscuridad que desordenaba su mente, la voz de él parecía una luz, una pequeña llama blanca... Se volvió hacia ella, luchando contra el terror. Centró sus pensamientos. «¡Lárgate!», gritó. No sabía si lo había dicho en voz alta. «¡Vete!».

Enseguida, la aplastante sensación de malevolencia se aligeró. Cadvan suspiró profundamente.

—Por la Luz, Maerad, esto es algún Don que tú posees. Ahora quizá podamos marcharnos —lentamente, agarrándola de la mano con tanta fuerza que ella sintió cómo le crujían los huesos, se puso en pie.

Continuaron lentamente pero sin parar, inclinados hacia delante como si llevaran una pesada carga. A Maerad le resultaba difícil concentrarse en caminar y proteger su mente al mismo tiempo. En un momento se torció el tobillo con una roca y casi se cae pero Cadvan le tomó la mano rápidamente y ella continuó cojeando. El final del valle se acercaba con una lentitud insoportable.

Al final, cuando las montañas comenzaban a tornarse de un color gris plateado y surgían de color rosa ante el amanecer que se acercaba, llegaron al final del valle. Cuando dejaron atrás la última de sus colinas, Maerad sintió que la voluntad se cerraba de golpe tras ella, como si fuese una puerta, y de repente su cuerpo volvía a caminar libre. Rio aliviada.

—¡Estamos fuera! —gritó volviéndose hacia Cadvan con una sonrisa abierta por primera vez.

Cadvan la miró sombríamente.

—¡Pero debemos continuar caminando! Incluso en la penumbra, el Landrost tiene poder.

Como si quisiera enfatizar aquellas palabras, un profundo estruendo resonó tras ellos y una enorme avalancha de piedras y rocas bajó por la ladera de la montaña y cayó al suelo en medio de una nube de polvo. Maerad se volvió y miró hacia el valle por última vez. «Es extraño», pensó: no sentía ninguna emoción, ni alegría ni pena. Nada.

Después se dio la vuelta.

Ante ellos vio las redondeadas montañas cubiertas de hierba que descendían hacia un gran bosque, oscurecido por una neblina que ahora ascendía hacia el cielo. El sol salía sobre las verdes colinas y su luz pálida caía sobre el rostro de Maerad.



Maerad cojeaba, las piernas le pesaban pidiéndole descanso. Una hora después de la salida del sol, cuando la boca del valle se había desvanecido en la cordillera más grande, pero antes de que llegasen al lindar del bosque, Cadvan se detuvo al lado de un bosquecillo de árboles con la corteza blanca. Maerad vio que eran viejos, que tenían unos troncos anchos y llenos de marcas y que crecían cerca unos de otros formando un círculo.

—El abedul es un árbol de grandes virtudes —dijo Cadvan—. Incluso estando aquí, en este lugar podemos dormir en paz. Unos Bardos del norte plantaron esos árboles en tiempos lejanos. El lugar se llama Irihel, el Hogar del Hielo, y los Bardos viajeros duermen aquí. ¡Está bien situado para nosotros!

Pasaron entre los troncos plantados a muy poca distancia entre ellos, y Maerad vio que en el interior la hierba era corta y espesa, formando un blando y fragante suelo en el que uno podía hundirse como en un cuenco. Las ramas se encontraban y entretejían sobre sus cabezas, y las hojas nuevas filtraban la luz dándole un color verde dorado. Cadvan se sentó, lanzó su hatillo al suelo y estiró las piernas.

—No está permitido hacer fuego aquí —dijo—. Y es una lástima. Tengo los huesos helados.

Maerad se sentó con él cautelosamente. Su dura vida en el castro le habían enseñado a estar alerta ante los hombres: había necesitado toda su astucia y todos sus reclamos al miedo, a la brujería para mantener alejados a los matones de Gilman. Había visto lo que les hacían a otras que eran más débiles que ella. Era sumamente consciente de que estaba solo en un lugar salvaje, totalmente en poder de Cadvan, pero él no era como los hombres a los que había conocido antes, ni tan siquiera como Mirlad, el severo y taciturno cantante de Gilman.

Cadvan la miró con empatía.

—Hay un riachuelo aquí cerca, por si te quieres lavar —dijo—. Te lo enseñaré y te dejaré allí un ratito. Te podré oír si me llamas, en caso de que me necesites. Si no consigues llamarme, grita mi nombre dentro de tu cabeza. Te escucharé.

Maerad asintió y él la llevó a un pequeño arroyo que fluía, limpio y fresco, desde las montañas. Tras unos tojos y zarzas muy altos había un pequeño claro de hierba sea que subía desde una poza, casi como si estuviera hecha para bañarse. Cadvan la

dejó, y Maerad se lavó por primera vez desde el día anterior, jadeando ante el agua fría. Se mojó el tobillo hinchado. La torcedura no tenía muy mal aspecto, se recuperaría en un día, más o menos.

Después volvió al lugar en el que estaban los árboles, donde Cadvan había sacado una manta y su lira, todavía envuelta en arpillera, de su hatillo. También había colocado por allí algo de comida: frutos secos, carne y algo de pan con aspecto duro.

—Come —le dijo—. Yo volveré dentro de un minuto.

Maerad cogió su lira, sacudió la arpillera para quitársela, y la abrazó, a pesar de estar demasiado cansada para tan siquiera puntear las cuerdas. Cuando Cadvan volvió, diez minutos más tarde, ya estaba profundamente dormida, envuelta en la manta, con la lira en brazos como si fuese un bebé, y la comida intacta. Él sonrió irónicamente y comió un poco de pan. Después se envolvió en la capa y se durmió.

La despertaron los pinchazos del hambre. El sol se estaba poniendo. Cadvan estaba sentado de espaldas a ella y se volvió cuando se despertó. Estaba comiendo y le ofreció algo de cena. Comieron en silencio. Aquella comida sencilla, sazonada solo con su hambre, se quebraba sobre la lengua de Maerad como la libertad, mientras sentía como si todo su cuerpo brillase ante el sabor de la luz del sol, del viento que soplaba en un espacio abierto o de los árboles que elevaban sus cargados brazos hacia cielos sin límite.

Cuando terminaron de comer, Cadvan se limpió las migas de la capa con cuidado casi maniático.

—Ahora, Maerad —dijo sin mirarla—. Tenemos que pensar cuáles son nuestros planes. Yo he de viajar durante cientos de millas, atravesando terrenos peligrosos, y debo ser rápido. Ahora tengo una pasajera pero no por ello más comida. Y me he fijado en que no has traído ni una manta, ni provisiones, ni tan siquiera una muda... solo un arpa, como un verdadero Bardo. ¿Qué haremos?

Maerad lo miró, intentando que su cara no la traicionase.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo—. Tú me pediste que viniese contigo —pero un súbito pánico la asaltó. Realmente ¿qué iba a hacer? No sabía nada ni conocía a nadie. Por lo que ella sabía, toda su familia estaba muerta. No tenía hogar. Y no podía ser nada más que un incordio para aquel hombre, que la había liberado de la esclavitud poniéndose él mismo en peligro. ¿La abandonaría?

Como si le leyese el pensamiento, Cadvan dijo rápidamente:

—Por supuesto que no te abandonaré aquí. Pero tenemos que pensar a dónde vamos. Mi camino se dirige hacia Norloch, donde debo transmitir una información al Círculo. Podría llevarte a una Escuela más cercana, en donde podrás descansar, curarte y aprender, o llevarte conmigo a Norloch.

—No pretendía meterme en tu camino —dijo Maerad con un ligero sarcasmo.

—Maerad, los Bardos aprenden que pocas cosas que les afecten son consecuencia

de una mera casualidad. Nuestro encuentro parecer tener más peso que eso. Aquellos que tienen el Don son bastantes escasos; haberte encontrado en un establo de vacas, en tales circunstancias, es demasiado extraño. Y dudo que hubiese conseguido salir de aquel valle sin tu ayuda. Todo eso lo tengo claro. También resulta asombroso, en mi mente, encontrarme con un poder como el tuyo, no tutorizado en absoluto. No me lo hubiera creído si no lo hubiera vivido. Hay muchas cosas que tengo que contarte, muchas cosas que debes saber. Un Don de este tipo es una hoja de doble filo, y poseerlo puede hacerte daño si lo usas incorrectamente. Eres un misterio.

Le sonrió, pero Maerad se limitó a continuar sentada con el ceño fruncido y no le devolvió la sonrisa. Se produjo un breve silencio.

—¿Podría echarle un vistazo a tu lira? —preguntó—. Me ha llamado la atención...

Maerad cogió su instrumento, acariciándolo inconscientemente, y se lo paso. Él lo tomó y lo examinó de cerca, su interés se aceleró, sus largos y esbeltos dedos comprobaron su peso y equilibrio. Pasó la mano por las cuerdas produciendo un suave acorde. Las notas sonaron dulcemente y se quedaron colgando en el aire. Cadvan silbó suavemente.

—Esta lira —dijo—, ¿era la de tu madre?

Maerad asintió. Cadvan continuó sentado en actitud pensativa, dándole vueltas entre las manos, pasando los dedos sobre el grabado.

—¿Alguna vez has tenido que afinarla? —dijo—. Supongo que nunca has tenido que cambiarle las cuerdas.

—No —respondió Maerad—. ¿Debería? No lo sé... Mirlad nunca me dijo...

Cadvan se echó a reír, dejándola atónica.

—Oh, Maerad —dijo cuando recupero el aliento—. ¿Que si deberías haberle puesto cuerdas? —volvió a reír, suavemente, con asombro palpable en su voz—. Este es un objeto más precioso que tus propios ojos. ¿Qué hubiera hecho Gilman si hubiera sabido que un tesoro tal yacía escondido en su pequeño castro? Posee diez veces, no, mil veces, el valor de todo lo que haya dentro de él. Estas liras llevan largo tiempo sin fabricarse, por lo menos desde los tiempos de Afinil. Un gran artesano la talló. No reconozco en absoluto esta escritura, y eso que conozco muchas que han caído en desuso hace mucho. Sin duda es el nombre de quien la fabricó. Los instrumentos como este son conocidos como objetos Dhylicos y hay una gran potencia entretejida en su fabricación. La virtud que yace en sus cuerdas lleva largo tiempo perdida. He leído acerca de estos instrumentos, pero nunca había visto uno. Se creía que todos se habían perdido. ¡Es un gran enigma! —la miró, todavía sonriendo.

Maerad no tenía ni idea de cómo responderle. Estaba estupefacta.

Su humilde lira, ¿un objeto legendario? Pero, poniéndose serio repentinamente, Cadvan se acercó y le dio una palmadita en la mano.

—Debemos ser amigos, si vamos a viajar juntos —dijo—. Y debemos confiar el uno en el otro. No te preocupes por mis provocaciones. Aun así, hemos de decidir

qué hacer.

Maerad se miró las manos inquieta y no dijo nada. No sabía qué decirle a aquel hombre: ¿es que quería volverla loca? ¿Cómo podría saberlo?

—En cualquier caso, no nos iremos de aquí esta noche —continuó Cadvan—. Todavía estoy cansado, la verdad sea dicha. Y necesito pensar. Aquí estamos seguros por el momento. El descanso no nos hará daño a ninguno de los dos. Y tenemos un largo camino por delante, decidamos lo que decidamos.

Abrió su hatillo y sacó una lira.

—De un linaje menos noble que la tuya, pero lo suficiente noble como para mantener su compañía —dijo—. Y todavía fiel, mi primer amor —tocó unos acordes, afinándola, y después punteó una cascada de notas que le rasgaron el corazón a Maerad. Era una canción que ella conocía bien, el principio de la trágica Leyenda de Andomian y Beruldh, que Mirlad le había enseñado muchos años antes. Cadvan comenzó a cantar la parte de Andomian con voz clara y hermosa:

*¡Háblame, bella doncella!
¡Háblame y no te alejes!
¿Qué será lo que tu mirada apenas
y con tal negrura aflige?*

Hizo una pausa mientras punteaba la melodía, y Maerad se dio cuenta de que estaba esperando a que ella replicase. Todavía tenía su lira en la mano, y comenzó a tocar la antífona, cantando la estrofa que daba la réplica. No había tocado un dueto desde la muerte de Mirlad. Continuaron cantando las estrofas alternas de la antigua leyenda. El barítono de Cadvan y el contralto de Maerad llenaban el bosquecillo de música. Maerad tenía la extraña sensación de que los árboles los estaban escuchando, y se inclinaban hacia delante para oír mejor.

*Mi dama yace bien enterrada
son las de mi padre negras salas
lobos y carroñeros ahora guardan
sus arruinadas murallas.*

*Quédate y cura tu herida
yace sobre la pura roca
de hoy en adelante mi alma escondida
será tuya, te será propia.*

*La maldición de Karak me liga
son sus cautivos los de mi sangre
he de negar la risa y emprender la huida*

hacia sus repulsivos lares...

Maerad se detuvo y vaciló de repente. Cadvan cesó su música, y tras el sonido de las cuerdas al tensarse se produjo un profundo silencio.

Y así se encontraron Andomian y Beruldh, y retomaron su camino hacia las mazmorras del Sin Nombre, y allí murieron, más allá de la esperanza o de la ayuda de la Luz —dijo—. Pero ninguna de las leyendas habla se su pesar —emitió un súbito acorde áspero e impaciente—. Tienes razón, Maerad. Esta no es canción para un lugar así, deshabitado, en la penumbra, en donde los semi-hombres aúllan en la distancia. Tocas bien porque has tenido un buen maestro, está claro, a pesar de que tienes extrañas variantes. Veo que sabes más de lo que decides mostrar. Debería haberlo esperado. Hablaremos de esto más tarde.

Apartó la lira y no habló más durante un rato, ahora tenía el ceño oscuro y preocupado. Maerad se quedó desconsolada, preguntándose si habría sido impertinente u ordinaria. Aquel hombre se escapaba de su conocimiento: parecía mirarla con tolerante ironía, y después, sin ninguna advertencia, le cambiaba el humor y se volvía distante y retraído. No se parecía en nada a los hombres del Castro de Gilman, a los que solo movían impulsos burdos y violentos, no como Mirlad, que era brusco, pero cuya sequedad ocultaba una gran amabilidad. Una intuición le decía que Mirlad era profundamente infeliz, y así excusaba su desilusión y sus extraños estados de ánimo. Nunca le había hablado de la historia de Annar, ni de la Tradición, ni del Habla, a pesar de que le había enseñado muchas canciones, diciendo con desdén que así pasaban el rato. Al volver la vista atrás, supuso que él tenía tan pocas esperanzas depositadas en que Maerad consiguiese escapar como ella misma, así que intentaba protegerla evitándole soñar, como quizá él si hiciese, con otra vida. Una vida en la que los Bardos y la Canción tenían un honor, y no eran un simple entretenimiento en groseras celebraciones.

Y él había muerto allí. Ahora ella sentía que una nueva compasión la inundaba por la degradación de la vida de Mirlad y su solitaria muerte.

Cadvan, en cambio, era bastante diferente, y mucho menos fácil de intuir. Parecía más voluble, su rostro era variable y sus pensamientos fluían sobre él como se mecía el sol sobre el agua. Pero paradójicamente también parecía más oculto, lleno de secretos más allá incluso de los que insinuaba. «Quizá», pensó, y «todos los verdaderos Bardos sean así, a la vez más presentes y más remotos». Por lo menos él la había sacado del castro, pese a que no podía pensar en qué debería hacer ahora, excepto seguir a Cadvan. Él mismo había dicho que aquellas tierras eran peligrosas, y ella no tenía ningún conocimiento de los peligros, salvando ser azotada y quitarse de encima a los hombres del Caballero. Sería tan vulnerable como un conejito recién nacido.

Maerad se echó hacia atrás, se apoyó en uno de los abedules y levantó la vista hacia las ramas, que se enroscaban en negro contra el profundo azul de la noche.

Unas pocas estrellas tempranas brillaban a través de ellas, joyas blancas atrapadas en una complicada red. «No puedo entender este dibujo», pensó con cansancio. «Pero las estrellas, por lo menos, continuaban siendo las mismas».

Al final Cadvan le había dicho secamente que debería descansar un poco, y se acurrucó bajo la manta. No le llevó mucho tiempo quedarse dormida, pese al desorden de sus pensamientos.

Maerad se despertó sobresaltada. Durante un instante había olvidado dónde estaba y se preguntó por qué no había sonado la campana. Después un rayo de luz se pasaba entre las ramas le dio en los ojos. Cuando parpadeó, los acontecimientos de los últimos dos días volvieron rápidamente. Se incorporó, frotándose los ojos, y vio que Cadvan ya se había levantado y había dispuesto el desayuno. Había ido al arroyo, y el cabello oscuro le colgaba húmedo sobre la frente.

—Buenos días —dijo, inclinándose—. La señorita de la casa deberá perdonar nuestra comida, que, por desgracia, es la misma que la noche pasada. Pero sana, en toda su monotonía. ¿Querrá mi señora lavarse primero, o después de romper el ayuno?

Maerad se echó a reír.

—Más tarde, creo. ¡Es un desayuno mejor del que estoy acostumbrada!

Comieron en un silencio acompañado. Después Cadvan recogió las cosas. Maerad envolvió su lira en la arpillera y Cadvan la guardó.

—Tenemos que irnos de aquí hoy —dijo—. He decidido variar mi camino en algún aspecto, e ir a un lugar que conozco a unas sesenta millas de aquí. A buen paso, y si todo va bien, las cubriremos en una semana. Necesitaremos provisiones, y tú necesitarás algo de ropa. Los Bardos no somos bien recibidos en todas partes hoy en día, y hemos de disfrazarnos. Pero creo que no les darán la espalda a unos viajeros necesitados.

Después hizo una pausa, como si no estuviese seguro.

—Y ahora me gustaría pedirte un favor. Maerad, para mí eres un urgente enigma, y tal es la importancia de mi mandado... Quería preguntarte si podría visionarte.

—¿Visionarme? —dijo Maerad—. ¿Qué significa eso?

—Es difícil de explicar, si no lo sabes —respondió—. Pero debo decirte que, si te niegas, respetaré tu decisión y no intentaré darle más importancia. La visión es algo duro, y ningún Bardo la lleva a cabo con suavidad. Significa que deseo mirar en tu interior y ver lo que eres.

—Oh —dijo Maerad. Seguía sin tener ni idea de lo que estaba hablando. Con reservas, preguntó—. ¿Duele?

—Bueno, si, duele, de alguna forma. Es algo así como si te pidiese que te quitases todas tus ropas y te quedase de pie ante mí mientras te estudio minuciosamente con un vaso de visionar.

Maerad se quedó mirándolo, desconcertada. La mirada de Cadvan era franca y abierta, y no parecía haber engaños en su petición. Aun así, sentía una desazón

agitándose en su interior.

—Suenas como si quisieras encantarme —dijo con recelo—. ¿Es que no me crees? ¿Es eso?

Él suspiró.

—No es un conjunto, no como tal. Por lo menos no te haré nada a ti, excepto mirar.

Maerad continuó sin decir nada.

—No me gusta pedirlo —dijo Cadvan—. Te saqué de aquel lugar de buena fe, y no te lo pediría si el único que corriese un riesgo fuese tan solo yo.

—¿Y qué pasará si no acepto? —preguntó ella.

—En ese caso no lo haré —dijo Cadvan—. Y continuaremos nuestro viaje —de repente su rostro se volvió inescrutable, y se inclinó para recoger su hatillo.

—¿Qué tendrías que hacer?

Cadvan se detuvo.

—Veré el interior de tus ojos. Miraré en el interior de tu mente. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —Maerad lo valoró durante un breve instante. Parecía ser importante para Cadvan. Y ella no creía que le fuese a hacer daño: ya había tenido suficientes oportunidades, si hubiera sido lo que él quería—. Entonces, de acuerdo —dijo, encogiéndose de hombros—. Si te hace sentir mejor. ¿Qué tienes que hacer?

—¿Estás segura?

—¿Quieres hacerlo, o no? —dijo ella.

Cadvan volvió a dejar caer su hatillo.

—Pues colócate cuadrada ante mí, como hiciste en el establo. Y coloca las manos sobre mis hombros.

Así lo hizo, y él puso sus manos sobre los hombros de ella. Se quedaron en pie cara a cara, y Cadvan la miró a los ojos. Maerad sintió un súbito deseo de reír.

—No te rías, Maerad —dijo Cadvan suavemente—. Vacía tu mente.

Dijo unas palabras en el Habla, muy rápidamente para que Maerad no las pudiese captar. A Maerad le pareció que la luz que los rodeaba oscurecía, y que lo único que podía ver eran los ojos de Cadvan. Eran de un color azul muy oscuro y quemaban con un fuego interno que al principio le pareció frío, y después se dio cuenta de que era cálido en el centro, lo bastante cálido como para quemar. Y ¿qué era la tristeza que había en ellos? Una profunda tristeza, una herida... un rostro muy amado, casi podía verlo... y algo más, una oscuridad, como una cicatriz... Pero luego se sintió súbitamente abrumada por recuerdos de su propia vida: recuerdos que había olvidado o almacenado a presión en la parte trasera de su mente. Vinieron en avalancha, sin ningún orden ni concierto, casi como si su vida entera estuviese pasando en un solo segundo. Pero algunos de esos recuerdos tenían más fuerza.

Recuerdo tras recuerdo del Castro de Gilman, el agotamiento de los miembros, aburrimiento y dolor, las humillaciones de las juergas y los golpes, jugar con Mirlad cuando era niña y escuchar sus adustas enseñanzas... Su madre, y una anciana de

ojos azules que la tenía en brazos, un jardín lleno de flores de dulce aroma... Cantar, música y risas en un gran salón lleno de hombres, mujeres y niños vestidos con hermosas ropas e iluminado con grandes candelabros... Su madre agarrándola aterrorizada, enferma y apenada, dando tumbos en un carromato... Una mesita sobre la que había una gran montaña de fruta... Su madre cogiendo a un bebé pequeño, su hermano Cai, que reía alegremente e intentaba agarrar una flor roja... La desesperación de su madre y su enfermedad, amarillenta y consumida sobre un palé, con los labios cortados y llenos de úlceras, su voz convertida en un susurro, apartándole el pelo de la cara y diciendo: «Maerad, sé fuerte. Sé fuerte...» y el castaño de la muerte... Los cuerpos revoloteando en el cielo oscuro y hombres gritando, chillidos terribles, un hombre que ella sabía que era su padre derribado por una maza, cayendo entre muchos cuerpos, y una alta torre ardiendo en la noche y un grito cuando el tejado se venía abajo, enviando hacia adelante una llamarada...

Una angustia insoportable poseyó a Maerad, mayor incluso que la profunda pena que había sentido a la muerte de su madre: era como si todo el dolor que había experimentado se hubiera reunido en un nódulo blanco y caliente en el centro de su mente. Crecía y crecía, una súbita conciencia angustiosa de todo su ser, hasta que ya no pudo soportarlo más. Fuera de su voluntad consciente, gritó «¡No!», y estalló en un torrente de lágrimas hirvientes.

No fue consciente de nada más durante un tiempo. Después de un rato de dio cuenta de que estaba sobre el suelo, sollozando sobre el hombro de Cadvan, y que él le acariciaba el cabello. Sus sollozos se calmaron finalmente y se echó hacia atrás, apartando a Cadvan bruscamente y frotándose los ojos con el dorso de la mano.

Cadvan parecía pálido y angustiado.

—Maerad, lo siento de verdad —dijo—. Lo siento mucho, mucho.

No estaba segura de si lo sentía por haberla visionado o por lo que la visión había revelado. Se sentía agotada, y el comienzo de una ligera jaqueca le latía bajo la frente. Se escondió el rostro entre las manos.

—Ha dolido —dijo con la voz amortiguada.

—No debería habértelo pedido —dijo Cadvan tras un silencio—. Para todo el poder que tienes, no eres más que una niña, e incluso para los más grandes la visión resulta dura. Tenía tantas dudas de si serías un espíritu de la Oscuridad enviando para engañarme...

—¿Engañarte yo a ti? —Maerad levantó la vista sorprendida. Cadvan le sonrió con un rictus.

—Tienes el consuelo de que he pagado por mi duda. El grito que has soltado me ha lanzado hacia esos árboles. He tenido suerte de no haberme roto el cuello.

—¿He hecho eso? —se le quedó mirando, con la boca abierta de asombro.

—De verdad que lo has hecho. Pero no ha sido culpa tuya —puso una mueca de dolor mientras se frotaba la cabeza, y Maerad vio que tenía una marca en la frente—. Necesitas aprender a controlar tu poder.

—Te saldrá un chichón ahí —dijo ella.

—Sí.

—¿Está todo bien?

—¿Qué?

—Digo que si esta todo bien.

—Oh, sí —Cadvan le respondió casi distraído—. No hay Oscuridad en ti, si te refieres a eso; lo sé pese a no haber podido acabar con la visión. Si la tuvieses, me hubiera encontrado con diferentes muros y diferentes tipos de rechazo —la miró de una forma extraña. «Casi con timidez», pensó ella—. La visión es una cosa extraña. No lo he hecho muchas veces. Pero te puedo decir, Maerad que nunca había visionado a nadie con tanta angustia como tú. No volveré a hacerlo nunca con tanta prisa. ¡Por cierto, tú casi me visionas a mí! —meneó la cabeza, y los dos se quedaron allí sentados sin hablar durante un instante. El dolor de cabeza de Maerad la fue abandonando. Se sentía aturdida y vaciada, pero también tenía una extraña sensación de alivio, como se le hubiera cortado un enorme absceso.

Cadvan se puso en pie repentinamente y se sacudió las hierbas. Parecía estar poseído por una nueva resolución, como si todas las dudas que le habían preocupado antes estuviesen ahora resueltas.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo—. El solo ya está alto, y tenemos un largo camino por delante.

Maerad lo miró con los ojos entornados.

—¿Adónde vamos?

—Creo que debo llevarte a Norloch. Pero es un largo camino desde aquí. Primero debemos encontrar comida, y quizá unos caballos.

Se quedó en medio de los árboles y se inclinó hacia ellos, indicándole a Maerad que hiciese lo mismo. Ella se puso en pie tambaleándose.

—Debemos dar las gracias a los árboles por su hospitalidad —dijo—. Se han portado bien con nosotros —después tomó su hatillo y caminó hacia el exterior del claro.

Maerad se entretuvo un poco antes de abandonar el abrigo de los abedules, para echarle un último vistazo a la primera luz del sol que entraba a través de las hojas primaverales. Pensó que el bosquecillo era el lugar más hermoso que había visto nunca. La luz se dispersaba en destellos en plata y oro sobre el suelo, y las complicadas sombras de las ramas danzaban con los reflejos sobre la hierba suave, que se mecía suavemente en la brisa de la primavera. «Gracias», dijo en silencio, e hizo una reverencia, con la sensación de que era algo extrañamente apropiado, pues los abedules parecían más vivos que la mayoría de los árboles. Durante un instante casi sintió que estaban a punto de hablarle, y parecían crujir con una ligera tristeza, como si fuesen amigos haciendo un gesto de despedida.

LA BATALLA CONTRA
LOS SEMI-HOMBRES



IV

—¿Por qué hay tanta calma? —preguntó Maerad— ¿Siempre es así por estos lares?

—No, no es así. Esto no me gusta —dijo Cadvan—. Los pájaros vuelan muy alto, no puedo ver lo que son. Quizá nos estén mirando. Es como la calma que precede a la tormenta, pero esta noche no habrá tormenta. Mañana tal vez. No, esto es algo diferente.

—¿Puedes imaginar qué será?

—Sí, pero puede que me equivoque. Lo que supongo es que el Landrost ha enviado a sus mensajeros, y que la cacería ha comenzado. Hoy solo he visto cuervos, el resto de los pájaros están escondidos.

—¿La cacería? —dijo Maerad con la voz temblorosa. Se había dado cuenta de que Cadvan tenía razón en lo de los cuervos, no había visto ningún otro pájaro en todo el día.

Iban en dirección sudeste, tenían las montañas a la derecha y el bosque a la izquierda. El cielo estaba despejado y frío, de un color azul pálido, y a lo largo de toda la mañana el sol a duras penas los había calentado. A su alrededor la tierra estaba viva, con el color verde claro del inicio de la primavera: las campanillas de invierno y los narcisos se abrían paso entre las hierbas enredadas y el césped, y la mejorana y la menta salvaje liberaban profundas fragancias al quedar aplastadas bajo sus pies. Unos espinos bajos y algunos grupitos de pinos desaliñados crecían en la falda de las colinas, movidos por el viento y rodeados por marañas de tojos y zarzas. Por todos lados surgía una florecilla de color azul claro con forma de estrella, que Cadvan dijo que se llamaba *aelorgalen*.

—Campanita, en el Habla —explicó Cadvan—. Solamente crece en estos lugares tan al norte.

Maerad intentó repetir el nombre, pero se encontró con que se le trababa la lengua, y un rato después no recordaba nada.

El paisaje era hermoso, pero a Maerad le pareció curiosamente solitario. Sus pasos resonaban con fuerza en el vacío, parecían ser la única cosa que se movía hasta donde le alcanzaba la vista. Por ningún lado había señales de que estuviese habitado, a pesar de que se veían unas extrañas cadenas de montículos cubiertos de hierba, que parecían demasiado regulares para ser naturales y los amenazaban constantemente

con hacerlos tropezar: quizá fuesen restos de edificios que habían desaparecido hacía mucho tiempo. Vio unos cuantos animales —solo unos conejos que corrían en la distancia—, pero eso era todo.

—Creía que el Landrost solo era una montaña —dijo volviendo la vista hacia su alto pico cubierto de nieve—. Hablas de ella como si fuese un hombre... ¿Y qué es la cacería?

—El Landrost es un poder, sí, una persona... La montaña es simplemente su morada. Pero no es un hombre, y nunca lo ha sido.

—¿Cómo El Sin Nombre? —dijo Maerad.

—No es tan poderoso como él, a pesar de que El Sin Nombre fue una vez un hombre. El Landrost no es sino uno de sus esclavos. No pronunciaré su nombre aquí, a pesar de que lo sé —Cadvan hizo una pausa, y Maerad volvió a percibir el agotamiento en su rostro: era, veía ella, un agotamiento profundo nacido de una larga lucha y del dolor—. Me capturó y me retuvo en su fortaleza, en las profundidades de la montaña. Allí vi cosas que él preferiría que yo no supiese, ya que en su orgullo quiso hacer que me estremeciese antes de morir. Pero huí, y su ansia de venganza es mortal, y no nos hallamos fuera de su alcance, todavía no. En el valle solo conseguí contenerlo, con tu ayuda: de otra forma nos hubiera tirado la montaña encima. Su poder mengua a medida que nos alejamos, pero todavía estamos demasiado cerca.

»No le resulta fácil aceptar que alguien huya de sus garras. Creo que es él quien envía a los semi-hombres, y esa es la razón de esta calma. Sus sombras siguen nuestras huellas, a pesar de que no pueden hacer nada mientras brille el sol. Solo en la oscuridad pueden tomar forma. Será una mala noche.

Se quedó en silencio durante un rato. Sus palabras parecían magnificar la tranquilidad que los rodeaba, y Maerad volvió a mirar a su alrededor, inquieta. Parecía un paisaje pacífico que no contenía amenaza alguna, pero un sentido más fino le decía que no era así. Comenzó a notar escalofríos por la piel, un pavor indefinible.

—Maerad —dijo finalmente Cadvan—. Creo que debería haberte dejado allí en vez de haberte arrastrado hacia mi propio peligro. No me lo pensé lo suficiente cuando me encontré contigo en aquel castro. Estaba demasiado asombrado y demasiado cansado. Y ahora ya es tarde para volver atrás.

—No —dijo Maerad afectuosamente. Pensó en la asfixiante desesperación que sentía en El Castro de Gilman. Por lo menos aquí, ahora, podía respirar en libertad—. No, hiciste bien en pedirme que me marchase. Prefiero morir a haberme quedado allí.

—Bueno, podrías morir —dijo Cadvan.

—Por lo menos no moriré siendo esclava —respondió Maerad. «Unas palabras orgullosas», pensó, pero pronunciadas en serio.

Cadvan apuró el paso y continuaron caminando en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Maerad todavía no se podía creer completamente que hubiese escapado del castro. De vez en cuando se sorprendía pensando sin más ni más que debería estar realizando alguna tarea —sembrando los campos o haciendo mantequilla o hilando la ruda lana con la que confeccionaban todas sus ropas— y después se descubría a sí misma, con ligera sorpresa, que quizá nunca tuviese que volver a hacer ese tipo de cosas. Incluso ante la sensación creciente de estar siendo observados, la sensación de que las mismas piedras los espiaban, el presente la abrumaba. No podía imaginar nada más increíble que su propia libertad. A dónde se dirigiese, o por qué, eran preguntas que ni tan siquiera se planteaba. Y aquel Cadvan... ¿quién era? ¿Por qué tenía aquella extraña sensación de que podía confiar en él? No sabía nada de él. Nunca había confiado en un hombre, excepto en Mirlad, e incluso aquella confianza había tardado años en construirse. ¿Por qué comenzar ahora?

Al mediodía se detuvieron para comer al lado de uno de los muchos arroyos que bajaban de las montañas. El tobillo de Maerad comenzaba a hincharse, así que lo liberó de la bota y lo sostuvo con las manos, mientras se daba un masaje en los músculos.

—¿Te duele? —preguntó Cadvan—. Déjame ver —le tomó el pie entre sus manos y lo giró suavemente—. Está un poco hinchado. Nada demasiado malo. Ahora toma aire —apretó la mano con fuerza contra el tobillo y Maerad emitió un sofocado grito de dolor. Después volvió a gritar, pero porque la hinchazón y el dolor habían desaparecido.

—¡Ya no está! —dijo—. ¿Es que también eres curandero?

—Todos los Bardos somos curanderos —dijo Cadvan en voz baja, todavía agarrándole el tobillo—. Deberías habérmelo enseñado antes —le sonrió, y de repente Maerad se sintió incómoda y retiró bruscamente el pie. Después movió nerviosamente los dedos con alivio.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. Me refiero a que hay muchas cosas que no entiendo. Quizá pueda ayudarte —levantó la vista hacia él desde debajo de su cabello enredado—. Me dijiste que estabas herido, pero no veo que tengas ninguna herida. ¿Es que también te has curado a ti mismo?

Cadvan se puso en pie y entornó la vista ante el sol.

—Deberíamos continuar —dijo—. Te contaré las cosas a su debido tiempo, Maerad. Fui enviado aquí en una misión secreta, y no tengo libertad para contártelo todo. Pero sí, estaba herido, y no, no me pude curar a mí mismo. No es una herida que se pueda ver. Estoy más débil de lo que debería estar, aquí, sin protección, en terreno salvaje.

—Pero puedes confiar en mí —dijo Maerad, que comenzaba a sentirse enfadada—. Y si estás en peligro, yo también lo estoy si viajo contigo. Así que me lo debes.

—No te debo nada, Maerad —el tono de voz de Cadvan era llano, pero Maerad vio el destello que pasaba por sus ojos.

—No hubieras conseguido salir del valle sin mí —dijo—. Tú mismo lo dijiste.

—¡Paz! —dijo Cadvan duramente, y su rostro se acercó al de ella—. Maerad, eres una niña. No me incordies con todas esas preguntas, o por lo menos no ahora. Tenemos un largo camino por delante.

Maerad se sintió súbitamente furiosa.

—Y tú ¿quién eres? —no le importaba estar gritando, a pesar de que su voz resonaba muy alta en el terreno vacío que los rodeaba—. Apareciste harapiento de la nada y esperabas que yo me creyese que eras algún tipo de gran personaje venido del oeste, con todas esas historias sobre Bardos y magia. Podrías ser simplemente un embaucador con muchas tretas, por lo que yo sé. Y ahora me dices que solo soy una niña, que vaya a sentarme en una esquina y me esté callada. «Cállate, Maerad, ¡ya te enterarás después!». No soy una niña. ¡Tengo dieciséis veranos!

—Hay cosas más importantes que la vanidad de una muchacha joven —dijo Cadvan fríamente. Maerad se dio cuenta de que estaba en pie ante él, con los puños cerrados y temblorosos por la ira. Se ruborizó.

—No soy una niña —volvió a decir, aunque con menos convicción. De repente se sintió muy infantil. Cadvan parecía cansado, pero en su mirada había dureza. Se volvió y comenzó a caminar alejándose. Maerad se detuvo un momento y después lo siguió, temerosa de que la abandonase en aquel espeluznante silencio. Él caminaba muy rápido y tuvo que correr para alcanzarlo. Cuando lo consiguió, no se puso a su mismo nivel, sino que continuó caminando detrás. Su genio había decaído tan repentinamente como se había desatado, pero no quería disculparse.

Caminaron en aquel obstinado silencio durante más de dos horas. Ahora el sol les calentaba la espalda y Maerad estaba fatigada. Cadvan continuaba a paso rápido, y ella no estaba de ninguna forma acostumbrada a aquel paso castigador, por muy entrenada que estuviese para realizar trabajos duros. Era demasiado orgullosa para pedirle que redujese la marcha, y apretó los dientes. Comenzaba a odiar su espalda recta, sin una curva, siempre ante ella, siempre implacable. Todavía faltaban horas para la puesta del sol, cuando presumiblemente se detendrían, a pesar de que era bastante posible que Cadvan insistiese en que continuasen caminando durante la noche. Acababa de cambiar a un tirano por otro... Cuando llegasen al lugar al que se dirigían, Norloch o como se llamase, quizá podría abrirse paso ella sola por el mundo; pero de momento estaba ligada a él. El sudor le corría por la cara. Tenía sed, y Cadvan llevaba la bolsa del agua.

—Vamos a buen paso —dijo Cadvan volviéndose por fin. Maerad lo miró con el ceño fruncido y él pareció sorprendido—. ¿Todavía estás enfadada? Deja la ira a un lado, niña. No tiene sentido.

—No soy una niña, ya lo he dicho —dijo Maerad huraña—. Deja de tratarme como si fuera tonta.

—Si no eres una niña, no te comportes como si lo fueses —le espetó Cadvan. Se volvió para continuar y después se detuvo con un suspiro y se volvió hacia ella, extendiendo la mano—. Maerad, esto es ridículo. Lo siento. Estoy acostumbrado a

viajar solo. Si he sido menos que cortés contigo, perdóname. Estoy cansado, y tenemos por delante un largo camino que recorrer sin cobijo. Y este lugar me preocupa, no quiero estar al descubierto en la noche. Paremos esta pelea, ¿sí?

Extendió la mano y Maerad la tomó lentamente y asintió, tragando saliva. Se sentía descortés, acalorada y malhumorada bajo la grave mirada de Cadvan.

—Necesito tu ayuda —dijo—. Maerad, puedes estar segura de que hay cosas que te contaré, cuando llegue el momento apropiado, y que ahora no te cuento porque no puedo soportarlo, no porque te menosprecie. Y hay otras cosas que no te puedo decir, porque no debo.

—Como quieras —dijo Maerad. De repente ya no le importaba. Le dejaría tener sus secretos.

Él señaló hacia el sur.

—Quiero llegar a un lugar que conozco antes de que caiga la noche —dijo—. No es una protección, como el Irihel, pero será más seguro que estar al raso. Todavía está a una legua, o más, de aquí, y la tarde ya está entrada. Es por eso que me apuro.

—¿Podría tomar un trago de agua, por favor, antes de volver a empezar? —preguntó Maerad.

Él sacó la bolsa de agua de su hatillo y se la tendió tras beber un poco. Después reemprendieron su camino.

Se aproximaron a las montañas, y hacia la caída de la noche comenzaron a dirigirse en dirección a algo que parecía un punzón o una piedra que estaba de pie, colocada en lo alto sobre una pequeña colina extrañamente redondeada. Cuando se aproximaron a ella, Maerad vio que eran unas ruinas, prácticamente cubiertas de musgo, con unas rendijas vacías por ventanas. Se estaba haciendo tarde, el sol ya arrojaba las largas sombras de las montañas sobre ellos y Maerad ya sentía el fresco del primer rocío. El campo estaba ahora completamente en silencio y la asustaba: se sentía como si la cacería invisible se retrajese, agachándose, preparándose para el ataque. Se preguntó si no preferiría poder ver qué les seguía. Aquel acecho invisible la ponía nerviosa.

Mientras subían la colina, resbalando ligeramente sobre la hierba suave, preguntó qué eran aquellas ruinas.

—Antes era la casa del guarda —respondió Cadvan—. No queda nada en pie aquí excepto esto. Hemos hecho bien en llegar aquí ahora.

—¿Qué guardaba? —preguntó Maerad.

—Una gran ciudad —dijo Cadvan—. Su nombre lleva mucho tiempo olvidado. Antes del Silencio, este era un país rico y muy poblado. El Sin Nombre arrasó incluso el recuerdo de este lugar. Echó abajo todos sus palacios y jardines piedra a piedra, excepto esta torre. Quizá tuviese alguna utilidad para él.

Pasaron bajo un grueso dintel de granito para entrar en las ruinas sin vida. Había sido una torre pequeña, de poco más de cuatro metros cuadrados, en la que una vez

había habido una escalera que llevaba a un mirador en lo alto. En cuanto a las paredes, la mayor parte seguían en pie, construidas con enormes piedras hábilmente encajadas entre ellas sin ningún tipo de cemento, a pesar de que el tejado se había derrumbado y las escaleras y suelos se habían podrido hace tiempo, dejando las marcas de los hogares en la parte alta de las paredes, en donde una vez había habido cuartos. Solo había una puerta, y las rendijas que hacían de ventanas estaban en una parte elevada de los muros. Cadvan dejó caer su hatillo.

—Tenemos poco tiempo, y debemos aprovecharlo bien si queremos sobrevivir a esta noche —dijo—. El fuego es nuestra esperanza. Necesitaremos madera, rápido, antes de que oscurezca.

Abandonaron la torre y salieron a recoger leña. Alrededor de la base de la colina crecían algunos espinos, y una tormenta invernal había arrancado dos de ellos.

—La leña seca es perfecta para el fuego —dijo Cadvan—. Creo que aquí habrá suficiente —Maerad había abierto la boca para preguntar cómo iban a cortar la leña solo con las manos cuando Cadvan sacó una espada de debajo de la capa—. ¡Perdóname, Arnost, por darte tal uso! —dijo, y comenzó a cortar la leña con tanta facilidad como si estuviese cortando pan.

—No sabía que tenías una espada —dijo Maerad—. ¡No te la había visto nunca! —de repente se sintió casi como si aquello no fuese en serio, como si estuviesen preparando una hoguera para una fiesta.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —dijo Cadvan—. ¡Reza para llegar a tener la oportunidad de averiguarlas! Y ahora, ¡date prisa!

Percibiendo la urgencia de Cadvan, Maerad arrastró haces de ramas colina arriba y pronto, tras haber partido los árboles, él la ayudó. Era un trabajo difícil, ya que no paraba de resbalar sobre la hierba. Poco tiempo después tenían una alta pila de madera dentro de la vieja casa del guardia. Cadvan le dirigió una mirada crítica.

—Servirá —dijo—. Tendrá que ser así. Casi ha oscurecido, reúne unas pocas ramas más mientras quede tiempo. Yo tengo otra cosa que hacer.

Sacó una pequeña daga con una forma curiosa y comenzó a marcar una profunda línea alrededor de la base de la colina, y mientras llevaba más leña a la casa, Maerad lo escuchó cantar palabras en el Habla en un tono bajo, rítmico y monótono.

Una vez hubo rodeado toda la colina, se quedó quieto y elevó los brazos hacia el cielo. De nuevo parecía estar iluminado por una extraña luz, y durante un segundo Maerad vio un anillo de llama blanca que saltaba alrededor de la torre, pero entonces parpadeó y ya había desaparecido. Pensó que debía de haber sido un espejismo producido por la luz que se desvanecía.

Entro en la casa del guarda. La pila de madera era alta y el sol se estaba deslizando por detrás del horizonte. Dentro, faltaba poco para estar completamente a oscuras.

Cadvan se unió a ella e inmediatamente se arrodilló e hizo una pequeña pila de leña para encender ante la puerta. Después alargó la mano con dos dedos estirados y

dijo:

—¡*Norloch!*

Una diminuta llama blanca encendió el montoncito y se extendió por él. Él la alimentó, construyendo el fuego rápidamente hasta que Maerad se vio forzada a quedarse contra la pared opuesta a causa del calor.

—Es algo así como decirles «estamos aquí» —dijo—. ¿No te parece?

—¿Y crees que ellos no saben que estamos aquí?

—¿Qué ocurre cuando esta oscuro?

—En la oscuridad los semi-hombre sacan su poder —dijo Cadvan—. Tendrán miedo de este fuego. No pueden romper la piedra. No creo que rompan la barrera que he creado. Tenemos, pienso, suficiente leña para aguantar hasta que amanezca. Y ahora, Maerad, ya sé que no es un buen momento para preguntarte esto, pero ¿podrías pelear con un cuchillo?

La verdad era que Maerad tenía una daga que le había robado a uno de los hombres del Caballero y guardaba en secreto en el cinturón, cercana a la piel.

—Puedo intentarlo —dijo—. Nunca he pelado así —le enseñó a Cadvan la daga y este la examinó con detenimiento.

—El acabado es basto, pero resistente, y es de tu tamaño —dijo—. Si te atacan, ve a los ojos, si puedes, y recuerda mantenerla firme en el puño, así, de forma que entre bien. Tendré que darte lecciones de esgrima cuando estemos en un lugar en el que haya menos presión.

Maerad sintió como se le tensaba el estómago.

—¿Qué nos atacará? —preguntó. ¿De qué serviría un cuchillo contra las sombras?

—Todavía no lo sé —dijo Cadvan—. Pero recuerda, pese a que formen parte de la Oscuridad, se les puede matar. Su peor arma es el miedo. Contén el miedo con todo lo que tengas, y pelea solo si te atacan. Si no, déjame a mí toda la lucha.

Desenvainó su espada y el débil tintineo resonó en las piedras que los rodeaban. El fuego chispeaba y crepitaba, arrojando extrañas sombras sobre los antiguos muros, subiendo hacia el abismo que tenían sobre ellos. Maerad no veía el cielo a través de donde debería estar el tejado, solo una oscuridad impenetrable. Cadvan se estiró y buscó su hatillo.

—Pero ahora, ¡me muero de hambre! —dijo. Le lanzó a Maerad una galleta, unas nueces y fruta y comieron, con la espalda apoyada en los muros, los pies estirados hacia el fuego, los rostros brillando ante el calor. Maerad podía oír el silencio de la tierra vacía que los rodeaba, que se extendía durante millas más allá del amigable chisporroteo de la hoguera. Se echó sobre ella como un peso. Y entonces escuchó el sonido que temía: un largo y prolongado aullido. Casi se le cae la galleta del susto, pero Cadvan pareció no inmutarse.

—El sol se ha puesto —dijo.

—¿Lobos-hombre? —susurró ella.

—Si, de momento. La cacería está comenzando. Les llevará un rato averiguar qué hacer con la barrera. Es fuego blanco. La Oscuridad no puede traspasarlo sin romper su poder, lo que no es fácil. Deberías dormir un poco.

El aullido volvió, y después hubo una respuesta.

—¿Dormir? ¿Ahora?

—¿Por qué no? Yo vigilaré —Cadvan se volvió y le sonrió—. Puedes estar segura que no dejaré que te pierdas los fuegos artificiales. Recuerda: el miedo es su peor arma.

Maerad se tumbó obedientemente y cerró los ojos. Intentó actuar como si no tuviese miedo: intentó relajarse, pero era difícil, estaba en la intemperie en un terreno salvaje, sobre un suelo de piedra quebrada, con unos semi-hombres enviados por algún mago negro que aullaban por su sangre... Le dolía todo por el cansancio de la dura caminata de aquel día, y el fuego era tan cálido... Pero el cuerpo le zumbaba a causa de la tensión, y no la dejaría dormir. Tras un rato dejó de intentarlo y se sentó, acercándose a Cadvan, que asintió sin decir nada.

El Bardo estaba muy quieto a su lado, alimentando el fuego con cuidado. Se la había relajado la cara, quizá había estado durmiendo, lejos de la vigilancia de sus ojos. Su espada yacía desenvainada a sus pies.

Los semi-hombres daban vueltas en círculos a la colina. Maerad y Cadvan escuchaban como sus patas daban vueltas y vueltas, intentando encontrar la forma de pasar la barrera. Maerad escuchó con atención y contó quizá unos veinte. De vez en cuando uno se detenía y aullaba, un prolongado ulular que congelaba la sangre, el sonido de la absoluta desolación nacida de largos años de terror y vacío. Los gritos golpearon a Maerad en la base del estómago. Le parecían el sonido exacto de la no vida, de criaturas que no estaban ni muertas ni vivas, sino atrapadas en un tormentoso vacío intermedio, condenados a envidiar y odiar a todo lo que sintiese alegría ante la existencia. Se estremeció provocándole náuseas. Cadvan continuó alimentando el fuego, aparentemente inmóvil. Después escucharon cómo los semi-hombres se agrupaban, y Cadvan buscó su espada.

—Van a traspasar la barrera corriendo —susurró.

A Maerad el pulso le martilleaba en los oídos, agarró la daga con fuerza hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Escuchó el pesado estruendo que producían las patas de los semi-hombres, su aliento y sus choques cuando se arrojaban hacia delante; pero la barrera los contenía y eran repelidos, aullando. Cadvan se relajó y se reclinó hacia atrás.

—El primer juego es para nosotros —le dijo a Maerad. Ella vio el destello de su sonrisa a través de las sombras que se movían.

El asalto de los semi-hombres a la barrera duró más de una hora. Se lanzaban una y otra vez contra el encantamiento, o intentaban romperlo con garras y dientes. Cadvan y Maerad continuaban sentados en silencio todo el tiempo. La barrera de Cadvan aguantaba bien: no eran lo suficiente fuertes para romperla, y él quería que se

cansasen en un asalto inútil. Esperaba que se pasasen toda la noche lanzándose contra ella. Pero entonces sus carreras cesaron, y escuchó a un semi-hombre, el líder, supuso, que comenzaba a aullar. Pero esta vez era un aullido diferente, un gemido fino, casi humano, en el que había palabras. Comenzó bajo y tranquilo, pero a medida que pasaba el tiempo se hacia más alto y más insistente.

—El semi-hombre líder está haciendo un conjuro anulador —dijo Cadvan—. Tenemos mala suerte. Es raro que un semi-hombre sepa brujería.

Maerad se encontró con su mirada, el miedo se había vuelto a apoderar de ella.

—¿Qué significa eso?

—Puede que mi conjuro funcione, o puede que no. No podemos hacer nada excepto esperar a ver si aguanta.

Cadvan tomó su espada y esperó, en tensión. Maerad sintió cómo se construía el poder del exterior. Se juntaba en la parte más débil de la barrera, la unión; como una cuchilla hecha de negro mal intentó abrirse paso a la fuerza a la mente de Cadvan. Él luchaba contra ella, con la mandíbula fija, mientras el sudor comenzaba a perlarle la frente y Maerad lo miraba con una ansiedad que iba en aumento. La voz fue *in crescendo*, un insoportable sonido agudo, y de repente llegó una explosión sin ruido, una ráfaga de luz negra, y Cadvan se echó hacia atrás contra el muro con una mueca de dolor. Pero la barrera todavía aguantaba. Los semi-hombres no podían entrar.

Entonces se produjo un sonido que a Maerad le gustaba todavía menos: silencio. Los semi-hombres se estaban reagrupando.

Cadvan dejó la espada y se puso a rebuscar dentro del hatillo.

—Bebe algo —dijo. Le pasó una botella que contenía la bebida de hierbas—. Ahora tenemos que prestar atención.

—¿A qué?

—A cualquier cosa. Lo que sea. Siéntate de espaldas al fuego. Intenta recordar que esta torre no tiene tejado. El único lugar por el que pueden entrar ahora es por arriba. El fuego los intimidará, pero no lo suficiente.

Maerad agarró la daga con la mano y se sentó al lado de Cadvan, esforzándose por escuchar. No oía nada más que la sangre en sus oídos. El pánico brotaba en su corazón hasta que casi deseó que pasase algo, algo, cualquier cosa que rompiese aquel horrible suspense. Le dirigió a Cadvan una mirada furtiva. Él parecía casi sereno, con el rostro relajado, los ojos atentos. Ella inspiró profundamente.

Continuaron en aquel silencio durante lo que parecieron horas. De vez en cuando Maerad se desentumecía el cuerpo dolorido, pero Cadvan no se movía nunca.

—Quizá se hayan marchado —dijo ella por fin—. Llevamos siglos sin escuchar nada.

—*Chisss* —chisto Cadvan—. De lo único de lo que podemos estar seguros es de que no se han ido. Escucha.

—Pero no hay nada que escuchar.

—Esperarán. Quieren que nuestras voluntades se debiliten por el miedo. Se

alimentan de nuestro miedo. Es su vida, su pan. ¡Hagámoslos morir de hambre! Aleja tu mente hacia la noche. Utiliza el Don que posees. Aléjala en la noche. Entonces oirás.

Maerad se preguntó qué querría decir. Quizá debería... por experimentar, se concentró e imaginó que su mente traspasaba los muros de la casa del guarda. De repente sintió frío, a pesar de que todavía estaba de espaldas al fuego. Era como si hubiera puesto el pie fuera, a pesar de que no podía ver nada más que la pared que tenía delante. Pero escuchaba el lento batir de unas alas, alas de criaturas que no podía imaginar, alas sin plumas, pesadas y con garras, y escuchaba silbidos, como de alientos helados atraídos y expulsados por bramidos fríos y correosos.

—Alas —susurró—. Pero alas gigantes. No son murciélagos, o son murciélagos tan grandes como lobos.

—Sí. Están cerca. La barrera no los contendrá. No puedo hacerla lo bastante alta.

—Pero no veo nada, Cadvan, no veo nada —Maerad se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos—. Son muy grandes, puedo escuchar lo grandes que son. ¿Qué vamos a...?

—¡Silencio! —Cadvan se volvió con la furia de una serpiente—. No puedo estar acariciándote la mano como si fueses una niña aterrorizada. Si queremos pasar esta noche con las entrañas completas, debes de recordar quien eres. Eres parte del Don. Crece, o moriremos aquí.

Maerad tragó saliva. Cadvan volvía a estar preocupado, sin prestarle atención a ella, escuchando y mirando, con la espada preparada. Ella inspiró profundamente y rechazó el terror que había comenzado a tomar las riendas de su mente, abriéndose paso por sus músculos, frío e insidioso, como una neblina envenenada. El corazón le latía a toda prisa, pero se obligó a relajarse. Mantenía su lastimosa daga en la mano. Le parecía tan pequeña... Ojalá tuviera una espada y supiera utilizarla. Quizá entonces se sintiese un poco más como una guerrera. Envió su mente hacia fuera de nuevo, al no saber qué otra cosa podría hacer, y escuchó a las criaturas aladas, que ahora estaban lejos, muy alto. Volaban hacia la parte superior de la barrera. ¿De qué estaba hecha la barrera? No lo sabía, pero iban a sobrevolarla y después descender hasta donde estaban ellos. Ahora estaba segura de ello. Instintivamente se puso en pie, y vio que Cadvan también lo hacía, mirando por encima de sus cabezas, repasando las paredes en las que el fuego parpadeaba creando sombras, y después vino la oscuridad. Maerad se acercó más al fuego. Cadvan lanzó unos cuantos troncos más, haciéndolo crecer para que las llamas llegasen más alto. Hacia un calor insoportable. Miró hacia lo alto, aguzando la vista y con los nervios tan tensos que parecían estar a punto de romperse.

Al fin escuchó algo, pero era tan ligero que apenas sabía si se trataba del viento. A Cadvan le salía el aliento silbando entre los dientes. Después, tan rápido que ella casi ni lo vio, una enorme sombra descendió en picado desde lo alto. Cambió de dirección brevemente hacia el fuego y chilló, aleteando hacia atrás. Cadvan saltó

hacia delante y le cortó el cuello con la espada, y luego dio un salto atrás cuando cayó salpicando negras gotas de sangre.

Maerad observó con sorpresa que no era tan grande como pensaba: el cuerpo era más o menos del tamaño de una cabra. Pero no tenía tiempo para mirarlo, porque ahora el aire estaba lleno de garras, alas y silbidos. Uno vino directo hacia ella, vio sus ojos ardiendo en rojo a la luz del fuego. Su daga resultaba inútil, y en una súbita inspiración la lanzó y cogió una rama ardiendo del fuego. Se la lanzó a la criatura, que cambió de dirección y se estampó contra la pared. Cayó al suelo con el cuello roto.

Inmediatamente vino otro a por ella, aterrizó en el suelo y se encabritó para acuchillarla con sus garras. Maerad hizo girar la rama a su alrededor, y notó una sacudida en el hombro al golpear algo duro. La criatura silbó furiosa cuando las llamas la lamieron, y su largo cuello serpenteó hacia ella. Maerad volvió a golpearlo y la rama se rompió. Saltó hacia un lado, agarró otra rama y el semi-hombre le propinó un golpe lateral en la cabeza con las garras. No sintió ningún dolor, súbitamente su miedo se había visto superado por una oleada de ira. Agarró la rama con ambas manos y la balanceó al azar, la estancia era tan pequeña que era imposible no golpear nada. Sabía que Cadvan estaba a su derecha, acuchillando y cortando, acosado por tres de ellos, detrás había tres más, y otros tantos se cernían sobre sus cabezas. Maerad continuaba azotando, recordando ir a los ojos, y las criaturas saltaban apartándose de la llama, concentrando su ataque en Cadvan.

Entonces uno de ellos aterrizó ante ella, y para su consternación vio su contorno borroso y difuminado. Al principio creyó que se trataba de una alucinación visual, pero después, para su incredulidad, comenzó a transformarse en un hombre, sorprendentemente blanco en la oscuridad. Gritó y le clavó la tea en la cara. Él cayó hacia atrás, pero después fue a por ella, mientras las alas se le disolvían en la espalda, con un rostro blanco y asesino y una ancha espada negra en la mano llena de garras. Maerad se agachó ante el balanceo de la espada y con todas sus fuerzas echó hacia atrás la rama en llamas y la dejó caer todo lo fuerte que pudo sobre el cuerpo de él. Las llamas revivieron y le lamieron el cuello, y después prendieron en su cabello. Chilló horriblemente y cayó al suelo retorciéndose, intentando apagar las llamas, pero se quedaban pegadas a él como un pegamento mortal, extendiéndose hasta hacerlo arder por completo, convertido en una antorcha berreante.

Maerad lo miró aterrorizada, casi olvidando el peligro durante un segundo, pero otra criatura aterrizó y se irguió sobre sus patas traseras, con lo que su terror se volvió a convertir en ira. Esta vez lo golpeó con la tea antes de que pudiese comenzar a transformarse. Aturdido, cayó al suelo, que ahora estaba humeante y cenagoso por la sangre. Dio un paso a adelante para golpearlo de nuevo cuando Cadvan la sobrepasó y le cortó la cabeza. De repente, la estancia se quedó en silencio.

Se quedaron allí juntos de pie, jadeando. Maerad proyectó su mente hacia el exterior para escuchar si venían más alas, pero solo percibió la noche. La estancia

estaba llena de criaturas muertas. Ahogó un grito que la hizo sentir repentinamente mareada.

Cadvan tiró más leña al fuego y después comenzó a arrastrar los cuerpos para sacarlos por la puerta. Maerad se echó hacia atrás, tambaleándose a causa de las náuseas. El hedor de la muerte mareaba, y comenzaba a temblar. Se dio cuenta de que la rama que tenía en la mano estaba a punto de quemarla. La tiro de nuevo al fuego y después, luchando contra las ganas de vomitar, ayudó a Cadvan a limpiar la estancia de las criaturas, lanzándolas por la puerta y colina abajo, a pesar de que no fue capaz de tocar a la que había quemado, la que aún era medio humana. Al final la habitación quedó vacía, pese a que apestaba a carne y cabellos quemados y a sangre. Ni a Cadvan ni a Maerad les apetecía sentarse.

—¿Qué eran? —preguntó por fin.

—Porquería de gusano —dijo Cadvan—. Los semi-hombres pueden tomar la forma que deseen. Pero todas son formas malvadas, burlas —la miró, sonriendo lúgubrementemente—. Lo has hecho bien, aunque una vez casi me das a mí. Una valiente luchadora, aunque un poco indisciplinada.

Maerad intentó devolverle la sonrisa.

—¿Crees que habrá más?

—No lo sé. No lo creo. He contado diecinueve, y he escuchado unos veinte. Quizá uno no se haya querido arriesgar a morir en el fuego. De todas formas, ya no falta mucho para el amanecer.

Salieron al exterior y se sentaron al lado de la puerta, todavía en alerta aunque demasiado agotados para hablar. Cadvan no renunció a su vigilancia y Maerad, pese a su cansancio, vigiló con él. No oyeron nada más aquella noche, y al final el horizonte oriental comenzó a iluminarse y el sol, con una lentitud insoportable, elevó su forma redondeada sobre la tierra, enviando rayos nivelados sobre el bosque que tenían ante ellos. Maerad pensó que nunca había estado tan contenta de ver llegar un nuevo día. Se volvió hacia Cadvan y casi se hecha a reír. No es que fuese una visión muy atractiva: ambos estaban sucios y salpicados de la nauseabunda sangre de los semi-hombres, y tenían los rostros negros de cenizas.

—Bueno —dijo Cadvan con dificultad—. Lo hemos conseguido.



A TRAVÉS DE
LAS MONTAÑAS

V

No se detuvieron para lavarse ni descansar, ni tan siquiera para comer. Maerad apartó la mirada de la montaña de cadáveres que había al pie de la colina.

—Deberíamos quemarlos —dijo Cadvan—. Pero no tenemos tiempo. Nuestra única opción es continuar hacia delante.

Maerad nunca se había sentido tan cansada. La única cosa más fuerte que su agotamiento era su deseo de alejarse lo máximo posible de aquel lugar sepulcral. Caminaron sin cesar, e intentó ignorar su dolor de cabeza, que se resentía de la herida que le había hecho el semi-hombre, y concentrarse solo en seguir moviéndose. No tenía ni idea de su destino. Comenzaba a pensar que Cadvan estaba hecho de alambre, pues dejaba ver pocas señales de cansancio, mientras que para Maerad el hecho de caminar se estaba convirtiendo en un tormento sin fin. Lentamente, dolorosamente, se acercaron a un saliente de la cordillera y lo rodearon. En cuanto lo hicieron, fue como si la tierra volviese de nuevo a la vida. Los pájaros se retaban con sus cantos matutinos en los arbustos que había a su alrededor, o revoloteaban de rama en rama, y la hierba parecía temblar debido a las actividades ocultas de unos diminutos animales. Una insidiosa presión que Maerad no había percibido hasta el momento se le aliviaba ahora del pecho. Un poco más adelante, un pequeño arroyo bajaba por el lado de una alta cordillera y daba a una poza rodeada de piedras lisas y suaves. Para alivio indecible de Maerad, Cadvan se detuvo.

—Estamos fuera del Landrost —dijo—. El pico ya no observa nuestro camino desde lo alto. Ya no nos puede hacer nada más —se arrodilló sobre la poza y empezó a echarse agua por la cara y a lavarse las manos. La sangre seca y la ceniza formaron un remolino en el agua y desaparecieron, Maerad se desplomó sobre la hierba a su lado, incapaz de hacer nada por el momento. Solo habían pasado tres horas desde la salida del sol, pero le parecía haber vivido toda una vida desde el día anterior. Ya no tenía sueño, y a pesar del cansancio de los miembros, su mente estaba asombrosamente en alerta. Durante un rato se limitó a escuchar la música de los pájaros y el arroyo, sonidos que penetraban en ella como un bálsamo. En aquel momento Cadvan comenzó a sacar comida de su hatillo, y ella se sobresaltó al darse cuenta de lo hambrienta que estaba.

—No hemos perdido la educación, o por lo menos todavía no —dijo Cadvan

mirándola—. Tienes que lavarte primero.

Maerad se arrodilló sobre las piedras y se lavó la mugre de la cara y las manos. El agua estaba fría y limpia. Arrancó unas hierbas secas y, movida por una súbita y violenta repugnancia, se rascó tan fuerte como pudo, tocándose inútilmente las ropas, que estaban duras de tanta porquería como tenían. Después se sentaron y comieron, mientras que Cadvan olfateaba el aire. Se estaban formando unas nubes al este, unas nubes altas y oscuras que remontaban en la distancia.

—Viene una tormenta —dijo— que tal vez nos ayude. Tenemos que borrar nuestras huellas. Hay más ojos que los del Landrost que se estarán preguntando cómo es que resistimos anoche a los semi-hombres, y quizá estén siguiendo nuestros pasos. Todavía estamos al menos a cuatro días de tener cualquier esperanza de ayuda, y eso si todo va bien.

—No sé si podré llegar mucho más lejos —dijo Maerad. Le temblaban las manos.

—Yo tampoco, Maerad. La voluntad nos ha traído hasta aquí. Pero yo también necesito descansar, lo necesito desesperadamente. Sería como una broma atravesar victoriosos todos estos peligros solo para dejarnos caer exhaustos a la vista de un refugio.

Masticaron en silencio durante un rato. «He luchado contra los semi-hombres y no he tenido miedo» pensaba Maerad con algún tipo de lúgubre alegría, «quizá ahora dejaré de tratarme como si fuese una niña». Las imágenes de la batalla parpadeaban aleatoriamente dentro de su cabeza, volvió a ver al que había prendido fuego, el que se había transformado en algo parecido a un hombre, y se estremeció. «Lo he matado». La afirmación la golpeó como el miedo. Había sacrificado gallinas y conejos para comer, sin inmutarse, incluso una vez había deseado matar a un hombre y había sentido que la acción se despertaba en su alma, una ira negra e implacable; pero nunca había matado a nadie. «Era matar o que te matasen», susurró una voz. «¿Qué habrías conseguido echándote atrás y dejando que te hiciese pedazos? Él no tenía ninguna duda...». Sabía que aquello era cierto, pero el hecho de saberlo no aliviaba el desasosiego de su corazón, el sentimiento de que, sin importar la justificación, matar estaba mal, que su acto la había herido de alguna manera. Meneó la cabeza para deshacerse de sus pensamientos, se estiró y bostezó.

—¡Cómo desearía que hubiera algo más de comer! —dijo. Cadvan levantó la vista y sonrió.

—Sí, la comida de viaje cumple con su propósito pero cansa enseguida.

—Un ave asada con raíces. Y manzanas al horno rellenas de bayas y nueces.

—¡Setas! —dijo Cadvan de improviso—. Fritas a fuego lento en mantequilla. ¡Casi puedo olerlas! —le pasó la botella de agua de hierbas—. Bebe un poco de esto. No demasiado, me estoy quedando sin reservas.

—¿Qué es? —preguntó Maerad después de beber.

—Medhyl —dijo Cadvan—. Cura el cansancio. No puede borrarlo, por desgracia, pero ayuda. Los Bardos lo fabrican para ocasiones como esta.

—¿Hemos de continuar ahora?

—Creo que podemos descansar, pero poco. Enseguida tendremos que buscar cobijo. ¡Mira esas nubes! Será una tormenta salvaje, me parece. Hoy no podremos llegar mucho más lejos. Por aquí hay cuevas, ¡aunque debemos tener cuidado con lo que viva en ellas!

Poco después recogió su hatillo, cruzaron el arroyo y continuaron hacia el sur. Cadvan escudriñaba detenidamente las laderas de las montañas mientras caminaban, y Maerad era consciente de la tormenta a sus espaldas: cada vez que se volvía, las nubes estaban más cercanas y oscuras, se aceleraban con pequeñas lenguas de relámpagos, y comenzó a escuchar truenos. La luz se hacía más tenue a medida que las nubes se comían al sol.

Cadvan se detuvo y señaló hacia un agujero apenas visible sobre un cerro, a unos seis metros sobre sus cabezas.

—¡Ahí! —dijo—. Rápido, sígueme —subieron la empinada cuesta agarrándose con las manos y después, tras advertir a Maerad que se mantuviese detrás de él, Cadvan desenvainó su espada y entró en la cueva, inclinándose hacia adelante porque el techo era muy bajo. Estaba seca y en el suelo había arena.

La cueva penetraba unos tres metros y medio y después continuaba con una pronunciada curva. Cadvan la pasó con precaución y vio que la cueva se terminaba unos tres metros más adelante. Salió a donde esperaba Maerad.

—Es perfecta —dijo—. A pesar de que hay algo que vive aquí, hay huesos. Se molestará un poco, me temo, cuando nos vea, aunque pienso que no será malo. No podremos encender fuego, pero por lo menos no nos mojaremos.

Habían encontrado la cueva justo a tiempo. En el momento en el que entraban, un enorme trueno estalló sobre sus cabezas, anunciando los primeros gotarrones de la tormenta. Dentro olía a rancio y ha cerrado. Maerad se sentó sobre el suelo lleno de arena en el punto en el que la cueva se doblaba, de forma que podía ver la entrada, un círculo de luz ya velado por la lluvia.

—Deberías tumbarte —dijo—. Yo vigilaré. Prometo no quedarme dormida.

Para su sorpresa, Cadvan no puso objeción.

—Utiliza el oído —dijo—. Ya sabes cómo. Y despiértame si ves o escuchas algo raro. Cualquier cosa. No me importa si es una falsa alarma —después, con la desconcertante ligereza de la que ya había sido testigo antes, Cadvan se tumbó y pareció quedarse dormido inmediatamente.

Maerad se sentó con las manos agarradas a las rodillas, bien envuelta en la capa para mantener el calor, e intentó relajarse oyendo la lluvia y los truenos. El sonido resultaba extrañamente reconfortante, a pesar de estar sentada en una fría cueva en medio de unas montañas salvajes. Durante un rato se dedicó a estudiar el rostro dormido de Cadvan, que brillaba pálidamente en la semioscuridad bajo su cabello negro enmarañado. Le había confesado a ella que ya era viejo, por lo menos según los estándares normales, pero de ninguna forma lo parecía. Tenía, sin embargo, severidad

en la boca, un matiz de pena o sufrimiento largamente dominado, que sugería que no la estaba engañando; en su rostro había rasgos de gran experiencia. Y también a veces, y en particular ahora, en la vulnerabilidad del sueño, parecía mucho más joven, apenas mayor que ella. Ya sabía que era un valiente espadachín: el más duro de los hombres del Caballero no podría igualar su rapidez ni habilidad, y su resistencia la asombraba. La noche anterior había visto cómo le plantaba cara al miedo y al peligro. Aunque ni una vez se había jactado de su proeza y más bien parecía no darle importancia, pues para él, el canto y los saberes ancestrales eran las mayores habilidades. Nunca había conocido a nadie como él, y todos los acontecimientos de los últimos días no habían borrado su asombro inicial. Quizá se acostumbraría a él con el tiempo. Ahora confiaba un poco en ella. Quizá incluso pudiesen ser amigos. Y ¿qué le había dicho aquella mañana? «Lo has hecho bien...».

Se estremeció mentalmente ante el recuerdo de la batalla acaecida la noche anterior, y recordó que se suponía que estaba vigilando. Era una violenta tormenta, pues la lluvia caía con tanta fuerza que había creado un muro gris e impenetrable en la entrada de la cueva, iluminada de vez en cuando por el resplandor de un relámpago. El viento aullaba y azotaba las laderas de la montaña, ocasionalmente ahogado por el enorme ruido sordo que producían los truenos. Se sintió muy contenta de que no estuvieran fuera, bajo la lluvia; en comparación, la cueva resultaba segura, incluso acogedora. Vigilaba, pero no veía ni oía nada, y unas cuantas horas después, cuando el cansancio comenzó a rodar sobre ella, despertó a Cadvan y se acurrucó para dormir sobre el suelo de la cueva, tan lujosamente como si se hubiera acostado sobre un lecho de plumas.

Se despertó atontada con el sonido la voz de Cadvan. Ahora la cueva estaba oscura, parpadeó y se desperezó, intentando ver entre las sombras. Lo que vio la hizo sentarse de repente y recular hacia la pared, agarrando la capa.

Cadvan estaba cara a cara con una bestia enorme. Lo único que podía ver era su oscura forma: una monstruosa mole que bloqueaba la luz con una larga cola que se meneaba lentamente y desprendía un intenso hedor, pero estaba allí ante él como si no fuese más que un gato. Estiraba la nariz hacia Cadvan y respondía a sus palabras emitiendo sonidos desde lo más profundo de la garganta. Maerad se quedó lo más quieta que pudo. Cadvan hizo un gesto en dirección a Maerad, hablando mientras lo hacía, y le dirigió a Maerad una mirada de advertencia. La bestia dio un paso hacia adelante y la olisqueó. Ella palideció, pero se sometió a la investigación sin protestar, a pesar de que los largos y curvados dientes y el aliento de la bestia —el aliento caliente y acre de un carnívoro— le aceleraron el corazón. Pareció haber pasado la inspección, y la bestia se volvió hacia Cadvan y emitió unos cuantos ruidos más, que a Maerad le sonaron un poco como si se estuviera riendo de ella. Después se puso a dar vueltas en círculo, acolchándose un lecho para sí misma, y se tumbó. Cadvan se

volvió hacia Maerad sonriendo.

—Bien hecho —dijo—. No es fácil despertarse sin esperarlo en compañía de un león de las montañas, y las cosas se hubieran puesto mal si te hubieras dejado llevar por el pánico. Ha decidido que eres inofensiva, y nos permitirá quedarnos aquí esta noche. Nos asegura que no nos comerá y dice que de todas formas tú tampoco darías para mucho.

—Oh —dijo Maerad sin aliento—. Que amable por su parte.

—También me ha contado unas cuantas cosas útiles, que quizá también hubieras escuchado si hubieses estado atenta. Tenía noticias sobre nuestra batalla contra los semi-hombres, y declara sentirse honrado de alojar a tales guerreros. Ha estado cazando y la tierra está alterada. Todas las bestias tienen miedo, y no les gusta este viento. Dice que no es seguro que viajemos como lo estamos haciendo, descendiendo hacia el sur por el este de Annova, y nos ha ofrecido un paso seguro por las montañas. Para nosotros será un atajo, y apartará a lo que sea que nos sigue de nuestro camino.

—¿Un paso seguro? —dijo Maerad dudosa—. ¿Y podemos confiar en él?

—Sí —dijo Cadvan—. Tanto como podemos confiar en cualquier cosa. Es mucho más de lo que deseaba.

Maerad no tenía otra opción que aceptar el juicio de Cadvan, y era cierto que la bestia no se la había comido. Todavía. Recordó a los sabuesos de Gilman y se sintió un poco menos inquieta.

—¿Qué quieres decir, que yo también podría haber escuchado esas noticias? —preguntó tras un breve silencio.

—¿Cuándo te despertarás? —dijo Cadvan con impaciencia—. Sí, hay cosas que tienes que aprender. Pero hay otras que ya duermen en tu interior, como parte de tu Don, tu herencia. Una de ellas es la capacidad de entender el habla de los animales.

—¿Yo?

—Sí, muchacha, ¿es que tienes orejas de trapo?

Maerad sintió que un nuevo tipo de miedo se removía en su interior, un miedo hacia sí misma, y le pinchaba la ira. Habló en voz baja, temerosa de despertar a la bestia, pero con oscura furia.

—Eso son brujerías —dijo—. Nunca me has dicho nada así. ¡No es cierto!

Cadvan no reaccionó ante su ira.

—Maerad, lo peor que puedes hacer es negar tus propios poderes —dijo—. Si te han mantenido en la ignorancia, no es culpa tuya. Pero ahora ya no tienes esa excusa.

Maerad se sentía demasiado alarmada para discutir con él, y se volvió huraña hacia la pared de la cueva. Era ridículo que Cadvan le hablase de esa manera. Ella era solo lo que era, una muchacha, en los últimos tiempos una esclava, y sí, sabía tocar la lira pero... Cadvan estaba muy equivocado.

Inspiró profundamente y le echó un vistazo al león de las montañas. Yacía enroscado, tocándose la cola con la nariz, igual que un gato junto al hogar, sin

prestarles atención a ninguno de los dos. La tormenta había cesado, pero la lluvia continuaba cayendo constante en el exterior de la cueva, un sonido amigable, pensó. La noche estaba cayendo, y se dio cuenta de que tenía hambre.

—De todas formas no vamos a ir a ningún lado ahora —dijo.

—No —respondió Cadvan—. Así que quizá deba echarle un vistazo a ese arañazo de semi-hombre.

Le buscó la herida que tenía en la frente con dedos expertos y delicados, y a Maerad le costó no estremecerse.

—Un moratón y un pequeño desgarró, pero no hay veneno —dijo—. Te dolerá la cabeza durante un par de días, me temo. No puedo arreglar eso aquí. Pero no te quedará ninguna cicatriz de la que fardar. Has salido casi ilesa —le hizo presión con su dura mano sobre la frente, y le alivió un poco el dolor; después ungió la herida con un bálsamo de olor dulce que sacó de un bote diminuto extraído de su hatillo.

—Deberíamos comer y descansar mientras podamos —dijo Cadvan—. No es necesario que estemos alerta: el león de las montañas guardará su propia cueva, incluso mientras duerme.

Maerad asintió. La verdad era que le dolían los huesos de cansancio, y en el fondo sentía las secuelas de la pelea de la noche anterior, un temblor en lo más profundo de su cuerpo. Más descanso le vendría bien.

A la mañana siguiente, Maerad estaba tan entumecida por el frío que apenas podía moverse, se sentía como si estuviese llena de cardenales por todas partes. El día estaba encapotado y deprimente, y una luz débil y tenue se filtraba en la cueva, que ahora parecía inhóspita e incómoda. Se dio la vuelta con un gemido. Cadvan todavía dormía, así que se sentó con precaución, buscando al león de las montañas. No estaba en ningún lugar a la vista.

«Demasiado para nuestro guía», pensó. «¿Y ahora qué?».

Gateó hasta la entrada de la cueva y miró al exterior. Podía ver más allá de las cimas redondeadas de las montañas, hacia las llanuras, pero el bosque estaba escondido por la neblina o la lluvia. Parecía que el mundo entero estuviese descolorido. Estaba allí sentada y desanimada, mirando las nubes y frotándose brazos y piernas para volverlos a la vida, cuando Cadvan se unió a ella.

—¿Desayuno? —le dijo alegremente.

—Lo último que me apetece es comida —dijo ella—. Parece que nuestro guía ha desaparecido.

—Volverá —dijo Cadvan—. Y tienes que comer. Todavía tenemos un largo camino por delante, y no podrás ir a ningún lado con el estómago vacío. Si nada sale mal, pronto comeremos carne asada y setas fritas.

—¿Y raíces?

—Zanahorias, nabos, remolachas y todo lo que quieras. ¡Asados, a la brasa, fritos,

a la cazuela, cocido, con azúcar y ahumados! —Cadvan había vuelto a entrar en la cueva, y arrastraba fruta y pan fuera de su hatillo—. ¡Y un baño! ¡Por la Luz que estará bien volver a estar limpio! Ya no recuerdo la última vez que tomé un baño.

Estaban acabando de desayunar cuando el león de las montañas volvió. Cadvan lo saludó solemnemente en el Habla, y la gran bestia se sentó sobre sus cuartos traseros y esperó pacientemente a que Cadvan recogiese. Después, el león de las montañas bajó la cabeza, emitió más ruidos guturales y Cadvan asintió.

—Dice que le sigamos —le dijo a Maerad—. Observa cada movimiento suyo. Y date prisa.

El león de las montañas saltó sobre la cueva, encima de un saliente, y comenzó a trepar por la base de la montaña, siguiendo el saliente que había al lado de una profunda garganta. Cadvan saltó tras él. Maerad se detuvo, intimidada por la altura, y después, al darse cuenta de que no tenía opción, subió con dificultad tras ellos, con el corazón saliéndosele por la boca.

—Tiene cuatro patas —le murmuró a Cadvan—. Espero que recuerde que yo solamente tengo dos.

—¡Limítate a concentrarte! —dijo Cadvan.

Durante un rato el saliente fue lo bastante ancho como para caminar por él sin incomodidades, y Maerad comenzó a respirar con más facilidad, a pesar de que a su izquierda había un profundo barranco y a su derecha un escarpado acantilado que se hacía más alto a medida que avanzaban. De él salían agrestes hierbas y de vez en cuando grupitos de eléboros, mangas de señorita y una florecilla blanca y esponjosa que Maerad no había visto nunca, pero aparte de eso la vegetación era muy escasa y el camino era abrupto y desigual. Los rayos del sol de la mañana les calentaban la espalda, pero enseguida su camino se adentró en la sombra y a Maerad se le enfrió el sudor sobre la piel. Ahora la cuesta volvía a ser empinada, el saliente comenzaba a estrecharse, y en algunos lugares llegaba a desaparecer. Sus progresos se vieron reducidos a un lento avance. Maerad se sentía incómoda, como una araña que trepaba por una pared, sin la reconfortante seguridad de una tela de la que quedarse colgado si caía. Si miraba hacia abajo se mareaba, así que mantuvo los ojos fijos en Cadvan, que iba delante de ella, y se concentró en colocar sus pies y manos exactamente en los mismos lugares en los que los ponía él. No veía al león de las montañas.

Acababa de decidir que no era capaz de subir ni medio metro más cuando de repente el saliente cambió bruscamente y se convirtió en un sendero definido que discurría serpenteante hacia delante y hacia atrás y continuaba ascendiendo por la montaña. Ahora caminaban, aunque en fila india, y Maerad veía cómo el león de las montañas trotaba pacientemente ante ellos, con el hocico cerca del suelo y sus poderosos hombros tensos con elegancia y sin esfuerzo. El camino se iba enroscando a mayor altura, cada vez más y más elevado, y el aire se volvía más y más frío, y comenzaba a ser difícil respirar. Entonces el sendero pareció detenerse por completo. El león de las montañas se volvió y le habló a Cadvan, y Cadvan le transmitió su

mensaje a Maerad.

—Dice que ahora hemos de mantenernos muy juntos —dijo—. Pase lo que pase, no te asustes. No puedo hacer luz, a no ser que tengamos otra opción, porque podría traer complicaciones. Utiliza tus oídos. Y vigila por si hubiera murciélagos.

—¿Murciélagos? —dijo Maerad confundida. ¿Qué pintaban los murciélagos en lo alto de la montaña? Pero entonces vio que, en lugar de detenerse, el sendero llevaba a una abertura en la escarpada roca de la montaña. Estaba claro que no era una abertura natural: tenía los lados regulares y suaves, y grabadas alrededor de su dintel había unos restos de runas desgastadas.

No tuvo tiempo para maravillarse, pues se metieron rápidamente en el túnel y continuaron caminando. Las paredes devolvían el eco debilitando sus pasos. En la luz procedente de la abertura, Maerad vio que el suelo era recto como una flecha que agujerease su camino hacia delante en el corazón de la montaña. Era lo bastante ancho para que dos personas caminasen una al lado de la otra con los brazos estirados. Solo llevaban unos minutos caminando cuando la luz se vio ahogada por una oscuridad total y absoluta. La oscuridad era tal que Maerad no sería capaz de verse la mano ni aunque se la pusiese delante de los ojos. Sus pasos resonaban antinaturalmente altos y tenían un extraño eco; incluso podía escuchar el paso acolchado de las patas del león de las montañas.

—¿Cadvan? —dijo en voz muy bajita, y pegó un salto porque su voz se tornó en un eco burlonamente amplificado.

—Chiss —dijo él. *Chiiiiiss*, dijo el túnel. Para su inmenso alivio, Cadvan le cogió la mano, se la apretó dándole ánimos y después no la soltó. Caminaban lenta y constantemente, arrastrando las puntas de los dedos de las manos por las paredes lisas durante un tiempo que pareció una eternidad, siempre con el lento y constante paso de las patas del león de las montañas delante de ellos.

De repente Maerad ahogo un grito. La pared lateral se había desvanecido y casi se cae por el agujero. Una ráfaga de aire frío y fétido le sopló en la cara y dispersó durante un instante la mala ventilación del pasadizo. Tres pasos después la pared volvía a estar allí: estaba claro que era un túnel que se ramificaba de la arteria principal. Enseguida los pasadizos laterales se volvieron más frecuentes, y Maerad se dio cuenta de que debía de haber una red que atravesaba toda la montaña. A veces el aire bajaba desde la parte superior, a veces procedía de la parte inferior; supuso que eran túneles que ascendían o descendían entre las rocas. Contó cuarenta y cinco antes de que se detuviese a comer y por los cambios en el aire supuso que había un número similar que partían del lado de Cadvan. El túnel principal continuaba abriéndose paso recto como una regla a través de la montaña.

Se preguntó quien habría construido aquel lugar, y qué sería, a pesar de que no sentía ningún deseo de seguir ninguno de los túneles laterales. La idea de sentirse perdida en el interior de aquella montaña, caminando a tientas por una oscuridad sin fin, la hacía estremecerse. Quizá hubiera sido algún tipo de ciudad, a pesar de que

nunca había escuchado hablar de una ciudad construida en el interior de una montaña. Parecían antiguos, enormemente antiguos. A veces, cuando sus dedos rozaban algo que parecía un grabado desmenuzado en relieve, o una complicada decoración que rodeaba uno de los pasadizos laterales, deseaba que Cadvan le permitiese tener un poco de luz porque le hubiera gustado ver qué era lo que le había por donde pasaban. Seguro que alguna vez había sido hermoso. Quizá todavía lo fuese, incluso en aquel abandono.

Pese a la oscuridad, no era un lugar que le inspirase miedo; si hubiera fantasmas, pensó para sí, se habían marchado hacía mucho tiempo. A medida que penetraban en la montaña comenzó a sentirse intimidada por su tamaño. Era mucho, mucho más grande que El Castro de Gilman, quizá fuese tan grande como las ciudades que aparecían en algunas de las canciones que le había enseñado Mirlad. Parecía exhalar tristeza, una omnipresente sensación de ausencia. ¿Habría asediado una enfermedad a aquel pueblo y los había apartado de allí? ¿O sencillamente se habrían marchado tras decidir construir otra ciudad en cualquier otro lugar, en algún lugar más cálido? Había personas que habían vivido aquí, y quizá hubieran sido felices, pero ahora ya no estaban y el lugar los echaba de menos, echaba de menos sus risas, sus canciones y su luz. Porque dio por hecho que deberían haber tenido luz allí, en aquellos oscuros lugares.

Se detuvieron para realizar una comida, y más adelante otra, y después otra más. Durante un número incontable de horas durmieron sobre la piedra desnuda. ¿Habían dormido un minuto o un día entero? Maerad no tenía ni idea. Aquellas pausas eran la única puntuación en su larga caminata. En aquella oscuridad inalterable era imposible decir la hora que era en el exterior, en el mundo del color y la luz. Se detenían cuando tenían hambre, o cuando estaban tan cansados que ya no podían caminar más. Se sentaban en el lugar del pasadizo en el que les coincidiese estar. Era extraño comer cosas sin poder verlas, era como si no supiesen a nada, como si estuviesen comiendo ceniza. Hablaban lo menos posible, porque el eco resultaba enervante. El león de las montañas no comía nada, aunque a veces bebía de los pequeños arroyuelos que discurrían bajo sus pies, que descendían bruscamente a través de la montaña desde pasadizos más elevados.

En un determinado momento su guía se detuvo de repente y emitió un ruido gutural. Estaban tan cerca de él que chocaron.

—Dice que aquí hay una fosa —susurró Cadvan, y sus susurros recorrieron las paredes como una risa siniestra—. Buena señal, dice que significa que estamos a mitad del camino. Hay un saliente muy estrecho a un lateral. ¡Ten cuidado de no tropezar! Tú iras primero y yo te seguiré de cerca. Apóyate contra la pared.

Maerad siguió vacilante al león de las montañas, que continuaba con su paso constante, y buscó el camino a tientas por la pared. Inmediatamente sintió una ráfaga de aire frío y una sensación mareante de horrorosa profundidad, que casi la hizo tropezar. Cadvan murmuró algo entre dientes que ella no llegó a escuchar, ya que

estaba recuperando el equilibrio y apoyándose contra la pared, con el corazón martilleándole. Después contuvo el aliento y se concentró en colocar un pie delante del otro, paso a paso. Cruzar el abismo pareció llevarles toda la vida, pero por fin sintió que la corriente de aire ascendente cesaba y supo que ya lo había pasado. Dio unos cuantos pasos más y se detuvo, respirando con dificultad, hasta que Cadvan apareció detrás de ella, le buscó la mano y la volvió a guiar por la oscuridad sin fin.

El tiempo había dejado de tener algún tipo de significado. Maerad se sentía como si llevasen días, o años, o una eternidad, caminado. Era como si sus propias mentes tuviesen los ojos vendados, como si la vista de colores y formas fuesen sueños de otra época. ¿Llevaba toda su vida caminando en aquella oscuridad? Los ojos le hacían constantes jugarretas: florecillas rojas, rosas y azules se habrían ante su campo de visión, y cuando cerraba los ojos no desaparecían, sino que se dividían dando lugar a otras cosas extrañas y amorfas. Hacían que la oscuridad pareciese aún más absoluta.

Cuando vio una débil estela de luz en la distancia creyó al principio que se trataba de otra ilusión. Hacia mucho que había dejado de creer en la posibilidad de que el túnel tuviese un final. Se frotó los ojos, pero la luz continuaba allí y se dio cuenta de que podía ver al león de las montañas que caminaba ante ellos, y al volverse podía ver a Cadvan tras ella. Sintió ganas de llorar de alivio, o de gritar de alegría.

Asomaron parpadeando por un ancho saliente muy elevado en un lateral de la montaña. Maerad retrocedió como si le acabasen de pegar: la luz resultaba cegadora después de tanto tiempo en la oscuridad. Se quedó parada un momento, haciéndose sombra ante el rostro, hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz. Al final miró a su alrededor y contuvo un grito de expectación.

Ante ellos se extendía un vasto terreno verde lleno de colinas que subían y bajaban y oscuros bosques, y el sol rojizo se hundía glorioso rompiendo doradas y arrojando luz sobre sus rostros.

—¡Contempla la belleza de Annar! —dijo Cadvan—. Creía que nunca volvería a verla.

Maerad vio cómo las lágrimas le brillaban en las pestañas y apartó la vista, siendo de repente sumamente consciente de que él todavía la tenía cogida de la mano. Pero Cadvan comenzó a darle vueltas, riendo.

—¡Maerad! ¡Casi hemos llegado!

—¿A Norloch?

—Oh, no, no, no, eso está a muchas leguas al oeste. No, ¡un baño y una comida! ¡Carne asada! Recuerda, ¡te lo había prometido! —la soltó y dio un paso atrás sonriendo.

Contagiada de la alegría de Cadvan, Maerad le devolvió la sonrisa. Pero Cadvan ya estaba hablando con el león de las montañas, inclinándose muy bajo mientras lo hacía. La bestia también inclinó la cabeza y habló, y después se volvió hacia Maerad y repitió el mismo gesto. Maerad se inclinó instintivamente en respuesta. Después el gran animal se metió en el túnel sin volver la vista atrás, trotando con el mismo paso

lento y regular, y desapareció.

—Ahí va un señor de las bestias —dijo Cadvan—. ¡Cuántas veces la mejor esperanza es aquella que no se busca! Incluso en mis mejores cálculos, no teníamos ninguna posibilidad de estar al alcance de quien nos ayude así de pronto. De otra forma nos hubiera llevado días, e incluso en ese caso sería incierto... si alguna vez llegásemos.

Maerad se estremeció al pensar en el largo camino de vuelta del león de las montañas atravesando las negras entrañas de la sierra.

—¡Pero yo no podría pasar por este túnel otra vez, ni aunque todos los semi-hombres de Landrost me estuviesen persiguiendo! —dijo.

—No hables de esas cosas tan a la ligera —dijo Cadvan rápidamente—. Lo harías, si tuvieses que hacerlo. Y todavía tenemos que bajar esta montaña, y hacerlo rápido antes de que oscurezca por completo.

Un sendero quebrado y estrecho llevaba hasta el final del saliente y serpenteaba excéntricamente hacia abajo, retorciéndose alrededor de crestas y gargantas y después volvía sobre sí mismo repentinamente. No estaba ni a tres metros del saliente cuando Maerad levantó y se dio cuenta de que el pasadizo estaba completamente escondido, incluso desde aquella distancia dudaba que pudiese volver a encontrarlo de nuevo. Después de aquello tuvo que concentrarse en bajar por la ladera de la montaña agarrándose con las manos. Era un trabajo agotador, y ya tenía las manos arañadas y llenas de ampollas. Apretó los dientes e ignoró sus incomodidades. Cadvan mostraba de nuevo su capacidad para comportarse como si acabase de levantarse de un largo y reparador sueño y ahora se encontrase tomando parte en un agradable paseo; y si, pensó ella para sí, él podía hacerlo, ella también. Una vez dio un tropezón y bajó resbalando más de seis metros por una cuesta llena de piedras, y aterrizó sobre una montañita de guijarros y polvo al final de un barranco. Cadvan se había inclinado sobre el saliente del cerro, escudriñando el anochecer con preocupación, y al ver que ella agitaba la mano en respuesta, sonrió y se deslizó por allí para unirse a ella.

—Así es más rápido —dijo cuando aterrizó a su lado—. Pero un poco menos cómodo —se puso en pie, sacudiéndose el polvo, y echó un vistazo barranco abajo—. Podemos seguirlo, creo —dijo—. No queda mucho camino hasta salir de la montaña propiamente dicha. Después una rápida caminata, y luego la cena.

La marcha posterior no fue tan dura. Ya estaba oscuro, pero era una noche clara y la luna inflada sobresalía en el horizonte, lo bastante brillante como para lanzar sombras puntiagudas. Continuaron en silencio durante un instante.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó al fin Maerad. Tenía la extraña sensación de que conocía aquel paisaje. ¿Estarían quizás, cerca de Pellinor?

—Sí —asintió Cadvan—. Estamos a una hora a paso rápido de Innail, la más oriental de las Escuelas. Fue construida a la sombra del Annova hace unos cientos de

años, ¡y es una importante Escuela que ha formado a muchos Bardos! No puedo expresar lo feliz que me siento. Pese a que, por supuesto, todavía no hemos llegado allí. La fortuna hasta ahora nos ha favorecido, esto es mejor que cualquier cosa que yo pudiera haber planeado. Creo que nuestro rastro se perdió en la tormenta, y confío en que nadie lo encontrará. Se nos hubieran puesto mal las cosas si nos hubiéramos visto obligados a realizar el camino que había planeado. Hay más cosas que el Landrost vigilando este reino vacío.

—Y ¿qué era ese túnel que atravesaba la montaña? —preguntó Maerad, decidida a aprovecharse de la exaltación de Cadvan—. ¿Sabías que estaba ahí?

—No —respondió Cadvan—. En mis tiempos viajé a menudo por estas tierras, y nunca escuché ni un rumor ni una historia sobre tal lugar. El paso más cercano por las montañas, según lo que yo sé, estaba por lo menos a seis leguas al sur de aquí, atravesando un mal terreno. No sé quién habrá construido este lugar, o quién puede haber vivido en él en tiempos pasados. Una gran ciudad, me pareció: había cientos de estancias, vacías y abandonadas, excavadas en la roca. Quizá toda la montaña sea un panal. No he reconocido las runas grabadas alrededor de la puerta. Me pregunto quiénes habrán sido esas gentes. Debes de haber sido un pueblo con un gran ingenio para haber podido agujerear la roca viva tan directamente. No había malos aires, ni defectos en los túneles. Pocos podrían hacer ahora una cosa así.

Maerad se había quedado desconcertada al ver a Cadvan admitir alegremente su ignorancia; aquello hacía que el mundo en el que acababa de entrar pareciese incluso más extraño y más peligroso. Pensó en El Castro de Gilman: apenas unos días antes era la brújula de toda su existencia, pero para Cadvan era algo insignificante, un diminuto lugar desde una perspectiva más amplia. Y ahora parecía que había cosas sobre las que él no sabía nada. Aquello la hacía sentirse muy pequeña e insignificante, y ya no hizo más preguntas.

La vegetación comenzó a cambiar. Había bosquecillos de pinos y abedules, y bajo sus pies pasto y hierbas. La inclinación se volvió más suave, y las colinas estaban cubiertas por una hierba primaveral que suponía un alivio para los pies tras los guijarros y pequeñas piedras sobre las que habían tenido que caminar. Cadvan se volvió para mirar hacia el sur, donde el Osidh Annova se elevaba en la retaguardia como una gran sombra a su izquierda, como cuchillas de oscuridad que cortaban las estrellas. El aroma de hierbas y flores machacadas, madre selvas de primavera y bulbos ascendía ante ellos, y las zarzas salvajes se le quedaban enganchadas en las capas. Bajo la tenue luz de luna el campo estaba cubierto por una capa plateada de misterio, pero Maerad sentía que le resultaba inexplicablemente familiar y caminaba como si estuviese en un sueño.

Entonces Cadvan emitió un grito y señaló algo, y Maerad vio una luz en a distancia.

—¡Innail! —dijo—. ¡Y solo tres horas después de la puesta del sol!

Mientras se acercaban a Innail, Maerad comenzó a sentirse nerviosa. Aquella era

una Escuela, y ella no sabía nada de tales lugares. ¿Qué pensarían de ella, que aparecía con el cabello absolutamente enredado, apestando y llena de porquería e ignorancia? Su aprensión aumentó a medida que se acercaban, y cuando vio aparecer el contorno de las construcciones de Innail, se sintió enferma: le parecían orgullosas y nobles, torres iluminadas por ventanas doradas que sobresalían con fuerza hacia el cielo nocturno, tras un alto muro de piedra lisa y blanca que devolvía la luz de las estrellas. Su desgana aumentó a medida que los pasos de Cadvan se volvían más ansiosos, y mucho antes de lo que le hubiera gustado llegaron a las elevadas puertas, hechas de grueso roble y resueltamente bloqueadas con acero negro. Cadvan se colocó las manos a la boca y gritó.

—¡Lirean! ¡Lirean noch Dhillareare!

Un postigo se abrió en la parte más alta de la puerta y un hombre miró hacia el exterior.

—¿Lirean? ¿Ke sammach?

—¡Cadvan Lirigon na, e Maerad Pellinor na! —respondió Cadvan, haciéndole un guiño a Maerad mientras hablaba. Maerad le devolvió una sonrisa vacilante.

—Langrea i —dijo la voz, y la ventana se cerró de golpe.

—¿Me dejarán entrar? —preguntó Maerad.

—Oh, sí, al final sí —dijo Cadvan—. Pero en estos tiempos deben andarse con cuidado, especialmente después de que oscurezca, Va a decir nuestros nombres.

Después de unos cinco minutos, el postigo volvió a abrirse y otro hombre asomó la cabeza.

—¿Cadvan? —dijo—. ¿Eres tú?

—El mismo —dijo Cadvan—. Viajo por duras carreteras, por oscuros caminos y suplico ayuda a los Bardos de Innail, por las antiguas leyes de cortesía.

—¿Qué estás haciendo en esta parte del mundo?

—¡Malgorn! —Cadvan echó la cabeza atrás y gritó—. ¡Baja y déjanos entrar!

—¿Y quién de Pellinor? ¡Creía que estaban todos muertos! ¡Por la luz! Pero espera, abriré la puerta.

Cerró la ventana de golpe y Cadvan se volvió a Maerad.

—Ahora estamos seguros —dijo.

—¿Le conoces?

—Es Malgorn. Le conozco desde la infancia, fue enviado aquí hace unos veinte años. Había problemas en esta parte del mundo y necesitaban a alguien con sus habilidades. Es un buen hombre. Uno de los mejores.

Entonces la puerta se abrió y un hombre de constitución robusta y bello salió con los brazos muy abiertos.

—¡Cadvan! —dijo, y le dio un abrazo de oso—. ¡Cómo me alegro de verte! ¿Cuánto tiempo hacía?

—Demasiado, viejo amigo —dijo Cadvan—. ¡Y no soy capaz de expresar lo contento que me siento de verte!

Malgorn dio un paso atrás para estudiar su rostro.

—Tienes un aspecto terrible —dijo—. Veo que hay una historia detrás de eso. ¿Qué has estado haciendo? Pero entra, entra.

—Esta es Maerad de Pellinor, mi compañera de viaje —dijo Cadvan dando un paso atrás para incluirla—. Maerad, este es mi viejo amigo Malgorn, un canalla y un sinvergüenza, y el peor jugador de cartas de los Siete Reinos. Pero tiene sus cosas buenas.

Malgorn, sonriente, le tomó la mano y se inclinó ante ella, repentinamente serio.

—Me siento honrado de conocerte, Maerad de Pellinor —dijo—. Creía que nadie de tu Escuela vivía aún. Ocupa un lugar sin igual en mi corazón, y fue una de las más hermosas de Annar.

Maerad levantó la vista hacia un par de cálidos ojos castaños y tragó saliva. Hizo una torpe reverencia y Malgorn le soltó la mano. Los condujo al otro lado de las puertas pasando por un pequeño claustro, y después hacia el primer patio de la Escuela de Innail. Allí Maerad se hubiera detenido para quedarse mirando asombrada si el pastoreo de Malgorn se lo hubiese permitido. La luz de la luna caía sobre unos jardines bien cuidados y rodeados por enormes banderas lisas, y en el centro temblaba una fuente, creando un velo brillante. Los hombres y mujeres que caminaban por el patio los miraron con una serena curiosidad. Alguien tocaba una flauta en algún lugar alejado, en otro edificio, y Maerad pudo escuchar voces que se le unían en una canción procedentes de otra dirección. Algo dentro de ella dio un salto de reconocimiento.

No tuvo tiempo para quedarse mirando, ya que Malgorn los apresuraba por las calles curvadas llenas de elegantes edificios y atravesando más patios hasta llegar a una enorme casa de piedra con unas ventanas altas y estrechas, desde las que se derramaba una luz tan amarilla como la mantequilla. Malgorn abrió las puertas dobles ricamente talladas y entró en el recibidor a grandes zancadas, mientras gritaba:

—¡Silvia! ¡Silvia! ¡Tenemos invitados! —y aquello fue todo lo que vio Maerad, antes de que una negrura cayese sobre ella y se derrumbase sobre el suelo en un absoluto desmayo.



*Dichoso era el mundo y de oro los bosques
al alba de Ulnar, sin mácula ni negror,
cantando bajo el sol llegó Mercan Goldhand,
señor de un pueblo ufano y valeroso,
cantantes de Maldan, en la magia sin igual,
mas maestro de todos era Mercan el Creador:
el más sabio entre los nobles cantores,
primero de Arestor, arquimago de artistas,
hechicero del tiempo que en el habla de las estrellas
canta a la primavera sobre la plata del Lir.*

*Largos eran los días, alegre en los salones
persistía la risa y el pueblo escuchaba atento.
Perdido ahora en leyenda, llorado por la Tradición,
ya solo restan las ruinas que ensalzan su recuerdo.
Doradas de gloria se alzaban las casas
sobre el murmullo de las fundidas aguas.
Alto es el hogar del corazón que Mercan celebró,
dorada la luz sobre Lirion, tierra perdida.*

De La Gesta de Mercan



UN
VESTIDO AZUL

VI

Maerad abrió los ojos y parpadeó para deshacerse de los puntitos negros. Sentía un zumbido en la cabeza, y pasaron unos segundos antes de que consiguiese enfocar la vista para ver dónde estaba. Alguien la había sentado en una silla y Cadvan estaba inclinado sobre ella, sosteniendo un vasito lleno de un líquido dorado.

—Bebe —dijo. Ella nunca había tocado nada que fuera de cristal, y lo tomó con cautela, como si se fuese a hacer añicos. El tacto en sus dedos era frío y ligero. La bebida le bajó por la garganta como una suave llama, quemándole el paladar, y se atragantó cuando un regusto parecido a una delicada explosión de frutas le llenó la boca. El calor hizo que se le estremeciese todo el cuerpo, hasta la punta de los pies, y se preguntó, por un instante, si estaría a punto de vomitar. Incluso sintiéndose como se sentía, no podría haber soportado la humillación, pero luego la sensación desapareció.

—Otro más —dijo Cadvan.

—¿Qué es? —preguntó ella. Pese al pinchazo inicial, el licor no tenía nada que ver con el áspero vodka que bebían los hombres de Gilman. No era comparable a nada de cuanto hubiese podido imaginar.

—Es laradhel, una especialidad de la casa —dijo Cadvan sonriendo—. Se destila a partir de hierbas y frutas selectas, sobre todo albaricoques, ¿verdad, Malgorn? —levantó una ceja en actitud interrogante hacia Malgorn, y este asintió—. Concretamente, este lo ha hecho nadie más ni nadie menos que el experto en la mesa que tienes delante. A Malgorn le interesan mucho las artes de la fermentación y destilación, tanto como la medicina como por placer.

Volvió a beber, y esta vez no se atragantó. Sorbo a sorbo terminó el vaso y se lo devolvió a Cadvan. Ahora se sentía menos mareada, aunque un poco aturdida, y recorrió la habitación con la mirada.

Se encontraba en una cámara que, para su confundida percepción, una visión o parte de un sueño. Tenía el techo alto y graciosamente proporcionado, con una repisa tallada en una pared bajo la que un fuego parpadeaba en el hogar. Del techo colgaba una lámpara con forma de lirio plateada, que emitía una luz suave tamizada. Las paredes eran de color amarillo claro, y el techo y las cornisas talladas estaban pintados con un diseño de estilizados lirios y hojas de hiedra troquelados en negro y

ligeramente coloreados. Había unas cómodas sillas de madera, con el asiento elevado por uno cojines de color rojo oscuro, colocadas alrededor de una enorme chimenea, e instrumentos musicales de todo tipo colgaban de las paredes y muebles sin orden ni concierto. En la pared opuesta había una gran estantería de madera tallada llena de libros encuadernados en cuero, y uno de ellos, que tenía una hermosa letra negra iluminada por dibujos de pan de oro, estaba abierto sobre la mesa. Volvió a pestañear maravillada.

—Está blanca como un fantasma —dijo Malgorn—. ¿Qué has estado haciendo con esta niña, Cadvan? ¿Dónde la has encontrado?

—No soy una niña —dijo Maerad, más huraña de lo que pretendía—. ¡Tengo dieciséis veranos! —después se ruborizó, sintiéndose descortés, y se quedó en silencio.

—Sin duda no es una niña —dijo Cadvan, sonriéndole pícaramente a Maerad—. Se enfrentó a veinte semi-hombres armada con una simple tea. ¡Pero no puedo culparla por haberse desmayado al conocerte!

Malgorn rio y después le dirigió una mirada especulativa a Maerad.

—Veinte semi-hombres, ¿eh? ¡En este momento da la impresión de que veinte polillas le resultarían demasiado! Esto se merecerá una o dos canciones.

—¡No lo hice sola! —protestó Maerad, luchando para incorporarse—. ¡Cadvan está exagerando!

Una mujer que portaba una bandeja entró en la estancia.

—¿Está consciente? Gracias a la Luz —dejó la bandeja sobre una mesita y se apresuró a acercarse a Maerad con la mano extendida—. Hola, Maerad, soy Silvia. Tengo la mala suerte de estar casada con Malgorn, aquí presente, y por lo tanto he de aguantar sus disparates todo el tiempo —sonrió, y Maerad le devolvió la sonrisa. Pensó que nunca había visto un rostro tan hermoso: amable, alegre y sabio al mismo tiempo—. Venga, dejemos a estos dos que sigan a lo suyo —dijo—. Te limpiaré. ¡Y te meteré algo de comida dentro! ¡Estás muy delgada! ¿Es que Cadvan te ha matado de hambre?

—¿Por qué todo el mundo me culpa a mí? —preguntó Cadvan—. ¿Dónde está la compasión ante mi delgadez?

—¿Compasión? ¿Por ti? —dijo Silvia—. Te has comido lo que le tocaba a ella, estoy segura. Nunca había visto un palillo así. Y venga, Malgorn, deja de hablar y enséñale a este pobre hombre su cuarto.

—¡Y un baño! —dijo Cadvan—. ¡Ansío tomar un baño sobre todas las cosas!

Pero a Maerad ya la estaban sacando de la estancia por un largo pasillo, mientras el brazo de Silvia le rodeaba los hombros.

—¿Tienes mucha hambre, Maerad? —preguntó.

—No —murmuró ella—. Bueno, ahora mismo no.

—Si no te estás muriendo de hambre, tienes un baño preparado. Y te encontraremos algo de ropa. ¡Esta la podemos quemar directamente en el fuego!

¿Qué ha hecho Cadvan contigo? Tenerte callejeando por la oscuridad, persiguiendo monstruos, sin duda. ¿En qué estaría pensando? Eres demasiado joven para todas esas cosas. Deberías estar segura en una escuela, aprendiendo escalas y cosas así. ¡De verdad! —chasqueó la lengua con impaciencia.

—¡No ha sido culpa suya! —dijo Maerad con vehemencia, ya que sentía que estaban culpando a Cadvan injustamente—. De verdad, no lo ha sido. ¡Él me ha rescatado! Era una esclava en El Castro de Gilman y él me sacó de allí, y de todas formas, antes nunca me daban suficiente comida...

—¿De verdad? —Silvia se detuvo y tomó la barbilla de Maerad en su mano, mirándola a los ojos con una seriedad desconcertante—. No tomes nuestras bromas en serio, Maerad. Cadvan es un buen amigo, un viejo amigo y uno de los hombres más honorables que he conocido nunca. No hay muchos Bardos como él. Puedes estar segura de que lo sé.

Maerad asintió, volviéndose a sentir tonta. Nunca se había encontrado con aquel tipo de dulce burla, le resultaba difícil interpretarla. Silvia continuó con su bullicio y su cháchara, y antes de darse cuenta, Maerad se encontró en el interior de una habitación llena de vaho y con olor a lavanda, donde había una bañera de piedra hundida en el suelo llena de agua caliente. Maerad nunca había visto una bañera. Se quedó parada en el umbral de la puerta con los ojos abiertos como platos. Silvia le echó una rápida mirada y dijo:

—¿Te gustaría que me quedase? Puedo dejarte, si quieres. Pero a veces sirve de ayuda tener a alguien que te frote la espalda.

—No... no lo sé —susurró Maerad, casi abrumada—. ¿Qué haces tú normalmente?

—Esta vez, corazón, me quedaré y te ayudaré —dijo Silvia con decisión—. No me gustaría que te desmayases en la bañera. Y pareces demasiado agotada para bañarte sola.

Ayudó a Maerad a deshacerse de sus ropas apestosas con dulzura, las puso en un cesto y la ayudó a entrar en la bañera; después echó dentro un aceite de olor dulce procedente de una botellita azul. Luego la frotó con un trapo suave y un jabón con olor a lavanda, y le lavó el pelo. Maerad se sintió avergonzada al ver lo sucia que quedaba el agua, pero Silvia no parecía estar escandalizada, y se limitó a chasquear la lengua al ver el corte que Maerad tenía en la frente y los cardenales y cicatrices que tenía por todo el cuerpo. Cuando se sintió satisfecha, al considerar que Maerad estaba limpia hasta la última uña, la ayudó a salir, la secó y le colocó una bata suave y cálida sobre los hombros. Le untó un bálsamo sobre el corte y después sacó de un armario un peine con las púas muy separadas, la hizo sentarse sobre una banqueta baja de madera en una esquina del cuarto y peinó con paciencia todos los nudos que tenía en el cabello. Aquello le llevó un rato. Maerad se reclinó contra ella, adormilada y con sensación de lujo.

Nunca había sentido su cuerpo tan calmado, notaba una sensación deliciosa en la

piel, como si fuese de seda.

—Tu habitación debería estar lista —dijo Silvia—. Vamos.

La guio por más pasillos, subieron un tramo de escaleras y abrieron una puerta que daba a una pequeña alcoba. El fuego parpadeaba en el hogar, y Maerad oyó a través de una ventana con forma de arco el burbujeo de la fuente del patio. En una esquina había una cama cubierta por un dosel de brocado, y extendidas sobre ella había unas brillantes ropas. Vio que alguien había dejado su lira en la esquina. Maerad se quedó dudosa en la puerta, desconcertada ante el intenso colorido.

—¿Todo esto es para mí? —susurró.

Silvia la miró con una compasión inconmensurable.

—Sí, Maerad. Todo es para ti. Bueno, ¿te ayudo a vestirte? Algunos de los botones son complicados.

Maerad asintió sin habla. Tampoco había visto nunca vestidos como aquel, de una tela tan suave, de vivos colores, hecha para proporcionar comodidad y belleza además de calor. Se sentía ignorante y ordinaria. Silvia eligió una sencilla túnica azul con bordados dorados en el cuello y mangas.

—Te irás a la cama muy pronto —dijo en tono práctico—. Y no tendrás ganas de jaleo. Pero debes comer algo primero. ¿Te encuentras bien? ¿Crees que te volverás a desmayar?

Avergonzada, Maerad negó con la cabeza. Cuanta más amabilidad le mostraba Silvia, menos capaz de hablar se sentía ella. Se sentía como si allí hubiera algún tipo de error, y pronto alguien fuera a averiguar que ella no era una auténtica Bardo y la echarían de allí. Silvia cogió unas piezas de ropa interior de lana y se las pasó a Maerad, que se quedó maravillada ante su suavidad. Se sentía como si estuviese soñando. Se sentó sobre la cama, perdida en sus pensamientos, acariciándola con los dedos. Silvia se la quitó suavemente y, tras aflojarle el albornoz, deslizó la muda sobre la cabeza de Maerad. Era como vestir a una niña, o a una muñeca. Maerad no decía ni palabra.

Cuando estuvo vestida, Silvia la llevó ante un espejo.

—¿Crees que te queda bien? —dijo mientras inclinaba la barbilla sobre el hombro de Maerad—. Deberías vestir de azul, te hace juego con los ojos. ¡Qué hermosa eres!

Maerad parpadeó y se quedó mirando. En El Castro de Gilman no había espejos, aparte del metal pulido de un escudo o la superficie tranquila de un balde de agua. No fue capaz de reconocer la imagen que vio en el espejo como la suya propia. Aparte de la débil línea blanca de su cuello, una cicatriz fina como un cabello resultado de alguna vieja herida que no recordaba, no se reconocía en absoluto. De repente se le vino a la cabeza un recuerdo, a un tiempo vívido y enormemente distante, del rostro de su madre inclinándose hacia ella, quizá para besarla. Se dio cuenta, y lo expresó con un ligero sobresalto, de que se parecía mucho a Milana. Aquello la hizo sentirse desolada y, al percibirlo, Silvia dijo rápidamente:

—Es hora de comer, antes de que te derrumbes en el suelo de cansancio. Estoy

segura de que Malgorn y Cadvan nos están esperando, deberíamos apresurarnos.

La bajó por la escalera, que Maerad fue sorteando dudosa, mirando asombrada a su alrededor. La casa le resultaba apabullante: había demasiadas estancias, demasiadas puertas, demasiados pasillos que llevaban a destinos inescrutables. Estaba acostumbrada a edificios de una sola pieza, en el que las bestias estaban en un extremo y las personas en otro, y no había escalera por ningún lado. Incluso el Gran Salón era tan solo una gran habitación, con los cuartos de dormir adyacentes a un lado como una especie de soportales.

Finalmente llegaron a un pequeño comedor, en donde había una mesa de madera oscura con velas y unos delicados platos llanos. En el centro había bandejas llenas hasta arriba de verduras, y un plato rebosante de carne trinchada. De repente Maerad se dio cuenta de que tenía un hambre voraz. Cadvan y Malgorn ya estaban sentados, y levantaron la vista cuando entraron ellas. Durante un instante Cadvan pareció un poco perplejo, y Maerad flaqueó, sintiéndose torpe y cohibida con sus nuevos ropajes, pero después los hombres se levantaron e hicieron una cortés reverencia. Silvia inclinó la cabeza como respuesta, y Maerad, que la miraba por el rabillo del ojo, la imitó y todos se sentaron.

—¡Carne asada, Maerad! —dijo Cadvan mientras tomaba asiento a su lado—. ¿No te lo había prometido? Y todas las zanahorias y nabos que puedas desear. E incluso han tostado unas setas, ¡porque se lo he pedido con urgencia! —le sirvió generosamente y luego amontonó la comida sobre su propio plato—. Malgorn me ha advertido severamente de que no te mantenga despierta hasta tarde, y que no debes comer demasiado, por miedo a que te enfermes. ¡Le he dicho que eso no es asunto mío! —sonrió, y Maerad comenzó a relajarse un poco.

—Estoy cansada —dijo—. ¡Ya veo por qué os gusta daros baños! Pero a mí me ha entrado sueño.

—Toma un poco de esto —dijo Cadvan mientras levantaba un decantador lleno de un vino tan pálido como la paja—. Malgorn nos ha sacado un buen vino, y no podemos desperdiciarlo. ¡Después dormirás como un bebé!

Le llenó el vaso y Maerad le dio un sorbo cautelosamente, recordando el laradhel. Para su sorpresa, el vino le recorrió la lengua suavemente, fresco y dulce. Después se concentró en comer mientras los demás hablaban. Ni Silvana ni Malgorn comían, y Maerad supuso que ya habían cenado antes y que simplemente les estaban haciendo compañía. La comida tenía un sabor delicado, tan alejado de la basta cocina a la que estaba acostumbrada, como todo lo demás que había en aquel maravilloso lugar. La carne estaba rellena de hierbas y ajo, guisada, tan tierna, que se le deshacía en la lengua, y las zanahorias eran dulces, como si las hubiesen sazonado con miel. Cadvan la miró y se sirvió más setas.

—No has probado esto —dijo—. Será mejor que te des prisa o no quedará ninguna.

—Te dije que se lo comería todo —dijo Silvia sonriendo.

Maerad miró recelosa hacia las setas, oscuras y amontonadas sobre el plato, chorreando mantequilla amarilla derretida.

—No me gustan los hongos —dijo.

—Pero no has probado estos —dijo Cadvan—. Pruébalos. Solo un poco —le puso una porción en el plato. Maerad los pinchó dudosa, tomó el trozo más pequeño que había y se lo llevó a la boca. El gusto en el paladar era picante e intenso, tenía el aroma de los bosques y la tierra oscura, hechos a fuego lento como si hubiesen sido cocinados al calor del sol.

—Oh —dijo sorprendida—. ¡Son deliciosos!

—Te lo había dicho —dijo Cadvan—. Y nada sabe tan bien como un ágape bien merecido. ¡Sírrete más! ¡Pero date prisa o te quedarás sin nada!

La conversación era ligera, durante un rato nadie mencionó sus recientes aventuras ni hizo más preguntas sobre dónde habían estado. A pesar de que Cadvan tenía unas profundas bolsas bajo los ojos y en su cara todavía había rastros de tensión, parecía bien despierto y alegre, y bromeaba y reía con Malgorn y Silvia. Maerad percibió el afecto con el que lo trataban y se sintió más tranquila.

—No continuarás demasiado tiempo en los huesos si sigues comiendo esto —dijo Cadvan con pereza. Se estaba reclinando sobre la silla, con sus largas piernas estiradas a su lado—. También es la especialidad de Innail. Este valle se siente orgulloso de su cocina.

Maerad se contentaba con estar allí sentada y no decir nada, y continuó dándole sorbos a su refresco de cereza, del que había decidido que era absolutamente delicioso. No puso ninguna objeción cuando Malgorn le volvió a llenar el vaso. Estaba caliente, bien alimentada y limpia, todas ellas eran sensaciones totalmente nuevas, y el agotamiento de la caminata del día se asentaba con pesadez sobre sus miembros. Escuchó adormilada cómo la conversación pasaba a otros temas.

—Calculas el tiempo de forma impecable, como siempre —estaba diciendo Silvia.

Cadvan levantó una ceja.

—¿Cómo?

—Creía que habíais venido para el Encuentro —dijo Silvia—. ¿Es posible que no tengas ninguna noticia?

—¿Un Encuentro? —Cadvan se incorporó y pareció estar un poco más alerta—. No, no lo sabía. Normalmente los Mensajeros no visitan el Landrost.

—¿El Landrost? —Silvia arqueó las cejas con sorpresa—. ¿Qué estabas haciendo allí? —Cadvan realizó un vago gesto, desestimando la pregunta, y ella volvió al tema del Encuentro, encogiéndose de hombros—. Sí, será el más grande que se recuerde recientemente —dijo—. Han venido Bardos de casi cada Escuela del norte de Annar. Algunos vienen de lugares tan alejados como Gent, y hay incluso un enviado de Turbansk, en el sur. El banquete de bienvenida será mañana por la noche.

—¿Y con ocasión de qué?

Malgorn se removió y se inclinó hacia delante.

—Sabrás igual que yo que cada vez hay más rumores sobre la Oscuridad en Annar —dijo—. Bueno, probablemente sepas bastante más que yo sobre este tema. Sin duda las visiones de semi-hombres y otras criaturas se han vuelto más comunes, y hay hambruna, pillaje y enfermedad en muchas regiones. Hay quien dice que estos no son sino parte del Equilibrio, y que pronto se enderezarán por ellos mismos. Otros dicen que no. Y más que eso, hay problemas en las Escuelas: nada en concreto, pero es un malestar sin definir.

—Eso lo sabemos desde hace años —dijo Cadvan—. ¿Por qué un Encuentro ahora?

Malgorn se inclinó hacia delante, hablando casi en un susurro.

—Algunas Escuelas, según se dice, se han corrompido.

Cadvan puso una sonrisa forzada.

—Amigo, eso tampoco me resulta una novedad. No todas las Escuelas son tan nobles como Innail, o tan fieles a la Luz.

Malgorn frunció el ceño con un ligero enojo.

—Creo que no deberías restarle importancia a estas cosas. Incluso hay rumores...

Dudó, mirando a su alrededor como si temiese que alguien pudiese estar escuchándolos, y volvió a bajar la voz.

—Incluso he escuchado que se teme que el propio Habla esté envenenada. ¡El manantial y origen de nuestro poder! Lo sé, sé que es algo impensable. Pero aun así se dice, a pesar de que yo no me lo creo.

—Oron piensa que en los últimos dos o tres años esos rumores se han vuelto mucho más preocupantes —dijo Silvia. Se volvió hacia Maerad amablemente y le explicó—. Oron es la Primera del Círculo de Innail, y posee un gran rango en Annar gracias a su poder y aprendizaje —Maerad asintió, sorprendida de que estuviesen hablando aquellas cosas delante de ella. Pero Silvia continuó—. Hay quien dice que la Oscuridad está ganando a la Luz, y que los días de paz han terminado. E incluso hay quien dice que El Sin Nombre se ha vuelto a alzar. Oron ha convocado este Encuentro para reunirnos y valorar todos los rumores y noticias, para intentar apreciar cómo está la situación ahora mismo y si es posible decidir sobre alguna acción, en caso de que la situación sea realmente tan mala como la gente piensa.

—Lo que es bastante dudoso —interrumpió Malgorn—. Se dice que los chismorreos son como las ranas: beben y hablan. Y todos los peces crecen en sus historias.

—Es mala —dijo Cadvan secamente, como si pudiese contar más pero no fuese a hacerlo. Frunció el ceño mirando a la mesa. Silvia lo miró inquisitivamente, pero no le pidió que diese más detalles, y cambió de tema.

—Maerad, Malgorn me ha dicho que eres de Pellinor. ¡Esa noticia es asombrosa! —dijo—. Creíamos que nadie había sobrevivido al saqueo. Conocía a Milana, la Primera del Círculo de allí, y a su marido, Dorn.

Cogida por sorpresa, Maerad miró a Silvia directamente a los ojos.

—Milana era mi madre —dijo fríamente, y percibió una ligera sorpresa en el aliento de Silvia—. No morimos. Fuimos capturadas y vendidas como esclavas. Milana murió... poco después —se produjo un breve silencio.

—Había un niño pequeño, ¿verdad? —preguntó Malgorn—. Quizá no lo recuerdo bien... ¿Cai? ¿Carin?

—Sí, tenía un hermano pequeño, Cai —dijo Maerad—. Fue asesinado, como mi padre —cerró los ojos involuntariamente, el recuerdo de cómo despedazaban a su padre ante ella destelló en su mente.

—Bueno, tienes el Don, eso está claro, lo cual no sería sorprendente en una familia así —dijo Malgorn, tras una pausa ligeramente incómoda—. Pero ¿de qué tipo? Qué extraño que Cadvan haya tropezado contigo...

—¿Cómo sabéis que tengo el Don? —Maerad se quedó mirando hacia él casi con beligerancia.

—Es un sentido que tenemos los Bardos —dijo Silvia lentamente—. Es difícil de explicar... aprendes con el paso de los años. Puedes decirlo porque hay una cierta luz... en la persona. Tú tienes esa luz, Maerad, es inconfundible.

Cadvan se despertó.

—¿Y qué Don! —dijo. Les contó lo del poder que Maerad había mostrado tener cuando huían del Landrost, y Silvia y Malgorn escucharon con una atención repentinamente seria—. Nunca había sentido nada así —terminó—. No sin haber sido tutorizado en absoluto. ¡Es asombroso!

Malgorn parecía dudoso.

—Parece —dijo lentamente— una coincidencia bastante preparada. Quizá demasiado preparada. ¿Tú no piensas lo mismo, Cadvan? —lo miró significativamente.

—Yo me lo preguntaba —Cadvan se echó hacia delante y se sirvió otro trago. Levantó el vaso ante sus ojos, y admiró el color—. La he visionado. No tengo ninguna duda de que es quien dice ser.

—¿La has visionado! —gritó Silvia, horrorizada—. Cadvan, ¿cómo has podido?

—En aquel momento sentí que no tenía otra opción que preguntar —dijo Cadvan, echándole una rápida mirada a Maerad—. Estaba desesperado, preguntándome qué hacer. Pero esta es solo la mitad de la historia: ella casi me visiona a mí, y a punto estuvo de aniquilarme. Estoy seguro de lo del Don. Y es más, posee una lira Dhyllica.

—¿No! —dijeron Malgorn y Silvia simultáneamente.

—Cierto es que la tiene. Debe de haber sido el mayor tesoro de Pellinor, y ahí estaba, escondida en un miserable castro, tan vulgar como cualquier arpa de campesino.

—¿Estás seguro, Cadvan? —dijo Malgorn dudoso—. Después de todo no hay ninguna más con la que poder compararla. ¿Cómo puedes saberlo?

Cadvan miró a Malgorn.

—No me he pasado tantos años estudiando la tradición secreta de Dhyllin sin aprender las señales —dijo Cadvan—. Incluso si son señales que han desaparecido y nunca se ha vuelto a saber de ellas. No tengo ninguna duda de ello —se produjo un breve silencio—. Y hay algo más —añadió lentamente Cadvan—. Hay algo que me ha estado perturbando, algo nefasto, creo que no fue una casualidad que nos encontrásemos...

De repente se sumió en un abstraído silencio.

—De todas formas —dijo por fin— creo que ella es demasiado importante para quedarse aquí, creo que es algo así como una llave. Opino que debería venir a Norloch. Me gustaría saber lo que piensa Nelac.

—¡No puedes arrastrarla por todo el campo! —dijo Silvia, escandalizada.

—Sin embargo, creo que podría ser más peligroso dejarla aquí que llevármela conmigo —replicó Cadvan.

—¿Peligroso? —dijo Malgorn con dureza—. Estará más segura aquí que en casi cualquier otro lugar. Perdóname por decir esto, Maerad, pero estamos hablando de una muchacha joven, no de una gran maga.

De repente Cadvan sonrió.

—¿Y por qué no podrían ser la misma cosa?

Maerad escuchaba en silencio. Se sentía ligeramente ofendida. ¿De qué estaban hablando? ¿De qué podría ser ella una llave? Hablaban como si ella no estuviera allí.

Malgorn se echó hacia delante, con el rostro concentrado y serio.

—Estás diciendo tonterías, Cadvan, viejo amigo —dijo—. ¡Cuidado con las trampas de la Oscuridad!

—Deberías conocerme mejor —dijo Cadvan en voz baja—. Conozco las trampas de la Oscuridad mejor que casi cualquier otro en todo Annar y los Siete Reinos.

Malgorn se recostó en la silla.

—Sin embargo, es una niña —dijo, obstinado. Maerad se removió como si fuese a protestar, pero no dijo nada—. Y quizá se le debería permitir alcanzar su propio destino, si es que está destinada a algo, en su debido momento.

Se produjo un breve silencio. Una melancolía descendió sobre el grupo, una palpable sensación de premonición.

—Si estuviéramos en otros tiempos, quizá sería más fácil saber qué hacer —dijo Silvia con tristeza—. Pero ¡ay!, en estos tiempos hay muchas cosas que no podrán llegar a su debido momento, y se cortarán en pleno florecimiento de lo que prometen —se estremeció y se quedó mirando el fuego, con el rostro atribulado. Malgorn le buscó la mano y se la tomó—. Creo que todos nosotros pronto sabremos más de la Oscuridad —dijo ella—. El mundo se reduce, y se acerca un amargo invierno.



EL BANQUETE
DE BIENVENIDA

VII

Era ya entrada la tarde del día siguiente cuando Maerad se despertó. Estaba tan templada y cómoda que al principio no quiso abrir los ojos. Creyó que todavía estaba soñando, y que al otro lado de sus párpados cerrados la esperaba el sombrío mundo al que estaba acostumbrada, pero después recordó dónde estaba y se incorporó, despeinada y todavía medio dormida, frotándose los ojos. La última luz de la tarde se colaba por la contraventana abierta, tocando todos los objetos que había en el cuarto con una luz serena y dorada, y en la fuente se escuchaban voces y tras ellas notas musicales. En el exterior podía ver las ramas más altas de un árbol cargado de florecillas rosas hinchadas, y una suave brisa le bañaba las mejillas con un olor delicioso. Las nada halagüeñas premoniciones de la noche anterior le parecían un mal sueño.

—Buenas tardes —le dijo Cadvan—. Supongo que has dormido bien.

Maerad dio un salto y se volvió. Cadvan estaba sentado en una silla en una esquina de la alcoba, con un enorme libro encuadernado en cuero abierto sobre el regazo. Lo cerró con cuidado y lo dejó sobre la mesa.

—Alguien debería haberme despertado...

—¿Despertarte? ¡Bajo pena de muerte! Silvia se ha tomado tu bienestar muy a pecho, Maerad. ¡Te lo advierto! Estuvo aquí sentada toda la mañana, pero tenía tareas que hacer y quería estar segura de que habría alguien aquí cuando te despertases. Y, como yo no tenía nada que hacer, me ha tocado esta tarea.

Maerad se sintió avergonzada.

—No quería causar ninguna molestia —dijo. Cadvan cruzó la habitación y se sentó sobre la cama, tomándola de la mano.

—Maerad —dijo muy serio—. Ahora estás en otro mundo, en el que se considera que cada ser humano es digno de la molestia de que se le cuide. Sin importar quién sea. Tú tienes un Don, un Don especial, así que la gente todavía tiene más interés. Debes comenzar a comprender esto.

Se quedó callada durante un rato, todavía con la vista baja.

—Malgorn y Silvia son muy amables —murmuro ininteligiblemente—. Y tú has sido muy amable conmigo.

—No he sido especialmente amable —dijo Cadvan sarcásticamente.

—Si, has sido amable. Me sacaste del Castro de Gilman. No tenías por qué hacerlo. Pero yo no sé cómo comportarme aquí. No sé nada. No pertenezco a este lugar —sintió que las lágrimas se le acumulaban en la garganta y se las tragó.

—Con el tiempo sabrás cómo le perteneces. Ten paciencia, solo acabas de llegar. Debes comprender, Maerad, que yo tampoco pertenezco a ningún lugar. La música es mi hogar. Igual que lo es para ti.

Maerad sintió que no podía soportar su comprensión y que casi prefería su brusquedad. Volvió a tragar, pero una lágrima ya le estaba resbalando por la nariz. Antes de que Cadvan la hubiera visionado, se había pasado años sin llorar: no había llorado desde la muerte de su madre, por nadie, por nada. El mundo en el que vivía era demasiado severo para las lágrimas. Sentía como si una profunda pena que llevase años contenida en su interior por una presa se estuviera desbordando, a punto de ceder, y cada una de las palabras de Cadvan soltasen más sus bastiones. Cadvan la miraba la cara con preocupación, pero ella se negaba a encontrarse con su mirada y miraba hacia el edredón, con las mejillas ardiendo. Reprimió las lágrimas con toda su voluntad.

—Supongo que debería vestirme —dijo al fin.

—Tus ropas te están esperando allí —dijo Cadvan señalando hacia un tronco tallado, sobre el cual estaba doblada la ropa que se había puesto la noche anterior. Él se levantó con cierta torpeza.

—Ahora te dejaré este libro. Si quieres, volveré cuando te hayas vestido y te enseñaré la Escuela. Si tienes hambre, podemos ir a las cocinas y ver qué tienen para merendar a estas horas de la tarde. ¿Te parecería bien?

Maerad asintió con la cabeza y él abandonó la estancia. Salió de la cama y cogió su lira. En cuanto a sintió entre sus manos, se encontró mejor. Era suya, era la única cosa que había sido alguna vez suya. ¿Qué había dicho Cadvan? «La música es mi hogar». Tocó ligeramente un par de acordes sobre las cuerdas, y estaba a punto de ponerse a tocar cuando una incomodidad que llevaba un rato sintiendo en la barriga estalló de repente en forma de agónicos retortijones. Era como si unas zarpas hubieran llegado a su interior y le estuvieran desgarrando las entrañas. Necesitó de toda su voluntad para poder dejar la lira con seguridad, y después se echó al suelo, jadeando. Sintió que algo se le escurría por la pierna. Los retortijones disminuyeron un poco y echó un vistazo: era sangre, unas enormes gotas de sangre roja. Le empapaba el camisón de lino y manchaba el suelo de madera pulida. ¿Qué le pasaba? Doblada, se arrastró de vuelta a la cama, pero no fue capaz de subir. Se concentró en respirar, como hacía cuando le pegaban, para apartar su mente del dolor, pero este no desapareció. Sollozaba de miedo.

Cadvan ya había llamado a la puerta tres veces cuando lo oyó, pero a la tercera llamada ya había entrado, diciendo su nombre. Cuando la vio en el suelo corrió, la levantó y la dejó sobre la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No-no lo sé —dijo ella entre espasmos—. Me duele mucho. Estoy sangrando, y me duele —volvió a jadear en una crisis de dolor.

—¿Sangrando? —dijo Cadvan bruscamente—. ¿Dónde?

—Me baja sangre por las piernas. No recuerdo que me hayan herido... —volvió a jadear y le agarró la mano con tanta fuerza que los dedos se le quedaron blancos. Cadvan miró su rostro pálido y sudoroso que le tomó la temperatura.

—Dime, Maerad —dijo—. ¿Te había ocurrido esto antes?

Ella negó con la cabeza. Él bajo la vista, y pese a lo mal que se sentía Maerad se dio cuenta de que se sentía turbado. Lo creía incapaz de ruborizarse.

—Creo que es la menarquía —dijo tras una larga pausa—. ¿Sabes lo que es?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Tengo que ir a buscar a Silvia —dijo. Maerad le cogió la mano, aterrada, y Cadvan se quedó allí indeciso mientras ella se volvía a doblar. Se le estaba pasando por la cabeza que prefería tener que vérselas con una docena de semi-hombres que con una muchacha que estaba teniendo su primer período.

—¿Voy a morirme? —susurró Maerad, con el terror desnudo en su voz—. Estoy maldita, ¿verdad?

Cadvan respiró hondo.

—No, no vas a morirme, ni tampoco estás maldita. Es una cosa que os ocurre a las mujeres, a todas las mujeres. Solo es que en tu caso es un poco tarde. No significa que estés enferma.

—Entonces, ¿por qué me duele tanto?

—No lo se, Maerad. A veces pasa. Tengo que encontrar a Silvia.

—¡No me dejes!

Cadvan suspiró y se volvió a sentar en la cama.

—Esperaré un ratito —dijo. Soltó su mano de la de ella, porque ya sentía que le estaba machacando los huesos, y Maerad le cogió entonces el antebrazo. Él reunió toda su paciencia y esperó. No pasó mucho tiempo hasta que Maerad se estiró.

—Se está yendo, me parece —susurró vacilante. Se dio cuenta de que estaba agarrando a Cadvan del brazo con tanta fuerza que le había clavado las uñas en la carne. Lo soltó. Cadvan parecía un poco pálido.

—Te pondrás bien —le dijo. Se produjo un breve silencio y se puso en pie—. Ahora he de llamar a Silvia. Ella sabrá qué hacer —Maerad asintió y Cadvan salió corriendo de la alcoba.

Silvia llegó poco después, con los ojos chispeando divertidos, con una botellita de elixir en la mano y unos trapos. Hizo que Maerad tomase una dosis del elixir, que tenía un gusto amargo pero no desagradable, y después la ayudó a vestirse. Su reconfortante sentido práctico fue un bálsamo para la angustia de Maerad; cuando estuvo vestida se sentía casi alegre. Después Silvia se sentó en la cama con ella y le explicó por qué sangraban las mujeres. Maerad asentía, con el rostro escarlata.

—Creía que esto solo le ocurría a las mujeres que estaban malditas —confesó con

cara de vergüenza—. Le llamaban la maldición. Siempre he rezado para que nunca me ocurriese a mí.

Si Silvia hubiera sonreído aunque fuese un poco, Maerad se hubiera marchitado por dentro, pero le respondió con seriedad.

—No es una sorpresa que nunca hayas sangrado, teniendo en cuenta lo delgada que estás —dijo—. Aquí las mujeres piensan que es una bendición, no una maldición. Algunas incluso lo llaman florecer.

Maerad digirió la información en silencio.

—Significa que, si lo deseas, ya puedes tener hijos, que eres una mujer adulta que ha entrado en su poder —continuó Silvia—. Es terrorífico que se haya mantenido a una muchacha en tal ignorancia acerca de su propio cuerpo. Pero bueno, no tienes madre —la besó en las mejillas y después, incapaz de contenerse, comenzó a reír. Maerad la miró con recelo—. Nunca había visto a Cadvan tan pálido. Entró volando en las cocinas, como si lo persiguiesen un puñado de ánimas en pena. ¡Pensé que había un incendio!

Maerad también se echó a reír.

—¡Pensaba que me moría! Creo que casi le rompí la mano.

—Fue complicado averiguar qué pasaba —dijo Silvia, secándose los ojos—. Hablaba con tal delicadeza que pensé que era a él al que le pasaba algo. No se ha relacionado mucho con mujeres en los últimos años —cogió la botella y se puso en pie—. En cualquier caso, está claro que necesitas comer. Ven, te encontraremos alguna cosa.

En el pasillo iluminado por la luz del día, Maerad tuvo la oportunidad de mirar a su alrededor por primera vez. Los muros de arenisca no tenían ningún tipo de decoración, excepto los graciosos grabados que rodeaban puertas y ventanas, y el efecto de un rayo de sol bajo que se colaba por una ventana alargada sobre la escalera y tenía la piedra de un color rosa cálido.

—Arriba están las alcobas y un par de salas de música —le explicó Silvia mientras caminaban—. Y abajo solo están las cocinas, comedores y bibliotecas. Es una casa humilde, pero he aprendido a amarla —Maerad parpadeó ante la idea de que aquella cumbre del lujo fuese humilde, pero no dijo nada.

En el piso de abajo Silvia la metió en una enorme cocina cubierta de baldosas, dominada por una larga mesa de madera pulida. Las ollas y sartenes de cobre y de metal colgaban de estanterías suspendidas del techo, y las paredes estaban recubiertas de botes llenos de semillas, aceites, harinas y filas de botes de frutas y verduras en conserva. De los ganchos colgaban ramilletes de hierbas secas y ristras de ajos y cebollas. Había un enorme hogar en una de las paredes, y a su lado un gran horno negro. Los hombres y mujeres que estaban preparando la comida para la cena sonrieron a Maerad y algunos saludaron a Silvia. Esta les devolvió el saludo con la cabeza y se abrió paso hasta la despensa, en donde puso en un plato un poco de pan fresco, quesos, lonchas de carne fría y ensalada, y se lo tendió a Maerad, y después se

dirigió a la mantequería, en donde llenó un vaso alto de leche procedente de una gran jarra verde. Después la sacó de la cocina pasando por un caminito cubierto que daba a un patio. Maerad se dio cuenta de que estaba rodeado por toda la casa, que tenía forma cuadrada, y todas las ventanas interiores daban a él. Había jazmines y madreselvas que trepaban por ganchos colocados en la pared, y había flores primaverales de todo tipo, capuchinas, jacintos, margaritas, narcisos y azafranes de primavera que se balanceaban en jardineras graciosamente colocadas de forma que parecían crecer de forma salvaje. En el centro había un jardín cerrado de manzanilla, y en una esquina había un cerdito de bronce sobre un pedestal de piedra al que le salía agua por la boca, que caía en una piscinita en la que Maerad veía los destellos plateados y naranjas de los peces que se movían lentamente bajo las hojas de nenúfar. Un camino enlosado llevaba a una mesa y un banco de piedra en medio del jardín, y allí dejó Silvia la leche y le dijo a Maerad que se sentase.

—Tienes que comerte la ensalada y la carne —le dijo mientras se sentaba a su lado—. Te sentirás mejor —se colocó en el banco. Maerad no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba pero, cohibida por la presencia de Silvia, comió con tanta delicadeza como pudo. La comida era deliciosa. Los únicos quesos que ella conocía eran las duras y demasiado saladas bolas que hacían en El Castro de Gilman, y el queso blanco y suave que Silvia le había cortado se le disolvió en la lengua para saborearlo como nunca. Las verduras de la ensalada también resultaron una revelación. Había comido col, normalmente cocida en una sopa amarga, y las hojas de los nabos y col rizada, también cocidos, pero nunca había comido hojas crudas. Comenzó la ensalada con desconfianza, y se quedó embelesada con los sabores ácidos y frescos: berros picantes y una lechuga morada agradablemente amarga, mezcladas con hierbas aromáticas, tomillo, albahaca y menta. Mientras comía le preguntó a Silvia los nombres de las plantas y reflexionó sobre las respuestas. La única hierba que conocía era la menta.

—Veo que tengo mucho que aprender, sobre todo tipo de cosas —dijo pensativa cuando ya había acabado—. Ahora me siento mejor —le sonrió abiertamente a Silvia por primera vez.

—¡Te convertiremos en una gourmet enseguida! —dijo Silvia—. Dicen que el placer es la mayor parte del aprendizaje. Por lo menos ya tienes un poco de color en la cara. Así aguantarás hasta la hora de cenar.

—Pero creía que esto era la cena —dijo Maerad, desconcertada.

—No, querida. Solo era un tentempié para mantener alejadas las punzadas del hambre. No has tomado desayuno ni almuerzo, recuerda. Si estás dispuesta, esta noche hay un banquete, por el Encuentro. ¿Cómo te sientes? ¿Estás cansada?

—Estoy bien —dijo Maerad—. Bueno, la verdad es que no me había sentido mejor en toda mi vida. Me siento... oh, me siento tan... feliz —súbitamente se sintió insegura, como si admitir su felicidad fuese también admitir debilidad, y le echó un rápido vistazo a Silvia—. ¿Qué es un Encuentro?

—Una reunión de Bardos, como escuchaste anoche. Este, en concreto, es especialmente importante. Ha sido convocado para decidir la política del norte de Annar. Son asuntos de Bardos, es decir, asuntos de la Luz. Se cantará y se hablará, y mucho más, durante los próximos días. Sin duda tú serás parte de los asuntos que se traten.

—¿Yo?

—Si, mi niña, Será mejor que te acostumbres a ello. La noticia de tu llegada se ha extendido por toda la Escuela como el fuego salvaje. Ya he escuchado que Cadvan te rescató de un león mágico, o que te encontró en un gallinero, o que entró a las mazmorras del Rey de la Sombra y se abrió paso para salir luchando con una sola mano, llevándote a hombros. Hay muchas mentes imaginativas aquí, que en ausencia de hechos se inventarán una historia interesante para rellenar el vacío. De forma que nuestra fuerza es nuestra debilidad —al ver el malestar de Maerad cambio de tema—. Pero bueno, ahora cuéntame cosas del lugar del que vienes. ¿Recuerdas muchas cosas de Pellinor?

Ante el dulce cuestionario de Silvia, Maerad le contó lo poco que sabía de sí misma y de su familia, y le habló de su vida en El Castro de Gilman. Silvia la escuchaba con atención, mientras la frente se le oscurecía.

—¿Te pegaban a menudo? —preguntó cuando Maerad le contó lo del intento de ahogarla.

—A todo el mundo le pegaban. Incluso la mujer de Gilman tenía normalmente un ojo morado —dijo Maerad con desdén—. Pero a mí menos que a la mayoría. Me hacía pasar por bruja —miró a Silvia de reojo, preguntándose cómo reaccionaría; pero su rostro era indescifrable—. Les daba miedo pegarme demasiado, ya ves. Pensaban que los maldeciría.

—En Innail no se le pega a nadie —dijo Silvia.

—¿A nadie? —dijo Maerad boquiabierta.

—A nadie. Y, desde luego, nunca a los niños. Hacer daño deliberadamente a un niño se considera un crimen.

Maerad le dio vueltas en su cabeza a aquella información. La había dejado atónita.

—Pero entonces ¿Cómo se castiga a la gente si no obedecen al Caballero? —quiso saber, y después añadió dudosa—. Supongo que no hay un Caballero.

—Existe un Administrador de Innail, que vive en Tinagel, un pueblo que está a unas cinco millas de aquí, y después están los Bardos —le dijo Silvia—. Juntos gobiernan la Franja, es decir, la región y las personas. Es un poco complicado. Tenemos leyes, pero no son quebrantadas a menudo. Si eso ocurre, hay castigos: un hombre que mate a otro, por decir algo, será juzgado ante un tribunal de Bardos y gente del pueblo. Ellos decidirán qué es lo mejor. Normalmente es algún tipo de restitución, puede que sea condenado a servir a la familia a la que ha herido durante un cierto número de años, por ejemplo, o quizá deba pagar el dinero establecido para

ese tipo de crimen. Si está enfermo, o loco, como ocurre a veces, se tratará su enfermedad. Si alguien roba tendrá que devolver lo robado. En el peor de los casos, la gente lo desterrará de Innail. Aquí no metemos a la gente en la cárcel.

—Pero ¿cómo evitáis los asesinatos o los robos? —dijo Maerad, aún más asombrada—. Si la persona no tiene miedo a ser castigada, volverá a hacerlo, ¿no es así?

—Hay quien discute eso. Pero la realidad es que aquí se cometen muy pocos delitos —respondió Silvia—. La gente duerme con las puertas abiertas. Nadie pasa hambre en este valle, y por lo tanto la gente no se ve forzada a realizar actos desesperados. La ley dice que se ha de alimentar al hambriento, cobijar al que no tiene casa y curar al enfermo. Así se hacen las cosas en la Luz.

Maerad se quedó en silencio un rato más, digiriendo aquellas nuevas ideas. Más que cualquier otra de las cosas que había oído o experimentado desde que estaba en Innail, aquello le recordaba que se encontraba en un mundo diferente. Sentía un franco escepticismo ante su eficacia al pensar en los matones de Gilman, pero se guardó sus dudas para sí.

Silvia dirigió la conservación hacia la música, y su interés se aceleró cuando Maerad le habló de Mirlad.

—¿Te enseñó? —preguntó.

—Sí, pero solo música —dijo Maerad—. No supe nada de las Escuelas, ni del Don, ni del Habla hasta que Cadvan me lo contó. Mirlad decía que las canciones solo servían para pasar mejor el rato, hasta que la muerte acabase con todo —una vivida imagen del rostro de Mirlad se apareció ante ella: su nariz aguileña, su boca severa comprimida por quién sabía, si la pena o la amargura, sus ojos caídos y cansados, en los que a veces brillaba una inesperada ternura.

—Debió de haber sido Barbo —dijo Silvia—. Quizá se descarriase. Esas cosas pasan. Me pregunto de dónde sería, y cuál sería su historia. Debía de ser una triste historia. ¿Y tu madre? ¿Te enseñó algo?

—Ella... no recuerdo demasiado. Me enseñó algunas canciones. Solo tenía siete años cuando murió —el rostro de Maerad se cerró y Silvia esperó, conteniendo el aliento—. Ni tan siquiera la recuerdo contándome cosas de Pellinor. Pero cuando Cadvan me lo preguntó, simplemente lo sabía. ¿Cómo puede ser eso?

—Cadvan es un Buscador de la Verdad —dijo Silvia muy seria—. Hay diferentes tipos de Bardos, como descubrirás. Los Bardos como Cadvan son los más raros, y el camino que pisan es el más peligroso. Puede sacarle a verdad a una persona con tan solo preguntarle, incluso si esa persona no sabía que esa verdad estaba ahí.

—Sí —dijo Maerad pensativa—. Veo eso. A veces es serio y distante, pero no me ha mentado.

—No, ni lo hará, si se considera tu amigo, pese a que también es astuto y conoce bien las artes del disfraz. Es una persona difícil de conocer bien. Como la mayoría de los Bardos.

Hicieron una pausa mientras miraban cómo las sombras se alargaban por el patio.

—¿Tú eres Bardo, Silvia? —preguntó de repente Maerad.

—Si —dijo Silvia—. Mis conocimientos son sobre todo saberes ancestrales acerca de hierbas y medicinas. No estudio los grandes saberes de pueblos que murieron hace mucho tiempo, ni las historias de Annar y los Siete Reinos o las grandes batallas de Luz y la Oscuridad, como hace Cadvan. El saber de Malgorn son las bestias, las bestias de la granja y las salvajes. Pocos saben tanto como él de los asuntos secretos de estas tierras. Son muchos los asuntos que tratan los Bardos, y todos ellos son importantes en la vida de esta tierra. Todos se unen en la canción, que trenza los diferentes saberes en una amplia y sutil música, la música de la vida —parecía que Silvia ya no percibía la presencia de Maerad, y miraba hacia el infinito—. Es un gran Don el ser Bardo —dijo en voz baja—. Y un gran amor, y una gran carga. Porque todos a los que cuidamos y amamos han de morir. ¿Y no es todo nuestro canto un lamento porque todo lo que es verde y bello ha de pasar, como las sombras sobre una llanura, sin dejar rastro? ¿Qué canción, por bella que sea, puede aliviar esta angustia?

Maerad percibía la profunda tristeza que había en el rostro de Silvia, y se preguntó qué penas habrían esculpido su belleza, tan suave, y aun así era bajo la piel, sentía ella, más dura que cualquier piedra. Silvia se sacudió un poco, sonrió y volvió a parecer la alegre y práctica mujer a la que Maerad ya comenzaba a amar, pues su corazón hambriento se iba abriendo ante la ligera presión de la sonrisa de Silvia. Ahora ya había visto que algo se movía en las profundidades que había bajo su risa, como si fuese un fondo marino desconocido bajo una deslumbrante superficie ondulada, y se maravilló ante las complejidades de aquella gente. «Mi gente», se dijo, tanteando. «Mi gente». Pero Silvia ya estaba de pie.

—Vaya, no tenemos tiempo para que te enseñe hoy la Escuela —dijo—. Tenía pensado enseñarte el Salón del Canto, las otras Casas Bárdicas y otras cosas que quizá te pondrían interesar. Ahora deberías ir a lavarte. Comeremos pronto, pero esta noche no será en privado: los Bardos cenan juntos porque es el banquete de bienvenida. El Encuentro propiamente dicho comienza mañana.

Maerad se miró a los pies y Silvia la cogió de las manos.

—Maerad, no seas tímida —y la besó en las dos mejillas—. Ven, te ayudaré a elegir qué ponerte. Después me tendré que arreglar yo. El banquete de bienvenida siempre es un momento dichoso y nadie estará hablando de trabajo. Pero si estás cansada, o sientes que te has de marchar por cualquier razón, me lo debes decir. ¿Sí?

Maerad asintió, y Silvia la volvió a meter en el edificio por la cocina, en donde había carnes que giraban ensartadas en pinchos sobre el fuego, los fogones metálicos estaban abarrotados de olla que humeaban y burbujeaban y de los hornos salían panes que se dejaban enfriar sobre trapos limpios. De cada esquina emanaba un aroma diferente y delicioso, y ahora todos los cocineros y cocineras parecían más atareados y más serios. Silvia dejó el vaso y el plato en la sala del fregadero y apuró a Maerad

escaleras arriba hasta su habitación, donde sacó de la cajonera de madera un vestido de color carmesí oscuro, ricamente bordado en el cuello y mangas con hilo de oro, y lo dejó sobre la cama. Maerad lo miró con nerviosismo.

—Oh, es demasiado grandioso para mí.

—No, no, Maerad. ¡Es un día de fiesta! Encajará, te lo prometo. Es un hermoso vestido: antes era mío. Me encantaba ponérmelo cuando era poco mayor que tú. Póntelo en señal de mi amistad. Y ahora ve al baño. Volveré más tarde y te ayudaré a vestirte —puso el albornoz entre las manos de Maerad y se apresuró a salir al pasillo.

Maerad se quedó de pie en la puerta y recorrió el cuarto con la vista, impotente. Habían arreglado la habitación desde su tormento previo: en la cama habían sábanas limpias y habían vuelto a encender el fuego. Le dolían las manos por no tener su lira entre ellas, pero al recordar que Silvia volvería y que esperaba encontrarla lavada, buscó el camino al cuarto de baño y se lavó con trapos suaves y jabón, mientras pensaba que le encantaría tomar otro baño. Volvió a su cuarto, cerró la puerta y se sentó en la cama para esperar a Silvia. No llegaba, así que Maerad tomó su lira y comenzó a tocar, tarareando al mismo tiempo. Se deslizaba de una melodía a la siguiente, profundizando en las armonías y extendiendo las variaciones a medida que avanzaba, y cuando Silvia llamó a la puerta estaba completamente absorta. Se detuvo, atónita, y se quedó quieta:

—¿Maerad? —dijo Silvia.

—¿Si?

—¿Puedo pasar?

—¡Oh, si, por supuesto! —Maerad estaba a medio camino de la puerta cuando entró Silvia.

—¡Hermoso! —dijo Silvia cariñosamente—. Cadvan nos contó que tus dotes musicales eran extraordinarias. Está claro que te enseñó un Bardo. Tienes que traer la lira esta noche, pero Maerad... —y en este punto el tono de Silvia se volvió serio de repente—, no le digas a nadie que es un objeto Dhyllico. Cadvan lo sabe porque está versado en tradición antigua, pero muy pocos Bardos la reconocerían sin que se lo dijese. Y este tipo de cosas es mejor esconderlas. Y ahora —continuó—, ¿te vestimos? No me había divertido tanto desde que mi propia hija tenía tu edad.

—¿Tienes una hija? —preguntó Maerad, un poco sorprendida. Silvia no parecía lo suficientemente mayor para tener hijos criados.

—Sí. Tenía —de repente el rostro de Silvia se retrajo, como si la pregunta la hubiese herido, y algo le dijo a Maerad que no hiciera más preguntas.

Silvia iba muy bien vestida. Llevaba una túnica de color verde musgo que caía hasta el suelo formando suntuosos pliegues, partiendo de un corpiño bordado con diminutas perlas que formaban complicados diseños de flores. Su cabello caoba, suelto sin la banda que normalmente lo contenía, caía formando un riada de dorados y rojos fundidos, sujeto tan solo por un fino hilo dorado que dejaba caer una única gema blanca sobre su frente. En la mano derecha llevaba un anillo de oro con una

piedra blanca, y enganchado al pecho tenía un broche dorado curiosamente forjado en forma de caballo al galope.

—Estás encantadora —dijo tímidamente Maerad, y la sombra abandonó el rostro de Silvia. Se echó a reír y cogió el vestido carmesí que había elegido para Maerad.

—¡Tú también, y eso que ni tan siquiera estás vestida! —dijo—. ¿Puedo trenzarte el cabello? Me encantaría hacerlo. También necesitas la combinación, así. Muy bien. Como ya te he dicho, estos botones son un poco complicados —el vestido abrazó los hombros y brazos de Maerad y después le descendió desde las caderas en una larga y generosa caída hasta el suelo. Las mangas se abrían desde los codos, como bocas de lirio, pensó ella. Silvia tenía razón: puesto, el vestido se veía hermoso y a la altura de las rodillas emitía un seductor frufú. Comenzó a emocionarse y dio una vuelta para hacer girar el vestido.

—Pensé que te quedaría bien —dijo Silvia—. ¿Te encuentras bien? ¿Si? Bueno, pero si no fuera así debes decírnoslo a mí o a Cadvan, me refiero a si vuelven los retortijones. Estoy tentada a volver a medicarte, pero podrías quedarte dormida, así que nos arriesgaremos. Tendré el elixir a mano. Y ahora, el cabello.

La hizo sentarse en la silla que tenía adelante y le trenzó el cabello, recogiénoselo sobre la cabeza y atándolo con unas pequeñas peinetas doradas. Después dejó que Maerad se mirase en el espejo. Esta se ruborizó porque ni el ensayo de la noche anterior la había preparado para aquella transformación. El corte que tenía en la frente estaba mañosamente disimulado con un mechón de pelo, y no había ninguna señal por la que se pudiera decir que hacía menos de una semana era una esclava de un pequeño y cruel tirano, acostumbrada a dormir sobre palés de paja, a comer mal y ser azotada. La trenza hecha por Silvia dejaba al descubierto los hermosos huesos de su rostro y atraía la atención hacia su carnosa boca. Sus ojos le devolvieron la mirada muy serios.

—Está bien ponerse vestidos hermosos para cenar con los amigos —dijo Silvia solemnemente—. Honra a tu anfitrión, si eres invitado; y a tu invitado, si eres anfitrión. Y ambos adornan la fiesta, para así celebrar los dones del mundo.

—¿Qué haré yo en la fiesta? —preguntó Maerad nerviosa. Las mariposas que tenía en el estómago, olvidadas por la fascinación de vestirse, habían vuelto.

—Limítate a ser quien eres —dijo Silvia mientras le guiñaba un ojo—. Recuerda que la gente te perdonará muchas cosas. Ayer te las arreglaste muy bien. ¡Y no olvides la lira!

Tras agarrar la lira, Maerad siguió a Silvia fuera del cuarto, con el corazón latiéndole a toda prisa. Se sentía como si estuviera preparando para una terrible experiencia. «El vestido ayuda», observó la parte de ella que presenciaba todo con frialdad. «Puedes fingir ser otra persona. No ser Maerad en absoluto». Fingir ser otra persona era un viejo juego para Maerad, ya que a menudo había tenido que interpretar un papel en el castro. Inspiró profundamente en intentó caminar como una señorita fina, como habría caminado su madre.

Primero fueron a la sala de música del piso de abajo, la hermosa sala en la que Maerad se había recuperado de su desmayo la noche anterior. Cadvan y Malgorn estaban sentados ante el fuego, inmersos en una conversación, y los dos se levantaron e hicieron una reverencia cuando entraron las dos mujeres. Los hombres no se habían tomado menos molestias que las mujeres, y los dos habían elegido hermosas vestimenta. Cadvan iba completamente de negro, con una larga capa negra ribeteada con bello bordados en plata. Mostraba abiertamente la espada, y Maerad vio que tenía una vaina de plata complicadamente trabajada con runas y diseños. Además llevaba un broche de plata con forma de estrella de cuatro puntas sobre el pecho. Malgorn no llevaba espada, e iba de verde musgo igual que Silvia; sobre el pecho tenía una señal plateada en forma de caballo al galope. Llevaba un anillo con una piedra blanca en la mano derecha.

Cadvan sonrió a Maerad sin ningún resto de turbación.

—¡Dos hechiceras! —dijo—. Si tuviera que elegir, me sentiría perdido. ¿Quién podría decidirse entre el otoño y la primavera?

—Por suerte para mí, no podrás elegir —dijo Malgorn—. El otoño es completamente mío —descolgó un laúd de la pared y cogió a Silvia del codo—. Eso, claro está, si ella está de acuerdo.

Le hizo un serio gesto con la cabeza a Silvia, y ella lo besó en la mejilla.

—Honrarás a los salones de Afinil esta noche, mi amor —dijo él.

—Gracias, señor —dijo Silvia, fingiendo seriedad—. Pero ahora debéis admirar a mi protegida. ¡Y recordad que este es su primer Encuentro!

—Realmente es muy hermosa —dijo Malgorn, bastante remilgado. Los tres Bardos se detuvieron durante unos segundos y la examinaron objetivamente, como si fuese una escultura. Maerad se movió incómoda bajo sus miradas. ¿Qué era ella, un trofeo? Cadvan la liberó de aquella atención no bienvenida dando un paso adelante y cogiéndola de la mano.

—Si me concedes el placer —dijo—, me sentiré honrado si me acompañas al banquete de bienvenida.

Maerad dudó, sin estar segura de cuál sería la respuesta correcta.

—Me sentiría muy feliz de hacerlo —dijo forzadamente tras una breve pausa.

—¿Preparado, pues? —preguntó Malgorn—. Entonces, ¡vamos!

—¡Silvia ha hecho un milagro! —le murmuró Cadvan a Maerad mientras salían de la sala—. ¿Qué dirían en El Castro de Gilman?

—Dirían «Siempre ha tenido aires de grandeza» —dijo Maerad—. Y me hubieran pegado un latigazo por mis dolores. ¡Pero lo más probable es que no supiesen quién soy!

—Es lo más probable —dijo Cadvan—. Aunque a pesar de las hermosas ropas, ¡yo sigo viendo a la misma muchacha que me pegó un susto en el establo!

—¡Gracias! —dijo Maerad en tono sarcástico.

—Me refiero, Maerad, a que ni tan solo la esclavitud podía esconder quién era.

¡No seas tan susceptible! —dijo Cadvan apresuradamente—. Este es tu primer Encuentro, y seguramente será un poco difícil, así que ve poniéndote una armadura. No todo los Bardos son como Malgorn y Silvia. Algunos son en verdad tan diferentes que apenas se merecen el nombre. Me temo que Malgorn tenía bastante razón al decir que algunas Escuelas se han corrompido: las preguntas serían ¿cuán corruptas? Y ¿corrompidas por qué? En algunos lugares solo hay mucha avaricia y otros vicios. En otros... —se detuvo y meneó la cabeza. —En cualquier caso, habrá mucha curiosidad en torno a ti, más todavía teniendo en cuenta que apareces con aspecto de princesa. ¡Mantente alerta! ¡Y quédate cerca de mí!

—Me pagaré a ti como una lapa —dijo Maerad.

—Silvia también me ha dicho que te envíe a la cama en el mismo instante que te vea palidecer. Es más severa de lo que parece, y no osaré desobedecerla. ¡Escaparme una vez ya ha sido bastante terrible!

—¡No es que te escapases! —dijo Maerad, con ganas de reír pero sin atreverse.

—Confieso mi cobardía. ¡Yo, Cadvan, quedándome sin hombría por una muchacha! ¿Cómo puede ser eso? Pero es cierto que no estoy acostumbrado a este tipo de cosas —le sonrió a Maerad, y ella se relajó y sonrió—. Así está mejor —dijo él—. Es un banquete, no un examen. Y ahora eres una mujer adulta, ¡recuérdalo! No debo volver a llamarte niña.

Maerad se ruborizó con una mezcla de placer y vergüenza, y se irguió aún más. Ya habían cruzado el patio y dejado atrás varias calles con casas muy parecidas a la de Malgorn y Silvia, que llevaban a un enorme círculo enlosado rodeado de jardines formales. En el centro, sobre un alto pedestal, había una magnífica estatua blanca de un caballo encabritado sin freno ni brida, y sus crines ondeaban ante un viento invencible.

—¡Lanorgrim! —dijo Cadvan señalando a la estatua—. Así apareció, procedente del norte, en la mañana del mundo, libre y salvaje. Nadie pudo domarlo excepto Maninae, el Rey Perdido. En la batalla su crines eran fuego y sus ojos lanzas, y el estruendo que producían sus cascos hacía penetrar el miedo en los corazones de sus enemigos. Dudo que Annar vuelva a ver algo así de nuevo. El Valle de Innail era el campo en el que se alimentaba, y por eso esta Escuela honra su memoria. El caballo es el emblema de la Escuela —Maerad recordó los broches que llevaban Silvia y Malgorn.

—¿Luchó contra en contra El Sin Nombre? —preguntó.

—Sí, fue uno de los muchos que lo hicieron. En la batalla final le dispararon una flecha malvada que le envenenó la sangre, y murió tras una larga agonía. Una de tantas penas. Se levantó un gran montículo en su honor, y su especie es honrada por todo Annar.

Docenas de persona cruzaban el círculo de camino a un salón de piedra que estaba al otro lado, el Gran Salón de Innail. Sus puertas dobles, tres veces más altas que un hombre, estaban abiertas de par en par; una cálida luz se derramaba desde el

interior, procedente de muchas candelas, y el sonido de la música se aventuraba en el aire cálido. Maerad nunca había visto tal diversidad de gente: hombre y mujeres, y no poco niños, todos ricamente vestidos. La mayoría de ellos llevaba la señal del caballo, pero vio muchas otras: un trébol de tres hojas, un cardo, una rosa, una bellota, tres estrellas entrelazadas. Unos pocos entre la multitud eran morenos de ojos azules, como ella, la mayoría eran rubios como Malgorn. Vio con sorpresa que había un hombre de piel oscura, vestido con dorados y rojos, con un sol dorado del que salían muchos rayos sujetos en las vestimentas. Cadvan y ella llegaron a la puerta al mismo tiempo que él, el hombre rio al reconocerlo y le dio la mano a Cadvan.

—¡Bien hallado, viejo amigo! —dijo—. No pensaba que estuvieses tan al sur.

—¡Saliman! —dijo Cadvan—. ¡Bien hallado, cierto es! ¿Qué te trae por aquí?

—Noticias, como siempre, noticias, que recopilar y que contar. Soy el chico de los recados del destino, al que llevan de aquí para allá al antojo de los acontecimientos —se volvió hacia Maerad—. Pero no me has presentado a tu bella acompañante.

—Mi acompañante es más feroz de lo que deja translucir su aspecto —dijo Cadvan haciéndole un guiño a Maerad—. Yo no jugaría con tal guerrera. Esta es Maerad de Pellinor —ante la mención de Pellinor, Saliman abrió los ojos con asombro—. Maerad, este es un viejo amigo, Saliman de Turbansk, que está muy al sur. Pero ve con cuidado porque es un truhán.

—Veo que Cadvan no ha cambiado —dijo Saliman sonriendo—. Solo acusa a los demás para esconder sus propias faltas. ¿De Pellinor? —continuó, dirigiéndose a Maerad—. ¿Es que alguien pudo huir? Ciertamente es una noticia espléndida. Estoy más que encantado de conocerte, Maerad inclinó la cabeza formalmente, y Maerad le devolvió el gesto, agradecida ante la formalidad, con lo que superó su torpeza. Ella creía que todo el mundo tenía la piel clara como la suya, y volvió a percibir el alcance e su ignorancia.

—¿Conocías Pellinor? —preguntó.

—Únicamente estuve en una ocasión. Era un hermoso lugar, y me entristeció saber de su destino. Por desgracia, historias así son más comunes hoy en día, y por lo tanto sorprenden menos; pero después de todo, Pellinor fue la primera. Fui a Jerr-Niken después de que fuese saqueada: fue una de las cosas más tristes que he visto en mi vida. Toda aquella belleza en ruinas, tanta muerte —meneó la cabeza—. Yo personalmente creo que no fue una simple obra de bandidos. Los bandidos no se hubieran explayado tanto con la destrucción gratuita. Tenía la marca de la Oscuridad.

—Creo que tienes razón —dijo Cadvan—. Hay una mala intención singular que delata esos actos. Pero ahora no es momento para hablar de esas cosas.

—Quizá hayas conocido a mi madre —dijo Maerad directamente—. Se llamaba Milana.

—¿Milana? —Saliman sonrió—. Sí, recuerdo a Milana. Era Primer Bardo del Círculo, por lo que recuerdo. Una gran música. ¿También sobrevivió?

—Un tiempo —dijo Maerad, y se quedó callada. Una clara visión de su madre se impuso ante ella: Milana tal y como era antes del saqueo de Pellinor, alta, orgullosa y dulce, sonriente ante un gran número de huéspedes con su lira en la mano y una piedra blanca que brillaba como un estrella en la frente. Una súbita pena pinchó a Maerad, y durante un instante olvidó ficciones y máscaras porque el mundo era demasiado cruel para actuar. La visión desapareció tan rápido como un pensamiento y ella parpadeó, de nuevo, consciente de la presencia de Saliman.

—Veo que aquí hay historias —dijo Saliman—. Pero historias de tristeza, y no oscureceré esta velada insistiendo para obtener más.

—¡No, claro que no! —dijo Cadvan—. Y ahora debemos encontrar nuestros sitios. ¿Te sentarás con nosotros?

El rostro de Saliman se iluminó.

—¡Será un placer! —dijo—. No conozco a mucha gente aquí.

Maerad se dedicaba a mirar por todo el salón maravillada, revisando sus primeras impresiones, confusas, de color, movimiento y sonido. El salón tenía unos techos muy altos, y sus paredes completamente blancas estaban agujereadas por unas largas ventanas arqueadas con unos pequeños cristales con forma de diamante, iguales que lo que había en la casa de Malgorn y Silvia, solo que estos eran más grandes. En el centro se elevaban dos filas de altas columnas negras talladas como árboles, cuyas ramas extendidas sostenían el techo abovedado. La mampostería negra pulida de las esquinas de la sala y alrededor de las ventanas estaba delicadamente tallada con diseños entretejidos de frutas y flores: parras, manzanas, peras, lirios, ciruelas, rosas y flores de árboles frutales que brillaban en la luz parpadeante de las candelas.

Había unas largas mesas colocadas en filas a lo largo del salón, cubiertas por manteles de color rojo oscuro y dispuestas con boles azul glaseado y platos, cristal y plata. En cada mesa había unos enormes candelabros de plata hermosamente forjados engalanados con velas altas, y del elevado techo colgaban más candelabros, que llenaban el salón de una suave iluminación. Cada mesa estaba adornada con flores primaverales colocadas dentro de unos boles de cristal azul extrañamente soplado, y también había boles llenos a rebosar de frutas y nueces, panes frescos de diferentes formas y colores, algunos con hierbas, otros blancos, algunos abundantes y oscuros; quesos fragantes y pepinillos; carnes en lonchas, algunas recién asadas, otras ahumadas, otras adobadas con hierbas y especias; había también pasteles y tartas; confituras y condimentos. Maerad nunca había visto tanta comida.

En el extremo de la sala ardía un fuego en un inmenso hogar de piedra, ante él había un estrado alto en el que había tres músicos. Uno de ellos tenía una lira y los otros dos tocaban instrumentos que Maerad nunca había visto: una larga flauta de madera y dulcemele. Nunca había escuchado una música así, un complicado juego de armonías complejas y contrapuntos. Se detuvo involuntariamente, incluso más embelesada por la música que por el choque para los sentidos que le había supuesto entrar en el salón, hasta que Cadvan la empujó por el codo y comenzó a sacarla del

trance.

—Nos sentaremos aquí —dijo él, señalando una mesa con la cabeza. En aquel momento la mayoría ya estaban sentados, y solo quedaban unos cuantos rezagados en la puerta. Se sentaron, para regocijo de Maerad, en un lugar que no estaba alejado de los músicos, y Maerad y Cadvan apoyaron sus instrumentos contra la pared. Vio que Malgorn y Silvia estaban en la mesa más cercana al estrado, y Silvia sonrió y la saludó con la mano.

—Están en la mesa mayor, ya que pertenecen al Círculo de la Escuela —le explicó Cadvan—. Mira, este vino es muy bueno. Creo que ha sido Malgorn quien ha seleccionado los vinos, así que no esperaba menos —sirvió a Maerad y a Saliman, y después se sirvió él. Mientras lo hacía, la música se detuvo y los músicos abandonaron el estrado y se sentaron. Una mujer alta que llevaba una túnica completamente blanca se levantó de la mesa mayor, y en el salón se hizo silencio. El cabello gris como el acero le caía hacia atrás, apartado de su rostro severo, y en la mano derecha llevaba un largo bastón, que hizo resonar contra el suelo tres veces—. Es Oron, Primer Bardo del Círculo —susurró Cadvan al oído de Maerad.

—Bienvenido y tres veces bienvenidos —dijo, con una voz que resonaba sin esfuerzo por todo el salón—. ¡Por aquellos a los que queremos y por los extranjeros, por aquellos que vuelven y por los que entran en este salón por primera vez, bebo de mi copa de bienvenida!

Alzó bien alto un cáliz de plata y todo el mundo se puso en pie y levantaron bien sus copas, mientras Maerad los imitaba con dificultad.

—Bebamos por la fraternidad. Que la Luz nos bendiga a todos, amigos y extraños, y haga que nuestras lenguas digan la verdad, que nuestros corazones sean más verdaderos y que nuestros actos sean los más auténticos de todos.

—¡Que la Luz te bendiga! —respondieron los Bardos, como una sola voz, y después todos bebieron de sus copas.

Oron golpeó el suelo con su bastón tres veces más y se sentó, con lo que pareció que todas las formalidades habían acabado. La cháchara volvió a comenzar, elevándose cada vez más, y la gente comenzó a tomar fruta y pan. Cadvan y Saliman estaban inmersos en su conversación sobre asuntos del sur, y Maerad no se atrevía a interrumpirlos.

—¿Eres Maerad de Pellinor?

—Sí —Maerad volvió y se encontró con una mujer pequeña de cabello oscuro y ojos azules.

—Pensé que debías de ser tú al verte entrar con Cadvan —dijo la mujer—. Yo soy Helgar, he venido desde Ettinor para el Encuentro. Perdona mi impertinencia, pero he escuchado a Silvia hablar de tus aventuras. He de decir que no parece que hayas venido arrastrándote desde las montañas.

—Eso es gracias a Silvia —dijo Maerad—. ¿Dónde está Ettinor?

—A una semana a caballo, al oeste, y más allá —dijo—. He venido a traer

noticias, y también en busca de consejo, como la mayoría de los que estamos aquí según creo. Vivimos tiempos difíciles. Todas las noticias hoy en día parecen ser malas noticias.

—Sí —dijo Maerad. Volvió a sentir intensamente su falta de conocimientos. Había sido aislada del mundo de tal manera que no sabía nada—. ¿Qué noticias traes?

—Las escucharás en el Consejo —dijo Helgar, dándole la vuelta a la pregunta—. Pero háblame de ti. Es más interesante.

—Oh, no lo creo —dijo Maerad— ¿Por qué tiene todo el mundo tanto interés en mí? Yo no sé nada. No sé nada de Encuentros. ¿Qué hacen los Bardos?

Helgar se encogió de hombros.

—Sobre todo hablamos.

—Sí, pero ¿de qué?

—Asuntos de la Luz. Lo que afecta al Equilibrio. Asuntos de política que afectan a las Escuelas. Ese tipo de cosas.

—Pero ¿Qué es el Equilibrio? —Maerad comenzaba a sentirse un poco frustrada con Helgar, de cuya mirada había percibido que parpadeaba más allá de su hombro, como si solo estuviese escuchándola a medias. Era evasiva de una manera diferente a la de Cadvan, y había algo en Maerad que se encrespaba con desconfianza, a pesar de que no podría decir por qué.

Helgar reinterrogó a Maerad acerca de sus aventuras, pero Maerad respondió con cautela, contando lo menos posible de ella y nada en absoluto de Cadvan. Se había dado cuenta de que Cadvan había revisado rápidamente a su interlocutora antes de volver a su corrillo con Saliman. Pese a aquello, la cena transcurrió de forma bastante placentera. Al final, cuando Maerad ya pensaba que no podría comer nada más ni aunque su vida dependiese de ello, se llevaron los platos. Después, para su sorpresa, Cadvan se puso de pie y caminó a grandes zancadas hacia el estrado, entre aplausos.

—Cadvan está considerado un gran cantante —dijo Helgar—. Yo nunca lo he escuchado. Aun así, me sorprende que vaya de primer lugar —pero Cadvan estaba hablando.

—Con vuestro permiso, esta noche cantaré una leyenda de la antigüedad, de los primeros años del reino perdido de Lirion, cuando el Brujo de Hielo aún molestaba al mundo: *La Gesta de Mercan* —tocó un acorde y comenzó a cantar.

—Extraña elección —murmuró Helgar cuando Cadvan comenzó, pero Maerad se quedó embelesada. No conocía la leyenda, que contaba la historia de la larga búsqueda de Mercan de su amada Tirian, robada por los secuaces del Brujo de Hielo. La habían encontrado en los salones de nieve del norte y la habían traído a casa, pero el corazón de Tirian se había convertido en un trozo de hielo, y no volvió a hablar. A Mercan se le rompió el corazón de desesperación, y cuando lo vio morir, el corazón de Tirian se fundió en pena. Sollozó, y una lágrima cayó sobre el rostro de Mercan; sus ojos se abrieron y la vida volvió a él, la helada se fundió en la tierra y las ramas de los árboles secos florecieron, el largo invierno se rompió. La voz de Cadvan subía

y bajaba, y mientras escuchaba Maerad tenía visiones de una hermosa ciudad, de barcos que zarpaban de un puerto blanco bajo un cielo frío y lleno de estrellas brillantes, y las duras orillas de un país lejano. La música caía sobre la mente de Maerad como una dulce lluvia, y suspiró de felicidad, como si fuese la tierra húmeda suspirando por la felicidad de la primavera. Después el canto se detuvo y hubo aplausos, Maerad parpadeó, liberada del encantamiento, y descubrió con sorpresa que sus pestañas estaban humedecidas por las lágrimas.

Los Bardos pedían más, y Cadvan miró a Maerad y le hizo una seña para que se acercase. Ella negó con la cabeza, horrorizada, pero Cadvan insistió y al fin, animada por Saliman, cogió su lira de mala gana y caminó hacia el estrado. Se quedó mirando sin ver la multitud y tragó saliva. Cadvan la miró para coordinarse y después tocó los acordes de *La leyenda de Andomian y Beruldh*, que habían cantado juntos, parecía que hacía años, en el claro de Irihel. Maerad respondió automáticamente con la antifona. En cuanto salieron las primeras notas, sus nervios desaparecieron: en el santuario de la música podía ser ella misma sin miedo. Solo cantaron la balada que introducía la historia, y después abandonaron el estrado entre ovaciones.

—Los ha dejado hambrientos, ¿eh? —dijo Cadvan cuando volvían a sus asientos—. Y tú te has absuelto de una forma encantadora. Tienes, he de decir, un estilo individual. Creo que se convertirá en la moda de Innail, teniendo en cuenta la respuesta.

—Has sido un malvado al hacerme subir ahí —dijo Maerad acaloradamente—. Quería que me tragase la tierra.

—Ahora has cumplido con tu tarea en lo que respecta a tus anfitriones, y no necesitas preocuparte más —dijo Cadvan imperturbable—. Y has probado que eres un verdadero Bardo de Pellinor. Será difícil discutir eso ahora.

Cuando llegó a su asiento, Saliman todavía aplaudía.

—¿Dónde está ese castro? —dijo—. Debería ir a recibir lecciones allí.

Helgar, se fijó Maerad, había abandonado su silla y estaba hablando con alguien más lejos. Cuando Maerad la miró, ella se volvió. Saliman se dio cuenta.

—Tu amiga no confía en los sureños —dijo.

—Oh —dijo Maerad—. ¿Por qué?

—No hay mucho como yo tan al norte, así que soy una curiosidad —Saliman hablaba con indulgencia, pero Marad vio dureza en sus ojos y una ligera curvatura en sus labios—. Y estos son días de desconfianza.

—No le des importancia —dijo Cadvan—. He visto que Helgar te estaba inquiriendo duramente para conseguirte información. Te comportaste bien, pienso, ante tal impertinencia.

—Me dijo que era amiga de Silvia —dijo Maerad.

—Eso es utilizar el término muy a la ligera —dijo Cadvan—. Creo que no le ha gustado que hayas cantado tan bien y hayas complacido a tanta gente.

—¿La conoces? —preguntó Maerad.

—Digamos que tenemos nuestra historia. Pero me parece que estás un poco pálida. Esto durará toda la noche, pero no me atreveré a tenerte aquí hasta tarde, o Silvia me despejeará vivo.

Y de hecho Silvia se acercaba a su mesa con los ojos brillantes.

—¡Bien hecho, Maerad! —dijo—. Me siento orgullosa de ti, tu música ha honrado este salón. ¿Estás cansada? Estás pálida.

Maerad admitió que estaba cansada, y Cadvan la sacó del salón. Tardó bastante en hacerlo, ya que la gente les sonreía y quería hablar tanto con ella como con Cadvan, pero Cadvan evitó educadamente que los atrapasen en una conversación. Cuando alcanzaron la habitación, Cadvan dijo:

—Sé que no he cometido ningún error aún al traerte aquí. Hoy me has honrado — la besó en las dos mejillas, y Maerad, sin estar segura de cómo responder, hizo una torpe reverencia y después se deslizó rápidamente al otro lado de la puerta. Dejó la lira con cuidado sobre la cajonera, se quitó a ropa, se desató el cabello y cayó agradecida sobre la cama.

Pese al cansancio, no se quedó dormida inmediatamente, pues la cabeza le zumbaba a causa del vino y la emoción de la velada. Se quedó mirando hacia el techo y las imágenes parpadeaban aleatoriamente en su imaginación: Cadvan cantando sobre el estrado, el desagrado de Helgar ante la música de la propia Maerad, el vestido con perlas bordadas de Silvia, el suave y encantador florecer de las candelas iluminando los pilares de aquel hermoso salón... pero, por encima de todo, el rostro de Saliman, airado ante a grosería de Helgar. A Maerad le picó la piel con una especie de conciencia animal innata al pensar en Helgar. «No se puede confiar en todos los Bardos», le había dicho Cadvan, y ahora ya creía saber a qué se refería.

Al día siguiente, Maerad se levantó tarde tras dormir profundamente. Por primera vez desde que había huido del Castro de Gilman se despertó sin temer la campana de los esclavos. Se estiró lujosamente en la cama, mientras identificaba los sonidos que se colaban por la ventana: el bajo murmullo de la gente que caminaba por el patio, el bullicio de unos niños que jugaban a saltar a la comba justo en la parte exterior de su cuarto, el gorjeo de los pájaros, el ladrido de un perro y los instrumentos que eran afinados en el piso de abajo. Tenía la tripa mucho mejor, todavía sentía retortijones, pero dentro de los límites de lo soportable. Se echó encima la bata y caminó por el pasillo hasta el cuarto de baño, en donde se pasó felizmente una hora chapoteando con los aceites y ungüentos que allí encontró. De vuelta a su cuarto se encontró a Cadvan por el pasillo.

—Hueles como si hubieras asaltado los jardines perfumados de Il Arunedh —le dijo sonriendo—. Te estaba buscando. Esta tarde habrá Consejo, cuando toquen la campana del mediodía, y se espera que asistas. Es un Gran Consejo, he de añadir, en el que solo se admite a los miembros de los Círculos. Deberías sentirte honrada.

—¿Por qué tengo que ir? —preguntó Maerad—. No puedo contarle nada a nadie, no sé nada.

—Eso no es completamente cierto —dijo Cadvan—. Porque eres superviviente de Pellinor: eso es una gran noticia entre los Bardos. Y si vas a aprender las Artes, tendrás que convertirte en Bardo Menor. Eso será algo más que una formalidad.

—¿Bardo Menor?

—Debería haber ocurrido cuando tenías unos siete años, es algo automático en cualquiera que presente las señales de un Bardo —dijo Cadvan—. Pero dadas tus circunstancias particulares, los Bardos deben decidir cómo se te han de enseñar mejor los caminos de la Luz.

—Todo esto suena muy complicado —dijo Maerad poco animada. Temblaba por dentro cuando Cadvan mencionaba cosas como el Saber: parecía como si fuese una gran nube sobre su cabeza, oscura y amenazadora.

—Lo es y no lo es —respondió Cadvan—. Y no asusta en absoluto, así que deja de poner cara de conejo. Lo importante es que ahora se tomen las decisiones correctas. Lo normal sería que hubiera sido únicamente el Círculo de Innail quien te

hubiese otorgado el título de Bardo Menor, y este está constituido solamente por seis Bardos, entre los que están Malgorn y Silvia. Pero esta vez te interrogarán Bardos de diez Escuelas. ¡Así que por ese lado puedes considerar que has tenido mala suerte! Pero bueno, ya es casi la hora del almuerzo, y deberías comer —añadió—. Después te enseñaré la Escuela, si tu salud lo permite, claro. En cualquier caso, esta mañana se te ve bastante sonrosada.

Acalló la sospecha de que Cadvan le estaba quitando importancia al Consejo para calmar su ansiedad. Se vistió, y después de comer, él le enseñó la Escuela. Le dijo que todas las Escuelas más antiguas, como Innail, habían sido construidas siguiendo un mismo diseño. Innail había sido hecha con forma de rueda: en el centro estaba el Círculo de Lanorgrim, y de él salían cuatro radios, cuatro calles principales que estaban unidas por otras calles circulares que eran las vías principales. El Círculo de Lanorgrim estaba flanqueado por los más hermosos edificios de la Escuela. A un lado estaba el Gran Salón y a su izquierda había una inmensa biblioteca en la que Maerad vio que había calígrafos trabajando y solemnes bibliotecarios con capas negras, los Guardianes de los Libros, que eran considerados personas de gran honor en el pueblo. A su derecha estaba la Casa de la Música, en donde vivían los Mentores y estudiaban los niños mayores y músicos avanzados. Al otro lado del Gran Salón había una casa muy alta que Cadvan le dijo que era la morada de Oron, y el lugar en el que se celebraría el Consejo de aquella tarde.

Los Bardos Mayores, sus familias y estudiantes vivían en casas como la de Malgorn y Silvia, cerca del círculo interior. Cadvan le contó que en Innail vivían unos doscientos Bardos, incluyendo a los estudiantes.

—El número de Bardos cambia entre una Escuela y otra —explicó—. Y es así igualmente con el número que conforma los Círculos que las gobiernan: en algunos lugares son seis, en otros nueve; hay lugares en los que incluso hay dos Círculos, el Círculo Interior, o Primero, y el Círculo Exterior, o Segundo. Aquí en Innail solo hay un Círculo de seis Bardos.

—Y entonces ¿qué hacen el resto de los Bardos? —preguntó Maerad fascinada.

—Todos hacen los trabajos de la Escuela —dijo Cadvan—. Enseñan, escriben, crean, cantan, cultivan... ¡Hay muchas formas de ser Bardo! Eso también varía entre Escuelas, dependiendo de la gente entre la que vivan. Innail, como podrás haber adivinado ya, es especialmente conocida por su tradición en hierbas y su cocina, que son muy apreciadas aquí; pero aparte de esto ocurren muchas más cosas, en el gobierno de la Franja. No hay, en todo Annar y los Siete Reinos, una Escuela igual a otra. Un día, espero, las visitarás todas y lo verás por ti misma. Solo tienen una cosa en común, o deberían tenerla: que mantienen el Equilibrio y cumplen con la Luz.

Ahora caminaban hacia el límite exterior de la Escuela, en donde había cientos de salones y más casas. Allí vivían muchas personas que no eran Bardos, pero que vivían de la Escuela o comerciaban en el pueblo, y también estaban allí los artesanos: herreros, guardicioneros, tallistas de manera, mamposteros y joyeros. Visitaron un

gran complejo de establos, ya que los Bardos viajaban mucho y debían tener al menos un caballo, y Maerad aspiró aquel olor con un agudo y sorprendente pinchazo de nostalgia de su antigua vida, pese a lo duro que era el trabajo, le gustaba cuidar a los animales.

Innail estaba lleno de árboles, las casas estaban colocadas entre agradables jardines y había muchas plazuelas, a veces no más grandes que una habitación. Podías doblar una esquina y encontrarte, sin esperarlo, con una fuentecita o quizás una estatua y un banco de piedra colocados en una plazuela de hierba y margaritas, o un antiguo dintel tallado con forma de hermosa mujer, un extraño duendecillo o un caballo, o la imagen de Lanorgrim saltando desde una ventana de vidrios de colores que devolvía la luz del sol en rojo, azul o dorado. Maerad miraba y miraba, como si sus ojos estuviesen hambrientos: cada calle le revelaba, una nueva maravilla. Pero pese a que Innail parecía bullicioso y próspero, se dio cuenta de que había bastantes cosas con los postigos cerrados y vacías.

—Es lo que ocurre en muchas Escuelas hoy en día —dijo Cadvan cuando ella le preguntó por qué ocurría eso—. Cada vez hay menos Bardos. Innail continúa siendo una gran Escuela, amada por los hombres del valle, pero ya no es lo que fue en los buenos tiempos. En algunos lugares es culpa de los Bardos: se han vuelto arrogantes y distantes, desprecian a la gente con la que viven y ya no se preocupan, como deberían, por la vida de la tierra. Y en otros lugares hay fuerzas que trabajan para manchar el nombre de los Bardos y el arte de ser Bardo, sembrando mentiras para hacer crecer la sospecha donde antes crecía la confianza y odio donde antes crecía el amor. Para desgracia de todos.

Maerad, abrumada por la belleza de lo que estaba viendo, no era capaz de imaginarse cómo alguien podría odiar las maneras de los Bardos.

—Solo es ignorancia sobre lo que hacen los Bardos —dijo.

—Sí, a menudo es eso —dijo Cadvan—. Eso y la falta de memoria. Es más difícil de lo que piensas, combatir ese tipo de cosas, especialmente en estos tiempos, en los que la malicia crece sin cesar e incluso los Bardos están divididos. Pero así son las cosas.

Cuando aquella tarde Maerad entró en el Salón del Consejo, en la casa de Oron, retrocedió como si le hubieran dado un golpe, sintió que había entrado en un brillante resplandor luminoso. Parecía que la sala estuviese sumida en un intenso brillo y vibrase con una extraña música, pese a que no se veía ninguna luz ni se escuchaba ningún sonido. Un profundo sentido de alerta se despertó en su conciencia. Una energía que protestaba, pensó rápidamente, como si muchas mentes diferentes luchasen en direcciones opuestas en vano.

Parpadeó y examinó la sala.

Por lo menos tres docenas de solemnes Bardos estaban sentados alrededor de una

mesa de madera en un salón de una belleza austera, abovedada con un abanico de piedra estriada que se elevaba sobre unas paredes blancas sin adornos. La única señal de lujo era una opulenta alfombra bajo la mesa, tejida con estilizadas imágenes de caballos que corrían sobre vastos campos. La mesa parecía muy antigua, tallada en madera oscura y abrigada con una buena cera. Sobre ella había unas garrafas de agua hechas de vidrio con formas, copas y un enorme centro de mesa de plata que representaba a un caballo encabritado, pero nada más. En el hogar, en una de las paredes, ardía un fuego, que mantenía alejado al frío de principios de año.

Parecía que los Bardos ya llevaban un buen rato reunidos. Cuando Maerad y Cadvan entraron, toda la mesa se volvió y los miró, y Oron se puso en pie. A Maerad se le revolvió el estómago a causa de los nervios. Se volvió hacia Cadvan en busca de ánimos, pero él se limitó a sonreír gravemente, sin mostrar amistad ni enemistad.

—Bienvenidos a este Consejo, Cadvan de Lirigon y Maerad —dijo Oron. Les presentó a las personas que estaban a la mesa, a la mayoría de los cuales Cadvan parecía conocer ya. Hacían un gesto con la cabeza a medida que se pronunciaban sus nombres, pero no decían nada. Maerad intentó recordarlos, pero eran tantos que los olvidó todos casi al instante, pese a que vio que Silvia y Malgorn estaban a su derecha. Helgar, vestida con una túnica azul, estaba a unos cuantos asientos a su izquierda y le dirigió una mirada que contenía tanta malevolencia sin diluir que pilló a Maerad totalmente por sorpresa. A su lado había un hombre de nariz alargada cuyo rostro Maerad decidió instantáneamente que no le agradaba. Saliman, que estaba sentado justo enfrente, le dirigió una cálida sonrisa. Finalmente se sentaron, pero Oron continuó de pie.

—Por cortesía de Maerad, que no posee el Habla, ahora emplearemos la lengua de Annar —dijo Oron mientras hacía un ligero gesto con la cabeza en dirección a Maerad—. Hoy hemos estado discutiendo muchos temas —continuó—. Muchos de ellos de importancia oscura y problemática, y es agradable, por fin, poder cambiar nuestra reflexión hacia algo que podría ser considerado una buena noticia. Aquí hay alguien que dice haber sobrevivido al saqueo de Pellinor, la primera y quizá hasta el momento la más dolorosa de nuestras pérdidas. Ella es Maerad, hija de Milana, a la que, quizás, alguno de vosotros recuerde.

Se escuchó un murmullo por toda la mesa. Algunos miraron a Maerad con vivo interés, otros con abierto escepticismo.

—Se dijo que nadie había sobrevivido —declaró Helgar con dureza—. ¿Por qué no hemos tenido noticia de esto antes? ¿Podemos estar seguros de que esta mujer es quien ella dice ser?

—Quizá Maerad pueda explicarnos la historia en persona —dijo Oron de improviso, y se sentó.

Se produjo una incómoda pausa cuando Maerad bajó la vista hacia la mesa como si pudiese encontrar alguna ayuda en ella. Tenía la mente completamente en blanco. Cadvan se aclaró la garganta y estaba claro que se disponía a hablar cuando Maerad

se puso en pie, con tanto ímpetu que casi tira la silla al suelo.

—Yo soy Maerad —dijo—, como ya habéis escuchado.

Hizo otra pausa. Se agarró las manos para que le dejaran de temblar.

—Cuando era pequeña, vivía con mi madre y mi padre en un lugar como este. Lo recuerdo, aunque no muy bien. Mi madre se llamaba Milana y mi padre se llamaba Dorn. Vinieron unos hombres con espadas, quemaron mi casa y mataron a mi padre, y se nos llevaron a mí y a mi madre. Acabamos siendo esclavas en El Castro de Gilman, cerca del Landrost, en las montañas. Mi madre murió allí. Yo fui esclava hasta que Cadvan apareció hace siete días, me liberó y me trajo aquí.

Se detuvo y se produjo una expectante pausa, como si todos los Bardos estuviesen esperando que dijese algo más. Alguien rio por lo bajo, pero Maerad no levantó la vista para ver quién era.

—Cadvan dice que soy Bardo y que tengo el Don, pero yo no sé si es cierto —dijo por fin—. Yo solo quería liberarme de Gilman. Iba a morirme allí, en aquel lugar. Pero ahora estoy aquí y no sé lo que quiero. Ser Bardo, quizá, como mi madre.

Se detuvo, retorciéndose las manos, y después se sentó bruscamente.

—Gracias, Maerad —dijo Oron—. Ahora tal vez alguno de nosotros quiera hacerte alguna pregunta. Comprendo que podrían ser dolorosas, pero te agradecería que las respondieses.

Maerad asintió. Se sentía estúpida y fuera de lugar, y al mirar a Helgar volvió a ver aquella hostilidad en su rostro. Respondió lo mejor que pudo: los años que tenía, su edad cuando la habían raptado, quién era Gilman, las circunstancias de su esclavitud y cómo había huido. Hablaba mecánicamente, preguntándose por qué Cadvan estaría tan callado a su lado. En su interior, de todas formas, tenía la sensación de que la estaban avergonzando, y su orgullo se rebeló. ¿Por qué tenía que demostrar quién era? No estaba fingiendo ser nadie que no fuese. Al final el hombre de nariz larga que estaba al lado de Helgar dijo con desprecio:

—Y ¿cómo podemos saber que todo esto es cierto? No se nos ha dicho ninguna de estas cosas en el Habla, y todos sabemos que así es más fácil mentir. Una táctica interesante, ¿no os parece? Parece que una joven mendiga muy lista está intentando entrar entre los nuestros de esta forma... Y en los tiempos que corren debemos estar alerta ante los espías de la Oscuridad...

—¡No soy una mendiga! —Maerad olvidó su timidez, y por un momento solo se sintió furiosa—. Y ¿por qué iba a mentir? Yo no pedí venir aquí.

—Disculpa que te cuestionemos, Maerad —dijo Oron dulcemente—. Para nosotros es necesario que en nuestra mente quede claro quién eres. La existencia de una superviviente de Pellinor es una gran noticia para nosotros, y no dejaremos que tal nueva nos despiste.

Maerad volvió a asentir, ligeramente aplacada. Era extraño, pero ya no estaba nerviosa.

—Las fechas coinciden —dijo Saliman—. Justo en este mes, se cumple diez años

del saqueo de Pellinor, y era cierto que Milana tenía una hija.

—Como si la Oscuridad no pudiese hacerlo coincidir —dijo el hombre con aire despectivo—. Es una historia parecida. Como si alguien del Don, de la mismísima Casa de Karn, pudiese permanecer escondido durante diez años sin decir ni pío.

—No quedó nadie vivo para ser testigo de su secuestro —dijo Saliman—. Y quemaron la Escuela hasta los cimientos. ¿Quién iba a saberlo?

—Y ¿por qué Cadvan no dice nada? —continuó el hombre del desprecio—. Me gustaría escuchar su historia.

Por fin Cadvan se despertó.

—No he dicho nada, Usted, porque no he sido invitado a hablar —dijo—. Si mi palabra y mi Saber tienen algún significado, puedo responder por esta muchacha. Estoy seguro de que es quien dice ser.

—Eso es muy bonito, Cadvan —dijo Usted—. Pero hasta el mejor entre nosotros puede ser engañado por las artimañas de la Oscuridad.

Cadvan suspiró.

—Sé que vivimos tiempos de miedo, pero igualmente debemos tener cuidado con no temer demasiado y sospechar cuando la sospecha no tiene sentido. La Oscuridad busca exactamente esas erosiones de la confianza, ya que sirven a sus propósitos. Pero os daré mis razones para no dudar de la historia de Maerad.

»En primer lugar, la he interrogado, y no hay ni una parte de lo que dice que no encaje en lo que ya se sabe. En segundo lugar, he visto el lugar en el que estaba, y sus circunstancias en El Castro de Gilman, y no me cuesta en absoluto creer que ninguna noticia saliese de ese lugar. En tercer lugar, no hay ninguna duda de que posee el Don, y es un Don inusual. Todos conocéis las señales. En cuarto lugar, ante mis propias dudas, le pedí permiso para visionarla. Lo consintió libremente, y en mi visión no encontré muros, ni inhibiciones, ni recuerdos cicatrizados, ni ninguna señal de haber tratado con la Oscuridad. Solo la confirmación de que lo que había dicho era verdad.

—Pero todos la vimos tocar anoche —dijo Usted, un poco malhumoradamente—. ¿Dónde, si es que estaba en un lugar tan cubierto por la noche, aprendió a tocar así? Porque, incluso si aceptamos que todos conocemos las señales, también sabemos que no se puede tocar así sin que te hayan enseñado.

—Había un Bardo en el Castro. Él le enseñó. Pero no le enseñó nada más. Hay importantes vacíos en su Saber, que tendrán que ser rectificadas si las cosas avanzan. Ni tan siquiera posee el Habla.

—Se llamaba Mirlad —dijo Maerad de repente—. Era un buen hombre.

—¿Mirlad? —dijo una mujer que hasta el momento había permanecido en silencio, siguiendo el debate—. Quizá yo le conozca. Había un Bardo llamado Mirlad en Desor. Era un músico con talento, pero se corrompió: se interesaba por las Artes Oscuras, y fue desterrado de la Escuela. Nunca volví a saber de él.

—Conmigo era amable —dijo Maerad con tristeza—. Y de todas formas, ahora

está muerto.

—Parece que ya había recibido suficiente castigo, y quizá se hubiera redimido, si realmente era el mismo hombre —dijo Silvia, que había permanecido sin hablar durante todo el debate hasta el momento, con una ligera arruga entre las cejas—. Creo que hizo bien en enseñar a Maerad tal y como lo hizo. Quizá la hubiera puesto en peligro si le hubiese enseñado las Artes. Yo creo en la historia de Maerad.

Oron volvió a ponerse en pie.

—¿Todos los presentes se sienten satisfechos para creer verdadera la historia de Maerad?

Se produjo un murmullo de asentimiento. Usted y unos pocos más todavía parecían escépticos, pero no dijeron nada.

Helgar se puso en pie sonriendo. Ahora no mostraba ninguna señal de la malevolencia que había desconcertado tanto a Maerad a su entrada, a no ser por su meloso tono de voz.

—Oron, con tu permiso, yo no estoy satisfecha —dijo.

Los demás Bardos se volvieron y la miraron gravemente. Solo Silvia se quedó mirando fijamente a la mesa, como si no confiase en sí misma si miraba a Helgar.

—¿Sí? —dijo Oron.

—Debo decir de que es un entretenido cuento de hadas —dijo Helgar—. Una muchacha ignorante, una esclava, ¡y deseáis convertirla en Bardo! Cadvan admite que no se le ha enseñado nada en absoluto. Seguramente ni tan siquiera sepa leer. Y no sabemos nada de ella. ¡Nada! —Helgar echó un vistazo por toda la mesa, y su rostro se endureció—. ¿De verdad estamos a punto de admitirla entre los altos círculos de los Bardos, solo porque Cadvan lo dice? ¿Cadvan de Lirigon? ¿Hasta qué punto se puede confiar en él, he de añadir? Parece que algunos de nosotros tenemos más memoria que otros... Me siento tentada de pensar que todo esto es una broma pesada. ¿O es que son tan crédulos los Bardos de hoy en día? ¿Realmente hemos caído tan bajo?

Un murmullo recorrió la mesa, y Maerad sintió que la furia se desataba en su interior. Sofocó el impulso de saltar y gritarle a Helgar. Miró a Oron, pero su rostro era inescrutable.

—¿Eso es todo? —preguntó Oron.

—Creo, con el mayor de mis respetos, que es bastante —dijo Helgar—. De común acuerdo, sabemos que estos son tiempos en los que hay que andarse con cautela. ¿De verdad queremos tener a un cuco entre nosotros?

—Yo sugeriría que un argumento basado en la difamación de la persona de un Bardo no puede servir como tal argumento —dijo Saliman, con una cortesía helada que resultaba más cortante de lo que pudiera haber sido directamente la descortesía.

—¿Cualquier otra objeción? —dijo Oron.

Unos cuantos Bardos se levantaron y se hicieron eco de los sentimientos de Helgar. Uno de ellos, un Bardo anciano vestido con un traje verde, se explayó sobre

el nivel en declive de ser Bardo. Oron escuchaba muy seria, con un rostro todavía inexpresivo, y al final se hizo el silencio. Los Bardos se sentaron con la cabeza inclinada, y parecían estar profundamente sumidos en sus pensamientos. Maerad se mordió el labio, volvía a sentirse afligida por su nerviosismo.

—He escuchado todo lo que se ha dicho —dijo finalmente Oron—. Pese a las objeciones que se han expresado, yo misma me hago cargo de disculpar la falta de Saber de Maerad. Creo que es quien dice ser, y no conozco ninguna razón para no creer a Cadvan de Lirigon. La nombro por lo tanto Bardo Menor de la Escuela de Pellinor. Recibirá las enseñanzas adecuadas y rectificará su ignorancia de las Tres Artes.

Un audible grito contenido recorrió la mesa. Durante una milésima de segundo Helgar pareció sorprendida y furiosa, pero lo disimuló rápidamente bajo una sonrisa falsa. Todos los Bardos se pusieron en pie y se inclinaron ante Maerad. Insegura, ella también se puso en pie y se inclinó en respuesta, preguntándose por qué le gustaría tan poco a Helgar. Se volvieron a sentar, pero Cadvan continuó en pie.

—Tengo una petición —dijo—. Solicito el permiso de los Bardos para ser nombrado su único maestro.

Otro estremecimiento recorrió la mesa, acompañado de murmullos.

—¿Por qué pides eso? —preguntó Oron—. Es lo menos común.

—Es un poco arcaico, lo sé —dijo Cadvan—. Pero en estas circunstancias, creo que un arreglo así sería lo que más le convendría a Maerad. Pese a que ignora casi por completo algunas materias, está muy avanzada en otras. Si se quedase en una Escuela creo que no cumpliría con su Don.

—¿Puedes asumir tal responsabilidad? —preguntó Silvia—. Creo que tus tareas ya son demasiado pesadas, y eso te hace inapropiado. Podemos encontrar otra forma de enseñanza que sea adecuada a ella.

—Cierto, Silvia, no lo dudo —dijo Cadvan—. Pero Maerad posee un Don de una fuerza inusual, y para alcanzar todo su potencial necesita una tutorización que yo estoy especialmente capacitado para darle.

—¿Pero podrás equilibrar eso con las necesidades de una muchacha joven? Necesita estar protegida para que su Don alcance su florecimiento completo. Y tú, Cadvan, no llevas una vida especialmente protegida.

—Lo sé, Silvia. Pero aun así, he reflexionado mucho sobre esto. Considero que no fue una casualidad encontrar a Maerad en el momento y las circunstancias en las que ocurrió. Creo que ella es mi responsabilidad.

—Pero quizá hayas interpretado erróneamente la casualidad, y hayas tomado como coincidencia lo que no se suponía que debía ser así. Creo, Oron, que Maerad debería quedarse aquí y ser sabiamente tutorizada en las Artes en un lugar en el que pueda aprender adecuadamente —no dijo «en lugar de deambular por tierras salvajes con Cadvan», aunque estaba implícitamente claro. Su discusión tenía un aire de repetición, como si ya hubieran tratado aquel tema en conversaciones anteriores.

—Mi corazón me dice que ese sería el camino correcto —dijo Cadvan—. Las maneras de la Luz a menudo van más allá de simples lecturas, y no debemos desestimarlas por exceso de precaución. Dentro de nuestro miedo, no debemos olvidar la fuerza que yace en la confianza.

—Pero la confianza es un arma de doble filo —argumentó Silvia—. Y puede invitar a la imprudencia.

—Había buenas razones para acabar con el antiguo sistema —interrumpió Usted, que todavía parecía fastidiado—. Una mala formación, la indulgencia con los estudiantes caprichosos y cosas peores. Creo que es una idea ridícula —bufó con sorna—. ¿Desde cuándo es Cadvan de Lirigon conocido por ser un gran maestro? En mis tiempos no —unos cuantos Bardos más murmuraron su conformidad.

—Y de todas formas, ¿dónde podría enseñársele mejor que en Innail? —dijo el hombre vestido de verde, cuyo nombre Maerad no había captado—. Todos conocemos los peligros que supone un Bardo mal enseñado. Los jóvenes Bardos intentan hacer más de lo que saben y causan toda clase de problemas. Cadvan debería saberlo mejor que nadie. No, no podemos tolerar esto.

Saliman había estado todo el tiempo mirando a la mesa. Levantó la vista ante aquel comentario.

—No es correcto hablar mal de uno de nuestros mejores Bardos —dijo con calma—. O confiamos en Cadvan de Lirigon, o no lo hacemos. No conozco ninguna razón por la que no podamos confiar en alguien que se ha entregado a sí mismo al servicio de la Luz. Creo que debemos escuchar sus intuiciones.

Maerad comenzaba a sentirse como si fuese una vaca en venta en el mercado. Se sintió agradecida cuando Oron se volvió hacia ella y le dijo:

—Maerad, ¿tú que opinas?

Se sorprendió a sí misma diciendo, sin dudarle:

—Me gustaría que Cadvan fuese mi maestro.

—¿Y lo dices libremente, sin coacción?

—Sí.

Se produjo un largo silencio. Después Oron dijo lentamente:

—Creo que concederé esto. Siento que es lo correcto, aunque sea inusual. Hay mucho más en juego en ello de lo que cualquiera de nosotros comprende, y si en estos tiempos ignoramos la intuición de alguien como Cadvan, o la decisión libremente tomada de Maerad, será bajo nuestra responsabilidad. Digo esto con conocimiento tanto de los riesgos como de las recompensas de la confianza. Por lo tanto, Cadvan, ¿aceptas las tareas de maestro y juras trabajar siempre para el bien del Don de Maerad y del Equilibrio, enseñarle las Tres Artes según tu mejor Saber y no traicionar nunca su confianza en ti?

—Lo acepto —dijo Cadvan.

—Los Bardos de Annar somos testigos, y es vinculante hasta que Maerad se convierta en Bardo completo. Gracias por vuestro tiempo, Maerad de Pellinor y

Cadvan de Lirigon. Nos reuniremos más tarde.

Muchos de los Bardos que se habían opuesto a Cadvan continuaban sentados a la mesa con la boca abierta, y Maerad no pudo evitar admirar la eficiencia con que había concluido Oron. Se dio cuenta de que los estaban despidiendo y salió de Salón del Consejo con Cadvan. En cuanto la pesada puerta se cerró tras ellos, Cadvan se echó a reír.

—Siento no haberte advertido, Maerad, pero no podía hacerlo. No iba a ser fácil, pero hemos conseguido lo que queríamos.

—¿Lo que queríamos?

—Sí. Tenías que elegirme como maestro, de corazón y libremente. Esta mañana vi a Oron, y esas fueron sus condiciones. No podía hacerme cargo sin tu consentimiento. Silvia no estará contenta conmigo. Piensa que deberías quedarte aquí.

Maerad sintió un repentino pinchazo de arrepentimiento.

—¿Quieres decir no podemos?

—Yo no puedo. Y tú has de venir conmigo, si eres mi alumna —Cadvan le dirigió una rápida mirada—. Creo que deberíamos hablar. Tengo hambre tras todo este asunto. Vamos a buscar algo de comer.

Maerad abrió la boca para objetar que no había consentido en abandonar Innail, pero se dio cuenta de que tenía mucha sed y de que podía poner a prueba a Cadvan al respecto más tarde. Fueron a la mantequería de la casa de Silvia y Malgorn, en donde Cadvan encandiló a los cocineros para que les diesen algo de vino, pan y queso, y se llevó la comida al patio. Hacia sol, y el banco de piedra estaba caliente. Atacaron el pan y el queso con placer.

—Hoy ha ido bien, pero principalmente por la gracia de Oron —dijo Cadvan—. La vi esta mañana y tuvimos una larga discusión. Primero fue acerca de nombrarte Bardo Menor de Pellinor, algo que debería haber ocurrido cuando tenías seis o siete años, como ya he dicho, pese a que hubo quien se opuso a ello implacablemente, más de lo que esperaba... Necesito reflexionar sobre lo que pueda significar eso. Sospecho que nada bueno. Si no hubieran estado de acuerdo, habrías sido Bardo Menor de Innail.

—Y ¿qué hubiera tenido eso de malo? —preguntó Maerad. A ella le gustaba Innail.

—Nada en sí mismo —Cadvan la miró detenidamente—. Pero Pellinor es tu derecho de nacimiento, y esa es tu asignación correcta.

»Ahora eres Maerad de Pellinor, tal y como han testificado los Bardos de Annar, y ese es un paso importante. Lo segundo, lo de hacerme tu maestro, es todavía más inusual, y un poco más complicado de explicar. Hubo un tiempo en el que los Bardos se sentaban a los pies de los Mentores, pero eso fue hace cientos de años. Ahora lo más normal es que entren en una Escuela y adopten el nombre de la Escuela que les enseña, a ser que hayan nacido en una. Solo si te conviertes en Primera del Círculo,

como Oron, adoptas el nombre de la Escuela en la que trabajas posteriormente.

Cadvan tomó un gran mordisco de pan y masticó hambriento.

—Por la Luz, estaba más preocupado de lo que creía por este Consejo. Has sido de mucha ayuda.

—¿Sí? —dijo Maerad.

—Estabas muy indignada, nadie podría haber fingido así de bien. Y no intentabas complacer, como podría hacer alguien que lo tuviese planeado —dijo Cadvan—. Convenciste a los que de otra forma podrían haber dudado de tu nombre más que nada de lo que pudiera haber dicho yo.

—Quieres decir que fui una estúpida.

—No, claro que no. Quiero decir que eres quien dices ser, e hiciste que eso resultase evidente. Has hecho amigos, Maerad, sin darte cuenta. Y también enemigos. Ya te había dicho que hay Bardos en los que no se puede confiar. Seguramente no te hayas dado cuenta de lo buena música que eres. Tu interpretación de anoche dejó a mucha gente impresionada, y eso no es ninguna tontería en un salón lleno de Bardos. Adelantó mucho para asegurar tu clasificación. Pero siempre hay quien tiene envidia del talento. Y cosas peores.

Maerad pensó en Helgar y en Usted, y en algunos otros. No, no confiaba en ellos, aunque fueran Bardos.

—Y ¿por qué querías ser mi maestro?

Cadvan se quedó un momento en silencio.

—Es difícil de explicar, Maerad —dijo al fin.

—Pero iré siempre a rastras detrás de ti, haciendo que vayas más lento y causándote problemas...

—Sí, es cierto —Cadvan sonrió—. No sabes lo cierto que es, Maerad, ni lo peligrosos que son realmente los caminos que tomo. Silvia tiene bastante razón en muchas cosas. Ya has probado un poco cómo vivo, y ahora has aceptado venir conmigo, en vez de dormir en cómodas camas y aprender las Artes con niños que tienen la mitad de años que tú.

—Pero ¿por qué? —a Maerad le dieron ganas de darle un codazo. A veces obtener una respuesta directa de Cadvan era como arrancarle un diente. Como si le leyese el pensamiento, Cadvan le sonrió.

—Maerad, la sensación que tengo acerca de esto es segura. Estábamos predestinados a encontrarnos, y creo que nuestros destinos están ligados de alguna forma que no soy capaz de ver. Y decía la verdad cuando hablé de tu Don. Es inusual, y yo te puedo enseñar mejor que cualquier otra persona que conozca a utilizarlo correctamente.

—¿Y si yo no quiero ir? ¿Puedo cambiar de opinión?

—Sí, sí que puedes. No te disuadiré, si crees que no es lo correcto. Pero debes cambiar de opinión ahora, antes de que sea demasiado tarde, y solo si estás segura, de corazón, de que no es lo correcto.

—Entonces ¿no sería buena excusa que prefiriese quedarme aquí?

—No si sientes que lo correcto es que yo sea tu maestro.

—No quiero dejar a Silvia.

Cadvan la miró de reojo.

—Silvia es una mujer a la que es fácil amar —dijo—. Y ella ya te ama a ti.

Maerad sintió que una gran pena volvía a recorrerla. No pudo decir nada durante un minuto, mientras luchaba contra ella. En Innail había descubierto un lugar en el que ya había comenzado a pensar como en su hogar. La fácil declaración de Cadvan de que Silvia la quería la inundó por dentro de una dolorosa felicidad. ¿Abandonar aquello? Era demasiado duro, acababa de encontrarlo.

—Silvia me hace sentir... querida —dijo con voz apagada—. No me había sentido querida desde... desde...

Cadvan no dijo nada durante un buen rato.

—Maerad —dijo finalmente—. Te contaré un poco de lo que pienso y temo. No me marcharé mañana, como mínimo esperaré hasta que acabe el Encuentro. Cuanto más sepa acerca de lo que está ocurriendo en Annar, mejor; parece ser que en estos tiempos en los que las cosas cambian con tanta rapidez las noticias caducan enseguida. Durante esta semana tendrás tiempo para pensar en qué hacer y, decidas lo que decidas, yo no te pondré trabas. No me llevaré a una alumna que no acepta o no confía en la carga que yo deposite sobre ella. Porque será una carga, no te equivoques.

»Tengo la sensación de que nuestro encuentro ha sido algo más que cosa del destino. Tengo ciertas sospechas acerca de quién podrías ser tú. Quizá no sea el momento de compartirlas, pero es justo decir que pienso que si la Oscuridad supiese de tu existencia, estaría muy interesada en ti. No pasará mucho tiempo antes de que otros comiencen a sumar dos más dos y lleguen a conclusiones similares a la mía. La mínima sospecha sería suficiente para asegurarte la muerte. Tu historia ya ha causado muchos chismorreos, y hoy en día las paredes oyen. Podría haber deseado que más de un Bardo no estuviese en aquel Consejo. La noticia de tu ubicación se expandirá rápidamente, ahora ya no hay forma de detenerla. Creo que si te quedas aquí estarás más expuesta al peligro que si vienes conmigo, ya que puedo protegerte mejor que cualquier otra persona fuera de Norloch. Y temo que quizás puedas atraer a algún peligro aquí, un lugar en el que no lo habría si no.

—¿Por qué tendría interés en mí la Oscuridad?

—Porque eres Maerad de Pellinor.

—Pero esa no es razón.

Cadvan se encogió de hombros y Maerad desistió: era evidente que Cadvan le contaría más cosas en su debido momento.

—¿Y si te equivocases conmigo?

—Si me equivoco, en el peor de los casos tendré la alumna más brillante de Annar, y todo el reconocimiento —dijo—. Pero no me equivoco a menudo.

—Y ¿adónde iremos?

—A Norloch, como pensé cuando nos conocimos. La Gran Sede de la Luz de Annar. Yo tengo que ir allí, y me parece que tú también deberías. Tenemos que ocuparnos de los asuntos de tu proclamación y nombramiento, y para estos temas realmente desearía tener el consejo de mi viejo maestro, Nelac de Lirigon. En cualquier caso, debo informar al Primer Círculo de allí.

Continuaron sentados en silencio durante un rato, inmersos en sus propios pensamientos. Maerad pensaba en Norloch, y un sentimiento de emoción comenzó a despertarse en su interior. ¡La Gran Sede de la Luz! Se imaginó que sería como Innail, o no, sería todavía mejor, más asombroso, más puro. Después se volvió a preguntar por qué sería que se había sentido tan rápidamente a gusto en Innail. Era algo más que los cuidados de Silvia, más que la belleza que la rodeaba. Quizá fuesen sus recuerdos de infancia que se iluminaban en su interior, una sensación de hogar... Y ahora, como fuese, había aceptado abandonarlo, justo cuando se había abierto la puerta que le prometía deleite y amistad, por algo que Cadvan había dicho francamente que sería una vida llena de incomodidades. «Quizá todo sea demasiado, todo esto observándome», pensó con cansancio, «todas estas miradas curiosas». Le dirigió una mirada furtiva a Cadvan. Nunca había conocido a nadie tan solitario — bueno, a decir verdad, no había conocido a mucha gente— pero sospechaba que a Cadvan tampoco le gustaban las miradas curiosas. Sí, abandonaría Innail, pese a que ya lo amaba, y seguiría a Cadvan hasta Norloch: sabía que estaba decidido, aunque en realidad no sabía por qué.

—Me lo pensaré —dijo Maerad finalmente. De repente se sentía apabullantemente cansada—. Pero ahora mismo creo que iré a descansar un rato. ¡He de utilizar estas camas mientras pueda!

Cadvan le dirigió una de sus repentinas y brillantes sonrisas.

—Sí, has de hacerlo —respondió. Miró como se marchaba, y después se quedó sentado solo en el patio durante un buen rato, con el rostro oscurecido de tanto pensar.

Aquella noche Maerad soñó. Soñó que la llevaba a una gran altitud sobre un paisaje verde y extenso, que ella sabía que era la tierra de Annar. En la distancia, el sol que se ponía iluminaba las montañas orientales y envolvía en llamas las altas almenas blancas de una gran ciudad al oeste. Un ancho río discurría como oro líquido entre las montañas de la ciudad. Mientras miraba, una neblina negra cayó sobre la tierra, oscureciendo las aguas brillantes, y un miedo helado atrapó su corazón. Escuchaba débilmente el sonido de mucha gente que sollozaba. Después hubo una voz que decía «mira al norte», y había mirado, pero la neblina le oscurecía la vista y no había percibido nada. El sueño se fragmentó en una serie de cabezadas intranquilas llenas de formas vagas y oscuras, que un rato después se fundían en una sola forma, una sombra en la que no podía fijar la vista: cada vez que se volvía para mirarla, se disolvía en humo. Verla antes de que la sombra la viese a ella le parecía de

una urgencia vital, y se volvía atrapada por un pánico creciente. Se sentía como si ya la estuviese buscando, que más allá de su percepción unas manos malignas salían de la sombra en dirección a ella, acercándose cada vez más y más. Después escuchó una voz que hablaba en un idioma que no comprendía. Era una voz que no había escuchado nunca, fría y sin vida, como si hablase desde unos labios que llevaban mucho tiempo muertos. El corazón se le detuvo por el miedo, y se despertó de repente, sudando y temblando. Se sentó en la cama y miró frenéticamente a su alrededor, hasta que vio los restos del fuego que brillaban en el hogar y recordó dónde estaba. No se pudo deshacer del sueño, y al fin, para librarse de aquel sentimiento de terror, se levantó de la cama y cogió su lira. En cuanto la tocó sintió que se tranquilizaba, y tras volver a subirse a la cama abrazada a ella, se durmió de nuevo enseguida. Por la mañana el sueño se había desvanecido, pero el nuevo día estaba manchado por un nebuloso miedo.



Durante los siguientes días, Maerad no vio mucho a su nuevo maestro. Cadvan llamó muy temprano a su puerta el día después del Consejo y, tras esperar impaciente a que se vistiese, la arrastró por todo Innail hasta la Biblioteca del Círculo de Lanorgrim. Allí caminaron tan rápido como podía Maerad, atravesando pasillos laberínticos hasta llegar a una diminuta sala que casi parecía estar construida de libros, donde Cadvan le presentó a un Bardo de cabello oscuro al que recordaba vagamente del Consejo del día anterior.

—Este es Dernihil de Gent, el Bibliotecario del Círculo —dijo bruscamente—. Dernihil, Maerad de Pellinor. Dernihil se ha ofrecido amablemente a enseñarte lo más básico de la escritura, pese a que lo que puedas llegar a aprender en menos de una semana es algo que se me escapa. Bueno, tengo prisa —y salió por la puerta corriendo.

Maerad se quedó de pie ante Dernihil, conteniendo el aliento. Dernihil parecía más joven que Cadvan, pese a que Maerad ya sabía que la edad de un Bardo era algo difícil de adivinar. Era alto y esbelto, y su rostro parecía sereno e inteligente, con unos ojos que se movían rápido y ahora se veían colmados de callada diversión. Iba vestido con la toga negra que el día anterior ella había visto que llevaban los bibliotecarios. Le colgaba despreocupadamente sobre unos bombachos azules y una túnica. Tanto el vestido con la toga negra como la túnica parecían estar tejidos en seda. Para ganar tiempo, Maerad echó un vistazo por la sala.

El cuarto de Dernihil contenía un inmenso escritorio tallado con muchas florituras, que estaba prácticamente cubierto por inestables montañas de libros, pergaminos y montones de papeles. En el centro había un rollo de pergamino, claramente a medio terminar escrito con una hermosa caligrafía fluida en tinta negra. A su lado había un tintero hecho de piedra negra pulida, y al lado de este una lámpara dorada de complicado diseño que arrojaba un círculo de luz cálida sobre el escritorio, haciendo resaltar la seda azul celeste que cubría las dos sillas que había a su lado. Se veía claramente que en una se sentaba Dernihil, la otra estaba cargada con otra vacilante montaña de libros.

Maerad olfateó el débil aroma de la tinta con placer; le recordaba a algo, aunque no era capaz de localizar el recuerdo. Pese al desorden, la sala no producía una

impresión lastimosa, más bien la de una industria caóticamente ordenada. La luz de la mañana se derramaba por las paredes desde una ventana alta, diferenciando los colores de los curiosos instrumentos y ornamentos que había sobre las estanterías pegadas a las paredes, y hacía destacar las letras doradas de los lomos de hileras e hileras de libros. En un pequeño hogar ardía un fuego. Maerad pensó que era el cuarto más interesante que había visto nunca.

—Bien, pues —dijo Dernhil—, tenemos a una brillante joven música que no sabe leer ni escribir, y una semana para enseñarte. ¡Menudo desafío! ¿Por dónde empezamos? —miró a Maerad como si pudiera darle la respuesta. Ella bajó la vista, se sentía como si la estuvieran reprendiendo—. No es ninguna vergüenza no saber nada —le dijo él amablemente—. La vergüenza es no tener ansias de aprender. Te puedo enseñar las letras del Habla, inventadas por Nelsor en Afinil hace mucho tiempo. Eso será lo que te resulte más útil, pienso yo, ya que es la escritura más empleada por los Bardos. Pero hay muchas otras, empleadas por otros pueblos, y sería una injusticia no enseñártelas. Pero por desgracia no tengo tiempo. Un año cubriría la introducción, contando que fueses rápida.

Examinó a su silenciosa alumna como si estuviera juzgando sus capacidades. Después sacó todos los libros de la segunda silla, dejándolos caer en el suelo sin ninguna ceremonia, y la acercó al escritorio. Dejó libre un espacio sobre este, depositando más libros en el suelo, e invitó a Maerad a sentarse a su lado con un inquisitivo movimiento de cabeza. Después colocó dos trozos de papel ante ellos y le tendió a Maerad una pluma de oro. La pluma tenía un largo mango tallado que parecía una extraña serpiente voladora, que se retorció a lo largo de este y apoyaba la cabeza justo encima del delicado plumín de metal. Maerad lo miró con curiosidad.

—Es para escribir, no para quedarse mirándola —dijo Dernhil, y le mostró cómo sostenerla. Le resultaba extrañamente pesada en la mano. Entonces él comenzó a escribir letras, explicando lo que significaban y cómo formaban palabras.

Al principio Maerad no era capaz de manejar la pluma, pero apretó los dientes y persistió. A medida que progresaba la lección, comenzó a ver cómo funcionaba aquello de la escritura y una bola de emoción se le formó en la boca del estómago. Tenía la mente entrenada a base de años aprendiendo canciones y música de memoria, y Dernhil era un maestro paciente y amable. Pese a su torpeza, Maerad tenía una extraña sensación, como si un antiguo recuerdo se hubiese despertado en sus dedos, como si estos trazasen movimientos que le resultaban familiares, aunque en desuso desde hacía mucho tiempo. Dernhil estaba asombrado de lo rápido que comenzó a trazar letras y después palabras. Al final de la lección ya había escrito su primera frase.

—Es hora de parar —dijo Dernhil, y Maerad reprimió una exclamación de desacuerdo. Él la miró divertido—. Ojalá todos mis estudiantes fuesen tan aplicados —dijo—. Lo has hecho extraordinariamente bien para ser tu primera lección, Maerad, pero será mejor que hagamos una pausa. Nunca hubiera dicho que pudieses llegar tan

lejos.

—¡Pero si es muy divertido! —dijo ella—. Antes me preocupaba si yo podría hacer algo así, quiero decir, escribir cosas para así poder recordarlas. Gilman tenía listas de sus ovejas, vacas, pollos y cosas, las marcaba con líneas y dibujos en unos objetos hechos de corcho, y así sabía si le robaban o se le comían alguno. Quizá me enseñasen a escribir un poco en Pellinor, no lo recuerdo... Hay muchas cosas que he olvidado. ¡Pero esto es increíble! Y la escritura es tan hermosa... Bueno —añadió, mirando dudosa su propia caligrafía—, es hermoso cuando eres tú quien escribe.

—Solo es práctica —dijo Dernhil—. Un año aquí, y escribirías como un viejo bibliotecario —volvió a mirar a Maerad, y esta vez en su mirada había un toque de preocupación, una vacilación—. ¿Qué tendrá Cadvan en la cabeza? Ese hombre me resulta un misterio, aunque tendrá sus propias razones. De todas formas, esta tarde has de tomar otras lecciones. Cadvan te ha hecho un horario, pero ya que tú no puedes leerlo, te enseñaré adónde tienes que ir.

Se puso a revolver entre sus estanterías hasta que encontró un delicioso librito encuadernado en cuero, y se lo dio a Maerad.

—Esto es para esta noche —le dijo—. Te he enseñado cómo suenan las letras. Aquí tienes algunos poemas sencillos que quiero que intentes leer antes de mañana, si no estás demasiado cansada. Uno o dos, quiero decir, no la colección entera.

Maerad tomó el libro como si fuese un objeto sagrado y lo abrió con cuidado. Las páginas eran pesadas, de pergamino seco, y emitían un crujido muy débil. Se detuvo en una página que tenía un vivo dibujo de unas abejas alrededor de una colmena, y tras ellas se veía un paisaje de ríos, valles y, en la distancia, montañas cubiertas de nieve. Los bordes de la página tenían un ancho marco de pan de oro, sobre el que el pintor parecía haber esparcido artísticamente unas cuantas florecillas silvestres: margaritas, clavelinas y otras que Maerad no era capaz de reconocer. En cada esquina había una diminuta pintura que revelaba más detalles cuanto más la miraba: un hombre tocando el dulcemele en una de ellas, en otra un oso que yacía dormido bajo un árbol, en la tercera una mujer estudiando algo que parecía ser una bola de cristal y en la esquina inferior derecha dos personas sentadas a una mesa, bebiendo algo dorado en un vaso. En la página opuesta, enmarcado del mismo modo, estaba el poema, trazado en letras rojas y negras. Deletreó el título: «La colmena».

Maerad se quedó sin palabras. Levantó la vista hacia Dernhil, con los ojos brillantes. Él parecía turbado por su franca alegría, y lo ocultó dándole unas cuantas hojas de papel y una pluma y revolviendo en sus estanterías de nuevo, hasta que encontró una carterita en la que se pudo llevar todo.

—También puedes practicar la escritura. Intenta copiar un poema. Pero bueno, es hora de marcharse —dijo vivamente—. Llego tarde a mi siguiente lección. Te veré mañana a la misma hora y en el mismo lugar.

La lección que le correspondía aquella tarde a Maerad era de un cariz totalmente diferente: le enseñarían a montar a caballo y las artes de manejar la espada. Dernhil la

llevó hasta su instructor, un hombre de mirada seria llamado Indik, que tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla y le tensaba la piel bajo el ojo derecho, lo que hacía que su rostro tuviese una curiosa falta de expresión. Maerad se sintió ligeramente asustada ante él y este, a diferencia de Dernhil, no hizo ningún esfuerzo para que se sintiera cómoda. Primero la llevaron a las herrerías, donde la equiparon con una pequeña espada, vaina, yelmo y una ligera cota de malla, tan finamente forjada que casi parecía una tela pesada. Después la llevaron a los establos, en donde Indik eligió a una yegua ruana gris.

—Se llama Imi —le dijo—. Es una buena yegua, propensa a ser fogosa pero amable y leal. Su raza es rápida y robusta. Necesitarás una montura recia —Maerad sabía lo suficiente de caballos para juzgar que Indik había elegido excepcionalmente bien: Imi era grácil y fuerte, y no demasiado grande para ella—. Ahora este caballo es tuyo —dijo—. Así que debes saber cómo cuidar de ella.

—¿Mío? —dijo Maerad asombrada—. ¿Cómo?

—Lo ha arreglado Cadvan. Bueno, ¿sabes ensillar a un caballo?

La ignorancia de Maerad respecto a los animales no era tan lamentable como con los libros, y tras haber ensillado y montado a Imi, Indik la miró con ojos casi aprobadores. Montó su propio caballo, un gran zaino llamado Harafel, y cabalgaron hasta un patio donde Indik la hizo pasar por varias pruebas, haciéndola cabalgar con los brazos cruzados y sin estribos, o corriendo ante diferentes órdenes. Maerad cabalgó con bastante equilibrio, lo que, como señaló ácidamente Indik, no le serviría de nada si una tropa de bandidos saliese del bosque de repente y la asustasen hasta la muerte, pero pese a los gritos, parecía bastante complacido cuando terminaron.

—Lo harás bien —dijo—. Con unos meses de adiestramiento te convertirías en una buena amazona. Sabes lo suficiente para andar por ahí. Sería más fácil si tuvieses el Habla, por supuesto, pero eso es otra cuestión.

Volvieron a los establos a caballo, y Maerad desmontó y desensilló a Imi. Después Indik le pidió que cepillase al caballo y le limpiase las herraduras, mirándola con ojo crítico.

—Necesitarás instrumentos de viaje, por supuesto —dijo cuando ella acabó y soltó a la yegua en el establo—. Pero por suerte no eres una inútil absoluta. Cabalgaremos un par de horas cada día, para que te pongas en forma, y será todo lo que podamos conseguir en este tiempo.

Después llegó la hora de la esgrima. Aquel era un asunto completamente diferente, e Indik no se molestó en disimular su impaciencia.

—Señorita Maerad —dijo con los dientes apretados mientras volvía a dejar caer la espada—. Si ni tan siquiera consigues sostener tu propia arma, eres carne para perros. Te agradecería que te metieses eso en la cabezota. Venga, comencemos otra vez.

Una hora de práctica con la espada dejó a Maerad empapada en sudor —Indik insistió en que debía llevar el yelmo y el jubón— de tal forma que se sintió

totalmente inepta. Aún así, había aprendido a sostener la espada con una mano o con las dos, y que blandirla sin ton ni son era mala idea.

—La inteligencia —no paraba de decir Indik—. La inteligencia es la clave. No eres lo bastante fuerte para permitirte ser tonta, ¡piensa!

Daba la poderosa impresión de que pensaba que Maerad solo duraría hasta estar a media milla de Innail. Cuando por fin acabó la lección, se apoyó sobre su espada.

—Una hora cabalgando, creo, y una hora más de esgrima. En una semana se notará la diferencia. Por la Luz, espero que así sea. De momento mi consejo es que te escondas detrás de Cadvan si os veis en problemas, y no levantes la espada para nada. Solamente serías un impedimento —después la despidió y dejó que ella encontrase desconsolada el camino a su habitación.

En el refugio de la alcoba se sacó con cansancio la cota y el yelmo, y apoyó la espada contra la cajonera, desde donde la miró con dudas. Solo tenía una sencilla vaina de plata con el dibujo de una serpiente enroscada en un árbol, con una brillante piedra roja por ojo. Le había gustado bastante la espada cuando Indik la había elegido para ella, pero ahora ya no estaba tan segura. Le dolía el cuerpo de cansancio en todo tipo de lugares inesperados, y tras quedarse sentada en la cama durante unos cuantos minutos, mirando a la pared fijamente, decidió ir al cuarto de baño. Una vez allí, el baño humeaba lleno de aceites perfumados, se metió dentro y miró cómo el vapor formaba volutas que ascendían hacia el techo, sin pensar absolutamente en nada. Al fin consiguió salir, sintiéndose fresca, y caminó descalza hasta su habitación, en donde se vistió con ropa limpia y sacó la lira de la cajonera. La tocó para consolarse, y pronto estuvo tan absorta que pegó un salto cuando llamaron a la puerta.

—¡Cadvan! —dijo, haciéndolo pasar.

—Sí, soy yo —dijo él. Tenía un ligero mal aspecto—. ¿Qué tal van tus lecciones?

—Oh, bien, supongo. Me gusta Dernhil, me ha dado este libro, míralo, para que lea esta noche. Pero me parece que a Indik no le gusto mucho.

—No se trata de que le gustes, se trata de que te enseñe lo que pueda, y eso hará, ya que es un maestro con talento y un gran espadachín. Le honra mucho haber aceptado enseñarte.

—No quería decir...

—¿El caballo es de tu agrado? ¿Y esta es tu espada?

—Imi es hermosa, nunca había montado un caballo tan bello —dijo Maerad mientras le dirigía una mirada de disgusto a la espada—. Indik dice que soy un desastre con la espada y que debería esconderme detrás de ti.

Cadvan rio, con lo que perdió su aspecto serio.

—Bueno, es tu primer día, y él no está acostumbrado a principiantes. Pero si hay alguien que pueda enseñarte a ser diestra con la espada en una semana, es él. No aprenderás grandes habilidades, vaya, pero es bueno saber cómo cogerla, e incluso un corte poco elegante pero en el lugar correcto sirve de ayuda si estás acorralado.

»Esta es ahora tu espada, debes darle un nombre —la desenvainó y la examinó de

cerca—. Realmente es de primera calidad. Te honra —se la tendió, con la empuñadura por delante.

—¿Un nombre? —tartamudeó Maerad mientras la cogía—. ¿Por qué? ¿Qué clase de nombre?

—Pedí que te diesen una hoja bien forjada. No es simplemente una daga martilleada en la forja de un herrero rústico cualquiera, y se merece tener ese honor. Bueno... —Cadvan se lo pensó un momento—. ¿Qué te parece Irigan? Significa Hoja de Hielo, en el Habla.

—Irigan —dijo Maerad, probando cómo sonaba—. Sí, suena bien. Irigan —comenzaba a sentirse abrumada por poseer tantas cosas, ya que nunca había poseído nada más que las ropas que llevaba puestas, un par de botas y su lira. De repente ahora tenía un caballo y una espada, como si fuese rica.

—Silvia está arreglando nuestro equipo para el viaje y haciendo el equipaje —dijo Cadvan—. Deberían estar listos mañana —tomó el libro que Dernhil le había prestado a Maerad y se echó a reír.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó ella.

—Es el libro de Dernhil. Sus poemas. Léelo detenidamente, Dernhil es un gran poeta, uno de los mejores que haya visto Annar. Recuerdo cuando nos conocimos... —pasó las páginas, mirando los poemas sin detenerse, y se quedó callado.

—¿Qué es lo que recuerdas? —preguntó Maerad.

Cadvan sonrió.

—Yo era joven y vanidoso, e incluso me creía un poeta. Él estaba de visita en Lirigon por alguna razón que ya he olvidado, y ya era muy famoso. Era muy joven, tenía mucho talento... lo reté a un duelo, una competición en la que los dos debíamos improvisar poemas. Monté un buen jaleo, casi toda la Escuela estaba presente.

—Y ¿qué ocurrió?

—Que perdí. Como es evidente si lees este libro.

Maerad se sintió un poco desconcertada. ¿Cómo iba a saber ella que Dernhil era famoso?

—Pero él me dijo que eran poemas sencillos.

—Eso parecen. Pero lo que parece sencillo es a menudo lo más difícil de comprender. De todas formas —continuó—, no era eso lo que había venido a decirte. Esta noche estamos invitados a cenar con Malgorn y Silvia, cuando suene la próxima campana. Silvia quiere saber qué tal estás y qué te parecen tus maestros. Todavía desapruaba poderosamente mi decisión, pero lo pasará por alto por tu bien. Tenemos un poco de tiempo antes. ¿Podríamos tal vez dar un paseo hasta el patio?

—Debería practicar la lectura esta noche —dijo Maerad, insegura.

—Dernhil lo comprenderá si no puedes compaginarlo todo. Supongo que debes de estar muy cansada. Y en cambio tú y yo deberíamos tomar el aire.

Maerad le dirigió una mirada curiosa a Cadvan mientras salían al patio, al suave aire de la tarde. Quizá solo fuese la oscuridad que iba en aumento y le arrojaba sombras a la cara, pero a ella le parecía que estaba tenso e incluso, quizás, un poco enfadado, pese a que con Cadvan aquello era difícil de decir. Estaba claro que le estaba metiendo prisa. Se sentaron en el banco y Cadvan inspiró y exhaló profundamente, como si estuviera expulsando algo más que aire, y levantó la vista hacia el cielo. Una a una, las estrellas comenzaban a abrirse.

—Qué paz hay aquí —dijo, y se quedó en silencio durante un rato, escuchando el chapoteo del agua al caer de la fuente al estanque y los gorjeos de los pájaros que se acomodaban para dormir en los aleros—. Maerad, el tiempo está presionando mucho en estos últimos días. Te he conseguido unas lecciones básicas para que por lo menos puedas aprender algunas de las cosas que necesitas saber. Desearía de todo corazón poder quedarnos unos meses aquí, así podrías adquirir una buena base, pero no puede ser. Si pudiese, partiría mañana mismo.

—¿Tenemos que irnos pronto? —preguntó Maerad.

—Sí, cuanto antes mejor. Este retraso me escuece por dentro, pese a que no se puede evitar. Tengo cosas que hacer en Norloch, y no se podrá hacer ni decidir nada hasta que no llegues allí. Es un largo viaje, y desearía que estuvieras mejor preparada. Pero la necesidad agudiza el ingenio, o eso dicen —hizo una pausa—. He pasado días mejores que hoy, todo el rato discutiendo con Bardos. Es cansino y una pérdida de tiempo.

—Entonces ¿las cosas no están yendo bien? —Maerad estudió a Cadvan disimuladamente, ¿qué sería lo que le estaba molestando?

—No —dijo él secamente. Parecía que no iba a decir nada más, pero después añadió bruscamente—. Maerad, hay infinidad de chismorreos sobre por qué he solicitado ser tu único maestro. He pensado que debía advertirte.

—¿Chismorreos?

—Parece ser que he escandalizado a medio Annar Incluso Malgorn tiene sus dudas. Todos piensan que he perdido la cabeza por una cara bonita —hizo un gesto impaciente—. Supongo que los que tienen una mente maliciosa hablan mal, aunque quizá sea para bien: disimula cualquier otra intención. Pero he de confesar que no tengo paciencia ante tal mezquindad, me siento mancillado...

Maerad lo miraba desconcertada, pero de repente captó lo que estaba diciendo Cadvan.

—¡Oh! —dijo con sofoco, y después se ruborizó hasta ponerse de color escarlata.

—No importa, Maerad —dijo Cadvan dirigiéndole una mirada satírica—. Solo es que me molesta, los Bardos deberían estar por encima de un rumor tan trivial. Lo que importa es que tú tomes tus lecciones lo mejor que puedas durante los últimos días y que no dejes que ningún comentario malicioso altere tus estudios. Creo que tienes

talento, bien seguro que eso es lo que me ha dicho Dernhil, e Indik ha pensado lo mismo, aunque no te lo haya dicho. Debo asistir a los Consejos, cuantas más noticias escuche, mejor; especialmente si vamos a viajar por senderos escondidos. No me marcharé antes de que acabe. De todas formas, si partimos antes será imposible mantenerlo en secreto. Así que confía en mí de momento, las cosas se aclararán una vez salgamos de aquí. ¡No pienses que te he abandonado de repente!

—Vale. De todas formas, estudiar es divertido —dijo Maerad. Miró directamente a Cadvan—. Únicamente desearía saber qué está pasando exactamente. Hay muchas cosas que no sé, y todo este alboroto que se ha formado a mi alrededor me resulta muy extraño.

—Te lo diré, o por lo menos te diré tanto como sé —dijo Cadvan—. Siento ser tan críptico al hablar y tener tanta prisa. Se necesita tiempo, ya que contar las cosas a medias es como no contarlas en absoluto. Tendremos tiempo de sobra durante nuestro viaje.

Se produjo un breve silencio.

—Anoche tuve un sueño extraño —dijo bruscamente Maerad—. Llevo todo el día pensando en él.

Cadvan estaba tumbado hacia atrás, mirando al cielo.

—Todos tenemos sueños extraños —dijo.

—Sí, pero este era... era raro, Cadvan, no era como ningún otro sueño que haya tenido antes. Era como si... como si... —Maerad gesticuló en vano y se acabó quedando en silencio.

—Pero ¿qué era? —Cadvan se incorporó y la miró con atención.

Lentamente, intentando encontrar las palabras adecuadas, Maerad le contó su sueño. Mientras hablaba, Cadvan se fue quedando muy quieto, escuchando cada vez con más atención. Cuando terminó, no dijo nada durante un rato.

—¡Cómo desearía que poseyeses el Habla! —dijo finalmente—. Creo que lo que escuchabas allí, aquella lengua que no entendías, debe de haber sido el Habla. O por lo menos es probable.

—¿Qué opinas? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Los sueños son mensajeros extraños, Maerad —respondió Cadvan—. Hay quien dice que vienen de más allá de las Puertas, donde se conoce todo lo que es, ha sido y será, ya que allí no existe el tiempo. Pero todos tenemos diferentes tipos de sueños, para diferentes propósitos.

—Y ¿cuál crees que es el mío?

Cadvan dudó.

—No puedo estar seguro. Pero creo que ha sido un sueño premonitorio, un sueño que te decía algo que va a ocurrir.

Maerad se estremeció.

—Espero que no —dijo—. Era horrible. Pero ¿por qué iba a tener yo un sueño premonitorio? Nunca los he tenido.

—Es un Don que tienen algunos Bardos. No muchos, pese a que unos cuantos buenos Bardos de Pellinor eran clarividentes y tenían premoniciones en forma de sueños. Seguramente el más famoso haya sido Lanorgil de Pellinor, pero ha habido unos cuantos más.

—¿Tú tienes sueños premonitorios?

—No —dijo Cadvan—. Pese a que, como todos los Bardos, puedo hacer ciertas predicciones. Pero los sueños premonitorios son peligrosos enigmas que desentrañar, circulan muchas historias sobre algunos que intentaron evitar sus profecías y atrajeron sobre ellos lo que más temían. Pero este parece enviarnos tanto una advertencia como esperanza. «¡Mira al norte!» —se detuvo para arrancar una ramita de hierba y la mascó pensativamente—. ¿Qué puede significar eso?

Maerad se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Por eso te he preguntado.

—Me hace estar más seguro de que tengo razón en pensar que la Oscuridad podría perseguirte si supiese de tu existencia —dijo—. Quizá las noticias ya le hayan llegado.

Una chispa de perspicacia hizo que Maerad se diese cuenta de que las quejas de Cadvan acerca de los chismorreos no eran la única razón para que estuviese tan tenso. Maerad tenía una sensación de inquietud, como un marinero que ha llegado desprevenido a mar abierto, la sensación de descubrir de repente bajo sus pies unas profundidades opacas en donde debería haber habido aguas soleadas y poco profundas.

Cadvan se puso en pie y tiró la hierba.

—¡Ahora me escuecen más los días que hemos perdido! Pero de momento estamos aquí varados —comprobó el cielo—. Casi es hora de que suene la campana —dijo—. Deberíamos entrar.



Los siguientes días continuaron con la misma rutina: Dernhil por la mañana y sesiones adustamente cómicas con Indik cada tarde, que terminaban con la mandíbula de Maerad a punto de amotinarse, desencajándose, si es que no estaba al borde de las lágrimas. Indik había decidido limitarse a hacer despiadados comentarios sobre la ineptitud marcial de Maerad, pese a que a partir del tercer día esta ya no dejaba caer la espada cuando intentaba esquivar sus estocadas, y en una ocasión casi consigue dejarlo sin defensa. Aquel día él simplemente había doblado su sarcasmo, y los labios de Maerad se habían transformado en una seria línea. Deseaba saber de esgrima para dejarlo en ridículo, pero él podía desarmarla con tanta facilidad como si fuese una niña de cinco años. Pese a que siempre disfrutaba de las horas montando a Imi, Maerad prefería con diferencia las mañanas que pasaba con Dernhil, que le estaban abriendo un nuevo y emocionante mundo.

Dernhil estaba encantado con su rapidez. En pocos días fue capaz de leer un breve pasaje de un poema con relativa fluidez. Era como si, decía él, simplemente le estuviese recordando algo que ella había olvidado, más que enseñándole cosas que no sabía. Era un profesor muy diferente de Mirlad: ni de lejos tan severo, y mucho más propenso a animarla con elogios. Maerad florecía bajo su tutela. Recorría su estudio con la mirada y suspiraba. Tantos libros en tantas lenguas, ¡y ella a duras penas era capaz de leer el más pequeño de todos!

—Quizá pueda volver, después de que vayamos a Norloch, y aprender más —le sugirió ansiosa a Dernhil al día siguiente—. Hay tantas cosas que no sé...

Dernhil levantó la vista de un trabajo que estaba corrigiendo.

—Sería una feliz ocasión —dijo—. Si lo hicieses, me encantaría enseñarte —sonrió, pero había algo en su sonrisa que hizo que el corazón de Maerad se encogiese; los ojos de él tardaron en apartarse de su rostro... Bajó la cabeza y se deshizo trabajosamente de aquella sensación.

No veía nada a Cadvan. Por las noches cenaba con Silvia y Malgorn, o en el Salón con otros estudiantes, que la miraban con desconfianza o con exagerada intimidación. A veces se pasaba una hora o más mirando a los que jugaban al gis en la mesa que estaba en la esquina del Salón. Se sentía intrigada ante la compleja belleza del juego, que se jugaba con unas fichas blancas y negras sobre un tablero

hexagonal con muchas casillas, pero nunca consiguió entender las normas. El gis necesitaba, según le dijeron, de toda una vida de estudio: era al mismo tiempo un juego de inteligencia táctica y juicio estético. Maerad seguía con fascinada incompreensión los extraños dibujos que formaban las fichas, cómo evolucionaban y desaparecían a medida que fluía el juego.

Siempre había música, pero Maerad no volvió a tocar ante una audiencia, solo cuando estaba sola en su habitación por la noche, cuando lo necesitaba. No se sentía sola, estaba demasiado ocupada para ello, y por las noches sencillamente estaba demasiado cansada. En dos días ya tenía la extraña sensación de que siempre habla vivido allí. La Escuela ya no le parecía grandiosa ni extraña, y a veces se maravillaba ante la facilidad con la que se había metido en aquella vida, como si se tratase de un traje ya conocido.

El segundo día se quebró el tiempo claro de primavera, y llovió casi continuamente durante tres días. Las lecciones de esgrima de Maerad se trasladaron a un impresionante ruedo cubierto que era evidente que había sido construido con tal propósito, pero la equitación continuó sin hacerle ninguna concesión al tiempo. A veces Maerad sentía, mientras se apartaba el cabello húmedo de los ojos, que odiaba a Indik pese a que bajo el resentimiento se daba cuenta de que su severidad era impersonal y, de alguna forma, una cualidad a respetar. Las lecciones reforzaron su determinación de aprender las artes de manejar la espada, aunque solo fuese para acallar la sonrisita de suficiencia que aparecía en el rostro de Indik siempre que cometía un error.

—Eso era tu garganta, señorita —decía él con satisfacción—. Ya puestos, bien podrías tirarte al suelo y ofrecerme el cuello —y Maerad, sudando bajo el yelmo, enseñaba los dientes, maldiciéndolo en silencio mientras él volvía a la posición de batalla—. ¡No pienses que no te he oído! —decía Indik sin volverse—. Te oigo, ya ves. Los juramentos no te servirán de nada si tu espada es floja. ¡Venga, otra vez!

Su relación con Dernhil era bastante diferente, y profundizó hasta convertirse en amistad. Al final de su lección de la cuarta mañana, Dernhil se apartó el cabello de los ojos y le preguntó si estaba ocupada aquella noche.

—No —respondió ella, ya que aquella noche iba a cenar en el Salón.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —preguntó—. Podría enseñarte algunos de los libros de los que te he hablado...

—¡Me encantaría! —dijo Maerad efusivamente. Le tenía pánico a cenar en el Salón, todavía no se le daba muy bien estar entre la multitud.

Tras ver el caos de su estudio, los aposentos de Dernhil estaban sorprendentemente ordenados. Tenían en gran parte el mismo estilo que las habitaciones de la casa de Silvia y Malgorn, delicadamente amuebladas con elementos decorativos troquelados sobre las cálidas paredes amarillas. El comedor estaba lleno de objetos curiosos que había ido coleccionando durante sus viajes: complicadas tallas de marfil procedentes de Suderain y tapices de seda hechos por los

tejedores de Thorold, estatuillas de alabastro de artesanos annarienses desconocidos, una enorme esfera de cristal, lámparas metálicas extrañas y de complicados diseños... Las paredes, por supuesto, estaban cubiertas de libros.

Le sirvió una comida sencilla y deliciosa a base de trozos asados de carne especiada acompañada de verduras de primavera tiernas, con quesos, nueces y vino. Después se repantigaron sobre las sillas de cómodos cojines ante el fuego, bebiendo vino, y Dernhil fue sacando libro tras libro, señalando detalles de caligrafía e iluminación y leyéndole poemas. Charlaron amistosamente sobre muchos temas. Maerad le preguntó lo del duelo con Cadvan, y Dernhil echó la cabeza atrás y rio.

—¡Deberías haber visto a Cadvan en aquel momento! —dijo con cariño—. Era antes de... bueno, cuando era joven. Era guapo, tenía carisma, ya era un Mago de gran poder... Todo el mundo decía que era seguro que algún día se convertiría en Primer Bardo, quizá incluso Primer Bardo de Norloch... y tampoco era mal poeta.

—Pero no era tan bueno como tú.

—No —dijo Dernhil dirigiéndole una mirada divertida. No había vanidad en aquella declaración—. Y Cadvan no podía soportar ser el segundo en nada. Por supuesto que yo gané. Él se puso furioso.

Maerad se había dado cuenta de que Dernhil se había corregido en lo que iba a decir.

—¿Qué le ocurrió a Cadvan? —preguntó con curiosidad—. ¿Por qué no se convirtió en Primer Bardo?

El rostro de Dernhil se oscureció de tristeza.

—Creo que debería ser el propio Cadvan quien te contase eso —dijo por fin—. Como sin duda lo hará, algún día. De hecho se ha convertido en un gran Bardo. Pocos pueden igualarlo. Pero pocas veces la vida resulta ser lo que uno esperaba cuando era joven y estaba lleno de esperanza —se produjo un breve silencio, y después se volvió hacia Maerad—. Perdóname por hacerte una pregunta tan personal, pero ¿sois tú y Cadvan... sois amantes?

Maerad se ruborizó, pensando en los chismes que Cadvan le había mencionado.

—No —farfulló—. No, nada de eso —levantó la vista y se topó con la mirada descubierta de Dernhil. En sus ojos había una invitación no expresada con palabras, una tierna súplica, algo más que admiración, pero Maerad se enfrió. Su vida le había enseñado que el deseo masculino solo significaba violencia, y un miedo instintivo, primitivo, que aplastaba cualquier otra respuesta. Se puso en pie tambaleándose, movida por un repentino pánico, con el corazón latiéndole a toda prisa.

—Debo irme —dijo—. Mañana tengo que levantarme temprano.

—Sí —dijo Dernhil. Él también se puso en pie, suspirando—. Bueno, nos vemos por la mañana.

—Sí —dijo Maerad.

Volvió a mirar a Dernhil, pero aquella perturbadora mirada había desaparecido. Estrechó su mano extendida e inclinó la cabeza, y se marchó rápidamente.

El sexto día de sus lecciones, Dernhil le dijo que el día siguiente era festivo y que no hacía falta que viniese. Ahora ya era capaz de leer entrecortadamente el libro de poemas, y Dernhil se lo regaló.

—Ven a decirme adiós antes de irte —le dijo.

—Lo haré —dijo Maerad agarrando el libro—. Y gracias, muchas gracias —todas las cosas que quería decir, cómo un brillante nuevo mundo se había abierto ante ella bajo la amable tutoría de Dernhil, cómo la había llenado de alegría y emoción, se reunieron en su garganta e hicieron que se atragantase.

Dernhil se aclaró la garganta.

—Me ha gustado darte clase —le dijo—. Cadvan podrá hacer algo sobre lo que ya has aprendido. Tú también puedes ir avanzando sola practicando la lectura —hizo una pausa—. Hay muchas cosas que enseñarte. Todos los grandes textos de Annar y los Siete Reinos, las historias y canciones que constituyen el Saber. Y eso es solo el principio. Parece un crimen no enseñártelos —meneó la cabeza con pesar—. Te hubieras convertido en una excelente erudita, con tus aptitudes y tu aplicación. Solo sería cuestión de tiempo.

—Supongo que no es lo que tiene que ser —dijo Maerad—. Y no siempre podemos elegir nuestro camino.

Dernhil pareció ligeramente atónito.

—No, supongo que no —dijo. Se produjo un largo y ligeramente incómodo silencio—. Bueno, no olvides visitarme antes de irte —se sentó de golpe en su escritorio, y Maerad se dio cuenta de que la daba por despedida.

Indik fue más brusco.

—Por lo menos ya puedes sostener la espada —le dijo—. Que ya es algo. No puedo decir más. Solo tienes que practicar y desear tener suerte.

Maerad le devolvió una mirada sin expresión. No le apetecía darle las gracias, pese a que sentía que debía hacerlo. Para su sorpresa, Indik rio entre dientes.

—Aun así, un corazón valiente puede prevalecer donde falten habilidades —dijo—. Venga, dame tu espada —se la tendió—. ¿Cómo la has llamado? ¿Irgan? Un buen nombre... —la atrajo hacia él y la inspeccionó de cerca—. Una delicada arma —echó el aliento sobre la hoja y después frotó lentamente la condensación con los dedos, hablando en voz baja mientras lo hacía, para que Maerad no pudiese escuchar las palabras. Después la volvió a envainar y se la devolvió.

—Un conjuro para obtener precisión y contener roturas o daños —dijo—. Durará lo que dure la hoja. Te podrá ser de ayuda.

Maerad se sintió sorprendida por una súbita avalancha de gratitud. Miró a Indik a los ojos y por primera vez, vio en ellos una amabilidad inesperada. Para asombro de ambos, lanzó los brazos alrededor del cuello de Indik y lo besó en la mejilla de la cicatriz.

—Gracias por aguantarme —le dijo—. ¡Lo haré lo mejor que pueda para no

deshonrarte!

—Solo llegarás hasta donde puedas, si es que puedes —dijo él ásperamente—. Y ahora vete.

Se tropezó con Cadvan en la calle de los Creadores. Parecía demacrado, pero sonrió al verla.

—¡Te saludo, joven doncella guerrera! —dijo.

Maerad había olvidado que todavía llevaba la cota de malla, y bajó la vista involuntariamente.

—Llámame simplemente «la desesperación de Indik» —dijo ella—. Pese a que me ha concedido poder sacar la espada en caso de ser atacada, en vez de salir corriendo.

—Eso quiere decir que has aprobado con nota —dijo Cadvan riendo—. Ya he hablado con Dernhil, desea desesperadamente que te quedes y acabes tus estudios. No creo que sea exclusivamente por ese motivo, me da qué pensar. Está claro que se ha quedado impresionado contigo.

—Oh, mierda —dijo Maerad—. Deja de pincharme, Cadvan. Aunque me ha dado este libro.

—Un claro signo de favoritismo —replicó Cadvan a la ligera, pero después volvió a parecer serio—. Pero tiene una parte de razón. Y Silvia también. No es justo arrancarte de esto, que debería ser tuyo por derecho.

—¿Te están entrando dudas? —Maerad escudriñó su rostro cuando se pusieron a caminar juntos.

—No, pero me estoy preguntando si a ti sí.

—No —dijo Maerad lentamente—. No, me siento más segura. Y no sé por qué, porque realmente me encanta estar aquí, y me ha encantado estudiar con Dernhil, e incluso con Indik. Hoy ha hechizado mi espada, ¿sabes?

—¿En serio? —dijo Cadvan sorprendido—. Iba a hacerlo yo mismo, pero él puede hechizarla mejor de lo que haya podido hacerlo yo nunca. Es su habilidad especial, y la gente hace largos viajes para venir a pedirle el favor. A veces no lo hace, sin importar lo que le ofrezcan a cambio. Es un buen juez de almas, y no ayudará a ningún propósito oscuro. Aun así, me alegro de que no tengas dudas. Me presiona que tengamos tan poco tiempo.

Caminaron un rato en silencio, mientras Maerad reflexionaba acerca de las palabras de Cadvan. Durante los pasados días había olvidado las premoniciones oscuras de su conversación en el patio, y ahora la sensación de pánico volvía.

—Quiero partir mañana por la noche —dijo Cadvan—. Solo los Bardos del Círculo de aquí saben con seguridad que nos marcharemos tan pronto, y los secretos están seguros con todos ellos. El banquete de despedida será mañana por la noche, y creo que debemos asistir y partir pronto, así nadie nos seguirá. Si no lo hacemos así, nos encontraremos cabalgando con cerca de un centenar de Bardos, lo cual no resulta una buena forma de mantener mucha discreción, o nos veremos obligados a esperar

una semana más, lo que no me gusta.

Maerad tenía la sensación de que, más que cualquier otra cosa, Cadvan ansiaba ser libre de las exigencias de la sociedad. Ella sentía un poco la misma necesidad. Por muy en privado que se mantuviese, siempre había grupitos de gente que murmuraban a su paso o la señalaban por la calle, y no le gustaba su fama, la desconcertaba y le molestaba. Pero al mismo tiempo sentía una punzada de arrepentimiento.

—Dernhil quería que le dijese adiós antes de marcharme —dijo.

—Tendrás tiempo mañana —dijo Cadvan—. Vendré esta noche y comprobaré tu equipaje, voy a cenar con Silvia y Malgorn —le apretó la mano a modo de despedida y se apresuró a bajar por otra calle. Maerad realizó su camino a casa pensativa.

De vuelta a su cuarto tras un largo baño, colocó todas sus nuevas posesiones sobre la cama. Ahora tenía un pequeño libro de poemas, un yelmo, una espada, una cota de malla, una carterita, una pluma y un paquete que le había dado Silvia y que todavía no había tenido tiempo de abrir. Estaba hecho de cuero negro, suave pero sorprendentemente duro, y tenía unas curiosas hebillas y correas, que más tarde averiguó que servían para poder transportarlo a la espalda o colgarlo de la silla de montar. Dentro había una botella para el agua enfundada en cuero, una botella de medhyl, un frasquito azul con tapón, que contenía el elixir que Silvia había utilizado para aliviarle los dolores menstruales, dos mudas, suaves pantalones de cuero, camisas de lana y chalecos, bien hechos y prácticos, hábilmente tejidos de forma que, doblados, ocupaban muy poco espacio. Silvia también había empaquetado unas piezas de ropa interior hechas de gruesa seda. Maerad acababa de abrir un paquete que contenía el mismo pan de aspecto duro que recordaba haber comido de camino a Innail cuando Cadvan llamó a la puerta y entró.

—Excelente —dijo cuando ella le enseñó el contenido de su equipaje—. Y hay espacio suficiente para tus propios tesoros. Yo también tengo un regalo para ti —le tendió una funda de cuero para la lira, para que estuviese protegida mientras viajaban. Estaba trabajada con un diseño de flores como las que había en la sala de música del piso de abajo, y en el centro había un lirio con forma de estilizada trompeta, destacado en dorado y plateado.

—Es el símbolo de Pellinor —dijo—. Deberías tener también un broche, pero no he tenido tiempo para que te lo hiciesen.

Maerad se sentó sobre la cama con la funda de cuero en las manos. Se sentía más abrumada por aquel regalo que por cualquier otro de los que ya había recibido, y se vio incapaz de tan solo tartamudear su agradecimiento. De repente, para su sorpresa, descubrió que las lágrimas le escocían en los ojos. Se volvió, avergonzada, pero Cadvan se sentó en la silla y esperó a que ella se recompusiese.

—Cadvan, lo siento —dijo por fin—. Es solo que, que... —meneó la cabeza—. Es solo que nadie me había dado nunca nada. Y de golpe me encuentro con que tengo todas estas cosas. ¡Es tan extraño! —se sorbió la nariz, y Cadvan le tendió un pañuelo en silencio—. Casi deseo que alguien me pegué o me insulté —continuó—. Bueno,

quiero decir, por supuesto que no lo deseo en verdad, pero esto no parece muy real. Y me digo a mí misma que es real, y lo es, pero casi no puedo creerlo, y ya no me reconozco a mí misma. Me siento tan extraña... —se detuvo y levantó las manos con impotencia—. No puedo expresar lo que quiero decir. Estoy contenta de que nos vayamos. Pero al mismo tiempo lo siento y estoy contenta.

—Hace menos de dos semanas estabas sentada en un establo ordeñando a una vaca, pensando que serías esclava durante el resto de tu vida —dijo Cadvan. Ahora estaba en pie, mirando por la ventana—. No es mucho tiempo. Me sorprende que no te sientas aún más confundida. La mayoría de la gente se sentiría así —se volvió y la miró directamente—. No te prometo un viaje fácil, Maerad. Pero durante un tiempo por lo menos será pacífico.

—La gente no deja de señalarme —dijo Maerad—. No me gusta.

—La gente es complicada —dijo Cadvan—. Nunca podré vivir mucho tiempo en un pueblo. Pero quizá yo sea un caso poco habitual —de repente su expresión resultaba indescifrable, y se quedó callado. Tras un rato en silencio dijo que se verían en la cena, a la hora de la siguiente campana, y salió del cuarto bruscamente.

Aquella noche estaban presentes en la cena Oron, Dernhil e Indik. Oron había venido para despedirse de Cadvan y Maerad, ya que dijo que no asistiría al banquete de la noche siguiente. También estaba presente una Bardo bajita y de cabello oscuro llamada Kelia, a la que Maerad no conocía, pese a que la había visto a menudo en el Salón jugando al gis con gran concentración. Era, según supo Maerad, la campeona indiscutible de Innail.

Junto con Silvia y Malgorn, aquellos Bardos componían los seis del Círculo de Innail. Cuando Maerad entró en la sala, un poco tarde porque prepararse le había llevado más tiempo del que esperaba, y sintió un cosquilleo eléctrico en la piel. La sensación de poder en la sala era palpable; esta vez no era turbulento, como lo había sido en el Consejo, pero estaba claro y focalizado, como si el aire chispease con un fuego blanco.

A Maerad, que solo la había visto en acontecimientos formales vestida de Primer Bardo, Oron le había parecido distante y hostil, pero en privado tenía algo de la picardía de Silvia, y la comida resultó un acontecimiento feliz. Pese a que no se daba cuenta de ello, Maerad parecía una muchacha muy diferente a la que se había desmayado ante la puerta de la casa de Malgorn; una semana de dieta excelente y ejercicio diario habían hecho que su delgadez enfermiza se convirtiese en simple esbeltez, con un matiz de robusta energía. También había una expresión diferente en sus ojos, la cautela de alguien que podía ser golpeada por el menor descuido estaba siendo reemplazada por una nueva confianza en sí misma. Bromeaba y reía con los demás Bardos como si hubiera pasado allí toda su vida.

Mientras se servían perezosamente las carnes dulces y bebían el refresco de

cereza de Malgorn, la conversación se desvió hacia la discusión del Encuentro. Las noticias, parecía ser, eran todas malas. El prestigio de las Escuelas era el más bajo que habían tenido nunca, y en algunos lugares causaban un abierto rencor. Las visiones de semi-hombres y otras criaturas de la Oscuridad eran ahora prácticamente una cosa común, incluso en lugares alejados de las regiones fronterizas de Annar, y lo que era peor, una enfermedad mortal que todos excepto los Bardos más dotados parecían incapaces de curar asolaba muchas de las reservas y pueblos del oeste. También en algunos Reinos occidentales había miedo a la hambruna, tras las insuficientes cosechas del año anterior y un mal invierno, que prometían hambre y violencia desesperada en las regiones más afligidas.

—Pero lo que más me preocupa —dijo Malgorn— son las historias sobre que el Habla no ha funcionado en la entrada de la primavera y la cosecha. Incluso Thurl ha dicho que cuando este año pronunció las Palabras de la Creación, no cobraron vida en su interior. Hay muchos informes como este y por eso no se les puede atribuir a Bardos incompetentes o mal enseñados.

—Sí, amigo, algo pasa en el corazón de las cosas —dijo Cadvan con tristeza—. Y creo que no tiene Nombre.

Silvia bajó la vista, mordiéndose el labio.

—Siempre he rezado para no tener que vivir en tiempos así —dijo—. Para ver que mi vida acababa en paz, en la riqueza de la cosecha.

—Todos hemos hecho igual, y así han hecho también los que viven en tiempos oscuros —respondió Cadvan—. Pero no será así.

—Aun así —dijo Dernhil— se dice que el miedo no es sino una parte de la prudencia.

—Y también se dice que el miedo tiene un oído rápido —replicó Indik—. Los Hechiceros Negros construyeron su fortaleza en Den Raven y llevan acosando al Suderain desde hace ya casi tres siglos. Ya tienen a sus propios Señores y Capitanes, me parece a mí que sería ir muy lejos decir que El Sin Nombre vuelve a levantarse.

—Quizá —dijo Cadvan—. Aun así, no desestimaría esos miedos.

Nadie respondió a aquello, y un meditativo silencio se asentó sobre el grupo.

—¿Qué es lo que esperas encontrar en Norloch, Cadvan? —preguntó Kelia. Se echó hacia delante, con el ceño ligeramente fruncido entre las cejas oscuras—. ¿Has estado allí últimamente?

—No en este último año —replicó Cadvan—. Estoy ligado allí: debo informar al Primer Círculo. Enkir me envió al norte para recoger noticias de la Oscuridad, así que estoy comprometido a llevarle una buena cosecha —hablaba en un tono ligeramente irónico—. Pero sobre todo, o más cercano a mi corazón, mi deseo es ver a Nelac de Lirigon.

—Debe de ser ya viejo —dijo Kelia—. Nunca le he conocido en persona, pese a que he leído algunos de sus trabajos, por supuesto: me gustó *Las extrañas flores del Gis*, una pequeña obra maestra —algunos Bardos sonrieron ante la mención de la

obsesión de Kelia—. Pero debería explicarme mejor, ¿qué es lo que esperas para Maerad?

Maerad aguzó el oído.

—Maerad todavía tiene que adquirir el Habla —respondió Cadvan—. Y como ya sabéis, es tarde para un Bardo, aunque no insólito: se dice que Callihal de Desor no adquirió el Habla hasta la edad de diecinueve años. Pero por supuesto no se puede proclamar, ni tampoco su Nombre se revelará por sí mismo hasta que lo haga. Creo que Nelac podrá aconsejarnos, mejor que ningún otro en Annar, sobre cuál será el mejor procedimiento para Maerad.

—¿Mejor que cualquiera de aquí? —Kelia alzó las cejas, sin molestarse en ocultar su escepticismo.

—Él es un gran erudito en algunos asuntos de la tradición que me gustaría consultarle —dijo Cadvan.

—¿Por qué necesitas tradición? —insistió ella—. Está claro que esto es un asunto de llegar a ser Bardo tardíamente.

—No, no es solo eso —dijo Cadvan, y se negó, pese a que Kelia siguió insistiendo, a dar más detalles. Maerad estaba decepcionada. Kelia no era la única que quería saber por qué Cadvan la consideraba tan importante.

—Por fin he perdonado a Cadvan por llevarse a Maerad —dijo Silvia suavemente, ya que Kelia y Cadvan parecían estar a punto de comenzar una disputa—. Pese a que deseaba mantenerla conmigo más que ninguno de vosotros —se volvió hacia Maerad, sonriendo con tristeza—, en realidad solo estaba siendo egoísta, pues era casi como volver a tener una hija.

Malgorn le dirigió una mirada a su esposa con una súbita preocupación, y Maerad levantó la vista con curiosidad.

—Clavila, nuestra hija, murió en un accidente hace casi treinta años —explicó Malgorn. Maerad creyó percibir un matiz de resquemor en su voz, como si le disgustase recordar un viejo dolor.

—Oh —dijo Maerad torpemente, incapaz de pensar en una respuesta agraciada—. Lo siento —miró a Silvia con renovada comprensión, pero esta tenía el rostro vuelto hacia el fuego.

Poco después todos se retiraron a la sala de música, y los Bardos tomaron sus instrumentos. Maerad había dejado el suyo en la alcoba, y a petición de Oron subió corriendo a buscarlo. Oron lo examinó con inmensa curiosidad.

—Es un objeto Dhyllico, no tengo ninguna duda —dijo—. Estás en lo correcto, Cadvan, al evitar que esto se sepa públicamente. Nunca había visto uno —acarició la madera gastada y pasó los dedos sobre las cuerdas con suavidad—. ¡Y qué tonalidad tiene! ¿Cómo pudo Milana ocultar una cosa así?

—Pellinor era una vieja Escuela y contenía muchos tesoros —dijo Cadvan—. No dudo de que este fuese el mayor de ellos, pero parece un objeto muy humilde, quizá fuese más fácil mantenerlo en secreto de lo que puede parecer. La mayoría del

pueblo, incluidos la mayor parte de los Bardos, pensarían que es un arpa de campesino, nada más.

—Eso era lo que pensaban en El Castro de Gilman —dijo Maerad—. Si hubiera parecido algo más, no se me hubiera permitido quedarme con ella —todavía estaba íntimamente estupefacta porque su humilde lira fuese un tesoro tal—. La amaba por otras razones. Es lo único que me queda de mi madre —la volvió a coger de las manos de Oron y tocó un suave acorde—. Ella me canta.

—Has sido listo al darte cuenta, Cadvan —dijo Oron.

—Si no fuese listo, estaría muerto —respondió secamente—. Venga, ¿qué tocamos? Una pieza instrumental, me parece.

Maerad nunca se había divertido tanto, arropada por la intimidad de la música en aquella encantadora sala. Tocar con unos músicos tan consumados —para su sorpresa, incluso Indik era un diestro flautista, con un asombrosamente delicado tacto en comparación a su severo rostro— fue un placer que nunca había conocido. La luz de la lámpara resplandecía cálidamente sobre los pulidos instrumentos y los vasos de vino, y una camaradería bromista burbujeaba sobre la seriedad subyacente de una pasión mutua por la música y la canción. Era tarde cuando Silvia hizo que la fiesta cesase y se despidieron.

Cuando se marchaba, Oron se quedó en pie y tomó las dos manos de Maerad entre las suyas.

—Solo siento que nuestro encuentro haya sido tan apresurado. ¡Que la Luz guíe siempre tu camino!

—Y el tuyo —respondió Maerad, conocedora ahora de la respuesta educada. Oron la miró directamente a la cara, y Maerad sintió una mente que ponía a prueba la suya, afilada e implacable, como si fuese un rayo de luz lanzado repentinamente al interior de una habitación oscura. Se estremeció, y Oron rio suavemente y la soltó.

—Creo que no volveremos a vernos —dijo Oron—. La Luz te bendice con crueldad, y tu camino será duro y oscuro. Pero un corazón valiente puede prevalecer en donde falten habilidades.

Maerad recordó que Indik le había dicho lo mismo, pero la declaración de Oron tenía un peso diferente, como si estuviese hablando de algo mucho más portentoso y profundo que la destreza con una espada. Un cierto reparo la asaltó ante las palabras de Oron, el presentimiento de una sombra, y se estremeció.

—Deseo que así sea —dijo sobriamente—. Tengo mucho que aprender.

—Así es para todos —respondió Oron. Después le entregó a Maerad un broche de plata con el diseño del lirio, símbolo de Pellinor, y se lo puso en el pecho—. ¡Llévalo con orgullo! —dijo—. Perteneció a Icarim de Pellinor, mi viejo amigo y gran Bardo. Creo que se alegraría de saber quién lo lleva ahora —volviéndose hacia Cadvan, Oron dijo—. Cadvan, no tengo que decirte que protejas a esta joven. Es más que merecedora de que entregues la vida por ella. Tu camino es oscuro e incierto, pero siempre ha sido así. Todo lo que puedo decirte, viejo amigo, ¡es que andes con

cuidado!

—Estoy acostumbrado a andarme con cuidado —dijo Cadvan—. Pero mi corazón recela. Creo que la próxima vez que nos veamos será al otro lado de las Puertas del No Retorno, Oron de Innail.

Oron le sostuvo la mirada y luego inclinó la cabeza.

—Si ha de ser así, habré tenido una larga y alegre vida —dijo—. Ya no temo por mí. Mis esperanzas y miedos van contigo, y con tu tarea.

Le colocó las manos sobre los hombros y lo besó en la frente, y durante un momento se quedaron quietos, como dos figuras altas y serias. A Maerad le pareció que se habían quedado fuera del tiempo, como los personajes de una historia contada durante muchos siglos: dos nobles Bardos del Saber, considerados grandiosos en los anales de la tierra. Pero aquel momento pasó y, tras un parpadeo, Maerad ya solo vio a un hombre y una mujer de pie en una pequeña sala en la que el fuego yacía sobre sus brasas. Oron hizo un gesto con la cabeza a los demás Bardos y salió rápidamente.

Silvia estaba blanca.

—No sé lo que has visto ahí, Cadvan —dijo—. Oron sería una dura pérdida para todos nosotros.

—Habrá muchas pérdidas antes del fin —dijo Cadvan pesadamente—. Y ninguna podrá ver cuál será la última.

A nadie le apetecía quedarse después de aquello, y poco después Maerad y Cadvan daban las buenas noches al resto de sus acompañantes y se marchaban.

—Es interesante que Silvia haya mencionado a su hija —dijo Cadvan mientras caminaba junto a Maerad por el pasillo—. Nunca habla de ella. Has despertado viejas penas, Maerad.

—No era mi intención —dijo Maerad con tristeza. Pensó en su propia madre. Si se quedase en Innail, podría quizá restituir una parte de aquella dolorosa pérdida. Comenzaba a comprender un poco las complejas añoranzas de Silvia.

—No se te puede culpar —dijo Cadvan—. A veces una nueva vida es dolorosa: el despertar de los miembros quemados. Pienso, también, que será algo bueno, quizá para las dos.

Maerad se sintió extrañamente reconfortada por sus palabras. Se dieron las buenas noches mutuamente en la puerta de su cuarto. Dentro de la habitación, se acurrucó en la cama con el libro que le había dado Dernhil. Le llevó un buen rato deletrear el nombre del poema que intentaba leer, se titulaba «Para Clavila».

Súbitamente se sintió demasiado triste para vérselas con las letras y dejó el libro con cuidado sobre su estantería. Lo leería mañana por la noche.

Antes del almuerzo del día siguiente, Cadvan se encontró a Maerad sentada sobre la cama y muy abatida. Había estado escuchando los sonidos de la Escuela, tales como el distante afinamiento de los instrumentos, las llamadas a los estudiantes y Bardos

desde algún lugar de la casa y el golpeteo de la lluvia. Aquel día la idea de dejar Innail a cambio de un viaje incierto e incómodo emprendido por razones que no acababa de entender por completo le parecía menos emocionante de lo que le resultaba antes.

—¡Lluvia! —dijo Cadvan cruzando el cuarto hacia la ventana—. Deseemos que no amaine. Aunque he de decir —añadió mientras entornaba la vista para mirar entre los vidrios— que parece que ha escampado.

—No es precisamente el tiempo ideal para cabalgar —dijo Maerad, un poco malhumorada.

—Así habrá menos posibilidades de que alguien piense que nos marcharemos esta noche, o que se cruce en nuestro camino —dijo Cadvan. Parecía más alegre de lo que había estado en varios días—. Con un poco de suerte, nadie sabrá si estamos aquí o no durante por lo menos un par de días.

—Supongo que no —dijo Maerad—. Pero no sé qué cambia eso.

—Quizá nada. Quizá todo —recorrió el cuarto arriba y abajo, sin descanso—. Deberíamos comprobar nuestros caballos. Y ¿no querías ver a Dernhil hoy? Podemos hacerlo a la vez.

Se pusieron unas pesadas capas y realizaron el camino hasta los establos. Imi los saludó con un resoplido al verlos, y Maerad se alegró un poco porque ya le había tomado cariño a su yegua. La montura de Cadvan era un enorme semental negro llamado Darsor. Maerad nunca había visto una bestia tan orgullosa y poderosa.

—Llegó ayer desde el sur de Annar, yo lo llamé —dijo Cadvan—. Es de la raza de Lanorgrim. Ha consentido ser mi montura, yo no le ordeno. Es mi amigo.

—Parece como si estuviera deseoso de hacer ejercicio, más que recién llegado de un largo viaje —dijo Maerad asombrada—. ¿Qué quieres decir con que lo llamaste?

—Un amigo siempre escucha —dijo Cadvan, inescrutable—. ¿Y esta es Imi? Indik ha elegido bien, parece perfecta para ti —le dijo unas cuantas palabras a la yegua en el Habla y ella resopló y piafó el suelo con los cascos. Él rio.

—Una yegua orgullosa y terca, como su amazona, sin duda alguna —dijo mientras se volvía hacia Maerad—. Se niega a ser intimidada incluso por Darsor, que es un señor entre los caballos. Le he preguntado si podría mantener nuestro ritmo, y se ha ofendido tan solo porque se lo he preguntado —le palmeó el cuello a Imi.

Tras salir de los establos, quedaron en encontrarse para el banquete en la sala de música de la casa de Malgorn y Silvia, y Cadvan se fue a la Casa de la Música para arreglar asuntos suyos. Maerad dirigió sus pasos por última vez hacia la biblioteca para ver a Dernhil.

Dernhil estaba, como siempre, en su estancia. Maerad sospechaba que a veces dormía allí, se lo imaginaba cabeceando sobre sus libros, mientras el fuego ardía en el hogar y la pluma se le caía de la mano dormida. Levantó la vista cuando la vio entrar:

—¡Maerad! Me alegro de que hayas venido. Siéntate.

Maerad acercó su silla habitual, tras dejar en el suelo los libros con los que ya

estaba cargada, y se sentó a su lado. Él buscaba algo por su escritorio.

—Tengo algo que he pensado que debería darte —dijo—. Está aquí, en algún lado... Sí, aquí está —sacó un pergamino de entre una pila de libros y lo estiró sobre el escritorio. Parecía muy antiguo: era muy fino de tan gastado como estaba, y la tinta que había sobre él se veía tan clara que en algunos lugares era casi indescifrable. Maerad reconocía algunas de las letras, pero estaba escrito con una extraña caligrafía y no era capaz de leer ninguna palabra.

—Lo encontré el otro día, mientras buscaba otra cosa —explicó Dernhil—. Estaba metido entre un fajo de papeles y recortes sin ningún interés especial para nadie excepto quizá para mí: viejas baladas, listas y cosas así. Creo que no deberíamos pasarlo por alto, y quizá sea más útil para ti. Además, será mejor que lo saquemos de la Biblioteca, donde podrían verlo los ojos equivocados.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Maerad.

—Lo siento, había olvidado que todavía apenas puedes leerlo —dijo Dernhil—. Es un documento curioso, escrito en el Habla de los Años Medios, unos trescientos años después de que Maninae restaurase el Reino de Annar. Parece que no tenga mucho sentido, pero no estoy tan seguro...

—¿Me lo podrías leer? —pidió Maerad. Dernhil la miró divertido. Así, sentada en el extremo de la silla, moviéndose inquieta por la impaciencia, parecía una niña de diez años.

—De acuerdo. Dice algo más o menos así: «Yo, Lanorgil de Pellinor, dejo aquí constancia de mi sueño, para que los que estén por venir sepan de él cuando yo haya pasado por las Puertas del Espacio No Rodeado». Lanorgil era un renombrado clarividente de la época, y eso fue lo que me llamó la atención. Resulta extraño haberme encontrado con esto, pese a que la Biblioteca de Innail tiene una merecida fama, y que nadie vivo haya interpretado nada en él.

Maerad se removió impaciente en la silla.

—De todas formas, continúa así: «Una neblina oscurece el río brillante, una neblina que ningún ojo puede penetrar con su mirada, una neblina que confunde a los valientes y se extiende sobre los...» me parece... «pequeños asustados y temblorosos». —Maerad pensó con un repentino pinchazo en el pánico de su propio sueño—. «Todo está sumido en la oscuridad y la desesperación: la corrupción asalta las Altas Sedes de Annar, y aquellos que siguen sinceramente a la Luz se ven envueltos en sombras. Buscad entonces a quien de las Montañas vendrá sin Habla: un Bardo sin Escuela pero al mismo tiempo de esta Escuela. Buscadlo y apreciad al Lirio de Fuego, a Quien el Destino ha elegido, que con más belleza florece en sombríos lugares y ha dormido durante largo tiempo en las tinieblas; de una raíz así florecerá de nuevo la Llama Blanca, cuando parezca que su semilla está envenenada desde el mismo centro. ¡Percibid la Señal, no estéis Ciegos! En el nombre de la Luz y ansioso de Habla, cuyas raíces yacen en el Canto del Árbol que nos nutre a todos. Así le hablaron las Voces del Sueño a Lanorgil, en el día de Dhor, el séptimo del mes de

Luminil, en el año 316 del calendario de Annar».

»Está datado hace unos seiscientos años —miró a Maerad—. Parece no tener sentido. “A quien de las Montañas vendrá sin Habla... sin Escuela pero al mismo tiempo de esta Escuela” —sus ojos se posaron sobre el broche de Maerad—. También es una extraña locución decir “el Lirio de Fuego”: es evidentemente una referencia a Pellinor, aunque normalmente se conoce a Pellinor como el lirio de agua... —se detuvo en seco, parecía haberse perdido en sus pensamientos, y Maerad esperó pacientemente—. Tú pareces encajar bastante bien en este enigma —dijo levantando la vista—. Y esto podría explicar los actos de Cadvan... Él está versado en los más profundos saberes ancestrales, y sabe mucho de lo que ya se ha olvidado.

—Yo... yo no lo sé —dijo Maerad—. No me ha contado mucho.

Dernhil pareció ligeramente decepcionado.

—Bueno, quizá puedas darle este fragmento —dijo—. Sin duda no ha sido casualidad que lo haya encontrado justo ahora, se dice que la Luz se despierta ante la necesidad. Me hace pensar en todas esas canciones sobre Quien el Destino ha elegido. Ya no se cantan, pero no todo el mundo las ha olvidado.

—¿Quien el Destino ha elegido? —el pequeño pinchazo de pánico se estaba expandiendo por el pecho de Maerad. Pensó que ojalá Dernhil nunca hubiera encontrado el pergamino, y sintió el súbito impulso de rasgarlo—. ¿Qué significa eso? Y aun así, ¿qué puede tener que ver conmigo?

—Es difícil de decir —dijo Dernhil, mirándola con una intensidad incómoda—. En cualquier caso, no le hables de ello a nadie excepto a Cadvan. Creo que comienzo a comprender un poco —tenía el rostro atribulado—. No me gusta pensar en que viajes, tan joven e iletrada, por tierras vastas y peligrosas —continuó—. Pero podría ser que no estuvieses segura en ningún lugar, y en ningún lugar menos segura que aquí, donde alguien podría adivinar que eres algo más que una oportunidad para cotillear. ¡Que la Luz te proteja!

Se produjo una breve y ligeramente incómoda pausa. Maerad no sabía qué decir, le parecía que, por razones que no era capaz de entender, Dernhil estaba afligido. Se acercó y le tocó la mano.

—Estaré más segura con Cadvan que con ninguna otra persona, creo —le dijo en voz baja.

Dernhil tomó su mano entre las suyas, apretándola.

—Yo también lo creo —dijo—. Pero aun así, desearía que las cosas fuesen de otra forma, y que pudieses quedarte aquí, y ser amada como te corresponde —le besó la mano y después, en un abrir y cerrar de ojos, la tomó entre sus brazos y la besó en la boca.

En el interior de su cabeza, una voz gritó «¡No!», pero Maerad era incapaz de emitir ningún sonido. Durante una décima de segundo se vio consumida por el terror: la asaltó el recuerdo de un aliento caliente contra su piel, unas manos crueles que le mazaban el cuerpo, los gemidos brutales de un hombre excitado... Se retorció como

una serpiente para salir de entre sus brazos, atacándolo violentamente con los puños, y se quedó en pie, jadeando, ante él, con las manos levantadas para maldecir y los ojos brillantes. Vio que la boca del hombre sangraba. Y fue entonces cuando lo recordó: aquel era Dernhil, no Burk, el matón que había intentado violarla en el castro, y Dernhil solo la había besado. Bajó los brazos, sin saber que decir por la vergüenza y la confusión, y se volvió. Dernhil se cubrió los ojos con la mano.

—Lo siento —susurró ella. Se dio cuenta de que estaba temblando. Dernhil se movió y levantó la vista.

—No eres tú la que debe sentirlo, Maerad —dijo. Para desasosiego de ella, los ojos le brillaban llenos de lágrimas—. Me siento avergonzado, me temo que me he dejado llevar. A veces es difícil recordar que eres tan joven y lo cruel que ha sido tu vida. Quizá volvamos a encontrarnos, y puede que entonces ya comprendas los caminos del corazón. Ahora es mejor que te vayas. ¡No olvides el pergamino! ¡Que la Luz siempre ilumine tu camino!

—Y el tuyo —murmuró Maerad apresuradamente mientras cogía el pergamino de la mesa, en la que Dernhil continuaba sentado inmóvil, con los ojos tapados con la mano. Abandonó la sala rápidamente, con el corazón latiéndole a toda prisa, y no volvió la vista atrás.

Maerad se fue directamente a su cuarto, caminando rápido bajo la lluvia, que ahora se había convertido en un aguacero constante. Apenas se dio cuenta de ello. Pese a que Cadvan la había pinchado con la preferencia que sentía Dernhil por ella, no lo había creído. ¿Habría hecho ella algo mal? ¿O habría dicho algo que le hubiese hecho pensar otra cosa?

Una vez en su cuarto se tiró sobre la cama. Un pánico irracional la henchía. En El Castro del Gilman se había pasado mucho tiempo esquivando la atención de los matones de Gilman y de otros esclavos, y las violaciones no eran algo fuera de lo corriente. Ella había conseguido evitarlo con astucia y precaución extremas, y a causa de la virulencia de sus maldiciones. Una vez había ocurrido algo aterrador con Burk —se estremecía ante el recuerdo—, pero después de aquello nadie lo había vuelto a intentar. Él se había quedado ciego durante tres días y le habían salido furúnculos durante semanas, y nadie se había atrevido a castigarla... El único hombre en el que confiaba era Mirlad, y se había andado con cautela incluso con él; aparte de eso, la atención de cualquier hombre, por pequeña que fuese, era temida y evitada.

Sabía que Dernhil no tenía nada que ver con aquellos hombres, pero aun así no conseguía calmarse. Sacó el pergamino que le había dado y lo examinó de cerca. No conseguía entender nada, la caligrafía era enmarañada y extraña, y estaba lleno de palabras que ella no reconocía. Metió el pergamino bajo su almohada y se tumbó de espaldas, mirado el techo. Sus sentimientos hacia Dernhil se veían mezclados con el extraño pavor al pergamino.

Silvia llamó a su puerta más o menos una hora más tarde para preguntarle si quería que la ayudara a vestirse para el banquete de aquella noche.

—¿Estás bien, Maerad? —preguntó, con cierta preocupación.

—Estoy bien —dijo Maerad, mirándola acongojada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Es que alguien te ha dicho algo? ¿O estás preocupada porque te marchas?

A Silvia no le llevó mucho tiempo sonsacarle lo de su encuentro con Dernhil. Maerad se lo contó con la voz entrecortada, casi paralizada por la vergüenza. No menciono el pergamino, ya que Dernhil le había dicho que lo mantuviese en secreto para todo el mundo excepto Cadvan. Se produjo una larga pausa mientras Silvia elegía las palabras en su cabeza.

—Escucha, Maerad, entre los Bardos las cosas no son exactamente como entre la mayoría de la gente —dijo—. En parte es porque vivimos mucho tiempo —hizo otra pausa—. Una cosa que aprenden los Bardos, y que veneran sobre todas las demás cosas, es a ser sabios en los caminos del corazón, a comprender qué es lo que aman. Dernhil no es un hombre de pasiones superficiales... Creo que no ha sido tan sabio como debería haber sido. No le gustaría pensar que te ha entristecido así —se quedó callada un rato—. ¿Por qué te ha molestado tanto?

—¿He hecho algo malo? —no era capaz de decirle a Silvia lo asustada que la había hecho sentirse aquella mirada en la cara de Dernhil, no lo hubiera entendido.

—No, cariño, ¿cómo ibas a hacer tú algo malo? —palmeó la mano de Maerad—. Dudo que sea el último. Pero ¿qué sientes tú?

Sorprendida, Maerad valoró la pregunta.

—¿Hacia Dernhil? No lo sé —dijo—. Quiero decir, me cae muy bien Dernhil, ha sido muy amable conmigo, pero pienso en él, bueno, ya sabes, como un amigo.

—Y eso es lo que es, y eso continuará siendo —dijo Silvia con firmeza. Rodeó a Maerad con el brazo y la acercó para abrazarla—. No deberías preocuparte. Dernhil es un hombre adulto y no te culpará por sus sentimientos. Amar no es ninguna vergüenza: es señal de un corazón generoso, y el dolor es el precio de tener un alma abierta. Él lo sabe. En cualquier caso —dijo, cambiando de tema—, Dernhil me ha pedido que te dé esto —le tendió un pergamino enrollado sellado con cera—. Parecía bastante afligido, ahora veo el porqué. ¿Te importa si le cuento que hemos hablado?

Maerad negó con la cabeza.

—Cuéntaselo, ya estoy bien —dijo.

—Entonces volveré más tarde. —Silvia abandonó el cuarto.

Maerad miró el nuevo pergamino dubitativamente. Después de un rato, con una extraña desgana, rompió el sello y lo desenrolló. Allí escrito, de la mano clara y firme de Dernhil, había un poema, un breve enryu, que fue leyendo lentamente.

Ebrio de gracia rasqué

Lo que florecía.

¡Qué afligido está el cielo!

Debajo Dernhil había escrito: «Maerad, mis más sinceras disculpas por mi estupidez. Tu firme amigo, Dernhil». Estudió el pergamino durante unos minutos, y un cálido sentimiento, nuevo para ella, la inundó. Se preguntó si debería responderle. «Por supuesto», pensó. «Quizá algún día la historia de cómo le hice sangrar el labio será una anécdota graciosa, como la del duelo de Cadvan». Se acercó a la mesa y, utilizando uno de los papeles que le había dado Dernhil, escribió laboriosamente: «Gracias, Dernhil. De tu amiga, Maerad». Se lo daría a Silvia más tarde para que se lo entregase.

Después, al recordar con un respingo la hora que era, fue por última vez al cuarto de baño, el que quizá fuese su cuarto favorito de toda la casa. Se había dado un baño cada día, deleitándose en el agua caliente y los aceites, y la lujosa sensación de bienestar que le proporcionaba. Se pasó allí algo más de tiempo de lo habitual, y cuando volvió Silvia ya estaba en su habitación, vestida y esperándola a ella.

Parecía casi un ritual, pese a que solo lo habían hecho una vez antes, y aquella vez resultaba bastante diferente. Maerad no se sentía azorada ante las delicadas ropas y se puso el vestido sola, pese a que Silvia la ayudó con algunos de los botones de la espalda. Se sentó ante el espejo mientras Silvia la peinaba y le arreglaba el cabello, y se dio cuenta de que el corte que tenía en la frente, resultado de la pelea con los semi-hombres, estaba ya completamente curado, la única señal que quedaba de él eran una fina línea blanca cerca del comienzo del cabello. Se recostó sobre Silvia y suspiró.

—Te echaré de menos, Maerad —dijo Silvia mientras se levantaba—. El riesgo que se corre en toda amistad es, por desgracia, el de sufrir un pequeño dolor. Tú me has hecho recordar muchas cosas que he amado, que ahora han desaparecido. Es motivo de alegría, y también de dolor, y te doy las gracias por ello —se sacó un paquetito del pecho y se lo dio a Maerad—. Quería darte algo que te haga recordarme. Perteneció a mi hija, Clavila, y me gustaría que lo tuvieses tú.

Maerad desenvolvió el paquete sin habla. Dentro había una piedra blanca como la de Silvia llevaba en la mano. Estaba suspendida en una fina cadena de oro.

—Es una piedra que se llama Estrella de Agua, dhillian, es apreciada por la Luz y tiene ciertas virtudes —dijo Silvia—. Quizá en un lugar oscuro te traiga curación —la colocó alrededor del cuello de Maerad, y esta se miró al espejo—. Y en un lugar iluminado, por supuesto, te adorna —la besó en la mejilla.

Maerad se volvió y abrazó a Silvia casi con desesperación, como si fuese una niña pequeña. La abrazó con fuerza, respirando su aroma, una fragante mezcla de leche, almendras y lavanda. Al final Silvia la besó en la parte alta de la cabeza y dijo:

—Deberíamos bajar.

—Gracias, Silvia —murmuró Maerad—. Muchas gracias, por todo, por todo lo que me has dado. Desearía poder darte algo a cambio.

—Ya lo has hecho —respondió—. Venga, vamos.

Malgorn y Cadvan las estaban esperando en la sala de música, e hicieron juntos el camino hacía el Gran Salón para el banquete. Silvia y Malgorn se separaron de ellos en la puerta, ya que Malgorn era Primer Bardo en ausencia de Oron. Maerad echó un rápido vistazo a su alrededor en busca de Dernhil, pero descubrió con una mezcla de alivio y desilusión que no estaba allí. El Salón estaba decorado como antes, pero Maerad percibió un cambio en la atmósfera del banquete. Pensó que quizá fuesen sus propios espíritus pesados, pero cuando se lo comentó a Cadvan este estuvo de acuerdo.

—Sí, una sombra se extiende sobre los Bardos —dijo—. Después de una semana hablando, lo único que ha salido a la luz han sido nuestras diferencias. Todos estuvimos de acuerdo en que algo está ocurriendo. Hay demasiadas pruebas para negarlo, o como para hacerlo a un lado como si formase parte de un ciclo natural, pese a que incluso ahora queda quien busque hacer eso. Pero incluso aquellos de buena voluntad no son capaces de ponerse de acuerdo sobre qué hacer, ni tan siquiera donde está el mal.

—Nunca había asistido a un Encuentro en el que se hayan llegado a tan pocas conclusiones —dijo Saliman, que de nuevo estaba sentado con ellos—. Creo que eso ya es un síntoma por sí mismo. ¡Y yo que pensaba que venía al norte en busca de ayuda! —negó con la cabeza—. Sabes, Cadvan pienso que en el sur estamos más cerca de las maneras y necesidades de la Luz. Mi gente es sincera y directa: no retuercen el Habla al pie de la letra y olvidan así su espíritu, como hacen algunos aquí. Algunos norteños han olvidado lo que significa ser Bardo. No en Innail, por supuesto —continuó—. Oron es un gran Bardo, y la luz está viva y fuerte en esta Escuela. Pero me desagrada lo que dicen de los de Ettinor y Desor, y otros. Vienen con quejas y se van aireados —miró por encima de su hombro, hacia donde estaban sentados Helgar y Usted, en otra mesa, muy inmersos en una conversación.

—Tienes razón, Saliman —dijo Cadvan—. Eso nos indica que en estos tiempos están ocurriendo muchas cosas.

—¿Por qué no vienes hacia el sur conmigo, Cadvan? —preguntó Saliman—. Necesitamos gente como tú. Las fuerzas se están construyendo en Den Raven, y mi gente se está armando contra los Hechiceros Negros. Por lo menos allí estamos preparados para la lucha.

—No puedo —respondió—. O por lo menos todavía no. Tengo otras responsabilidades, y mi camino se dirige hacia el oeste.

—No todas serán tan pesadas, tampoco —dijo Saliman sonriéndole a Maerad—. ¿Cómo van tus lecciones?

La conversación derivó a temas más generales, y Saliman entretuvo a Maerad con historias de Turbansk, la gran ciudad del sur que era su hogar.

—Allí el sol lo calienta todo, no tenemos esta llovizna helada —dijo—. ¡Ojalá

pudieses verlo! Las torres son lirios de piedra, y dentro de ellas los patios están cubiertos de frescas parras, bajo las que te puedes sentar y escuchar las fuentes mientras come uvas. Y las calles... las sedas de los tenderetes, el mercado de flores... —su voz se llenó de melancolía—. Sentarse sobre lo muros de la Torre Roja, que se yerguen escarpados desde las aguas de plata del Mar de Lamarsan, y mirar la puesta de sol mientras escuchas los gritos de los vendedores de frutas, a los pájaros y los monos que se preparan para dormir... no hay nada más hermoso en el mundo entero.

—Quizá vaya allí algún día —dijo Maerad.

—¡Eso es una promesa! —exclamó Saliman—. Te llevaré a los Oratorios, las grandes cuevas en las que durante miles de años mi pueblo ha adorado la Luz. Las aguas del río Lamar se funden ahí con el estanque sagrado, chapoteando bajo la luz de la luna como un velo de diamantes. Entonces te quedarás sin palabras. ¿Verdad que sí, Cadvan?

—Ninguna persona que tuviese ojos podría evitarlo —dijo Cadvan, sonriendo—. Nunca he visto nada que pueda rivalizar con ello.

—Siento nostalgia de mi hogar —dijo Saliman, aunque no resultaba necesario que lo mencionase—. Incluso he sido incapaz de descansar, y para mi esa es una sensación desconocida. Creo que no he pasado suficiente tiempo allí. Quizá cuando se avvicinen las sombras nuestros corazones vuelvan al hogar y a aquellos a los que amamos.

—¿Vuelves ahora a casa? —preguntó Maerad.

—Por desgracia no. Primero debo ir a Norloch. Tal vez encuentre allí lo que busco, pero en mi corazón creo que no será así. Un largo viaje, que no me proporciona ninguna alegría, pese a que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a Nelac, y le he echado de menos. Nelac fue mi maestro y el de Cadvan —le explicó a Maerad—. ¿Te ha hablado de él, tal vez? Un gran Bardo, sin duda. Pero incluso un gran Bardo envejece, y necesitamos más como él. Me disgusta todo lo que escucho acerca de lo que está ocurriendo en esta tierra. Todo lo bueno y sano se marchita.

—No es propio de ti estar tan alicaído —dijo Cadvan—. ¿Cuándo partirás?

—En una semana o así, creo —dijo Saliman—. Me siento reacio a apresurarme a abandonar este refugio. Y sería mucho más dulce si quienes me desairan por el color de mi piel se hubiesen ido ya. —Maerad sabía que se refería a Helgar y a Usted, y a algunos más—. Tampoco he tenido tiempo para tener un consejo adecuado con Oron, lo que deseo hacer antes de marcharme.

Aquella noche Cadvan no subió al estrado, y Maerad escuchó cómo los demás Bardos tocaban las canciones de la despedida. Su sensación premonitoria no hacía disminuir su deleite por la música, y estaba tan absorta que pegó un salto cuando Cadvan le dijo que era hora de partir.

Juntos se despidieron de Saliman y después caminaron hasta la gran mesa a la que estaban sentados Malgorn y Silvia.

—Saldremos con vosotros —dijo Silvia—. Comienzo a cansarme —caminaron en silencio hasta la casa de Silvia y Malgorn, en donde Cadvan y Maerad se pusieron sus ropas de viaje. Maerad se quitó su elegante atuendo y se puso el chaleco y los pantalones de cuero que Silvia le había apartado, y por encima se echó una pesada capa color azul oscuro. Mantuvo la joya que le había dado Silvia alrededor del cuello, oculta bajo sus ropas. Llevaba la cota de malla y el yelmo guardados en el equipaje. Dobló apenada el vestido carmesí y lo dejó en la cajonera. Supuso que pasaría mucho tiempo antes de que volviese a llevar unas ropas tan delicadas. Después, tras echar un rápido vistazo por su habitación, recogió el equipaje y se dirigió escaleras abajo.

—Ahora ya somos auténticos viajeros —dijo Cadvan. Volvía a llevar las ropas que ella recordaba de su primer encuentro, gastadas y sucias por el viaje, pero ahora estaban limpias y remendadas—. Pero no acamparemos hasta haber abandonado el Valle de Innail. ¡Aquí hay muy buenas posadas ante las que sería un crimen pasar de largo!

Maerad sonrió con alivio, ya que estaba aterrorizada ante la idea de dormir al aire libre con aquel tiempo. Cadvan le ofreció un vasito de vino dulce.

—Debemos beber la copa de separación —alzó el vaso hacia Malgorn y Silvia—. Que la paz sea sobre vuestra casa y sobre en los que en ella habitan —dijo.

—Y que la Luz lleve vuestro viaje a un final seguro —dijo Malgorn. Bebieron el vino, y después Cadvan y Maerad abrazaron a Silvia para despedirse. Malgorn iría con ellos para enseñarles un camino privado para salir de la Escuela.

—Asegúrate de que no se lo come todo él —le dijo Silvia a Maerad, con una sonrisa triste—. Todavía tienes que ganar algo de peso.

—Bueno, seamos justos —dijo Cadvan—. ¡No creo que pueda meterle nada en la garganta a la fuerza!

—¡Adiós! —dijo Silvia, y se quedó de pie sola ante la puerta, mirándolos hasta que se desvanecieron por completo en la oscuridad.

Caminaron con rapidez por las calles nocturnas de Innail hacia los establos, bien envueltos en las capas para mantenerse alejados del frío. Comenzaba a llover, una ligera ducha de agua que poco a poco se iba haciendo más fuerte. Sus pasos resonaban en los muros blancos de las casas, y las gotas de lluvia rebotaban sobre los adoquines mojados como motas de luz fría. Cuando vieron a un grupito de Bardos rezagados que volvían a casa del banquete se escondieron en un soportal, cubriéndose los rostros con las capuchas. A excepción de eso, no vieron a nadie y pasaron desapercibidos entre las sombras.

Maerad ya se sentía exiliada de la vida de Innail. Hasta hacía diez minutos había sido parte de ella, un hilo brillante de su complejo tapiz. Ahora la tristeza arrastraba sus pasos. ¿Volvería alguna vez? Allí se sentía segura y a gusto. Ante ella se erguían las penurias y la huida, la seguridad del peligro e inseguridad ante su destino. Pero

una voluntad poderosa respondía al oscuro miedo que se removía en su interior; no podía expresar con palabras por qué debía dejar Innail pero, en algún recóndito lugar de su mente, estaba segura de que no podía hacer otra cosa.

Cadvan ayudó a Maerad a amarrar el hatillo a la silla, y después, tirando de sus caballos, siguieron a Malgorn por unos callejones estrechos y oscuros que Maerad no había visto antes, hasta llegar a las murallas de la Escuela. Él los llevó hasta una puertecilla de hierro atrancada con pesados cerrojos, del tamaño justo para que pasasen los caballos. Malgorn sacó una llave de hierro y abrió la puerta sin emitir ningún sonido. Tras un último y precipitado abrazo la cruzaron. La puerta se cerró tras ellos con un sonido sordo.

Maerad escuchó cómo la llave giraba en el cerrojo y los pestillos volvían a su lugar, y después únicamente quedó el pesado golpeteo de la lluvia.

RACHIDA



*Y un día un rey de su sueño hechizado
se despertó en este trono de hielo y vio
la primavera que le habían negado,
tan bella, luminosa y espléndida
que en sus ojos congelados la escarcha
se quebró y de ellos descendió una lágrima
que fundió las cadenas del invierno,
la esclavitud y los años de ruina.*

*Entre ellos dos se erguía un muro helado
rodeado de yermas tierras invernales
más clara vieron en la faz del amado
la luz que aún persistía del verano:
entonces como un rayo quebró el hielo,
doncella inmortal y hombre se abrazaron,
sin mañana, caído el muro helado,
y sus luces y sombras de fusionaron.*

De La leyenda de Ardina y Ardhor

Cabalgaron de noche en una oscuridad casi absoluta. Las pesadas nubes hacían que la luz de la luna les pudiese ayudar poco en su camino, y lo único que veía Maerad era la forma oscura de Cadvan, las sombras aún más oscuras de los árboles a cada lado y el débil brillo de la carretera que tenían delante. Imi caminaba con paso seguro y no tropezaba nunca. Una hora después la lluvia amainó, y poco más tarde llegaron a un desvío. Cadvan tomó el camino hacia el oeste, y llevaban cabalgando una hora más cuando el sonido amortiguado que producían los cascos de los caballos al golpear el sendero cambió al agudo tintineo de los adoquines, y Maerad vio perfiles negros de casas a su alrededor. Redujeron el paso y Cadvan se inclinó hacia ella, señalando uno de los edificios.

—Estamos en Stormont —dijo—. Esta casa es Los Escaques, una de las mejores posadas del valle de Innail. Grall se levantará para recibir a los viajeros que llegan a horas tardías, y el lugar es bastante agradable.

Maerad estaba entumecida por el frío y el cansancio, y se sintió agradecida por tener un respiro de la lluvia. No pasó mucho tiempo hasta que Cadvan hubo despertado al posadero, que miró con curiosidad a Maerad pero los admitió con alegría y, tras haber dejado a los caballos en los establos, les enseñó un par de cuartitos abuhardillados unidos entre ellos por un cómodo salón, en el que se apresuró a encender el fuego.

—Les ruego me disculpen, pero ya pasan unas cuantas horas de la hora de cenar —dijo el posadero—. Tienen suerte de haber venido hoy. Pasado mañana estaré al completo de Bardos.

—Te agradecería que guardases silencio sobre nuestro paso —dijo Cadvan—. Algunos son demasiado curiosos para mi gusto.

Grall le dirigió a Maerad una mirada de reojo y se puso el dedo sobre la nariz.

—Los secretos están a salvo conmigo —dijo con aire conspiratorio—. Como usted bien sabe, señor Cadvan. ¿Desearía tal vez que le traiga un poco de vino especiado? ¿Y para la señorita? Parecen congelados.

Salió a toda prisa, y Maerad estalló en risillas. Cadvan tiró su capa sobre una silla y se acercó al fuego.

—Quizá no sea algo malo tener preparado un motivo para la discreción —dijo,

mirando a Maerad divertido—. Grall es un buen hombre, tengo razones para saber que puedo confiar en él. Si no fuese por eso, estaríamos acampando bajo unos árboles chorreantes, ¡y sin fuego!

Poco después Grall estaba de vuelta con unos vasos de barro llenos de vino especiado caliente, y Maerad fue sorbiéndolo soñolienta, mirando al fuego y sintiendo cómo el calor la hacía estremecerse hasta los pies. El viento lanzaba más lluvia contra la ventana y aullaba entre los árboles en el exterior, y se sintió inmensamente agradecida por no tener que pasar la noche fuera. En cuanto acabó el vino, se levantó y se fue a la cama bostezando.

Le pareció que solo había pasado un minuto cuando Cadvan estaba llamando a su puerta.

—¡Hora de desayunar! —dijo—. Quiero que comencemos a movernos enseguida, los Bardos de Innail no deben andar lejos. —Maerad se dio cuenta de que estaba muy hambrienta y, tras un lavado espartano, se unió a Cadvan en el salón. Grall les trajo un inmenso desayuno, compuesto de salchichas, costillas, alubias negras, setas y pan fresco, preocupándose por Maerad de una forma tan exagerada que a ella le costó mantenerse seria. Todavía estaba oscuro, pero pronto un toque de gris pálido comenzó a iluminar las ventanas. Pese a que había dejado de llover, el exterior parecía sombrío y deprimente. Lo último que le apetecía a Maerad era una larga cabalgata, pese a que se preguntó con esperanza si Cadvan tendría pensado detenerse en posadas durante todo el camino a Norloch. Quizá así no sería tan terrible.

En menos de una hora estaban montando los caballos. Un sol aguado luchaba ahora por salir entre las nubes, pero con escaso éxito. Grall les aguantó las bridas mientras montaban.

—Ni una palabra, Grall, por favor —dijo Cadvan—. No me gustaría tener noticias de mis propios movimientos.

—Ya me conoce, seré una tumba —dijo Grall—. Pese a que siento que no se quede más tiempo. Estaba deseando tener noticias tuyas, y sé que lo que cuenta el señor Cadvan es más fiable que lo que viene de otros, no sé si entiende a qué me refiero.

—Yo también lo siento, y no solo por eso —dijo Cadvan—. Siempre has dirigido uno de mis lugares de paso favoritos.

A Grall se le iluminó la cara.

—Tenemos una cierta reputación, y eso es un hecho —dijo—. Y no miento si le digo que mi cerveza es especialmente buena desde la última vez que estuvo aquí. Desearía que nos visitase más a menudo. La bodega del Escaques es ahora famosa en la zona —después volvió a parecer preocupado y se inclinó hacia delante, susurrando con voz ronca—. Pero no paro de escuchar rumores, malas noticias, estoy seguro. Las cosas se están desmadrando, si no me equivoco. Necesito urgentemente sus consejos.

—Sí, las cosas se están desmadrando, Grall —dijo Cadvan muy serio—. ¡Ojalá no te afecte! Puedes estar seguro de que los Bardos están haciendo lo que está en su mano. Pero de verdad que debemos irnos ya. ¡Bendita sea tu casa!

Grall soltó por fin las bridas y se marcharon.

Stormont era un pueblo en el que había tal vez una docena de casas, todas con las ventanas bajas, pintadas de blanco y con el tejado hecho de juncos de río oscuros. Maerad miró a su alrededor maravillada: nunca había visto un pueblo así, y en verdad le parecía tan exótico como Innail, pese a que Cadvan pasaba por él sin dirigirle apenas una mirada. Todavía era temprano y no había nadie en la carretera, pero vio que ya había luces que se colaban por las ventanas cerradas. Los gallos cantaban y los perros ladraban, y en la lejanía se escuchaba un granjero que llamaba a sus vacas y el tintineo de los cencerros. Fuera del pueblo, las colinas estaban sumidas en la niebla, pero cuando salió el sol, esta comenzó a dispersarse y hubo incluso un poco de luz, aunque no aportaba ningún calor, y las nubes grises y pesadas que se acercaban sobre las montañas prometían más lluvia.

Cuando estuvieron tranquilamente fuera del pueblo, Cadvan se volvió hacia Maerad y dijo:

—Quizá deberíamos disfrazarnos un poco. Soy conocido por estas tierras —se limitó a pasarle las manos por delante, y Maerad parpadeó y miró a su alrededor. No vio ninguna diferencia.

—Tú tienes ojos de Bardo, así que no funciona contigo —dijo Cadvan—. Solo es un conjuro destellante. Pero para cualquier mozo de labranza que pase por casualidad por la carretera, yo pareceré un gordo granjero norteño de Milhol que cabalga junto a su esposa. Hay muchos por estos lares, que llevan sus bienes al mercado o vienen a comprar. Así que acuérdate de llamarme esposo, si has de llamarme algo.

Continuaron durante el resto de la mañana a paso rápido, hablando poco. Se cruzaron con unas cuantas personas por el camino, y Maerad los miró con curiosidad: tenían el cabello y la piel clara, e iban vestidos con la misma delicada tela de lana de la que estaban hechas sus ropas. Saludaban con la cabeza a los extranjeros con una reserva que no era hostil pero tampoco invitaba a la conversación.

Aunque había pasado en Innail más de una semana, era la primera vista real que Maerad tenía del valle, o la Franja, tal y como se llamaba a menudo a la región que estaba alrededor de las Escuelas. Cuando habían entrado en ella por primera vez era de noche, y el resto del tiempo se lo había pasado encerrada en la Escuela, entre muros, igual que había estado la mayor parte de su vida. Pero los muros de Innail, reflexionó, eran muy diferentes a los muros del Castro de Gilman: Innail la protegía y le daba libertad, mientras que el castro era una prisión.

La Franja de Innail era prácticamente una región independiente, un valle densamente poblado de colinas verdes y fértiles suspendidas entre dos collados que se dividían del Osidh Annova, que casi se juntaban en su parte más estrecha, creando un enclave que era un refugio natural de unas veinte leguas en la zona más ancha y no

mucho más largo. Estaba poblado desde tiempos inmemoriales, y sus habitantes se consideraban algo aparte de Annar, pese a que reconocieron al Monarca cuando la Gran Sede había sido establecida en Norloch. Se enorgullecían de su autosuficiencia e independencia, y eran famosos por sus telares y tejidos y por su cocina. En el valle destacaban dos ciudades importantes: Tinagel, donde vivía el Administrador, y la Escuela de Innail. También había muchos pueblos como Stormont, en los que había quizá un par de docenas de casas, y cientos de pequeñas y prósperas granjas. El río Imlan discurría por el centro, alimentado por muchos arroyuelos que bajaban, limpios y fríos, de las laderas de las montañas.

Maerad cabalgó sobre carreteras de grava que atravesaban campos rodeados por hileras bien recortadas de espinos que en aquel tiempo comenzaban a florecer. Con frecuencia veía granjas construidas con la misma piedra amarilla de los edificios de Innail, muchas de ellas rodeadas por huertos de árboles cargados de flores rosas y blancas. Las flores del principio de la primavera, azafranes, narcisos y jacintos, se abrían paso entre la hierba húmeda, y de vez en cuando una pequeña ráfaga de fragancia le soplaban en el rostro a Maerad entre el aire fresco. Era como si estuviesen cabalgando por un inmenso cuenco; las verdes colinas se elevaban a cada lado hacia las escarpadas paredes de las montañas en la distancia, que ahora estaban escondidas entre las pesadas nubes. Ni siquiera el penetrante viento podía evitar que Maerad cabalgase por el valle como en una nube de maravilla.

Hicieron una rápida parada en un bosquecillo de fresnos, y realizaron una comida rápida y alegre. Los caballos pasearon por allí paciendo en la hierba, y parecían tan poco proclives a hacer una parada larga como ellos. Enseguida estaban otra vez de camino.

—¿Nos volveremos a quedar en una posada esta noche? —preguntó Maerad esperanzada cuando montaron.

Cadvan sonrió.

—Este tiempo es un poco duro para ser primavera —dijo—. Aunque aquí es a menudo así, al estar tan cerca de las montañas.

—Sería una perspectiva más agradable —dijo Maerad—. Y también sería mejor para los caballos.

—Estoy de acuerdo —dijo Cadvan—. Ya tendremos suficientes campos incómodos cuando hayamos salido del valle. Alégrate: nos dirigimos a otra posada que conozco, un lugar llamado Barcombe. Esta vez iremos disfrazados. Y después de eso, ¡prepárate para las raíces de árboles!

Hacia el crepúsculo la carretera comenzó a girar hacia lo alto de un valle que escondía otro pueblecillo. Cruzaron entre el repiqueteo de los cascos los terrenos comunales, en dirección a una posada llamada EL SAPO VERDE. Esta vez el posadero, un hombre grueso llamado Halifax, los miró con desconfianza.

—No hay mercado esta semana —dijo—. Se han equivocado de día.

—El mercado fue la semana pasada —dijo Cadvan con un fuerte acento del norte

—. Hemos venido a ver al primo de mi esposa a Innail. Y a usted ¿qué más le da, de todas formas?

—Perdonen que pregunte —dijo Halifax—. Nunca se tiene demasiado cuidado. Hay extranjeros que vienen por aquí y luego desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, olvidándose de la cuenta, no sé si saben a qué me refiero. Nos toman por capones.

—Le pagaremos por adelantado, señor Halifax, y espero que eso le sirva —dijo Cadvan mientras le tendía unas monedas—. Me gustaría ver las habitaciones. Mi esposa y yo hemos tenido un día duro, y mañana tenemos un largo camino por delante.

Ligeramente aplacado, el posadero los llevó a una habitación que tenía un saloncito. Maerad miró a su alrededor, incómoda: estaba claro que Cadvan y ella tendrían que compartir la cama.

—La cena, si nos hace el favor —dijo Cadvan—. Y nos iremos pronto a la cama, ¿sí, mi amor? —Halifax se marchó, tras llamar al mozo, y Cadvan se sentó y se quitó las botas. Le hizo un guiño a Maerad y, a su pesar, ella se ruborizó.

—Estaré más contento cuando salgamos de lugares habitados —dijo—. Entonces quizá podamos comenzar con tus lecciones. ¡No creas que me he olvidado! —estiró las piernas hacia el fuego.

Maerad se quitó la capa y se sentó dejándose caer pesadamente. Se sentía dolorida y agotada tras la cabalgata del día. Al pensar en que solo había una cama, comenzó a sentir cómo el pánico le volvía a subir por la garganta, pero lo echó a un lado.

—Solo hay una cama —susurró.

Cadvan levantó rápidamente la vista, y Maerad comprendió que sabía o había adivinado más de lo que ella había percibido de sus dudas y miedos.

—Eso tiene fácil solución —dijo—. Yo dormiré en el sofá. Todo un lujo para un hombre como yo.

—Un duro hombre salvaje —dijo, sintiéndose repentinamente aliviada—. Sin duda un suelo de piedra sería un lecho de príncipe.

—Del mejor plumón. Pero por supuesto, eres bienvenida en tal confort, si lo deseas.

Maerad se echó a reír, su ansiedad se había disipado. Poco después Halifax les trajo la cena en una bandeja, un gran guiso de ternera con aroma a hierbas cubierto por una gomosa capa de queso fundido, con pan fresco y un buen vino local.

—Para los postres tenemos tarta de manzana, si lo desean —dijo—. Mi esposa prepara una cuajada que es famosa en toda la zona.

Cadvan elevó una ceja en dirección a Maerad, al la que se le estaba haciendo la boca agua al pensarlo, y cuando terminaron el guiso se comieron la tarta, caliente y recién salida del horno, atravesada por una rejilla de pasta tan ligera que se deshacía en la boca, mientras la cuajada se derretía amarilla por entre la manzana caramelizada.

—Es una señora entre las tartas —dijo Cadvan con un gran suspiro. Cuando Halifax vino a llevarse los platos, Cadvan se lo dijo, y él pareció complacido.

—Marta estará contenta de escuchar esto —dijo—. Cuida mucho su cocina, es bien cierto, aunque haya a quien no le importe o no se dé cuenta.

—Las cosas se han puesto peor en los últimos años, está claro —dijo Cadvan—. Mi primo tiene una posada cerca de Ettinor, y apenas es capaz de mantener unidos cuerpo y alma.

—He escuchado decir que los Bardos son muy exigentes en Ettinor —dijo Halifax—. Y que apenas dejan nada para que la gente viva, se pegan la gran vida a costa del sudor de los demás sin decirles ni un triste gracias. No son como los de nuestra Escuela, donde dirigen las cosas con justicia, no sé si sabe a qué me refiero. Aquí los Bardos son como deben ser. Están aquí en cada Comienzo de Primavera y cada cosecha, y los chiquillos del lugar se saben todos sus cuentos. Recuerdo cuando mi hija, de bebé, tuvo la peste bruja. Parecía que se iba a morir, y Oron en persona vino y le impuso las manos.

—No se puede pedir más justicia que esa —dijo Cadvan—. Pero otros no son tan justos.

—Cierto es, sin duda —dijo Halifax. Maerad, que no había osado abrir la boca durante ninguna de las conversaciones con el posadero, observó alarmada que parecía que fuese a iniciar una larga charla—. Precisamente anoche vinieron por aquí un par de tipos sospechosos —continuó—. Es por eso por lo que he sido un poco duro con ustedes, les suplico que me disculpen. Se marcharon antes del alba, y no me dejaron ni un real después de todo lo que comieron y bebieron. Eran norteños, y no andaban en nada bueno, si les digo lo que pienso.

—Eso es algo malo —dijo Cadvan, con acrecentado interés—. Pero no todos son así. Todavía quedan tipos decentes. ¿Adónde se dirigían?

—No me lo dijeron, no paraban de lanzar miradas de desagrado a su alrededor como si esto estuviese lleno de porquería —dijo Halifax—. Pero después pensé que parecían Bardos, aunque me daban mala espina. No era capaz de mirarlos a los ojos.

Cadvan negó con la cabeza.

—Son días oscuros, señor Halifax. Bueno —se estiró y bostezó—. Sean días oscuros o no, necesito dormir un poco.

—Y yo tengo mis propios asuntos que resolver, en vez de quedarme aquí lamentándome como una vieja —dijo Halifax—. ¡Que tengan buenas noches!

Cuando se marchó, Cadvan se puso en pie y cerró la puerta con llave. Parecía pensativo.

—¿De qué hablaba? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Tal vez no fuese nada, o tal vez sí —dijo Cadvan—. Creo que hicimos bien en dejar Innail en el momento en el que lo hicimos. No me gusta oír hablar de personas sospechosas «que parecen Bardos». Se dirigían a Innail, sin duda. Los posaderos no son idiotas, están acostumbrados a toparse con muchos tipos de personas, y su

intuición es a menudo más experta que la de la mayoría.

—¿Estás hablando de Bardos corruptos o algo así? —preguntó Maerad. Pero a pesar de sus sondeos, Cadvan no dijo nada más de lo que pensaba.

Aquella noche el viento hizo que el cielo se quedase despejado, arrancando a las nubes de la luna y permitiendo que su luz plateada cayese sobre los campos y los pueblos dormidos de la Franja de Innail. El río brillaba ligeramente, serpenteando como una cuerda dorada entre los campos grises y cargados de rocío, y el viento soplaba entre los árboles, emitiendo un sonido parecido al del mar. Bajo el ruido del viento solo se escuchaban los sonidos de las pequeñas criaturas: la llamada de un búho, el ganado dormido que se removía, los gritos solitarios de las aves acuáticas, el chillido de un animalillo sorprendido por un predador en su paseo nocturno.

Maerad se removía inquieta, dormida, y comenzó a soñar.

Lejos de allí, en la Escuela de Innail, un rayo de luz de luna se deslizó entre las tablillas de la ventana y cayó sobre la mejilla de Silvia. Esta se llevó la mano a la cara, murmurando algo inaudible, y se dio la vuelta. En la calle de abajo, los adoquines se veían blancos bajo la luz de la luna, pero encharcados por sombras negras. La apariencia era pacífica, pero cualquiera que mirase durante un tiempo un poco prolongado —un pájaro, por decir algo, desde un tejado— podría haber pensado, parpadeando ante la engañosa luz de la luna, que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. A veces parecía que las sombras se estiraban y distorsionaban, como si algo negro se estuviese moviendo a hurtadillas contra las paredes de las casas, pero después, si meneabas la cabeza, allí no había nada. Si el observador hubiera sido paciente, tras un rato hubiera visto con claridad que dos figuras oscuras y cubiertas con capas se movían furtivamente allí abajo, manteniéndose siempre alejadas de la luz, saltando sigilosamente de portal en portal.

Recorrieron toda la calle hasta llegar a los escalones de la casa de Malgorn y Silvia. Allí se detuvieron, subieron los escalones e intentaron abrir la puerta. Se disparó un breve e insoportablemente brillante destello luminoso, y las figuras cayeron a la calle. Se levantaron rápidamente y se desvanecieron en la oscuridad.

Poco después, Dernhil estaba sentado en su cuarto, tal y como Maerad se lo había imaginado alguna vez, con la barbilla apoyada en la mano, profundamente absorto en un libro. El fuego estaba prácticamente reducido a cenizas, mientras las brasas chisporroteaban adormiladas, y la luz de la lámpara caía pacíficamente sobre los libros caídos y los pergaminos que había sobre la mesa. De repente levantó la vista con recelo, como un ciervo que olfatea a un lobo, y casi inmediatamente después llamaron a la puerta.

Dernhil se quedó sentado muy quieto en su silla y no se levantó para abrir. Hubo

otra llamada, como si estuviesen golpeando la puerta con algún objeto pesado, y después esta se abrió de golpe. Había dos figuras de pie en el umbral oscuro.

Dernhil se puso en pie mientras las figuras caminaban hacia la luz. Estaban envueltas en pesadas capas y botas negras, y las capuchas les ensombrecían el rostro. Pese a ello pudo ver que los ojos les ardían rojos. Un frío sepulcral penetró en la sala junto a ellos y Dernhil levantó las manos como si pretendiese repelerlos.

—¡No puedes conjurarnos! —dijo con dureza una de las figuras mientras realizaba un extraño movimiento con las manos.

Dernhil se quedó quieto de repente, como si estuviese congelado.

—Hemos venido en busca de un poco de información, Dernhil de Gent. Ayúdanos, y nuestro señor te recompensará con creces.

Se produjo un largo silencio.

—Sé quiénes sois —dijo por fin Dernhil. Sus palabras eran espesas, como si estuviese sufriendo un gran dolor—. No tendré tratos con ninguno de los vuestros.

Su interlocutor levantó un dedo y Dernhil hizo una mueca de dolor.

—No hables tan deprisa —dijo—. No sabes lo que harás en este mundo ni en el próximo, Bardo. Vuélvete a pensar. Hemos oído que le estás dando clases a una muchacha. Queremos saber cosas de ella.

Esta vez Dernhil no dijo nada, sino que se quedó mirándolos fijamente, y un aura de luz, que recordaba a la luminosidad de la luz del sol sobre los árboles en verano o el resplandor de una fuente, pareció recorrer ligeramente su contorno. La otra figura bufó, tomando aliento rápidamente, y los dos dieron un paso atrás. El primero volvió a hablar entre dientes, con la voz tensa por la ira.

—No sobrevivirás fácilmente a tal impertinencia —dijo—. Pero lo que no se entrega libremente puede cogerse —se acercó a Dernhil, que todavía era incapaz de moverse, y le tomó el mentón y la mano. Dernhil abrió mucho los ojos con repugnancia y miedo mientras la mano lo obligaba sin compasión a mirar a la figura a la cara. No podía cerrar los ojos ni apartar la cabeza, y parecía que las dos figuras, el Bardo y el encapuchado, se quedasen allí durante una eternidad, envueltos en una batalla desesperada y silenciosa. Al fin Dernhil emitió un gran grito y se derrumbó en el suelo. La primera figura se volvió y realizó un gesto de desprecio.

—No había nada —dijo—. Nada.

—Ahora es inútil —dijo el otro, y le pegó una patada a Dernhil como si le estuviese dando una patada al cadáver de un animal.

Se dieron la vuelta y salieron del cuarto. Dernhil yacía inmóvil en el suelo, en el lugar en el que había caído, con los ojos vidriosos y muy abiertos por el terror.

Maerad se despertó sobresaltada.

Le parecía haber escuchado un grito, que desde un profundo abismo una voz la llamaba con una angustia extrema. Se sentó en la oscuridad, con la piel de gallina,

intentando atrapar el grito. Pero este se había desvanecido como si formase parte de un sueño difícil de recordar. Lo único que era capaz de escuchar era la lluvia que repiqueteaba sobre las contraventanas. Se sentó y escuchó, con el corazón martilleándole en el pecho, luchando contra una aplastante sensación de pérdida y desesperación, pero no oía ni sentía nada más.

Paso mucho tiempo hasta que por fin volvió a cubrirse con las mantas y se sumió en un sueño intranquilo.

Al día siguiente estaban levantados antes de que saliese el sol, y comieron en la enorme cocina de la posada, en la mesa de pino pulido, con Halifax y su esposa, Marta, calentados por la estufa de hierro.

—Es callada su esposa, ¿a que sí? —dijo Halifax moviendo el hombro en dirección a Maerad.

—No le gustan demasiado los desconocidos —dijo Cadvan—. Es sociable a su modo.

—Bueno, hay otras que no se callan nunca, así que supongo que no hay mal que por bien no venga. —Halifax puso los ojos en blanco cómicamente, y Marta le pegó una patada bajo la mesa.

—Yo sí que sé de uno que anda por aquí y nunca se calla —dijo tranquilamente—. ¿Quieren que les prepare algo para el mediodía? Han de hacer un largo viaje hasta Milhol, por muy buenos que sean sus caballos.

Esperaron mientras ella les cortaba unas rebanadas de un pan tierno y les hacía un paquete con carne fría, pepinillos, quesos y unas cebolletas frescas. Cadvan lo metió en su hatillo, tras darles las gracias a los posaderos, y después Maerad y él se fueron a los establos, montaron los caballos y se marcharon. El amanecer ya pintaba una línea rosa en el horizonte y el agudo gorjeo de los pájaros comenzaba a despertar al campo mientras salían trotando de Barcombe y retomaban la carretera del oeste.

—Ahora ya casi hemos salido de la Franja de Innail —dijo Cadvan—. Y estoy pensando que cuanto más lejos lleguemos, mejor —en silencio, todavía perturbada por el grito que la había despertado la noche anterior, Maerad estuvo de acuerdo con él. Apuraron a los caballos para que fuesen a medio galope, y así continuaron durante las siguientes dos horas, hasta que el sol se elevó en el cielo claro y disolvió las neblinas más tempranas. Maerad vio que las montañas discurrían mucho más cerca a cada uno de sus laterales. Prácticamente acababan encontrándose a unas cuantas millas de allí, donde cada cerro iba decayendo hasta convertirse en una suave colina, la abertura del valle al que llamaban la Boca de Innail. Ahora la carretera era más ancha y recta, y parecía mucho más gastada, pero no vieron a nadie más durante aquella primera parte de su cabalgata. Un par de horas después volvían a estar bajo las sombras de las montañas, cabalgando al lado del río Imlan, que discurría

caudaloso entre sus orillas de escasa pendiente. Al otro lado había estrechos campos y pocas casas, y unos bosques de pinos que se alzaban desde donde estaban estas hacia las laderas. Cadvan redujo la marcha.

—Estaremos fuera de aquí tranquilamente a la hora de comer, me parece —dijo—. Aun así, ahora estaría bien estar alerta. Podría haber espías colocados a lo largo de esta carretera, es el único camino que sale del valle.

—¿Espías? —dijo Maerad. Levantó la vista hacia el cielo involuntariamente y vio un pájaro negro que volaba en círculos. Cadvan le siguió la mirada.

—Sí, de todo tipo —dijo en tono grave. Mientras miraban, el pájaro comenzó a volar hacia ellos, y Cadvan lo observó, deteniendo a Darsor. Maerad comenzó a darse cuenta de que el pájaro se dirigía a ellos.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó, repentinamente asustada.

—Nada —dijo Cadvan—. Es un cuervo, si no me equivoco.

—¿Un cuervo? —dijo Maerad. Esperó con Cadvan. El pájaro aleteó pesadamente hasta posarse sobre el brazo de este. Abrió el pico y, para asombro de Maerad, habló en lengua corriente.

—Salve, señor Cadvan —dijo.

—Salve, señor Kargan —dijo Cadvan—. ¿Qué le trae por aquí?

—Corrientes malvadas. Vengo de parte de la señora Silvia, que me pidió que le buscase y le dijese esto. Anoche dos Glumas entraron en la Escuela de Innail. Intentaron abrir la puerta de Malgorn y Silvia, pero la protección los repelió. Después interrogaron a Dernhil de Gent.

—¿Dernhil? —dijo Maerad. El rostro de Cadvan se quedó sin sangre.

—Y ¿qué ocurrió tras el interrogatorio? —preguntó.

—No lo sabemos, señor Cadvan. Lo encontraron en su cuarto con la primera luz de esta mañana, y nadie sabrá qué ocurrió allí, a no ser que viaje hasta el otro lado de las Puertas que dan a la Tierra Oculta.

Cadvan inclinó la cabeza.

Temerosa, Maerad dijo:

—¿Quiere decir que está muerto?

—Por desgracia sí, señorita Maerad —dijo el cuervo asintiendo con la cabeza. Maerad se quedó como si le hubiesen echado encima un jarro de agua fría.

—Nos trae malas noticias —dijo Cadvan con dificultad—. ¿Está la señora Silvia segura de que eran Glumas?

—Las señales son inequívocas —dijo el cuervo, volviendo la cabeza para clavar uno de sus ojos en él—. Ningún otro miembro de la Oscuridad tiene poderes para cruzar oculto las Puertas de Innail. Pero yo también los vi, pese a que ellos no me vieron a mí.

Cadvan se quedó unos instantes en silencio.

—Señor Kargan —dijo—. Ya ha hecho mucho, pero continúo necesitando de su ayuda. Hemos de cruzar la Boca de Innail, y no sé si la Oscuridad habrá apostado allí

a sus espías. Podría ser que todavía estuviese sin vigilancia porque piensen que aún estamos en Innail. Le estaría muy agradecido si pudiese volar hasta allí y contarme lo que vea.

El pájaro volvió a fijar su mirada imperturbable sobre Cadvan.

—Me sentiré honrado de poder hacer tal cosa —dijo, y salió volando.

Cadvan y Maerad continuaron su camino. Cadvan estaba pálido, y las manos le temblaban ligeramente al sostener las riendas.

Maerad no podía creerse las noticias, aquello no podía ser cierto. ¡Dernihil asesinado! Y entonces, tras el aturdimiento producido por el *shock*, apareció un miedo incipiente: «Me están buscando a mí. Nos siguen de cerca. Ya han matado a Dernihil... y en Innail, que parecía tan seguro, tan impenetrable».

—¡Qué dura noticia! —dijo finalmente Cadvan—. ¡Ay, era un gran amigo, al que amaba, y es esta una dolorosa pérdida!

—No hacía mucho tiempo que le conocía —dijo Maerad con torpeza. Se sentía demasiado aturdida para llorar—. Pero... también era mi amigo —se detuvo, sintiéndose impotente ante lo poco apropiadas que eran aquellas palabras para expresar lo que sentía. Continuaron caminando, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Anoche escuché a Dernihil —dijo Maerad, tras recordar repentinamente el terrible grito que la había despertado de su sueño la noche anterior.

—¿Le escuchaste?

—Me desperté, porque escuché que alguien me llamaba. Le escuché llamarme por mi nombre. Pensé que debía de haber sido un sueño. Una pesadilla —se le quebró la voz, pero continuó—. Pero ahora sé que era Dernihil.

Cadvan se volvió a quedar un rato en silencio.

—Hablé de ti con Dernihil, Maerad —dijo—. Sé que te amaba. Él era una de esas personas que son capaces de ver claramente el alma del otro, y sus sentimientos eran verdaderos. Ese tipo de cosas no tienen nada que ver con el tiempo que haga que conozcas a esa persona. Y ahí yace nuestra esperanza: la Oscuridad desconoce lo que es el amor. Y si, como parece casi seguro, los Glumas buscasen tener noticias de ti, quizá su amor te haya protegido, como no podría haberlo hecho ninguna otra cosa.

Maerad pensó en su último encuentro con Dernihil, y en el enryu que le había enviado. «Quizá volvamos a encontrarnos», le había dicho, y ahora ya no habría más encuentros, ni más poemas, ni más conversaciones al lado del fuego. Deseó, con un súbito arrepentimiento feroz, no haberse asustado tanto cuando él la había besado, haber tenido más tiempo para ellos. ¡Qué despreocupadamente había dado por hecho que habría un futuro en el que los daños se podrían reparar! Y ahora ya no existía...

—Es culpa mía —dijo con voz ahogada—. Si no me hubiese dado clases...

Cadvan la miró.

—Tú no lo has matado —dijo con voz dura—. No es culpa tuya que exista la maldad en el mundo —se detuvo en seco, como si tuviese miedo de lo que pudiese

llegar a decir, y suspiró hondamente—. Estoy pensando que existe un saber que solo conocen los Bardos, que es como matarse sin armas. A veces podrían llegar a usarlo, si no pudiesen defenderse de ninguna otra forma para evitar que les forzasen la mente.

Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada. Maerad se preguntaba qué querría decir él con «que les forzasen la mente».

—Es indescribiblemente terrible —dijo finalmente Cadvan— desear que Dernhil se haya suicidado en vez de haber sido asesinado por esos seres malvados, pero aun así es lo que deseo.

Continuaron caminando sin decir nada más. Pronto volvieron a ver a Kargan, que aleteaba en dirección a ellos. Aterrizó, igual que antes, sobre el brazo de Cadvan.

—El camino es seguro, señor Cadvan —dijo—. He preguntado a las criaturas y me lo han dicho. Dos Oscuros pasaron por aquí hace tres noches, me han dicho, y el bosque se estremeció; pero ahora solo los hombres de Innail perturban el camino.

—Gracias, señor Kargan —dijo Cadvan con seriedad—. Siempre le estaré en deuda. Lleve noticias nuestras a la señora Silvia, y nuestro agradecimiento y amor, y dígame que pronto estaremos fuera de la Franja de Innail.

El cuervo se marchó, en dirección a Innail, y Cadvan levantó el brazo para despedirse. Después se volvió hacia Maerad.

—La Oscuridad nos sigue los talones muy de cerca —dijo—. Ahora debemos volar como el viento, Imi, *esterine nil*.

La yegua resopló, pegó una coza contra el suelo y partieron a todo galope. Las montañas discurrían muy cerca de ellos, y tenían la carretera por delante, recta como una flecha. En un momento estaban saliendo de Innail. La vasta tierra de Annar se extendía ante ellos, y también el brillante río que la atravesaba como una serpiente de plata.

Cuando dejaron bien atrás la Boca, Cadvan redujo la marcha. Imi, pese a todo su valor, estaba cubierta de sudor y comenzaba a tropezar. Hicieron una breve pausa, durante la que bajaron al río para que bebiesen los caballos, estirar las piernas y comer a toda prisa el almuerzo que Marta les había preparado aquella mañana. «¿Realmente había sido aquella mañana?», pensó Maerad para sí, ya que parecía haber pasado una eternidad. El paisaje se extendía ante ellos en una ligera cuesta abajo, y las montañas se elevaban a sus espaldas, envueltas en las nubes. Aparte de eso, el cielo estaba despejado, y el sol les calentaba la espalda y secaba el sudor de los caballos. El río Imlan discurría a su izquierda, ancho y rápido, hundiéndose a veces en canales, otras haciendo lentos meandros que discurrían entre orillas poco profundas, y a su derecha tenían un bosque de altos robles y fresnos. La carretera discurría al lado del río pero más recta, permitiéndole a este realizar sus anchos giros y ondas, y en aquella parte estaba adoquinada con piedras planas, y tenía marcadores

más bajos a los lados.

—Los annarienses hicieron esta carretera cuando se comenzaron a construir las Escuelas, hace nueve siglos —le explicó Cadvan mientras circulaban por ella—. Estas carreteras unen las Escuelas, aunque algunas han caído en desuso y están deterioradas. La Carretera del Oeste va hasta Norloch, y también existe la Carretera del Norte y la Carretera del Sur, y muchas otras que van a todos los lugares de los Siete Reinos.

Continuaron por la carretera unas cuantas millas más, y entonces Cadvan, tras mirar arriba y abajo para asegurarse de que nadie los veía, los llevó rápidamente hacia un pequeño sendero que se desvanecía enseguida en el bosque. Sobre ellos cayó el frío, la luz del sol descendía moteada, y Maerad vio ardillas que desaparecían subiendo por los troncos de los árboles a su paso, y un conejo que salía corriendo hacia un claro, mientras su cola blanca se meneaba entre los árboles a medida que se acercaban. Muchos de los árboles tenían unos troncos enormes, y las altas copas de los más grandes cubrían un área de tamaño de una casa grande.

—Este es el Bosque Grávido —dijo Cadvan—. Es uno de los más antiguos de Annar, un vestigio de los antiguos bosques que una vez se extendieron desde el mar a la montaña. Es un lugar salvaje, y por lo tanto merece nuestra precaución. No es precisamente un lugar para seres humanos.

Mientras cabalgaba entre los árboles, Maerad tuvo la poderosa sensación de que el bosque no la dejaba entrar. Parecía mirar con una cautela que no era exactamente enemistosa. La sensación aumentó a medida que se adentraban en el bosque, los árboles se hacían más gruesos y la luz apenas atravesaba aquel dosel enmarañado, pero no sentía miedo. Pensó que se hubiera sentido diferente si no hubiera estado con Cadvan. Aunque él había dicho que no era un lugar malvado, ella percibía un poder que podría ser hostil si alguien lo amenazase.

Las sombras comenzaron a estirarse, e inmediatamente el frío los rodeó. Cadvan miraba a su alrededor a medida que avanzaban, en busca de algo, y al final le hizo un gesto con la cabeza y la desvió ligeramente del sendero hacia un pequeño claro similar al Irihel en el que habían dormido la primera noche tras la huida de Gilman. Este estaba formado por serbales de los cazadores que crecían en forma de semicírculo, de forma que sus ramas se unían y entretejían encima de sus cabezas. La suave hierba del interior descendía hacia un manantial que brotaba de un saliente de la roca, sobre el que crecían zarzas y madreselvas. Había una delicada cueva medio escondida por la crecida vegetación, con el suelo arenoso, en la que estaba claro que la gente había acampado muchas otras veces. Incluso tenía un rudimentario hogar hecho con piedras sueltas.

—Esta es una Derenhel, o una Casa del Bosque —dijo Cadvan mientras le mostraba la cueva—. Es un Hogar Bárdico. Hay muchos así por todo Annar —les dijo algo a los caballos, los desensilló y los soltó en el claro para que pastasen. En todos sus viajes Maerad nunca vio a Cadvan atar a su caballo, ni ella había necesitado

atar al suyo: él les pedía que se quedasen cerca, y los caballos nunca se marchaban. Entonces Cadvan y Maerad tomaron sus hatillos y entraron en la cueva, y una vez allí, después de haber reunido unas cuantas ramas muertas, Cadvan encendió un fuego, y la melancolía que los había envuelto desde las noticias del señor Kargan se vio ligeramente aliviada. Al principio no hablaron de la muerte de Dernhil, ya que el tema era demasiado duro para tratarlo con simples palabras, pero lo que sabían estaba latente en toda su conversación, como una sombra de pena y miedo.

Maerad se sentía muy entumecida y dolorida tras dos días de cabalgata. Se estiró haciendo una mueca.

—¡Au! No creo que pueda caminar mañana —dijo—. Y menos cabalgar. Me siento como si me hubieran pegado con palos por todas partes.

—Un par de días más y te acostumbrarás a ello —dijo Cadvan—. Pero puedo hacer algún truco Bárdico para quitarte el entumecimiento más grave —le dijo a Maerad que se pusiese en pie ante él y después pasó las manos alrededor del cuerpo sin tocarla. Maerad sintió un cálido cosquilleo por donde iban pasando sus manos, y los dolores disminuyeron.

Después pudo sentarse sin estar incómoda, pese a que todavía se sentía agotada y un poco dolorida.

—¡Magia! —dijo, estirando las piernas.

—Así es como le llaman algunos —dijo Cadvan—. Los Bardos lo llaman el Saber. Y en lo que tú sabes hay unos cuantos vacíos, joven Bardo Menor —sonrió pese al cansancio—. Comeremos, y después debo comenzar con nuestras lecciones.

—Hay tantas cosas que me gustaría saber —dijo Maerad—. Oh, montones de cosas. ¿Por qué entendía al cuervo, si no poseo el Habla? Y ¿qué es el Habla? ¿Cómo puedo saberlo sin haberlo aprendido?

—El Habla es la explicación de toda una vida —respondió Cadvan mientras sacaba la comida de su hatillo—. Y en lo que respecta al señor Kargan, le entendías porque hablaba tu lengua. Son las únicas bestias que pueden hablar así a los humanos, y por eso son reverenciados. Los cuervos de Innail pertenecen a un antiguo linaje, sabio como los Bardos. Pero primero —dijo mientras le lanzaba un pastel de carne— ¡come!

Masticaron en silencio, escuchando el crepitar del fuego y el ruido que hacían los caballos al pastar y relincharse el uno al otro a medida que la noche oscurecía. Entonces Cadvan se apoyó contra la pared de la cueva, siguiendo las sombras con la mirada mientras estas danzaban en la piedra. Parecía cansado y tenso, pero su voz no delataba confusión interna.

—Primero, Maerad, está el Saber. En el centro del Saber está el Habla, que todos los Bardos portan con ellos como derecho de nacimiento. Dicen que algunos Bardos nacen hablándola, y solo aprenden el habla humana más tarde, de la manera normal; pero normalmente a un Bardo le llega el Habla de pequeño. No siempre es así, y tú eres una de las excepciones. A cada Bardo le llega el Habla a su manera y en su

momento. No se puede enseñar.

—Oh —dijo Maerad, sintiéndose ligeramente decepcionada. Pensaba vagamente que Cadvan realizaría algún tipo de encantamiento, o que ella tendría que someterse a algún tipo de ritual, y después de ello, de repente, estaría dotada del Habla—. ¿Así que solo tengo que esperar? ¿Y si no ocurre?

—Ocurrirá, a su debido tiempo. Mientras tanto, el Habla se mantiene oculta en tu interior.

—¿Qué te ocurrió a ti cuando encontraste el Habla? ¿Cuántos años tenías?

El rostro de Cadvan se iluminó durante un segundo, y Maerad tuvo una breve visión del aspecto que debía de tener cuando era niño.

—Lo recuerdo bien —dijo—. Era un niño muy pequeño, de unos cinco años. Estaba nadando en el río con mis hermanos y hermanas durante un caluroso día de verano, y un pez me habló. Me quedé tan sorprendido que salí del agua de un salto y me marché corriendo y gritando hacia donde estaba mi madre.

—¿Qué te había dicho el pez? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Me dijo: «Nadas como una rana clavada en un palo. ¡Ponte unas aletas, patoso!».

—¿Y entonces tu madre supo que eras Bardo? —dijo Maerad riendo—. ¿Ella era Bardo?

—Sí, respuesta a tu primera pregunta. Y no, no lo era —el rostro de Cadvan se oscureció, como si aquel tema le resultase doloroso, y Maerad no hizo más preguntas—. Entonces —continuó—, en el centro del Saber está el Habla. Puedo enseñarte algo del Saber, pero no tendrá verdadero sentido hasta que no poseas el Habla. De todas formas, tú tienes ventaja porque posees la música, y se dice que en el centro del Discurso está el Silencio de la Luz, y la música es la única expresión posible de misterio. Y es por eso por lo que los Bardos reverencian así la música.

Cadvan lanzó otra rama al fuego y la empujó, y un reguero de chispas voló hasta el techo de la caverna. Una polilla entró volando, atraída por la luz, y se puso a dar vueltas torpemente por la cueva, arrojando, unas enormes sombras aladas sobre las piedras mientras Cadvan hablaba.

—El Saber se divide en Tres Artes, y por supuesto todas ellas están interconectadas y son en realidad un único flujo. Todas sirven al Equilibrio, el contrapeso del mundo, que fue determinado cuando el propio tiempo era un huevo, pero esos son misterios de los que podemos hablar más tarde, y ni tan siquiera el más sabio los comprende completamente. Llamamos a las Tres Artes Lectura, Creación y Cuidado. La Lectura es el conocimiento de las Artes Elevadas, las historias, las lenguas, el canto, la tradición, el trazo de las grandes fuerzas que dan forma y curvan esta tierra. Es lo que comúnmente se considera mágico, pero también es tan simple como leer y escribir. La Creación es exactamente eso: es crear música, pintar, construir, forjar joyas, escribir, danzar. El Cuidado es el conocimiento sobre agricultura, cría de animales, silvicultura, cuidado de las criaturas, fauna y flora,

hierbas, curación saberes sobre pájaros y cosas así —hizo una pausa y se quedó mirando al techo—. A veces hay debates sobre cuál de las Tres Artes pertenece a una rama del Saber en particular. Por ejemplo, un Bardo que crea un objeto de poder interviene en dos de ellas: Creación y Lectura, y si se trata de un objeto curativo, como una piedra, por ejemplo, podría intervenir en las tres. Pero a mí no me interesan demasiado esos debates.

Maerad estaba fascinada, mirando al fuego.

—Y tú, ¿qué eres?

—Yo soy experto en Lectura —dijo—. La mayoría de los Bardos averiguan pronto qué es lo que más les interesa, qué los atrae. La Lectura es el más peligroso, ya que es donde un Bardo puede corromperse con más facilidad. Por lo tanto a los Bardos se les exige saber de las tres, pues un Bardo que considera el poder y el aprendizaje las máximas habilidades, rechazando comprender cómo todas las Artes se informan y nutren las unas de las otras, es un Bardo pobre. Según la Tradición de los Bardos, las Tres Artes son honradas por igual.

—¿Y Malgorn es del Cuidado? Y Silvia supongo que es... Y Dernhil, ¿era de la Lectura?

El rostro de Cadvan volvió a endurecerse. Miró hacia las profundidades del fuego y se quedó en silencio durante un largo rato. Maerad sintió haber dicho el nombre de Dernhil. Pero entonces Cadvan comenzó a cantar:

*Dulce cae la lluvia en los montes de Innail,
como un niño que por los pinares brinca
es su voz de hielo una melodiosa risa
en busca del arpa de Dernhil de Gent.
Más ya él no escucha, se agotó su música.
¿Adónde ha ido? Vacía se halla su alcoba,
brillan las lágrimas en los salones de Oron,
donde entró una vez él, cantando secretos
surgidos del corazón más profundo.
Qué oscuras las puertas que se abren llamándolo
y se cierran tras él, al crepúsculo gris,
tallando en silencio su madera de Bardo.
No cantará más las glorias del otoño,
dorando abedules en Lowen y Braneua;
los bosques de Ileadh lo esperarán en vano,
ya no pisará praderas de música
recogiendo alegría y sembrando placer.
Su arpa ya no suena, su dulce voz es silencio:
tristes fluyen los ríos por el Valle de Innail.*

Se quedó en silencio, y después se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. Maerad se dio la vuelta, sintiendo que las lágrimas le picaban también en los ojos, y las dejó caer. Continuaron así durante una eternidad, llorándole cada uno en privado, y el fuego se iba reduciendo cada vez más.

Por fin Cadvan se incorporó y arrojó más madera a las llamas. Miró a Maerad.

—Es duro perder a un amigo así —dijo—. Dernhil me ayudó a salir de un lugar oscuro hace muchos años. Me enseñó mucho acerca de la humildad. Y de la amistad. Y ahora... la Oscuridad se ha tomado su venganza. Debería haberme dado cuenta de los peligros —añadió amargamente—. Si no le hubiera pedido que te enseñase, ningún Gluma lo habría buscado.

—Quizá no —dijo Maerad al recordar lo que Cadvan le había dicho aquel mismo día «no es culpa tuya que exista la maldad en el mundo»—. Pero creo que él hubiera hecho lo mismo, incluso aunque hubiera conocido los riesgos. Y creo que los conocía.

—Dernhil no era ningún tonto, pero no sabía mucho de ti aparte de que eras mi alumna —dijo Cadvan.

Maerad recordó de repente el pergamino que Dernhil le había dado.

—No, sospechaba algo más —dijo—. Me dio algo. Lo había olvidado hasta ahora, pero me dijo que te lo enseñase.

Rebuscó en su hatillo hasta que encontró el pergamino, y le dijo a Cadvan lo que Dernhil le había dicho. Cadvan lo inspeccionó a conciencia, e iba empalideciendo mientras lo hacía.

—¿Sabes lo que dice? —preguntó.

—Dernhil me lo tradujo —dijo Maerad—. Pero no sé lo que significa.

Cadvan leyó el pergamino una vez más y se lo devolvió.

—¡Escóndelo! —dijo—. No estoy seguro de si deberíamos quemarlo, porque me gustaría que Nelac lo viese.

—¿Nelac? ¿Quién es Nelac? —dijo Maerad, olvidando que había sido el viejo maestro de Cadvan en Norloch, pero Cadvan no le respondió en un principio. Tenía el rostro oscurecido en concentración.

—Maerad —dijo por fin—. Si la Oscuridad sabe lo que sabía Dernhil, ahora nos encontramos en problemas peores de los que creía. Por la Luz, ojalá supiese lo que ocurrió anoche.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Maerad, testaruda. Cadvan le dirigió una mirada honesta a Maerad, como si estuviese viéndola por primera vez. Ella se encontró con su mirada y la sostuvo, al final él rio dulce y transigente.

—Maerad, creo que tú eres la Predestinada, la que ha de venir, a Quien el Destino ha elegido —dijo—. Lanorgil era uno de los grandes Clarividentes, y te predijo. «Buscad entonces a quien vendrá sin Habla de las Montañas: un Bardo sin Escuela pero al mismo tiempo de esta Escuela». Se refería a ti. El enigma no es difícil de resolver, y Dernhil tenía razón: no ha sido una casualidad que haya aparecido en este

momento. A Quien el Destino ha elegido, según dice la Tradición, será quien derrote al Sin Nombre en su alzamiento más oscuro. Es una tradición antigua, pese a que ahora está prácticamente olvidada, excepto por los Sabios, que no olvidan.

Maerad escuchaba en un silencio tenso, mientras el corazón le latía desaforadamente. Las palabras de Cadvan la llenaban de un extraño pánico, el mismo pánico que había sentido cuando Dernhil le había enseñado el pergamino.

—No puede estar hablando de mí —dijo, riendo nerviosamente para ocultar su confusión—. Yo no soy... no soy importante...

—Es una tradición que la Oscuridad no ha olvidado —dijo Cadvan, mirándola sombríamente—. Ya sospechan claramente que tú eres Ella, saben tu nombre, y ahora ya sabrán que aspecto tienes. No lo saben con seguridad, pero la simple sospecha es suficiente para asegurar tu muerte, si alguna vez llegases a caer en las garras de la Oscuridad. Pero si todavía eso solo una sospecha, podrían no buscarnos con tanta urgencia... a no ser que los Glumas hayan podido robarle el pensamiento a Dernhil. O a no ser que sepan algo que nosotros no sabemos.

—Pero ¿qué? ¿Por qué iban a sospechar de mí? —preguntó Maerad—. ¿Cómo iban a saberlo? No tiene sentido, Cadvan —comenzaba a estar enfadada—. Un... un sueño estúpido escrito en un papel y, de todas formas, no dice que sea yo.

—Podrías. Creo que podrías serlo. —Cadvan hizo una pausa—. Creo que Lanorgil, cuando habla del Lirio de Fuego, se refiere al nombre de Quien vendrá —citó las palabras de Lanorgil—. «Buscadlo y apreciad al Lirio de Fuego, a Quien el Destino ha elegido, que con más belleza florece en sombríos lugares, y ha dormido durante largo tiempo en las tinieblas; de una raíz así florecerá de nuevo la Llama Blanca». El Lirio es por supuesto el símbolo de Pellinor. Pero ellos utilizan el lirio de agua. El Lirio de Fuego, Elednor en el Habla, es una flor diferente.

—¡Pero yo no me llamo Elednor! —Maerad se puso en pie en mitad de su agitación—. Me llamo... me llamo...

—Maerad, tú no sabes tu Nombre. Nadie lo sabrá hasta que no se proclame Bardo. Y si tu Nombre es Elednor, entonces, serás con seguridad Quien el Destino ha elegido, tal y como lo predijo Lanorgil. —Cadvan hablaba con gran gentileza, y sus ojos estaban llenos de una extraña compasión.

—¿Y si no lo fuese? ¿Y si lo hubiese entendido mal? Entonces, ¿qué?

Cadvan se encogió de hombros.

—Como ya he dicho antes, en ese caso simplemente estaría equivocado —se quedó un ratito más en silencio, y después comenzó a hablar lentamente.

—Tú no te das cuenta, Maerad, de la grandeza de tu Don, ni de lo poco común que es que un Bardo surja de la nada poseyendo tal poder, sin haber sido tutorizado en absoluto —dijo—. Comencé a preguntármelo poco después de haberte visionado. Y sin duda nuestra aventurilla con el Landrost ha alertado a otros. Ese poder te hace incluso peligrosa, y sería mejor silenciarte antes de que te des cuenta. Hasta que no seas proclamada solo será una sospecha, una sospecha que cada vez se hace más

fuerte en mi cabeza. Evidentemente Dernhil albergaba la misma idea. Si los Glumas saben lo que sabía Dernhil, nuestra situación es todavía más oscura. Pero me pregunto cómo pueden haber sospechado los Glumas tan rápido. ¿Qué les interesa?

—Dernhil no nos hubiera traicionado —dijo Maerad insegura. Continuaba de pie, quieta ante la luz parpadeante, con los brazos cruzados. Una vívida imagen del rostro de Dernhil se apareció ante ella, y vio de nuevo la resolución que yacía bajo su gentileza.

—No se trata de traición —dijo Cadvan—. Tú no sabes... —un espasmo de dolor recorrió su cara, y se quedó en silencio durante un instante—. Dernhil era fuerte, y un Bardo puro. Y creo que los Glumas hubieran querido utilizarlo, mejor que matarlo; hubieran buscado convertirlo en su marioneta, su espía dentro de Innail, sería una forma mejor de llegar a ti. Un asesinato solo conseguiría alertar a la Escuela de su presencia: ahora ya no pueden quedarse allí. Ni siquiera los Glumas pueden enfrentarse a alguien como Marlgor o Oron —se detuvo, pensativo.

Maerad miró el rostro ensombrecido de Cadvan, y finalmente volvió a sentarse al lado del fuego.

—Creo que es probable —dijo por fin Cadvan— que Dernhil se haya matado para que no pudiesen entrar en su mente, y creo que no solo es mi esperanza quien habla —se estremeció—. Créeme, Maerad, hay cosas mucho peores que la muerte.

Se quedó mirando al fuego fijamente.

—Según el señor Kargan, intentaron entrar en la casa de Malgorn y Silvia. Yo había puesto una protección en la puerta, un conjuro que protegiese la casa, poco después de que llegásemos allí, y está claro que no hice mal. No solo los echó atrás, sino que también les habrá dicho a Malgorn y a Silvia quién intentó forzar su puerta. Podría ser que crean que todavía estamos en la Escuela. Pero no lo sé.

Maerad estaba callada, asimilando lo que había dicho Cadvan. Era cierto que Dernhil estaba muerto. Quizá fuese cierto que la Oscuridad la buscaba, tal y como pensaba Cadvan. Sintió que un miedo negro le recorría las entrañas.

—¿Cómo podemos saberlo? —dijo por fin—. Quiero decir, que si tengo un Nombre, ¿cómo puedo saberlo?

—Ninguno de nosotros sabe nada —dijo Cadvan con delicadeza—. Lo que es el comienzo de la sabiduría... —hizo una pausa—. Has de ser proclamada, Maerad, y lo más rápido que seamos capaces. Es por eso que vamos a Norloch: no podríamos eludir los Cargos en ningún otro lugar, pues si no estos necesitarían de años de estudio. Yo siempre he visto esto claro, pero ahora me parece imperativo.

—¿Cómo, que simplemente me proclamen? —dijo Maerad incrédula—. ¿Cómo Bardo Completo? Pero si apenas sé leer...

—Ante unas circunstancias especiales lo harán, sí —respondió Cadvan—. Y a mí estas me parecen muy especiales —suspiró—. Sí tú eres la Elegida, Maerad, será un duro destino, que solo podrás aceptar de buena voluntad. Si no lo hicieses, si te negases, o intentases escapar de él, te perseguiría de todas formas.

—Menuda elección —dijo Maerad con ironía. Cogió una ramita y empujó uno de sus extremos hacia el interior del fuego, mirándola hasta que estalló en un arbolillo de llamas. De repente pensó en su madre. ¿Sabía Milana más acerca de Maerad de lo que le había contado? A veces habían hablado del destino, pero Maerad nunca había sabido a qué se refería, era tan joven... La llama quemó la ramita hasta casi llegarle a los dedos, y la dejó caer en las llamas—. Cadvan, ¿qué son los Glumas?

—Los Glumas. —Cadvan se encorvó, y parecía estar hablando de mala gana, como si lo hiciese contra su voluntad. Las llamas arrojaban largas sombras sobre su rostro—. Los Glumas son, o eran, Bardos. Tienen los poderes de los Bardos. Pero sirven al Sin Nombre.

Se detuvo, y Maerad escuchó en aquel silencio la respiración de los caballos en el exterior, el murmullo de los árboles y la llamada de un pájaro nocturno.

—El Sin Nombre, como ya sabes, también fue una vez Bardo, y para conquistar a la muerte, renegó de su Nombre. Ese es un gran crimen, y un crimen que solo los Bardos pueden cometer. Los Glumas están ligados a su voluntad, pese a que, a diferencia de muchos de sus esclavos, tienen sus propias voluntades. Tampoco mueren de la manera ordinaria, pero con una diferencia al respecto del Sin Nombre: se les puede matar. Nadie sabe lo que les ocurre después. Tienen cuerpos como los nuestros, pero después de varias vidas se vuelven repugnantes a la vista, aunque pueden disfrazarse igual que nosotros podemos pasar por mortales.

Se quedó en silencio, rebuscando entre sus propios recuerdos, y después habló con una vehemente ira que tomó a Maerad por sorpresa.

—Los odio. Traicionan todo lo que nos convierte en lo que somos, y destruyen todo lo que merece la pena amar. Los odio más que al propio Sin Nombre —después se contuvo y continuó con más tranquilidad—. Nadie sabe cuántos son. Se piensa que no hay Bardos que se hayan convertido en Glumas desde que los que estamos vivos tenemos memoria, no desde que se produjo el Silencio. Pero yo tengo mis dudas acerca de eso.

—¿A qué te refieres? —Maerad cogió otra ramita y le encendió. Una sensación de terror comenzaba a darle escalofríos en la nuca.

—Me refiero a que hay Glumas a los que todavía no hemos reconocido —respondió Cadvan—. He hablado de mis miedos con muy pocos. Algunos de los problemas de las Escuelas pueden reducirse a vicios mezquinos como la locura o la codicia, pero pienso que no todos. Más a menudo de lo que nos gustaría, las Artes Oscuras seducen a los Bardos, lo cual no significa que se conviertan en Glumas. Piensa en tu amigo Mirlad, parece probable que lo hubieran expulsado de las Escuelas por practicar la Tradición Prohibida, pero lo más seguro es que no fuese un Gluma. De los Glumas se piensa que tienen aspecto malvado, así que la gente no cuestiona el aspecto de un Bardo, pero a veces me he preguntado... ¡Maerad, ten cuidado al depositar tu confianza! Si tu corazón alberga una duda, escúchalo, aunque sea por encima de las voces de la razón.

Maerad se estremeció, y pensó en Usted de Desor. Simplemente le había parecido un hombre desagradable, pero ¿podría ser peor? Y ¿cómo podía saberse? Ella pensaba que los Bardos estaban libres de maldad, incluso aunque fuesen imperfectos, pero ahora parecía ser que nadie lo estaba. Durante un instante de locura pensó en Annar como en una versión ampliada del Castro de Gilman, en donde no se podía confiar en nadie en absoluto; pero recordó a Silvia, Dernhil y Malgorn, y al propio Cadvan, y sus miedos se vieron tranquilizados.

—¿Por qué no se puede matar al Sin Nombre? —preguntó.

—Se hizo un conjuro vinculante —dijo Cadvan—. Los Bardos llevan siglos intentando descifrar el conjuro. Lo único que se sabe es que tal encantamiento nunca se había hecho antes ni se ha vuelto a hacer desde entonces, y que su poder lo ata a la tierra de forma que su alma no puede partir atravesando las Puertas tras la muerte, y vuelve a tomar forma en otro cuerpo. Se dice que el tormento era tan terrible en el momento en que se pronunció el conjuro, que su grito resonó desde el reino de Idurain sobre las sierras del Osidh Annova hasta la Isla de Thorold, desde los restos de Zmarkan hasta descender al Mar de Lamarsan. Los sabios sostienen que todavía siente este tormento. Ya que ningún humano puede soportar tal agonía, parece que solo toma formas que puedan soportarlo, todas abominables y horrorosas a la vista.

Cadvan suspiró profundamente.

—Y así llegó a Annar el Gran Silencio. Pero bueno, creo que ya he hablado demasiado esta noche, y los dos estamos cansados. Es hora de que nosotros realicemos un pequeño silencio.

Maerad se envolvió en su manta, intentando encontrar un punto cómodo sobre el suelo. Durante un rato fue incapaz de descansar, una serie de pensamientos al azar revoloteaban desordenados por su mente: el asesinato de Dernhil, su Nombre, el gran cuervo que se posaba sobre el antebrazo de Cadvan, la Elegida, los Glumas.

«Nada tiene sentido» pensó agotada, «no tiene sentido en absoluto». Era como un mal sueño, pero un sueño del que no se podía despertar.

El miedo se le retorció en la barriga como una serpiente helada.



Cadvan despertó a Maerad en las oscuras horas que seguían a la medianoche, sacudiéndola con urgencia. Ella se puso alerta al instante y se sentó muy erguida.

Aguzó el oído y de repente escuchó algo que sonaba como un gran animal que caminaba pisoteando el bosque, rompiendo ramas a su paso. Juzgó que estaría a una milla de distancia, y en la dirección de la que habían venido. Cadvan ya había cubierto a los caballos con un encantamiento para que no hicieran ruido, y los dos escuchaban silenciosos como ratones mientras las zancadas se iban acercando más y más. Fuese lo que fuese se detenía cada pocos minutos, como si estuviese intentando encontrar un aroma. Maerad buscó inquieta su espada. Parecía estar siguiéndoles el paso, se preguntó qué sería. Era demasiado grande, demasiado torpe para ser un lobo, y era un animal solo, no una manada.

Se acercó hasta menos de cien metros de donde estaban ellos y se detuvo. Maerad oía su respiración, una inhalación vibrante, y el horrible sonido de un babeo. Cadvan y ella se quedaron sentados absolutamente quietos, atrapados en un suspense que los dejó sin respiración. Después, la criatura arremetió hacia delante, apartándose del claro, y fue como si de súbito la sangre comenzase a circular por las venas de Maerad. Esta se quedó sin fuerzas por el alivio que experimentó. Permanecieron en escucha mientras se alejaba pisoteando el bosque, y el ruido fue disminuyendo alejándose de ellos cada vez más hasta que ya no fueron capaces de oírlo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, cuando los ruidos nocturnos del bosque comenzaron a estabilizarse sobre el silencio inquietante.

—No lo sé —dijo Cadvan—. Un goromante, quizá, sonaba como si lo fuese.

—¿Un goromante?

—Una gran bestia con la cola como la de un escorpión y una armadura blindada. Cazan por el olor y es muy difícil matarlos. Tenemos suerte de estar en este Hogar Bárdico, nos protege.

—¿Crees que... crees que lo ha enviado la Oscuridad?

Cadvan entornó los ojos para mirarla en la oscuridad de la noche.

—No, creo que no, Maerad. Hay muchas criaturas nacidas de un poder más antiguo que El Sin Nombre. Y todavía viven en los antiguos bosques como este, son supervivientes de una antigua maldad. Aunque es cierto que El Sin Nombre podría

utilizarlos.

—Entonces ¿cómo sabes que no fue enviado?

Cadvan no tenía respuesta para eso, y sencillamente respondió que mantendría la guardia. Conmocionada, Maerad volvió a acostarse. Pasó mucho rato antes de que consiguiese dormirse de nuevo.

Se levantaron al alba del día siguiente y continuaron por el Bosque Grávido. En la paz que ahora los rodeaba, el incidente de la noche anterior parecía un extraño sueño. Pero Cadvan señaló las huellas del paso de la bestia: unas huellas de garras en el barro fresco al lado de un arroyo, y los arbolillos y ramas rotas hacía poco. Las huellas eran muy profundas, y Maerad se estremeció al pensar en el peso que estas implicaban, ya que debía de ser monstruoso.

De cada ramita colgaban gotitas de rocío, chispeantes bajo los rayos de luz del sol que traspasaban el dosel que cubría el camino. Al mirar a cada lado, Maerad vio que los árboles aquí crecían más gruesos, envolviendo el bosque en sombras. A veces en la distancia veía un parche de sol vagabundo en el lugar en el que un gran roble había caído al suelo y yacía entretejido con hiedra y muérdago, o en el que unos afloramientos de granito surgían repentinamente del suelo del bosque. El terreno estaba atestado de helechos, que hacían a un lado las ruinas cobrizas del invierno con sus hojas ligeramente verdes, y cerca del camino florecían todo tipo de plantas: celidóneas y jacintos, hiedra terrestre, ramilletes de bayas y cicuta, matorrales de ortigas y zarzas. Cadvan las iba identificando a medida que pasaban, llegando a bajarse una vez para coger la modesta flor verde con forma de estrella de la uva de zorro.

—También se le llama hierba de la luna o amor verdadero, y los Bardos lo llaman «martagon» —le dijo—. A cada flor le sale una única baya roja y negra, cuando está más adelantado el año, si se pulveriza tiene virtudes contra el veneno. Y hay quien dice que tiene otras virtudes además de esta, y que si se toma en infusión, hace que se tengan sueños maravillosos.

El camino estaba completamente lleno de hojas podridas desparramadas, que amortiguaban el sonido de los cascos de los caballos, y con frecuencia aparecían vados llenos de piedras de los muchos riachuelos que lo cruzaban. Ahora se encontraban en las profundidades del Bosque Grávido, en dirección al norte. A medida que pasaba el día Maerad comenzó a sentirse oprimida por el silencio, y Cadvan y ella hablaban menos y con menos frecuencia. Pensaba a menudo en la gran bestia que habían escuchado la noche anterior, ahora ya no quedaba ninguna señal de tal criatura. El único sonido que se podía escuchar en el bosque era el canto de los pájaros, pero estos continuaban escondidos entre las ramas. Una vez pensó haber visto la forma roja de un ciervo que desaparecía, rápido como un pensamiento, entre los árboles, pero fue tan breve que podría haber sido un espejismo. Aparte de aquello, no vio ningún ser vivo.

Cadvan le daba vueltas mentalmente a cuál sería la mejor ruta para llegar a

Norloch. Se había desviado de la Carretera del Oeste para ponerse a cubierto en el bosque en cuanto había podido, y ya habían abandonado el camino más directo. Ahora se debatía interiormente oponiendo las virtudes de la discreción y la rapidez. El camino más recto era también el más peligroso, pero quedarse rezagado también tenía sus peligros. Se sentía profundamente trastornado por la revelación que le había hecho Maerad la noche anterior, y en su dilema deseaba poder estar seguro acerca de la muerte de Dernhil. Tenía que decidir qué camino se ajustaría mejor a ellos, si seguir las carreteras que iban a Norloch o abrirse paso por el campo salvaje lejos de lugares habitados. Cualquiera de las dos rutas tenía sus riesgos y sus virtudes. No necesitaba tomar una decisión hasta que saliesen del Bosque Grávido, unos días más adelante, pero entonces la elección sería irrevocable.

Aquella noche la pasaron en otro Derenhel, de nuevo plantado alrededor de una pared rocosa en la que había una cueva, y esta vez había una poza en el centro del claro. Hicieron guardia por turnos, pero no escucharon nada siniestro. La noche siguiente acamparon bajo un enorme roble cercano al camino, manteniendo la guardia de nuevo. No encendieron fuego, ya que Cadvan no quería hacer nada que llamase la atención en el bosque, y Maerad durmió inquieta, sintiéndose desprotegida. La quietud del bosque comenzaba a parecerle desconcertante.

Mientras viajaban, Cadvan pasaba el tiempo enseñándole más cosas del Saber y de los misterios del Habla, de las historias de los Siete Reinos y del reino de Annar, del comportamiento de los pájaros salvajes y de las propiedades de las plantas. Le contó las diferentes leyendas que existían acerca de la aparición del continente de los Bardos, llamado en el Habla de la Gente de las Estrellas el *Dhillareare*, y que nadie se ponía de acuerdo sobre su origen, y a veces le recitaba leyendas de la época del Gran Silencio, sobre las batallas desesperadas de la Luz contra El Sin Nombre. Le explicó cómo en aquel tiempo la Luz se había retirado a las zonas exteriores, ahora llamadas los Siete Reinos —Culain, Ileadh, Thorold, Lanorial, Amdridh, Suderain y Lirhan— y que siempre era dirigida por Annar en conjunto. En ningún momento mencionó a los Glumas.

La mayoría de las noches sacaban las liras y tocaban juntos. Maerad aprendió durante aquellos días a escuchar de nuevo todas las canciones que ya sabía de memoria, y a comprenderlas de una manera diferente: no simplemente como historias creadas para aliviar el tedio de las noches de invierno, sino como representaciones en las que los antiguos secretos del Saber se traían al presente y se hacían reales. Tras el golpe que había supuesto la muerte del Dernhil y todos los acontecimientos que la habían precedido —todo lo que había ocurrido desde que se había encontrado con Cadvan en el castro—, agradecía aquella paz. Desearía que solo estuviesen viajando, y no tuviesen ninguna búsqueda urgente; apartaba a un lado los pensamientos sobre ser Quien el Destino ha elegido, la Predestinada, todas aquellas palabras importantes que parecían no tener nada que ver con ella.

En el tercer día en el bosque Maerad sintió que el sentimiento de opresión

aumentaba, como si estuviesen siendo observados. Cadvan no parecía estar alterado así que no dijo nada. Aquella noche acamparon bajo un árbol, una vez más sin fuego, y mientras se acurrucaba tristemente en el frío a punto de caer en un incómodo sueño, se despertó de repente con la sensación de haber tropezado y estar cayendo dentro de unas aguas profundas. Abrió los ojos ante otro par de ojos, de un color amarillo brillante como los de un gato, que miraban directamente a los suyos desde una distancia de menos de tres metros. Se incorporó alarmada, pero estos se desvanecieron inmediatamente, y cuando Cadvan le preguntó qué le pasaba, dijo que le parecía haber visto un búho, o algún otro animal.

Comenzaba a cansarse del Bosque Grávido, y anhelaba sentir la brisa en el rostro y la vista clara de las estrellas o el sol. Por primera vez desde que habían salido de Innail anhelaba un baño, sentía la piel pegajosa y mugrienta, y recordaba con nostalgia los aceites de aromas dulces de la casa de Silvia. A la mañana siguiente ensilló a Imi a disgusto.

—¿Cuánto tiempo llevamos en este condenado bosque? —le preguntó a Cadvan—. ¿Nunca se va a acabar?

—Se acabará —dijo Cadvan—. Preferiría no ser visto, y el Bosque Grávido es un lugar excelente para esconderse, pero sé lo que sientes —hizo una mueca de dolor mientras se enrollaba la correa de la cincha de Darsor, y saltó a la silla—. Dos días más, y estaremos, nuevamente, ante una visión clara del cielo.

La sensación de incomodidad de Maerad volvió a aparecer durante el día. Comenzó a ansiar salir del bosque y deseó que Cadvan acelerase el paso. Ahora empezaba a estar segura de que algo los miraba, pese a que nunca conseguía ver nada. Si miraba por encima del hombro, a veces sentía que una figura acababa de desaparecer para salir de la vista, o percibía movimientos en la visión periférica que bien podrían haber sido hojas movidas por el viento, de haber habido viento que las moviese. ¿Los estarían siguiendo? Y si así era, ¿qué los seguía? A última hora de la tarde pegaba un salto cada vez que uno de los caballos pisaba una ramita.

Después creyó haber oído algo, una voz que parecía danzar en los límites del oído, así que al principio no estaba segura de que fuese una voz, podría ser el viento que soplaba entre las ramas, o el lejano canto de un pájaro. Sonaba, después se desvanecía antes de que pudiese atraparla, y entonces volvía a sonar, y todo el tiempo parecía más cercana. Comenzó a tener miedo y miró a Cadvan, deseando que él mencionase aquello. Pero este continuó cabalgando sin decir nada. Al final, incapaz de contener su agitación, dijo:

—Cadvan, ¿oyes algo?

—¿Puedes oír a nuestro compañero viajante? —se volvió hacia ella y sonrió—. No todos los oídos pueden escuchar esta canción.

—¿Qué es?

Como si la voz fuese consciente de que la estaban escuchando, de repente trajo una nueva claridad. Maerad comenzó a escuchar palabras, pese a que parecían abstractas, como si fuesen formas que se movían bajo la superficie ondulada del agua. Después le pareció que el foco de atención cambiaba, como ocurre a veces cuando miras dentro de una poza, de forma que donde antes solo veías los extremos de las ondas iluminadas por el sol emitiendo destellos sobre la superficie del agua, ahora ves claramente, en sus profundidades, la forma quieta de una trucha salpicada de rojo y dorado, mientras mueve lentamente las aletas en las remolonas corrientes. Con un ligero *shock* Maerad se dio cuenta de que entendía las palabras:

*Suave como es el río para con el cisne dormido
fría como el rayo de luna que se desvanece en la roca
profunda como el musgo inmortal del árbol cantor
yo soy esto, y esto, y esto.*

*Ágil como la estrella que atraviesa el claro sin ser vista
antigua como la raíz oculta que alimenta al mundo
fuerte como la luz que el ojo viviente ciega
yo soy esto, y esto, y esto.*

Imi y Darsor se detuvieron y levantaron la cabeza, relinchando. Maerad se quedó quieta, atrapada por el encantamiento de la canción, que era absolutamente extraño y parecía que, más que escucharlo, le resonase dentro de la cabeza. No era consciente de la rápida preocupación de Cadvan, o de que este se había bajado del caballo y se había acercado a Imi, sosteniendo las riendas y extendiendo la mano para tomar las de Maerad.

A Maerad le pareció que el bosque se oscurecía a su alrededor, y que de entre los bosques surgía una titubeante iluminación plateada, como una luz bajo el agua, y que dentro de la luz cambiante había una figura.

—Salve, hija —le dijo la figura a Maerad—. He estado observándoos.

Maerad la miró asombrada. La figura era una mujer, que estaría desnuda si no fuese por la extraña impresión que la hacía parecer estar vestida de luz, como si las brillantes ondas plateadas la cubriesen más que descubrirla. Maerad la miró a los ojos, y aquellos eran los mismos ojos amarillos que la habían despertado la noche anterior. Tenía el rostro más salvaje que hubiese visto nunca, inhumano y de duende, amoral y hermoso como una flor.

—¿Por qué? —tartamudeó Maerad—. ¿Por qué habéis estado observándome?

La figura rio.

—¿Cuántas veces aparece por este camino una de mi especie? Pensé que quizá viniérais a saludarme y a tocar música al estilo de antes. Pero ya veo que estáis con uno de estos estúpidos humanos —volvió a reír, y Maerad sintió que un escalofrío

helado le recorría la espalda. Se sacudió y bajó la vista; Cadvan la observaba, pero era como si ella lo mirase a él a través de un velo.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó.

—Os conozco —dijo la figura—. No os perturbaré —se acercó más a Maerad, y pareció que caminaba sobre el aire y se paraba ante ella, englobada en la luz acuosa—. Yo no perturbo a mis hijos —le tomó la barbilla a Maerad con una mano y se la levantó, de forma que se pudieron mirar a los ojos—. Amé a vuestro antepasado hace muchos años, y su cabeza descansó sobre mi pecho, pues tal placer me maravillaba.

Soltó a Maerad y se estiró sensualmente, como un gato, alargando los brazos hacia los árboles.

—Pero como todos los mortales, envejeció y murió. Lo olvidé. Y entonces escuché vuestra voz, que sonaba parecida a la de él, y lo recordé. Así que os he seguido y os he visto: sois de los míos, de mi familia.

Maerad permaneció en silencio.

—¿Es vuestro amante este humano? Olvidadlos, mueren como juncos. Venid conmigo a vuestro propio reino.

Maerad sintió una puñalada de miedo. ¿Iba a hacerla desaparecer?

—No —dijo, en un tono más alto del que pretendía.

—¿No? —la figura se encogió de hombros y después sonrió—. Entiendo lo que es el amor. Yo también amé una vez. Pero escuchad, os daré esto. Quizá os acabéis cansando de los humanos, pues ensucian el mundo y envenenan la raíz de las cosas —le tendió a Maerad una pequeña flauta hecha con un junco—. Si la tocáis os escucharé.

Maerad parpadeó, y en aquel momento la figura desapareció y todo volvió a ser como antes, excepto que ahora tenía en la mano la pequeña flauta de junco. Bajó la vista. Cadvan sostenía las riendas de Imi y miraba a Maerad fijamente, enmudecido. Esta meneó la cabeza, intentando liberarse de la extrañeza de lo que acababa de ocurrir, y rio.

—¿Qué era eso? —dijo temblorosa.

—¿Qué era el qué? —dijo Cadvan ansioso—. Cuéntame, Maerad, ¿qué ha ocurrido?

—¿Quién era ella?

—Era un Espíritu Elemental, una Elidhu. ¿Qué te dijo?

—¿No lo oías? —preguntó Maerad, atónita.

—Podía oírla, pero ningún humano vivo habla su idioma. Si quieren hablar con seres humanos, lo que pocas veces ocurre, utilizan nuestra lengua, o quizá el Habla. Maerad, tú has utilizado una lengua que yo no conozco al hablar con ella.

Maerad se quedó muy quieta, digiriendo la información.

—¿He hecho eso?

—Sí, lo has hecho —Cadvan parecía agitado—. No sabía si te habían embrujado.

—No —dijo Maerad lentamente—. No, no lo creo. Me ha dicho: «No os

perturbaré» —después le explicó su extraña conversación, omitiendo los comentarios de la Elidhu sobre Cadvan, y él comenzó a parecer menos preocupado, aunque no menos asombrado. Cogió la pequeña flauta y la inspeccionó minuciosamente.

—Yo hacía instrumentos como este cuando era niño —dijo, y se la tendió—. Pero este está hecho con un tipo de junco que me resulta extraño —miró a Maerad con curiosidad renovada, aun así teñida, sintió ella, de asombro—. Había rumores de que había sangre Elemental en la Casa de Karn. Yo nunca los he creído, está claro que me equivocaba —negó con la cabeza, como si estuviese intentando aclarar sus pensamientos—. ¿Qué significa esto? Es extraño, muy extraño...

Maerad le devolvió una mirada vacía, todavía se sentía como si estuviese emergiendo hacia la superficie desde unas aguas profundas. Cadvan hizo como si fuese a hacerle otra pregunta, pero se detuvo bruscamente. En lugar de eso, le tendió las riendas, volvió a Darsor y montó.

—Deberíamos apresurarnos —dijo—. Hay un Hogar Bárdico más o menos a una legua de aquí. Ya hablaremos más adelante.

En el Hogar Bárdico desensillaron a los caballos y los soltaron, y después, como ya se había convertido en rutina, encendieron fuego en la caverna y prepararon la comida. Cadvan parecía distraído y Maerad se mantuvo en silencio, pese a que las preguntas la quemaban por dentro. Cuando acabaron de comer, Cadvan estiró las piernas y se apoyó contra la pared de la cueva, y Maerad lo estudió a la luz del fuego. Parecía cansado, unas profundas arrugas discurrían desde su nariz a la boca, y tenía los ojos hundidos. En momentos así le parecía un extraño: un hombre oscuro y retraído, con el rostro marcado por el pensamiento, endurecido y curtido por una vida de la que ella no sabía nada. Esperó, y al fin, cuando la tarde comenzaba a oscurecer, salió de su ensimismamiento y la miró sonriendo.

—Perdóname —dijo—. Lo que ha ocurrido hoy era algo totalmente inesperado. No tenía ni idea... —meneó la cabeza—. Sabía que estabas llena de sorpresas, Maerad, pero esta me ha sorprendido incluso a mí.

—A mí también me sorprende —dijo Maerad—. ¿Cómo puedo hablar Elidhu y no conocer todavía el Habla?

—No lo sé —dijo Cadvan—. El arte de ser Bardo es un saber ancestral. Pero existe un Saber más antiguo, tan antiguo como las aguas, los árboles y la tierra, y una buena parte de él nos es desconocido, o débilmente adivinado. Ese es el conocimiento del que crece el arte de los Bardos, la raíz. Más no son lo mismo. El arte de los Bardos es asunto de la especie humana, pero los Elidhu caminaban sobre la tierra antes que nosotros —hizo una pausa y después continuó—. Entre los Bardos, tener sangre de los Elementales no está considerado una cosa muy buena —dijo—. Si era así en la Casa de Karn, no me sorprende que se mantuviese en secreto.

—¿Por qué? —preguntó Maerad—. Ella no era malvada.

—No, no era malvada —dijo Cadvan—. Pero tampoco se puede confiar en ellos en el mundo humano. Tú hablaste con la Elidhu, ¿la creerías? Las cosas de lo Salvaje

no son como las nuestras, ellos son capaces de olvidar lo que nosotros debemos recordar, y pasar en un abrir y cerrar de ojos de ser benignos a mortales.

Maerad se quedó en silencio, con la vista fija en las llamas.

—¿Y qué es la Casa de Karn?

Cadvan levantó la vista rápidamente y después la volvió a bajar.

—Es tu Casa, tu familia —dijo—. Algunos Bardos, quizá la mitad de ellos, vienen de familias en las que nunca ha habido Bardos. Yo soy uno de esos. Otros no. La Casa de Karn es una antigua familia de Bardos. Participaron en la fundación de Pellinor, y antes de eso estaban en Lirion, en el norte, y a través del Silencio su linaje continuó sin romperse en el oeste lejano, en la Isla de Thorold. Larnorgil el Clarividente pertenecía a esa familia. Andomian y Beruldh, cuya historia has cantado tan a menudo, son tus antepasados lejanos. Milana, tu madre, era la hija de un gran linaje de Bardos. Igual que tú.

—¿Yo? —Maerad se sentía más estupefacta ante aquellas noticias que ante el encuentro con la Elidhu. De repente la trágica historia de Andomian adoptó una nueva proximidad. «Es mi historia» pensó, «mi historia». Se imaginó a Andomian muriendo en las mazmorras del hechicero Karak, solo y desesperado, tras rescatar a sus hermanos de la esclavitud, y se estremeció.

—¿Por qué no me habías contado esto antes? —dijo.

Cadvan se quedó en silencio.

—Usted mencionó su linaje en el Consejo de Innail, pero aparte de eso no había salido el tema —dijo por fin—. Y quizá yo no crea en la idea de que la condición de Bardo sea hereditaria. Hay quienes no son dignos de sus ancestros, y quienes tienen más orgullo que capacidades o derechos.

Se quedaron callados un rato, cada uno siguiendo el hilo de sus propios pensamientos. Maerad pensó que percibía una nueva distancia en Cadvan, un retroceso en la intimidad que había comenzado a crecer entre ellos, y aquello la apenaba. No era culpa de ella, pensó, venir de una familia así; nunca lo había elegido, igual que no había elegido ser esclava durante toda su infancia. Ella continuaba siendo quien era, fuesen cuales fuesen los retazos de historia que arrastrase tras ella. Pero entonces Cadvan se espabiló.

—Todavía estoy extrañado con una cosa —dijo—. ¿Me puedes repetir la canción que cantó la Elidhu?

Maerad repitió las estrofas que había escuchado, y Cadvan escuchó atentamente.

—Sí —dijo—. El «musgo inmortal del árbol cantor» y «la raíz oculta». Y Lanorgil hablaba del Canto del Árbol. Mas Maerad, yo tengo profundos conocimientos del Habla, y una buena parte de ese ancestral saber trata sobre las raíces de la lengua, del Árbol de la Vida y temas así. Supongo que estos están relacionados. Pero no he escuchado hablar del Canto del Árbol. No sé lo que es — pinchó el fuego con impaciencia—. Creo que podría ser bastante importante que lo averiguásemos —dijo—. Y que quizá el Saber de los Elementales tenga un poco más

de importancia en nuestros asuntos de la que le han dado los Bardos. Está escrito que los Elementales iban a menudo a Afinil y cantaban con los Bardos de allí, y que buena parte del Saber se perdió en el Gran Silencio. Aquí hay muchas cosas que me dejan perplejo. ¡Ojalá pudiese hablar con Nelac! —suspiró.

—¿Tu profesor? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Sí, era mi profesor —dijo Cadvan, mirándola—. Ahora es muy viejo. Es el más grande de los Lectores de esta tierra. Él es la principal razón por la que quiero ir a Norloch. Necesitamos su consejo.

—¿Es Primer Bardo de allí?

—No, no es el Primero, aunque por supuesto pertenece al Circulo. A mi parecer es el más sabio del lugar: hace mucho tiempo, a la muerte de Noldor, a Nelac se le pidió que fuese Primer Bardo, pero se negó, diciendo que no buscaba tales eminencias. El Primer Bardo es Enkir, otro gran Lector. Los Primeros Bardos de Norloch han sido casi sin excepción Lectores, pese a que ha habido unos cuantos Creadores. El intelecto de Enkir es tan severo como firme, y entre los sabios se le tiene como muy grande; es un Bardo orgulloso y altivo, de otra gran Casa, la Casa de Lenar.

—¿Pero Nelac es el Bardo más grande? —dijo Maerad.

Cadvan bajó la vista hacia Maerad y sonrió, y sus preocupaciones previas se disolvieron de súbito.

—Sí, en mi opinión, pese a que muchos no estarían de acuerdo —dijo—. Ya que Nelac de Lirigon también es sabio en las maneras del corazón, mientras que Enkir es demasiado frío, demasiado severo, demasiado orgulloso para comprender. Pero ya conocerás a esa gente y juzgarás por ti misma.

—Suenan como si Norloch... bueno, como si no tuviera nada que ver conmigo —dijo Maerad, dudosa.

—Norloch es muy diferente a Innail —dijo Cadvan—. Pero tú ya has soportado más cosas escalofrantes que los hombres mayores.

Al día siguiente continuaron atravesando el Bosque Grávido, y al final a Maerad le pareció haber detectado que los árboles disminuían sutilmente y se preguntó si estarían cerca de los límites. Cadvan se lo confirmó.

—Un día más de cabalgata y estaremos fuera, al nordeste de Annar, a un día o dos de Milhol —dijo—. Y entonces tendremos que decidir qué camino seguimos. Allí podríamos tomar la Carretera de Ettinor, aunque yo creo que no sería lo más inteligente viajar por ese camino, pese a que iríamos más rápido, y retomar nuestro camino más hacia el norte nos haría desviarnos todavía más de nuestro camino. Incluso estoy tentado de ir a mi escuela, Lirigon, y desde ahí al sur, hacia Norloch. De verdad que me gustaría recopilar algunas noticias. Pero serían muchos días de camino hacia el norte, y al final no sacaríamos gran beneficio de ello, pienso.

—¿Tenemos que seguir las carreteras? —preguntó Maerad.

—No, no siempre —dijo Cadvan—. Y creo que no lo haremos, pese a que al

oeste de Milhol el campo es agreste e impenetrable en algunas partes. ¡También tengo miedo de que nos perdamos!

Continuaron cabalgando en un silencio acompañado. Después de su encuentro con la Elidhu el día anterior, a Maerad el Bosque Grávido ya no le resultaba hostil, y aunque todavía ansiaba salir del claroscuro de los árboles a la luz del sol y el viento, también se daba cuenta de que se sentía más segura allí, escondida de las miradas entrometidas, a pesar de los peligros que suponía el bosque. Tenía la sensación, sin ninguna razón que pudiese definir, de que la Elidhu los protegía. Los largos días cabalgando por el bosque también le habían dado la oportunidad de asimilar los acontecimientos de las últimas tres semanas. Se sentía menos confusa en su interior, menos dudosa, pese a que parecía que cuanto más averiguase, más se multiplicarían sus preguntas. Le contó todo esto a Cadvan, que respondió:

—A veces el camino del Saber es así. A menudo he pensado que es como una luz que se abre en un mar oscuro: a medida que aumenta, también aumentan la profundidad y el tamaño de lo desconocido. ¡Los más sabios son quienes saben lo poco que saben!

Aquella noche acamparon en otro claro, pero esta vez no había cueva y no pudieron hacer fuego. El buen tiempo se mantuvo, e incluso llegó a hacer un poco de calor. Continuaron tras el amanecer del día siguiente. Hacia la hora de comer Maerad vio una luz entre los árboles y así alcanzaron el final del camino.

El bosque se detuvo abruptamente, y Maerad descubrió, parpadeando, que ante su vista se extendía una tierra de colinas redondeadas y sombreadas por la flor violácea del brezo. El camino deambulaba por el paisaje que tenían delante, y Cadvan le dijo que si lo seguían, acabarían llegando a una de las Carreteras Bárdicas que llevaban a Ettinor, siguiendo el río Milhol.

—De momento —dijo— creo que continuaremos hacia Milhol. Deseo saber cómo es la tierra por esos lares. Y después debemos decidir qué hacer luego.

El paisaje que atravesaban era solitario y desnudo, barrido por fuertes vientos que soplaban bajando de unas distantes montañas que formaban unas chepas azules en el horizonte del este. Allí no crecían árboles, aparte de unos cuantos espinos raquíuticos, y de vez en cuando pasaban ante afloramientos caídos de granito grisáceo y desgastados por el tiempo, moteado de líquenes brillantes, violetas, amarillos, verdes y blancos. También había otras piedras, que parecían haber sido colocadas allí por manos humanas: círculos en lo alto de pequeñas colinas que parecían unas inmensas coronas rotas, algunas de ellas derrumbadas y quebradas, otras todavía en pie pero locamente inclinadas como hombres borrachos.

—Estaban aquí antes que Afinil, y datan de los primeros días en los que los humanos caminaron por estas tierras —le dijo Cadvan—. Nadie sabe ahora lo que significaban, ya eran antiguas y estaban abandonadas en los días de Dhyllin. Las colocaron aquí, en la colina, gentes que vivieron hace muchos miles de años. Algunos piensan que señalaban las tumbas de sus reyes y reinas, otros piensan que eran

lugares en los que adoraban a sus dioses. Algunos tienen curiosos grabados.

—Y tú ¿qué piensas? —preguntó Maerad.

—No lo sé —dijo.

Cuando el atardecer comenzó a caer, todavía estaban lejos de un lugar habitado, y encontraron una hondonada apartada del viento al pie de una de las colinas, donde acamparon. No se oía ningún sonido, a excepción del suspiro del viento entre la hierba y los llantos melancólicos de los chorlitos, y aquella noche no sacaron sus liras, pero hablaron juntos en voz baja. Maerad se acercó más al fuego.

—Qué sensación más desolada —dijo.

—Sí —dijo Cadvan—. Les llaman las Tierras Hundidas. No se recuerda que nadie haya vivido aquí.

—Hace tanto tiempo y está tan lejos —dijo ella—. Pero es como si la tierra recordase a la gente, aun así.

Aquella noche Maerad durmió agitada, y le pareció haber oído en sueños un lejano ruido de cascos en la noche, que la buscada, y a su alrededor había siniestras formas de hombres envueltos en capas negras. Se despertó temblando y miró hacia arriba, a los cielos cubiertos de estrellas, donde la luna creciente cabalgaba bien alta sobre unas nubes rotas. Cadvan yacía cerca, roncando ligeramente, pero ella enseguida se volvió a dormir y ya no soñó más.

Continuaron siguiendo el camino que los había llevado a través del Bosque Grávido, que a media mañana del día siguiente se introducía repentinamente en terrenos cenagosos. Por allí tenían que avanzar lentamente ya que debían ir abriéndose camino, temerosos de perder por completo el sendero, y a menudo los caballos hundían los cascos por completo en el barro. Nubes de insectos y mosquitos los perturbaban, y su incomodidad crecía a medida que calentaba más el sol. Continuaron durante varias horas, sin detenerse a comer, y por fin, para alivio de Maerad, dejaron atrás la ciénaga y volvieron a un terreno sólido. Se detuvieron al lado de un pequeño arroyo para realizar un almuerzo tardío, y dejaron que los caballos pastasen y bebiesen.

—Bueno —dijo Cadvan—, pronto volveremos a encontrarnos entre gente. Dudo que veamos a nadie que me conozca, pero aun así merece la pena tomar precauciones contra los ojos Bárdicos —se quedó pensando un rato y después dijo—. ¿Qué te parecería ser mi hijo mudo, y que yo fuese un... un zapatero, quizá, de cerca de Pellinor, que va a Ettinor a buscar ayuda para la enfermedad de su hijo?

—¿Por qué no? —dijo Maerad, divertida—. Pero ¿sabes algo de hacer botas?

—Pues sí, señorita —dijo Cadvan, guiñándole un ojo al estilo de un granuja—. No sabes lo que yo sé. Mi padre era zapatero remendón y sus botas eran muy apreciadas en Lirigon. Y en todas partes, a decir verdad.

Disfrazarse les llevó un ratito. Cadvan se ocupó primero de Maerad, hizo que

colocase las manos sobre sus hombros, como cuando la había visionado, y mientras tanto murmuró un encantamiento en el Habla. Un breve resplandor de luz pasó ante la vista de Maerad, la hizo marearse durante un segundo, y cuando se recompuso, miró hacia abajo y soltó un grito involuntario. Su cuerpo había cambiado: ahora parecía un muchacho, y sus ropas eran ligeramente diferentes, toscamente tejidas con lana sin teñir. Después Cadvan se cambió a sí mismo, y Maerad lo miró con fascinación. Sus ojos no pudieron captar el momento de la transformación, pero pareció como si el rostro de Cadvan se difuminase; ella parpadeó y cuando volvió a mirar era diferente. Tenía el cabello rojo y una barba roja, y sus facciones eran más duras.

—Ahora los caballos —dijo, y ella volvió a parpadear, ya que también su voz era más áspera y profunda—. Son demasiado finos para alguien como nosotros —volvió a practicar el encantamiento y súbitamente Darsor e Imi eran dos animales de granja, y Darsor era bizco.

Cadvan se volvió hacia Maerad y le pasó las manos ante los ojos.

—Esto durará hasta que el sol se ponga mañana —dijo—, y será suficiente. No quiero quedarme más de una noche en Milhol. Ningún Bardo ni Gluma nos reconocerá ahora. Pero debo descansar un rato, para engañar a los ojos de los Bardos se necesita más que con el resto de la gente. Mírame bien, ya que has de recordar qué aspecto tengo.

Aquella noche la pasaron en Milhol, un pequeño pueblo de mercado de dos o tres mil habitantes, con casas de varios pisos que casi chocaban sobre las estrechas callejuelas adoquinadas, cortando la luz. La gente los miraba mientras atravesaban las estrechas calles, y a Maerad no le gustaban las miradas porque le parecían desconfiadas y hostiles. Las calles apestaban a estercolero, y las cunetas estaban llenas de basura, mondaduras de verdura, cáscaras de huevo y basura podrida. No era, pensó, un lugar especialmente agradable en comparación con los bien cuidados jardines de la Escuela de Innail. A la fuerza, acabó por recordar el Castro de Gilman.

Tampoco disfrutó de su estancia en la posada maloliente. La dirigía un hombre de cejas negras con un delantal grasiento, que los aceptó de malos modos y los guio hasta un mísero cuartucho con una diminuta ventana cubierta de telas de araña y dos palés llenos de bultos. Para disgusto de Cadvan, les cobró más del doble de lo que habían pagado en la Franja de Innail. Fueron a cenar a la taberna, porque Cadvan quería escuchar a los habitantes del lugar hablar de las condiciones en las que vivían, pero no se quedaron mucho rato. La conversación de los lugareños decía que el único peligro real que había en la carretera eran los bandidos.

Maerad se despertó antes del amanecer. Un gallo cantaba en algún lugar en la distancia, pero no fue aquello lo que la despertó; era algo que la picaba por todas partes. Mientras se rascaba furiosamente, se incorporó, y Cadvan se removió adormilado, y después se despertó instantáneamente.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Chinches —susurró—. O pulgas. O piojos. Me está picando algo.

—Seguramente sean chinches —dijo Cadvan. Inspeccionó su cama sin mucha pasión—. Mira, tienes una picadura en la nariz.

—Ojalá a ti también te hayan picado. Y mucho —dijo ella, debatiéndose entre la irritación y la diversión.

Cadvan se incorporó.

—No creo que lo hayan hecho —dijo—. No les gusto mucho a los insectos. Soy demasiado duro —sacó las piernas por el lateral de la cama y se frotó el cabello con los dedos, de forma que se le puso de punta—. Bueno, nos han despertado lo bastante pronto para sacarnos de aquí. Así que vámonos.

Cadvan le dijo que se pusiese la cota de malla, así que la sacó del hatillo en el que había estado guardada desde que habían salido de Innail. El cuello le picó al ponérsela, al sentir su pesada frialdad, y se colocó torpemente la espada que le colgaba de la cadera, que llevaba días sin ser utilizada y tenía casi olvidada. Después recogieron sus hatillos y salieron del cuarto.

Abajo la única señal de vida era el cocinero que estaba encendiendo la cocina de leña. No pareció muy dispuesto a servirles el desayuno, así que abandonaron la posada y emprendieron el camino a pesar del viento gélido. Maerad sintió un alivio indecible al dejar aquel ambiente fétido y respiró profundamente el aire fresco, pese a que estaba tan frío que era como si unas cuchillas heladas se le clavasen en los pulmones. Unos penachos de humo le salieron de los agujeros de la nariz como si fuese un dragón.

Sacaron los caballos de los establos y encontraron una panadería más lejos en la misma calle, donde Cadvan compró dos hogazas de pan y unas tortas de carne. Se comieron las tortas a caballo mientras salían trotando de Milhol, con el aliento formando espirales de vaho en el aire helado. La puerta acababa de abrir, y dos guardas mugrientos los miraron con desconfianza mientras salían. Cadvan les dirigió un alegre saludo, ante el evidente descontento de los guardas, y después trotaron vivamente por la carretera de tierra por la que habían llegado al pueblo. En poco menos de media hora la carretera se fundía con otra, esta vez de piedra.

—Esta es la Carretera Bárdica que lleva a Ettinor. Aquí podremos recuperar algo de tiempo perdido —dijo Cadvan, y se volvió sobre la silla. Imi y Darsor relincharon y piafaron al suelo, y después continuaron hacia delante al galope. Parecían estar tan contentos de salir de Milhol como sus jinetes.

El sol se levantó poco después de que encontrasen la Carretera Bárdica, iluminando un paisaje adusto suavizado por una pesada niebla. Aminoraron el trote, y Maerad comenzó a mirar a su alrededor. Tras ellos todavía se veían las montañas elevándose imponentes en el horizonte, y a su izquierda Maerad veía las colinas purpurescentes de las onduladas tierras altas en la distancia, pero a su alrededor toda la tierra era llana como si fuese una planicie aluvial. El río Milhol discurría a su derecha, y a

Maread le pareció tan sombrío como el paisaje, con unos juncos negros que sobresalían en la superficie marrón. Había pocos árboles, y los que vio se erguían solitarios, inclinados por los vientos predominantes. La tierra era pobre y rocosa, llena de matas de hierba áspera, cardos y asclepias. Tras la salida del sol comenzaron a cruzarse con granjeros que se dirigían a los mercados de Milhol. Se cruzaron con carros de mercancías tirados por ponis de aspecto cansado con las crines ásperas y las costillas visibles, y de vez en cuando un carro tirado por bueyes; dos o tres veces vieron a mujeres caminando con una pesada cesta atada a la espalda, de la que sobresalían las cabezas de los pollos, que graznaban a modo de protesta, o las hojas en movimiento de los nabos o colinabos. Cadvan saludaba con la cabeza a todas las personas con las que se cruzaban, pero solo una vez le devolvieron el saludo, una mujer joven que tenía a un niño pequeño y lloroso tirándole de las faldas.

—Resulta duro sacarle el sustento a esta tierra —dijo Cadvan—. Y hace que la gente se amargue. No siempre ha sido así. Hace cien años esta tierra era verde y fértil. La gente de aquí ha olvidado cómo hablar con la tierra, ahora toman sin dar.

Cuanto más se alejaban de Milhol, más escasas eran las personas que veían, y a última hora de la tarde ya no vieron a nadie más ni pasaron al lado de más casas. Avanzaban a trote ligero, ambos sentían que cuanto antes abandonasen aquel sombrío lugar, mejor, y continuaron cabalgando tras el atardecer hasta que ya era casi noche cerrada, guiados por la luz de las estrellas y la media luna. Solo cuando ya no pudieron avanzar más se echaron a un lado de la carretera y acamparon. Se acurrucaron al abrigo de un gran árbol al que parecía haber partido un rayo y yacía dividido en dos mitades retorcidas. Cadvan se quedó quieto, escuchando un rato, y entonces decidió encender un fuego.

—No escucho nada en millas a la redonda —dijo—. Creo que estaremos bastante seguros. Pero pienso que deberíamos mantener la vigilancia esta noche.

Mientras él encendía una llama con su pedernal, Maerad vio que Cadvan volvía a tener su propio rostro.

—¡Cadvan! —dijo. Él levantó la vista sorprendido—. ¡Has vuelto!

—Y tú también —dijo él, entornando la vista en la oscuridad—. He de decir que mejoras bastante. Fui ligeramente demasiado convincente al convertirme en un muchacho idiota —el fuego chisporroteó y se avivó, y Cadvan lo atendió—. Llevaremos nuestros rostros durante un par de días. Es arriesgado, pero no tengo energía para disfrazarnos a no ser que sea de gran necesidad.

Continuaron por aquel deprimente paraje durante los siguientes dos días, viajando todo el día tan rápido como podían y manteniendo la vigilancia durante la noche. No vieron a nadie más en la carretera. Gradualmente el paisaje comenzó a cambiar, el río se abrió paso en un barranco que se volvía cada vez más profundo, y unos cerros comenzaban a hacerles sombra y se alzaban en afilados picos de roca desnuda que descendían en escarpados precipicios. Unas pequeñas cascadas bajaban por los precipicios, el agua se acumulaba en piscinas de roca poco profundas llenas de cieno

verde, y unos pinos atrofiados crecían desordenados por las ásperas pendientes. Cadvan miraba con cautela a su alrededor, y mientras cabalgaban, Maerad comenzó a sentirse incómodamente consciente del agudo sonido que emitían los cascos de los caballos sobre la carretera, que resonaban sonoramente en las rocas.

—Estas son las Colinas Quebradas. Tierra de bandidos —dijo Cadvan—. Utiliza el oído.

Maerad dirigió su alerta hacia las colinas. Escuchó cómo el viento soplaba entre los dientes de roca, la refriega de unas garras sobre las piedras sueltas, los gritos de las aves de rapiña y los chillidos moribundos de unos animalitos, pero nada humano. Volando en círculos en el viento que soplaba sobre sus cabezas, muy altos, de vez en cuando veía un par de pájaros.

—Águilas —dijo Cadvan—. No son pájaros de la Oscuridad. Buscan sus presas —aun así, ella no pudo deshacerse de la sensación de amenaza, que se había ido acumulando durante todo el día a medida que el campo se volvía más salvaje y la carretera comenzaba a abrirse paso entre gargantas de roca, con sus laterales que ascendían escarpados a cada uno de sus lados. Pero aun así la tierra estaba vacía, y no había oído ni pasos ni ruido de cascos en todo el día. El mismo silencio parecía amenazador.

Aquella noche acamparon ligeramente fuera de la carretera, bajo una roca que sobresalía. No encendieron fuego. Los caballos daban patadas al suelo y vueltas en círculo, pastando la áspera y amarga hierba, y ellos se quedaron sentados en silencio, mirando hacia la carretera y el horizonte rocoso que al otro lado cortaba las estrellas con cuchillas de oscuridad. Estaban, le dijo Cadvan, a menos de dos días de camino de Ettinor.

—Si nuestra suerte se mantiene, lo habremos pasado en tres días más o menos —dijo—. Pero no confío en esas colinas. Todo está demasiado silencioso.

—¿No vamos a ir a Ettinor? —preguntó Maerad, pensando en Helgar y en los otros Bardos que estaban en Innail.

—De ninguna manera a la Escuela —respondió él—. Daremos un rodeo por la Franja, y después abandonaremos la carretera durante un tiempo. Después de Ettinor, la carretera discurre al lado del río Aleph, directamente hasta Norloch. Creo que tendremos que mantenernos todo lo alejados que podamos de las carreteras a partir de ahora: si la Oscuridad sospecha que tú eres la Elegida, tal y como temo que pueda ser, utilizará cada recurso que tenga para encontrarte.

Justo antes del amanecer la temperatura descendió bruscamente y comenzó a llover. Maerad y Cadvan partieron temprano, sencillamente para hacer que les circulase la sangre por los miembros congelados. En la tétrica luz anterior al amanecer el paisaje parecía incluso más aterrador de lo que les había parecido el día anterior. Maerad comenzaba a estar agotada tras el trayecto castigador de los últimos días, y sentía un cansancio más profundo, que pertenecía al espíritu más que al cuerpo, y era más difícil de soportar. Imi ya no caminaba con paso brioso, sino lenta y

pesadamente, manteniendo obstinada el paso de Darsor, que caminaba tan orgullosamente como antes. Manteniéndose como podía sobre el lomo de Imi, Maerad se sentía abatida. Tenía las manos entumecidas por el frío, la capa le batía húmeda contra las rodillas y tenía la cara escocida por las quemaduras del viento. Intentaba no pensar en un baño ni en un asado, pese a que en su cabeza no paraban de aparecer imágenes de las dos, que hacían que el momento presente fuese incluso peor. La llovizna continuó durante toda la mañana, y después se transformó en una lluvia constante. Se detuvieron para realizar un apresurado almuerzo, y después de eso la lluvia amainó y la sustituyó un viento helado que les atravesaba las ropas, dejándolos congelados hasta los huesos.

Cadvan continuaba alerta, mirando a su alrededor constantemente, pero Maread tenía demasiado frío para preocuparse y cabalgaba sumida en un afligido aletargamiento. La cogió por sorpresa el hecho de que él se detuviese, levantando la mano para indicarle que ella también debía parar.

—Escucha —dijo.

Maerad aguzó el oído sintiéndose sobresaltada y culpable. Bajo el débil aullido del viento oía golpes de cascos que resonaban en la distancia. Sonaba como si fuese un único caballo que se dirigía hacia ellos. Se volvió hacia Cadvan, interrogante.

—Creo que está a una milla de distancia de nosotros —dijo Cadvan—. Un viajero solitario por estas tierras ha de ser un Bardo. Y ahora no puedo disfrazarnos, está tan cerca que notaría el encantamiento —miró a Maerad—. Tendremos que fingir que somos simples viajeros. Si es un Gluma, que es poco probable, no parezcas sorprendida ni asustada, seguramente vaya envuelto en un hechizo destellante y no te darías cuenta si no fueses Bardo.

—Pero ¿no se dará cuenta un Gluma de que somos Bardos? —preguntó Maerad, inquieta.

—Seguramente no nos mire tan de cerca, con este tiempo —dijo Cadvan—. Pero estaría bien que te velases.

—¿Que me vele? —Maerad se le quedó mirando. Mientras miraba, el aire que rodeaba a Cadvan parecía volverse borroso. Apenas era perceptible, y más que ver notó la diferencia.

—Piensa que es un escudo que te protege y te esconde —dijo. Maerad cerró los ojos y se concentró. Volvió a abrirlos y miró a Cadvan inquisitivamente.

—Sí, eso es —dijo él. Los inspeccionó a los dos y se cubrió mejor la cabeza con la capucha—. Creo que parecemos lo bastante míseros para pasar por campesinos —dijo—. Pero Darsor no pasará —le habló al caballo, que resopló y piafó el suelo, pero después se dejó caer. Maerad parpadeó atónita: el orgulloso Darsor ahora parecía tener el cuello de un ganso y el lomo curvado, y caminaba cojeando ligeramente. Cadvan le palmeó el cuello.

—Este caballo es un señor actor —dijo.

—Esta vez podría ser tu hija lunática —dijo Maerad—. Si eso te sirve de ayuda.

—Se revolvió el cabello se dejó caer mechones sobre la cara, enredados como los de una bruja, y dejó la mandíbula floja.

Cadvan rio gravemente.

—Estoy comenzando a pensar que en algunos aspectos tu educación ha sido gravemente rigurosa —dijo.

Continuaron a paso lento. Maerad estaba ahora alerta, había olvidado por completo el frío y controlaba los golpes de los cascos que entraron dentro de un rango de sonido normal. Sintió una vaga sensación de malevolencia, percibió que la desolación y la maldad aumentaban a medida que el ruido de los otros cascos se acercaba. El corazón comenzó a latirle cada vez más rápido. Entonces, más repentinamente de lo que esperaba, el jinete apareció a unos treinta metros de ellos, rodeando a trote lento un saliente rocoso.

Llevaba una pesada capa negra y unas botas negras y altas con afiladas espuelas. Cabalgaba sobre un caballo zaino de grandes huesos, que echaba la cabeza hacia atrás continuamente, mordiendo un cruel freno.

Maerad supo inmediatamente que el jinete era un Gluma. El caballo tenía unos círculos blancos alrededor de los ojos, y en los flancos se le veían motas de una espuma blanca mezclada con sangre. El rostro del Gluma estaba completamente oculto por la capucha, pero Maerad observó, estremecida, que las manos que sostenían las riendas estaban arrugadas y eran blancas y huesudas, como las de un cadáver momificado, y llevaba un anillo de plata sin brillo con una piedra negra engarzada. Tragó saliva y continuó caminando lenta y pesadamente al lado de Cadvan, acercándose más y más al Gluma, aunque sentía que los pasos de Imi estaban llenos de odio y el animal se veía acobardado.

Tras lo que pareció una semana, se cruzaron. Ahora a Maerad el corazón le daba martillazos contra las costillas, y sentía la lengua seca en la boca. No podría haber dicho nada ni aunque hubiera querido hacerlo. El jinete se detuvo, bloqueándoles el paso, y el estómago le dio un vuelco del susto. Bajó la vista y le miró las manos, pese a que aquella imagen la ponía enferma, y vio que la piedra negra del anillo estaba tallada en forma de calavera sonriente. Cadvan se detuvo, como por cortesía, y habló:

—Un tiempo imponentemente malo para cabalgar.

El Gluma se le quedó mirando, y esta vez Maerad pudo ver una nariz huesuda y unos ojos que ardían como brasas rojas dentro de la sombra de la capucha.

—Cierto es —dijo, y su voz parecía surgir de una gran profundidad—. Solo los imprudentes se aventuran a viajar por esta ruta.

—Sí —dijo Cadvan—. O los desesperados —señaló a Maerad con una inclinación de cabeza—. Mi hija, señor, se volvió loca hace tres meses, y voy a Ettinor en busca de ayuda.

Maerad miró solícita al Gluma con los ojos desorbitados. Descubrió que si no enfocaba la vista, el Gluma parecía casi un Bardo o un fino señor con una larga capa, lo cual era más fácil de soportar que la lúgubre figura que veía si no.

—Puede que en Ettinor haya ayuda para gente como vosotros —dijo el Gluma en tono burlón—. O puede que no.

—No busco favores, señor, por los que puedo pagar —dijo Cadvan. Tenía el rostro sin expresión, ansioso por complacer, y ligeramente estúpido—. Pero me pregunto, señor, si habrá visto bandidos por esta carretera. Al principio temí que fuese uno de ellos, y le suplico que me disculpe, pero todavía no hemos visto ninguno, aunque nos han advertido de que los hay.

—Se ha purgado a los bandidos —dijo el Gluma—. Se habían vuelto un incordio.

—Bueno, sin duda esas son buenas noticias —dijo Cadvan. Se produjo una breve pausa—. Bien, tenemos un largo camino por delante —apuró a Darsor—. Que tenga un buen día, señor.

Lentamente, como si lo hiciese de mala gana, el Gluma se echó a un lado para dejarlos pasar. Maerad bajó la cabeza y siguió a Cadvan, manteniendo la mente en blanco tanto como le fue posible. No pudo evitar que le temblasen las manos. Cuando estuvieron al mismo nivel, la cabeza del Gluma surgió de repente, y silbó como si estuviese a punto de decir algo, mirándola directamente a ella. Sintió que estaba poniendo su mente a prueba, como si unos asquerosos tentáculos la recorriesen, y se le formó un nudo en la garganta. Sin pensar se echó sobre la perilla de la montura, emitiendo un agudo y lacrimoso grito, igual que había escuchado una vez lamentarse a una mujer loca en El Castro de Gilman. Llenó su mente de imágenes de pesadilla de una araña gigante, y después de una serpiente con muchas cabezas, y los toqueteos del Gluma se retiraron de golpe, como con desagrado.

—Venga, Marta, no te pongas así —dijo Cadvan mientras continuaba cabalgando—. Perdónela, señor, perdónela —le dijo al Gluma—. Es la locura, le dan ataques así...

El Gluma escupió sobre el suelo y espoleó su caballo para adelantarlos, dándole un golpe a Darsor al pasar. El caballo negro se tambaleó y casi tira a Cadvan de la silla. Maerad continuó con su lamento hasta que los golpes de los cascos se desvanecieron en la distancia, y entonces se detuvo, hipando unas cuantas veces para darle verosimilitud. Levantó la vista hacia Cadvan, que se colocó el dedo índice sobre la boca para decirle que guardase silencio. Continuaron al mismo paso lento durante una hora más antes de atreverse a decirse nada el uno al otro.

—Hemos estado cerca —dijo finalmente Cadvan—. Gracias a la Luz por tus rápidos reflejos, Maerad. Por un segundo pensé que estábamos perdidos. Te percibió.

Maerad todavía sentía náuseas, como si algo la hubiese envenenado.

—Intentó leerme —dijo temblorosa—. Así que me dejé invadir por el pánico y pensé en monstruos. Fue horrible.

—No eres ni de lejos tan frágil como pareces. Es mejor parecer débil que serlo —Cadvan sonrió sarcásticamente, y Maerad le devolvió una lánguida sonrisa, mientras sentía que las náuseas comenzaban a remitir—. Es extraño que los Glumas cabalguen abiertamente por Annar, incluso en estos días —dijo Cadvan—. Y venía de Ettinor.

Quizá lo hayan enviado en busca de noticias sobre nosotros, quizá por otros asuntos. No lo sé. Pero comienzo a ver las cosas con más claridad.

—¿Acerca de Ettinor? —preguntó Maerad.

—Sí —dijo Cadvan categóricamente—. Ya te he hablado de algunos de mis miedos. Parece que no iban desencaminados. Llevo años sin estar en Ettinor. La última vez no me gustó, pero no sentí maldad activa. Pero las cosas pueden cambiar rápidamente —Cadvan parecía sumido en unos pensamientos preocupados—. Incluso si Ettinor fuese una de las Escuelas corruptas, no me atrevo a pensar que esté en deuda con El Sin Nombre y sea refugio de los Glumas. Incluso allí hay Bardos que se han mostrado en contra de la corrupción de las Escuelas, y que trabajan para la restauración de las artes Bárdicas.

Cabalgaron un rato en silencio.

—El Sin Nombre debe de sentirse seguro de su poder, para colarse tan cerca en el seno de su enemigo —dijo él por fin—. Es muy mala señal.

Cadvan y Maerad llegaron a la Franja de Ettinor durante la tarde del día siguiente. Las Colinas Quebradas se hundían gradualmente en las llanuras, y allí la hierba salvaje se bamboleaba a la altura de la rodilla a un lado de la carretera, mecida por una brisa suave, y las largas hojas de los sauces pendían sobre el río a su lado. Unas millas después la carretera daba un agudo giro hacia el norte y vadeaba del río Milhol, y al otro lado atravesaron cabalgando tierras de pastoreo salpicadas de rebaños de reses y ovejas, con frecuentes bosquecillos de hayas, alisos o álamos, o inmensos robles solitarios. Las casas tenían un estilo diferente a las que había en la Franja de Innail, construidas en piedra gris con unas ventanitas altas y tejados hechos con tejas de arcilla roja. Muchas tenían llamativas jardineras en las ventanas llenas de geranios rojos o rosas. Era un agradable paisaje campestre por el que cabalgar, y Maerad sintió que suponía un bálsamo para sus ojos tras las duras rocas y los matorrales de los últimos días.

Volvían a estar disfrazados del zapatero remendón Mowther y su hijo idiota, esta vez viajaban por el campo en busca de trabajo; tras su encuentro el día anterior, Cadvan no se iba a arriesgar. Se cruzaron con algunas personas por la carretera, pero de nuevo Maerad se dio cuenta de que pocos le devolvían el saludo a Cadvan. No vieron a ningún Bardo. Una vez vieron a un herrador que cabalgaba con un gran mandil negro, mientras las herramientas le tintineaban colgando de la silla, de camino quizá a herrar a uno de los grandes caballos de tiro que Maerad había visto en los campos, un pastor con dos perros que apresuraban a un pequeño rebaño de ovejas y tres niños descalzos que jugaban en la carretera, los que, al ver a los extranjeros, salieron corriendo inmediatamente y se escondieron. Enseguida Maerad vio en la distancia los muros de la Escuela y sus altas torres grises. Cadvan desvió el camino al sur de la Escuela, y se dirigieron al oeste.

—Es una tierra hermosa —dijo Maerad—. Casi tan hermosa como Innail.

—Sí, pero se está empobreciendo —dijo Cadvan—. No hace mucho no se veían niños sin zapatos por aquí. Unas cuantas décadas más y será como la tierra que rodea Milhol.

Después de aquello Maerad comenzó a fijarse en señales de abandono o pobreza, como tejados de graneros a los que les faltaban teja, carretas y carros pudriéndose

abandonados a un lado de la carretera. Había muchos campos, de los que Cadvan le dijo que ahora deberían estar siendo sembrados, que estaban llenos de maleza, malas hierbas y cardos, y no era raro ver granjas completamente abandonadas, con las ventanas rotas, tejados que comenzaban a derrumbarse, malas hierbas que crecían altas, empujando las paredes de los patios. No siempre era así, todavía vio muchas casas con jardines y huertos bien cuidados, y algunas casas muy grandes que señoreaban vastos terrenos; pero bajo la agradable superficie Ettinor tenía una penetrante sensación de lenta decadencia, o lucha sin esperanza contra la entropía.

—La desesperación está en el corazón de Ettinor —dijo Cadvan mientras pasaban al lado de otra granja en proceso de putrefacción—. Es la peor enfermedad que existe. Una traición al pacto de los Bardos.

—¿Adónde se va la gente? —preguntó Maerad.

—A los pueblos, a veces, para intentar ganarse la vida allí —dijo Cadvan—. Algunos se vuelven nómadas, trabajan para otros cuando ya no pueden ganarse la vida en sus propias tierras.

—Pero ¿qué está pasando? Vaya, no parece que haya hambruna ni nada así...

—Ocurre desde la muerte de Eth, que era Primer Bardo aquí —dijo Cadvan—. Le sucedió Finlan, un hombre orgulloso y ambicioso, hace unos cincuenta más o menos. Finlan aumentó los diezmos a los propietarios de las tierras, argumentando que los Bardos estaban mal pagados por su trabajo. Quizá nadie hubiera objetado nada si los Bardos hubieran mantenido sus servicios, pero eso sí que permitió que disminuyese. Y los diezmos continuaron subiendo, y eran exigidos por la fuerza cuando alguien no podía pagarlos.

En aquel punto Maerad levantó una ceja con aire interrogante. Entonces Cadvan le explicó que las Escuelas no solo se mantenían de las economías creadas por la Artesanía y la Creación, sino también por los diezmos que pagan los propietarios de las tierras de las Franjas, y a cambio, los Bardos se consideran siervos de la gente, y sus habilidades están a disposición de estos.

—Enseñan a los niños a leer y contar, curan a los enfermos, llevan a cabo los rituales de la primavera y la cosecha, y muchas otras cosas —dijo—. Pero los Bardos de Ettinor se han vuelto arrogantes y creen que están por encima de tales servicios, y exigen un pago por todo lo que una vez se entregó libremente. Así que el nombre de los Bardos ha adquirido mala reputación en muchos lugares.

—Entonces, ¿Finlan es un Gluma? —preguntó Maerad.

—No lo creo —dijo Cadvan—. Pese a que es difícil estar seguro de nada en los tiempos que corren. Me he preguntado si habría Glumas en la Escuela de Ettinor, y mis dudas han ido aumentando con el paso de los años. Ahora estoy seguro de que los hay.

Hacia el atardecer entraron en un pueblecito sin murallas llamado Fort, y allí se

alojaron en una cómoda posada llamada El pato marrón. Para deleite de Maerad, incluso tenía cuarto de baño, aunque no había agua caliente. Se quitó sus ropas mugrientas con un intenso alivio, se lavó por todas partes y se puso una muda limpia de su hatillo. Era algo curioso, pensó, estar lavando algo que se sentía como el cuerpo de una chica pero que parecía un muchacho. Ya se las había visto con algunas dificultades: cuando había querido orinar, había pensado que debía quedarse de pie, pero había resultado un poco desastroso a no ser que se mantuviese en pie con las caderas formando un ángulo muy antinatural. Había sorprendido a Cadvan riéndose de ella aquel mismo día, mientras se peleaba con aquello detrás de un árbol y, con las mejillas de color escarlata, había olvidado su supuesta mudez y le había gritado. Lo cual, para enfurecerla aún más, solo había conseguido aumentar su diversión.

Volvió a su salita y se encontró a Cadvan, vestido de Mowther, tirado al lado del fuego, sin las botas.

—Necesitamos lavarnos un poco —dijo ella, esperando que él alegase que no tenían tiempo. Para su sorpresa, estuvo de acuerdo.

—Mañana también dormiremos aquí —dijo—. Creo que es bastante seguro. Dudo que nadie nos busque en Fort. Quiero comprar algunas provisiones y escuchar las noticias que pueda. Y podríamos descansar antes de continuar el viaje.

Más tarde, tras comprobar cómo estaban los caballos —el informe de Darsor era alentador, pese a que Maerad sospechaba que le costaba estar en cualquier establo—, fueron a la taberna a comer algo. Era una sala alegre con un gran hogar, sobre el que había platos de cobre y jaeces para caballos, con unas paredes blanqueadas con cal y manchadas por siglos de humo de madera, y juncos limpios sobre el suelo de madera negra. Había unos cuantos granjeros sentados en silencio a las mesas, que bebían la cerveza negra local, pero a no ser por eso la taberna estaba prácticamente vacía. El posadero, un hombre de rostro agradable llamado señor Dringold, estaba sirviendo bebidas, y Cadvan le pidió algo de vino y cordero asado con verduras. Un niño pequeño, de unos cuatro años, con una manta de cabello negro y rizado, servía el vino, llevando la garrafa de arcilla con gran seriedad, como si trasportase el cristal más precioso, y Cadvan le dio las gracias sobriamente.

Poco después, la esposa de Dringold, una alegre mujer con el mismo cabello rizado que su hijo, les trajo la comida. Tras el escaso sustento de los días anteriores, a Maerad se le hacía la boca agua, y Cadvan se quedó perplejo ante lo rápido que desapareció su ración. Al asado le siguió una tarta de moras con crema, y después de eso un poco de excelente queso blanco, producto local, tal y como les contó orgulloso el posadero. Tomaron un poco más del más que aceptable vino, y se quedaron sentados sin hablar en un rincón al lado del fuego, muy satisfechos.

—Su hijo es un muchacho callado —dijo el señor Dringold al pasar, mientras llevaba unas cervezas a otra mesa.

—No ha hablado desde el día que nació —dijo Cadvan—. Pero es bastante hábil.

—Están de paso por aquí, ¿verdad?

—Esa es la idea. No parece que haya mucha necesidad de zapateros remendones por aquí.

—El señor Dothan no les agradecería que se quedasen —dijo Dringold, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a un hombre fornido que estaba inclinado sobre una mesa cercana—. Ya bastantes problemas tiene para salir adelante tal y como están las cosas. No hay mucha gente por aquí que se pueda permitir tener más de un par de zapatos, si es que tienen uno, no sé si me entienden.

Volvió a su mesa tras repartir las bebidas, y Cadvan y él comenzaron a charlar. Maerad continuó sentada, adormilada, a su lado, escuchando la conversación. Se estaba haciendo tarde, y ansiaba dormir en una cama de verdad, con sábanas de verdad. La conversación era más de lo mismo: las dificultades para ganarse la vida, cómo los negocios decaían año tras año mientras los precios aumentaban y aumentaban. Maerad se dio cuenta de que Dringold no mencionaba a los Bardos. Cadvan asentía comprensivo.

De repente, la esposa del posadero irrumpió en la sala, con el rostro blanco.

—Ewan —dijo—. ¡Es Lanal! Le ha vuelto a dar el garrotillo, pero esta vez está muy mal —Dringold se puso en pie precipitadamente y se excusó.

—Quizá yo pueda ayudar —dijo Cadvan, levantándose—. Este muchacho tuvo un mal garrotillo cuando era pequeño, y aprendí algunos trucos —la mujer se le quedó mirando recelosa, pero no protestó cuando los siguió a sus aposentos privados. Sin saber qué hacer, Maerad siguió a Cadvan.

El chiquillo estaba sentado al lado del fuego de la cocina, acunado por una de las criadas. Estaba claro que le costaba mucho respirar, emitía unos terribles graznidos cada vez que tomaba aire.

Maerad vio que tenía los labios amoratados. Ya había visto niños en aquella situación extrema. Normalmente morían.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Cadvan, y Maerad se dio cuenta, ligeramente sorprendida, de que no hablaba como el zapatero Mowther.

—Una media hora —dijo la mujer—. Pero se ha ido poniendo cada vez peor. No sé qué hacer —tomó aire entre dientes, como si estuviera intentando no llorar, y se mordió el labio.

—¿Tienen uña de caballo en la cocina? ¿O borraja? —preguntó.

—¿Uña de caballo? Creo que sí... y también borraja, me parece... —se acercó a una estantería cargada de botellitas de vidrio llenas de hierbas secas y las cogió.

—Hagan una infusión, rápido —dijo Cadvan—. Pongan una cucharada de cada uno en una olla grande.

Tomó al niño suavemente de los brazos de la criada y se sentó con él. El niño no tenía suficiente aliento para llorar pero estaba claramente asustado, y se retorció débilmente entre los brazos de Cadvan.

—¿Cómo se llama? ¿Lanal? —Cadvan miró a Dringold. El posadero asintió. Cadvan miró al niño y le susurro al oído—. Fearnese, Lanal. Fearnese —

inmediatamente la respiración del chiquillo se volvió más fácil, dejó de retorcerse y se relajó, confiado, sobre el pecho de Cadvan. Este le acarició el cabello y el pecho, susurrando todo el tiempo, y un minuto más tarde el horrible ruido cesó y comenzó a respirar con normalidad. El terrorífico color morado le desapareció de la boca. Después, de manera bastante repentina, el niño se sentó.

—Tengo sed, mamá —dijo—. Quiero beber algo —miró a Cadvan con timidez y buscó los brazos de su madre.

—Estará bien enseguida —dijo Cadvan, tendiéndoselo—. Dele un poco de la infusión, cuando se haya enfriado, le limpiará los pulmones. Si comienza a ponerse así de nuevo, haga que respire los vapores de la uña de caballo antes de que se ponga tan mal. Y manténgalo en un cuarto caliente.

La cocina estaba en completo silencio.

—Pensaba que se moría —dijo la esposa del posadero.

—Los niños se olvidan rápido del dolor —dijo Cadvan—. Lo he visto a menudo.

Ahora que aquel miedo terrible por su hijo había desaparecido, Dringold parecía estar casi enfadado.

—Eso eran cosas de Bardo, eso era —dijo, casi gritando.

—Puede que lo fuese, puede que no —respondió Cadvan—. Como ya le he dicho, aprendí unos cuantos trucos cuando el mío era pequeño.

—Solo los Bardos tienen permitido realizar Curaciones —dijo Dringold—. El mes pasado echaron del pueblo a una comadrona por hacer remedios.

—La ley no funciona así en el lugar del que yo vengo —dijo Cadvan, y Maerad vio un destello de ira en su mirada—. Si alguien está enfermo, alguien debe curarle, si puede. De todas formas, el niño ahora está bien.

Se quedaron en la cocina mirando al chiquillo, que ahora se comportaba como si no hubiera estado enfermo en su vida y le pedía insistentemente una galleta a su madre.

—Bueno, ¿qué le debemos? —dijo el posadero. Cadvan lo miró como si lo hubiese insultado, y Dringold se ruborizó.

—No me deben nada —dijo Cadvan—. Les agradecería que mantuviesen la boca cerrada acerca de este asunto, es todo. No me gustaría que los Bardos me persiguiesen, como si hubiese hecho algo malo.

—No ha hecho nada malo —dijo la esposa del posadero impulsivamente. Ahora tenía los ojos húmedos—. Oh, Ewan, me he asustado tanto. Nunca se había puesto así. Pensaba en el pequeño de Medelin, al que la semana pasada se llevó la enfermedad, y no podría haberlo soportado.

—Está bien, Rose —dijo Dringold bruscamente—. Gracias, señor Mowther, si es que es usted el señor Mowther —les dirigió una mirada mordaz a Cadvan y Maerad—. Le debo mucho. Este pequeño lo es todo para Rose y para mí —sacó un gran pañuelo rojo y se sonó la nariz.

—Bueno, será mejor que el muchacho y yo nos vayamos a dormir —dijo Cadvan

—. Y ustedes también —hizo un gesto de buenas noches con la cabeza y Maerad y él salieron de la cocina e hicieron el camino hacia las habitaciones.

—¿Ha sido eso inteligente? —preguntó Maerad en cuanto se encontraron en la privacidad de su salita.

—¿Inteligente? —Cadvan le dirigió una mirada punzante.

—Me refiero a que si estábamos intentando ocultar que somos Bardos... —se detuvo en seco—. Bueno, es evidente que el señor Dringold sospecha de nosotros...

—Si eso fuese lo único que importase, no, no ha sido inteligente —dijo Cadvan—. Aun así, ¿qué es la inteligencia, si permite morir a un niño pequeño?

—¿Hubiera muerto? —dijo Maerad.

—Sí —respondió Cadvan bruscamente—. Ahora mismo estaría muerto —encorvó los hombros y se sentó, meditando sobre aquello—. Maerad, a veces hay decisiones que nos llevan a quedar en una mala situación, pero aun así hay que tomarlas. No podía quedarme allí impasible, sabiendo que podría salvarlo. No son maneras de Bardo.

Maerad pensó con pesar en lavarse.

—Supongo que tendremos que marcharnos mañana temprano, en ese caso —dijo.

—No lo creo —dijo Cadvan—. Creo que el señor Dringold y su esposa guardarán silencio con respecto a nosotros. De momento asumiremos el riesgo —incluso a través del disfraz Maerad podía ver las sombras del agotamiento en el rostro de Cadvan. Pensó en la criada y se preguntó si estaría tomando la decisión correcta. Pero ella también estaba demasiado cansada, y se sentía contenta ante la perspectiva del descanso.

Cuando salieron de sus camas a la mañana siguiente, el sol estaba alto. Desayunaron generosamente, con salchichas especiadas, alubias y beicon; el menú del señor Dringold incluso contenía setas fritas, lo que complació a Cadvan. Dringold también lo arregló todo para que les llevaran la colada a las lavanderías, donde estaría lista para aquella noche. Entonces Cadvan y Maerad se acercaron al mercado de Fort.

Maerad nunca había estado en un mercado, y estaba fascinada. Era vivo, lleno de colores y olores. Había unas enormes calabazas naranjas y calabacines verdes y dorados, y unas manzanas amarillas desiguales, dulces y ligeramente arrugadas por llevar almacenadas desde el invierno; vio verduras de todo tipo, lechugas tempranas y puerros, y ramilletes secos de perejil, menta, mejorana y ortigas, y el verde-morado de unas enormes coles de invierno, partidas en dos de manera que dejaban al descubierto sus retorcidas entrañas. Había montañas de alubias y guisantes secos, lentejas amarillas y granos marrones, y ristras de ajos y cebollas, sacos de avellanas, nueces y almendras, que salpicaban con los colores del otoño; y unos enormes quesos blancos redondos envueltos en hojas o en cera azul, bien gordos y pesadamente asentados sobre los caballetes de madera. Sobre todo ello volaban aromas de panes

recién horneados y castañas asadas, salchichas y cebollas que se freían en un brasero, y por todas partes se escuchaban los rebuznos de los burros, los mugidos de las vacas y los balidos de las cabras estabuladas, los ladridos de los perros y la cháchara de la gente del pueblo al regatear.

En el extremo de la plaza había dos juglares que tocaban la gaita y violín, con un sombrero ante ellos, en el suelo, para recoger las monedas. Iban vestidos con ropas brillantes, con bufandas de color escarlata alrededor del cuello y sombreros de fieltro azul con cascabeles que tintineaban mientras bailaban. Cantaban canciones sobre granjeros tontos y muchachitas que sufrían por amor, una balada de caza sobre un hombre que se enamoraba de un espíritu del río y una divertida canción sobre un herrero borracho que se caía dentro de un pozo. Maerad se quedó ante ellos, embelesada, hasta que Cadvan le dijo que parecía exactamente el mismo idiota que fingía ser y la arrastró para realizar algunas compras.

Iba caminando a la deriva por el mercado de manera tranquila, charlando con los vendedores de los puestos, y Maerad lo seguía en silencio, admirando de nuevo su facilidad para tratar con la gente, cómo era capaz de conseguir que incluso los más reservados se abriesen y hablasen. Compró un suministro de frutas y carnes secas, harina y grano de cebada, un poco de aceite y vinagre, algo de pan duro que se conservaría durante una o dos semanas y un saquito de avena para los caballos. Lo que más le chocaba era el miedo que aparecía ante cualquier mención a los Bardos o cuestiones Bárdicas: los vendedores miraban a su alrededor como si pensasen que había alguien escuchando y no decían nada más, o cambiaban de tema a voz en grito. Cuando Cadvan terminó con sus adquisiciones del mercado, volvieron al lugar en el que tocaban los juglares, ya que Maerad quería escuchar más, pero allí había una discusión. Una mujer que claramente era Bardo —llevaba la capa y el broche de hoja de trébol de Ettinor— les gritaba y les estaba confiscando los instrumentos a los juglares. Cuando estos protestaron, los dejó helados con un gesto de la mano. Después, con una mirada de desprecio, cogió las monedas que había en el sombrero y los dejó allí, incapaces de moverse. Cadvan observaba la escena con disgusto.

—Aquí hay demasiadas cosas ilegales —dijo.

—¿Qué pasará con ellos? —preguntó Maerad.

—Al final se acabará el encantamiento —dijo Cadvan—. Pero podrían quedarse ahí toda la noche, como castigo.

Después de aquello Maerad no quiso quedarse más tiempo en el mercado, y volvieron a El pato marrón, donde hicieron las maletas. Cadvan decidió que aquella noche debían cenar en su habitación y lo arregló todo para que les trajesen la comida.

—Mañana saldremos antes del amanecer —dijo.

—Y después ¿qué? —preguntó Maerad.

—Sí alguien hace preguntas, comenzará a haber un rastro que las mentes enfermas podrían seguir —dijo Cadvan—. Vamos a desaparecer.

—¿Qué significa eso? —Maerad levantó una ceja con aire de duda; estaba claro

que no habría más posadas durante un tiempo.

—Significa que nos adentraremos en terreno salvaje —dijo Cadvan—. Durante las próximas ochenta leguas al oeste la tierra está vacía y no hay caminos. Será difícil encontrarnos, si alguien busca en esa dirección.

—Pero en lugares así viven las criaturas de la Oscuridad —dijo Maerad.

—No solo esas —dijo Cadvan—. A mí me parece menos arriesgado que tomar carreteras, de todas formas. No hay ningún camino libre de peligro.

Llamaron a la puerta y entró Dringold, que traía su cena. La dejó sobre la mesa, y después se quedó allí.

—Debo decirle —dijo— que esta noche se han hecho preguntas.

—¿De verdad? —dijo Cadvan, con aparente indiferencia.

—Ha venido un Bardo. Preguntaba por viajeros que viniesen en este camino. Le dije que tenía alojado a un zapatero remendón. De todas formas, no era necesario decirlo —añadió apresuradamente—, porque ellos siempre lo saben de antemano, siempre hay quien está contento de ir corriendo a los Bardos con cuentos. Le dije que ya se habían marchado, de todas formas. Después me dijo que había escuchado rumores de que mi hijo se había puesto enfermo y que había sido curado. Me reí de ello. Le dije que Rose siempre estaba temiendo por el chiquillo, y que no había sido nada serio. Me miró con aire divertido. Después me preguntó si había visto al Bardo Cadvan, que viajaba con una muchacha joven. Le dije que conocía al señor Cadvan igual que cualquier Bardo, y que siempre estaría encantado de recibirlo en mi posada, pero que llevaba tres años sin verlo. Y después se marchó.

Hizo una pausa. Cadvan le dirigió una mirada vacía de expresión.

—Estoy seguro de que el Bardo Cadvan siempre se sentirá complacido de dormir en tan hermosa posada —dijo—. Y siempre agradece la discreción.

—Por lo tanto, no es mala idea que permanezcan esta noche en sus habitaciones —dijo Dringold—. No sé si me explico. Haré que la criada sepa que se han marchado.

—Tenemos pensado salir antes de que haya luz —dijo Cadvan—. No debería ser un problema —le dirigió a Dringold una repentina sonrisa cálida y, sorprendido, el posadero se la devolvió y se inclinó ante él.

—Estoy seguro de que no lo será, señor Cadvan. Me siento inmensamente agradecido de que haya venido —dijo. Y se marchó.

Mientras la puerta se cerraba, a Maerad se le revolvió el estómago por la ansiedad. Había olvidado por un momento el peligro que corrían, calmada por los pequeños placeres del día, y ahora sus miedos volvían por partida doble; recordaba las manos de color blanco mortal del Gluma y los tizones rojos de sus ojos.

—¿No deberíamos marcharnos ya? —preguntó.

—Podríamos hacerlo, pero dudo que nos sirva de gran provecho —dijo Cadvan—. Nuestro disfraz se mantendrá hasta la puesta del sol de mañana. Los Bardos de Ettinor no saben lo que buscan, por el momento continúan buscando a Cadvan.

—¿Podemos confiar en el posadero? —Maerad se puso en pie y caminó dando vueltas por el cuarto—. ¿No podrían los Bardos averiguar por él que estamos aquí, incluso aunque él no quiera decirlo?

—Depende de las sospechas que tengan. Creo que deben de estar buscando en muchas direcciones, no hay ninguna razón en especial por la que debiéramos estar aquí. Ojalá supiera lo que está ocurriendo en Innail... Hay peligro, pero no me gusta la idea de meterme en terreno salvaje habiendo dormido poco; ya nos lo encontraremos más adelante. Creo que debemos correr este riesgo.

Pero Maerad saltó a otra pregunta.

—¿Y Dringold? ¿No estará en peligro si nos está encubriendo?

—Hoy estás llena de ansiedad —dijo Cadvan, frunciendo el ceño—. Creo que Dringold ha tenido bastantes agallas para enfrentarse a las preguntas de los Bardos de Ettinor. Recuerda su arrogancia. Es muy fácil infravalorar a un sencillo posadero si te consideras por encima de él. Si esta noche pasamos desapercibidos y nos marchamos mañana, deberían estar seguros. Pero colocaré un encantamiento de protección antes de marcharnos, para asegurarnos.

Las respuestas de Cadvan aliviaron un poco los miedos de Maerad, pero aquella noche se quedó despierta hasta tarde, incapaz de deshacerse de la amenazadora imagen de los Glumas y, cuando por fin se quedó dormida, sus sueños se vieron llenos de jinetes negros que la intentaban tocar con sus manos pálidas y huesudas.

Maerad se despertó en la oscuridad antes de que el sol saliese, con el ruido de la lluvia tamborileando sobre el tejado, y suspiró. De mala gana se arrastró fuera de la cama caliente y se vistió, temblando de frío. La cota de malla le resultó especialmente fría cuando se la puso sobre la ropa, y se estremeció: era como ponerse una camisa de hielo. Cadvan y ella tomaron un rápido desayuno, de pie en la cocina con Dringold y su esposa. Tímidamente, Rose los presionó para que se llevasen unos pasteles de carne fríos para el almuerzo, discutió brevemente con Cadvan acerca de pagarle sus servicios por el niño, pero él se negó en redondo a aceptar nada. Justo antes de salir, Cadvan extendió las manos sobre la pareja, murmurando unas breves palabras. Maerad vio que parpadeaban, y después se volvieron para continuar trabajando como si Cadvan y Maerad no estuviesen allí.

—Solo recordarán lo que encaje en la historia de Dringold —le explicó Cadvan en los establos mientras sacaban a los caballos—. Normalmente los Bardos se dan cuenta cuando alguien oculta algo.

—¿Y no percibirá un Bardo el encantamiento? —preguntó Maerad.

—Solo si los visionase —dijo Cadvan—. Pero si los visionan, ni yo ni nadie podremos ayudarles. Pero dudo que ningún Bardo ni Gluma se digne a hacer tal cosa. Espero que no, por su bien.

Se quedó quieto sobre Darsor durante un momento, escuchando, pero no oyó ni percibió nada en la noche, y los guio para salir de las calles adoquinadas de Fort. Una oscuridad lluviosa la cubría, y Maerad se estremeció. La luna llena se movía

lentamente hacia el oeste entre largas bandas de nubes negras, pero iluminaba poco. Volvió la vista hacia las ventanas de la posada, que brillaban doradas y acogedoras en la oscuridad, y pensaron en la pequeña familia que habían dejado allí. La idea de que unas personas tan amables cayesen en manos de los Glumas era insoportable de imaginar.

El sol comenzaba a teñir el horizonte de tonos rojos apagados y ocreos mientras atravesaban pueblos y ciudades hasta la frontera de la Franja de Ettinor. Cuando la lluvia cesó y el sol subió por el horizonte, arrojando una luz sombría sobre el paisaje húmedo, cabalgaban por una región menos habitada, punteada tan solo por granjas solitarias. Un par de horas más tarde la carretera se introducía en un bosque. Redujeron el paso y trotaron entre los árboles chorreantes, oyendo solo el sonido del canto de los pájaros y el ruido apagado de los cascos de los caballos.

Maerad soñaba despierta, cavilando abstraída sobre algunas de las cosas que habían visto y oído durante las pasadas semanas. Ninguno de sus pensamientos la llevó a ningún lado, y dejó que vagasen a la deriva por su mente, uno tras otro, como imágenes informes: la Elidhu del Bosque Grávido; Cadvan quieto y silencioso, a horcajadas sobre Darsor; los juglares helados en la plaza del mercado de Fort; el rostro alegre de Silvia, solemne por la tristeza; Dernhil...

Un extraño ruido la sacudió bruscamente de sus contemplaciones, un zumbido como el de una gran abeja, y un *zoc*, como si algo hubiese golpeado un trozo de madera. Le había dado tiempo de reflexionar que ya había oído un sonido así antes y sabía que no le gustaba, cuando lo volvió a oír, y entonces se sintió como si le hubiesen dado un golpe en la espalda, y la lanzaron hacia delante sobre la silla. Los caballos se echaron a galopar como locos sin haber recibido ninguna orden, y Cadvan gritaba:

—¡Abajo! ¡Flechas! ¡La cabeza abajo! ¡Abajo!

Obedeció instintivamente, ocultando la cabeza contra el cuello de Imi, y se colgó desesperada mientras Imi saltaba salvajemente, intentando mantener el ritmo de Darsor. Se dio cuenta de que debía de haberle tocado una flecha, y agradeció llevar la cota, que se había puesto de tan mala gana aquella mañana. Se atrevió a mirar atrás en una ocasión y no vio nada entre los árboles, la carretera ya había dado un giro y ocultaba a sus atacantes. Los caballos redujeron el paso a un medio galope, y entonces, cuando llegaron a un lugar en el que había un gran saliente rocoso que sobresalía del bosque, Cadvan los detuvo con un gesto de mano, con el rostro grave y alerta. Los llevó hasta la roca, y se quedaron allí de pie, con la espalda contra la pared de piedra, que se alargaba hacia arriba unos seis metros con un ligero saliente elevado. Maerad escuchaba el ruido que hacían los jinetes que los perseguían, acercándose tanto por la carretera como entre los árboles, atajando la curva de la carretera.

—No podemos correr salvajemente con una persecución así —dijo Cadvan—. Tendremos que quedarnos aquí. Creo que no son muchos, solo dos o tres.

—¿Quiénes son? —preguntó Maerad temerosa.

—No lo sé —dijo Cadvan—. Bardos, supongo, que nos habrán visto en alguno de los pueblos. Solo hay una carretera que pase por esta parte de la Franja. No he tenido cuidado, y no debería haber sido así. Pensaba que la lluvia nos ocultaría. Por lo menos aquí no pueden aparecernos por la espalda.

Maerad tragó saliva y se quedó inmóvil sobre la grupa de Imi, palpando su espada, y se quedó mirando hacia la curva de la carretera hasta que los ojos comenzaron a llorarle. Cadvan esperaba pacientemente, quieto como una piedra. Parecía que sus perseguidores no llegarían nunca, pero aun así, antes de lo que le hubiera gustado, una figura apareció trotando al otro lado de la curva, y después otra más. Llevaban flechas ya colocadas en el arco, e iban cubiertas por capas negras.

—Glumas —murmuró Cadvan, y Maerad percibió cómo aspiraba agudamente.

Al principio los Glumas no los vieron y buscaron entre los árboles, avanzando lentamente ahora que iban a la caza. Otro jinete apareció desde un montículo entre los árboles y se unió a ellos. Entonces el más destacado levantó la vista, los divisó y rio, haciéndoles un gesto con la mano a sus compañeros para que se acercasen. Bajaron los arcos y trotaron placenteramente hacia ellos. Maerad comenzó a sentir cómo el terror la apretaba como un torno de banco, y el corazón le latía dolorosamente.

Cuando estaban a unos treinta metros, Cadvan gritó indignado, con acento del norte de Annar.

—¿A qué le disparabais? Podríais habernos matado. Me quejaré a las autoridades, lo haré.

El Gluma que iba delante se detuvo.

—Nosotros somos las autoridades —dijo, y su voz podría haber sido la de un muerto. A Maerad se le puso el vello de punta en la nuca—. Ya puedes chillar, hombrecillo, como un fantasma en el viento, no te servirá de nada. Ningún hombre pone el pie en estos bosques, por orden de los Bardos.

—No conozco esa ley —dijo Cadvan. Los dos Glumas comenzaron a colocar las flechas en la cuerda, y Maerad le dirigió una mirada desesperada a Cadvan, que mostraba un rostro sin expresión—. Seguramente pueda meterme en el bosque si quiero, sin que los Bardos me persigan y me maten.

—La muerte es el precio de la insolencia —dijo el Gluma—. Pero seremos misericordiosos, y te daremos una oportunidad. Puedes venir con nosotros y probar la justicia de Ettinor —volvió a reír, y los Glumas se acercaron más a ellos.

—No iré a ningún sitio —dijo Cadvan—. Esto es asunto mío, es todo. No estoy haciendo ningún mal.

—Aquí todo es asunto nuestro —dijo el Gluma líder. Se rio y levantó el arco—. Pero se te ha acabado el tiempo para elegir.

Soltó la flecha directa hacia Cadvan, y a Maerad casi le falla el corazón. Antes de

darse cuenta de qué había pasado, la flecha había estallado en llamas y caía en forma de cenizas ardientes al suelo que tenían ante ellos. Inmediatamente el aspecto del zapatero y su hijo cambió al de Cadvan y Maerad.

A Maerad, Cadvan le pareció más alto y señorial, con el rostro severo y adusto, y estaba iluminado por una extraña luz. Los Glumas se detuvieron sorprendidos, y en aquel momento Cadvan estiró las manos ante él y un rayo de llamas blancas brotó de sus dedos hacia el corazón del Gluma líder. Este emitió un extraño sonido y cayó de su caballo al suelo. Ante aquello, uno de los otros dos Glumas espoleó a su caballo y cargó contra ellos. Cadvan volvió a levantar las manos, gritando al mismo tiempo, y se produjo una explosión de luz. El Gluma cayó, y los dos caballos sin jinete salieron corriendo desbocados entre los árboles.

El tercer Gluma todavía estaba atrás, y Maerad vio que levantaba los brazos y una extraña oscuridad se formaba ente ellos más rápido de lo que podía percibir el ojo, una forma de niebla y sombra; y mientras Cadvan tiraba al segundo Gluma del caballo aquella forma corría hacia delante, furiosa como una llamativa serpiente, directa hacia Cadvan. Maerad chilló aterrorizada, pero justo cuando la sombra alcanzó a Cadvan, esta se retorció, se descontroló y se disipó en el aire. Instantáneamente Cadvan soltó un disparo de luz hacia el tercer Gluma, y lo golpeó, pero el Gluma solo se tambaleó sobre el caballo y no cayó. Después se puso en pie sobre los estribos, levantando los brazos. Incluso a aquella distancia, Maerad veía la expresión mortal de su rostro.

El Gluma comenzó a cantar con una voz uniforme. A Maerad las palabras le resultaban inexplicablemente familiares; después, horrorizada, incluso en aquellas circunstancias extremas, se dio cuenta de que ya había escuchado algo así antes, en la pesadilla premonitoria. Una gota de sudor le resbaló por la espalda como un dedo helado, y sintió que las manos le temblaban al sostener las riendas.

Cadvan estiró los brazos, y un disparo blanco volvió a golpear al Gluma, pero esta vez no produjo ningún efecto. Maerad miró al Gluma con la boca seca, como un pajarillo atrapado en la fascinación del terror ante la serpiente que se prepara para golpear y matar.

Una nueva oscuridad comenzó a formarse entre los brazos del Gluma, parecía como una pesadilla a cámara lenta, pero con una ligereza aterradora. Era como si la sombra se coagulase y creciese de allí, pero esta era menos amorfa que la primera. Cadvan se asentó sobre Darsor, que se quedó inmóvil. Maerad le dirigió una rápida mirada y vio que estaba absolutamente quieto, aunque la extraña luz de su interior crecía en intensidad. Después sus ojos se vieron de nuevo atraídos de manera irresistible hacia el Gluma.

Sobre este, extendiéndose entre los árboles, se avecinaba una forma terrorífica, hecha de sombra y que parecía tan sólida como los árboles que la rodeaban. Parecía un gigante, pero feo y deforme. Un fuego verde le crepitaba alrededor de la frente, y los ojos le ardían con una fría luz, batía unas alas negras de varios palmos de

envergadura, como si fuese un murciélago inmenso, y llevaba una espada negra lamida por llamas moradas. Abrió la boca y dejó salir una bocanada de fuego, con unas llamas frías, mortalmente frías.

Maerad comenzaba a estar mareada y se agarraba desesperadamente a las crines de Imi, como si se estuviera hundiendo. ¿Qué era aquello? Era algo rudimentario y absurdo, como una figura salida de una pesadilla infantil, pero su inmensidad parecía borrar el mundo entero.

Cadvan se removió sobre la silla y le pasó la mano ante los ojos.

—Es un Kulag —dijo con cansancio.

Alzó la espada, y un fuego blanco parpadeaba a lo largo de esta, en respuesta a las llamas del Kulag. Entonces se quedaron así durante un largo instante, hombre y monstruo, y después el Gluma chilló y lanzó los brazos hacia delante, y la cosa horrenda también extendió las alas y se echó hacia ellos, emitiendo un grito sobrenatural que le heló la sangre a Maerad.

Darsor levantó la cabeza y relinchó desafiante, alzándose sobre las patas traseras y golpeando el aire con los cascos. Estalló un relámpago cegador, Maerad vio cómo se elevaba la espada de Cadvan, más brillante que el corazón del sol, reluciendo pequeña como una aguja contra la poderosa oscuridad que aniquilaba la luz del día.

Maerad gritó y alzó las manos. Creyó que una gran llama se extendía ante sus ojos, blanca, azul e insoportablemente brillante. Se escuchó un choque, como si hubiera caído un inmenso árbol y hubiese arrastrado con él a sus compañeros, y después de la oscuridad le tapó la vista y ya no se enteró de nada más.

Volvió en sí poco después, y halló a Cadvan arrodillado sobre el suelo a su lado, con la mano sobre su frente y el rostro tenso por la ansiedad. Se incorporó, meneando la cabeza, y miró a su alrededor. Darsor e Imi estaban de pie en silencio a su lado, y la luz normal del día se filtraba entre los árboles. Se preguntó por un instante si habría sufrido algún extraño ataque o una alucinación, pero después miró hacia arriba y vio que las ramas que había sobre ellos estaban ennegrecidas y blanqueadas, como tocadas por un gran fuego. Ante ellos, en el camino, vio unos montones negros formados por los tres Glumas, y el cadáver de un caballo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—No estoy seguro —dijo Cadvan—. ¿Estás bien?

Maerad se frotó la cabeza mientras asentía.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar—. ¿Estamos seguros?

Cadvan puso una sonrisa lúgubre.

—De momento —dijo—. Todos los Glumas están muertos —hizo un gesto con la mano hacia los montoncitos arrugados que había sobre el camino, apartando la mirada con disgusto—. No sé qué le ocurrió al Kulag. Se desvaneció cuando bajaba.

—¿Qué era?

—Uno de los Glumas era un poderoso hechicero —dijo—. No sé qué estaba haciendo aquí. No me atrevo a hacer especulaciones sobre lo que está pasando en la Escuela de Ettinor en la actualidad —hizo una mueca—. Este era el último Gluma, y se enfrentó con todas sus fuerzas a mí en cuanto percibió mi poder. Comencé a dudar que pudiese imponerme a él —hizo una pausa—. Y entonces llamó a un Kulag.

»Solo los mayores hechiceros pueden invocar a tales criaturas, son de la edad de la Primera Maldad, de los días de las Guerras Elementales. Fueron desterrados al Abismo, más allá del círculo del mundo, hace mucho tiempo.

Cadvan volvió a detenerse.

—Y entonces no sé lo que pasó. Pensé que quizá podría destruir al Kulag, pero aun así todavía quedaría el tercer Gluma, que no parecía tener sus poderes disminuidos, y yo ya estaba cansado. Pensé que tal vez aquel Kulag que se abalanzaba sobre nosotros sería la última cosa que tanto tú como yo viésemos. Después surgió una inmensa llama, y el Kulag se estrelló contra el camino ante nosotros. El efecto de

la llama se extendió más allá, y el tercer Gluma cayó abatido al suelo, y con él su caballo. Entonces tú resbalaste de Imi y te caíste al suelo. Pensaba que habías muerto.

Maerad se le quedó mirando maravillada.

—¿Creaste tú la llama? —preguntó.

—No fue cosa mía —respondió él, mirándola de un modo extraño.

—Entonces puede que alguien nos haya ayudado, al sabernos de alguna forma en problemas —dijo ella—. Pero ¿quién puede haber sido?

—Sí, ¿quién? —dijo Cadvan—. Pero pienso que es más probable que la llama surgiese de ti, en respuesta a las circunstancias extremas —le sonrió dulcemente—. Tenía algo de tu lado salvaje.

Maerad se quedó sentada en silencio durante un rato, luchando contra el asombro y la duda.

—Pero si yo no hice nada —dijo por fin—. Solo estaba aterrorizada.

—Sin duda —declaró Cadvan fríamente—. ¡Tendré cuidado con no asustarte a partir de ahora! En las mentes de todos nosotros hay lugares secretos, de los que sabemos muy poco, y especialmente en la tuya, creo —estudió el rostro de Maerad seriamente y, con una punzada de sorpresa, ella creyó ver algo parecido al miedo en sus ojos. Bajo la vista al suelo, sin hablar, y por fin Cadvan se puso en pie y miró a su alrededor.

—Debemos salir de aquí, y rápido —dijo—. No sé cuántos más pueden saber de esta batalla, y qué más puede perseguirnos aquí.

Maerad también se puso en pie, y Cadvan caminó hacia los Glumas muertos. Sobreponiéndose a un escalofrío de horror, lo siguió. Yacían retorcidos bajo sus capas negras. Cadvan levantó el extremo de una de las capas con la bota y Maerad dejó escapar un grito de sorpresa ahogado: bajo las capas no había nada más que un montón de huesos secos. También era así en el segundo cadáver.

—Cuando los Glumas mueren, el encantamiento que une sus cuerpos a este mundo se rompe —dijo Cadvan—. Estos deberían haber muerto hace cientos de años —se volvió a poner en pie y se apoyó durante un instante en un árbol, como si sufriese náuseas y se estuviese obligando por pura voluntad a acercarse a los cuerpos.

Después fue hasta el cuerpo del tercer Gluma, que era el que más lejos yacía, en el camino, y levantó la capa con un palo. Maerad vio cómo la calavera le sonreía, y los huesos estaban colocados en un montoncito, que la hizo pegar un salto: durante un segundo pensó irracionalmente que todavía estaba vivo. Cadvan se arrodilló al lado de él sin tocar los huesos, y vio que estaba mirando el anillo de plata que tenía en el dedo, que llevaba engarzada una piedra negra.

—Lleva la luna enferma —dijo. Vio que la piedra negra estaba esculpida en forma de media luna, pero ligeramente distorsionada, de manera que parecía padecer una dolencia—. El Sin Nombre tiene sus Círculos, igual que los Bardos. Una sombra retorcida de la Orden. Este era de los bastiones de Den Raven, y no se les ha visto por este reino durante muchos largos años. Desde el Silencio —su rostro volvía a tener un

aire lúgubre— se decía que no quedaba ninguno. Parece ser que hay muchas cosas que la Luz pensaba que estaban muertas y que estaban meramente dormidas.

Rompió una enorme rama de un árbol cercano y barrió los huesos y capas del camino hasta que se quedaron escondidos entre unas zarzas. Miró con tristeza al cadáver del caballo pero no intentó moverlo.

—Los animales que se ven forzados a soportar a los Glumas sufren inmensamente —dijo—. Tal vez la muerte le haya resultado una liberación.

Volvieron a los caballos sin hablar. Cadvan acarició el cuello orgulloso de Darsor, que estaba perlado de sudor.

—Bien hecho, corazón valiente —dijo—. Te has quedado en un lugar del que muchos hombres valerosos hubieran huido. También acarició el cuello de Imi, murmurándole unas palabras al oído; y la yegua, que todavía temblaba de miedo, se calmó y le resopló en el cuello.

—Indik hizo una buena elección —le dijo Cadvan a Maerad—. Es un animal valiente, con un coraje mayor que su talla. Pero ahora debemos marcharnos, lo más rápido que podamos. Cuando caiga la noche quiero estar lejos de este lugar.

Montaron y apretaron el paso para avanzar, galopando ligeros entre el bosque, y las sombras de las ramas pasaban sobre ellos como las ondas de una corriente rápida.

No pararon hasta media tarde; salieron del bosque a unos prados vacíos en los que a veces encontraban restos de alguna granja abandonada hacía mucho tiempo: una hilera de árboles que una vez habían servido de barrera contra el viento, o un campo de cultivo abandonado a la maleza, o incluso restos de una casa, con el techo derrumbado y las paredes caídas, cubiertas por la hiedra y las malas hierbas de manera que casi parecía una pequeña colina o unos matorrales. El camino que atravesaba el bosque a veces menguaba y después se desvanecía por completo, y se abrían paso hacia el oeste, en dirección a una oscura imagen borrosa en el horizonte que parecía un muro o una valla, abriéndose el camino entre matas de hierba salvaje y de vez en cuando juncos secos. Maerad se sentía al descubierto ya que había pocos árboles que los ocultasen. Todavía estaba temblorosa por las secuelas que le había dejado la batalla contra los Glumas, y sentía un gran cansancio interno, comparado con el cual su fatiga física casi le resultaba un alivio. También, en lo más profundo de su mente, había un pensamiento perturbador. Si Cadvan tenía razón, había matado a un hombre y a un caballo. Aunque no sentía ninguna pena por el Gluma, ningún tipo de remordimiento por haberlo matado, volvía a sentir aquel extraño miedo de sí misma que la había asaltado a intervalos desde que Cadvan le había hablado del Habla por primera vez. Era, en parte, porque no sentía ningún tipo de voluntad propia sobre sus poderes —si es que eran tales poderes, añadió para sí misma, aún dudosa—. ¿Qué pasaría si algo salía mal, y atacaba algo que no pretendía? ¿Era miedo lo que había visto en el rostro de Cadvan? ¿Sería posible que él sintiese miedo de ella? Bajo

su duda había otra cosa, algo más perturbador: la sensación de su propio poder, aunque incipiente, le producía una extraña emoción, una sensación, incluso, de alegría... Pero su mente se estremeció ante aquellas especulaciones, y se concentró en mantener el paso de Cadvan y en no caerse de la grupa de Imi de puro cansancio. Además mantenía el oído alerta por si escuchaba señales de persecución. Pero no oyó nada.

Ya habían avanzado unas veinte millas cuando por fin Cadvan decidió hacer una parada. Almorzaron rápidamente en una triste arboleda. En cuanto desmontó, Maerad se dobló a causa de unos agonizantes retortijones en la barriga. Cadvan le tomó las manos.

—¿Qué pasa?

—Retortijones —silbó Maerad entre dientes. Se agarró la barriga y se encogió formando una bolita lo más pequeña que pudo. Durante un instante Cadvan pareció preocupado, después rio con alivio.

—¿Eso es todo? —dijo—. Ven, sé que Silvia metió el remedio en tu hatillo —tomó la bolsa de Maerad de la silla de Imi y se puso a rebuscar dentro de ella hasta que encontró la botellita de elixir. Le dio una dosis a Maerad. Esta hizo una mueca ante el sabor amargo, pero los retortijones cesaron, y pudo volver a sentarse, sintiendo la cabeza más clara, y miró a su alrededor. La imagen borrosa que tenían ante ellos se había convertido en un muro de piedra, de unos tres o cuatro metros de alto, y ahora seguían cabalgando hacia el norte. Cadvan dijo que el muro oeste tenía leguas de longitud, y señalaba la frontera entre la Franja de Ettinor y las tierras salvajes del otro lado.

—No hay puertas —dijo—. Pero el muro lleva años mal conservado, así que se ha derrumbado en muchas partes. Debemos encontrar una manera de cruzarlo pronto.

Unas cinco millas más adelante encontraron lo que buscaba Cadvan: una inmensa y leñosa hiedra había separado las piedras, y el grueso muro se había derrumbado formando una montaña de escombros. Desmontaron y guiaron a los caballos a pie a través del muro, y después echaron un vistazo a un paisaje aún más desolado que el que abandonaban: páramos estériles apenas cubiertos por un césped descuidado, que descendían a sus pies hacia un valle rocoso. Un río atravesaba el valle, y Maerad vio la oscura vegetación de los árboles que crecían por toda su longitud. Sobre ellos tenían unas inmensas nubes negras y el viento se estaba volviendo frío, presagiaba más lluvia. El sol ya se estaba poniendo, sangrando unos largos reflejos de un color naranja apagado por todo el horizonte. Maerad pensó en las luminosas posadas que habían dejado lejos, y se sintió absolutamente miserable.

—Los Páramos de las Cabañas —dijo Cadvan, resumiendo—. Nos dirigimos hacia allí abajo, hacia el Usk, y lo seguiremos hasta que estemos demasiados cansados para llegar más lejos. Enseguida gira hacia el oeste.

Demasiado cansada para hacer preguntas, Maerad lo siguió por la rocosa colina abajo. La lluvia se contenía y cruzaron el río, que aquí era ancho y poco profundo,

con muchas piedras que arrastraban largas barbas verdes de malas hierbas del río. Lo siguieron incluso después de que hubiera caído la noche, guiados por la luz de la luna llena, hasta que Imi tropezaba de cansancio e incluso a Darsor se le caía la cabeza. Por fin Cadvan decidió parar, y montaron un triste campamento sin fuego bajo un viejo sauce, acurrucándose contra un saliente de la roca que por lo menos ofrecía un rudimentario refugio contra el viento helado. Aquella noche, pese al peligro, no hicieron guardias.

Maerad estaba tan cansada que le costó dormirse. Le dolía todo el cuerpo y la mente le zumbaba como la cuerda de un arpa a punto de romperse. Se tumbó de espaldas, mirando al cielo. La luna se desvanecía bajo una mortaja de nubes negras, y podía oler más lluvia en el viento. El miedo que ahora era su constante compañero volvió a alzarse en su interior, una negrura que le inundaba todo el pecho «¿Quién soy?» se volvió a preguntar, inútilmente. La noche vacía no le devolvió ninguna respuesta.

Viajaron por aquellos páramos durante muchos días, siguiendo el curso del río y manteniéndose lo más cerca posible de los árboles. No vieron animales de ningún tipo, y no escucharon nada más que grillos, ranas y la áspera llamada de un águila muy por encima de ellos. Avanzaban lentamente, ya que la tierra estaba cubierta por pequeños montículos y surcos, y a menudo se cruzaban con extraños hoyos, como si en algunos puntos el suelo hubiera sido violentamente removido. Había rocas de cuarzo y granito esparcidas por todo el suelo, que amenazaban con doblar las herraduras de los caballos.

El tiempo continuaba siendo frío y gris, unas duchas congeladas de lluvia o aguanieve pasaban tan repentinamente como aparecían. Pero el viento era constante: una castigadora corriente de aire frío silbaba sin cesar entre los montículos y las piedras. Los marrones y grises sin fin comenzaban a llenar la mente de Maerad de un aburrido aletargamiento. Estaba preocupada por los retortijones, y le agradecía infinitamente a Silvia que le hubiese dado el elixir, y el medhyl, que bebían racionado cada mañana, para conjurar el cansancio. Ahora más que nunca anhelaba un baño y se lavaba temblorosa al final de cada día en las frías aguas del Usk. Por las noches acampaban sin fuego, acurrucándose para protegerse del frío, que caía pesadamente en cuanto se ponía el sol, y hablaban entre ellos en voz baja, con la sensación de que las palabras en voz más alta resonarían en varias millas a la redonda en aquellos campos silenciosos.

El silencio se iba haciendo más opresivo cada día que pasaba, hasta que Maerad comenzó a preguntarse si sería capaz de soportarlo. Comenzaba a sentirse como si fuesen hormigas que se arrastraban sobre una llanura sin fin bajo un cielo infinito, hacia un final inimaginable y sin sentido.

Durante su tercera noche en los Páramos de las Cabañas, Cadvan cedió a los

ruegos de Maerad de encender un fuego. Era una tarea laboriosa con aquel viento húmedo, la madera no prendía, y cuando una débil llama comenzaba a subir de la madera, el viento la apagaba. Cuando la llama murió por cuarta vez, Maerad le preguntó a Cadvan por qué no podían utilizar la magia. Enojado, este respondió:

—No utilizare lo que tú llamas magia a mi antojo, como si fuese un mago barato que hace trucos para niños. ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he contado del Equilibrio?

Maerad cedió, avergonzada, y por fin Cadvan consiguió que el fuego tirase, y tomaron una comida caliente por primera vez desde que habían abandonado Ettinor. Cadvan hizo un té de hierbas que calentó a Maerad hasta los pies, y un poco del frío helado se le desprendió de los huesos.

—Este lugar es horrible —dijo—. Dudo que nadie haya vivido nunca aquí. Se morirían de desesperación.

Cadvan le dirigió una mirada penetrante.

—Sientes el lamento de la tierra —dijo—. Está cargado de pena. Pero no es malvado, pese a que nadie viajaría por aquí. Nunca había cruzado estos páramos, y eso que he cabalgado a lo largo y ancho de norte a sur, y por las montañas bastante más allá de las Tierras Desamparadas. Se dice que por aquí caminan los Muertos, buscando por los páramos a sus hermanos perdidos, que están tan atados por sus penas que no pueden cruzar las Puertas.

Después le dijo que una vez la región conocida como los Páramos de las Cabañas había sido tan fértil y poblada como Innail.

—Después se la conoció como Imbral, un gran reino que se extendía a lo largo de todo el noroeste de Annar —dijo—. Era famoso por la cortesía y belleza de sus gentes, que construían hermosas ciudades de piedra cubierta de cal, con patios con arcos en cada casa, donde las fuentes temblaban al sol bajo árboles perfumados. Aún se hacían casas como las de Suderain, muy al sur, en donde vive Saliman. Tenían ventanas enrejadas con maravillosas filigranas, y torres coronadas por cúpulas de oro, plata y bronce que captaban el sol de la mañana y de la tarde, pero en el norte estas artes llevan mucho tiempo abandonadas. Era esta una tierra de ricos pastos y abundante fertilidad, los vinicultores todavía recuerdan las viñas Dhyllicas en sus refranes. Y aquí vivían los Dhyllin, mirando las estrellas desde sus torres, o creando canciones en sus grandes salones, o forjando objetos de gran belleza y poder, ya que se deleitaban en todas las artes de las manos, la vista y el oído, y nadie ha superado todavía sus habilidades.

Maerad miró a su alrededor, hacia las inhóspitas colinas que se elevaban oscuras sobre ellos, bajo el cielo cubierto de estrellas. En las Tierras Hundidas todavía quedaban señales de que el lugar había estado habitado, varios miles de años antes, pero aquí no había ninguna: no había ruinas ni piedras desgastadas por el tiempo que tuviesen señales de la mano humana. Ni tan siquiera había picos que revelasen extremos de muros hundidos como aquellos con los que había tropezado en las

Tierras Desamparadas cerca del Castro de Gilman. La historia de Cadvan era difícil de creer, a no ser porque ahora le parecía que el viento se lamentase; en el límite de su oído, pensó haber captado el sonido de un sollozo lejano, o un débil gemido. Lo desestimó como si fuese producto de su imaginación.

—¿Qué ocurrió? —preguntó inexpresivamente.

—Ahora caminamos sobre el lugar de una gran batalla —dijo Cadvan—. Este fue el último reducto de la Alianza: los multitudinarios ejércitos de Imbral y del reino de Lirion, en el norte. Aquí se encontraron con las fuerzas del Sin Nombre. Sus estandartes debían de haber sido hermosos y desesperados, y brillantes sus espadas; las canciones dicen que sus lanzas resplandecían al sol como innumerables estrellas, y sus filas se extendían hasta más allá de lo que alcanzaba la vista. Aquí se reunió la flor de los pueblos Dhyllin: Recabarra, la poderosa reina de Lirion, con su carro reforzado con acero bruñido del que se decía que eclipsaba al sol; y Laurelin, el último rey de Imbral, y muchos otros cuyos nombres son ahora leyendas de un pasado lejano. Y aquí fueron aplastados. Recabarra fue tomada como rehén, y acabó muriendo torturada en las mazmorras de Den Raven, se rompió la espada de Laurelin, y El Sin Nombre en persona le cortó la cabeza y la sostuvo en alto, y reía mientras la sangre le salpicaba el rostro.

Maerad miró a Cadvan, que tenía la mirada perdida y triste, como si estuviese observando un recuerdo vivo. Algunos recuerdos de su infancia, vagos como el humo, parecieron desperezarse en su mente mientras Cadvan hablaba.

—Entonces el Usk era un gran río llamado Findol, famoso por la pureza y belleza de sus aguas, en las canciones se dice que el río fluyó rojo durante días, y se quedó bloqueado por los cadáveres hinchados, que mancillaron las aguas de tal manera que nadie pudo ya beber de ellas. Después fue renombrado como Usk, que significaba lágrimas en la lengua de Imbral. Todas las grandes ciudades de Imbral y Lirion fueron arrasadas, y sus gentes masacradas sin piedad. La ciudadela de Afinil se vino abajo y su poder se rompió, y ahora incluso el lugar en el que estaba ha sido olvidado. Durante el Gran Silencio que siguió a la victoria del Sin Nombre, una oscuridad que duró cerca de mil años, cada señal que quedase de los Dhyllin fue destruida. El Sin Nombre odiaba especialmente a aquel pueblo justo por el desafío a su poder y su coraje contra Annar, y sus ciudades han sido olvidadas como si nunca hubieran existido. Son un hermoso sueño que los Bardos recuerdan, pero nadie más.

»Cómo se echó a perder la tierra es algo que desconozco: poco ha crecido aquí durante casi dos mil años. Y pese a que la maldad ha sido lavada desde que Maninae expulsó al Sin Nombre y rompió su trono hace novecientos años, la tierra todavía está herida. Pasarán muchas vidas humanas antes de que vuelva a ser verde y sana.

Cadvan dejó de hablar, y Maerad se quedó sentada en silencio durante un rato, atrapada por la tristeza de la historia. Como si su mente reflejase las imágenes en la de Cadvan, se le apareció mentalmente la visión de una hermosa ciudad que era echada abajo, sus muros en ruinas humeantes, sus torres rotas y por todas partes las

terribles pruebas de una gran matanza. No hubiera creído que el paisaje pudiese parecer más desolado de lo que le había parecido antes, pero la recopilación de todo lo que una vez había contenido lo hacía parecer aún más vacío. Se volvió a preguntar si había escuchado el sonido de unas débiles voces sollozando, y le entró un escalofrío.

—¿Andomian y Beruldh eran del pueblo Dhyllin? —preguntó finalmente.

—Sí, eran de Lirion, que es adonde se remonta el largo linaje de la Casa de Karn —dijo Cadvan—. Y su historia es de un tiempo antes del Gran Silencio, cuando la guerra contra El Sin Nombre todavía era cuestión de escaramuzas y batallas, pues entonces solo había echado a perder el reino de Indurain y marchaba por las montañas asustando a las gentes en sueños y matándolos —ahora su voz era más áspera—. Incluso entonces, hubo quien pensó que nunca llegaría a cruzar todo el sur de Annar, alcanzase incluso el río Aleph y sitiase a los orgullosos reinos de Lirion e Imbral. Igual que ahora hay quien dice que su retorno es imposible, y que los días del Silencio no son más que un asunto de la leyenda y vaga historia.

Maerad pensó en otras canciones que conocía.

—Y entonces ¿quién era el Brujo de Hielo? —preguntó—. ¿Era anterior al Sin Nombre?

—Maerad, sé que se supone que soy tu maestro —dijo Cadvan con cansancio—. ¡Pero estoy seguro de que me merezco un descanso de vez en cuando!

—¡No! —dijo Maerad severamente—. Tú te ofreciste voluntario, ahora has de cumplir con tu tarea.

Cadvan rio silenciosamente y alimentó el fuego.

—Eres una estricta supervisora. Pero eso ayuda a pasar el rato —dijo, mirando a su alrededor—. Estoy cansado. Pero haré la primera guardia, esta noche el sueño se aleja de mí —se detuvo, mientras ponía en orden sus pensamientos—. Bien, el dominio del Brujo de Hielo ocurrió hace tanto tiempo que las canciones no nos cuentan mucho, y hay pocas. Ocurrió en la Edad de los Elementales, cuando los humanos eran nuevos en el mundo. El Brujo de Hielo, el Rey del Invierno, a quien algunos llaman Arkan, llegó del norte y trajo con ella perros de tormenta y ejércitos de nieve y granizo, y todo Annar quedó cubierto de hielo, que llegaba incluso hasta Suderain. Los Kulags eran sus creaciones. Entonces el mundo tenía una forma diferente, pese a que el río Lir todavía fluye igual que lo hacía entonces, el río de mi hogar en el reino de Lirhan, una vez llamada Lirion, en el lejano norte. Los Elementales le hicieron la guerra a Arkan, y sus guerras eran terribles, hombres y mujeres se hubieron de arrastrar hacia las sombras de las rocas para escapar de su furia, y muchos murieron. Después de aquello la línea de la costa cambió, y algunas tierras se hundieron para siempre entre las olas. Pero eso ocurrió mucho antes de que apareciese El Sin Nombre, e incluso el Brujo de Hielo era esclavo de un poder mayor, igual que El Sin Nombre —se estremeció repentinamente—. Preferiría enseñarte esto junto a un cálido fuego en una agradable sala de una de las Escuelas de aquí fuera, a la intemperie, donde la oscuridad está demasiado cerca. ¿En otro momento, Maerad?

Maerad asintió con la cabeza; no podía deshacerse de la sensación de que el viento lloraba, como un niño perdido, y una melancolía insoportable crecía en su interior. Pero cuando la voz de Cadvan cesó, la noche vacía pareció arrastrarse para acercarse más a ellos. Antes de que Maerad se acurrucase en su manta para dormir, hablaron durante un rato, simplemente para mantener la oscuridad a raya, de temas como zapatería, juglaría y cocina.

En la mañana del quinto día en los Páramos de las Cabañas alcanzaron su límite occidental. La tierra presentaba una pronunciada caída de varias decenas de metros ante ellos, como si un cuchillo monstruoso la hubiese cortado. El río caía formando una larga cascada, que salpicaba unas cuantas pozas de roca al descender por el precipicio. Un gran bosque se extendía a lo lejos, más allá del horizonte, lamiendo el límite del precipicio, y bajaron la vista hacia las copas de los árboles, que desde la altura a la que se hallaban parecían brotes en un huerto.

Maerad se quedó mirando sin palabras hacia el bosque. No veía manera de descender por el precipicio. Le dirigió una mirada inquisidora a Cadvan.

—Y ahora ¿qué? —dijo—. ¿Es que nos saldrán alas y volaremos? Y después, ¿cómo conseguiremos atravesar el bosque?

—No lo sé —dijo Cadvan, impasible. Maerad le lanzó una mirada de disgusto, durante un breve instante le dieron ganas de empujarlo por el precipicio. ¿Habían hecho todo aquel camino, atravesando un terreno tan duro, para que Cadvan le dijese que no sabía qué hacer después?—. No puedo hacer que nos salgan alas —continuó Cadvan—. Así que solo podemos hacer una cosa. Podemos cabalgar hacia el norte hasta que encontremos la forma de bajar —hizo un gesto con la mano abarcando todo el vacío—. Este es el Gran Bosque, el Cilicader, en el Habla. Si queremos permanecer ocultos, es el mejor lugar de Annar en el que estar.

—¿Sabías que aquí había un precipicio? —preguntó Maerad.

—Sí —dijo Cadvan—. Este es el Corte de Imbral. Una vez señaló la frontera oeste de aquel reino. No sé si tiene algún nombre más reciente.

Maerad suspiró con impaciencia. Una impaciencia semejante al pánico había ido creciendo en su interior desde la noche anterior, causada no solo por los siniestros que eran los Páramos de las Cabañas, y aquella mañana se fue quejando cada hora que pasaron aquella mañana deambulando por el límite en una infructuosa búsqueda de un camino.

Se detuvieron a mediodía para comer, y Cadvan, mientras masticaban el pan de aspecto duro, miró con cautela a su alrededor.

—Escucha —dijo.

Maerad aguzó un oído.

—No oigo nada.

—Yo tampoco —dijo Cadvan.

Maerad se dio cuenta por sorpresa de que no había cantos de pájaros. Hizo memoria, pero no recordaba cuándo había dejado de escucharlos.

—Esto no me gusta nada —dijo Cadvan—. Recemos para encontrar un camino antes de que caiga la noche. Quizá al final alguien nos haya avistado.

—¿Quién? ¿Un fantasma? —preguntó Maerad intentando bromear, pero su corazón recelaba. Recordaba cómo la tierra se había silenciado a su alrededor cerca del Landrost, cuando los semi-hombres los perseguían.

Después de aquello escuchaban igual que miraban, pero el silencio continuó. Ahora el precipicio se inclinaba hacia el oeste, y Maerad pensó que parecía menos alto, aunque todavía imposible cruzar con caballos. Entonces Cadvan pegó un grito y señaló hacia delante. Poco más adelante había habido un desprendimiento, y un enorme trozo del precipicio se había deslizado hacia el bosque, dejando tras él una pendiente rocosa que bajaba y por la que parecía posible abrirse camino.

—Será peligroso —dijo Cadvan—. Pero podremos abrirnos paso hacia abajo, si tenemos cuidado. Tendremos que tirar de los caballos a pie.

A Maerad no le gustó aquel «podremos». Miró con dudas hacia la pendiente, que todavía parecía excesivamente empinada para caminar por ella. Después escudriñó el precipicio más hacia el norte. A lo largo de todo lo que podía ver, no había nada que se pareciese más a un camino que aquello, y el sol ya estaba bajando por el oeste.

—Supongo que tendrá que servir —dijo—. Tenemos que salir de los páramos. Glumas por un lado, el cuello roto por el otro. ¿Cuál es la diferencia?

—Que no habrá Glumas, creo —respondió Cadvan—. ¿Y quién dice que el bosque será mejor? Pero al menos será menos fácil avistarnos. Bueno, dudar cuando estás al límite de algo nunca lo pone más fácil. No me sigas demasiado de cerca, por si acaso uno de los dos se cae —desmontó y le acarició la nariz a Darsor—. Coraje, valiente —dijo, y guio al semental hasta el borde del precipicio.

Darsor parecía tan dubitativo como se sentía Maerad, y siguió a Cadvan a regañadientes, con la cola entre las patas traseras. Maerad suspiró, desmontó, y llevó a Imi hasta el borde, intentando no mirar abajo. Imi se resistía y no quería comenzar el descenso. Al final Cadvan volvió a subir y le susurró algo en el Habla, y solo entonces aceptó seguir, descendiendo de lado y con las orejas bajas pegadas al cráneo, resoplando violentamente cada vez que le resbalaban los cascos.

Fueron abriéndose camino lenta y dolorosamente, paso a paso, bajando por la empinada cuesta. Cada vez que uno de los caballos resbalaba, o Maerad se ponía sobre una roca que se balanceaba bajo su peso, pensaba que acabarían estrellados contra los árboles que estaban a cientos de metros a sus pies; en su imaginación veía a Imi con una pata rota, o a Darsor con el espinazo partido, tirados indefensos en el fondo. Intentó no pensar en aquellas imágenes, con fuerza de voluntad, y concentrarse únicamente en el presente: este paso, este otro paso. Intentó no mirar abajo y, un rato después, mirar arriba; pues las dos cosas acabaron por marearla. Una hora más tarde las manos le sangraban a causa de las caídas, y se sentía

completamente agotada. Se arriesgó a mirar abajo, y para su sorpresa el bosque estaba mucho más cerca, y lo que resultaba incluso más alentador era que, no muy lejos de ellos, el gradiente de la pendiente se reducía drásticamente, ya que un enorme pedregal había caído del precipicio como los restos de una gigantesca oleada. Se metió prisa con menos pánico, y por fin, tras lo que pareció una eternidad escarbando entre las rocas, con el temor constante de que un caballo se pudiese hacer un esguince o romperse un menudillo, consiguieron llegar sanos y salvos al final del precipicio.

Allí ya estaba oscuro, tras los árboles el sol se estaba poniendo, y el precipicio arrojaba sobre ellos una profunda sombra, pese a que en lo alto Maerad veía el punto en el que la luz del sol chocaba con la cara de este. El bosque comenzaba justo en el borde, una caótica maraña de vegetación. Cadvan los guio hacia un caminito bajo los árboles, y Maerad miró a su alrededor con desesperación. ¿Cómo iban a atravesar aquella espesura de árboles y maleza? En algunos lugares era una pared impenetrable de zarzas y hojarasca que se alzaba por encima de sus cabezas, y por todas partes, pudriéndose en la escasa luz, había cadáveres de árboles caídos, cubiertos de musgo y plantas trepadoras. No vio ningún camino. Cadvan ya estaba sentado sobre un tronco, respirando pesadamente.

—Bueno, hemos salido de esta —dijo—. Fuese lo que fuese. Pero creo que unos ojos pueden haber marcado por donde abandonamos los Páramos de las Cabañas, y no podemos quedarnos aquí esta noche. Tenemos que volver hacia el sur, hacia el Usk.

—¿No supondrán que es adonde vamos? —preguntó Maerad, pero no objetó mucho más. La alternativa era perderse por completo en el bosque salvaje. No había ninguna otra opción.

Tras un descanso muy breve comenzaron la agotadora tarea de batallar contra la maleza. Mantuvieron el precipicio a su izquierda, temiendo que si se apartaban podrían perder la dirección por completo. Era difícil, ya que el camino a menudo estaba obstruido por estrechos surcos llenos de zarzas y ramas rotas y muertas, y a veces tenían que dar un rodeo de varios cientos de metros antes de encontrar un camino por donde cruzar, y después deshacían sus pasos por el otro lado. Una vez Imi tropezó al cruzar un surco y se hizo un corte en la pata con una rama, en la parte más alta, cerca del pecho. Cuando la oscuridad comenzó a hacerse completa, todavía no habían encontrado el Usk. Maerad era incómodamente consciente de los crujidos de las criaturas que había en los árboles, sobre sus cabezas. A veces veía sombras oscuras en las ramas o el par de lucecitas de unos ojos amarillos.

—Tendremos que parar pronto o nos perderemos —dijo, preguntándose con incomodidad qué tipo de criaturas pulularían en la noche en aquel bosque salvaje.

Como si hubiese escuchado sus pensamientos, Cadvan se volvió y habló.

—Mira tu espada, señorita Maerad. Por aquí hay extrañas bestias.

—¿Más goromantes? —preguntó, con una ligereza que no sentía.

—Este lugar es tan viejo como el Bosque Grávido, se cree que algunas partes de este bosque llevan aquí desde que se asentaron los primeros cimientos de esta tierra, mucho antes de las guerras de los Elementales —respondió Cadvan—. E igual que en el Bosque Grávido, las criaturas sobrevivieron aquí cuando los reinos de Lirion e Imbral se retiraron a los bosques. Se mantuvo intacto durante el Silencio, aunque no siempre ha sido tan grande. Desde el Silencio se ha extendido casi hasta Lirhan y más allá, al oeste. Aquí podrían vivir muchas cosas de las que ni tan siquiera el mismo Sin nombre sabe: más antiguas, y con una malicia más profunda.

Maerad reflexionó por un instante que quizá hubiera sido menos peligroso tomar la carretera al aire libre hacia Norloch, incluso a la cara de los Glumas, pero se guardó sus pensamientos para sí. Aun así Cadvan captó el tono y le dirigió una penetrante mirada.

—Es mejor enfrentarse a aquello que no tiene ninguna razón en particular para percibirnos, que correr a campo abierto a la luz del sol ante adversarios cuyo máximo deseo es cazarnos —dijo—. O ese es mi razonamiento. ¡Tendré que demostrar que es sólido! —miró a su alrededor con impaciencia—. Pronto estará oscuro —dijo—. ¡Los días son cortos en este bosque! Creo que esta noche tendremos que pasarla al lado del precipicio: si mantenemos la espalda contra la roca, por lo menos no nos podrán atacar por detrás.

Antes de que la luz se desvaneciese por completo encontraron un lugar apropiado. En un punto el precipicio penetraba ligeramente, creando un hueco que no era exactamente una cueva, pero que por lo menos ofrecía algo de refugio. Los caballos se quedaron al lado, abatidos, tenían sed y, aparte de un charco salobre, Cadvan no había sido capaz de encontrarles agua en todo el día. Ni tan siquiera los animaron los susurros de Cadvan, aunque Imi se relajó un poco cuando le miró el corte y se lo curó con un ungüento. Pasaron una incómoda, aunque tranquila, noche, y al día siguiente averiguaron que solo estaban a dos horas del Usk, que formaba una amplia poza al caer desde los Páramos de las Cabañas. Los caballos se metieron en el agua, bebieron mucho, y Cadvan y Maerad rellenaron sus botellas de agua agradecidos.

—Ahora por lo menos estamos de vuelta en el lugar en el que estábamos hace dos días, solo que unas cuantas decenas de metros más abajo —dijo Cadvan, entornando la vista por toda la longitud de la cascada, que se arqueaba graciosamente bajando en varios niveles, esparciendo la luz del sol en temblorosos arco iris—. Hemos perdido mucho tiempo. Y si continúa siendo tan complicado moverse por el bosque, perderemos mucho más y no tenemos suficiente comida para aguantar más de tres semanas. Puedo cazar, si fuera necesario, pero se necesita tiempo y energía, y la velocidad es nuestra amiga, no este retraso interminable. Me han dicho que el bosque no es infranqueable, y que se puede ir a caballo por dentro, si fuese necesario; pero quizá se refiriesen al extremo oeste. En cualquier caso, no podemos alejarnos mucho

del río.

—Quizá se aclare a medida que nos apartemos del precipicio —dijo Maerad, sin demasiada esperanza.

Pero se demostró que aquel era el caso. Parecía que las zarzas y el terreno agreste abrazaban el borde del corte, y una milla más abajo encontraron árboles mucho más grandes y más espaciados entre ellos, que se abrían a veces a amplios claros en donde unos grandes rayos de sol amarillos agujereaban la penumbra. Algunos de los árboles eran claramente muy ancianos, inmensos robles con troncos tan anchos como una casa pequeña, cuyas majestuosas copas se alzaban a más de treinta metros de altura, y había hayas, olmos y bosquecillos en flor de serbales de los cazadores y manzanos silvestres. El río fluía perezoso entre sus orillas poco profundas, arremolinándose en pequeñas pozas en las que crecían lirios de agua amarillos, abrojos, berros y altos juncos verdes, y las libélulas revoloteaban brillando como esmeraldas y zafiros alados. Las zarzas y la hojarasca del bosque se convertían en arbustos más que en infranqueables matorrales que llegaban a la altura del hombro, y allí vieron jacintos silvestres y narcisos que se abrían paso, brillantes, entre la alta hierba; así que por fin montaron los caballos y comenzaron a avanzar a mayor paso, sintiéndose más esperanzados de lo que se habían sentido en varios días.

Viajaron durante casi diez días sin incidentes, cubriendo, según los cálculos de Cadvan, unas cuarenta leguas, lo que él calculó que significaba que habían cruzado la mitad de la extensión del bosque. Sus noches no se veían perturbadas por nada peor que las ranas croando en las pozas o los búhos que flotaban por el aire casi sin emitir ningún sonido, descendiendo desde los árboles, o los chillidos de los ratones que cazaban grillos. Aun así continuaban siendo cautelosos y siempre estaban alerta, no tocaban ni cantaban por las noches, cuando acampaban. Algunas noches, mientras luchaba contra el sueño, Maerad creía ver ojos que los observaban desde las ramas, aunque cuando se frotaba los ojos y se volvía para mirarlos, se desvanecían. Una vez, durante el día, había sorprendido a un enorme ciervo rojo que los miraba: les había dado la espalda con un orgulloso giro de la cabeza y después, lentamente, moviéndose con señorial desprecio, había desaparecido entre los árboles a medio galope. Los caballos habían comenzado a adquirir un poco de la forma que habían perdido durante la penosa marcha, que minaba el alma, a través de los Páramos de las Cabañas, y tanto Maerad como Cadvan parecían menos demacrados.

—Me pregunto —dijo Maerad un día— ¿por qué se dice que el Gran Bosque es un lugar tan oscuro? A mí me parece hermoso y sano.

—Da la sensación de que algún tipo de espíritu presidiese esto, o que alguna vez lo hubiese hecho: aunque parece distante en el tiempo, como si solo su recuerdo permaneciese vivo —respondió Cadvan—. Tal vez esté equivocado, pero la luz parece rica y suave, y nunca es así en un terreno salvaje.

—Quizá solo sea que nadie ha estado aquí, así que de la ignorancia han crecido extrañas historias —dijo Maerad—. Después de todo, también sé cuentan historias malignas sobre los Bardos.

—Sí, eso es cierto —dijo Cadvan—. Pero desgraciadamente ya has visto que están basadas en hechos reales. Y no dudo de que haya partes de este bosque que realmente sean oscuras y que criaturas sin nombre tengan aquí su guarida. Pero quizá estemos cabalgando por una zona en la que los justos recuerdos de la Luz todavía vivan. No lo sé.

Aquella tarde, justo antes del atardecer, llovió ligeramente y se refugiaron bajo uno de los enormes robles en espera de que amainase. Acababan de espolear a los caballos cuando una voz les habló inesperadamente desde el árbol que tenían sobre ellos.

—*¡Lemmach!* —dijo.

Maerad alzó la vista sin rumbo, pero no vio nada entre las hojas. Atónita, Imi avanzó un paso más. Se escuchó un zumbido, y ante ella apareció una flecha, que se quedó temblando tras clavarse en el suelo.

—*Lemmach, Oseane* —volvió a decir la voz.

Maerad se quedó mirando a Cadvan, con los ojos como platos.

—No te muevas —susurró él—. Hagas lo que hagas —levantó la vista y gritó—. *¿Ke an de, Dereri? Ile ni taramse lir.*

—*¿Ke an de, Oseane? Noch de remane kel de an ambach.*

Un hombre saltó desde el árbol, tranquilamente desde unos seis metros de altura. Aterrizó suavemente sobre los pies, como si simplemente hubiese dado un saltito desde un tronco cortado. Llevaba un arco complicadamente tallado que era casi tan alto como él, y en el culatín había colocada una flecha con plumas blancas. La flecha apuntaba directamente al pecho de Cadvan.

Demasiado asombrada al principio como para tan siquiera asustarse, Maerad se quedó mirando al arquero maravillada. Era alto, rubio y de largos miembros, vestido con diferentes tonos de verde para ocultarse entre las hojas.

Miró a Maerad y Cadvan, con un rostro carente de expresión por completo. Solo sus ojos traicionaban cualquier sentimiento, y eran fríos y poco acogedores.



LA DAMA
ARDINA XVI

Cadvan volvió a decirle al arquero que viajaban pacíficamente, extendiendo las manos desnudas mientras lo hacía. Aunque no bajó el arco, el hombre pareció mirarlo con menos frialdad. Hablaron durante un rato, y Maerad se removía incómoda en su silla; sabía bastante Habla para darse cuenta de que era esa la lengua que hablaban, pero no entendía nada de lo que se decía. Escuchó a Cadvan mencionar su nombre, y se volvió hacia ella haciendo un gesto con la mano; ella asintió y sonrió con lo que deseaba fuese una expresión ingenua y abierta. El extraño continuaba sin bajar el arma, y por fin, después de más cháchara, Cadvan se volvió hacia ella.

—Dice que tenemos que ir con él y que no tolerará desobediencia de ningún tipo. Dice que tiene amigos cerca, y que si nos movemos en cualquier dirección diferente a la que nos indique, los dos moriremos instantáneamente con una flecha clavada en la garganta. Creo que no tenemos elección.

—¿Quién es? —dijo Maerad—. ¿Es un Bardo?

—No —dijo Cadvan—. Y nunca he escuchado que hubiese Bardos en el Gran Bosque. Pero no son gente malvada, y creo que estaremos bastante seguros, o por lo menos esa es mi esperanza.

El arquero les indicaba impaciente que debían avanzar, así que dejaron de hablar y se colocaron delante de él. Inmediatamente cuatro arqueros más, tan altos y gráciles como el primero, saltaron desde el roble y se les unieron. Todos llevaban flechas colocadas contra la cuerda. Les dijeron a Maerad y Cadvan que desmontasen; los arqueros parecían no fiarse de los caballos, y se consultaron en privado antes de ordenarles que los siguiesen a pie. Después se separaron del río, adentrándose en el corazón del bosque. Aunque hubieran tratado de escapar, hubiera sido inútil: pronto habrían perdido el rumbo por completo.

Los arqueros los guiaron durante horas, hasta bien entrada la noche. Maerad alzaba la vista para mirar entre los árboles y veía las estrellas, que brillaban luminosas y frías sobre ellos. ¿Cuántas veces había elevado los ojos hacia las estrellas en busca de aliento?, se preguntó. Durante tanto tiempo como era capaz de recordar, había encontrado serenidad en su gélida belleza, tan alejada del sufrimiento humano. Ahora

estaba cansada y muy hambrienta, y sentía las piernas entumecidas, avanzaba por pura voluntad. Por fin, cuando ya sentía que no podría caminar ni una milla más ni aunque tuviera una flecha apuntándole directamente al pecho, sus captores los guiaron a través de un grueso anillo de árboles hacia un Hogar Bárdico.

Este era más grande que cualquiera de los que había visto Maerad: era una plaza de césped de unos sesenta metros de diámetro, de manera que el cielo nocturno observaba el centro sin ningún obstáculo, y la luna creciente y las estrellas emitían su luz sin sombra sobre el césped. En el extremo más alejado del claro descendía una cascada que brillaba en color plata y nácar bajo la luz de la luna sobre una pequeña superficie rocosa. Allí se les permitió descansar, y desensillaron a los caballos para dejarlos beber y pastar. Tras del velo de la cascada había una gran cueva. Para sorpresa de Maerad, ocultaba una enorme y cómoda cámara iluminada por antorchas parpadeantes colgadas de las paredes rocosas; incluso había camas, hechas de ramas fuertemente entrelazadas. Dos de los arqueros se marcharon en aquel momento por algún recado urgente. El que hacía de líder le habló a Cadvan, y este le dijo a Maerad que allí comerían y descansarían antes de continuar al día siguiente.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Maerad con miedo.

—No me lo dicen —dijo Cadvan—. Pero la verdad es que estoy agradecido por tener una cama y una comida caliente —caminaron hasta el punto en el que el arroyo se convertía en una pequeña poza, antes de que fluyese alejándose del Hogar Bárdico, hacia el bosque, y se salpicó el rostro con agua—. ¡Así quizá pueda permanecer despierto suficiente tiempo para comer!

Poco después les dieron un guiso especiado humeante, servido en unos cuencos hechos de arcilla esmaltada. Maerad observó la artesanía con curiosidad, los cuencos tenían una pureza en la hechura que le llamó la atención. Comió con hambre, y después se tumbó sobre una de las camas y se quedó dormida casi instantáneamente.

Los arqueros los despertaron temprano, y de nuevo comenzaron su pesada marcha. Poco después Maerad se dio cuenta de que seguían un sendero que rodeaba los árboles y parecía, pensó, incluso mayor que los que habían visto durante los últimos días. Pese a ir a pie, avanzaban rápido y tal vez habían cubierto ya veinte millas antes de detenerse en otro Hogar Bárdico, muy parecido al primero. Cadvan y Maerad hablaron muy poco a lo largo del día, pese a que conversaron con los arqueros, que se llamaban Farndar, Imunt y Penar. Su conversación les reveló muy poco. No les dirían ni su destino ni quiénes eran más allá de sus nombres, y no le preguntaron a Cadvan por la razón de su viaje, ni dónde había comenzado. Maerad no sentía tanto miedo como inquietud, se preguntaba cómo podrían salir en algún momento del bosque, si aquellos extraños tipos los dejaban marchar. Eran menos hostiles, pero a Cadvan y Maerad les quedó claro que eran sus cautivos. ¿Cómo llegarían ahora a Norloch?

A la hora de comer del día siguiente alcanzaron un ancho río que fluía rápido por

un lecho rocoso, acelerando entre elevadas orillas.

—Este podría ser el Cirion, que fluye sin estar cartografiado por el Gran Bosque —le dijo Cadvan a Maerad—. Comienza en el Osidh Elanor pasando por Lirhan, y después desaparece en el bosque, donde desaparece de los mapas. Comienzo a recordar historias de mi infancia de las gentes salvajes, los Deridhu, que viven en el corazón del bosque, se dice que salen y provocan pesadillas a los niños que no hacen lo que se les dice, y montan a las vacas de manera que por la mañana tienen la mirada fija y no producen leche. Quizá sean recuerdos de este pueblo que todavía se cuentan al lado del hogar. Muchas cosas olvidadas todavía viven en los cuentos infantiles — Maerad miró a los arqueros, en general parecían demasiado serios para subirse salvajemente a lomos de una vaca.

El sendero discurría a lo largo de la orilla del río durante un tramo y después giraba a la izquierda. Aquí era posible cruzarlo: no había puente, pero las orillas eran menos empinadas y las aguas se expandían poco profundas. Un arroyuelo se separaba del río y fluía lentamente entre los árboles. No había que vadear mucho para cruzar, pero Penar caminó hacia el otro lado y ató una cuerda a un árbol en la otra orilla. La utilizaron como guía para cruzar con seguridad al otro lado. Siguieron el arroyo más pequeño, percibieron que la luz dorada se iba volviendo progresivamente más intensa y que los árboles estaban cada vez más espaciados, así que a veces más bien parecían estar cruzando praderas con una gran densidad de árboles, que un bosque. No se detuvieron a almorzar, y el sol acababa de comenzar su lento descenso cuando de repente dejaron los árboles atrás y se encontraron mirando hacia un ancho valle verde hendido en el mismo corazón del bosque.

Maerad contuvo un grito de asombro. Ante ellos se extendía una ciudad completamente hecha de madera. Todos los edificios eran bajos, con unos altos y curiosamente tallados gabletes y puertas que daban a amplios porches, y sus tejados de tablillas resplandecían plateados bajo la luz del sol. A su alrededor había hermosos jardines y céspedes, y gruesos árboles en flor —serbales, ciruelos, almendros y manzanos— plantados por todas partes. Acababan de salirles las hojas y la mayoría de las flores habían caído, con lo que el suelo estaba alfombrado de pétalos rosas y blancos, como si hubiese nevado.

Los arqueros le hablaron a Cadvan, que se había detenido, con el rostro iluminado de tan maravillado como estaba.

—Me han dicho que esta es la ciudad de Rachida —le dijo Cadvan a Maerad—. He oído hablar de un lugar con ese nombre, era uno de los refugios de los Dhyllin, y se creía que había sido destruida hace muchos años. Creo que ya comienzo a comprender. Pero ¿cómo ha podido, tan hermoso lugar, pasar desapercibido para los Bardos de Annar durante tanto tiempo?

Negó con la cabeza, como si no acabase de creerse lo que había dicho, y después continuó caminando, siguiendo a sus escoltas por las anchas calles de la ciudad. Los arqueros, por fin, habían dejado las flechas a un lado, y Cadvan y Maerad caminaban

libremente, volviendo la cabeza de lado a lado para mirar los edificios a su paso. Estaban hermosa y sólidamente contruidos, todos ellos con curiosos tallados en las puertas, dinteles y aleros. Maerad no vio vidrio por ninguna parte, las casas tenían anchas ventanas que se cerraban según la necesidad con gruesos postigos de madera, y tras ellos había unas pantallas blancas alargadas que dejaban pasar una suave luz del día, más tarde averiguaría que se trataba de un fuerte papel. Los habitantes tenían el cabello claro y eran altos, como los arqueros, y saludaban cortésmente con la cabeza a los extranjeros, aunque después de que pasasen, muchos se quedaban allí mirándolos. Maerad y Cadvan destacaban por su cabello oscuro, pero los caballos despertaban incluso más interés para la gente con la que se cruzaban, ya que parecían ser completamente desconocidos en aquella tierra. A medida que avanzaban por Rachida comenzaron a reunir una curiosa comitiva de niños pequeños que los seguían en creciente tropel, con los ojos muy abiertos y riendo, llamándose unos a otros y señalando.

Por fin alcanzaron una amplia colina, cubierta por una hierba suave salpicada de florecillas azules, y allí Imunt y Penar los dejaron y los niños se dispersaron. Farndar le dijo a Cadvan que la colina se llamaba Nirimor, «el ombligo» en annariense, y en su cima estaba el Nirhel, el salón de su gobernadora. Se les dijo a los caballos que se quedasen en la base, y Cadvan y Maerad siguieron a Farndar abriéndose camino con pasos poco profundos sobre la hierba hacia la cima de la colina. Allí había una gran casa, construida igual que las otras que había visto, pero más majestuosa. Las puertas estaban diseñadas en madera plateada, complicadamente tallada y extrañamente bien conservada, y estaban abiertas hacia un ancho e iluminado pasillo. Fueron guiados a su interior y hacia la izquierda, a una agradable sala en la que había una mesa baja de madera negra y dura rodeada de cojines grandes y suntuosamente teñidos. Se habían retirado las pantallas de las ventanas, y al otro lado podían ver un pequeño patio cubierto de hierba en el que unos árboles en flor descolgaban sus ramas hacia un estanque. Los pétalos flotaban sobre el agua clara, y vieron unos reflejos dorados en los lugares por los que las carpas se movían con pereza bajo los lirios.

Se les dijo que se podían lavar si lo deseaban, y les enseñaron otra habitación en la que había palanganas con agua, toallas y ropa limpia. Maerad, terriblemente hambrienta ya que se habían saltado una comida, se sintió aliviada cuando volvieron a la primera sala y encontraron panes y carnes frías sobre la meta. La comida tenía un gusto extraño, condimentada con hinojo, rábano picante y un extraño tipo de menta, pero estaba fresca y deliciosa.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó a Cadvan mientras comía—. No creo que quieran hacernos ningún daño, o en cualquier caso no ahora.

—Por lo menos no es un lugar maligno —respondió Cadvan—. Aunque produce una extraña sensación. Está sumido en algún tipo de poderoso encantamiento.

«Sí, resulta extraño», musitó Maerad, mirando hacia el patio a través de la ventana. Era como si la hubiesen transportado hacia atrás en el tiempo, o incluso

como si el tiempo hubiera desaparecido. Cualquier sensación de prisa se había desvanecido. Se acomodó sobre los cojines, satisfecha de momento con no hacer nada más que comer y descansar.

Poco después Farndar volvió y los llevó a un gran salón en el centro de la casa. El techo se elevaba hasta una gran altura, sostenido por muchas vigas ingeniosamente talladas con formas retorcidas de ramas y hojas. Las paredes eran de la misma madera plateada, hecha para parecer suave y sin juntas, y de ellas colgaban tapices de vivos colores tejidos con motivos del bosque. En el centro había un estanque poco profundo en el que florecían lirios blancos y amarillos. El agua irradiaba una luz, que iluminaba el salón con un resplandor suave y dorado, como el sol de principios de primavera.

En el extremo más alejado había un estrado donde había colocada únicamente una sola silla, sencillamente tallada en una madera negra pulida, de la que Maerad pensó en principio que era piedra, y en la silla estaba sentada una mujer alta. Iba vestida de blanco, y el cabello le caía libremente por los hombros y casi le llegaba a los pies, como si fuese un río de plata. Su rostro parecía al mismo tiempo joven e infinitamente anciano, como si fuese el retrato pintado de una reina que había reinado en tiempos pasados y que, por algún tipo de encantamiento, estuviese viva. Su mirada atravesó a Maerad provocándole un extraño estremecimiento, como si acabase de meterse en un río frío. No llevaba ningún anillo, ni joyas ni objetos de autoridad, aunque Maerad supo desde el principio que era una reina de gran poder.

Farndar los llevó ante la mujer e inclinó la cabeza mientras hablaba. Ella asintió, y después se volvió para mirarlos.

—Bienvenidos a la ciudad de Rachida —dijo, y su voz era musical como el agua—. Pocos del mundo exterior han visto alguna vez este lugar o vivido en él.

Para alivio de Maerad, hablaba en la lengua de Annar, con un acento extraño pero aun así comprensible.

—Me han dicho vuestros nombres, y sois de Annar; ciertamente sois afortunados de que Cadvan de Lirigon conozca el Habla, pues de otra forma estaríais seguramente muertos. Pero nosotros no buscamos matar innecesariamente, y por eso habéis sido traídos aquí para conocer mi edicto.

—Os hablaré voluntariamente de nosotros, señora de Rachida —dijo Cadvan con una reverencia—. Pero me parece una falta de cortesía no saber a quién me estoy dirigiendo, y quién reina sobre este lugar cautivador.

—¿Deseáis saber quién soy? —la mujer pareció aplaudir de diversión, pese a que no sonrió—. Se me llama muchas cosas. Para mi pueblo soy la Estrella de la Noche, y la Canción de la Mañana, y la Savia que Alimenta el Árbol de la Vida; y una vez fui llamada la Niña de la Luna, y la Joya de Lirion, y muchos otros nombres. He caminado más allá de las Puertas, hacia las Praderas de la Sombra, y he vuelto entera, y por lo tanto cargo con un sino único entre los de mi especie, y también se me llama la Solitaria. ¿Qué es un nombre?

Maerad, que miraba a Cadvan, vio que este se había quedado sin habla del asombro. Hizo una reverencia aún más baja.

—Mi señora —dijo, una vez hubo recobrado la compostura—. ¿Tengo entonces el honor de estar dirigiéndome a aquella conocida entre los Bardos como Reina Ardina?

Ella lo miró, y Cadvan le sostuvo la mirada durante un tiempo, hasta que bajó la vista y luego la desvió hacia un lado.

—Veo que sois alguien con profundos saberes ancestrales, y alguien en quien habita el Habla, más que uno que la aprende por tener facilidad para las lenguas —dijo la Dama—. Tales personas son extrañas en mi reino —hizo una pausa—. No creía que todavía se hablase de mi nombre en el ancho mundo.

—En los salones de los Bardos de Annar y los Siete Reinos todavía se canta vuestra belleza —dijo Cadvan—. Pero las canciones os hacen escasa justicia. También dicen que cruzasteis hace mucho tiempo a los valles de las estrellas, y que todavía moráis allí. Me siento desconcertado de encontrar aquí a alguien a quien pensaba que nunca conocería, sin importar lo lejos que llegase en este mundo.

—Hace mucho tiempo me escondí del mundo, muriendo en la memoria de Annar —dijo Ardina, soñadora—. Pero no abandoné este mundo. No debo hacerlo —una sombra pasó ante su rostro, breve como el batir de las alas de un pájaro eclipsando el sol—. Pero acercaos, resulta aburrido hablar de mí. Desearía saber quiénes sois, y por qué estáis aquí —se volvió hacia Farndar y se dirigió a él. Este les trajo dos sillas y una mesita con bebidas, y después los dejó con la Reina.

La Dama interrogó a Cadvan acerca de adonde se dirigían, y por qué estaban al este del Gran Bosque. Este le habló de su viaje y de su intención de ir a Norloch, pero no mencionó la razón. Ardina pareció satisfecha con sus respuestas. Le pidió noticias del reino de Annar con una curiosidad distante, como si hablase de algo que tío tuviese nada que ver con ella, pero le resultase curioso, como las historias de viajeros sobre distantes regiones.

—He escuchado que hay un nuevo temor ahí afuera —dijo con indiferencia—. Las noticias llegan incluso hasta aquí. Pero tienen tan poco que ver con nosotros, como nosotros con ellas.

Maerad se quedó allí sentada y aburrida durante mucho rato, golpeándose los tobillos contra las patas de la silla y deseando haber podido retirarse si iban a ignorarla de aquella manera. Al final la Dama se volvió hacia ella, y le dijo:

—Ahora desearía hablar con Maerad de Pellinor, Ya que percibo que ella es una de los míos, siento curiosidad por saber de dónde ha venido, ya que muchas de las cosas que amaba se extinguieron en la Oscuridad más allá de la esperanza del reino presente, del reino presente.

Maerad levantó la vista, zarandeada de su aburrimiento, y se encontró con los ojos de Ardina. Era, percibió Maerad, desconcertantemente parecida a la Elidhu: su rostro tenía un aire salvaje similar, aunque la mirada que le dirigió era dulce y

reflexiva. Con asombro, Maerad se dio cuenta de que los ojos de Ardina no eran humanos. Eran los mismos que los de la Elidhu: dentro de la parte blanca había un iris dorado con una pupila como la de un gato. De nuevo se sintió como si la acabasen de sumergir en agua fría, y un extraño escalofrío le recorrió la espalda.

—Soy la hija de Milana del Primer Círculo de Pellinor —dijo, con una especie de orgullo desafiante—. ¿Cómo podemos ser parientes?

—Por la más extraña de las casualidades, si es que la llamas casualidad —dijo Ardina suavemente—. A menudo lo que los humanos llamáis casualidad es en cambio obra de una pauta más profunda, que el ojo superficial no puede percibir fácilmente. Te he visto en el pasado en mis sueños interiores, que no mienten. Pero a menudo es difícil saber lo que se ha visto en tales sueños: si se trata del futuro, o del pasado, o de algo que tan solo podría ser. En ti sé que está mi propia sangre. Pero hay más...

Maerad sintió que se le ponía la piel de gallina, y que un extraño terror la atrapaba. ¿Qué quería decir? No era capaz de encontrarse con la extraña mirada de la Reina, y se quedó mirándose los pies, profundamente alterada.

Se produjo una pausa y entonces Ardina se puso en pie, como para pensarse mejor lo que estaba a punto de decir.

—Os estoy cansando, importunándoos con mis preguntas —dijo—. Marchad en paz, y descansad, y saboread las delicias de mi reino; cuando hayáis descansado, volveremos a encontrarnos y hablaremos más. Y entonces sabréis mi parecer.

Tanto Cadvan como Maerad se pusieron en pie e inclinaron la cabeza. Pareció que una luz dorada aumentaba alrededor de Ardina, haciéndose cada vez más y más brillante hasta que se vieron obligados a parpadear, y en aquel momento la Reina se desvaneció, y la silla se quedó vacía ante ellos. De repente la hermosa sala se quedó desolada ante su ausencia.

Abandonaron el salón sin palabras. Farndar los esperaba en la puerta, y los llevó a una casa que no estaba lejos de Nirimor, de la que les dijo que era suya para que la utilizaran a su voluntad, y los dejó allí. La casa estaba construida alrededor de un patio central y rodeada por un amplio porche, amueblada en el mismo estilo que el Nirhel. Los suelos eran de madera pulida, bien cubiertos contra el frío por lujosas alfombras, y unos pequeños braseros de hierro calentaban cada estancia. Sobre una mesita baja en la sala principal estaba dispuesta una comida y vino. Había un terreno vallado con buenos pastos en el que Farndar dijo que se podían quedarse los caballos, ya que no tenían establos. Después los caballos caminaron libres por las calles de Rachida, donde los niños les daban dulces y zanahorias, y causaban gran maravilla.

Era la hora del crepúsculo. Tanto Cadvan como Maerad se sentían extrañamente agotados tras su entrevista con la Dama Ardina, como si hubiesen estado hablando mucho tiempo y los hubiesen interrogado en profundidad, pese a que en realidad su entrevista había durado menos de una hora.

—Esta es la más extraña de las muchas cosas extrañas que me han ocurrido —

dijo Cadvan mientras servía vino—. ¡La Dama Andina! ¡Ahora las leyendas vuelven a la vida y caminan sobre la tierra!

—¿Quién es? —preguntó Maerad. Al principio Cadvan no dijo nada, parecía perdido en sus pensamientos. Después sacó su lira del hatillo y comenzó, casi al azar, a tañer unos cuantos acordes. Un rato después se fueron modulando en una melodía, y su voz subió en una canción:

*Cuando Arkan estimó sin fin el hielo
e inhóspitos los bosques se tornaron
sobre el mundo lloró la luna en el cielo,
herida al ver su belleza mermada:
cayó a la tierra una única lágrima
y de ella surgió una niña brillante
cual luz de luna que del alabastro
brotó, encendida y pálida.*

*Una aflicción salvaje se encadenó
al corazón de la Hija de la Luna.
Por los valles de Lirion esta huyó,
su voz cual campana resonaba
volviendo las ramas floridas
y en bosques de acero de lánguidas hojas
la primavera se despertó y cantó
dando al dulce Verano la bienvenida.*

—Y así, hace mucho tiempo, cantaba el Bardo Tulkan, en la lengua de su país —dijo Cadvan mientras dejaba la lira—. Es una métrica difícil de traducir en nuestro idioma, he intentado hacerlo lo mejor posible, pero esto es solo una sombra de la canción original. Nos habla del nacimiento de Ardina, la Hija de la Luna, antes de que el mundo cambiase para siempre durante las Guerras de los Elementales, y de su amor por Ardhor, que era un rey mortal. Ella lo rescató del yugo del Brujo de Hielo, que lo había maldecido por no cumplir con lo que había ofrecido y lo congeló en las profundidades de las montañas durante muchos años. El relato completo es largo y triste —Cadvan se sirvió un poco más de vino.

Maerad escuchaba embelesada. Ahora pensaba que comprendía un poco del sobrecogimiento de Cadvan.

—¿Hay muchas canciones sobre ella? —preguntó.

—Sí, muchísimas —respondió—. Es uno de los grandes relatos. Aunque Ardina desapareció de nuestro conocimiento hace una era. Esta noche el mundo me resulta un lugar diferente —negó con la cabeza—. ¡Pensar que he visto su rostro vivo! Pero me pregunto qué quería decir, cuando hablaba de su sino. La Dama Ardina era una

Elemental, y solo ella entre todos los de su clase intentó morir como una mortal y seguir a su amante al otro lado de las Puertas. La canción dice que caminaron juntos pasando las Praderas de la Sombra hacia las Arboledas Estrelladas que tienen vistas a este mundo, y allí por fin pudieron estar juntos como deseaban. Pero parece ser que las canciones están equivocadas.

Cadvan se quedó en silencio durante un buen rato, sorbiendo su vino pensativamente, y Maerad, satisfecha con no decir nada, lo contemplaba con curiosidad. Parecía estar envuelto en algún hermoso recuerdo que, sin embargo, lo llenaba de una profunda melancolía. Ahora ella podía ver cómo debía de haber sido como joven Bardo, tal y como lo recordaba Dernhil, y en su interior sintió una oscura sensación que era como un dolor. Finalmente Cadvan suspiró y miró a Maerad.

—Ningún poder, ni tan siquiera el amor, puede vencer la prohibición contra el Retorno, excepto los vínculos elegidos por El Sin Nombre —dijo, sonriendo con tristeza—. ¡Ay! El mundo es cruel. ¿Más vino?

Maerad le ofreció su copa.

—Me pregunto qué irá a decirme la Dama Ardina —dijo.

—Yo también me lo pregunto —dijo Cadvan—. Aquí hay misterios que van más allá de mi capacidad de comprensión. Y tú, Maerad, ¿no eres el menor de ellos! —alzó la copa ante ella y bebió.

—Bueno, yo también me siento perpleja ante mí misma —respondió ella irónicamente. Se echó hacia delante y se sirvió otra copa. Era un vino suave y dorado, pero sorprendentemente fuerte, y sintió que se le subía a la cabeza. De repente deseaba romper aquel aura de encantamiento, el extraño humor de Cadvan le perturbaba—. Ya que todo esto a mí me resulta ligeramente, bueno, ligeramente remoto. Si ella tiene poco que ver con nosotros, nosotros, tenemos poco que ver con ella. Todavía tenemos que salir de este bosque, no podemos quedarnos aquí, por hermoso que sea. ¿Cómo encontrarás el camino para salir de aquí?

—No lo sé —dijo Cadvan, frunciendo el ceño—. Estoy lleno de dudas y miedos. Es sabia, más peligrosa, esta señora de Rachida, y temo que nos demostrará ser tan severa como las montañas. No le preocupan las penalidades de nuestro mundo. Aunque —añadió— se me ocurre pensar que quizá puedan ahora tener un motivo para mirar más allá de sus fronteras —se estiró y bostezó con pereza, y apuró su vino—. Por lo menos esta noche dormiremos seguros, como no lo hemos hecho desde que salimos de Innail.

Poco después se retiraron a sus alcobas, donde encontraron unos divanes con una pila de mantas tejidas en una tela suave que no reconocieron. La noche era templada, así que Maerad dejó la ventana abierta, tras retirar las pantallas de papel. Se fue a dormir bañada por la brisa aromática del jardín, donde el agua de un pequeño canal caía formando una cascada en una piscina de piedra. Su suave sonido discurrió bajo sus sueños aquella noche.

Por primera vez desde que podía recordar, Maerad soñó con su madre. No como

la última vez que la había visto, retorcida por la enfermedad, lisiada por la angustia y la desesperación, su luz extinguida; sino alta, orgullosa y fuerte, como apenas la recordaba. En el sueño ella estaba de pie en una alta torre de cristal, tocando su lira y, mientras tocaba, unos pájaros de fabulosos colores —zafiro, dorado, esmeralda, escarlata— salían volando de la lira y la rodeaban en una grácil danza. Maerad corría hacia la pared de la torre, llamando a su madre; pero no había ninguna puerta en la torre, por mucho que buscara y buscara. Se acercó al cristal y la llamó —«mamá, mamá»— pero su voz era pequeña y patética, su madre no la oía y continuaba tocando, absorta en la música. Maerad golpeaba con los puños las paredes duras y frías hasta que se le quedaban las manos amoratadas y sangrantes, pero Milana seguía sin volverse para mirarla, y al final Maerad se dejaba caer al suelo, agotada. «¿Cómo puede haberme abandonado?», sollozaba para sí. «¿Cómo ha podido olvidarme?».

Se despertó y se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas y frías por las lágrimas. Se volvió y miró a través de la ventana, al jardín. Todavía era noche cerrada y las estrellas brillaban en el cielo frío, lanzando sombras cambiantes sobre el fresco pasto, grisáceo por el rocío. La imagen de su madre le quemaba en la mente, brillante y enormemente lejana. «¿Si ella era Primer Bardo de Pellinor», pensó para sí, «por qué no nos liberó? ¿Por qué no pudo escapar conmigo, como hizo Cadvan?». Maerad no podía recordar a Milana ni siquiera mencionando a su padre, pero súbitamente supo con firme seguridad que su muerte había destruido a su madre. Se preguntó cómo sería amar así a alguien, como su madre había amado a su padre, como Ardina había amado a Ardhor. Ella nunca lo haría: era demasiado peligroso. Había matado a Milana. Y ni tan siquiera Maerad había sido suficiente para salvarla. ¿Por qué no? Un dolor que nunca había reconocido se abrió y floreció en su pecho. ¿Por qué no había podido ella salvar a su madre? ¿Por qué había muerto Milana, tan afligida, tan rota, en un lugar tan lejos del brillante mundo que le correspondía por derecho?

Maerad se incorporó y se quedó mirando hacia delante con tristeza, abrazada a las mantas que le cubrían los hombros. Ya no tenía sueño. Le estaban ocurriendo demasiadas cosas, y no sabía qué pensar de ninguna de ellas. Su mente recorrió sin descanso los acontecimientos de las últimas semanas, y todo lo que sintió fue confusión.

Pensó en Silvia, en lo profundamente que la amaba, en cómo en tan poco tiempo en Innail había sido más madre para ella de lo que había sido nadie. «Excepto Milana antes de que Pellinor ardiese», añadió para sí lealmente, aunque la verdad era que apenas recordaba Pellinor. Y la Elidhu la había llamado hija. ¿Qué significaba aquello? Y ¿cómo podía haberlo sabido Ardina? Ella parecía normal y corriente, igual que cualquier otra persona. ¿Qué la marcaba? Y ¿qué era la llama que había matado al Kulag y al Gluma? ¿De verdad había salido de ella? ¿Era por eso por lo que la buscaban los Glumas? Una imagen de Dernhil se le apareció de repente vivida

en la mente, con el rostro iluminado de entusiasmo, el dedo índice sobre la página de un libro... Se preguntó incómoda qué querrían decir Cadvan y Silvia cuando hablaban del amor con tanta facilidad, de las maneras del corazón. «Murió por mi culpa», pensó abatida. «¿Por qué? ¿Qué soy yo? ¿Cómo lo sabré alguna vez?».

Se preguntó sin descanso si alguna vez llegarían a Norloch y, si ocurría, si eso respondería a alguna de sus preguntas. Sus sentimientos sobre Cadvan eran completamente enigmáticos. Sabía que confiaba en él como no había confiado en ningún hombre en su vida, excepto tal vez el padre al que apenas recordaba, pero en realidad no comprendía por qué. Quizá fuese porque Silvia también había confiado en él, pero en su interior sabía que era algo más que eso. Recordaba cómo se había colocado ante ella por primera vez en el establo de las vacas, le parecía que años atrás, pese a que solo hacía un par de meses: cómo su rostro estaba entonces gris de cansancio, vulnerable y, pensaba ahora, triste. Incluso entonces no se le había ocurrido en serio dudar de él. Pensó en su rostro severo, cambiante, lo decidido que parecía, lo aislado; pero después se había iluminado con aquella sonrisa vívida y cálida... ¿Qué significaba ella para él? Una herramienta de la Luz, un objeto de misterioso poder... ¿Seguro que no era solo eso? ¿Qué estaba haciendo ella, huyendo entre tales peligros con aquel hombre, a Norloch, un lugar del que no sabía nada? ¿Y si él estaba equivocado? ¿La abandonaría entonces?

Se echó la manta sobre los hombros, sintiéndose inquieta, y salió de la cama. Caminó en la oscuridad hacia la sala en la que habían comido, palpando el camino lentamente por las paredes, y después fue a la puerta principal, que cedió silenciosa bajo su mano. Salió descalza al porche. La media luna colgaba sobre ella, entre las estrellas. Unas cuantas nubecillas oscuras se movían en lo alto, pero no sintió que hiciese viento. Se acurrucó en un sillón con cojines que había allí, envolviéndose bien en la manta para protegerse del frío, y miró al cielo, saludando a las estrellas como si fuesen viejos amigos: el cinturón oscilante de Melchar, y el Gran Barco, y la estrella única Ilion, que ardía como un brillante cristal en la parte baja del horizonte. Su belleza muda alivió la ansiedad que sentía, y se quedó allí gasta que, sin darse cuenta se quedó dormida; y allí la encontró Cadvan a la mañana siguiente, temprano, con el cabello cayéndole sobre los ojos y la boca como si fuese una tela de araña. Si ella hubiera podido verle la cara, habría percibido en ella una ternura que él nunca le había mostrado. Se inclinó hacia ella y le retiró el cabello suavemente del rostro. Ella se removió, murmurando algo, y no se despertó. Él se la quedó mirando durante unos segundos más, después sonrió y volvió a entrar, dejándola allí para que se despertase cuando el sol se alzase lo suficiente para golpearle la cara.

Aquella misma mañana Farndar, uno de los arqueros que los había capturado, vino y le dijo a Cadvan que se marchaba de Rachida, de nuevo hacia el sur, hacia las fronteras de su reino. Hablaba con renovado respeto.

—Tenéis el favor de mi señora —le dijo a Cadvan—. Los extranjeros son poco comunes aquí. No había venido ninguno en toda mi vida.

Maerad se puso en pie, intentando seguir la conversación. Las palabras en Habla resbalaban extrañamente de su memoria, no sentía que pudiera aprenderla, como parecía que sí lo hacían estas personas, de una manera normal. De alguna forma aquello la hacía sentirse más exiliada, como si fuese una extranjera incluso para sí misma. Al final Farndar se volvió a ella e hizo una cortés reverencia. Ella se la devolvió, y después él se marchó.

—Ojalá pudiese entender a esta gente —le dijo a Cadvan cuando se hubo marchado—. ¿Por qué no puedo aprender el Habla? No todos ellos son Bardos, ¿verdad?

—No —dijo Cadvan—. Todavía no me he encontrado con ninguno que lo sea. Los Dhyllin eran la única raza que utilizaba el Habla como lengua propia, esta gente debe de ser una reliquia de aquel pueblo. En las bocas de quienes no son Bardos el Habla no tiene las virtudes Bárdicas. En realidad, lo que aquí hablan es un raro dialecto, pero aun así puedo entenderles.

—Entonces ¿por qué yo no puedo aprenderla? —Maerad se sentó frunciendo el ceño—. No tengo ningún problema para aprender otras cosas. Pero olvido las palabras en cuanto las oigo. Resbalan de mi mente.

—Nadie comprende cómo el Habla brota en la mente de los Bardos —dijo Cadvan—. Pero quizá tú la tengas cerrada, hasta que llegue por decisión propia.

—No creo que llegue a aprenderla nunca —dijo Maerad.

—Lo harás —dijo Cadvan—. Ya duerme en tu interior.

—¿Y si estuvieras equivocado?

Cadvan la miró objetivamente y después se sentó a su lado.

—Siempre puedo estar equivocado —dijo—. Pero esto no es algo por lo que tú ni yo debemos preocuparnos. Debemos hacer lo que podamos, saber o suponer lo que podamos; y si te sirve de consuelo, rara vez mis suposiciones se alejan de lo cierto. Creo que tú eres la Predestinada, y tengo buenas razones para pensarlo; quizá las mejores sean aquellas que no puedo explicar, unidas a un Saber interno del que no soy completamente consciente. No tiene sentido ser impaciente con ninguna parte del Saber, y especialmente con el Habla, que es uno de los misterios principales.

—No sabías lo de los Elementales —dijo Maerad beligerante.

—No —dijo Cadvan—. No lo sé todo. Nadie lo sabe, y solo los estúpidos lo intentan —buscó el rostro de ella y dijo dulcemente—. No te quedes ahí tan ceñuda y triste, Maerad. Es duro ser de los elegidos, sin que sea por tu propia elección ni voluntad, para llevar una vida que te hace estar separada de los demás. Incluso ser Bardo es difícil, si tu gente no lo es; ser la Predestinada debe de ser mucho más duro. Aun así, ¿de qué manera te abre a las rarezas y hermosura del mundo!

Maerad no dijo nada durante un rato. «Siempre he estado separada, pensó. No es eso lo que me molesta». Finalmente preguntó, con voz apagada:

—¿Fue difícil para ti cuando descubriste que eras un Bardo?

Cadvan suspiró y bajo la vista.

—Sí —dijo—. Mi gente era del pueblo llano. Que ellos supieran, nunca había habido Bardos en mi familia. A menudo ocurre eso. Mi padre era zapatero remendón en Lirigon. ¡Si fuese necesario, yo todavía podría hacer un buen par de botas! Yo era el hijo menor, y para ellos fue duro verme partir hacia un mundo del que comprendían muy poco. Y fue duro cuando yo no me hice viejo como ellos. Cuando mis padres murieron yo todavía me sentía joven. Mis hermanos y hermanas murieron hace mucho tiempo. No podía curarlos de la ancianidad.

—Pero incluso entre los Bardos, tú estás un poco separado —dijo Maerad—. Quiero decir, que se te ve más cómodo con los posaderos, por ejemplo, o con los tenderos, que en las Escuelas.

Cadvan le dirigió una mirada mordaz, y después se echó a reír.

—Me resulta extraño ser observado —dijo—. Me gusta considerarme el ojo que mira pero que pasa sin ser visto. No es cierto, por supuesto... Sí, tal vez una parte de mí desearía que se me hubiera concedido llevar una vida corriente, y haber sido zapatero como era mi padre. Mis padres eran buena gente. ¡Pero no era ese mi destino! Y no lo lamento, pese a que a veces me ha llenado de tristeza.

—Entonces ¿por qué...? —comenzó a decir Maerad, pero Cadvan la interrumpió.

—A este ritmo, me pasaré todo el día respondiendo preguntas —dijo mientras se ponía de pie—. Creo que deberíamos salir y ver Rachida. Tenemos la libertad de la ciudad, eso me ha dicho Farndar, y estoy impaciente por ver este lugar. No podemos escapar, nos encontraríamos completamente perdidos en el bosque, así que será mejor que aprovechemos nuestra estancia.

Maerad estaba a punto de preguntarle por qué su condición de Bardo le había llevado a intentar descubrir la Oscuridad. Recordaba la imagen de un rostro que había visto cuando él la había visionado, y la insinuación de Dernhil de una tragedia ocurrida mucho tiempo atrás, cuando Cadvan era joven, y comenzaba a adivinar... Pero reflexionó y pensó que mejor no se lo preguntaría. Dudaba de que se lo fuese a contar.

Tras las incomodidades y peligros del viaje, Rachida resultó ser un bienvenido refugio. Se pasaron los días descansando y comiendo, o paseando por el pueblo. Durante el día se daban cuenta de que el cielo parecía estar velado por una neblina dorada, y la extraña sensación de que caminaban por un tiempo que era al mismo tiempo presente y también irredimiblemente distante comenzó a crecer en su interior. Cadvan creía que Rachida estaba atrapada por un poderoso encantamiento que la ocultaba, creado por Ardina. Era un lugar de una extraña belleza, cada objeto, desde las ollas y los cuencos hasta los juguetes de los niños o las telas, destacaba por su delicadeza. Los habitantes de Rachida comían en vajillas de vidrio glaseado, que quizá tuviese un único detalle de adorno, como una flor, una serpiente o un pájaro, y se vestían con atuendos delicadamente teñidos y de corte exquisito. Incluso la comida

se presentaba como una obra de arte.

Las gentes de Rachida eran amistosas y generosas, y Cadvan y Maerad no tuvieron problemas para hacer amigos. En muchas casas los invitaban a comer y les enseñaban cosas maravillosas: un serbal de los cazadores, realista en cada detalle, tallado en una sola pieza de alabastro, un collar con muchas cuentas complicadamente talladas hecho de una sola pieza de hueso de ciervo, una prenda de seda, teñida de todos los colores de la puesta de sol derramándose sobre un río, tejida con un solo hilo. Los habitantes de Rachida estaban encantados con tales hazañas de habilidad e ingenio, pero no había codicia en aquel placer. Cadvan y Maerad rechazaron la ofrenda de muchos objetos preciosos, que les daban simplemente porque los admiraban, con la excusa de que no podían transportarlos hasta su hogar. Pese a ello, muchos de ellos aparecieron en su casa.

Si no comían con otros, un hombre joven llamado Idris les llevaba la comida a su casa. Cosa poco frecuente entre las gentes de Rachida, él sentía mucha curiosidad por el mundo más allá de Rachida, que nadie a quien Idris conociese había visto jamás. Pese a su aislamiento, la mayoría de la gente que conocieron tenía muy poco interés en cualquier cosa que estuviese más allá de sus fronteras. Llamaban a Rachida el Ombligo del Mundo, y creían que su ciudad tenía todo lo que podían desear. Idris escuchaba atentamente las historias de Cadvan sobre ciudades lejanas, con los ojos brillantes. Pero cuando Cadvan le preguntó si deseaba viajar, él se limitó a negar con la cabeza.

—No quiero —dijo—. ¿Qué tesoro podría encontrar que fuese más rico que este? —tanto Maerad como Cadvan comprendieron lo que quería decir, pero un par de días después comenzó a escocerles el retraso que llevaban. Todavía no había escuchado ni una palabra de la Dama Ardina.

—¡Nunca había visto un lugar tan retirado del mundo! —dijo Cadvan cuando Idris se marchó—. Comienzo a preguntarme si se nos permitirá marcharnos. Quizá el precio de entrometerse aquí sea que debemos quedarnos, y no podemos.

Maerad volvió la vista atrás y calculó que había pasado exactamente dos meses desde que había conocido a Cadvan, lo que hacía que ahora estuviesen a finales de abril o principios de mayo. «¡Qué poco tiempo!», pensó para sí asombrada. El tiempo que había pasado en El Castro de Gilman le parecía que fuese totalmente otra vida, un mal recuerdo amortiguado por la distancia, e incluso su estancia en Innail parecía haber ocurrido hacía una eternidad. Y allí estaban, atrapados como moscas en el ámbar, fuera del propio tiempo. Miró por la ventana, hacia la fuente, que chapoteaba suavemente en el aire cálido. La sala estaba totalmente en paz, pero no hallaba ninguna paz en su interior como respuesta. No pertenecía a aquel lugar.

—Espero que no —dijo—. Es la hora de que nos marchemos.

El séptimo día fueron llamados al Nirhel de nuevo. Esta vez realizaron el camino

hasta la gran casa sin compañía. Cuando entraron en el salón la Reina Ardina los estaba esperando, sentada en su silla negra.

Maerad parpadeó. Ya había olvidado el impacto de la belleza de Ardina, la potencia de su mirada. Esta vez Ardina llevaba el cabello trenzado con una larga rosca plateada con perlas entretejidas, y llevaba un sencillo anillo de plata en el que había una única piedra lunar engarzada.

—Cadvan de Lirigon y Maerad de Pellinor —dijo la Dama, poniéndose en pie para saludarlos—. Confío en que hayáis descansado, y hayáis degustado la hospitalidad de mi ciudad.

—Nuestro agradecimiento, Reina Ardina —respondió Cadvan—. Es verdad que hemos descansado. Y se nos ha mostrado gran cortesía y hemos visto una gran cantidad de cosas hermosas. Rachida es un lugar lleno de maravillas, en el que un corazón dolorido puede descansar satisfecho.

Ardina les indicó que debían sentarse.

—Con razón se llama a Rachida el Ombligo del Mundo —dijo—. Pero la visión de tales maravillas tiene un precio. La ley de Rachida dice que nadie que pase por aquí puede marcharse. Así mantenemos en secreto la pureza de este lugar, ya que si no fuese así podría ser dañado por la maldad del mundo exterior.

Maerad contuvo el aliento. Aquello era lo que temía Cadvan. Se quedó mirando a la Dama, y en ella vio una voluntad inamovible; era hermosa, sí, como el delicado alabastro del que mana la luz de la luna aprisionada, pero tan severa e implacable como firme.

Cadvan parecía impasible.

—Me imaginaba eso. Y ahora pido que se haga una excepción a la ley para Maerad y para mí. Si solo nos preocupásemos por nosotros mismos, no nos resultaría un castigo que nuestras vidas transcurriesen aquí entre vuestro generoso pueblo de corazón abierto. Pero no somos solo asunto nuestro. Llevamos con nosotros un sino mortal que afecta a todos los que vivimos en este tiempo, y no podemos demorarnos aquí. Si nos prohibís que nos marchemos, tendremos que hacerlo contra vuestra voluntad.

—Entonces moriríais —dijo Ardina. Su mirada era severa y fría.

—Incluso en ese caso lo intentaríamos —replicó Cadvan—. Tal es la urgencia de nuestra búsqueda, que no tenemos opción. ¿Desearíais que se dijese que la Dama Ardina ayudó a la Oscuridad?

La Reina le dirigió a Cadvan una mirada orgullosa.

—Me pedís algo muy grande —dijo—. Tan grande que solo preguntarlo resulta descortés. Si lo concedo, me arriesgo a que se destruya todo lo que amo, pues para mí Rachida es algo muypreciado, y aprecio a mi pueblo por encima de todos los demás. ¿Por qué debería, entonces, concederos algo así? ¿Cuál es el sino del que habláis?

Cadvan hizo una pausa, como si estuviese reuniendo toda su resolución. Maerad sentía con fuerza el vigor de la voluntad de la Reina, ella ya estaba a punto de

abandonar su viaje simplemente ante la petición de Ardina.

—Dama Ardina, confío en que recordéis al Sin Nombre, que destruyó todo Imbral y Lirion —dijo Cadvan.

La Reina se removió en el asiento, y pareció mirar en profundidad hacia sus recuerdos.

—Recuerdo bien a Sharma, antes de que adquiriese su poder —dijo—. Un hombre reservado y desagradable, pensaba de él, no merecedor de los favores de los Grandes Bardos de Afinil, por mucho talento que tuviese. Yo se lo dije, y se demostró que así fue. ¿Por qué pensáis que me retiré al corazón del Cilicader? ¿Por qué pensáis que he creado una prohibición tal?

—No sé si habéis oído hablar de la premonición, que dice que su última victoria no sería la peor —dijo Cadvan—. Entre los Bardos de Annar se comenta desde hace mucho que El Sin Nombre volverá, y que su próxima venida será la más oscura, pues destruirá todo lo que es hermoso y libre, marchitará todos los bosques, hundirá en la sombra todos los refugios de la Luz que aún existen. ¿No pensáis que ha aprendido de su derrota? ¿Y no pensáis, mi señora, que ni tan siquiera vos, con vuestro gran poder, podréis conservar aquí la Luz que habéis creado, si todo Annar queda desolado y los Bardos son derrotados por completo?

»Su última victoria no fue total. La Luz tiene refugios no solo aquí, sino ocultos en los Siete Reinos, y así por fin fue su reinado destruido y su poder derrocado. Pero se dice que si vuelve a imponerse, su maldad y poder serán absolutos hasta un tiempo que va más allá de la capacidad de percibir de los mortales. Y os digo, Dama Ardina, que los Dhyllin siempre fueron aquellos a quien él más ha odiado y ha intentado destruir. Pienso que si alcanza tal poder, esta vez no pasará Rachida por alto.

Tal era el poder y la urgencia de su súplica que Ardina bajó la vista hacia el regazo, y su rostro se vio ensombrecido por la duda.

—Continuad —dijo. Le dirigió una penetrante mirada—. Esa predicción podría ser cierta. Pero ¿qué sabéis vos de este levantamiento del Sin Nombre? Habláis como si fuese a alzarse ahora.

—Creo que se está alzando ahora —dijo Cadvan gravemente—. Así se me ha mostrado —inspiró profundamente antes de continuar—. Antes de este invierno, fui enviado por los Bardos de Norloch en una misión, al lejano norte, y a mi retorno fui capturado por uno de los vuestros, que habita una montaña que algunos conocen como el Landrost. Este había sido atrapado y corrompido por El Sin Nombre. Era un hechicero de gran fuerza y maldad, e incluso así no es más que un esclavo del poder Oscuro.

—Sé de quien habláis —dijo Ardina—. No diré su nombre.

—Me arrojó a sus mazmorras —Cadvan se quedó un momento en silencio—. No hablaré de lo que tuvo lugar allí. Pero en su orgullo alardeó ante mí del retorno de la Oscuridad. En su salón del trono poseía un estaque, como el vuestro, mi señora, pero en él se veía un reflejo malvado. No hay Luz que allí habite, sino una Sombra

indecible. Y en aquel espejo pueden verse cosas que existen. Creyó que me haría morir de desesperación, y me mostró cómo se construían las fuerzas en Den Raven y se reunía corrupción en los lugares de la Luz, y cómo el mal se acercaba lentamente a Annar como un humo ponzoñoso, y finalmente me reveló que El Sin Nombre había vuelto.

—Las herramientas de la Oscuridad alguna vez han mentido —dijo Ardina rápidamente.

—Cierto, señora —dijo Cadvan—. Pero entre los Bardos se dice que yo soy Buscador de la Verdad, y que tengo el don de saber lo que es mentira y lo que no lo es, y hace tiempo que me habitué a los engaños de la Oscuridad. Lo que se me mostró no era mentira. No podría haber esperado atormentarme con una falsedad o una engañosa sombra, él lo sabe muy bien.

Estuvieron en silencio durante largo tiempo, mientras Ardina se quedaba pensativa. Maerad miró a Cadvan con renovado asombro: nunca le había hablado del Landrost, tan solo había hecho un breve comentario durante su primer viaje juntos a Innail. Ahora Maerad veía con más claridad lo que Cadvan quería decir con la extraña casualidad de su encuentro. Se preguntó cómo habría sobrevivido, y cómo habría escapado; pero la Dama no lo preguntó.

—No me habéis hablado de la carga que portáis —dijo por fin Ardina.

Cadvan, que se había quedado mirando hacia sus manos, levantó la vista. Tenía el rostro nublado por un doloroso recuerdo.

—Hay otra profecía, un recuerdo que los Bardos conservan en una canción, pese a que ha caído en el olvido y es ahora poco conocida —dijo—. Habla de alguien que aparecerá cuando El Sin Nombre aumente su poder gracias a su alzamiento más oscuro. Este será a Quien el Destino ha elegido. Y se dice que aquel a Quien el Destino ha elegido vencerá al Sin Nombre, y lo derrotará en su más fuerte salto a la Luz.

—¿Se dice cómo ocurrirá eso? —preguntó Ardina.

—No —respondió Cadvan.

—Y ¿quién es el Predestinado?

—Creo que Maerad de Pellinor es la Predestinada. Y es por esa razón que viajamos juntos hacia Norloch por caminos no transitados y ocultos, para que la Oscuridad no se percate de nuestra presencia, que nos ha perseguido casi hasta las fronteras de vuestro reino. Pues en Norloch hay sabiduría y tradiciones ancestrales que podrían comprender mejor este enigma.

Ardina lanzó una mirada penetrante al rostro de Cadvan. Esta vez él le sostuvo la mirada. Finalmente ella apartó la vista y suspiró.

—Casi me has recordado al rey Ardhor —dijo con tristeza—, tal es vuestro coraje y verdad. Desearía que no fuese así, pues me colocáis entre la espada y la pared, y no importa hacia donde dirija mis pasos, habrá peligro.

Después se volvió para mirar a Maerad, y cuando alzó sus ojos no humanos,

Maerad vio asombrada una compasión y tristeza insondables. En aquel momento la Reina Ardina ya no parecía una distante figura salida de una leyenda, sino delicada y mortal, como ella misma.

—Veo en vos un Destino, hermana —dijo Ardina en voz baja. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Maerad al darse cuenta de que Ardina le hablaba en la lengua de los Elidhu, no en la lengua de Annar—. Lo percibí la primera vez que vi vuestro rostro. No sé qué deciros, ya que vuestro arte yace dormido, como el lirio que duerme bajo el suelo en invierno, pero ya alberga un fuego de resplandor sin par, que florecerá a su debido tiempo. No sé qué significa ni qué nos dice; y en mi corazón temo que augure el final de mi pueblo, sin importar cómo lo interprete.

—No digáis que es el final —dijo Maerad en la misma lengua, sorprendiéndose a sí misma, ya que sentía como si otra voz estuviese hablando en su interior—. Decid más bien que es otro comienzo.

—Tal vez —dijo Ardina—. Pero habrá un final, igualmente. Y quizá sea ese el sino que todos tememos que caiga sobre nosotros, sin importar cuánto luchemos contra él. Pero es mejor luchar que ser arrasado sin oponer resistencia —mientras Ardina hablaba, a Maerad le pareció que le temblaba la vista, y volvió a ver a la brillante Elidhu del bosque superpuesta a la imagen de la poderosa Reina. Se dio cuenta, repentinamente maravillada, de que Ardina y la Elidhu del bosque eran una. Contuvo un grito y miró a los ojos amarillos de Ardina.

—Sí, hermana —dijo Ardina, que la estaba estudiando atentamente—. Veis correctamente. Soy tanto Reina como Elidhu, aquí y allí, fuego salvaje y fuego del hogar, olvido y recuerdo. Pero no habléis todavía de esto, ya que los hombres se ponen nerviosos ante tales cosas y no toleran las contradicciones.

Cadvan miró a una mujer a la otra con incompreensión, y la Reina miró hacia él y se levantó.

—Cadvan de Lirigon —dijo en la lengua de Annar—. Sé que me habláis con sinceridad. ¡Cómo habéis aumentado mis pesares! No creáis que mi aislamiento significa que sé poco de la fortuna de Annar, pues tengo mi propio espejo al mundo, como habéis adivinado. Deseaba continuar sin ser vista. Como todas las falsas esperanzas, era reconfortante. Pero nunca se ha dicho que la Dama Ardina sea débil de corazón, o se refugie en las excusas de los cobardes.

Hizo una pausa, como si estuviese valorando de nuevo sus pensamientos.

—Ahora os transmitiré mi resolución. Solo vos, de todos los que han pasado por aquí, podréis partir de mi reino sin trabas. Os concedo esto porque sé que decís la verdad, y porque habéis llegado aquí con una de los míos, y porque debemos reforzarnos contra nuestro enemigo común y no dividirnos. Solo os pido que no le habléis a nadie de vuestra estancia aquí. Y además, os daré toda la ayuda que pueda y os ofreceré guía hasta las fronteras del Cilicader, ya que hay muchos lugares oscuros en este bosque que sería mejor evitar.

Cadvan se levantó e inclinó la cabeza.

—Os doy las gracias, Dama Ardina —dijo—. Sé lo que os cuesta concedernos esto. Cierto es que sois una Reina poderosa, y que vuestra ley es justa —parecía como si quisiera decir algo más pero no pudiese.

—Id en paz, entonces —dijo Ardina—. Maerad de Pellinor, mis mejores deseos viajan contigo. ¡Que tu Sino no sea tan duro como el mío! Y en señal de nuestro parentesco, te ofrezco que tomes esto —se sacó del dedo una fina banda de oro con un diseño de lirios, en el que cada flor se engarzaba en la siguiente con una artesanía milagrosamente delicada.

—Lleva esto en recuerdo de Ardina —dijo la Dama—. Me lo dio alguien a quien amé hace mucho tiempo. Tu futuro es incierto, y no puedo decirte nada que te pueda ayudar. Eres singular y peligrosa, y es por eso que tanto la Oscuridad como la Luz te buscan. Tal vez halles que tu Destino no está relacionado con ninguno de los dos. Podría ser que descubras que tu mayor peligro ya existe en tu interior. Solo hay una cosa clara, y es que tienes un gran corazón, pero solo hallarás que lo es a través de un gran dolor. Esa es la sabiduría del amor, y es un dudoso don. Pues yo he soportado mucho sufrimiento, y continúo sin sentir rencor y sin cerrarme a mí misma.

Maerad volvió a mirar a la Reina a los ojos, y le pareció que la vista de Ardina agujereaba la suya en el punto en el que era más delicada, hiriéndola, pero recibió bien la herida. No podía sostenerle la vista a la Reina durante mucho tiempo e inclinó la cabeza, dándole vueltas a las palabras de Ardina, que no había comprendido.

—A vos, viajero y Buscador de la Verdad —dijo Ardina volviéndose por fin hacia Cadvan—, no os doy nada excepto mi bendición. Vuestra senda será oscura, pero dudo que os resulte desconocida. Y la Luz florece más brillante en los lugares más oscuros.

—La bendición de Ardina no es poca cosa —dijo Cadvan—. Os vuelvo a dar las gracias, mi señora. ¡Acierta vuestro pueblo al elogiaros llamándoos la Savia del Árbol de la Vida!

Ardina levantó la mano en un gesto de despedida, y después la luz dorada se reunió a su alrededor, parpadearon y cuando volvieron a mirar había desaparecido.

—Tal era la gloria de los días de Dhyllin —dijo Cadvan, suspirado tras un largo silencio—. Estaré agradecido toda mi vida por el hecho de que se nos haya otorgado vislumbrar esto. Y la alegría que supone se mezcla con un gran pesar.

Cuando volvieron a casa, Maerad se dio cuenta de que le había vuelto a venir el periodo. Maldijo aquella incomodidad y se metió en su habitación para ocuparse de ello. Mientras revolvía su hatillo en busca de unos trapos, se dio cuenta repentinamente de que no sentía retorcijones. Se sentó sobre los tablones, pensativa. «¿Los habrá aliviado Ardina?». Pensó en su mirada profunda, que le había parecido a un tiempo una herida y su remedio, tan despiadada y compasiva como el cuchillo de un curandero. Sin duda los dolores habían desaparecido, y nunca volvieron a molestarla.

Valoró lo que le había dicho Ardina. Pese a los malos augurios resultaba

extrañamente reconfortante. Le parecía que Ardina había comprendido, como nadie más podía, sus propias dudas y miedos, y su soledad. Aquel único momento de percepción había iluminado sus confusiones y de alguna forma la había hecho sentirse menos aislada. Siempre llevaría el anillo, igual que llevaba la joya que le había dado Silvia, como una señal de amor.

Al día siguiente se prepararon para marcharse de Rachida, no sin una serie de sentimientos entremezclados. Estaba claro que la decisión de Ardina se había sabido, ya que parecía que todo el pueblo supiese que se marchaban, y aquella mañana muy temprano encontraron una pila de provisiones frescas que los esperaba en el porche. Los atosigaron con muchos regalos, pero Cadvan los rechazaba con una sonrisa, diciendo que solo podían llevarse lo estrictamente necesario por miedo a sobrecargar a los caballos.

Aquella noche, pese a las muchas invitaciones que tenían, permanecieron en su casa y cenaron solos. Sentían una necesidad no expresada de prepararse para el viaje que tenían por delante. Idris llegó con comida y se despidió, con aspecto muy abatido. Al verle, Cadvan le regaló su broche de plata, la estrella que era el símbolo de Lirigon. Idris los abrazó a los dos y se marchó en un mar de lágrimas.

—No quiero marcharme —dijo Maerad apenada cuando se sentaron a cenar—, aunque sé que debemos hacerlo.

—Nunca se me había recibido con tal calor entre extraños —dijo Cadvan mientras servía sendas copas de vino—. He estado en muchos lugares más majestuosos que este, pero en ninguno tan encantador. Es una cosa más que está en peligro. ¡Piensa en todo lo que ha hecho ya Ardina para proteger a su pueblo! Pero dudo que puedan conservar su aislamiento durante mucho tiempo más, ni aunque capturen a cada viajero que se extravíe por estos bosques —picoteó su comida de mala gana—. Ya hay demasiado a lo que temer.

A la mañana siguiente se levantaron temprano y se vistieron con sus ropas de viaje, y poco después se encontraron con sus guías, que eran sus primeros captosres, Imunt y Penar.

—Ya que os hemos traído hasta aquí, tenemos la misión de liberaros —dijo Penar, sonriendo mientras los abrazaba.

Condujeron a los caballos a pie cruzando el pueblo, una pesada desgana cargaba sus pasos. Maerad miró a su alrededor con ansia, deseando imprimir aquella belleza en su memoria. Rachida yacía inmaculada ante ellos, todavía húmeda por el rocío de la mañana, y mientras los cascos de los caballos resonaban por las calles, se abrían ventanas, la gente los saludaba y niños de cabello claro salían corriendo para darles a los caballos las últimas exquisiteces, y corrían a su lado riendo y gritando. Se sentían como si fuesen motivo de un festival.

Subieron por el lado oeste del valle, dejando las casas a sus espaldas. En la

cumbre, Maerad se volvió para echar una última mirada, antes de que Rachida se desvaneciese para siempre tras ella, El sol naciente golpeaba los tejados de forma que brillaban como plata bruñida, y la luz caía suavemente en forma de neblina melosa sobre las calles y los jardines, tomando los colores frescos de los árboles, flores y casas, de manera que daba la impresión de estar recién creados. Incluso le parecía que un velo brillante caía entre ella y Rachida, como si, a aquella distancia, solo permaneciese en su recuerdo, un sueño dorado de belleza intocable.



*En la Zarza crece el Lirio
en la Ola crece la Zarza
es su voz de Fuego trilingüe
la que Edil-Amarandh salva.*

*Cierto y falso el Fuego astuto
que arde en la noche sombría
falso y cierto el Nombre oculto
que el vientre de Luz aviva.*

*¿Dónde la Zarza en la Espuma?
¿Dos Lirios se yerguen sin tallo?
¿Quién traerá al que Canta a su cuna?
¿Dónde el arpa? ¿De quién la mano?*

De Los Cánticos de Pel de Norloch

Siguieron un camino que iba hacia el oeste, caminando plácidamente entre praderas florecientes que dormían bajo gruesos árboles. El sol brillaba con calidez, y Maerad pensó que el verano no tardaría en llegar. Ahora los peligros de su viaje, que la serenidad de Rachida había alejado, comenzaban a ejercer presión en la mente de Maerad, y por primera vez en muchos días soñó con que los Glumas la perseguían.

No estaban lejos, le había dicho Imunt a Cadvan, de las fronteras de su país. Los llevaban hasta un río llamado Cir, del que Cadvan estaba seguro de que era el curso que él conocía como Cirion. Al norte, el río se dividía en dos arroyos, el Cir y el Ciri, que se volvían a encontrar en el sur. Entre los dos arroyos había una gran isla con forma de hoja, y Rachida era el centro de esta, que indicaba aproximadamente los límites del reino, pese a que los batidores de Rachida llegaban hasta el sur, hasta el mismo Usk. Cuando llegasen al Cir, sus guías los dejarían; si lo seguían en dirección sur se convertía en afluente del Usk, que, aumentado su caudal, continuaba atravesando el bosque y después salía a las llanuras del oeste de Annar. Desde allí había unas ochenta leguas de viaje hasta Norloch.

Aquel mismo día se encontraron con el río, que fluía rápido entre sus empinadas orillas, con muchas caídas dentro de anchas pozas. Los guías les hicieron unas cuantas advertencias y les dieron una serie de consejos finales acerca de lo que podrían esperar encontrar en el otro lado: pájaros araña del tamaño de dos puños, sanguijuelas gigantes, gatos salvajes y otros peligros. Pero no tenían noticia de que hubiese semi-hombres ni goromantes en aquel extremo del bosque.

—Hay un camino antiguo que discurre a lo largo del Cir. Se une con el Ciri tras un día de camino y llega al Usk tres días después —dijo Penar—. Preocupaos por manteneros a este lado del Cir, ya que más abajo se vuelve profundo e imposible de cruzar. Por lo que nosotros sabemos, el sendero debe evitar tales peligros, pero una vez lleguéis al Usk ya os moveréis fuera de nuestro conocimiento. Nosotros ya no nos aventuramos a ir más allá del Cir. Podrían ser semi-hombres lo que vive allí. Tendréis que estar alerta.

Los guías los despidieron, alzando bien las manos a modo de saludo antes de volverse y desvanecerse con asombrosa rapidez entre los árboles. Maerad y Cadvan se quedaron en pie un buen rato mirando después de que hubieran desaparecido.

Montaron a Darsor e Imi por primera vez en días y vadearon el río lentamente. La luz, pese a que no era menos brillante, les parecía menos intensa al otro lado del río, y esto fue lo que les indicó, más que cualquier otra cosa, que habían abandonado la protección del refugio de Ardina y que volvían a encontrarse solos en el mundo.

Unas cuantas horas más tarde alcanzaron el punto en el que los dos caudales, Cir y Ciri, se encontraban, y después el río comenzaba a excavar su paso entre profundas orillas, con lo que el camino les resultó más difícil de seguir. En algunos lugares apenas había restos de sendero, y se limitaban a seguir el río, deseando encontrar una senda más clara un poco más lejos. Por fin aparecía un atisbo del sendero entre los árboles, que volvía a apagarse. Pese a aquello, se movían con rapidez; tanto Maerad como Cadvan sentían una fuerte necesidad de darse prisa, y apuraban a los caballos.

Tras tres días más de cabalgata sin incidentes volvieron al Usk, que se unía al Cirion y después descendía con fuerza entre orillas rocosas, con frecuentes rápidos que rugían sin ser vistos a su lado. El sendero continuaba vertiginosamente entre los árboles, pero el paso era un poco más lento. Si no hubiera sido por la permanente ansiedad de Maerad, el viaje hubiera transcurrido en paz, tan apartados se sentían de los asuntos humanos de ningún tipo. No vieron ninguna señal de pájaros araña, ni gatos salvajes, ni goromantes, y por las noches no oían nada aparte de ranas, grillos y murmullos de animalitos pequeños. El bosque parecía desierto y gastado, incluso un poco desolado, pues los árboles estaban llenos de maleza, cubiertos por musgo y plantas trepadoras colgaban enmarañadas de las ramas, oscureciendo la luz. Incluso los sonidos estaban amortiguados, los cascos de los caballos que resonaban débilmente sobre un lecho de hojas muertas, y sus voces parecían morir en el aire húmedo. Pasaron entre los árboles como fantasmas.

Maerad miró sombríamente al río que fluía a su lado.

—¿Cuándo crees que saldremos de este bosque? —preguntó.

—Creo que tal vez en un par de días —dijo Cadvan—. Me parece que el bosque se está volviendo un poco menos rápido.

Maerad se animó con la noticia pues los árboles sin fin comenzaban a oprimirla. Y tal y como Cadvan había supuesto, a última hora del quinto día después de su separación de Imunt y Penar, tras no haberse encontrado con nada más siniestro que arañas de la madera, salieron en el extremo oeste del Calicader.

El bosque terminaba de forma desordenada, disminuyendo gradualmente, hasta que los árboles acababan desvaneciéndose por completo, Maerad y Cadvan miraron hacia las anchas llanuras que se extendían ante ellos, hasta el horizonte, cubiertas por frecuentes hondonadas, depresiones y piedras que de vez en cuando se amontonaban convirtiéndose en enormes tors que lanzaban alargadas sombras ante ellos. El cielo parecía inmenso. Unas nubes de colores rosas y púrpuras colgaban del horizonte moviéndose lentamente y velando el sol del oeste, que lanzaba grandes rayos de luz que se derramaban tiñendo de rojo los rostros de los viajeros. El Usk todavía fluía a su izquierda, dando tumbos entre pilas de granito roto. Parecía que unos gigantes lo

hubieran lanzado allí hacía mucho tiempo, cubierto como estaba por pálidos líquenes y cojines de musgo. No vieron ninguna señal de que el lugar estuviese habitado. Era, a su manera, una tierra tan solitaria y vacía como la que acababan de abandonar, y de repente Maerad se sintió vulnerable, descubierta por la luz y el espacio.

—Cada vez que estoy en un bosque —le dijo a Cadvan mientras se detenía a su lado— siento ansias de salir. Y cuando salgo ¡lo único que quiero es volver a entrar! Siento como si todo me estuviese mirando —entornó los ojos hacia el cielo—. Incluso las nubes.

—Hemos llegado a las Tierras Yermas de Valverras —dijo Cadvan—. Es esa la sensación que producen. Se cuentan extrañas leyendas de este lugar.

Maerad miró hacia el desolado paisaje y se estremeció.

—No me las cuentes —dijo—. Estoy segura de que son horribles.

Valverras, explicó Cadvan, era un lugar desértico que se extendía entre el bosque y la costa, y moría en un laberinto pantanoso en una marisma cercana al mar. Dividía aquella parte del norte de Annar. Si ahora continuaban hacia el norte unas cien leguas más, se encontrarían con el río Lir, alrededor del que se congregaban las aldeas y pueblos de Lirhan. Cerca de allí, pero al sur, discurría el río Aldern, que también estaba densamente poblado. Norloch estaba exactamente al sur, a unas ochenta leguas de distancia en línea recta. El Reino de Ileadh, el lugar de nacimiento de Dernhil, estaba casi directamente delante de ellos, una extensa península al oeste; y ligeramente al norte de esta se hallaba Culain.

—Si no nos viésemos obligados a ir deprisa, sería agradable visitar las Escuelas de allí —dijo Cadvan mientras se sentaba a horcajadas sobre su caballo, mirando hacia el terreno baldío—. Culor, en Culain, y Gent, en Ileadh, son hermosas a la manera de Innail, y nobles centros de la Luz, más diferentes la una de la otra, como lo son todas las Escuelas: creo que te gustarían. Después podríamos tomar un barquito desde Gent y viajar hasta la Isla de Thorold; allí podríamos visitar los mercados de seda de Busk, y atravesar caminando los pinares que hay sobre las montañas, que no tienen igual, y saborear su libertad y silencio. Y después de eso, tal vez podríamos pedir que nos llevasen a uno de los nobles barcos de Annar y navegar hasta la Bahía de Mithrad, y llegar al amanecer para que pudieses ver desde el puerto cómo el sol golpea al elevarse las blancas torres de Norloch. Es una de las mejores vistas de Annar, y no importa cuántas veces la vea, siempre me deja sin aliento. Norloch se alza sobre los escarpados acantilados, sus muros se extienden unos sobre otros, hasta que por fin la alta torre de Machelinor se eleva como la más alta de todas, la Torre de la Llama Viva. Su punta es tan grácil como la copa de un hermoso árbol y el techo está hecho de oro y cristal, de manera que el sol se refleja en él como fuego puro.

Se quedó en silencio durante un rato. Maerad lo miró. Los ojos de Cadvan eran distantes, como si tuviese lejanas visiones.

—¿Y entonces? —preguntó.

—¿Entonces? —se volvió a ella y sonrió, de nuevo presente—. Primero debemos

hacer lo que debemos hacer en Norloch. Esa es nuestra misión. Si el sino de Annar y los Siete Reinos depende del equilibrio, creo que tú eres el fulcro, el punto de apoyo; pero hasta que no seas proclamada Bardo completo no podremos saberlo con seguridad. Y ¿cómo proclamarte? Ese es el primer paso, el primer misterio. ¿Quién sabe qué ocurrirá entonces?

«¿Quién lo sabrá?», pensó Maerad para sí. Y ¿qué pasaría si ella no era lo que Cadvan creía que era? ¿Sería aquel el final de su tutela? ¿Qué haría ella entonces? Pero Cadvan continuaba hablando.

—Quizá, si el destino se porta bien con nosotros, después podamos viajar hacia Lanorial por carreteras agradables y tranquilas, y podré enseñarte los jardines de Il Arunedh, plantados sobre terrazas de tal manera que descienden en forma de cascada por la ladera de la montaña en grandes franjas de color. Son una de las maravillas del mundo. En primavera su perfume resulta tan embriagador como el vino —suspiró—. Tengo muchos amigos por esos lugares a los que hace mucho que tengo desatendidos. Siempre se me envía de aquí para allá y por lo tanto he de pasar por carreteras oscuras, en lugar de quedarme en los lugares hermosos del mundo.

En su voz había un anhelo que Maerad no había escuchado antes, así que no respondió; se preguntó, con un inesperado pinchazo de celos, a quién sería que echaba tanto de menos. Se quedaron en silencio durante un rato, dejando que los caballos pastasen, y Cadvan volvió a suspirar.

—Pero creo que no viajaremos hasta allí, a no ser que todas mis previsiones fallen —dijo, con ligera dureza—. Nuestros caminos son más peligrosos. Quizá en alguna lejana mañana todavía no vista más allá de las sombras del mundo, cabalgaremos hasta allí y pasaremos por los jardines perfumados de Manuneril y Har. Bueno —dijo, retomando las riendas—, debemos encontrar un lugar para pasar la noche. Mañana valoraremos si debemos cruzar el Usk. Hay una Carretera Bárdica a unas cuarenta leguas de aquí, en la que hay un vado: bordea la marisma y después se bifurca hacia Lirigon por un lado y Culor por el otro, y siguiéndola hacia el sur va directamente a Norloch. Pero me importaría desviarme tanto de nuestro camino, y preferiría evitar las carreteras, si puede ser.

Al siguiente día siguieron el Usk hacia el oeste, en busca de un lugar por el que poder cruzarlo. Discurría demasiado deprisa y era demasiado hondo para arriesgarse a nadar con los caballos. En algunos lugares incluso las orillas eran demasiado profundas para plantearse bajar hasta el agua. A Maerad, Valverras le resultó difícil de atravesar: era sombrío, vacío y deprimente. No era capaz de quitarse de encima la sensación de estar siendo observada, pese a que ni ella ni Cadvan vieron señal alguna de seres vivientes, excepto los cernícalos que planeaban bien altos y los conejos que se asustaban y pegaban golpes en la distancia.

A media mañana, a Imi se le metió una piedra en la herradura y comenzó a cojear.

Maerad soltó un juramento y desmontó, y después tomó la pata de la yegua para examinarla. Sacó la piedra con su pequeña daga, pero Imi tenía el pie magullado; continuó cojeando, y Maerad no quiso forzarla por si se ponía peor. Cuando llegaron a un lugar en el que las orillas descendían con más suavidad, se detuvieron a comer. Cadvan le curó el casco a Imi, le alivió el dolor y después Maerad le lavó las patas a la yegua en el agua corriente. Aun así, continuó caminado coja, y Maerad comenzó a preocuparse por si se había hecho una herida seria. Un caballo lisiado los haría ir considerablemente más lentos, y ya habían perdido más de tres semanas en el Gran Bosque. La sensación de prisa de Maerad era incluso mayor que la de Cadvan; le molestaba cualquier retraso, bufaba con impaciencia, mientras que Cadvan aceptaba las pruebas del camino con una calma imperturbable. La serenidad de Cadvan no hacía más que aumentar la impaciencia de Maerad. Después, a última hora de la tarde, comenzó a lloviznar, y solo pudieron avanzar un poco más antes de que la luz se volviese complicada para ver. Acamparon en un refugio de túmulos de granito, todavía en el lado del Usk en el que no deberían estar, y en aquel momento Maerad ardía a causa del mal humor contenido.

—¿Cuánto tiempo más nos pasaremos escarbando por aquí como perros salvajados? —gruñó mientras servía un guiso de cebada—. Yo ya he tenido suficiente. E Imi también ha tenido suficiente. Necesita descansar.

—Hasta que lleguemos al final —dijo Cadvan—. Lo cual no debería ser tanto tiempo, si todo va bien —estiró sus largas piernas, mirando a Maerad con tolerante regocijo—. Lo hemos hecho muy bien al haber conseguido cruzar el Gran Bosque sanos y salvos. Aun así, la intemperie se hace pesada, estoy de acuerdo.

—Pesada no es la palabra —respondió Maerad—. Ojalá nos hubiéramos quedado en Rachida. De todas formas, no parece que yo tenga ningún hogar al que ir. Podría haberme quedado allí tranquilamente.

—No, ahora solo podemos avanzar —Cadvan se inclinó hacia delante y miró fijamente a Maerad—. Sabes que tenemos que ir a Norloch.

—Yo no quiero —dijo Maerad malhumorada—. No quiero ir a ningún lado.

—Ya has tenido tu oportunidad —respondió Cadvan suavemente—. Si te hubieras querido quedar en Innail, o en Rachida, yo no te hubiera detenido. No podría haberlo hecho. Tú escuchas tu voz interior tanto como yo. Sabes que tu destino está en juego. Piensa en tu sueño. ¿O es que ya lo has olvidado todo?

—Oportunidades —Maerad arrancaba irritada puñados de hierba y los tiraba al suelo, con las cejas fruncidas en una línea recta y enfurruñada.

—Sabes que es la verdad.

—Y ¿qué diferencia hay entre ser un títere de la Luz o un títere de la Oscuridad?

Se produjo un breve silencio.

—Hay una gran diferencia —dijo Cadvan en voz baja—. Una diferencia es que para la Oscuridad, sin duda, serías un títere. Para la Luz, eres un ser humano libre, libre para equivocarse, incluso para hacer lo incorrecto. Eres libre para elegir, lo creas

o no.

—Es una divertida idea de la libertad.

—Es la diferencia entre compromiso y esclavitud —dijo Cadvan—. Entre trabajar para lo que deseas y crees en lo más profundo de tu corazón, y lo que otra persona te obliga a hacer.

Maerad, que había sido esclava y sabía que su vida actual, por difícil que fuese, era muy diferente, no tenía nada que decir al respecto de aquello. No sabía por qué estaba intentando comenzar una pelea con Cadvan, pero él se negó a enfadarse con ella y un rato después se quedó callado y con la vista fija en el fuego. Ella se sentó con el ceño fruncido justo en el exterior del círculo iluminado, dándole patadas a un trozo de hierba con un dedo del pie, y entonces, ya que era el turno de vigilancia de Cadvan, se acurrucó en su manta y se quedó dormida sorprendentemente rápido.

El día siguiente fue igualmente infructuoso, pese a que el tiempo comenzó a clarear y por fin los calentó un poco la luz del sol. La cojera de Imi ya no era tan seria, pero avanzaban inquietos por miedo a retrasar su curación. Un rato después Maerad se olvidó de su mal humor al ritmo de la cabalgata, pero la sensación de estar siendo observada no la abandonó en ningún momento. No se lo mencionó a Cadvan, pero a menudo sentía un cosquilleo en la parte de atrás del cuello, como si hubiera una presencia tras ella, y se volvía bruscamente, pero no hallaba nada. Comenzó a sentir que las piedras les estaban gastando una broma, transformándose en monstruos rocosos que la acechaban, e instantáneamente se volvían a convertir en peñascos inocentes cuando ella volvía la vista atrás. No consiguieron cruzar el Usk hasta el tercer día, y después, por fin, se dirigieron al sur.

Y comenzaron los duros días en Valverras. Cadvan los guio bajo el sol y las estrellas, y vieron cómo la luna se fue haciendo pequeña hasta que menguó haciéndose del tamaño de una uña cortada y desapareció, y después fueron testigos de un retorno gradual. El tiempo continuó volviéndose más cálido, pese a que había días en los que el cielo estaba encapotado y unas breves ráfagas de lluvia volvían su viaje más desagradable. Cada día Imi estaba menos lisiada, pero no hacía que sus progresos fuesen más rápidos. Podían cubrir como máximo diez millas en un día, y había más de treinta leguas hasta que topasen con el río Aldern. La tierra prohibía realizar movimientos rápidos, el suelo era desigual y estaba lleno de pequeñas rocas, era traicionero a causa de los agujeros que podrían torcerle la pata a un caballo o incluso rompérsela, si pasaban sin cuidado. La hierba era escasa, llena de pinchos y pequeños cardos, y por todas partes crecía una planta rastrera con unas hojitas grisáceas que apestaban como a pescado podrido. Si pisaban una el olor ascendía y les obstruía la garganta, y si acampaban sobre ella ya no se podían quitar el hedor de las ropas. A

menudo había pequeñas depresiones y hondonadas, en las que se acumulaba agua salobre y plantas de ciénaga, y en aquellos lugares cubiertos acampaban cuando caía la noche. A veces, por la noche, Maerad veía extrañas luces en la distancia, locas espirales azules que brillaban y se desvanecían, para reaparecer burlonamente a escasa distancia de donde estaban antes.

—Luces de pantano —le dijo Cadvan—. No les hagas caso. ¡Y nunca las sigas!

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad mientras las miraban. Eran extrañamente hipnóticas.

—Te llevarán a una ciénaga. O algo peor. Aquí hay viejos túmulos, tumbas de pueblos antiguos, y no todos están vacíos.

Valverras minaba el alma de un modo diferente que los Páramos de las Cabañas, pensó Maerad. A los Páramos los rondaba la desesperación, un lamento sin fin. La sensación que daba Valverras era extrañamente hostil, y pese a que nunca vio nada siniestro, cuanto más avanzaban, más nerviosa se sentía. Comenzaba a tener tortícolis de tanto mirar por encima del hombro.

Cadvan reanudó las lecciones de Maerad, más para estar distraídos con algo que por cualquier otra razón, pese a que no sacaron los instrumentos; aquel silencio observador de los brezales que los rodeaban parecía prohibir la música. Cadvan también comenzó a entrenarla en esgrima. A Maerad le pareció un profesor menos severo que Indik. Le dijo que era una alumna con aptitudes: era rápida de reflejos, su puntería y habilidad crecían con la confianza, y así un día, para deleite de Cadvan, Maerad lo desarmó.

—No eres una luchadora elegante, pero eres rápida y muy fuerte para tu tamaño —dijo Cadvan, respirando pesadamente mientras recogía la espada—. Si fuera necesario, tendrías posibilidades. Quizá más que posibilidades. Lo importante es no sobreestimar lo que eres capaz de hacer.

—Y no tener miedo de salir corriendo —dijo Maerad, sonriendo.

—Siempre es más inteligente no luchar en absoluto —dijo Cadvan—. Pero si has de luchar, debes saber cómo defenderte. ¡Pronto serás una guerrera! Venga, volvamos a empezar.

Continuaron viajando por aquel camino durante casi una semana, y un día vieron una fina columna de humo que se elevaba a lo lejos en el horizonte, en línea recta desde donde estaban ellos. Aquello dejó a Cadvan perplejo.

—A no ser que me haya equivocado mucho en mis cálculos, todavía estamos a por lo menos dos días del Aldern —dijo—. No conozco ningún asentamiento a este lado del río, y todavía no está lo bastante seco para que se produzca uno de los incendios naturales que a veces arrasan estos parajes.

—Quizá haya otros viajeros en las tierras yermas, como nosotros —dijo Maerad.

—Tal vez —dijo Cadvan. Alteró su curso ligeramente hacia el este, y aquella noche no encendieron fuego y vigilaron con más atención. Al día siguiente volvieron a ver el humo, durante un breve espacio de tiempo a la hora de comer, un poco más cerca, y cuando el crepúsculo comenzó a caer volvió a elevarse hacia su derecha, a unas tres millas de distancia.

—Sea quien sea, no se esconde —dijo Maerad.

—Cualquiera que ande por estas tierras está escondiéndose —replicó Cadvan—. ¿Por qué otra razón estamos nosotros aquí? Sin duda piensan que no hay nadie que pueda verlos.

Aquella noche acamparon en una profunda hondonada, al abrigo de dos rocas enormes que se inclinaban formando un ángulo, creando un tejado natural. A Maerad le tocó el primer turno de vigilancia y se sentó en el borde de la cuenca, mirando hacia las silenciosas colinas y las estrellas que ardían sobre ellos. Estaba muy cansada, pero también muy acostumbrada a luchar contra el cansancio, y para pasar el rato dejó volar su imaginación sobre aquellas tierras baldías, preguntándose si podría escuchar algo de los otros fugitivos de Valverras. No oyó nada. Se imponía sobre todo un gran silencio, a excepción del viento que agitaba los tallos de hierba y silbaba sobre las piedras, pero una indefinible sensación de pánico comenzó a invadirla. Se removió sobre el suelo duro. Comenzaba a hacer mucho frío, estaba cayendo el rocío y le daban calambres en las piernas por el agarrotamiento.

Tres horas después de la puesta de sol salió la media luna y lanzó una luz helada sobre el paisaje. Maerad estaba pensando que ya era hora de despertar a Cadvan, cuando escuchó algo. Inmediatamente aguzó el oído para seguir el ruido, que apenas se distinguía del viento, pero pensó haber oído gritar a unos hombres, y quizá el llanto de un niño. El ruido se hizo más alto y prestó atención, incapaz de moverse, mientras el vello se le erizaba. Después escuchó un chillido —un chillido de mujer, pensó—, un débil sonido metálico y más gritos.

Casi de repente, a Maerad le sobrevino una aplastante sensación de asfixia, como si estuviese encerrada en un espacio muy pequeño, como un ataúd, y se le nublase la visión. Un terror irracional la poseyó, como si en aquel momento su vida se viese directamente amenazada por algo maligno que la buscaba, que se encontraba solo a un tiro de piedra... Y tras el terror había otro sentimiento, mucho más difícil de definir, una mezcla de desesperación, melancolía y una intensa ternura, que parecía brotar de los niveles más profundos de su memoria.

El grito se hizo más y más alto y después se detuvo, y ya no se oyó nada más. Maerad descubrió que estaba encogida contra el suelo, tapándose los ojos con las manos mientras el corazón le latía a toda prisa. Se incorporó, respirando profundamente para recuperar la compostura. Gradualmente le volvió la vista, y descubrió que se había quedado mirando fijamente a las duras estrellas que brillaban sobre el paisaje vacío y quebrado. Escuchó, asustada, durante unos minutos,

aguzando el oído para ver si oía cualquier sonido que le pudiese decir qué había ocurrido, pero el silencio le parecía más profundo que nunca.

Despertó a Cadvan y le contó lo que había escuchado. Inmediatamente este puso la oreja sobre el suelo. Se quedó allí tendido durante tanto tiempo que ella pensó que se había vuelto a quedar dormido, pero finalmente se sentó.

—Hay caballos —dijo—. Bastantes, tal vez ocho o diez, quizá unas cinco millas de distancia, y se están alejando de nosotros. No tienen prisa. No escucho nada más.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé —dijo Cadvan—. Pero podemos estar seguros de que nada bueno.

Maerad sintió que una ola de cansancio la recorría y se dio cuenta de que estaba temblando. El terror del grito todavía le resonaba en la cabeza. Cadvan repasó su rostro y dijo:

—Ve a dormir, Maerad. En cualquier caso, podremos averiguarlo mañana por la mañana.

Llegó tambaleándose al final de la hondonada y se tumbó, mirando hacia el techo de piedra que había sobre ella. La luz de la luna brillaba ligeramente, grisácea sobre las rocas en el extremo de la hondonada, pero por lo demás todo estaba sumido en la oscuridad. Después de un rato se sumergió en un sueño sin descanso, alterado por vagos e inquietantes sueños.

Abrió los ojos en cuanto salió el sol. Cadvan no la había despertado para realizar el tercer turno de vigilancia, dejándola dormir toda la noche. Se incorporó, despertándose al instante, y vio que él estaba preparando el desayuno a pocos metros de allí. Los caballos pataleaban adormilados en la hondonada, pastando las hierbas que eran capaces de encontrar, y su aliento se condensaba en el aire de la mañana.

—Cadvan, ¿qué vamos a hacer? —preguntó mientras se acercaba a él.

—¿Vamos? —dijo él—. ¿Qué quieres decir?

—Tenemos que averiguar qué ha pasado. Esa, esa gente... alguien ha sido herido.

—Esta mañana no hay fuego —dijo Cadvan—. Y creo que no lo habrá. No volví a escuchar nada en toda la noche.

Desayunaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Tenemos que ver si hay algo que podamos hacer —dijo Maerad al fin—. Quizá podamos ayudar.

Cadvan entornó la mirada hacia el cielo.

—Creo que no —dijo—. Perderemos por lo menos media mañana en encontrar el campo. Y no sabemos nada de esa gente, ni por qué fueron atacados. Podrían haberse peleado entre ellos. Quizá, y es lo que me parece más probable, fuera un campamento de bandidos, y podríamos estarnos metiendo en la boca del lobo. Difícilmente podemos permitirnos meternos en líos.

—Puede que no —dijo Maerad, rebelde—. Pero aun así tenemos que acercarnos y mirar. Quizá todavía quede alguien allí. Tal vez esté herido —Maerad se estremeció al recordar la noche anterior. No era capaz de expresarle a Cadvan por qué tenía que

encontrar el campamento, simplemente sabía, con una seguridad férrea, que tenía que hacerlo. Un eco de una extraña añoranza que había sentido en medio del terror todavía reverberaba en su interior, como las vibraciones de una campana: pero una campana que, en vez de vibrar hasta acabar quedándose en silencio, sonaba más y más alto, hasta ahogar cualquier otro sonido.

—Te lo he dicho, no escuché nada en toda la noche. Creo que cualquiera que todavía viviese se ha ido hace mucho. No se escucha ningún ruido de cascos ni de pasos en millas a la redonda.

—Una razón más para mirar —dijo Maerad—. Si allí no hay nadie, no habrá riesgo.

Cadvan la miró fijamente.

—Sigo pensando que no deberíamos. El riesgo es muy grande, Maerad.

—He escuchado gritar a una mujer —dijo Maerad.

—Creo que no hay nada vivo a varias millas de nosotros —dijo Cadvan—. Y si lo hubiera, ¿qué podríamos hacer? ¿Amarrarlos a las alforjas? Maerad, yo digo que no podemos hacer esto, no nos hará ningún bien, y puede hacernos daño.

—Y yo digo que debemos hacerlo —Maerad se puso en cuclillas sobre el suelo, mascando el pan de aspecto duro—. ¿Qué me dijiste cuando curaste a aquel pequeño? «A veces hay decisiones que nos llevan a quedar en una mala situación, pero aun así hay que tomarlas». Eso es lo que yo siento.

Cadvan soltó el aire con impaciencia.

—Maerad, ya sé lo que estás diciendo. Pero no puedo permitir correr este riesgo. Es demasiado grande.

—¿Qué riesgo? —Maerad se le quedó mirando fijamente. Cadvan bajó la vista hacia las manos, y al principio no respondió.

—Maerad, aquí el aire está cargado de maldad. ¿Has pensado en que los espíritus pueden haberte engañado, y haberte hecho escuchar algo que no ocurrió, para atraerte hacia una trampa?

—Era real —Maerad sabía aquello con seguridad.

—Aun así, yo voto porque no lo hagamos. Veo un gran peligro si vamos.

Maerad se puso en pie.

—Entonces iré yo sola —dijo.

—No lo harás —Cadvan también se puso en pie, y ella vio que surgía su poco frecuente ira—. Escúchame bien, Maerad. Si he de atarte a Imi, lo haré.

—Entonces tendrás que transportarme hasta Norloch chillando —dijo Maerad. Ahora había perdido los estribos, pero su voz era baja y peligrosa—. Y nunca, nunca, te perdonaré. Toda esa parrafada sobre la libre elección... Palabras, solo palabras. Hacemos lo que tú dices, cuando tú quieres. Bueno, pues ahora digo yo lo que quiero. Y no me importa lo que tú digas, porque estás equivocado.

Comenzó a ensillar a Imi, con las manos temblorosas por la ira y los ojos tan anegados en lágrimas que apenas podía apretar las correas. Cadvan se quedó quieto

mirándola.

—Maerad —dijo.

Ella le daba la espalda y no respondió.

—Maerad, lo siento. Sigo estando en contra de esto, tengo un gran presentimiento. Pero estaba equivocado al hablar contra tu corazón. Iré contigo. Solo diré que no podemos buscar durante más de un día. Ya hemos perdido demasiados, lo siento en el corazón. El tiempo se nos acaba.

Maerad se detuvo y asintió, y después continuó ensillando a Imi. No se sentía capaz de hablarle, pese a que la ola de furia ya había pasado. Ahora solo se sentía muy cansada y descorazonada. No sabía por qué sentía tal necesidad compulsiva de investigar el ruido que había escuchado la noche anterior, pero era abrumadora.

Juntos montaron los caballos y comenzaron el lento trabajo de buscar el camino hacia el lugar desde el que habían visto que surgía el humo. No tenían nada que les guiase excepto el recuerdo de donde había estado, y no había marcas en el terreno. Unas horas después Maerad comenzó a sentir la desesperación que provocaba la tarea de encontrar un pequeño campamento en aquellas tierras yermas: podrían haber pasado de largo fácilmente, en una de las muchas hondonadas que había, y podrían pasarse horas caminando en círculo, buscando infructuosamente en la dirección equivocada. Se sentía cada vez más y más inquieta y sobresaltada ante cada ruido, contagiando a Imi de su irritabilidad, pero apretó los dientes con obstinación y siguió buscando. Cadvan no decía nada.

Maerad ya estaba a punto de abandonar cuando Cadvan gritó y señaló algo. Miró hacia la izquierda por encima del hombro y vio dos caravanas de madera sin pintar a unos cientos de metros de distancia, colocadas al abrigo de uno de los mayores tors de roca. Una estaba volcada del revés y otra estaba medio tumbada. No había ninguna señal de vida. Desmontaron y caminaron lentamente hacia ellas. Súbitamente Maerad sintió una profunda reticencia.

Definitivamente era el campamento. Entre las caravanas quedaban los restos de un fuego, bajo las cenizas el hogar todavía estaba caliente y había unas ollas de cocinar negras y rotas esparcidas alrededor. Entonces Cadvan caminó hasta detrás de una gran roca que sobresalía del túmulo y volvió rápidamente, con el rostro desencajado.

—Estas ahí —dijo—. Pero no iría si fuese tú.

Maerad tragó saliva y después, haciendo de tripas corazón, camino lentamente hacia detrás de la roca. Tenía que verlo por sí misma. Cadvan no la detuvo.

La visión la golpeó como un salvaje puñetazo en el estómago. Ni tan siquiera la brutalidad del Castro de Gilman la había preparado para aquel tipo de violencia. Le vinieron arcadas y la cubrió un sudor frío. Eran cuatro: dos hombres, una mujer y un bebé. Los habían arrastrado hasta donde estaban y dejado allí tirados, todos boca arriba. Estaban horriblemente mutilados y ya había moscas sobrevolándolos. Maerad apartó la cara y deshizo el camino rápidamente.

En silencio, echó un vistazo por todo el campamento:

—Tal vez deberíamos mirar dentro de las caravanas —dijo Maerad temblorosa.

Por dentro, las caravanas habían sido saqueadas a conciencia. No entraron en la caravana que estaba completamente volcada, pero miraron dentro. Había utensilios y pertenencias tirados por todas partes, y botellas de aceite, grano y pepinillos rotos contra el suelo. En un extremo había unas estrechas literas a las que les habían rajado los colchones, y el suelo estaba cubierto del relleno hecho con crines de caballo y paja. Estaba claro que las caravanas habían sido una vez acogedoras: había telas brillantes, que ahora estaban rasgadas y sucias, adornos tallados a mano y juguetes de madera. Maerad cogió un gatito hecho de madera negra y lo guardó en la palma de la mano.

—¿Quién puede haber hecho esto? —preguntó.

—No lo sé —dijo Cadvan gravemente—. Nunca comprenderé esto. Nunca lo he entendido.

A Maerad se le vino a la mente la imagen de los Glumas, con sus miradas torvas y centelleantes en rojo.

—¿Crees que hayan podido ser... Glumas?

—Los Glumas disfrutaban con el sufrimiento de los demás —no había expresión en el rostro de Cadvan—. Responde a alguna carencia que hay en su interior —Maerad se estremeció, pensando en los cadáveres—. Es posible que estuviesen buscándonos a nosotros —añadió—. Creo que no deberíamos quedarnos aquí.

Ya estaban inclinando las cabezas para salir de la caravana cuando escucharon un ruidito, como un estornudo. Los dos se pusieron instantáneamente en alerta. Venía de algún lugar en el interior de la caravana. Volvieron y miraron de nuevo, parecía imposible que nadie pudiese esconderse en un espacio tan diminuto. Fueron hasta el final, donde estaban las camas, y no vieron nada que pudiese parecer un escondite. No se produjo ningún sonido más. Era como si todo lo que allí había estuviese conteniendo el aliento. Cadvan se quedó muy quieto, escuchando. Después se acercaron a una de las camas y lanzaron los restos del colchón al suelo. Debajo había una plancha de madera. Parecía ser simplemente la base de la cama, pero la examinó detenidamente y finalmente encontró un pequeño resorte cerca del cabezal, que hizo saltar. Después levantó la tabla, que reveló debajo un estrecho espacio de la longitud de la cama y de no más de treinta centímetros de profundidad. Desde la oscuridad un par de ojos aterrorizados los miraban. Era un muchacho.

Se miraron el uno al otro, en estado de *shock*, y entonces Maerad se inclinó hacia delante para ayudar al niño a salir. Este emitió un sonido como de animal asustado y retrocedió en la oscuridad.

—No te haremos daño —dijo Maerad suavemente—. Hemos venido a ayudar —se volvió a inclinar hacia delante e intentó sacar al niño de aquel espacio, pero este se aferraba desesperadamente a los bordes de la cama. No emitió absolutamente ningún sonido. Maerad continuó haciendo ruiditos tranquilizadores, y por fin el niño se soltó

de la cama y le permitió que lo sacase. Cayó al suelo ante ellos y comenzó a sollozar violentamente, temblando sin control. No había lágrimas. Apeataba a orina, y tenía la cara mugrienta y llena de surcos de polvo. Cadvan lo levantó y lo sacaron de la caravana, a la luz.

Ya en el exterior, vieron que seguramente tendría unos doce años, el cabello oscuro y los ojos azules, con la piel aceitunada. Estaba dolorosamente delgado y su rostro se veía ensombrecido y vacío. Cadvan encontró una olla y un trapo, y recogió un poco de agua en una pequeña poza cercana. Le lavó la cara al niño con dulzura. Después volvió a la caravana y encontró unas ropas: una camisa, pantalones, un chaleco tejido en lana cruda de cabra y una capa, sin duda tejida al estilo de Zmarkan, con unos curiosos animales bordados alrededor del dobladillo y la capucha. Cuidadosamente fue quitándole la ropa al niño, pieza a pieza, y lo vistió, lavándolo a medida que lo hacía. El niño seguía sin decir nada, aceptando la ayuda de Cadvan pasivamente, y solo protestó cuando Cadvan intentó retirarle una bolsita de tela que llevaba colgada del cuello con una cuerda; pero gradualmente, a medida que Cadvan iba atendiendo, dejó de estremecerse.

—¿Hablas annariense? —preguntó Cadvan cuando el muchacho estuvo limpio.

—Sí —el niño se quedó con la vista fija en el suelo y no los miraba. Hablaba tan bajo que apenas lo escuchaban.

—Está bien. Yo me llamo Cadvan, y esta es Maerad. Estábamos viajando por aquí cerca, y anoche escuchamos gritos, así que buscamos este campo, y es así como te hemos encontrado. No queremos hacerte daño.

El niño tragó saliva con fuerza.

—¿Solo erais cinco? —preguntó Cadvan.

El niño asintió. Parecía completamente vulnerable: su joven rostro estaba retorcido por la pena y el terror. Las ropas que habían encontrado eran demasiado grandes para él, sus pies descalzos sobresalían al final de los pantalones de hombre, que le habían enrollado y atado a la cintura con un trozo de cuerda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Maerad.

—Hem —dijo el niño. Se estiró y se colocó más erguido—. Me llamo Hem.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

El niño volvió a mirar al suelo, y Maerad, mordiéndose el labio, sintió haberlo preguntado. Pero tras un instante de silencio el niño habló.

—Vinieron unos hombres a caballo —dijo—. Me escondí bajo la cama, pero no había tiempo... Salieron de la oscuridad. Se los llevaron a todos a algún sitio, y los escuché llorar y gritar y entonces...

Se produjo un prolongado silencio, y Maerad y Cadvan intercambiaron una mirada. El niño volvió a estremecerse con convulsiones e inspiró profundamente.

—No sé lo que ocurrió —dijo—. Escuché que Sharn y Nidar peleaban, y entonces Mudil se puso a gritar y gritar. Creo que primero mataron al bebé. Me parece que están todos muertos —hablaba con el rostro absolutamente vacío de expresión—. No

sé cuánto tiempo he pasado en la cama. No sabía si iban a volver. Pensaba que vosotros habíais venido a matarme.

Hundió la cara entre las manos y comenzó a llorar, enroscándose hasta formar una apretada bolita. Maerad se acercó gateando y lo rodeó con sus brazos. Él no la apartó, dejó que ella lo acercase, y ella sintió cómo su pequeño cuerpo era sacudido por los sollozos. Cerró los ojos y lo abrazó durante lo que pareció un largo tiempo. Igual que ella, era huérfano; igual que ella, estaba solo en un mundo hostil, sin hogar y sin familia; pero había algo en su interior que era más profundo que lo que le había despertado aquel chillido desconocido.

Al final los sollozos de Hem cesaron, este se incorporó y se fue separando lentamente de ella, mientras se frotaba la cara con la manga. Maerad miró a su alrededor. Cadvan no estaba en ningún lugar visible, y Darsor e Imi pastaban a poca distancia. Miró al cielo. Ya era media tarde, y pronto tendrían que moverse, o se verían obligados a pasar la noche allí. Deseaba abandonar aquel lugar lo antes posible. Se preguntó si debería buscar a Cadvan, pero no quería dejar al niño solo.

—¿Tienes hambre? —le dijo.

Hem asintió y se sorbió la nariz. Maerad fue a donde estaba Imi y cogió un poco de pan y fruta de su bolsa. Le dio un poco de medhyl, y después lo miró comer hambriento. Mientras estaba comiendo, Cadvan volvió y se sentó con ellos con las piernas cruzadas. Tenía el rostro adusto, pero habló con suavidad.

—Hem —dijo—. Tenemos que irnos muy pronto. Te llevaremos con nosotros, si quieres. Toda tu familia está muerta. No he podido enterrarlos, pero he hecho lo que he podido, así que por lo menos no los molestarán los cuervos o las personas salvajes.

El niño se le quedó mirando y no dijo nada.

—¿Querrías verlo? —preguntó Cadvan.

Tras una ligera vacilación, Hem asintió.

—No eran mi familia —dijo mientras se ponía lentamente en pie.

—Entonces ¿quiénes eran? —dijo Cadvan, pero el muchacho no respondió.

Maerad siguió a Cadvan y a Hem, rodeando la roca y armándose de valor. Cadvan había dejado los cuerpos en una fisura entre la roca y la tierra, que se hundía hasta una profundidad de más de un metro. El niño los miró enmudecido.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Cadvan.

—Mudil —dijo Hem—. Y Sharn y Nidar. El bebé se llamaba Iris.

Cadvan inclinó la cabeza.

—Aquí yacen los restos de Mudil, Sharn, Nidar e Iris —dijo—. Que la Luz proteja sus almas, y que encuentren consuelo más allá de la Puerta.

Los tres se quedaron en silencio, con la cabeza inclinada. El único sonido que se escuchaba era el débil lamento del viento sobre las rocas. Cadvan comenzó a mover una roca hacia la fisura, para cubrirla, Maerad lo ayudó y, finalmente, Hem también sumó sus fuerzas; y poco después ya la habían cubierto por completo.

Después de aquello, ya no quedaba nada más por hacer. Hem fue a la caravana

que estaba caída de lado y salió poco después, metiendo algunos objetos en una bolsa con una cuerda que llevaba colgada del cuello. No había comida que rescatar, y Maerad pensó que de todas formas se habría sentido extraña comiéndose la comida de unas personas muertas. Conservó el gatito de madera. Cadvan subió a Hem sobre Darsor, lo sentó delante de él, y se marcharon.

Cabalaron hasta entrada la noche, avanzando silenciosos como sombras bajo la insegura luz de la luna. Todos deseaban alejarse lo máximo posible de aquel solitario lugar, convertido en espantoso por la muerte violenta. Maerad pensó en Dernhil, asesinado por los Glumas, y su mente se estremeció. No era capaz de quitarse de la cabeza la imagen de la familia asesinada, tirada tras la roca como un montón de basura. Deseó no haberlos visto.



LOS DIENTES
QUEBRADOS XVIII

Hem era el ser humano más callado que Maerad había conocido nunca. Cabalgaba junto a Cadvan, ya que Imi no era suficientemente grande para cargar a dos personas, y no dijo nada en todo el día. Cadvan era a menudo callado, pero su silencio parecía calmado, su falta de palabras era causada por la abstracción o el pensamiento profundo; Hem estaba tenso, era un manojo de nervios, vigilante y desconfiado bajo su cabello mal cortado. A veces parecía mucho mayor de sus doce años, en algunos extraños momentos su rostro parecía decir que no se fiaba de nada, como un viejo que haya visto demasiados horrores, y otras veces era, para desconcierto de ellos, el rostro de un niño pequeño. Por la noche se retorció y daba patadas, y a veces se despertaba llorando de una pesadilla, hasta que Maerad o Cadvan lo tranquilizaban acariciándole la frente. Él aceptaba su ayuda y cuidados, pero pasivamente, sin ninguna señal de gratitud; comía lo que se le daba para comer, hablaba cuando le hablaban, pero no ofrecía ninguna pregunta ni información voluntariamente.

Para Maerad, Hem era fascinante; la perturbaba y la atraía. Por primera vez en su vida estaba en situación de ayudar a un ser humano más desdichado que ella, y aquello la hacía sentirse más fuerte y segura; pero él estaba lleno de extraños vacíos y tensiones que ella no entendía, y que a veces, en su profundo desconcierto, la asustaban un poco. Se preguntaba con qué soñaría, y a veces le preguntaba, pero él nunca lo decía. Sentía pena por su medrosidad; la cautela que había en sus ojos revelaba una dura historia. Pero sobre todo, había algo en él que Maerad no era capaz de definir, una especie de brillo, pensaba, que la desconcertaba.

Maerad y Cadvan acordaron tácitamente no hablar de asuntos de Bardos, y Maerad no recibió lecciones cuando cayó la noche del día siguiente. Era difícil hablar cuando el niño estaba sentado a su lado, y era imposible hablar de él cuando estaba delante. Maerad intentó preguntarle por su vida, pero no era especialmente comunicativo. Supieron que la gente de la caravana era una familia compuesta por dos hermanos, la esposa de uno de estos y su bebé; y que eran Pilanel, el pueblo nómada que no se asentaba en ningún lugar, sino que vivían en sus caravanas e iban de pueblo en pueblo trabajando de juglares, manitas, zapateros o peones de granja. Cadvan ya había supuesto aquello. Hem dijo que llevaba casi un año viviendo con ellos, pero no contaba nada de su vida anterior, excepto que era huérfano y que se lo

habían llevado con él por bondad, porque no tenía a donde ir.

—¿Qué hacíais en medio de Valverras? —preguntó Maerad.

El niño no dijo nada y se limitó a quedarse mirando hacia el cielo mientras masticaba una hierba.

—¿Cómo llegasteis hasta allí? —le preguntó Cadvan. Maerad también se había preguntado aquello: ¿cómo habrían conseguido arrastrar dos caravanas por aquellas tierras baldías sin caminos?

Hem los miró de lado.

—Teníamos unos caballos fuertes, cuatro —dijo despectivamente—. No fue tan duro. Los asaltantes los robaron.

—¿Sabías quiénes eran esos hombres?

El niño los volvió a mirar bajo sus pestañas y puso cara de no ir a responder. Por fin dijo, de mala gana:

—Sí.

—¿Quiénes eran?

—Los Bardos Negros. Nos estaban persiguiendo. Sharn pensó que estaríamos seguros en Valverras —escupió al suelo—. Sharn era un idiota.

—¿Los Bardos Negros? —repitió Maerad, mirando a Cadvan y pensando en los Glumas—. ¿Quiénes son?

—La gente piensa que son señores —dijo el chico, con un tono de desprecio en la voz—. Pero los que tienen ojos para ver pueden decir lo que son en realidad.

—Y ¿qué son en realidad? —preguntó Cadvan.

Hem se volvió y lo miró a los ojos, y Maerad vio en su rostro un crudo recuerdo de terror. Cadvan puso una ligera mueca de dolor y después se echó hacia delante para tomar la mano del niño.

—¿*Ke an de*, Hem? —dijo dulcemente.

Hem saltó violentamente y se puso en pie de golpe. Si Cadvan no se hubiera movido con más rapidez de la que Maerad era capaz de ver, el chico se hubiera sumergido en la oscuridad y tal vez todavía estaría corriendo una hora más tarde. Cadvan lo cogió y lo sostuvo, y Hem luchó contra él desesperadamente, dándole patadas en las espinillas y mordiéndole el brazo; pero Cadvan no lo soltó. Finalmente, Cadvan dijo:

—¡*Lemmach!* —y el niño se detuvo tan repentinamente como había comenzado, y se quedó colgando inerte y jadeando entre los brazos de Cadvan. En todo el tiempo no había emitido ni un sonido. Maerad observó toda la escena atónita.

—No vamos a hacerte daño, Hem —dijo—. Te lo prometo. «Te lo prometo» —extendió los brazos y tomó al niño de los de Cadvan. Era casi tan alto como ella, y se lo colocó torpemente en el regazo, rodeándole la cintura con los brazos—. Te lo prometo —dijo. Hem retorció la cabeza para apartarse de su mano, pero no salió del regazo.

—Entonces ¿por qué hablas así? —dijo Hem con crueldad—. Esa es lengua de

brujas.

Cadvan todavía estaba en pie, frotándose el brazo donde le había mordido.

—No, Hem —dijo—. Creo que lo entiendes, ¿verdad? Quizá te asuste un poco cuando las bestias te hablan, ¿no es así?

El niño negó violentamente con la cabeza, pero Maerad sabía que mentía.

Volvió a mirarlo. Asombrada, se dio cuenta de que el «brillo» que la desconcertaba tanto era la señal de que el niño tenía el Don, igual que ella; y como ella, no sabía casi nada de ello. Cadvan negaba con la cabeza y caminaba arriba y abajo sin descanso.

—Si me encuentro a algún bebé Bardo más por ahí perdido, debería dejar de viajar —dijo por fin—. No dirijo una Escuela —se sentó a su lado y miró intensamente a Hem—. Hem, créeme, no somos Bardos Negros. Creo que te refieres a los que nosotros llamamos Glumas, y si es así, no sé por qué os perseguían. Nunca he escuchado que se dediquen a secuestrar a niños Bardos, aunque supongo que no es algo imposible. No tengo ni idea de por qué podrían estar persiguiendo a unos Pilanel. Solo quiero que estés seguro de que también nos persiguen a Maerad y a mí, y tenemos tan pocas ganas de encontrarnos con ellos como tú. Y si nuestro peligro aumenta por estar ayudándote, me gustaría saber por qué —se removió el cabello de forma que se le quedó completamente de punta, y después ocultó la cara entre las manos.

Los tres se quedaron en silencio durante un rato. Después Hem salió torpemente del regazo de Maerad y se sentó con las piernas cruzadas. Miró a Cadvan, que ahora lo observaba de cerca, preparado para moverse con rapidez si salía corriendo.

—No me dais una sensación... mala —dijo Hem. Se detuvo, y después dijo rápidamente—. La lengua de las brujas me vino hace dos años. Tenía que mantenerlo en secreto o me ahogarían. Y después apareció el Bardo Negro en la casa y se enteró e intentó hacerme, intentó hacerme... —se detuvo y su rostro se retorció por el esfuerzo de hablar. Finalmente, susurró—. Intentó hacerme ir con él, y al ver que no iba me dijo que se lo diría y entonces me matarían, y cuando se rio de mí sentí como si me atravesasen cuchillos. Y salí corriendo.

Maerad miró a Cadvan, totalmente perpleja, pero el rostro de Cadvan estaba ensombrecido.

—No hace falta que nos lo cuentes ahora —dijo—. Puedes hacerlo más tarde, si quieres. Pero, Hem, estoy ansioso por saber de dónde vienen esos Glumas, esos Bardos Negros, y por qué perseguían a la familia de Pilanel. ¿Te perseguían a ti? ¿O iban tras alguna otra cosa?

El niño se dobló.

—No, no me perseguían a mí —susurró—. Sharn les había robado algo, y lo querían recuperar. Y después sintió miedo, y por eso huimos hacia un terreno salvaje. No sabían que estaba con ellos.

—¿Estás seguro?

El niño asintió. Cadvan le tomó la barbilla y la mano y forzó a Hem a mirarlo a los ojos, el niño le devolvió la mirada con aire desafiante. Por fin Cadvan lo soltó, con el rostro ensombrecido.

—¿Qué fue lo que robó, que los Glumas deseaban tanto?

—No lo sé.

Maerad sabía de nuevo que Hem mentía, pero Cadvan no siguió por ahí. Hem les contó que los Glumas estaban en Imrath, cerca de Aldern, y que eran cinco. Habían llegado más o menos un año antes, vivían como señores en la casa de Laraman, el alcalde, y andaban por ahí con una respetable apariencia. Había mucha enfermedad en el lugar, y otros problemas, de manera que la gente apenas se había percatado de ellos, pero Hem los había visto y los había reconocido. Qué era lo que les había quitado Sharn, o por qué, no lo dijo; y tampoco dijo nada más sobre sus tratos anteriores con los Glumas. Sus respuestas preocuparon a Cadvan, pero no lo presionó. Maerad, que miraba ansiosa, dijo bruscamente:

—¿Por qué no lo visionas?

Cadvan levantó rápidamente la vista.

—¿Contra su voluntad?

—¿Por qué no dejas que Cadvan te visiones, Hem? —Maerad miró al niño a la cara, pero él no la miró.

—No voy a dejar que ningún brujo obscuro me revuelva el cerebro —dijo Hem entre dientes, poniéndose tenso como si estuviese a punto de salir corriendo de nuevo—. Ya he escuchado hablar de lo que hacen.

Cadvan le dirigió una elocuente mirada a Maerad, y esta abandonó la idea.

—Nada de visionar, Hem —dijo Cadvan dulcemente. Hem pareció creerlo, y se relajó.

Aquella noche hablaron poco más, y Maerad no tardó en acurrucarse con Hem bajo la manta y se echó a dormir. El niño se quedó muy quieto hasta que se durmió, pero en sueños daba vueltas, se retorció y gritaba hasta que Maerad lo rodeó con los brazos para mantenerlo quieto, y por fin se relajó y respiró tranquilamente contra ella.

Se pasaron la mayor parte del día siguiente en una dura subida de la montaña, y por fin llegaron a la cumbre de una poderosa cordillera. Del otro lado, la tierra descendía hacia un amplio valle, y por el medio del valle discurría el hilo dorado de un ancho río. Para alcanzar el río debían abandonar el refugio de los tors de roca y descender por una falda de montaña desnuda, sin nada más que hierba corta y brezo punteado por enormes rocas. Se colocaron al abrigo de una gran roca, y Cadvan inspeccionó el terreno. Nada se movía ante ellos, y si un conejo hubiera atravesado corriendo aquella extensión, lo hubieran visto.

—Debemos cruzar este valle, y será duro hacerlo sin ser visto si alguien está mirando —dijo Cadvan—. Ese es el río Aldern. Del otro lado, sobre aquella

cordillera, volveremos a hallar gente. Es, o era, una rica tierra con muchas granjas y pueblos. La única forma de cruzar es atravesar aquel puente.

Maerad entornó los ojos y vio el pequeño arco de puente que cruzaba el río, y una carretera que serpenteaba por el valle y después discurría al lado del río en su ribera más próxima. No vio ni escuchó nada más en aquel terreno desierto excepto el graznido de los cuervos en las alturas, pero la asaltó una nueva sensación de amenaza.

—Creo que el puente está vigilado —dijo Cadvan.

Se volvieron a refugiar en la cordillera y almorzaron detrás de una roca. Ya era tarde, las sombras comenzaban a acortarse y el aire soplaba fresco. Cadvan miró hacia las nubes.

—Puede que tengamos suerte —dijo—. Creo que va a llover.

Terminaron su comida y esperaron a que el sol descendiese. Justo cuando se hundía tras el horizonte, comenzó a llover: un diluvio pesado y torrencial que los empapó casi instantáneamente y después los dejó congelados bajo las ropas con un cruel viento. Poco después se hizo de noche, no había luna tan pronto y el cielo solo era de una oscuridad un poco más clara que la montaña negra. Cadvan esperó una hora más, mientras se acurrucaban tristemente contra la roca intentando escapar a lo peor del aguacero, y después los guio por la cordillera hacia el valle. Un golpe de viento casi los tira mientras cruzaban la cima.

Avanzaron lentamente, tirando de los caballos, con miedo a perderse en la oscuridad y preocupados porque alguno de los caballos pudiese tropezar en las piedras. Hem iba sentado sobre Darsor, miserablemente acurrucado bajo la capa, con los piececitos descalzos como el hielo. Estaba tan oscuro que casi tenían que buscar el camino a tientas. Los ojos de Maerad se fueron ajustando gradualmente a la oscuridad y pudo distinguir formas borrosas y contornos ante sus pies. Después de casi una hora el viento amainó y dejó de ser tan severo, pese a que la lluvia continuó cayendo en forma de cascada constante. Maerad estaba tan cansada que se sentía mareada, y tenía los sentidos embotados por el frío castigador.

Alcanzaron el final del valle. Maerad escuchaba cómo el río bajaba enfurecido ante ellos, aunque no podía verlo. Habían perdido ligeramente el rumbo en la oscuridad y tuvieron que girar a la derecha para encontrar el puente, pero por fin acabaron caminando de nuevo sobre una carretera, lo que resultaba menos duro para las piernas. Después el sonido de sus pasos cambió, y Maerad se dio cuenta de que estaban cruzando el puente. Miró a un lado y vio cómo el agua bajaba a toda prisa por debajo de ellos, un débil destello gris en medio de la completa oscuridad de las orillas. El viento soplaba frío desde la superficie del agua.

Era un ancho puente de piedra llamado Edinur, que había sido levantado siglos atrás durante los grandes días de la construcción de Annar. Ahora la carretera se utilizaba poco y si Maerad hubiera sido capaz de verla, se hubiera dado cuenta de que estaba en bastante mal estado. En el punto más elevado del arco había una imagen

tallada del rostro de una mujer, a la que el cabello se le ondulaba formando ondas de agua pétreas que descendían por el ancho arco, pero su rostro estaba desmoronado hasta ser prácticamente irreconocible y las ondas del cabello ya solo eran meras runas en la piedra. Pese a aquello, el puente Edinur era sólido y resistente. Cruzaron al otro lado con seguridad y siguieron la carretera por aquel lado del valle. Lo primero que Maerad percibió fue que la superficie de la carretera volvía a cambiar, y después que iban cuesta arriba. Era más fácil subir que bajar porque tenían una carretera que seguir y tropezaban con menos frecuencia. A medio ascenso del valle apareció la luna creciente, las nubes se abrieron y liberaron una luz titubeante que les facilitó el camino, pese a que Cadvan miró hacia arriba con preocupación y los apresuró.

Cuando alcanzaron la cima de la cordillera, después de la medianoche, la lluvia cesó por completo, pero comenzó a hacer más frío y el viento volvió a soplar con dureza, dejándolos helados hasta los huesos.

Ante ellos Maerad veía las sombras negras de los árboles. Se salieron un poco de la carretera y encontraron una arboleda, negra y empapada, y allí descansaron; pero hacía tanto frío y todos estaban tan mojados que ninguno pudo dormir más que unas breves e intermitentes cabezadas. Los caballos se quedaron temblando uno al lado del otro, con la cola entre las patas. Hem estaba tan entumecido por el frío que tuvieron que bajarlo de Darsor, le castañeaban los dientes. Cadvan le frotó los pies hasta que volvieron ligeramente a la vida, y todos bebieron un poco de medhyl, que los calentó; sin embargo, no pudieron hacer nada contra el viento, que se arremolinaba en la arboleda duchándolos con el agua acumulada en las hojas.

—Bienvenidos a Edinur —dijo Cadvan irónicamente—. Quizá las cosas mejoren cuando el sol salga de la cama. O quizá no. No estoy seguro de lo que nos encontraremos aquí.

Salió el sol, al principio de mala gana, enviando una luz trémula que solo conseguía que el mundo pareciese más frío y desolado. Pero después se liberó de las nubes, y unos rayos brillantes cayeron reflejándose sobre la tierra húmeda, enviando un destello cegador desde los charcos. Miraron a su alrededor. Se encontraban en un bosquecillo de hayas, y desde el lugar en el que se habían acurrucado la noche anterior se veía la carretera. Cadvan los hizo adentrarse más en el bosque, y encontraron un amplio claro donde el sol brillaba sin impedimentos. Allí se desvistieron, se pusieron ropas secas y extendieron sus ropas mojadas para que se secasen al sol. Hem se acurrucó envuelto en una manta, no tenía ropa para cambiarse y parecía enfermo. Cadvan lo examinó con preocupación y le dio un poco más de medhyl, después de aquello los dientes dejaron de castañearle y le vino un poco de color a la cara. Todos estaban grises de agotamiento y se comieron su escaso desayuno sin decir nada. Maerad estaba demasiado cansada para masticar. Le dolía todo, y el frío se le había instalado a tanta profundidad en los huesos que pensó que

nunca se desharía de él. Pero parecía que el sol estaba decidido a reparar su ausencia del día anterior y fue brillando con más fuerza hasta que hizo calor. Las ropas humeaban sobre la hierba y Maerad se relajó, sintiendo el calor curativo del sol sobre los hombros. Hem comenzaba a tener un aspecto un poco mejor, pero tenía un resfriado terrible y no podía parar de estornudar.

Cadvan le pidió a Maerad que vigilase y desapareció con Darsor en dirección a la carretera. Ella se sentó al sol, adormecida, feliz de no hacer nada ni moverse en dirección a ningún sitio. Hem se volvió a vestir, escondiéndose tras un arbusto con desesperado pudor, y después se estiró bajo la manta y durmió todo el día al sol. Aproximadamente una hora después regresó Cadvan.

Maerad y él hablaron en voz baja para no despertar a Hem. Cadvan había bajado hacia un pueblo a unas cinco millas de allí y había hablado con algunas personas. Los extranjeros no eran bienvenidos, se les recibía con desconfianza y sospecha, y había pensado que no sería inteligente parar en una posada. A Maerad le dio un vuelco el corazón al escuchar aquello, ya que estaba deseando tener una cama. Viajarían por Edinur de noche, evitando a la gente en la medida de lo posible. Ahora prefería utilizar la carretera mejor que arriesgarse a sufrir más retrasos. Y el niño complicaba las cosas.

—Al principio pensé que podríamos encontrar alguna granja en la que estuviesen contentos de acogerlo —dijo Cadvan—. Pero ahora que sabemos que tiene el Don, no podemos abandonarlo; debe ser educado como Bardo y debemos llevarlo a una Escuela, para que lo curen y le enseñen. Y ahora él también sabe que nosotros somos Bardos, y si fuera por su cuenta, a los Glumas podría llegarles el rumor, ya que no tengo duda de que lo que él llama los Bardos Negros son Glumas. Creo que de momento estamos ligados a él. La Escuela más cercana es la propia Norloch.

—No, no podemos abandonarlo —estuvo de acuerdo Maerad, mirando hacia el bulto durmiente—. Debe quedarse con nosotros.

—Maerad, le he estado dando vueltas en la cabeza al hecho de que teníamos que encontrarlo, pues era algo que te llamaba a ti, no a mí, y no puedo pensar que se trate de una casualidad —dijo Cadvan—. Está ligado de alguna forma a nuestro destino. Parece un Pilanel; si eso fuese cierto, ese pueblo llegó del lejano norte hace mucho tiempo, desde Zmarkan, más allá del río Lir. Son una raza ancestral de gran sabiduría y nobleza, si bien no les preocupan las casas de piedra ni las riquezas materiales. Antes daban muchos magníficos Bardos, aunque una buena parte de eso ha caído en el olvido, incluso entre ellos; si son capaces de ahogar a alguien que posea el Habla, sin duda han decaído en su Saber —Cadvan se tumbó de espaldas, cruzando las manos bajo la cabeza—. Creo que la historia de Hem es dura, y que ha sufrido más de lo que ningún niño debe sufrir; temo que esto lo haya marcado tanto que resulte difícil construir la confianza entre nosotros, si es que podemos construirla. Ya fue lo bastante duro contigo, Maerad —le sonrió.

Maerad le devolvió la sonrisa, y el dolor de su riña, que ella había ido cuidando

como una magulladura, se disolvió en su interior. De repente se sentía más ligera de lo que se había sentido en días, desde que habían entrado al Valverras.

—Miente, lo sé —dijo—. Pero me gusta; tiene algo, es como si le conociese... Y siento pena por él. Está tan perdido, y es tan joven...

—Sí —dijo Cadvan, tras reflexionar en privado que en algunas cosas Hem no era tan diferente de Maerad—. Pero aun así, hay una negrura en él con la que será mejor andarse con cautela. Me gustaría saber qué estaba haciendo con los Glumas. Creo que no ha sido sincero con nosotros al respecto, y tengo miedo de que pueda ponerlos tras nuestra pista. O de que, al perseguirlo, puedan dar con nosotros.

—Pero él también está huyendo de ellos —dijo Maerad.

—Pero ¿por qué? —dijo Cadvan—. Estoy terriblemente preocupado, Maerad. No puedo evitar creer que de alguna forma supone un peligro para nosotros.

Poco después despertaron a Hem y tomaron un escaso almuerzo consistente en carne seca y frutas. Cadvan había comprado pan fresco en el pueblo, y resultó una bienvenida añadidura; Maerad pensó hambrienta en los manjares que había comido en Innail y Rachida, y deseó poder dormir de nuevo en una posada y disfrutar de alguna comodidad.

Cadvan le contó a Hem sus planes de viajar de noche y este asintió, parecía indiferente. Cuando el sol se hubo deslizado tras el horizonte, guardaron sus hatillos y montaron a los caballos. Cadvan volvió a sentar a Hem delante de él. Todos se sentían frescos tras el descanso, aunque Hem tenía un aspecto lamentable por culpa de su resfriado y se sonaba la nariz constantemente en la manga, hasta que Cadvan le dio un pañuelo para que lo utilizase.

Era una hermosa noche veraniega, y ninguna señal de tormenta del día anterior los molestaba ahora; el aire era agradable y suave, y las estrellas brillaban sobre sus cabezas, arrojando débiles sombras sobre la carretera. Eran las mismas estrellas que Maerad había buscado tantas veces, durante las noches solitarias en El Castro de Gilman, cuando tocaba la lira para reconfortarse en el escuálido patio de la cocina, ¡pero qué diferentes las veía ahora, que el viento libre hacía ondear su cabello! Perseguida y sin hogar como se encontraba, cuando Merad recordaba El Castro de Gilman no podía contener la emoción ante su libertad, pues todavía le parecía algo milagroso.

Atravesaron a medio galope el pueblo dormido, campos y casas aisladas. Bajo la luz de las estrellas, aquella parecía una tierra pacífica: había lámparas encendidas tras muchas ventanas cerradas con contraventanas, las vacas y los caballos pastaban en los campos y los perros ladraban cuando pasaban ante una puerta. Los aromas de la hierba y las flores ascendían desde el suelo, liberados en el aire fresco de la noche y el rocío que caía, y Maerad se relajó al ritmo de la cabalgata.

Viajaron de aquella manera durante tres días, en los que cubrieron unas treinta leguas, y Cadvan estaba complacido con su progreso.

—Nos estamos acercando al final de nuestro viaje —dijo—. Pronto entraremos en el Valle de Norloch, y allí estaremos más seguros. La luz es fuerte allí, y los Glumas no osan cabalgar abiertamente por las carreteras.

Maerad sintió la mezcla de aprensión y emoción que se despertaba en su interior siempre que se hablaba de Norloch. ¿Daría ella la talla en aquella noble ciudadela de la Luz? Y si los Bardos de Norloch aceptaban hacerla Bardo completo, ¿volvería a encontrarse sola en el mundo? Bajo sus preguntas había un miedo más profundo que apenas era capaz de articular para sí misma: el mismo terror enfermizo que la atrapaba cada vez que pensaba en su destino o el sino del que había hablado Ardina, el pánico que aparecía en su sueño premonitorio y el miedo que había surgido en su interior cuando Dernhil le había dado el pergamino de Lanorhil. «¿Tendré miedo de mí misma?», se preguntó, «¿o de lo que no soy y no puedo ser?».

Mientras avanzaban hacia el sur y dejaban de sentir con tanta intensidad el alivio de poder por fin moverse libremente, Maerad comenzó a darse cuenta de que no todo iba bien en Edinur. A veces cruzaban pueblos que daban una sensación de vacío melancólico, como si allí no viviese ningún alma, aunque al principio pensó que era sencillamente que todo el mundo estaba durmiendo. Después, durante la segunda noche, pasaron por una aldea en la que una de cada dos casas estaba quemada hasta los cimientos. Parecía como si hubiera sido el lugar de una batalla. Funestos montoncitos de cenizas se arremolinaban alrededor de los esqueletos carbonizados de los edificios, y el olor a quemado todavía flotaba en el aire, aunque los fuegos hacía mucho que se habían enfriado. Manadas de perros, medio locos por el hambre, escarbaban entre las ruinas y descargaron una sarta de ladridos y aullidos al ver a los caballos, saltando tras sus talones hasta que Cadvan los apartó con unas cuantas palabras en Habla. Pasaron entre las ruinas lo más rápido que pudieron, galopando al fin en el dulce aire nocturno de las abiertas praderas.

—¿Qué le ocurrió a la gente? —preguntó Maerad—. ¿Es que hubo una guerra aquí?

—Algo así —respondió Cadvan—. Algo así —no parecía inclinado a dar más explicaciones, como si sintiese el corazón demasiado pesado para hablar, y Maerad, sintiendo una sensación de desesperación que iba en aumento y parecía concentrarse en el aire que los rodeaba, no lo presionó más.

Entre las sombras Maerad había visto los síntomas de una tierra profundamente agitada. De día lo habría percibido con más claridad. Cadvan no se lo había dicho, pero la gente del pueblo con la que se había encontrado le había dicho que Edinur estaba afectada por la Enfermedad Blanca, y que era esta, más que su miedo a encontrarse con Glumas, la principal razón por la que viajaban de noche y no hablaban con nadie. Las casas en ruinas eran aquellas en las que se había instalado la enfermedad. Las habían quemado los vecinos por miedo, para chamuscar la

enfermedad, o los habitantes supervivientes, temerosos de tocar o enterrar los cadáveres que había dentro, o incluso los propios enfermos, en medio de su locura y desesperación finales.

La Enfermedad Blanca había penetrado en Annar solo veinte años atrás. Había aparecido por primera vez en el sur. No parecía seguir ningún patrón: la enfermedad brotaba en una región y aniquilaba a muchos de sus habitantes en un breve pero terrible holocausto, y después desaparecía por completo durante años, hasta que volvía a saltar en algún otro lugar. Se estaba volviendo cada vez más común, y Cadvan pensó para sí que era una enfermedad traída por los Glumas, que la utilizaban para debilitar la fuerza de Annar. Los que tenían más tendencia a padecerla eran los jóvenes y fuertes. Por eso, a veces, en una ciudad en la que la enfermedad se había ensañado, no quedaba nadie vivo de las edades comprendidas entre los dieciocho y los treinta. Todos los afectados por la Enfermedad Blanca se marchitaban consumidos por la fiebre y la locura. La llamaban así porque, a medida que la enfermedad iba consumiendo a los que la sufrían, la vista se les nublaba como si tuviesen unas cataratas que bañasen en plata todo el iris. Los ojos de los que ya estaban muy consumidos eran unas horribles bolas sin vista insertadas en rostros desencajados. La probabilidad de sobrevivir a la enfermedad era escasa, y la mayoría de los que lo conseguían después se quedaban ciegos, a no ser que el que la sufría tuviese la fortuna de ser tratado por un gran curandero. Y había muy pocos curanderos de aquel tipo en Edinur, pese a que Norloch estaba a solo unos días de camino.

Hem guardaba silencio. Parecía contento de viajar con ellos, aunque los ojos le brillaron de miedo cuando Cadvan mencionó Norloch. Tanto Cadvan como Maerad percibieron aquello y tácitamente acordaron tenerle siempre un ojo encima, pues no querían que saliese corriendo cuando estuviesen distraídos preparando el campamento o buscando una fuente para llenar las botellas de agua. Maerad en especial no quería que huyese, había comenzado a sentir que Hem le pertenecía de alguna forma. Igual que Silvia había llenado el hueco dejado por la muerte de su madre, Hem había reemplazado a su hermano muerto, Cai. Cadvan sentía lástima por el muchacho —que se sentaba en silencio cada día abrazado a sí mismo, con la cabeza inclinada inmersa en inescrutables reflexiones o recuerdos— y cuando le hablaba se dirigía a él con dulzura. Pero no averiguó nada más acerca de la infancia de Hem, y al alba de cada día estaba demasiado cansado para intentarlo. Apuraba fuertemente el paso, ansioso por llegar a Norloch lo antes posible. Cuando Maerad dormía, siempre tomaba al niño entre sus brazos al acostarse. Hem nunca se oponía, y no dormía tan mal acurrucado contra Maerad, como si su contacto le aliviase las pesadillas.

Cuando le tocaba el turno de vigilar, Cadvan se volvía a menudo para contemplar sus dos cargas: la de piel blanca y la oscura, las cabelleras negras entremezcladas sobre la hierba, dos abandonados por la Luz, unidos por un destino imposible de adivinar. Pese a que los dos eran muy diferentes, había algo de Maerad y Hem que

resultaba familiar, y entre ellos había surgido un entendimiento sin palabras. No solo era que fuesen huérfanos y se hubieran visto forzados a sobrevivir solos en mundos donde a nadie le importaba si vivían o morían, ni tampoco era simplemente la marca del Don.

Su semblanza reforzaba la juventud de Maerad, cuando yacían juntos se veía claramente que la niñez no había abandonado por completo su rostro. Mirando sus formas durmientes, una tristeza se acumulaba en los ojos de Cadvan y el rostro se le ponía tierno y abstraído, como si tuviese simultáneamente alguna otra visión ahora lejana, o que se había ido para siempre: tal vez el recuerdo de su desaparecida infancia, cuando dormía inocente junto a sus propios hermanos y hermanas y no sabía nada de Glumas, ni de penurias, ni de dolor.

En su cuarto día en Edinur volvieron a acampar en un pequeño valle arbolado, cobijándose bajo los árboles. Ahora estaban atravesando una región menos poblada, en la que el extremo sur de Edinur se iba desvaneciendo en unas tierras altas deshabitadas. Veían las negras formas de casas con menos frecuencia sobre las crestas de las colinas, y las aldeas estaban más espaciadas entre ellas. Aquello suponía un alivio para Maerad; aquellas por las que habían pasado le oprimían el espíritu. Las tierras altas continuaban durante unas veinte leguas hasta el gran Valle de Norloch, que se extendía desde el Aleph, el río más ancho de todo Annar. La ciudad se alzaba orgullosa en la costa, imponente sobre los fértiles deltas del Aleph, que se dividía en muchos arroyos grandes en su estuario y discurría por la Bahía de Mithrad a través de tierras de regadío densamente pobladas por manglares. La cabalgata de la noche siguiente los haría adentrarse en las tierras altas y, si todo iba bien, entrarían en el Valle de Norloch al alba del día siguiente.

Cadvan no le explicó aquello a Maerad, temeroso de que Hem saliese corriendo si sabía que se encontraban tan cerca de Norloch. Hem parecía ver todo lo que estuviese relacionado con Bardos con un profundo temor. Pero Maerad sabía que se acercaban al final de su largo viaje, y el miedo comenzó a imponerse a su emoción. Si Innail la había intimidado, viniendo de la esclavitud y una mezquina tiranía, Norloch, la gran ciudad de los Bardos, la intimidaría todavía más, sin importar todo lo que había aprendido en los últimos tres meses.

Cuando partieron a la noche siguiente, el viento varió. El claro tiempo de verano pareció cambiar y un viento frío comenzó a soplar desde el oeste, trayendo rápidas nubes al cielo. La luna surgió inmensa e hinchada en el horizonte, envuelta en oscuras nubes. Cadvan olisqueó el aire y se envolvió bien en su capa, cerrándola de manera que cubriese a Hem, y Darsor piafaba el suelo sin descanso con las patas delanteras.

—Será una noche dura —dijo Cadvan—. Cuanto más lejos lleguemos, mejor —se quedó en silencio durante un rato, aguzando el oído en la noche; después, satisfecho de no haber oído nada siniestro, apuró a Darsor y el gran caballo negro saltó hacia delante, e Imi lo siguió.

Un par de horas más tarde comenzó a lloviznar, pero la lluvia no les dificultaba el avance y la cabalgata los mantenía calientes. Maerad no se cubrió la cabeza con la capucha, pues disfrutaba con el azote del viento frío en el rostro y le gustaba que su cabello ondease tras ella cuando cabalgaban rápido. Ya se habían adentrado bastante en las tierras altas, y ya no pasarían al lado de más casas. Algunas veces Maerad veía en la cima de las colinas la forma de piedras solas en pie que se elevaban hacia el cielo como siniestros dedos, pero por lo demás las tierras altas pasaban como un negro océano cubierto de oscuras olas. La luna subió más y se escondió por completo tras las nubes, y ya solo vieron el débil resplandor en la carretera que tenían ante ellos, que se adentraba empujando ancha y recta en aquel vacío ondulado. Maerad comenzó a sentir que no se movía en absoluto, sino que iba sentada sobre Imi como si fuese una estatua esculpida, y que las tierras altas giraban a su alrededor en una gran ráfaga de viento.

No hablaban. Un silencio atento que prohibía la charla parecía haberse asentado a su alrededor. Maerad se estremeció: el frío comenzaba a morderla, se colocó la capucha y la capa más ajustada al cuerpo. Sentía que la llegada de su período era inminente, y eso hacía que el frío resultase menos soportable, sentía el cuerpo extrañamente frágil, como si estuviese hecha de cristal. Cadvan los estaba apretando para ir más rápido. Volvía a caer una lluvia más pesada, y entonces la luna surgió de su escondite y la carretera brilló plateada ante ellos, un sendero de luz de luna húmeda que se extendía sin fin en la distancia entre las borrosas laderas de las colinas.

En la hora más oscura de la noche, Maerad vio una hendidura en la carretera que daba a un gran foso, de modo que esta discurría por un estrecho paso entre dos laterales de piedra y se quedaba sumida en la sombra. En la entrada de la hendidura, encima de cada uno de los laterales, había dos rocas de pie. Estas se alzaban como dos colmillos rotos y parecían formar una puerta sin dintel. A medida que se acercaban, Cadvan redujo la marcha y se colocó al lado de Maerad. Esta vio la pálida cara de Hem que salía de la capa de Cadvan, con los ojos oscuros y sin descanso.

—A esto se le llama los Dientes Quebrados —dijo Cadvan—. Es un lugar maligno, y no tenemos tiempo para rodearlo. Es mejor pasar por él a la luz del día, aunque incluso entonces es bastante lúgubre. Como siempre, hemos de elegir entre varias opciones malas. Ve con cautela, mantén la mano en la espada y la mente rápida y despejada.

Mientras se acercaban a la puerta Maerad sintió que su aversión aumentaba y el vello se le ponía de punta. Cadvan se detuvo por completo y escuchó; Maerad escuchó con él, y solo consiguió oír al viento.

—Creo que los Dientes están contra nosotros —dijo Cadvan pausadamente—. Nos encontramos ante una mala elección: enfrentarnos a lo que sea que nos esté esperando, o esperarlo aquí —desenvainó a Arnost y la hoja resonó débilmente en el silencio. Maerad dudó, y después tomó la empuñadura de Irigan y sintió todo su peso en la mano. Escuchó el eco de las palabras de Indik, su maestro de esgrima, sardónicas en su mente: «Espero que tengas suerte». No sentía que tuviese mucha suerte.

Se acercaron lentamente a la puerta. Imi resopló, temblorosa bajo Maerad a medida que se introducían en la negra sombra de la montaña. Mientras pasaban entre las piedras erguidas, Maerad sintió como si le hubiesen colocado un pañuelo sobre los ojos: no veía nada ante ella, ni tan siquiera la forma oscura de Cadvan y Darsor. Inspiró profundamente para contener su miedo y continuó a un paso constante. Los ojos se le fueron ajustando gradualmente y comenzó a ver formas borrosas, sombras entre las sombras. Por todas partes a su alrededor sentía una vigilancia malvada, como si fuese un ratón arrastrándose al lado de un gato que espera, quieto y malvado, a que se acerque sin sacar las uñas. La hendidura estaba cargada del tétrico terror que había sentido por primera vez en la batalla contra los semi-hombres del Landrost, pero esta vez era peor, mucho peor.

Maerad escuchó en un angustioso estado de alerta, pero no conseguía oír nada excepto un opresivo silencio. Las paredes se alzaban más altas a cada lado, y los cascos de los caballos resonaban amortiguados, como si el mismo sonido tuviese miedo y se encogiese contra la roca.

Cuando llegó el ataque, fue rápido y sin advertencia.

Se produjo un súbito resplandor, pero parecía ser un resplandor de oscuridad más que de luz, un golpe de energía negra que venía al mismo tiempo de encima y delante de ellos. Al instante, Cadvan lanzó una cuchillada de luz, insoportablemente brillante en aquel oscuro lugar; y durante un segundo Maerad vio ante ellos que la carretera hervía de sombras, sombras de lobo cuyos ojos brillaban en rojo con malicia. En el medio había una forma alta, cubierta con una capa y con un gran casco, y tras ella había jinetes cubiertos por capas y capuchas, mientras que la manada daba vueltas alrededor de las rodillas de los caballos. Se echaron atrás irritados ante la ráfaga de luz, y Cadvan, que ahora brillaba con un fuego blanco, levantó bien la espada. Darsor se encabritó y chilló, golpeando el aire ante él con las pezuñas. En aquel momento Imi, que se había quedado helada de terror, dio un salto de lado y se encabritó, y Maerad cayó al suelo. Maerad se arrastró contra el lado de la pared de roca, jadeando del pánico.

Cadvan no bajó la espada. Pese a que todavía brillaba con un fuego puro e inconsumible, se quedó sentado sobre Darsor sin hacer ningún movimiento, paralizado, y con un escalofrío de terror Maerad se dio cuenta de que no podía moverse. La sombra oscura se acercó a él y, mientras se aproximaba, Maerad vio que su rostro no era oscuro, sino que brillaba con una luz caída que no iluminaba nada

más que a sí mismo.

No era un Gluma, sino algo más viejo, más frío, más mortal.

Maerad se encogió contra la roca en un ataque de pánico. Aquella cosa era infinitamente más amenazadora que el Kulag, que era sencillamente monstruoso. Era sumamente consciente de que era una inteligencia maligna, una voluntad despiadada. Sintió que toda la conciencia de este se cernía sobre Cadvan, reuniendo todo su poder para vencerlo. La mente de Maerad se tambaleó y se encogió, casi desmayándose, abrumada por una sensación de enemistad y malevolente orgullo, templado durante innumerables años con un objetivo muy claro: enormemente amargo, enormemente cruel, más frío que cualquier hielo.

Era un espectro, convocado desde el Abismo. Su rostro tenía el tono lívido de algo que llevaba mucho tiempo muerto, y no había ojos en él, solo unos huecos vacíos abiertos a una oscuridad impenetrable. Pero aun así parecía ver. De la hendidura surgió un hedor a sepultura, frío y nauseabundo. Maerad escuchó que Hem jadeaba ligeramente.

El espectro se acercó a Cadvan, quedando a la altura de sus ojos, pese a que este iba a caballo. Se detuvo y habló con una voz sepulcral, y mientras hablaba, a Maerad la asaltó una repugnancia tan densa que pensó que iba a vomitar.

—¿Quién perturba el sueño de Sardor? —preguntó, y después se echó a reír, y su risa era aún más terrible que su voz—. ¿Qué herejes osan entrar en mi alcoba, pensando en su insensatez y vanidad que me hallo encadenado?

Los jinetes se acercaron tras él, y Maerad vio que eran Glumas. Había cinco. Mantenían a los semi-hombres tras ellos, pegándoles latigazos con crueles correas, haciéndoles chillar y aullar.

—Ahora que lo pienso —dijo un Gluma, burlándose—. Es el gran Cadvan de Lirigon. He oído decir que se ha dedicado a pasear por el campo a placer, chasqueando los dedos ante nuestro Maestro, ya que se cree un gran Bardo, capaz de vilipendiar incluso la autoridad del Más Grande. Lleva años viajando con esta arrogancia, pero ay, ya no se le puede permitir continuar.

—No —dijo otro—. Y ahora además ha hurtado algo mío. Su insolencia no tiene fin. Bueno, ¿podemos pues preguntar por qué el gran Cadvan, el niño mimado de Norloch, anda en tales compañías? Ha caído muy bajo en el mundo, a mi parecer.

En este punto todos los Glumas se echaron a reír, pero el más alto se quedó inmóvil y no rio.

Por fin Maerad escuchó hablar a Cadvan, aunque siguió sin moverse.

—Pude haber caído bajo en mis tiempos —dijo con dificultad. Sonaba como si estuviese hablando bajo el agua, pero a medida que hablaba su voz fue reuniendo fuerza—. Pero mi recuerdo difiere del vuestro. A mi parecer caí más bajo cuando os conocí, Likud, una vez de Culain, y ahora me muevo tan lejos de vos que vuestra imaginación fangosa no podría llegar hasta aquí.

El Gluma bufó y retrocedió, como si Cadvan lo hubiera herido.

—Te arrepentirás de esto, Cadvan de Lirigon —dijo, en un tono tan siniestro que hizo que a Maerad se le pusiese la piel de gallina—. Haré que tengamos mucho tiempo para el arrepentimiento.

La luz que había en el interior de Cadvan se fue haciendo cada vez más y más brillante, pero él siguió sin moverse. Maerad, apretada contra la piedra como si desease que esta se la tragase, deseó fervientemente que se moviese, lo suplicó mentalmente, atrapada por el pánico; pero él continuó detenido, con la espada en alto, y Darsor se había quedado como si estuviese esculpido en piedra.

—Se me devolverá lo que es mío —dijo el Gluma llamado Likud, y se acercó a Cadvan. Maerad vio cómo Hem se retorció entre los brazos congelados de Cadvan, pero estaba allí atrapado y no podía escapar. Entonces, con una desesperada contorsión del cuerpo, se escabulló y cayó del caballo. A trompicones, huyó por la carretera y, con indiferencia, el Gluma levantó una mano y envió un rayo de oscuridad tras él, que lo golpeó en la espalda, haciendo que el niño se tambalease y cayese, y después se quedó tirado, inmóvil.

—Es fácil encargarse de las ratas —dijo el Gluma despectivamente— Pero ¿y el Rey Rata? Bueno, ese es otro tema —alzó el látigo y golpeó brutalmente a Cadvan en la cara. Cadvan se tambaleó sobre la silla de montar, mientras un cardenal le salía en la mejilla. Arnost se le cayó de la mano y resonó sobre la carretera de piedra.

—Debería poder tratarse a voluntad con tal simiente de porquería, ¿no es así, amigos? ¿Qué será suficiente castigo para este renegado, este asesino, este espía traidor? ¿Crees, Cadvan, que hemos olvidado el ansia con la que estudiabas los secretos de la Oscuridad? ¿Pensabas que tal traición tendría fácil respuesta? El tormento de una única noche no es suficiente. No —el Gluma se acercó más a Cadvan, con los ojos brillantes de odio frío, y le escupió a la cara—. No será una sola noche, sino innumerables noches de agonía, hasta que la mente se vea despellejada hasta la locura y ya no pueda soportarse más, y acabe llorando en la oscuridad, teniendo la Puerta prohibida para siempre. E incluso eso no será suficiente —volvió a golpear a Cadvan salvajemente en la cara, y la luz de su interior se atenuó. Volvió a golpearlo, las correas silbaban y crujían con cada impacto, y la luz de Cadvan se apagó por completo y cayó al suelo sin conocimiento. Entonces los Glumas soltaron a los lobos-hombre y estos se acercaron con unos aullidos estremecedores.

Maerad observaba impotente, agachada entre las sombras, paralizada por el terror y la desesperación. Vio cómo Cadvan caía de la grupa de Darsor y, con la enfermiza sensación de inevitabilidad de una pesadilla, pareció tardar horas en describir el arco de la caída; finalmente golpeó el suelo y se quedó tirado e inmóvil a los pies de Darsor, mientras su rostro brillaba de palidez en la oscuridad, surcado de sangre. Y mientras él caía, a ella le pareció ver otra cosa: a su padre, también cayendo, con la cabeza aplastada por una maza, y tras él las torres de Pellinor derrumbándose en medio de un crepitante torrente de llamas.

Una enorme pena y desesperación le recorrió entre aquella visión. «Ahora solo

quedo yo», pensó. «¿Qué puedo hacer?». Cadvan estaba inconsciente y quizá incluso muerto, y Hem yacía sin vida tras ella. Y ahora su propia muerte se alzaba ante ella. Sola y desesperada, se puso en pie sin darse cuenta de que las lágrimas le resbalaban por la cara, y mientras se erguía, vio con un sentido diferente a la vista que los semi-hombres se lanzaban hacia Cadvan y Darsor y estarían sobre ellos inmediatamente. De repente el torrente de pena se convirtió en una ira que todo lo consumía, y como si su furia hubiera rasgado un velo, una nueva conciencia comenzó a arder en su interior. Pese a la situación extrema, estaba poseída por una alegría feroz, salvaje. La sangre le fluía por las venas como un fuego de plata. Al final fue consciente de su poder, y supo, con la claridad de un sueño, lo que tenía que hacer. Extendió las manos y gritó:

—¡*Norloch!*

La carretera se iluminó instantáneamente, llena de llamas blancas que sumieron los rostros de los Glumas en un terrorífico relieve, y se desató un caos de aullidos y gimoteos de los semi-hombres. Todos los semi-hombres estaban en llamas, el fuego blanco se extendía por sus espaldas y descendía por los lados, y estos daban dentelladas y aullaban como locos e intentaban huir de las llamas. Los caballos de los Glumas se encabritaron, chillaron de terror y se dieron la vuelta en la carretera, alejándose del lugar en el que yacía Cadvan. Los Glumas tiraban brutalmente de las riendas, haciendo que las bocas de los animales brotase una espuma sanguinolenta, y luchaban para que los caballos volviesen al lugar en el que estaba Maerad. Escudriñaban la oscuridad tras las llamas, intentando encontrar la fuente del fuego, pero Maerad todavía estaba contra el muro de piedra, escondida entre las sombras salvajes que arrojaba aquel infierno. Antes de que pudiesen divisarla, lanzó una gran sábana de llamas blancas, que derribó a los Glumas y a sus caballos.

Maerad no tuvo tiempo para sentirse asombrada ante lo que había hecho. El espectro permanecía inmóvil, una inmensa sombra malévol, y en aquel instante la percibió; ella sintió el poder de su voluntad maligna, que permanecía igual que cuando había tirado a Cadvan contra su propia resolución férrea. Durante un segundo pensó que estaba perdida, y se vio obligada a bajar la cabeza ante la fuerza mortal que la golpeaba; pero en cuando bajó los ojos vio a Cadvan, que yacía pálido y sin fuerzas sobre el suelo, y la ira comenzó a poseerla de nuevo. Más rápida que sus propios pensamientos, arremetió salvajemente, con todo el poder que había en su interior; y durante un segundo vio cómo el espectro estallaba como un relámpago, dejando escapar un lamento terriblemente agudo y retorciéndose entre las llamas antes de desvanecerse ante sus horrorizados ojos. De repente todo se quedó en silencio, aparte del débil chisporroteo de las ramitas que ardían sobre ella, y los violentos sollozos de su propia respiración.

Cayó de rodillas, y durante un instante todo se volvió negro. Después recordó a sus

amigos y gateó hacia Cadvan, que yacía sobre la carretera; las piernas le temblaban demasiado para levantarse. Darsor todavía estaba de pie a su lado, cubierto de sudor y temblando violentamente, pero no abandonaría a su amigo, y le daba suaves toques con la nariz.

—*¿An de anilidar, Darsor?* —le preguntó. El Habla le llegó con tanta naturalidad como el respirar, como si siempre la hubiera hablado.

El caballo volvió su gran cabeza hacia ella y resopló por la nariz, contra su mano. Le habló, al parecer, mentalmente, y ella lo entendió.

Estoy bien, dijo. Mi amigo no. Creo que está vivo, pero su respiración es débil.

Maerad acarició la frente de Cadvan. Estaba húmeda de sangre y sudor. Tenía uno de los ojos amoratado e hinchado, cerrado, y unos cortes salvajes en la mejilla izquierda, donde las correas habían mordido la carne en profundidad. No sabía qué hacer. Deseó desesperadamente tener las habilidades curativas de Cadvan. Durante un breve segundo se preguntó si podría utilizar sus nuevos poderes para aliviarlo, pero en su interior no se despertó nada en respuesta, se sentía absolutamente vacía. Le tocó suavemente la cara y el cuerpo, pero no parecía nada roto. «Por favor», suplicó mentalmente, «por favor despiértate». Se quedó allí sentada un largo rato, acariciando el rostro de Cadvan, pero este no se movió, y bajo aquella tenue luz le pareció que tenía un aspecto espantoso. Estaba contenta de la presencia de Darsor, nunca se había sentido tan sola. No tenía miedo. Pero continuaba a la intemperie, en terreno salvaje, y Cadvan estaba inconsciente, no sabía dónde estaba Imi, y Darsor no podía transportarlos a los tres él solo.

Súbitamente Hem le vino al pensamiento como un rayo. En su ansiedad por Cadvan, lo había olvidado por completo. Se puso en pie, volvió a mirar hacia la carretera y vio su pequeña forma sobre el suelo, con los miembros separados por la fuerza de la caída. Se puso en pie y caminó temblorosa hacia él, preguntándose si estaría muerto. Le dio la vuelta y la cabeza se le cayó hacia atrás, colgando flácida, y por un momento estuvo segura de que así era; pero después apretó la oreja contra su pecho y escuchó que su corazón todavía latía débilmente. Lo sacudió con suavidad, como si estuviese dormido, y para su alivio el niño abrió los ojos. La miró a la cara, con los ojos muy abiertos por el miedo, y después se escogió apartándose de ella.

—No, Hem, no pasa nada —dijo—. Los Glumas están muertos. Todos se han ido —a su pesar, los ojos se le inundaron de lágrimas.

—*¿Adónde se han ido?* —dijo débilmente el muchacho. Después se incorporó—. Mientes —dijo—. No se puede matar a los Bardos Negros.

—Sí, sí se puede —dijo Maerad—. Yo acabo de hacerlo.

Hem se le quedó mirando con incredulidad y después miró hacia la carretera. Estaba demasiado oscuro para ver nada con claridad, pero había unas difusas formas sobre la carretera, más allá de Darsor: los cadáveres de los Glumas y sus monturas. Se volvió hacia Maerad y se le quedó mirando boquiabierto, maravillado.

—*¿Qué le ha ocurrido a Cadvan?* —preguntó.

—Está herido —dijo Maerad—. Los Glumas lo han herido —volvió a encontrarse sollozando, pero se deshizo de las lágrimas con impaciencia—. Tenemos que salir de aquí. Y no sé dónde está Imi. Se ha escapado. ¿Puedes caminar?

Hem se puso de pie lentamente.

—Sí —dijo.

—Tendrás que ayudarme —dijo Maerad—. No puedo levantar yo sola a Cadvan.

Caminaron juntos hacia donde estaban Cadvan y Darsor. El caballo los miró indagador.

—Vamos a levantar a Cadvan y a ponértelo encima —dijo Maerad en Habla—. ¿Podrías ayudarnos?

Me arrodillaré, dijo el caballo. Y tendréis que sostenerlo para que no se caiga.

Cadvan era un peso muerto, e incluso con Darsor arrodillado les llevó un buen rato alzarlo hasta su grupa. Maerad se mordía el labio, temiendo todo el tiempo que pudiesen hacerle más daño. Lo dejaron tendido sobre la silla como un cadáver, con la cabeza caída a un lado y los pies al otro, y después Darsor se puso en pie. Maerad cogió a Arnost, insegura de qué hacer con ella; al final encontró la vaina de Cadvan y volvió a meter en ella la espada. Después, con Maerad a un lado y Hem al otro, fueron avanzando lentamente por la carretera. Pasaron al lado de los Glumas, y Maerad apartó la cara para no verlos; sabía sin mirar que todos estaban muertos y no sentía ningún deseo de saber nada más. Pero Hem se quedó mirando las capas informes y los huesos dispersos, y no pasaba de volver la cabeza a medida que pasaban, como si no se creyese que una cosa así fuera posible. No vieron ninguna señal de los semi-hombres.

En menos de media hora Maerad vio el grisáceo cielo nocturno frente a ellos, al otro lado de la hendidura. Entonces por fin consiguieron salir de allí hacia las abiertas tierras altas, y un viento limpio le sopló en el rostro. La luna se hundía tras una barrera de nubes, y pensó que el alba no tardaría mucho en llegar. Estaba muy cansada, pero sentía una nueva fuerza en los huesos y pensó que podría caminar toda la noche y todo el día siguiente si era necesario, sin importar su agotamiento. Cuando habían recorrido casi una milla por la carretera se detuvieron, y Hem y ellas bajaron a Cadvan de Darsor suavemente y lo dejaron sobre la hierba. También bajaron el hatillo, y Maerad encontró un chaleco que utilizó de almohada. Mientras le colocaba la cabeza encima vio con una punzada de pánico que su rostro parecía estarse poniendo más pálido, y pensó que se estaba muriendo, pero después se dio cuenta de que era el comienzo del amanecer, que justo ahora enviaba sus primeros rayos hacia los campos de la noche, iluminando las tierras altas de un gris claro.

—Darsor —dijo—. Imi se ha escapado.

Nadie puede culparla por dejarse llevar por el miedo ante tales adversarios, dijo Darsor.

—No la estoy culpando —dijo Maerad—. Pero me pregunto cómo podremos encontrarla. ¿Podrías encontrarla tú?

Darsor se puso muy tieso y volvió la vista hacia las tierras altas, olfateando el aire.

Huyó lejos por el miedo, dijo. Estará avergonzada. La llamaré, si cuidáis de mi amigo.

—Lo haré —dijo Maerad—. También es mi amigo.

Darsor pifó el suelo y después le dio un ligero golpecito a Cadvan con la nariz, como si le estuviese susurrando algo en privado. Después se marchó y Maerad vio por fin lo rápido que era capaz de correr: salió disparado como un rayo negro por la carretera, y el golpe de sus cascos resonaba como un trueno.

Maerad y Hem se sentaron a un lado de la carretera y vieron cómo el sol salía sobre las tierras altas. El mundo se fue llenando de color gradualmente, un coro de cantos de pájaros surgió a su alrededor y el horror se fue desvaneciendo. Cadvan continuaba sin moverse. Maerad sacó algo de comida, y Hem y ella comieron, después Maerad tomó la botella de agua y empapó el extremo de su capa para poder lavar las heridas de Cadvan. Ahora parecían más serias, tenía el rostro lleno de cortes y cardenales. Se le había caído una de las pestañas del ojo, y la piel que lo rodeaba estaba desgarrada, pero por lo menos las heridas ya no sangraban. Estaba asustada por la inconsciencia continuada; pensó que debían de haber pasado por lo menos tres horas desde que había caído, y no se había movido ni emitido ningún sonido en todo aquel tiempo. Removió en su hatillo, encontró el ungüento que él había utilizado sobre el corte de Maerad y le ungió las heridas con él.

—¿Por qué no le das un poco de medhyl? —dijo Hem.

Tomó la botella, y se colocó la cabeza de Cadvan sobre el regazo, le puso la botellita entre los dientes y le mojó la boca. La mayor parte se le escurrió de la boca y le bajó por la barbilla. Cuando ella se inclinó, la joya que llevaba colgada alrededor del cuello se balanceó hacia delante y tocó la cara de Cadvan. Meneó la cabeza con impaciencia para sacarla del medio, pero Hem dijo:

—Mira, está brillando.

Ella bajó la vista y vio que la joya refulgía con un fuego blanco que parecía arder desde sus profundidades. Pensó en Silvia, la dulce curandera que se la había dado. Deseó con todo su corazón que estuviese allí.

—Intenta frotarlo con ella o algo así —dijo Hem—. Podría ser una piedra curativa.

Maerad colocó la piedra contra la frente de Cadvan y después se la frotó suavemente por la cara. «Por favor», volvió a decir mentalmente, «por favor despierta». No estaba segura de si sería un espejismo provocado por la luz creciente, pero le pareció que el rostro de Cadvan adquiría un poco de color. Animada, volvió a intentarlo. Poco después ya estaba segura de que no era un espejismo, y después, para su regocijo, los párpados de Cadvan se abrieron y la miró a la cara.

—Maerad —dijo. Después se le cerraron los ojos.

—¿Cadvan? —dijo ella, con voz temblorosa.

Él abrió los ojos.

—Por la Luz, me duele la cabeza —dijo—. Supongo que eso significa que no estoy muerto —volvió a cerrar los ojos—. ¿Dónde estamos?

—En algún lugar de las tierras altas —dijo Maerad—. Al otro lado de los Dientes Quebrados. Darsor se ha ido a buscar a Imi —tenía ganas de llorar de alivio, pero pensó que aquella mañana ya había llorado demasiado, y por lo tanto reprimió las lágrimas. Cadvan se quedó en silencio, tumbado con los ojos cerrados. Después, gimiendo, se sentó y se colocó la cabeza entre las manos.

—¿Quieres un poco de medhyl? —preguntó Maerad ofreciéndole la botella. Él tomó un largo trago, y eso pareció calmarlo, después se volvió hacia su hatillo, sacó una botellita y tomó un trago de ella—. Ortiga muerta y otras hierbas para aliviar el dolor —dijo mirando a Hem y Maerad. Después se tocó la cara.

—Veo que ya me habéis salvado —dijo.

—Recuerdo que solías ser tú el que me salvaba a mí —dijo Maerad—. Pero no sabía cómo despertarte —la voz volvía a temblarle—. Y entonces Hem dijo que esta podría ser una piedra curativa, así que intenté frotarla contra ti, y te desertaste... —se detuvo en seco, conteniendo el deseo de estallar en lágrimas.

Cadvan la miró e intentó sonreír, y después hizo un gesto de dolor.

—Bueno, ahora ya estoy despierto. Tan despierto como puedo estar. Lo último que recuerdo es a un Gluma que me daba latigazos, y detrás del Gluma había un espectro del Abismo, y tras el espectro un regimiento de semi-hombres y más Glumas; y que el espectro me había paralizado y yo no podía hacer nada. Tenía muy mala pinta. Y después recuerdo un montón de sueños malignos —se estremeció y se quedó en silencio. Hem y Maerad intercambiaron una mirada y esperaron.

—Supongo que me has vuelto a salvar la vida —dijo por fin Cadvan—. Ya van tres veces. Comienzo a preguntarme cómo pude sobrevivir hasta ahora sin ti.

—¿Cómo? —dijo Maerad, comenzando a reír.

—Suerte, supongo —dijo—. Aunque puede ser que la vida sea más peligrosa contigo cerca. Dime, Maerad, ¿qué hiciste?

Maerad les contó lo que había ocurrido, y Cadvan se sentó, con los ojos chispeantes. Hem escuchaba en silencio, con el rostro ensombrecido. Cuando hubo acabado, Cadvan le dio un apretón de manos.

—¡Así que por fin has adquirido el Habla! —dijo—. Y justo en el momento exacto, he de decir. Maerad, nunca había oído que un Bardo hiciese pedazos a un espectro. Y menos a un espectro del Abismo. Tienes un poder del que yo no sé nada; piensa en el Kulag, en el bosque cerca de Ettinor. Y parece que la Oscuridad tampoco lo sabe —después se quedó un rato perdido en sus pensamientos.

Maerad y Hem le dieron un poco de comida y agua, y él masticó con prudencia, intentando que no se le moviese la piel de la cara, y le pegó unos cuantos sorbos al

agua de la botella.

—Pensándolo de nuevo, nos tendieron una emboscada —dijo mientras comía—. Los Dientes Quebrados se consideran malignos, pero el lugar no es más que un punto de reunión de semi-hombres y es fácil tratar con ellos. Bueno, bastante fácil. Incluso podríamos habernos enfrentado a los Glumas. Pero no esperaba encontrarme a un espectro allí, y todos sabemos ya lo que pasó al ser así —sonrió con pesar—. No habíamos atravesado Edinur tan desapercibidos como deseaba —dijo—. La Oscuridad tiene muchos siervos. A no ser, por supuesto, que hubiera alguien que dejase un rastro que la Oscuridad pudiese seguir —miró a Hem, y de repente su rostro se volvió frío y severo—. No pienses que puedes mentirme. No puedes. Creo, Hem, que ya es hora de que digas quién eres.



Hem tenía la cabeza inclinada, pero Maerad vio cómo le ardían las mejillas de vergüenza o humillación.

—No creo que Hem tenga que... —comenzó, pero Cadvan la cortó.

—Ni tú ni yo sabemos nada de Hem —dijo—. Ahora me gustaría saber algo. Y me gustaría saber la verdad.

Hem continuaba callado, con la cabeza todavía inclinada. Maerad lo miró con pena y después se volvió.

—¡Habla! —dijo Cadvan con dureza.

—Huí de los Bardos Negros —dijo Hem, tan bajito que Maerad apenas lo oía.

—Eso ya lo sé —dijo Cadvan con impaciencia—. Lo que quiero saber es qué era lo que hacías con ellos. Y por qué te perseguían. Quiero saber quién eres.

La historia de Hem fue brotando con voz entrecortada, poco a poco. Era, como ya había dicho, huérfano, y hasta hacía dos meses había vivido en un orfanato en Imrath, la ciudad más importante de Edinur. Explicó poco acerca de su vida allí, pero el rostro de Cadvan se volvió más adusto. Conocía aquel tipo de lugares, allí se llevaba a los niños que no tenían a nadie que los cuidase, y los mantenían en asquerosas condiciones. Si estaban tullidos, o eran retrasados o débiles, no les daban suficiente comida, y normalmente morían a causa de alguna enfermedad que adquirirían por estar en mala nutrición. Cuando tenían edad suficiente para trabajar, los enviaban a las granjas como jornaleros a cambio de una comisión que se llevaba el orfanato, o los vendían como esclavos. Hubo un tiempo en el que a los niños que no tenían familia que se ocupase de ellos los atendían los Bardos, pero en los lugares donde los Bardos se habían retirado habían surgido aquellas pequeñas cárceles malolientes para tratar con los huérfanos, y en aquellos tiempos, a causa de la Enfermedad Blanca, había muchos niños así.

A medida que Hem hablaba, el interrogatorio de Cadvan se iba volviendo gradualmente menos severo. Hem les contó que cuando tenía dos años lo había traído allí a caballo un hombre cubierto por una capa negra. Aquello era lo único que sabía de él. No sabía nada de su vida anterior al orfanato, pero se había ido consolando con

la idea de que tal vez fuese hijo de un príncipe o un gran señor, y un día el hombre de la capa volvería y lo reclamaría. Era un niño orgulloso y no admitía su sufrimiento, pero a medida que hablaba, Maerad veía cómo ante ella se abría una visión de días amargos y sin amor y de noches solitarias llenas de miedo, y la compasión le encogía el corazón.

A los diez años le había venido el Habla. Una gata le había bufado algo mientras él intentaba robarle la comida.

—¿Qué te dijo? —preguntó Maerad con curiosidad, y Hem respondió:

—Me dijo que era un montón de mierda de ratón, y que me arañaría los ojos cuando estuviera durmiendo.

Había salido corriendo y se había escondido, asustado, pero después se había ido acostumbrando y había comenzado a hablar con los pájaros, que eran los más agradables con él. Le contaban historias de tierras lejanas, en el sur, en las que el sol brillaba cálido todo el día y los árboles estaban cargados de maravillosos frutos dulces. Hem soñaba con ir a aquellos mágicos parajes, y pensaba que cuando tuviese edad para ser alquilado a una granja, huiría. Ya no soñaba con el jinete que volvía a buscarlo, había descartado aquello como una fantasía pueril de su infancia. Otros niños se dieron cuenta de que hablaba con los pájaros y comenzaron a decir que era brujo, y se habló de ahogarlo, de atarlo a una pesada piedra y lanzarlo al río, como les había ocurrido a otros que tenían el Habla. Así que se había visto obligado a esconderse, y hablaba con los pájaros con menos frecuencia, ya que era difícil encontrar privacidad en el orfanato, y se había vuelto más solitario.

Entonces ocurrió que un día lo llamaron al despacho de Malik, la mujer de mirada fría que dirigía el orfanato, y de pie a su lado había un hombre cubierto por una capucha y una capa negra. Aquella era la vieja ensoñación de Hem, pero estaba asustado y había reulado contra la pared, porque las manos del hombre eran blancas y huesudas y no se le veía la cara. Pero Malik no tenía miedo, y trataba al hombre como si fuese un señor. Le sonrió a Hem por primera vez, que él pudiese recordar.

—Hem —dijo—. Este es tu tío. Por fin ha vuelto de las tierras lejanas, y te ha venido a reclamar. Eres un muchacho afortunado.

Hem había levantado la vista, pero no había visto nada más allá de la capucha.

—Ve a buscar tus cosas, chico —dijo Malik—. Te vas ya a casa.

Hem no tenía nada que buscar, así que se había quedado allí de pie en silencio ante los dos adultos, cambiando el peso nerviosamente de un pie a otro. Después lo habían llevado a caballo a la casa de Laraman, el alcalde de Imrath. Era una casa enorme, la más grande de Imrath, y durante un breve período Hem se había sentido feliz, porque pensaba que sus sueños se habían hecho realidad. Por primera vez en su vida tenía suficiente comida y una cama cómoda en la que dormir, y no le pegaban.

Laraman lo trataba con frialdad, pero lo toleraba en la casa siempre y cuando no tuviese que hablarle. Era el hombre más importante de Edinur y trataba la región como si fuese su feudo privado, exigiendo grandes impuestos e imponiendo duras

leyes. Parecía que los cinco hombres cubiertos por capas negras eran sus sirvientes, aunque Hem pensaba que Laraman los temía y que parecía más probable que fuesen ellos los que le decían a él lo que tenía que hacer.

—Me contaron que eran Bardos Negros, y que yo también podría ser un Bardo Negro —dijo Hem—. Me dijeron que ellos eran los más poderosos entre los Bardos, y que si fuese uno de ellos nunca moriría, y sería un gran señor. Un día uno atravesó a otro con la espada, y al que le habían clavado la espada se levantó como si nada hubiera ocurrido. Me preguntaron si poseía el habla de las brujas, pero les dije que no, y nunca se lo conté. Parecieron muy satisfechos con ello, pero entonces...

Hem había ido hablando libremente, era como si, una vez había comenzado, fuese un alivio deshacerse de aquella carga. Pero en aquel momento se detuvo, con el rostro arrugado, pareciendo muy joven y vulnerable.

—¿Y entonces? —insistió Cadvan.

—Quisieron que comenzase mis lecciones.

Se produjo una larga pausa durante la que Hem se quedó con la vista clavada en el suelo. Después comenzó a hablar monótonamente.

—Me despertaron en mitad de la noche. Era una noche oscura, durante la última luna negra, hace dos semanas. Me hicieron bajar las escaleras hasta el patio que había fuera. Allí había una hoguera, pero tenía un color divertido, unas llamas verdes que ardían hacia arriba y no chisporroteaban. Uno de los Bardos tenía a un, tenía a un...

Volvió a detenerse, y Cadvan dijo, con más dulzura:

—No les llares Bardos, Hem. No lo son, son simplemente Glumas.

—Tenía a un niño pequeño. Yo le conocía, era Mark, del orfanato. Era más pequeño que yo, pero a veces jugábamos juntos —se sorbió la nariz—. Me caía bien —volvió a detenerse—. Estaba llorando y retorciéndose entre los brazos del hombre, y no llevaba ropa. Me dieron un cuchillo negro, y me dijeron que lo matase.

Se produjo un breve y horrorizado silencio. Al final Maerad preguntó, casi en un susurro:

—¿Y lo hiciste?

—Ellos intentaron obligarme —dijo Hem—. Me dijeron que me pegarían, y que no me darían nada de comer y me encerrarían en mi cuarto. Después se rieron de mí, de una manera horrible, y me dijeron que en vez de eso me apuñalarían, y me colocaron el cuchillo en la garganta. Pero, pero... yo no podía. Y entonces ellos... no, no, no puedo decirlo —se ocultó el rostro entre las manos—. Lo mataron. Fue horrible. Y después me dijeron que la próxima vez, si no lo hacía, sería yo —Hem estaba llorando, las lágrimas le bajaban por la cara creando pequeños surcos en la porquería. Maerad y Cadvan esperaron, y un rato después dejó de llorar, aunque su pecho todavía daba pequeñas sacudidas e hipaba.

—Me encerraron en mi cuarto. Y aquel día no me dieron nada de comer, ni tampoco al siguiente. Y al otro los Bar... los Glumas y todos los demás salieron, y alguien entró a robar en la casa. Era Sharma. Me encontró en mi cuarto, y se me llevó

con él.

—¿Qué más robó? —preguntó Cadvan.

—Oh, dinero, y algunas cosas que podía vender. Piedras.

—¿Qué tipo de piedras?

—Piedras preciosas que podía vender. Dijo que se escondería hasta que se calmase el follón, y que después iría al sur y las vendería en los mercados y ganaría una fortuna. Yo pensé que eso estaba bien, y que iría con ellos hasta el sur y así tal vez encontraría los lugares de los que hablaban los pájaros. Y por eso estábamos en Valverras —se detuvo, su rostro volvió a arrugarse de dolor—. Eran amables conmigo. Decían que yo era uno de ellos.

En aquel momento Cadvan tomó el mentón del niño en la mano, como ya había hecho antes, y Hem le miró directamente a los ojos. Tras un buen rato, Cadvan sonrió, y Maerad se relajó, súbitamente aliviada. Estaba segura de que esta vez Hem no mentía.

—¿Por qué no te encontraron los Glumas cuando atacaron a los Pilanel? —preguntó Maerad.

Hem se estremeció.

—Les escuché venir desde muy lejos —dijo—. Sabía que venían al campamento. Se lo dije a Sharn, pero me dijo que era idiota y que me estaba imaginando cosas. Entonces me escondí, y los Pilanel creyeron que me había escapado hacia las tierras yermas, y entonces llegaron los Glumas... —se detuvo en seco, su rostro se veía angustiado por el mal recuerdo—. Lo escuché todo —dijo en un susurro—. Querían saber dónde estaba yo, y Sharn les dijo que me habían vendido, después les dijo que había salido corriendo, y entonces ellos mataron al bebé y los torturaron, y Sharn no paraba de gritar que yo me había escapado. Pero creo que los Glumas lo hicieron para... para divertirse. Y dijeron que me encontrarían igualmente, rieron y se marcharon.

Los tres continuaron allí sentados en silencio durante un rato, y Maerad recordó los lastimosos cuerpos que habían visto, y después intentó no pensar en ellos.

—Hem —dijo Cadvan, con una voz que ya no era severa—. Supongo que no tendrás ninguna de esas piedras contigo.

Hem sacó de mala gana la bolsita que tenía colgada al cuello e intentó desanudar con torpeza del cordel. De ella cayeron tres piedras pulidas negras talladas en forma de caritas maliciosas y sonrientes, y un abalorio de plata deslustrada.

—Pensé —tartamudeó— que las podría vender en el mercado, como había dicho Sharn que haría él, y después podría ir al sur. Había más piedras, pero los Glumas deben de habérselas llevado —miró los objetos que tenía en la mano, y le dio las piedras a Cadvan—. El medallón es mío —dijo, con una extraña resistencia, como si pensase que no le creerían—. Eso no lo he robado —cerró el puño con fuerza alrededor de él.

Cadvan cogió las piedras y las volteó en la mano, mientras reía apaciblemente.

—Oh, Hem, Hem, Hem —dijo—. Tú no sabes lo que es esto. Sí, podrías haberlas vendido en el mercado, pero solo a quien supiera cómo utilizarlas.

—¿Qué son? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Son piedras acechadoras. Seguramente los Glumas las dejaron allí por si acaso alguien volvía a la caravana. Probablemente pensaron que tú volverías, Hem. Dudo que se creyesen la suerte que habían tenido cuando aparecimos nosotros. Ahora son inservibles, ya no les queda poder. Creo que anoche hiciste explotar todo lo que perteneciese a la oscuridad en millas a la redonda, Maerad. Pero te diré una cosa, Hem: si hubiéramos atravesado Edinur a plena luz del día con trompetas y heraldos proclamando nuestra presencia, no les habría resultado tan útil a los Glumas como tener a estos pequeños espías viajando con nosotros. Todo lo que hablábamos, todo lo que hacíamos, les llegaba directamente a los Glumas mientras estas piedrecitas estuviesen con nosotros; y sabían exactamente dónde estábamos, quiénes éramos y a dónde nos dirigíamos. Nos tendieron una buena trampa, y esta vez Cadvan de Lirigon no iba a poder escapar —fue lanzando las piedras una a una bien lejos hacia las tierras altas.

Maerad recordó inquieta las conversaciones que habían mantenido durante los pasados días.

—Últimamente no hemos hablado mucho de nada —dijo, insegura.

—No —respondió Cadvan—. Por fortuna. Bueno, Hem, bien está lo que bien acaba, pero esto ha estado a punto de acabar muy mal. Casi en desastre.

Hem bajó la vista y se le ruborizaron las mejillas. Cadvan le dio una palmadita en el hombro.

—Te perdono por haber hecho que casi nos maten, o algo peor —dijo. Intentó sonreír, pero hizo una mueca de dolor—. Pero recuerda: las cosas de la Oscuridad es mejor no tocarlas. Solo están hechas por motivos malvados —Hem asintió, tragó saliva, y se produjo una pausa—. ¿Te importa si le echo un vistazo a ese medallón?

Hem le tendió el objeto a Cadvan de mala gana, y este lo examinó de cerca. Maerad le echó un vistazo con curiosidad, estaba tan deslustrado que era casi negro, tenía un dibujo que no podía distinguir en un lado y algo escrito en el otro. Le dirigió a Cadvan una mirada interrogante, y vio que el rostro se le quedaba inmóvil de asombro. Le dirigió una rápida mirada a Maerad con una cara extraña, y después volvió a mirar el medallón. Le dio vueltas y más vueltas en las manos, sin decir nada.

—¿Qué? —quiso saber Maerad después del silencio que se había extendido durante un tiempo insoportable. Hem los miraba a los dos con una mezcla de confusión y miedo.

Al principio Cadvan no respondió.

—Maerad —dijo por fin— ¿recuerdas bien a tu padre?

Maerad se quedó desconcertada ante la pregunta.

—No, la verdad es que no —dijo—. Un poco. ¿Por qué?

—¿Recuerdas qué aspecto tenía? —Cadvan la miraba con extraña intensidad, y

ella repasó obediente sus recuerdos, preguntándose qué sería lo que le inquietaba.

—Bueno, era alto. Y tenía el cabello largo y negro. Creo que tenía los ojos grises, o azules. No lo recuerdo... —se apartó el cabello de la cara y miró a su alrededor, hacia las tierras altas vacías. La sangre comenzaba a latirle con una dolorosa sensación de esperanza—. ¿Por qué?

—¿Sabías que Dorn era Pilanel?

—¿Pilanel? No, yo... —le devolvió la mirada a Cadvan y luego miró a Hem, con el corazón encogido.

Cadvan todavía la miraba con una extraña intensidad.

—Maerad, ¿viste cómo mataban a Cai?

—Mataron a todo el mundo —dijo, comenzando a sentir un ataque de pánico—. A todos excepto a mí y a Milana.

—Pero ¿llegaste a ver a Cai muerto?

—Nnnno... —Maerad retorció dolorosamente las manos—. No, no llegué a verlo... muerto...

Cadvan le tendió el medallón. En la parte posterior había algo escrito en la caligrafía de Nelsor, pero estaba tan alterada que no era capaz de leerlo.

—¿Qué dice? —susurró.

—Dice: *Ardrost Kami. Minelm le carae.*

—*La Casa de Karn. Me hizo Minelm* —Maerad se sentó sobre los talones, con el rostro pálido—. La Casa de Karn.

—¿Me lo podéis devolver? —Hem extendió la mano—. ¿Habéis acabado? Es mío.

Maerad salió de su ensueño sobresaltada y extendió la mano en dirección a él.

—La Casa de Karn es mi casa, Hem —dijo Maerad. Se quedó mirándolo, sus pensamientos pasaban tan deprisa que apenas era capaz de percibirlos.

—¿Y? Es mi medallón —se lo arrancó de la mano y se lo volvió a meter en la bolsita que llevaba colgada de un cordel—. Es mío.

—Sí, es tuyo —dijo Maerad, sin saber si quería reír o llorar—. Pero también es mío. Ya te lo he dicho, la Casa de Karn es mi familia.

Asombrado, Hem le devolvió la mirada.

Cadvan había estado observando en silencio.

—Los dos tenéis los mismos ojos —dijo—. Es fácil de apreciar si lo sabes —se pasó las manos por la frente—. Ojalá no estuviera tan herido. Ni tan cansado. Creo que ahora lo veo.

—¿Ves el qué? —Hem tenía el rostro tenso y pálido, su ira iba decayendo dando paso a la confusión—. ¿Estáis intentando engañarme? —frunció el ceño durante un segundo, como si estuviese a punto de llorar, y se colocó los puños ante los ojos como un niño pequeño. Maerad quería abrazarlo, como había hecho inconscientemente desde que lo habían encontrado, pero se veía contenida por una extraña timidez. Se quedaron allí en silencio durante un rato.

—Nadie está intentando engañar a nadie —dijo Cadvan—. Creo que podrías ser el hermano de Maerad. Tienes la edad correcta. Y eso explicaría por qué te querían los Glumas. Podrían haberte cogido después de saquear Pellinor.

Maerad comenzaba a salir de su aturdimiento.

—Por eso tenía que adentrarme en Valverras. Tenía que hacerlo —meneó la cabeza, intentando deshacerse de su estupefacción—. Hem, sé que es cierto. Significa que tú eres mi hermano y que tu nombre no es Hem. Tu verdadero nombre es Cai —todavía lo miraba—. Te creía muerto.

Maerad no sabía lo que sentía: incredulidad, ira, alegría, regocijo, pena, todos los sentimientos giraban desordenados en su interior. Cadvan tenía el rostro serio, y Maerad recordó de repente que estaba herido. Inspiró profundamente para calmarse.

—Me preguntaba —dijo Cadvan por fin—. Me preguntaba por qué tenía que encontrar a dos niños Bardos en tales circunstancias. En todos mis viajes nunca me he topado con ninguno. Me parecía que esto tenía que ser mucho más que casualidad. Y he valorado varias veces qué sería lo que te llamaba a aquella caravana. Una fuerza maligna, pensé por un momento; seguramente a mí me pareció un mal presagio, y quería mantenerme alejado tanto como tú deseabas ir allí. Pero tal vez fuese algo profundo, la llamada de la familia; e incluso si la Oscuridad tiene algo que ver en estos acontecimientos, tal y como sospecho, ya te he dicho que la Oscuridad no sabe nada de lo que es el amor. Ese tipo de llamadas van más allá de sus cálculos. Recuerdo a Dorn, Maerad, y Hem es inconfundiblemente Pilanel. Eso explicaría por qué los Glumas tenían interés en él. Pero podría equivocarme.

—No te equivocas a menudo —dijo Maerad con una sonrisa irónica, repitiendo algo que él le había dicho hacía mucho, en Innail.

—No —Cadvan sonrió muy levemente—. No me equivoco a menudo. Pero he de decir que cuando me he equivocado, me he equivocado mucho. Así que no soy un gran entusiasta de los juicios precipitados. La señal del lirio parece confirmar lo que sospecho bastante, algo que quizá tú ya supieras, en el fondo. Pero aun así, debemos andarnos con cautela: podría ser una trampa. No sabemos si este medallón pertenece realmente a Hem.

—¿Una trampa? —Maerad miró distraídamente hacia Hem—. Creo que ya sabemos cuál era la trampa. Y no ha funcionado —Hem estaba encorvado, de espaldas a ellos, y muy quieto—. Sé que es mi hermano —dijo con fiereza—. ¿Por qué se lo llevaron los Glumas? ¿Es el Elegido?

—Hem no es el Elegido —dijo Cadvan solemnemente—. Su Don no tiene nada que ver con el tuyo.

—Pero todavía no sabes seguro si soy yo —dijo Maerad.

—No —respondió Cadvan—. Siento de todo excepto seguridad. Pero estaré más seguro, la verdad, si Hem es realmente Cai. Eso significaría que los Glumas saben algo que nosotros no sabemos, sencillamente podría significar que habían averiguado que aquel a Quien el Destino ha elegido iba a nacer de Milana y Dorn. No sé cómo

podían saber eso. Pero creo que cogieron al niño equivocado.

Maerad se estremeció. Podría haber sido ella... En comparación con la vida de Hem, El Castro de Gilman había sido compasivo. Nunca había tenido que vérselas con los horrores de los Glumas de niña, y durante un breve período había tenido a su madre. Pero Hem —Cai— era poco más que un bebé cuando sus vidas se habían destruido. Nunca había conocido ningún tipo de ternura.

Se arrastró hacia donde estaba Hem y lo rodeó con los brazos, y él se agarró a ella entre convulsiones, escondiendo la cara en su capa. Se quedaron allí sentados, juntos, en silencio, sin más palabras. Cadvan se volvió. Un rato después, Hem soltó a Maerad y se sonó la nariz ruidosamente.

Cadvan estaba de pie, haciéndose sombra sobre los ojos y mirando en la distancia. Miró a Hem y Maerad.

—Todavía tenemos que salir de las tierras altas, y el día se está acabando —dijo—. No me gustaría pasar una noche más a la intemperie, por mucho que tengamos a Maerad la Imprevisible para protegernos, y además tengo un dolor de cabeza de oso. ¿Dónde está Darsor?

El sol se había alzado bien alto mientras hablaban, y ya era media mañana. Era un cálido día de verano. Las tierras altas se extendían verdes y pacíficas a su alrededor cubiertas por una débil bruma cálida, y por todas partes se escuchaba el zumbido de las abejas. No había ninguna señal de Darsor. Hem tenía sombras negras bajo los ojos y parecía a punto de derrumbarse de cansancio.

—Vosotros, muchachos de Pellinor, deberíais descansar mientras esperamos —dijo Cadvan—. Yo no podría dormir ni aunque quisiera con este dolor de cabeza. Esperaré a Darsor.

—¿Pellinor? —dijo Hem, con la sombra de una sonrisa—. No recuerdo ese nombre.

—Tendrás que hacerlo —dijo Maerad, con una ternura burlona.

—Oblígame —dijo Hem, dirigiéndole una mirada traviesa que ella no le había visto antes—. Seguro que no podrás.

«Mi hermano», pensó Maerad maravillada.

Se tumbaron y Hem se quedó dormido en menos de un minuto. La mente de Maerad estaba demasiado alterada para dormir. Al final acabó incorporándose y miró a Cadvan, que se volvió hacia ella con una débil sonrisa en el rostro rasgado, y después volvió a escudriñar el horizonte. Maerad se quedó en silencio, reflexionando sobre lo que había ocurrido en las últimas doce horas. Todavía se sentía mareada por los sucesivos *shocks*: primero la emboscada, después adquirir el Habla, luego descubrir a su hermano. Sus pensamientos no eran capaces de centrarse en nada durante mucho tiempo, sino que saltaban ante ella, proyectando un caleidoscopio de imágenes en su mente: Cadvan cayendo inconsciente de Darsor, el rostro mortal del

espectro, el medallón de Hem...

Recordó con una extraña incomodidad la alegría que la había poseído cuando le había llegado el Habla durante la batalla de los Dientes Quebrados. En aquellos momentos se había sentido invulnerable e inmensurablemente peligrosa, el poder que había surgido de ella parecía infinito, como si simplemente necesitase hacer una señal con el dedo y ciudades enteras se derrumbasen a su capricho. Era una sensación embriagadora, pero también la asustaba. Se le vinieron a la mente las palabras de Ardina en su última conversación: «Podría ser que descubras que tu mayor peligro ya existe en tu interior». ¿Se referiría a aquella inquietante alegría?

Más o menos una hora más tarde vio cómo Darsor surgía de los Dientes Quebrados, seguido de cerca por Imi. El gran corcel se acercó a Cadvan a medio galope y apoyó la cabeza sobre su hombro.

Temía por ti, amigo mío, dijo Darsor. Pensé que tal vez hubiéramos cabalgado juntos por última vez.

—Yo también lo pensé —le respondió Cadvan, y acarició al caballo—. Pero no ha sido así.

La muchacha ya es una gran maga, dijo Darsor. Y no es más que una potranca. ¿Qué hará cuando crezca?

—Solo la Luz lo sabe —respondió Cadvan.

Darsor se inclinó y sopló a la oreja de Maerad. Imi todavía se escondía tras Darsor, y dejó caer la cabeza. Estaba cubierta por todas partes por surcos de sudor seco y parecía absolutamente desconsolada. Maerad se acercó a la yegua y le rodeó el cuello con los brazos. Imi resopló, con las orejas muy tiesas.

—Ya ha pasado todo —le dijo Maerad a la yegua.

¡Por fin hablas!, dijo Imi, echándose hacia atrás y resoplando por la nariz. Después dejó caer la cabeza muy baja. Siento haber salido corriendo.

—Fue mejor así —dijo Maerad, acariciándola—. ¿Qué podrías haber hecho? Ahora estás de vuelta, y eso es lo único que importa.

He tenido que buscar mucho para encontrarla, dijo Darsor, y después no quería venir, porque estaba muy avergonzada. Pero ya está aquí.

—No es ninguna vergüenza huir de enemigos así —dijo Cadvan—. Incluso el más poderoso estaría disculpado por acobardarse. Todo está bien, y ahora debemos marcharnos lejos de aquí. Esta noche todos cenaremos bien, ¿sí?

Darsor levantó la cabeza y relinchó sonoramente, con lo que despertó a Hem, que se incorporó, frotándose los ojos. Montaron casi a la vez y galoparon lentamente hacia la carretera recta.

Una hora después, su camino comenzó a inclinarse de manera ascendente, y vieron que las tierras altas ascendían, como una marea verde, hacia un elevado cerro de piedra recortada. Alcanzaron el cerro, llamado Raur Na Nor, la feroz Corona de

Norloch, dos horas después de mediodía. La carretera agujereaba la piedra, continuando el curso sin desviar trazado muchos siglos antes por los Bardos de Annar. Allí penetraron en un estrecho desfiladero, y la cumbre de la Corona se elevaba a unos treinta metros sobre sus cabezas, sumiéndolos en una profunda sombra. Una hora más tarde, pareció que muy repentinamente salían parpadeando a la luz del sol de la tarde.

Estaban en un lugar muy elevado, desde el que veían un ancho valle que se extendía varias leguas al sur y al oeste. Los laterales de la carretera descendían bruscamente por el hermoso Valle de Norloch, que iba cayendo formando surcos y terrazas alejadas de sus pies. Bajo ellos veían las diminutas formas de las casas, establos y almiarés, y a veces conjuntos más oscuros formados por pueblos sin amurallar y bosques.

—Ahí abajo hay una posada, el Hardellach —dijo Cadvan con voz agotada. Señaló hacia un pueblo anidado en un lateral de la colina a unas cinco millas—. Ya han pasado muchos años desde la última vez que hice este camino, pero antes la dirigía Colun de Gent, y deseo fervientemente que todavía sea así. Más lejos, al lado del mar, se puede ver la luz de la Torre de Machelinor, la torre más alta de Norloch. Lo único que tenemos que hacer es cabalgar hasta allí, y podremos descansar.

«Descansar», pensó Maerad. Era la palabra más maravillosa que había oído nunca.

Lejos, hacia el sur, veían por dónde fluía lentamente el río Aleph, atravesando tierras de labranza, brillando bajo el sol de la tarde como una inmensa serpiente dorada que dormitase sobre el césped verde. Hem sacó la cabeza de la capa de Cadvan con aspecto aturdido, como si pensase que habían llegado a los fabulosos reinos del sur. Con una indefinida sensación de miedo, Maerad divisó en la distancia un fogonazo de luz blanca, pequeño pero brillante como una estrella, y más allá una neblina azul que brillaba trémula, de la que pensó que debía de ser el mar. Era su primera visión de Norloch, la Ciudadela de la Llama Blanca, la elevada Ciudad de los Bardos, y el corazón le comenzó a latir más rápido dentro del pecho.



Cuatro días más tarde alcanzaron los extensos Prados de Carmallachen, en el centro del Valle de Norloch. Por fin veían cómo Norloch se alzaba alta y blanca sobre los campos, y Maerad se quedó sin respiración; incluso a aquella distancia era más grande y señorial de lo que había imaginado. La ciudadela sobresalía, pared de almena dentro de pared de almena, y sus altas torres se clavaban en el cielo gráciles como lirios, pero orgullosas, poderosas y austeras. En lo más elevado de la cima, la Torre de Machelinor retornaba la luz del sol como un cristal, y la ciudad parecía una corona brillante dominada por una estrella viva. Más allá de la ciudadela se extendía una distancia azul que bien podría ser el cielo, pero que también podría ser el mar que dormitaba bajo una bruma veraniega. Maerad creyó haber oído el débil doblar de una campana vagando sobre las praderas que tenían ante ellos.

Habían cabalgado duramente desde la emboscada en los Dientes Quebrados. Maerad se sentía exhausta tras la batalla con el espectro, pero no había habido tiempo para descansar. Habían pasado una noche en la posada Hardellach, donde el Burdo Colun había suturado las heridas del rostro de Cadvan. Por la mañana temprano del día siguiente habían iniciado un castigador camino a través del Valle de Norloch.

Si la vista de Maerad no hubiera estado nublada por el cansancio, tal vez hubiera disfrutado de la cabalgata. Hacía buen tiempo, no demasiado calor, el cielo tenía un color azul claro y profundo y de vez en cuando oía sobre ellos el débil gorjeo de una alondra que volaba en lo alto, entre las corrientes térmicas del verano, aunque no conseguía verla. Los rodeaba un pacífico y fértil paisaje adormilado bajo una débil neblina cálida; pasaron al lado de muchas casas de piedra delimitadas por exuberantes jardines, asentadas sobre las colinas que miraban hacia el valle.

La carretera iba ascendiendo con constancia, serpenteando entre praderas de abundante hierba que crecía en amplias terrazas, a menudo divididas por arroyos plateados y cubiertas de magníficas hayas, álamos u olmos. Blancas manadas de reses o rebaños de ovejas con la cara negra pastaban en ellas, o quizá había unos cuantos caballos que dormitaban bajo el sol mientras espantaban a las moscas con la cola. Alrededor de las casitas de piedra gris había unos pequeños campos vallados

sembrados de cebada, avena o trigo, con espigas que engordaban bajo el sol maduro; o hileras de color verde oscuro de remolachas o coles, o guisantes que florecían alegremente en rosa y blanco; y por todos lados había verdes huertos de manzanos, almendros y frutas maduras. A veces la carretera atravesaba un bosquecillo y la sombra fresca y moteada les caía sobre el rostro, un bienvenido alivio del calor. Vieron a mucha gente: granjeros con carretas, niños brincando o inmersos en alguna tarea, mujeres que caminaban con enormes cestos de mimbre e incluso un pastor con sus perros, con un rebaño de ovejas que inundaba la carretera como una nube baladora. A veces se cruzaban con jinetes envueltos en capas de los que Maerad pensó que debían de ser Bardos.

Cuando alcanzaron la carretera recta que atravesaba los Prados de Carmallachen, en la mañana del cuarto día, comenzaron a galopar con rapidez. De vez en cuando veían el río Aleph que serpenteaba a muchas millas a su izquierda, brillando bajo el sol. Cadvan entornó los ojos mirando al cielo.

—Creo que este hermoso tiempo cesará —dijo—. El viento está cambiando.

En el momento en el que se acercaban a las murallas de Norloch, a última hora de la tarde, un negro banco de nubes se había extendido por la mayor parte del cielo y soplaba un viento frío. A medida que el sol se iba poniendo en el horizonte se hundía tras las nubes, emitiendo una generosa luz dorada que parecía grabar cada objeto con una claridad surrealista, y parecía que el mundo estuviese conteniendo el aliento. Cercana, la ciudad se alzaba sobre ellos a una altura mareante. Maerad estiró mucho el cuello hacia atrás para mirar, con la sensación de que todo aquello fuese a derrumbarse sobre ella y machacarla bajo el gran peso de la piedra. La carretera conducía a unas grandes puertas de hierro negro, que no tenían relieve alguno salvo unos enormes goznes plateados con forma de llamas rizadas. Sobre las puertas había una torre con un campanario de piedra blanca del que colgaba una inmensa campana de bronce.

—Las puertas se cierran con las campanadas de la puesta del sol. Hemos llegado justo a tiempo —dijo Cadvan—. He enviado un mensaje a Nelac con un pájaro, pero quizá lleguemos nosotros antes que él. Espero que esté aguardando nuestra llegada —se volvió hacia Maerad sin sonreír; las marcas del látigo todavía le formaban lívidas rajadas en la cara, y tenía el ojo morado. Ella se asustó al ver el aspecto tan pálido y dolorido que tenía—. Esta noche habrá una tormenta salvaje, si es que me queda algo de conocimiento acerca del clima.

Atravesaron el arco de la puerta y la sombra oscura de este cayó sobre ellos. El sol ya comenzaba a desaparecer. Ante ellos tenían una ancha calle, a ambos lados de la cual se alzaban grandes edificios de piedra de muchos tipos, el Noveno Círculo de Norloch. Por el otro lado, el Círculo limitaba con un enorme muelle de piedra que se extendía entre acantilados negros, pero Cadvan los guio apartándolos del muelle, subiendo hacia el Octavo Círculo. Unas gruesas gotas de lluvia comenzaron a salpicar la calle, y Maerad se estremeció y se ajustó más la capa que la rodeaba.

Cadvan comenzó a meterles prisa para recorrer la calle, ansioso por llegar a la casa de Nelac antes de que estallase la tormenta y, según le pareció percibir a Maerad, guiado por otra urgencia que no fue capaz de adivinar. No había tiempo para detenerse y mirar, pero tuvo la confusa impresión de unas anchas calles iluminadas por enormes farolas que emitían una luz extensa y constante sobre grandiosas casas, edificios y posadas. El atardecer se desvanecía rápidamente, y cuando el sol al fin desapareció, escuchó un sonoro doblar de campanas: la gran campana de Norloch señalaba la llegada de la noche y el cierre de las puertas. Después, le pareció que, casi instantáneamente, ya era noche cerrada. Las gotas de lluvia aisladas ahora caían con más rapidez, y se escuchaba el resonar de truenos en la distancia. No pasaría mucho tiempo antes de que la tormenta estallase sobre sus cabezas.

Los caballos subieron raudos los nueve niveles, ascendiendo cada vez, dando rodeos de puerta a puerta. Norloch había sido construida cientos de años antes sobre la cima de una roca que sobresalía más de doscientos metros de un puerto rodeado por escarpados acantilados. A un lado la roca descendía abruptamente hacia el mar, y por el otro se iba inclinando con más suavidad hacia las llanuras de Carmallachen. Sobre esta pendiente se había construido la ciudad. Los Círculos de Norloch eran en realidad semicírculos, que se iban volviendo menos regulares a medida que descendían hacia las llanuras, y sus murallas se extendían de acantilado a acantilado. En el Noveno Círculo, un muro se detenía en el puerto. Era una pequeña cala que estaba rodeada por el precipicio con una estrecha boca, bordeada en el lado de la ciudad, a su vez, por un amplio muelle de piedra.

El saliente de roca original se había reforzado y extendido, y ahora tenía la forma de una fortaleza casi inexpugnable, protegida a un lado por el mar y al otro por las marismas y pantanos del río Aleph. El único acercamiento despejado a la Novena Puerta tenía que hacerse desde el norte, y la otra entrada a la ciudad tenía que hacerse por mar, atravesando la estrecha bahía en la que estaba el puerto, por la que resultaba arriesgado navegar y solo admitía un barco cada vez. Bajo la ciudad había excavaciones y cuevas que se adentraban con profundidad en la roca, en las que se almacenaban provisiones que podrían mantener viva a la ciudad durante muchos meses si era asediada. La guarnición de la ciudad vivía en los Círculos Tercero y Cuarto, compañías de adustos guerreros que se contaban por millares. Incluso en los tiempos de Maninae, cuando hacía mucho que Norloch había perdido su grandeza, era orgullosa y fuerte.

Pasaron sin ser interrogados hasta alcanzar el Cuarto Círculo, donde un hombre vestido con una librea de color azul y plata de la ciudadela los retó. Maerad se ocultó bajo la capucha, repentinamente temerosa de que no les dejaran pasar, y se percató de que Hem estaba completamente escondido dentro de la capa de Cadvan. Pero cuando el soldado reconoció a Cadvan realizó una profunda reverencia y se hizo a un lado, de manera que pudieron pasar, y así fue en cada puerta más elevada. Mientras atravesaban la puerta final que daba al Primer Círculo, por fin estalló la tormenta. El

brillante resplandor de un rayo iluminó descarnadamente la prominente ciudadela durante un breve segundo antes de que comenzase a caer la lluvia. Maerad vio cómo unos muros blancos y brillantes se alzaban bien altos en la oscuridad, calles alineadas con árboles, que el vendaval agitaba y golpeaba, y altos pedestales sobre los que había figuras, algunas de ellas recubiertas de oro, que resplandecían, algunas negras en la oscuridad, antes de que la lluvia cayese como una cortina cegadora.

—No estamos lejos —le gritó Cadvan por encima del hombro—. ¡Pero date prisa! ¡No me pierdas! —y comenzó a galopar enérgicamente. Imi, que se movía nerviosa a causa de los rayos, casi se pegó a la cola de Darsor; pese a que las calles estaban bien iluminadas, hubiera sido fácil perderlo bajo la fuerte lluvia y las sombras que se meneaban. Al fin, con las capas chorreando agua, llegaron a la casa que buscaba Cadvan. Tenía una pared alta y blanca que daba a la calle, en la que había una puerta alta con unos grabados en el dintel. Cadvan desmontó y tiró de una pequeña palanca de hierro que había en la pared, que Maerad supuso que debía de estar unida a una campana. Esperaron, poniéndose a cubierto contra un lado de la pared para intentar escapar del viento salvaje, durante lo que pareció una eternidad. En realidad había pasado muy poco tiempo hasta que la puerta se abrió y se encontraron ante un anciano barbudo cubierto por una pesada capa gris que llevaba un farol en la mano.

—¿Quién anda ahí? —dijo escudriñando la oscuridad—. ¡Por la Luz, Cadvan! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Entra, entra, hace un tiempo de perros! —les hizo un gesto con la mano para que entrasen, y guiaron a los caballos por la puerta hacia un gran patio con baldosas de piedra. Por fin estaban protegidos del viento, pese a que todavía diluviaba, ya que la lluvia caía por los canalones de los tejados. El hombre cerró la puerta tras ellos.

—Nelac —dijo Cadvan abrazando al anciano—, ¡cómo me alegro de verte! —Maerad vio que de repente Cadvan parecía exhausto y grisáceo, como si hubiera estado manteniendo la compostura por pura voluntad y ahora, al haber alcanzado su meta, estuviese al borde del colapso. El anciano se echó atrás, con las manos sobre los hombros de Cadvan, y lo examinó atentamente.

—Y yo me alegro de verte a ti, Cadvan, mi querido amigo. Te he echado de menos. Pero has sido maltratado, según puedo ver —hizo un gesto con la cabeza en dirección a Maerad y Hem—. Alejémonos de este tiempo antes de ponernos a hablar. Venid —los llevó al otro lado del patio, hacia unos establos—. Primero debemos atender a las bestias.

Refugiados en los establos se sintieron repentinamente tranquilos y calmados, y Maerad tomó aliento, reconfortada por el cálido olor a heno y caballos. No dijeron nada más mientras desensillaban a toda prisa y cepillaban a los caballos, dejándolos cómodamente alojados, resoplando ante unos pesebres plenos. Después Nelac los hizo cruzar el patio corriendo, atravesaron más puertas altas y penetraron en un amplio vestíbulo.

Estaba hecho de piedra lisa y tenuemente iluminado por una lámpara plateada

suspendida del techo, pero daba sensación de riqueza: de las paredes colgaban tapices de oro hechos de pesados brocados, y Maerad observó que este se abría a muchas estancias. Algunas puertas estaban abiertas, y la luz se desparramaba sobre el suelo de piedra. Escuchó voces que hablaban y, a lo lejos, el trino de una flauta. Se quitaron las capas en el recibidor, todos estaban tan mojados que se quedaron allí de pie sobre charquitos. Cadvan se apoyó contra la pared, tambaleándose ligeramente.

—¡Bien! —dijo Nelac examinando el empapado grupo—. Y estos dos ¿quiénes son?

Cadvan hizo un vago gesto, demasiado exhausto para formalidades.

—Son Maerad y Hem, quiero decir Cai, de Pellinor —Nelac elevó las cejas sorprendido, y durante un segundo su mirada se posó con una extraña intensidad sobre el rostro de Maerad—. Maerad, Hem, este es Nelac. Mi antiguo maestro y un gran amigo.

—Tendremos que daros ropa seca —dijo Nelac—. ¡Brin! —gritó hacia la parte de abajo del recibidor, y un hombre moreno y fornido apareció por una puerta—. Brin, tenemos unos huéspedes inesperados. ¿Podrías prepararles las habitaciones? Tres. Y necesito tres mudas, urgentemente. Una mujer y un niño —el hombre asintió y desapareció—. Venid a mis aposentos mientras esperamos —dijo Nelac—. Allí dentro se está caliente.

Igual que Malgorn y Silvia, Nelac vivía con sus estudiantes; sus aposentos estaban en el piso de abajo, tras una alta puerta de madera lisa, y se accedía a ellos por unas escaleras que salían del enorme vestíbulo. Nelac los llevó a una gran sala de estar que parecía muy luminosa en contraste con la escasa iluminación de los pasillos. Allí no había tanta grandeza, el cuarto estaba lleno de mesas y cómodas sillas y estanterías cargadas de libros e instrumentos de diversos tipos, y un fuego ardía en el enorme hogar de hierro. Una pared en la que no había ninguna estantería estaba curiosamente pintada, de manera que parecía dar a un bosque habitado por bestias y pájaros maravillosos. Al otro lado la estancia tenía unas puertas acristaladas que se abrían hacia un jardín, que en aquel momento estaba sumido en la oscuridad y la tormenta. Maerad miró a su alrededor, boquiabierta, y vio a un hombre alto y de piel negra que se ponía en pie para saludarlos, con el rostro mudo de asombro. Parpadeó sorprendida: era Saliman.

—¡Cadvan! —dijo—. ¿Qué diantres estás haciendo aquí? Te lo tenías bien callado, no me habías dicho que venías en esta dirección. Podríamos haber viajado juntos. ¿Y también Maerad? ¿Y este quién es?

Cadvan se tambaleó en el umbral de la puerta.

—Bien hallado, Saliman —dijo en voz baja—. Ya pensaba que podrías estar aquí.

Cruzó la estancia dando tumbos y se dejó caer sobre una silla con un mullido acolchado. Maerad vio que temblaba terriblemente.

—Y en bastante peor estado, por lo que veo —dijo Saliman ocultando rápidamente su alarma ante el estado de su amigo—. Estás pálido como una sábana.

¿Quién te he pegado en el ojo? Por no hablar de los latigazos. ¡Te traeré una bebida! —alzó una ceja en dirección a Nelac, que asintió, y se dirigió a un aparador en el que había varios decantadores de vidrio—. ¿Laradhel?

Cadvan asintió. Saliman sirvió un vaso de licor dorado, miró a Maerad y a Hem, y sirvió dos más.

—Sentaos, sentaos —dijo Nelac. Maerad y Hem continuaban de pie en la puerta, inseguros. Maerad, con Hem pegado a sus talones, se acercó a un sofá que estaba contra la pared pintada y se sentó muy erguida en un extremo. Saliman le dio su vaso, y ella bebió mirando a Hem de reojo, que primero le dio un ruidoso sorbo y después vació el vaso por completo. Una oleada de calor le recorrió el cuerpo y comenzó a relajarse un poco.

—Eso está un poco mejor —dijo Nelac. Miró a Maerad—. ¿He escuchado bien? —dijo—. ¿Ha dicho Cadvan que sois Maerad y Cai de Pellinor? Hermanos, supongo.

—¿Hermanos? —dijo Saliman mirando a Hem, que le devolvió la mirada descaradamente.

—Sí, es mi hermano —dijo Maerad. Reivindicarlo así todavía le producía una sensación de irrealidad.

Nelac negó con el cabeza, asombrado.

—¡Pellinor! Aunque ahora que te miro bien, puedo adivinar quién era tu madre, Maerad. Estoy seguro de que era Milana, del Primer Círculo. Sois como dos gotas de agua. No conocía igual de bien a Dorn, pero Cai ha salido a él. Los dos tenéis los ojos de vuestro padre.

Hem se retorció, Maerad no era capaz de decir si por incomodidad o placer.

—Me llamo Hem —dijo bruscamente, y después tragó saliva nervioso, como si pensase que le fuesen a pegar por hablar.

Nelac alzó una ceja, pero no hizo ningún comentario. En cambio miró directamente a Cadvan, que estaba absorto en el fuego y no parecía estar escuchando. Maerad le siguió la mirada, comenzaba a sentirse alarmada. Nunca había visto a Cadvan así. Ni siquiera mientras le suturaban las heridas en la posada, y en aquel trance había considerado que estaba al límite de su capacidad de aguante, tenía un aspecto tan fantasmal, tan gris... Parecía un moribundo. Nelac pareció compartir su preocupación, se acercó a Cadvan y se arrodilló ante él. Este levantó la vista con esfuerzo.

—¿Qué te ha ocurrido, amigo mío? —preguntó Nelac dulcemente. Tomó en su mano el mentón de Cadvan y lo miró directamente a los ojos. A Maerad le pareció que en ese momento Cadvan aparentaba tener diez años, ser un niño dolorido que suplicaba sin palabras un alivio, y se estremeció ante aquella visión. No tenía ni idea de la magnitud del sufrimiento de Cadvan: durante los últimos cuatro días había tenido un aspecto peor de lo normal, pero ella lo había achacado a los latigazos y el cansancio. Lo que ahora percibía era su mente herida, quebrada en la batalla, en las tierras altas. Ahora se daba cuenta, con una ola de consternación, de que él había

vivido una permanente angustia desde entonces, y ella no lo había sabido ver.

—Era un espectro —dijo Cadvan con voz ronca—. Un espectro del Abismo, Nelac. Me tiró al suelo. No había nada que pudiese hacer.

Maerad escuchó la honda inspiración de Saliman.

—¡Un espectro! —miro a Maerad y a Hem, maravillado—. ¿Cómo puede ser que todavía estéis vivos?

Cadvan hizo un gesto con la mano.

—Maerad... —murmuró, Nelac, que parecía sumamente preocupado, alzó la vista bruscamente.

—No hay tiempo para preguntas —dijo—. Podrán responderse más tarde.

Nelac colocó la mano sobre la frente de Cadvan y, mientras Maerad observaba maravillada, vio cómo una radiación plateada lo envolvía, creciendo en intensidad. Cerró los ojos. Poco después, la mano de Nelac brillaba más que cualquier otra cosa en la sala, y el mismo Bardo parecía ser una forma en incandescencia pura, un ser de aire y luz más que de carne. Muy a lo lejos, o en un lugar muy profundo de su mente, Maerad escuchaba una música etérea; creyó que era parecido a campanas o voces puras, pero en realidad no se asemejaba a nada que hubiese escuchado nunca. Los párpados de Cadvan se abrieron y cerraron, y su rostro se vio inundado por una profunda paz.

Hem estaba sentado al lado de Maerad con la boca abierta y el vaso olvidado en la mano. Se quedaron mirando, extasiados, durante un lapso de tiempo imposible de medir; y entonces Nelac espiró y apartó la mano de la frente de Cadvan, y la música radiante se suavizó, se fue atenuando y desapareció.

Con un suspiro, Cadvan abrió los ojos y se reclinó en la silla, mirando al techo. Nelac se puso en pie lentamente, y Maerad se dio cuenta realmente, por primera vez, de que era un hombre anciano, pero no era capaz de adivinar la edad. De repente le pareció profundamente cansado. Se sirvió un poco de laradhel y volvió a sentarse sin decir nada.

—¿Qué ha sido eso? —chilló la voz de Hem, asombrada y alarmada, y Maerad pegó un salto—. ¿Qué ha hecho?

Nelac miró a Hem, divertido pese a su evidente cansancio, pero fue Saliman quien respondió.

—Joven Hem, acabas de ver al más grande curandero de Annar y los Siete Reinos ejercer sus poderes completos. ¡Toma nota! Es algo difícil de ver. Y algo a lo que ha de aspirar un joven Bardo. Y un viejo Bardo también —dijo, alzando el vaso en dirección a Nelac.

—¿Ahora Cadvan se pondrá bien? —preguntó Maerad con un hilo de voz. Todavía sentía frío por el desasosiego: ¿cómo podía no haberse dado cuenta de lo enfermo que estaba? Volvió a maravillarse ante la capacidad de aguante de Cadvan, los había guiado todo el camino.

Nelac suspiró.

—Sí —dijo—. Ha estado a punto de ser demasiado tarde. Unas horas más y quizá ni tan siquiera yo podría haberlo ayudado. He tenido que profundizar mucho para curarlo. Pero sí, ahora se pondrá bien. Por lo demás, solo necesita dormir —miró a Hem y Maerad—. Y diría que vosotros dos también. Maerad, no sé qué es lo que ha ocurrido. Ya veo que es una historia cruel. De momento lo dejaré estar, podemos hablar mañana. ¿Querríais tal vez daros un baño, cenar y echar un largo sueño?

—¡Un baño! —Maerad se sintió abrumada por una repentina añoranza física—. ¡Eso sería maravilloso! No me he dado un baño desde... desde Innail.

Se escuchó una llamada en la puerta y entró Brin, el ayo de los estudiantes de Nelac.

—Las alcobas están preparadas, Maestro Nelac —dijo.

—¡Estupendo! —dijo Nelac mientras se ponía en pie—. Entonces deberías ir directamente a darte un baño, si lo deseas, joven Maerad. Y tú también, Hem.

—¿Un baño? —dijo Hem, de nuevo con aspecto alarmado—. ¿Qué es un baño?

—O no, como parece ser el caso —dijo Nelac, sonriendo con gran gentileza. Parecía encontrar a Hem muy divertido—. No es obligatorio, aunque tal vez sea aconsejable. Saliman, ¿podrías llevar a estos jóvenes arriba? Necesito sentarme un rato. Cadvan subirá más tarde, cuando esté listo.

Maerad recogió su hatillo en el vestíbulo, y después Saliman los hizo subir varios tramos de escaleras hacia los cuartos de invitados. Maerad parpadeaba mientras caminaban por los pasillos tenuemente iluminados. La casa de Nelac era grande e impresionante, con unos techos lo bastante altos como para perderse en la sombra, y por todos lados, talladas en los dinteles de puertas y ventanas, había runas y símbolos: encantamientos ancestrales, les dijo Saliman, para conseguir la prosperidad y sabiduría de aquellos que allí morasen. Estaba escasa pero lujosamente amueblada, y Maerad percibía con frecuencia destellos de oro o brillantes tapices, o llegaban a un descansillo y se encontraban ante una exquisita estatua que resplandecía blanca entre las sombras. Pasaron al lado de muchas puertas a través de las que escucharon murmullos de conversaciones, o instrumentos que eran afinados, o una voz solitaria que practicaba escalas; y se cruzaron a mucha gente por las escaleras, estudiantes de Nelac, supuso ella. Algunos se volvían y se quedaban mirando su estado salvaje. Maerad se preguntó cuánta gente viviría allí. Comenzaba a comprender qué había querido decir Silvia con que Innail era una «humilde casa», pero pensó que sí que prefería la acogedora morada de Silvia a aquella grandeza, que encontraba fría y lúgubre.

—Entonces, Hem de Pellinor, o Cai de Pellinor... ¿cuál es en realidad tu nombre? —dijo Saliman mientras caminaban.

—Hem —dijo Hem con firmeza—. Es Hem.

—¿También te encontró Cadvan? ¿Qué está pasando aquí?

Maerad no sabía qué responder, se preguntó qué querría Cadvan que dijese, y Saliman la miró y se echó a reír.

—Está bien, Maerad, no te sientas como si tuvieses que contarme algo. Ya lo averiguaré más tarde con Cadvan. ¡Pero no puedo parar de pensarlo! ¡Dos de Pellinor!

—Y tú ¿de dónde eres? —exigió saber Hem groseramente—. No de por aquí, me imagino.

Saliman parecía encontrar a Hem tan divertido como Nelac.

—No, Hem. Soy de Turbansk, al sur.

—¡El sur! —el rostro de Hem se iluminó de asombro—. ¿De verdad eres del sur? La boca de Saliman se retorció.

—Lo soy, sí. De la tierra de las granadas, monos y naranjas más grandes que tu cabeza.

Aquello pareció silenciar temporalmente a Hem, que tenía ahora los ojos como platos. Continuaron sin hablar hasta que llegaron a otro ancho pasillo. Saliman abrió la primera puerta y metió la cabeza dentro.

—Esta parece ser tu habitación, Maerad. Siéntete como en casa.

La alcoba de Maerad era más grande y tenía el techo más alto que su cuarto en Innail, con unas paredes de piedra blanca cubiertas por sencillos tapices azules. El suelo de piedra estaba templado por una alfombra escarlata con un complicado dibujo. Contra la pared había una cama con dosel, y al lado de la ventana había un banco acolchado, sobre el que descansaban un vestido rojo y otras prendas. Un fuego crepitaba tranquilamente en el pequeño hogar.

—El cuarto de baño está en el pasillo —le explicó Saliman. Maerad entró por la puerta y se volvió para darle las gracias, pero él ya se estaba alejando por el pasillo, enseñándole su cuarto a Hem. Ahora Hem ya charlaba libremente: parecía gustarle Saliman, o por lo menos no se sentía tan intimidado por él como se sentía por Nelac. Maerad cerró la puerta con cuidado, dejó el hatillo en el suelo y se sentó completamente quieta en el banquito que había al lado de la ventana. El cabello le caía sobre la cara, todavía húmedo por la tormenta, y se lo echó hacia atrás mientras miraba cómo la lluvia golpeaba el oscuro vidrio de la ventana. Se daría un baño y se cambiaría, pero antes tenía que deshacer su hatillo.

Sacó sus pertenencias, se colocó la lira sobre el pecho y dejó el gatito y la flauta de junco sobre la repisa del hogar. Cuando levantó la flauta, el anillo con los lirios de oro tallados relució ante la luz del fuego, y pensó en Ardina, que en sus diferentes apariencias de Elidhu y Reina le había dado los dos regalos, la rústica flauta y el exquisito anillo. Se preguntó, por primera vez, qué significarían. Ardina, estaba segura, tenía poco que ver con la Luz; pero con toda seguridad no era malvada. De alguna forma estaba fuera de aquellas leyes humanas —libre, extraña y peligrosa— y aun así llamaba a Maerad de los suyos. Sintiendo agitada por sus pensamientos, y demasiado cansada para seguirles el hilo, Maerad dejó el libro de Dernhil sobre una

mesita, al lado de la lámpara en forma de lirio que estaba allí colocada. Durante un segundo lo miró con tristeza, recordó vívidamente el rostro serio de Dernhil, inclinado sobre su mesa, escribiendo algo. Entristecida, volvió a la tarea de deshacer el hatillo. No sabía qué hacer con su equipo de lucha, pero cuando miró en la cajonera, vio que había espacio de sobra para guardarlo. La cajonera contenía prendas suaves y cálidas como las que había llevado en Innail, y la madera tenía un olor dulce, que impregnaba las ropas de su aroma.

Tomó el vestido carmesí, que estaba hecho de una lana muy suave y de primera calidad, del banquito de la ventana y caminó deprisa por el pasillo en busca del cuarto de baño. No había nadie. Se preparó un baño caliente, echando una generosa cantidad de aceites en el agua, y se metió dentro con una sensación de éxtasis. Durante un instante se permitió sencillamente relajarse para vaciar su mente de todo excepto el puro placer del agua caliente. Pensó que sería mejor no entretenerse y, mucho antes de estar lista, salió de la bañera, se puso el vestido carmesí y volvió a su alcoba.

Con la tempestad que rugía en el exterior, esta parecía muy agradable y acogedora. Tras la castigadora cabalgata de los últimos días no le apetecía moverse en absoluto; se quedó sentada al lado del fuego y escuchó cómo la tormenta arrojaba puñados de lluvia contra la ventana, iluminando su oscuridad con los destellos blancos de los relámpagos. Por fin estaba en Norloch, pero se sentía demasiado cansada para pensar, o incluso para tener ninguna sensación de triunfo; más que cualquier cosa, sentía una extraña y persistente inquietud. Norloch era noble y grandioso, y aquello la intimidaba; por otro lado, le gustaba mucho Nelac. ¿Por qué tenía, entonces, aquella sensación de duda?

Saliman llevó a Maerad y a un Hem que no paraba de bostezar escaleras abajo, al comedor de Nelac, donde había comida dispuesta sobre una mesa. Hem llevaba ahora un sencillo chaleco de lana teñida de azul y unos bombachos de fuerte algodón, en lugar de las prendas harapientas con las que había llegado, pero le quedaban demasiado grandes, y todavía iba descalzo. Estaba claro que no se había bañado.

—Tendremos que conseguirte unas ropas que te vayan bien, ¿eh, Hem? Y unos zapatos —dijo Saliman mientras lo examinaba. Hem levantó la vista, sorprendido: simplemente se conformaba con llevar ropas cálidas, y Maerad tuvo la impresión de que nunca había tenido zapatos—. Y también te iniciaré en el baño.

—Yo no —dijo Hem, meneando vigorosamente la cabeza—. Yo ya estoy bien así.

—Seguramente seas de un color bastante diferente bajo toda esa porquería —dijo Maerad reflexiva.

—Sí, blanco como la nieve —dijo Saliman con fingida seriedad—. Probablemente tenga el cabello rubio.

Hem encorvó los hombros y caminó ante ellos sin responder. Maerad le dirigió una mirada risueña a Saliman.

—Tienes un gran desafío por delante, si de verdad quieres lavarlo —dijo.

—Estoy impertérrito —dijo Saliman echando la cabeza atrás heroicamente—. ¡Ni tan siquiera Hem intimida a Saliman de Turbansk!

Cadvan no estaba presente en la cena; Nelac dijo que se había ido a la cama. Maerad tenía mucha hambre, pero unas negras olas de cansancio continuaban rompiendo en su interior. Sentía que si no se acostaba pronto, sencillamente se quedaría dormida en la mesa. Hem comió con ansia, y no fue capaz de ocultar su cara de incredulidad cuando le ofrecieron repetir. Cuando hizo el intento de pedir más y no le dijeron que no, su incredulidad se volvió cómica. Consumió, pensó Maerad, una cantidad de comida imposible: probablemente se pondría enfermo. Comió por lo menos cuatro veces más que Maerad, en el tiempo que a ella le había llevado acabar un solo plato.

Mientras comían, ni Saliman ni Nelac les preguntaron por sus aventuras. Saliman les contó historias de su tierra; sus fuertes y esbeltas manos de músico hacían dibujos en el aire, sus dientes destellaban blancos cuando reía. Hem estaba embelesado, masticando ruidosamente, tenía la cabeza llena de imágenes de torres de tejados dorados y mercados de frutas, puestos de seda y animales extraños y exóticos. No era capaz de apartar los ojos de Saliman, y cuando el Bardo interceptó su mirada y le sonrió se ruborizó terriblemente y se puso a mirar hacia la sala.

En el comedor de Nelac había muchos objetos curiosos: un globo de cristal grabado con extrañas runas; curiosos y complicados instrumentos hechos tal vez para medir u observar; y una estantería llena de grandes libros encuadernados en cuero con los títulos estampados en dorado sobre el lomo. Había una alta pila de rollos de pergamino y manuscritos de papel sobre una mesa colocada contra la pared. Sobre un estante había toda una colección de diferentes tipos de piedras: cristales de cuarzo y amatista, ágata pulida, jade y ámbar. Otra contenía unas enormes y exóticas caracolas marinas con extrañas puntas y cuernos, moteadas de marrón y rosa, y un nautilo perfecto, con unas complicadas espirales delicadas como el papel. Una lámpara dorada que colgaba sobre sus cabezas dejaba caer una suave luz. Maerad pensó en el estudio de Dernhil: aquel cuarto parecía aún más desordenado que el suyo, pero de la misma manera, sentía como si bajo aquel caos yaciese un propósito oculto.

—Perdonad el desorden de mis aposentos privados —dijo Nelac al percibir las miradas de Hem—. Parece que nunca tengo espacio suficiente para mis trabajos, y se esparcen por toda la habitación.

—A mí no me parece desordenado —dijo Maerad y después, a su pesar, se puso roja. No era capaz de deshacerse de sus reticencias en presencia de Nelac, pese a que no le daba miedo. No se parecía a nadie que hubiese conocido antes, y sentía lo lejos que él estaba de su experiencia; ni tan siquiera ante Ardina se había sentido así de cohibida. «Quizá sea porque Ardina era un poco como yo», pensó. «Y eso era lo que quería decir con que era de los suyos». Pero aun así quería saber qué le había ocurrido a Cadvan.

—¿Está bien Cadvan? —preguntó cuando acabó de comer.

Los ojos de Nelac eran oscuros y de alguna forma no tenían edad, y la mirada que le dirigió a Maerad era casi tan profunda como la de Ardina.

—Cadvan estará pronto bien —dijo—. He tenido que utilizar todos mis poderes curativos, pero he arreglado todo lo que estaba roto en su interior, como si nunca hubiera sido herido. Ha sido más que un conjuro de recomposición. Ahora ya solo está enfermo de agotamiento, y un largo descanso curará eso.

—Pero ¿qué le pasaba? —miró a Nelac, la consternación volvía a despertarse en su interior—. No percibí que le pasase nada, vaya, aparte de estar cansado, y los latigazos...

La mirada de Nelac estaba cargada de tierna comprensión y Maerad bajó la vista hacia la mesa. Su fina percepción le producía desasosiego.

—Cadvan es un Bardo de voluntad extraordinariamente fuerte —dijo amablemente, con una breve sonrisa, como si estuviese recordando algo lejano—. Si desea mantener algo oculto, es prácticamente imposible averiguarlo. Cuando llegasteis aquí estaba al borde de la muerte. Había sido vencido y roto por un poder maligno, pese a haber abierto todo su poder. Esto es algo doloroso para un Bardo; y cuanto más grande es el Bardo, más doloroso resulta. Y Cadvan es un Bardo muy grande. Aunque las heridas físicas se curasen, estaba enfermando y consumiéndose.

Maerad se quedó en silencio, asustada ante la idea de Cadvan muriendo. Le tenía por alguien de alguna manera invulnerable.

—He de decir que me siento lleno de curiosidad —dijo Nelac tras una pausa—. ¿Cómo puede ser que no os hayan matado en el acto? Y ¿quién sería el espectro? Han pasado muchos siglos desde que se supo por última vez de uno en Annar.

Un temblor sobrecogió a Maerad mientras la figura torva del espectro se le aparecía vívida en la memoria.

—Dijo que se llamaba Sardor —dijo ella.

—¿Sardor? —de repente a Nelac se le ensombreció el rostro—. Fue encadenado hace muchas eras. Hubo un tiempo en el que se aparecía en los Dientes Quebrados, en las tierras altas de Edinur, su montículo funerario; pero los Bardos lo limpiaron tras el Silencio, y solo permaneció su sombra. Un negro recuerdo de una maldad anterior, pero un recuerdo al fin y al cabo. Fue allí donde os asaltó, supongo. Una vez fue un poderoso rey, en los tiempos oscuros. Es una terrible noticia que una maldad tan grande vuelva a caminar sobre estas tierras.

—No creo que vuelva a hacerlo —dijo débilmente Maerad, y en aquel momento le temblaban las manos y comenzó a sentir un estruendo en los oídos—. Lo atacó, ardió y desapareció.

Nelac y Saliman se quedaron mirando a Maerad atónitos.

—¿Tú lo atacaste? —dijo Saliman. La incredulidad se le filtraba en la voz. Miró a Nelac, que observaba a Maerad sombríamente bajo sus gruesas cejas.

De repente Maerad sintió que no podía soportar la incredulidad de los Bardos, no

en aquel momento, no en aquel lugar, no aquella noche. Se agarró las manos para hacer que dejasen de temblarle.

—Nadie lo vio —dijo—. Cadvan estaba inconsciente. Pensaba que Hem estaba muerto. Nadie me vio hacerlo. Pero lo hice. Podéis creerme o no —los miró desafiante y vio que Nelac la miraba fijamente. Le sostuvo la mirada, negándose a ser intimidada. Al final él se movió, apartó la vista y se pasó las manos por la frente. Para sorpresa de Maerad, parecía inmensamente triste.

—Te creo —dijo.

Maerad flotó entre las nebulosas y neblinas del sueño durante lo que le pareció un largo tiempo: imágenes absurdas de una ciudadela como la de Norloch se aparecerían ante ella, aunque diminutas y atrapadas dentro de un cristal como un adorno infantil, árboles que caminaban en dirección al mar y Hem comiéndose un racimo de uvas sobrenatural. Pero de repente se quedó sin aliento en sueños: ante ella aparecía un Gluma que extendía la mano para tomarla de la muñeca. La agarraba, y ella no podía ni moverse. Entonces el Gluma se desvaneció y Maerad soñó, tal y como le había ocurrido hacía mucho tiempo en el Innail, que se elevaba como un pájaro sobre el reino de Annar. En la distancia, el sol que se hundía tocaba las montañas orientales y las almenas de una gran ciudad al oeste, una ciudad que ahora sabía que era Norloch; el río Aleph fluía por el centro, una serpiente de oro fundido. De nuevo una neblina negra se arrastraba sobre la tierra y escuchaba lamentos, y después la voz gritaba: «Mira al norte». Sintió un pánico que la inundaba cuando una sombra que se disolvía intentaba encontrarla; y entonces, igual que la otra vez, con el enfermizo pavor de un sueño, apareció la voz muerta. Comprendió, con una paralizante sensación de asombro, que empleaba el Habla, pero de repente el Habla cambiaba y se distorsionaba de modo que ya no era una lengua de gran belleza, sino malvada y vacía, con su potencia invertida. «Aquí estoy de nuevo», dijo la voz, «pero nadie hallará mi morada, ya que habito en cada corazón humano». Se echó a reír, y la risa la hirió; y después, retorciéndose y dando vueltas en la cama, Maerad escapó a los tentáculos de la pesadilla y se despertó. Se incorporó en el lecho, temblando, y miró a su alrededor. Su cuarto estaba tranquilo y en paz. Una débil lucecilla penetraba por las contraventanas e iluminaba la alcoba con una luz plateada. Miró a su alrededor, para tranquilizarse; allí estaba su lira, su libro, la flauta que le había dado la Elidhu...

Cuando se sentó en la cama, intentando sin éxito deshacerse de una aplastante sensación de pánico, se escuchó un golpecito en la puerta. A Maerad casi se le sale el corazón del pecho del susto.

—¿Maerad? —era Hem.

—¿Sí?

La carita pálida de Hem, despeinada por el sueño, asomó por la puerta.

—Maerad, ¿puedo dormir contigo? Tengo pesadillas... El cuarto es tan grande y

oscuro...

Maerad asintió, y Hem se subió a la cama con ella sin decir una palabra. Ella se tumbó, rodeando con los brazos el cuerpecillo delgado y huesudo de Hem. En cuestión de segundos este estaba roncando, y no pasó mucho rato hasta que también Maerad cayó en sueño pesado y sin imágenes.

Maerad abrió los ojos. Lo único que vio fue una gran extensión blanca, atravesada por una onda de luz dorada danzante. Se quedó mirándola, fascinada, durante lo que le pareció un largo tiempo, y poco a poco fue dándose cuenta de que estaba mirando al techo. Debía de estar en Innail, pensó, aunque allí los techos eran de piedra, no blancos. Después todo se le vino a la memoria de repente, y se incorporó bruscamente.

Hem estaba sentado en una esquina, comiendo un bollito.

—Duermes como un perro viejo —dijo—. Llevo mil años esperando a que te despiertes. Ya llevo horas levantado.

—¿Qué hora es? —Maerad se pasó los dedos por el cabello.

—Pasan tres horas del mediodía —Hem le pegó otro mordisco al bollito—. Y además roncas.

—¿Qué tal está Cadvan? —Maerad sacó las piernas de la cama, en busca de sus ropas.

—No lo sé —Hem se encogió de hombros—. Seguramente esté dormido como tú.

—Sal para que pueda vestirme.

—De acuerdo —Hem volvió a encogerse de hombros—. Hay comida abajo, si quieres. Tengo que volver para enseñarte el lugar, Saliman está preocupado por si te pierdes —Maerad le lanzó la almohada, y él salió de la habitación agachado.

Después de vestirse, Maerad se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Hacía un día despejado y hermoso, como si la tormenta del día anterior hubiera fregado bien el cielo para dejarlo limpio. Podía ver los tejados de los Círculos inferiores, bajando hasta Carmallachen, y más allá, veía el Valle de Norloch. Estaba admirando la vista cuando de repente recordó, con un escalofrío que le recorrió el cuerpo, su sueño de aquella noche. Le golpeó una ola de náuseas que le comenzó en los pies y la recorrió por completo, hasta la cabeza. Tuvo que agarrarse a la mesa, sintiéndose mareada y con ganas de vomitar. La Maerad que se unió a Hem diez minutos más tarde y bajó por las escaleras era una muchacha sombría.

Cadvan y Saliman ya estaban en la sala de estar de Nelac, inmersos en una conversación. Alzaron la vista cuando Maerad y Hem entraron. Cadvan todavía estaba muy pálido, tenía profundas sombras en la cara: las marcas de los latigazos, cubiertas por una espiga de diminutos puntos de sutura, resaltaban vívidas en su piel, y el ojo morado se estaba desvaneciendo espectacularmente con un brillo como el de los colores del atardecer. Pero el aspecto sepulcral que tanto había preocupado a

Maerad la noche anterior había desaparecido.

—Buenos días —dijo Cadvan—. ¿O debería decir tardes? ¡Yo también me he levantado a deshora!

—Hola —dijo Maerad. Se sentía tan aliviada al ver a Cadvan con un aspecto casi normal que se le vinieron las lágrimas a los ojos. Parpadeó para deshacerse de ellas y miró hacia el comedor—. Hem me dijo que había comida.

—¡Hem y la comida! —Saliman puso los ojos en blanco—. Nunca había visto a un ser humano comer tanto. ¡Creo que no ha dejado de masticar desde que salió de la cama!

—Tengo hambre —dijo Hem—. ¿Qué tiene de malo? —y desapareció en el comedor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó tímidamente Maerad. Cadvan le sonrió por primera vez en varios días.

—Muy bien, mi joven Bardo —dijo—. Aparte de unos cuantos puntos que me tiran. Estoy seguro de que tengo peor aspecto por fuera de lo que siento por dentro, para variar un poco. Ve y coge algo de comer. Nelac vendrá enseguida, ahora mismo está dando clase. Tenemos que hablar todos juntos.

Maerad desayunó —con Hem, que explicó sin ningún tipo de vergüenza que ella necesitaría compañía— y volvió a la sala de estar, donde Cadvan y Saliman hablaban del viaje a Norloch de Saliman.

—No ha estado tan accidentado como el tuyo —dijo Saliman mirando el rostro herido de Cadvan—. No he visto a ningún espectro. Pero me atacaron tres Glumas en un cruce, y aunque conseguí deshacerme de ellos, mataron a Dima, mi yegua. Todavía la lloro. Me había llevado durante los últimos siete años. ¡No esperaba hallar tales peligros en el corazón de Annar! Así que me llevó más tiempo llegar aquí de lo que habría deseado. Me compré otro caballo, pero no era tan bueno como el mío, me sentía presionado y no me encontraba en una situación en la que pudiese regatear.

Mientras hablaba volvió Nelac. La luz del sol se colaba por los grandes ventanales, y los abrió para que entrase el aire fresco. Maerad miró hacia el exterior; vio un cenador de coloridas florecillas esparcidas sobre un césped verde esmeralda, y contuvo una exclamación de deleite.

—La mayoría de mis flores han sobrevivido a la tormenta —dijo Nelac desde detrás de ella—. ¡Pero, ay, no las flores del viento! La más mínima brisa les arranca los pétalos, y este año estaban tan hermosas...

Maerad se volvió hacia Nelac, sonriendo, y su timidez desapareció de repente. Más que su nobleza, percibió su ternura, y bajo esta la tristeza que parecía ser una cualidad de todos los Bardos y a veces la confundía, por lo a menudo que se transformaba sin previo aviso en alegría. Era, se dio cuenta, muy parecido a Cadvan, entonces recordó que los dos venían de la misma Escuela.

Los Bardos hablaron durante un rato. Hem se sentó en el suelo, escuchando y mordisqueando trocitos de comida, y de vez en cuando desaparecía en la sala

contigua para reponerlos. Parecía tener miedo de que toda la comida desapareciese en la próxima hora si no la consumía inmediatamente. Nelac y Saliman se sentaron sobre las grandes sillas que estaban al lado de la chimenea apagada, y Maerad se sentó al lado de Cadvan, en el sofá que estaba contra la pared pintada, con Hem cerca de los pies.

Cadvan le contó a Nelac su descubrimiento de Maerad en El Castro de Gilman, su salida de Innail y la muerte de Dernhil a manos de los Glumas, que Nelac ya conocía por Saliman. Este último meneó la cabeza con tristeza.

—Dernhil es una dolorosa pérdida —dijo—. ¡Y es tan extraño! Todo Innail estaba de duelo cuando me marché; Silvia era inconsolable —el corazón de Maerad dio un vuelco ante la mención de Silvia, y se le vino a la mente su rostro, oscurecido por la pena—. ¿Por qué iban a atacar los Glumas a Dernhil? —continuó Saliman—. ¿Sería tal vez por venganza, Cadvan? ¿O crees que pueda tener algo que ver con Maerad?

—Puede que ambas cosas —dijo Cadvan muy serio. Después les relató sus encuentros con los Glumas y el Kulag, y por último la emboscada del espectro. Debido a la promesa que le había hecho a Ardina, no mencionó Rachida. Hem escuchaba en silencio, masticando pensativamente. Ni Nelac ni Saliman interrumpieron; escuchaban atentamente, con una grave expresión en el rostro. De vez en cuando Saliman miraba a Maerad con cara de asombro.

—Lo del Kulag ya es bastante extraño —dijo cuando Cadvan terminó su relato—. ¡Pero destruir un espectro!

—No sabemos si fue destruido —dijo Nelac—. Aunque parece que así fuese. Nunca he escuchado que un Bardo pudiese hacer nada más que expulsar a un espectro al Abismo.

—E incluso eso necesita de una voluntad poderosa —añadió Cadvan—. Sí, aquí hay algo que no comprendemos bien —todos miraron a Maerad.

—Entonces ¿por qué no fuiste tú capaz de expulsarlo? —le preguntó esta a Cadvan—. Todo el mundo dice que eres un gran Bardo.

Cadvan suspiró.

—Debería haber sido capaz de hacerlo. Pero me pillaron, he de confesar con vergüenza, por sorpresa. Tenía prisa y tomé la decisión equivocada; creí que podría enfrentarme a Glumas y semi-hombres. Incluso aunque hubiera cinco Glumas, no me parecía imposible; un riesgo, pero no un gran riesgo, siendo cauteloso. Pero un espectro era algo muy diferente —sonrió irónicamente—. Por mucho que a ti te pueda parecer poca cosa.

—Bueno —dijo Maerad, ruborizándose ligeramente—. No es que me pareciera poca cosa, más bien es que... que no pensé en ello. Fue como si saliese de mí. Estoy muy cansada desde entonces —añadió rápidamente.

—No lo dudo —dijo Saliman sonriendo—. Yo hubiera necesitado pasarme una semana tumbado.

—Me preguntaba... —dijo Maerad, y se detuvo.

—¿Qué, oh mi Libertadora? —dijo Cadvan.

Maerad volvió a ruborizarse ante sus bromas.

—Me preguntaba si el Landrost te habría herido, y si sería por eso por lo que... —le falló la voz y volvió a detenerse.

—El Landrost me hirió, sí —dijo Cadvan—. Y mi poder estaba más enflaquecido de lo que debería estar. Pero eso no es excusa para tomar decisiones precipitadas y para los errores que de ellas se deriven. Me juzgo culpable, y lo soy; y es un juicio serio, Maerad, porque las cosas estuvieron a punto de ser de otra forma, y el resultado hubiera sido terrible para muchos más que nosotros —Maerad percibió durante un momento una severidad implacable en el rostro de Cadvan, y se estremeció; pensó que no le gustaría que Cadvan la juzgase si realmente hubiera hecho algo mal. Pero después aquello pasó y él continuó hablando—. Si la nube estaba envuelta en dorado, fue eso lo que te hizo adquirir el Habla, y quizá solo una situación tan extrema podía conseguirlo. Estabas profundamente velada.

—Un velo profundo podría ser señal de un gran Don —intervino Nelac—. Esta Thorondil de Culor, por poner un ejemplo. No adquirió el Habla hasta los veintiún años.

—Aún hay más —dijo Cadvan. Entonces les habló del pergamino que Dernhil le había dado a Maerad, en el que Lanorgil hablaba de su sueño premonitorio, y le habló a Nelac de la lira de Maerad, el tesoro oculto de Pellinor. A petición de Nelac, ella subió corriendo a su habitación y cogió las dos cosas de su hatillo. El anciano Bardo tomó la lira con reverencia, dándole vueltas en las manos.

—Sí, Cadvan, tienes razón —dijo por fin, frotando las cuerdas ligeramente con los dedos, de manera que resonaron débilmente por toda la sala—. Un verdadero objeto Dhyllico. Algo hermoso, perfecto. ¡Qué equilibrio!

—Tenía la esperanza de que pudieses leer lo que está escrito en la madera —dijo Cadvan—. No reconozco la caligrafía en absoluto.

Nelac la observó más de cerca.

—No —dijo finalmente—. En Afinil había muchas caligrafías en uso, y yo no las conozco todas. Estas son runas, y tales escritos pueden contener un poema entero en un solo símbolo. Son muy difíciles de descifrar si se ha perdido la clave. Pero quizá no diga nada más que el nombre del artesano y un fragmento de un verso.

Volvió a acariciar la lira y después se la dio a Maerad, que volvió a meterla en la funda que Cadvan le había regalado. La trató aún con más cuidado del habitual; para ella era algo precioso, siempre lo había sido, pero aquellos Bardos la contemplaban con una especie de conmoción.

—Este es el pergamino que Dernhil me dio —dijo, tendiéndoselo a Nelac. Él lo inspeccionó a conciencia.

—Entiendo que dice el Nombre Verdadero de Quien el Destino ha elegido —dijo Cadvan, dirigiéndole a Nelac una mirada inquisidora—. ¿Tú que opinas?

—*Buscadlo y apreciad al Lirio de Fuego, a Quien el Destino ha elegido, que con*

más belleza florece en sombríos lugares y ha dormido durante largo tiempo en las tinieblas; de una raíz así florecerá de nuevo la Llama Blanca, cuando parezca que su semilla está envenenada desde el mismo centro —dijo Nelac, leyendo el pergamino—. Hmmm —miró a Maerad y de nuevo al pergamino—. Está claro que no es del lirio de Pellinor de quien habla, y parece evidente que habla de un Nombre Verdadero, a veces se dice que viene de «las tinieblas». *¡Percibid la Señal, no estéis Ciegos! En el nombre de la Luz y ansioso de Habla, cuyas raíces yacen en el Canto del Árbol que nos nutre a todos. ¿El Canto del Árbol? Vaya, hacía mucho que no pensaba en eso...*

—¿Lo conocías? —Cadvan se inclinó hacia delante, le brillaban los ojos—. Es una pista, tiene algo que ver con los Elementales. Hay una cosa más. Maerad, cuéntales lo de la Elidhu.

Maerad les explicó su encuentro con la Elidhu en el bosque Grávido, y recitó la canción que esta le había cantado. Saliman y Nelac escuchaban en silencio absoluto, y ella disfrutó del relato al percibir su asombro. Hem alzó la vista, con la boca abierta, olvidándose por una vez de comer. Maerad pensó en la extraña seguridad de que Ardina y la Elidhu eran una. Pero tenía prohibido mencionar Rachida, y ni tan siquiera le había hablado a Cadvan de la revelación de Ardina.

—¡Sangre elemental en la Casa de Karn! ¡Eso me sorprende hasta a mí! —dijo finalmente Nelac—. Pero estoy seguro de que tienes razón, existe una conexión. Debería remontarme a lo más profundo de mis recuerdos para encontrarlo. El Canto del Árbol es una antigua tradición, que data de Afinil y cayó hace mucho en la sombra; está relacionada con el Habla. Se conecta, de alguna manera, con Quien el Destino ha elegido; casi no consigo recordar... también hay muchas canciones sobre Quien el Destino ha elegido. Y todas son enigmas.

Una hermosa voz tenor llenó la sala de súbito.

*En la Zarza crece el Lirio
en la Ola crece la Zarza
es su voz de Fuego trilingüe
la que Edil-Amarandh salva.*

Maerad levantó la vista sorprendida. Era Saliman, a quien nunca había escuchado cantar.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Es de los *Cánticos* de Pel —le dijo él—. Escrito justo después del Gran Silencio. El Lirio de Fuego parece quedar bastante claro, si tomamos como guía la profecía de Lanorgil. Y en cuanto a la Zarza, esa es la Casa de Karn.

—¿Sí? —preguntó Maerad atónita.

—Su símbolo es una rosa —dijo Cadvan—. Una rosa salvaje —tenía el ceño fruncido, pensativo—. No había pensado en los *Cánticos* —dijo—. ¿Trilingüe? ¿No

se referirá al Habla, el annariense y la lengua de los Elidhu? —miró a Nelac con el rostro iluminado por la emoción.

—¿Estás sugiriendo que Maerad es Quien el Destino ha elegido? —preguntó Nelac, con las cejas tan alzadas que casi le desaparecían bajo el cabello.

—Sí, sí, sí, por su puesto que lo estoy sugiriendo —Cadvan volvió a ponerse a cavilar, abstraído—. La ola. ¿Qué es eso? La ola significa tantas cosas...

—¡Cadvan, esa es una afirmación muy seria! —dijo Nelac—. ¿Hablas en serio? Cadvan miró a Nelac directamente a los ojos.

—Hablo más en serio de lo que he hablado nunca —dijo—. La necesidad despierta a la Luz, según se dice. ¿Dudas que ahora haya necesidad?

Nelac lo miró sin pestañear. Lentamente asintió, y después suspiró. Se volvió hacia Maerad, y sus ojos se clavaron en profundidad en la mente de ella, escudriñándola con más intensidad de lo que lo había hecho la noche anterior. Ella se echó atrás, tomada por sorpresa. Se produjo un súbito silencio en la sala. Después él realizó un curioso gesto: fue hundiendo la cabeza en el pecho lentamente, arrastró la mano derecha hasta la nuca y se la agarró con fuerza. Se quedó así durante un rato. Mientras tanto, Cadvan y Saliman lo miraban fijamente, con las palabras detenidas en los labios.

Finalmente, Nelac levantó la cabeza.

—Sí, creo que Maerad es la Elegida —dijo—. Creo que tus exposiciones son correctas —volvió a suspirar, mirando a Maerad con inmensa compasión. Ella le devolvió la mirada sin decir nada, deseando preguntarle cómo lo había sabido, sintiendo que la sangre le zumbaba en las orejas.

—Tienes más cosas que decir, me parece —dijo Nelac.

—Sí —dijo Cadvan—. Pero me pregunto qué significará la ola.

—Es una señal de la Luz, por supuesto —dijo Nelac—. Y también es el símbolo de la música y, casualmente, también el de la escuela de Amdridh. Podría significar simplemente el mar. Es demasiado intrincado para buscarle sentido.

—Más adelante, los *Cánticos* hablan de espuma —intervino Saliman.

—Hmmm. Sí, así es —Nelac frunció el ceño—. Se asociaba a los Elidhu con la espuma de las olas, que es capaz de tomar diferentes formas. Pero eso es tensar demasiado el arco —hizo una pausa, frunciendo el ceño abstraído—. Ahora recuerdo lo que es el Canto del Árbol. Son antiguas palabras para nombrar el Habla, de los días de Afinil. Significa lo que está más allá de las palabras. Y también es una canción, supuestamente escrita cuando los Bardos aparecieron en Annar por primera vez, que contiene el misterio del Habla, pero la Tradición sostiene que es un enigma que ningún Bardo ha sido capaz de descifrar. Y se perdió hace mucho tiempo. Incluso durante los primeros días tras el Silencio, cuando los Bardos comenzaron a encontrar una buena parte de lo que había desaparecido, muchos dijeron que nunca había existido.

Se produjo una pausa en la que nadie dijo nada.

—Entonces ¿cómo vamos a averiguarlo? —preguntó Maerad.

Nelac le dirigió una aguda mirada.

—No lo sé —dijo—. Pero creo que habría que hacerlo —miró a Cadvan inquisidoramente—. Y ¿qué más?

—Está el tema de Hem, o Cai —dijo Cadvan.

Hem se removió como si estuviese a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor.

Cadvan se sumergió en la historia del hallazgo de Hem, hablando de su vida en el orfanato y del descubrimiento de su medallón. Esta vez Nelac y Saliman interrogaron más a fondo a Cadvan, y después le hicieron preguntas a Maerad.

—Sé que es mi hermano —dijo Maerad, acercándose inconscientemente a Hem en un gesto protector—. Creo que lo intuí antes de saberlo... en mi interior, vaya.

—Podría ser que tu comprensible deseo de que tu hermano esté vivo haya sido mal interpretado aquí —dijo Nelac con dulzura—. Hasta ahora la única prueba que tenemos es su medallón y un ligero parecido con Dorn. Los Glumas podrían haberle puesto encima el medallón, para confundir a los demás.

—No, es mío —dijo Hem con vehemencia—. Ya lo tenía cuando fui allí. Siempre lo he tenido —y Maerad reconoció la pasión de quien nunca había poseído nada; ella sentía exactamente lo mismo por su lira, su único objeto preciado, su exclusiva señal de identidad en El Castro de Gilman.

—Aún así, eso no significa que no te lo hubiera podido poner encima un Gluma —dijo Saliman—. Y a falta de ninguna otra prueba... —Maerad posó la mano sobre el hombro de Hem, agarrándolo con fuerza.

—Sí —Nelac bajó la cabeza, sumido en profundos pensamientos—. Sí. Y sabemos, por supuesto, que los recuerdos pueden incrustarse en la mente. Los Glumas están acostumbrados a ello. La única manera de estar seguros sería visionándolo.

—Yo no voy a visionarlo —dijo rápidamente Cadvan—. Ya fue bastante terrible visionar a Maerad.

—Entonces lo haré yo —dijo Nelac—. Si Hem está de acuerdo, claro está.

Hem fruncía el ceño desde la alfombra.

—No estoy diciendo mentiras —dijo rápidamente.

—Lo sé —dijo Nelac—. Lo que dudo no es algo que tú puedas hacer a propósito. Pero has de saber, Hem, que no se visiona a nadie contra su voluntad. Nos ayudaría mucho si aceptases.

Se produjo una larga pausa.

—De acuerdo —dijo Hem enfadado, sonaba como si estuviese a punto de echarse a llorar—. ¡Visióname, si es que no me crees! —se puso en pie y salió corriendo al jardín.

—¡Lo has asustado! —dijo Maerad acaloradamente, mirando a Nelac, y siguió a Hem al exterior. Este estaba de pie bajo un árbol en flor, mirando con el ceño fruncido en dirección a los parterres.

—Hem —lo llamó en voz baja.

—¿Qué? —no se volvió.

Maerad no sabía qué decir.

—Nelac... Nelac no pretendía herirte —dijo por fin—. Cadvan me ha visionado. No duele. Sabes, cuando me lo hizo ;fui yo quien le hice daño a él!

—Yo no miento —dijo con voz ahogada—. Tú no tienes ningún problema, nadie está diciendo que no te crean.

—Eso no es cierto del todo —respondió Maerad, pensando en el Consejo de Innail—. De todas maneras, no va a hacerlo ahora mismo. Venga, vuelve a entrar.

Hem se volvió malhumorado, con la mirada baja. Maerad le cogió la mano y él se la apartó, pero la siguió de vuelta a la sala. Cadvan, Saliman y Nelac estaban sentados en silencio.

—Hem, siento haberte asustado —dijo Nelac gravemente—. Y también siento que parezca que dudo de ti. Las cosas que estamos hablando aquí son tan importantes que no podemos estar menos que absolutamente seguros de lo que creemos.

Hem asintió, tragando con fuerza.

—De todas maneras, puedo prometerte que la visión no te hará daño —continuó Nelac—. Y ordenaré un banquete especial para después, solo para ti, para reconciliarnos por ello.

Hem volvió a asentir, y parecía un poco más alegre.

—No estoy asustado —dijo con una bravuconería despectiva—. Entonces, ¿querrás hacerlo ahora? —preguntó tras una pausa—. Mi cerebro está listo.

Saliman sonrió y le dio un suave coscorrón.

—¿Qué no harías tú por comida, granuja? —preguntó—. De todas maneras, tenemos que terminar aquí.

—Más tarde será lo bastante pronto —dijo Nelac ocultando una sonrisa—. Y después, por supuesto, hemos de decidir qué hacer contigo.

—¿Hacer conmigo? —la alarma volvió instantáneamente al rostro de Hem.

—Tienes que ir a la Escuela.

—Oh.

—Pero por desgracia no creo que Norloch te acepte.

—No, seguramente no —dijo Cadvan—. Había olvidado que...

—¿Olvidado el qué? —Maerad levantó la vista con brusquedad.

—Parece ser que los Pilanel no suelen obtener plaza aquí —dijo Cadvan, con cierto desprecio en la voz—. Se supone que una Escuela ha de aceptar a todo los que tengan el Don, pero aquí se argumenta que, ya que Norloch es el Centro de la Luz, solo aquellos de buena cuna deben tener el honor de aprender aquí.

—¡Pero Hem es de la Casa de Karn! —dijo Maerad—. ¡Me dijiste que era una de las familias más nobles que existían!

—Sí —dijo Cadvan—. Pero incluso aunque estuviésemos completamente seguros de ello, será difícil persuadir a alguien más de los de derechos de Hem. En especial

aquí. Y también pienso que Hem sería más feliz en otra escuela.

—¿Y Turbansk? —preguntó Saliman.

—¿Turbansk? —el rostro de Hem se iluminó de repente—. ¿De verdad que podría ir allí?

—Si lo deseas —dijo Saliman—. Yo podría llevarte. Pronto he de partir de aquí.

Maerad siento un repentino pinchazo: ¿perdería tan rápido a su hermano? Hem parecía estar pensando lo mismo.

—¿Maerad también vendrá? —preguntó.

—Tal vez —dijo Cadvan—. Y si no, seguro que podrá visitarte —Hem pareció un poco tranquilizado.

—Podemos pensar en el futuro de Hem durante los próximos días —dijo Nelac—. Hay varias posibilidades. Alguien con el inusual pasado de Hem necesita ser ubicado cuidadosamente. Estoy de acuerdo con que Norloch no sería un buen lugar. ¡Pero cómo pasa el tiempo! El sol ya se dirige hacia el oeste. Necesito digerir todo lo que se ha dicho hoy. Está claro, pues, que creemos que Maerad es la Elegida.

Cadvan asintió.

—Es una gran proclama —continuó Nelac—. Y no tenemos esperanza de convencer a otros hasta que sea proclamada y sepamos su Nombre. Acepto la profecía de Lanorgil; era uno de los más grandes Clarividentes que han existido. Ahora me quedaría muy sorprendido si Maerad no fuese la Elegida, pero debemos pensar en lo que sea mejor para ella. Para todos nosotros. Ya que ella todavía es muy joven, e inexperta en lo que respecta a sus poderes; y no ha tenido la escolarización que alguien con sus habilidades debería tener. Eso puede resultar ser una cuestión peligrosa —hizo una pausa, sus ojos volvieron a repasar el rostro de Maerad y esta se estremeció repentinamente avergonzada; recordó, con reparo, la extraña felicidad que había sentido cuando había destruido al Kulag y al espectro—. También opino —añadió Nelac— que tendremos serios problemas para conseguir que el Primer Círculo de aquí esté de acuerdo en proclamarla.

—¿Incluso después de todo lo que se ha dicho hoy aquí? —dijo Saliman asombrado.

Nelac le dirigió una mirada desde debajo de las cejas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuviste aquí, Saliman? ¿Cinco años? ¿Y tú, Cadvan? ¿Por lo menos un año? —ambos asintieron—. Debo deciros, es ese caso, que Enkir ha prohibido que aquí se enseñe a las mujeres.

—¿El qué? —dijeron los dos Bardos a un tiempo. Maerad, olvidando que Cadvan ya se lo había contado, preguntó:

—¿Quién es Enkir?

—Enkir es el Primer Bardo —explicó Nelac—. Los dos sabéis que lleva tiempo escribiendo cosas contra las mujeres. Hace tres años prohibió la enseñanza de las artes de la esgrima y el combate sin armas a las mujeres. A finales del año pasado hizo público un bando según por el cual las mujeres no debían ser educadas como

Bardos.

—¡Pero eso no es justo! —Maerad estalló.

—Es una medida de su poder —continuó Nelac—. Desde que murió Nardil, hace ahora cuatro años, no ha tenido quien le controle. Yo hago lo que puedo, por supuesto, pero yo y unos pocos más perdemos las votaciones en el Consejo con diferencia. Ha pasado más del tiempo de una vida entera desde la última vez que hubo una mujer en el Primer Círculo. No me gusta. Algo malo pasa aquí con el Equilibrio, y cada vez se tuerce más.

—Enkir es orgulloso y ambicioso —dijo Saliman—. Lo recuerdo bien. Pero no creo que sea un Bardo malvado.

—Tal vez no sea malvado —respondió Nelac—. Pero es un hombre con una voluntad de hierro. Está seguro de que hace lo correcto, y convence de ello a los demás. Y puede salir caro oponerse a él.

—Me resulta difícil creerlo corrupto, pese a que no siento simpatía por él —dijo Cadvan—. Ha hecho mucho para servir a la Luz —se produjo un silencio mientras los Bardos rumiaban sus propios pensamientos, y Maerad sintió cómo volvía su inquietud.

—Anoche tuve un sueño —dijo bruscamente—. Era... —se detuvo, las náuseas volvieron en su interior, y esperó a que desapareciese.

—¿Un sueño? —dijo rápidamente Cadvan—. He olvidado mencionar lo de su sueño premonitorio en Innail —les explicó a los otros dos.

Nelac levantó la vista.

—¿Es que las capacidades de esta muchacha no tienen fin? —preguntó.

—Era el mismo. Solo que esta vez lo he entendido —dijo Maerad. Relató los dos sueños, luchando contra la enfermiza sensación de pesadilla, y de nuevo los Bardos la escucharon con absoluta atención. Nelac agarraba los brazos de la silla con las manos mientras ella hablaba, con los nudillos blancos.

—Ya veo —dijo en voz baja cuando ella hubo acabado.

—¿Qué ves, Nelac? —preguntó apresuradamente Cadvan.

—Está claro que es un sueño premonitorio, y para mi consuelo tiene demasiadas cosas en común con la profecía de Lanorgil —dijo. Maerad bajó la vista para ocultar la expresión de su rostro, se sentía mareada—. «¡Mira al norte!». Me pregunto qué querrá decir eso. A mí me parece, Maerad, que si realmente has de buscar el Canto del Árbol, deberías mirar al norte. Pero también es una advertencia. Aquí hay cosas que no concuerdan. Me parece imperativo que Maerad sea proclamada lo antes posible, así sabremos con seguridad si ella es la Predestinada. Solicitaré que mañana haya un Consejo.

—Yo también pienso eso —dijo Saliman con discreción—. Pero se hace tarde, y esta charla me ha cansado. Creo que es hora de tomar un poco de vino.

Tras la reunión Maerad deseaba tomar un poco de aire fresco, así que Cadvan le enseñó el Primer Círculo. Se quedó mirando los edificios, maravillada antes las graciosas torres. Eran en su mayoría redondas, pese a que algunas tenían extrañas formas, con nueve o siete lados, y muchas tenían tejados hechos con tejas doradas. Alrededor de puertas y ventanas había extrañas caras grabadas, algunas eran grotescas, otras de una belleza insuperable, e inscripciones hechas en antiguas runas. Estaban construidas en piedra blanca adherida con tanta habilidad que algunas parecían estar hechas a partir de un único bloque de piedra, y contra las paredes blancas florecían árboles de anarech, que crecían en pocos lugares de Annar. El anarech era un árbol alto y grácil, con una corteza negra y largas hojas plateadas en la parte baja y oscuras en la copa, de modo que cuando el viento las hacía ondear parecían fuentes de luz y sombra en movimiento. Ahora estaban en pleno florecimiento, y tras la tormenta de la noche anterior las calles tenían un color carmesí por los pétalos caído.

Había poca vegetación más en las calles de Norloch: la ciudadela era austera, evitando la simple hermosura. Había algo que inquietaba a Maerad, pero al principio no fue capaz de determinar qué era, y le llevó un buen rato averiguarlo. No escuchaba voces de niños por ningún lado. Ningún niño reía en los patios ocultos ni jugaba en los caminos, las personas que caminaban por las calles eran adultas y serias, y vio a muy pocas mujeres. Igual que la casa de Nelac, Maerad pensó que Norloch era bella y grandiosa; pero también le parecía fría, más consciente de su majestuosidad que del latir vital de la vida humana.

Cadvan, por otro lado, que estaba acostumbrado a la gloria de Norloch, estaba sumido en sus pensamientos.

—Estoy contento que Nelac y Saliman hayan estado de acuerdo con lo que yo pienso de ti —dijo mientras caminabas—. Me alivia. Yo estoy completamente convencido, pero algunos podría parecerles tal locura que se necesitaría algo más que todas las señales que tenemos. Me aporta esperanza que el Primer Círculo te proclame.

—¿Y si lo hacen y yo no soy la Elegida? —dijo Maerad esperanzada. Aquel pensamiento le quitaba un peso del corazón.

—Entonces estaré equivocado, y eso será todo —dijo Cadvan sonriendo—. Podría llevarte a una buena Escuela, tal vez a Gent, ya que no está lejos de aquí, y allí podrías completar tus estudios.

Maerad se quedó un rato pensando, recordando lo que Dernhil le había dicho acerca de continuar sus estudios. Le gustaría ver su Escuela.

—¿Te quedarías allí? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Él le dirigió una rápida mirada. Su rostro era indescifrable.

—Un tiempo, hasta que te hubieras asentado —dijo.

—Sería lo que más me gustaría —dijo Maerad, meditativa—. No ser la Elegida, y aprender a leer y escribir correctamente. Tal vez Hem también podría venir. Todo lo demás todavía me resulta ridículo —recordó el verso que había cantado Saliman—. «La que Edil-Amarandh salva». ¿Qué puedo hacer?

—Ninguno de nosotros sabe lo que podemos hacer —dijo Cadvan—. Tal vez tú no seas la Elegida, pese a que Nelac ahora está seguro de que lo eres. Tal vez sea algo ridículo. Pronto lo sabremos con certeza, de una forma u otra —continuaron caminando en silencio.

Cuando Maerad volvió de su paseo, Hem le pidió si podría venir a su visión. Ella sentía curiosidad por ver cómo era visionar desde fuera, y asintió con entusiasmo.

—No es habitual que haya otra persona presente —dijo Nelac dudoso—. Visionar es un acto muy privado. Pero tampoco es habitual visionar a un niño —volvían a estar en la sala de estar de Nelac, el último sol de la tarde se colaba por las ventanas. Hem estaba de pie de espaldas a Nelac, mirando hacia el jardín.

—Yo preferiría que Maerad estuviese allí —dijo. Pese a sus apariencias de gallito, Hem era incapaz de ocultar el nerviosismo que había en su voz, y a Maerad se le encogió el corazón ¿Y si la visión revelaba que Hem no era su hermano, después de todo? Seguiría sintiendo lo mismo por él, pensó. De alguna manera se pertenecían el uno al otro.

—Por supuesto que estaré, si tú quieres —dijo con calidez, mirando a Nelac de reojo. Este asintió.

—Es justo —añadió dulcemente—. Y ahora es tan buen momento como cualquier otro. La espera es por lo general la peor parte de cualquier trance desagradable. ¿Sí, Hem?

Hem asintió compungido, parecía que lo estuvieran llevando al patíbulo. Nelac se los llevó a un cuarto que Maerad no había visto antes, del que pensó que debía de ser su estudio. Era mucho más grande que el de Dernhil, cubierto del suelo al techo con libros y con una lujosa alfombra teñida de azul, y tenía vistas al mismo jardín que la sala de estar. En una esquina había una enorme arpa dorada, tallada en forma de dragón, al lado de un gran escritorio de roble. Como en cada uno de los aposentos de Nelac, había pergaminos, rollos y papeles apilados por todas partes, y entre ellos había objetos de lo más curioso: figuritas de alabastro y jaspe, y modelos de barcos e instrumentos musicales complicadamente tallados en madera pulida y piedra. Pero su atención se volvió hacia Hem y Nelac.

Igual que había hecho Cadvan con Maerad en el Irihel, Nelac le pidió a Hem que se pusiera de pie ante él, y colocaron las manos en los hombros del otro. Ligeramente asombrada, Maerad vio que Hem era casi igual de alto que Nelac. Hem lanzaba miradas nerviosas en dirección a Maerad, y ella le guiñó un ojo dándole ánimos. Él tragó saliva y miró a Nelac a los ojos.

—Y ahora, Hem —dijo Nelac en Habla—, relájate —murmuró unas cuantas palabras que Maerad no pudo entender, y comenzó a brillar con la misma luz plateada con la que había brillado al curar a Cadvan. Esta vez no era tan intensa; era una radiación más sutil, suave como la luz de una estrella. A Maerad le dio la impresión de que la luz también se reunía en torno a Hem, solo que la luminosidad alrededor de este era ligeramente diferente, más dorada. Un rayo de luz parecía unir los ojos de ambos, aunque después de parpadear ya no estaba segura de si lo había visto de verdad, o solo se lo había imaginado por la intensidad de sus miradas.

Hem pareció entrar en trance, los ojos se le quedaron completamente en blanco, como si no viese nada a su alrededor. Entonces apretó con las manos los hombros de Nelac, durante un segundo pareció luchar y después el rostro se le quedó completamente blanco. No veía la expresión de Nelac, ya que este miraba en otra dirección. Maerad se mordió el labio con ansiedad; ¿estaría bien Hem? Después mucho más rápido de lo que había esperado, Nelac se inclinó hacia delante y besó a Hem en la frente, y este le soltó los hombros. Las manos de Hem se separaron de Nelac como si estuviesen exhaustas, y la luz que había en los dos se desvaneció.

—Bien hecho, Hem —dijo Nelac en voz baja—. Es duro.

Hem se sentó bruscamente en el suelo. Todavía tenía la cara pálida, pero tenía una expresión más abierta de lo que Maerad le había visto nunca. Levantó la vista hacia ella y, para su sorpresa, se ruborizó.

—Te he visto —dijo—. Quiero decir, te he recordado. Antes no me acordaba. Eras una niña pequeña, pero a mí me parecías grande. Eras igual que ahora —se detuvo, una pena insoportable se le acumulaba en los ojos—. Padre me tenía en brazos —arrugó la cara y se la cubrió con las manos, Maerad vio que le temblaban los hombros. De repente se dio cuenta de lo cierta que era la admonición de Nelac acerca de la privacidad de visionar, aquella era una pena tan íntima que ni tan siquiera una hermana podía compartirla.

Les dio la espalda a Hem y Nelac, sintiendo que una oleada de alivio se extendía por todo su cuerpo. Ahora todas las dudas habían desaparecido; Hem era su hermano, sin cuestionamientos. No se había dado cuenta de lo llena de preocupación que estaba.

Nelac parecía cansado, como si hubiera trabajado muy duro para concentrarse.

—Sí, es cierto. Hem es tu hermano —dijo buscando su mirada—. Estoy muy contento de que Hem haya aceptado hacer esto. Me hace estar mucho más seguro interiormente. Cuanto más seguros estemos en estos tiempos de duda, mejor —buscó a tientas una silla y se sentó, pasándose una mano por los ojos—. Ya no soy tan joven como antes —dijo—. Mirar dentro del alma de otro es una actividad que cansa. Ya veo por qué Cadvan no quiso visionar a Hem. Hay mucha angustia ahí dentro —emitió un gran suspiro.

Maerad se sentía incómoda ante ellos dos, como si fuese una intrusa.

—¿Puedo traerte algo? —preguntó por fin—. ¿Una bebida, tal vez?

Nelac le dirigió una lánguida sonrisa.

—Un vaso de laradhel resultaría más que bienvenido. Gracias, Maerad.

Maerad salió del cuarto con una sensación de liberación. Volvió con dos vasos de laradhel, dejó uno en el suelo al lado de Hem y después los dejó solos. No le parecía correcto quedarse allí.

Aquella noche Hem no acudió a la cena: se había ido a su alcoba tras la visión y no había vuelto a aparecer. Saliman arqueó una ceja.

—Debe de estar cansado de verdad, para saltarse una comida —dijo—. Cadvan me ha dicho que la visión fue bien, ¿es así?

—Sí, ha confirmado todo lo que habíamos hablado hoy —respondió Nelac brevemente—. Ahora ya no hay duda —Maerad pensó que todavía parecía cansado.

Nelac les contó entonces que había arreglado un Consejo para la tarde siguiente.

—Enkir sentía curiosidad por saber si lo que tenías que decir era lo bastante importante para un Consejo completo —dijo, mirando a Cadvan—. Le dijo que traías noticias del norte.

—Es bastante cierto —dijo Cadvan—. Noticias importantes, parece ser.

—Y también le dije que Saliman era portador de noticias del Círculo de Turbansk que requieren la deliberación de todos los Bardos. Conseguir permiso para que asistiese Maerad fue un poco más complicado. Si hubiera dicho que queríamos traer a una muchacha, se hubiera negado directamente. Al final le dijo que Cadvan deseaba traer a su estudiante. Ni tan siquiera él se atrevería a echarla fuera delante de todo el Círculo.

—¿Tengo que ir? —preguntó Maerad. El corazón le dio un vuelco. Había deseado estar excusada.

—Es crucial que estés allí —respondió Nelac—. Necesitan sentir tu Don por ellos mismos. Sí, me temo que tendrás que ir.

Maerad hizo una mueca. No le gustaba nada cómo sonaba el Primer Círculo de Norloch.

—Sugiero enérgicamente que omitamos cualquier mención de los Elementales, y de la lira de Maerad —continuó Nelac—. Pienso que, por ahora, solo debemos hablar de nuestras conjeturas acerca de que Maerad sea la Elegida, y decir por qué.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Saliman mientras limpiaba el plato con un poco de pan y lo masticaba con placer—. Cualquier sugerencia de una relación con los Elidhu, y los Bardos que estén más dudosos pondrán trabas instantáneamente. Tampoco veo ninguna razón para mencionar a Hem. Solo nosotros tres sabemos quién es, y tan solo la gente de esta casa sabe que está aquí. Creo que podría complicar la situación.

—No hay espías en esta casa, si eso es lo que estás sugiriendo —dijo Nelac—. Pero entiendo lo que quieres decir.

—El interés de los Glumas por Hem refuerza nuestros argumentos —objetó Cadvan.

—Sí, ¿pero piensas que se van a creer que te has encontrado a dos Bardos de Pellinor? —dijo Saliman—. El Kulag, el espectro, y el episodio del Landrost deberían ser suficiente motivo de reflexión. Algunos del Círculo pensarán que ya los estamos intentando encandilar, presentarles tantas maravillas de golpe podría ser un error. De una en una.

—¿Y no mencionaremos el Canto del Árbol?

—No, creo que no —dijo Nelac—. No, sin duda. Eso podría venir después, cuando podamos probar que Maerad es la Elegida. De momento, solo lucharemos para conseguir su proclamación bajo estas circunstancias especiales. Eso ya será suficientemente difícil. Para empezar, es mujer, y no tiene nada de la formación correcta.

—Es cuestión de facciones —le explico Saliman a Maerad—. Debemos andarnos con cuidado. Si somos Nelac, Cadvan y yo quienes presentamos el razonamiento, lo verán como una tentativa de conseguir el poder para Nelac.

—¿Por qué? —preguntó Maerad, desconcertada.

—Porque Nelac fue el mentor de los dos cuando éramos jóvenes Bardos —dijo Saliman—. Así que nos ven como si estuviésemos de su parte. Está el tema de que la Elegida sea una mujer, para empezar. Enkir lo verá como un ataque directo contra él. Y para algunos será suficiente para desacreditar todos nuestros argumentos.

—¿Pero no es esto más importante que todo eso? —preguntó Maerad.

Cadvan suspiró con impaciencia.

—¡Cómo odio a esos políticos! —dijo.

—Tú, amigo mío —respondió Saliman, apuntando hacia él con el pan—, nunca has sido político. Ese es tu principal problema. Yo, en cambio, vengo del sur, donde la política es un arte. Sería mejor, Nelac, que hubiera otro Bardo que presentase nuestra petición.

—Ya he pensado en ello —dijo Nelac—. Pero no he osado mencionar el asunto de Maerad a ninguna otra persona del Círculo. A Caragal, tal vez, pero no puedo adivinar qué dirá y tampoco puedo estar lo bastante seguro de su discreción. Lo más probable parece ser que todo el mundo lo sabía inmediatamente, y se nos desestimaría antes incluso de que pudiéramos llegar al Consejo. Debemos presentarlo completa y justamente, ante todo el Círculo, sin que se vea empañado por los chismorreos. Es nuestra única posibilidad.

Se quedaron un buen rato sumidos en un silencio contemplativo.

Cadvan asintió.

—De acuerdo, acepto —dijo—. Ahora lo más importante es la proclamación de Maerad. ¡Mañana, pues! —alzó su vaso y el resto le siguieron.

Maerad alzó el vaso más lentamente que los demás. Se sentía mareada de aprensión al pensar en el Consejo. Al día siguiente se decidiría su destino, y no se

sentía preparada en absoluto.

Hem estuvo ocupado durante toda la mañana siguiente, Maerad ya no lo volvió a ver después del desayuno. Saliman estaba encargándose de él.

—Un baño, un corte de pelo y ropa de su talla, y no lo reconocerás —murmuró Saliman mientras desayunaban.

—Te estás tomando su bienestar muy a pecho —dijo Maerad sonriendo.

—Sí, así es —dijo Saliman, repentinamente serio—. Me gusta tu Hem, por mucho que se comporte como un mono. Algún día será un buen Bardo si aprende las cosas adecuadas. Y debería comenzar ya.

A medida que avanzaba el día hacia el Consejo, que estaba convocado para la campana de media tarde, Maerad se iba poniendo más y más nerviosa. No tenía nada que hacer: Hem, Saliman, Cadvan y Nelac estaban fuera. Se puso a caminar por el Primer Círculo, pero halló que no podía visitar nada, paseó hasta la Biblioteca, pero se sintió demasiado intimidada por las severas miradas de los bibliotecarios y no pudo echar un vistazo como es debido, y además, aquello conjuraba recuerdos de Dernhil, que confundían sus ya desordenados sentimientos. Brin, el ayo de la casa de Nelac, le trajo el almuerzo a su cuarto, ya que todo el mundo continuaba fuera. Después intentó leer algunos de los libros que tenía en la habitación, pero no era capaz de concentrarse. Media hora antes del Consejo se hallaba en tal estado que apenas podía hablar.

Cadvan le había advertido que se vistiese con formalidad y llevase la espada y el broche. Sola en su alcoba, se puso el largo vestido carmesí y se ató el cabello en una trenza, con los dedos temblorosos. Apenas fue capaz de colocarse el broche, y cuando intentó colocarse la espada, Irigan, la dejó caer, y el estrépito que montó la vaina la hizo pegar un salto. Cuando Cadvan llamó a su puerta, vestido de negro y plata con la espada a un lado, le echó un vistazo a su rostro blanco y le tomó la mano.

—Maerad, aunque no lleguemos a ningún lado con este Consejo, no será culpa tuya —dijo—. ¡Recuérdalo bien! ¡No todo depende del Primer Círculo!

Maerad respondió con una débil sonrisa. Cadvan la miró un poco más de cerca.

—Solo son Bardos —dijo con dulzura—. ¿Por qué tienes tanto miedo? Ya te has enfrentado antes a Bardos, y a cosas peores. ¡Vaya, no es esta la Maerad que yo conozco!

Maerad asintió e intentó parecer más valiente. Miró el rostro estropeado de Cadvan: se había enfrentado a la muerte sin acobardarse. Un montón de Bardos viejos no resultaban ni por asomo tan atemorizadores. Se sintió ligeramente tranquilizada, pero seguía sin poder controlar la profunda aprensión que sentía en el pecho, o el tembleque de las rodillas. Deseó que sus piernas temblorosas estuviesen totalmente ocultas por el vestido. Sin decir nada, con una sensación de fatalidad, siguió a Cadvan por el pasillo. Cuando se cruzaron con los estudiantes de Nelac por las escaleras, volvió la cara para no tener que saludarlos. No se sentía capaz de hablar.

Se encontraron con Saliman en el piso de abajo, y juntos dirigieron sus pasos a la Torre de Machelinor, la más alta y hermosa en aquella ciudad de torres altas y hermosas. En la base había un solo edificio con cúpula, el Salón de Cristal de Machelinor, y penetraron en él por unas anchas puertas repujadas en oro, justo en el momento en el que la campana de la hora doblaba en la torre que tenían sobre ellos.

Maerad contuvo el aliento al entrar. Su primera impresión fue la de un destello de luz cegadora, una fuente de un gran poder. Aquel era el centro de la Luz en Norloch, en todo Annar, y su fuerza le latía en la orejas, mareándola. Meneó la cabeza intentando aclarársela, y miró a su alrededor.

Era el salón más hermoso que había visto nunca. El suelo estaba hecho de piedra pulida, de color blanco perla, rosa y negro, con runas doradas insertadas por todo su perímetro. El cénit del techo era de cristal, y la luz entraba a raudales por unos ventanales colocados en lo alto de las paredes blancas decoradas con sencillez, llenando el bien ventilado espacio de resplandor. Al lado de las paredes había unos pedestales negros sobre los que estaban colocadas unas curiosas estatuas, algunas eran claramente Bardos, otras unas figuras de una belleza sobrenatural que apenas parecían humanas. Estaban hechas de mármol o bronce o esculpidas en una sólida roca de cristal, y todas estaban recubiertas por un dorado brillante que reflejaba la luz en rayos parpadeantes. En el extremo más alejado de la sala había más puertas doradas forjadas con complicados diseños de pájaros danzando entre árboles de llamas. Estas estaban cerradas, tras ellas yacía la escalera de caracol por la que se accedía a la Torre de Machelinor, que ascendía en un único tramo, de modo que quien subiese hasta su majestuosa altura se hallaría trescientos metros por encima de los prados de Carmallachen. Los dotados de vista de Bardo podían ver hacia el este el reino de Annar al completo, hasta el Osidh Annova, o volverse hacia el oeste y observar la extensión inconmensurable del océano; y así los Primeros Bardos de Annar veían una buena parte de lo que acontecía en los reinos de Annar y los Siete Reinos. Por aquella razón a la torre también se la conocía como Dancsel, o Vista Lejana, pese a que en el habla del norte aquella frase también podría significar Corazón Frío.

Pero la mirada de Maerad se vio atraída al centro del salón, donde el suelo se elevaba formando un estrado circular sobre el que había una enorme mesa tallada en

piedra negra. La mesa y las sillas de piedra que la rodeaban eran de una sencillez absoluta, sin ningún tipo de decoración. Sobre ella había colocadas copas de oro y un pichel dorado, y en el centro había un enorme cristal natural de adamante, que era el único objeto de entre todos los que allí había al que no habían dado forma manos humanas; la luz del salón lo atravesaba y se descomponía por las paredes formando arcos iris parpadeantes, y en su centro habitaba un fuego blanco.

La sensación de consternación de Maerad se fue haciendo más profunda a medida que los tres se acercaban lentamente a la mesa. Parecía un larguísimo camino, y sentía los pies pesados de desgana.

Vio que allí había nueve figuras sentadas. Deberían parecer diminutos en aquel inmenso espacio, si no fuera por la sensación de poder que emanaba de ellos, que se hacía más fuerte a medida que se aproximaba. Había bastante menos gente allí sentada del número de sillas, de modo que cada Bardo estaba sentado solo, con una silla vacía a cada lado. Maerad tragó saliva y miró a Cadvan. Su rostro era indescifrable. Se le había quedado la boca completamente seca. Combatió un súbito y fuerte impulso de salir corriendo del Salón, del Primer Círculo, de toda Norloch. Pero continuó avanzando con paso constante.

Al final Maerad alcanzó la Gran Mesa del Primer Círculo de Norloch. Cadvan, Saliman y ella se quedaron al lado de la mesa mientras los Nueve Bardos del Primer Círculo los observaban en silencio. Maerad estaba segura de que, en aquel silencio absoluto en el que había quedado sumido el Salón cuando cesaron sus pasos, los fuertes latidos de su corazón debían de resultar audibles para todos los allí presentes. Se miró los pies, intentando desesperadamente reunir todo su disperso juicio. Sentía como si una fuerza que golpeaba el Salón de Cristal no le permitiese ver ni pensar, toda su conciencia se veía disuelta en el corazón latente de la Luz.

Escuchó que alguien se levantaba y hablaba. «Debe de ser Enkir, el Primer Bardo», pensó. Su voz era glacial y clara.

—Bienvenidos al Consejo del Primer Círculo de Norloch, Saliman de Turbansk y Cadvan de Lirigon —dijo la voz. Y después adoptó un tono de ira o rencor mal disimulado—. ¿Y quién es esta otra a quien osáis traer aquí, al mismísimo sanctórum de la Luz?

Maerad escuchó cómo la voz de Cadvan resonaba con confianza a su lado.

—Mis señores, Bardos del Primer Círculo, deseo presentaros a mi estudiante, Maerad de Pellinor.

Cuando Cadvan dijo su nombre, Maerad arrancó los ojos de los pies de mala gana.

Directamente ante ella, al otro lado de la mesa, había un Bardo alto y delgado vestido con una túnica blanca. La miraba directamente a ella, y se le veía un pellizco blanco en los agujeros de la nariz a causa de la ira. Tenía una nariz feroz y aguileña situada entre unos ojos oscuros y llameantes, y unos profundos surcos entre la nariz y la boca. Su frente era ancha y blanca, y también estaba llena de profundas arrugas.

Era un rostro orgulloso e inteligente, implacable como el de un halcón en el momento de detenerse para cazar un conejo; pero era frío, como nunca lo es el de una bestia, y bajo la frialdad Maerad percibió una amarga crueldad. Así vio por vez primera Maerad a Enkir, Primer Bardo de Norloch, y cuando sus miradas se encontraron, se vio dominada por una sensación de vértigo y sintió que las rodillas le fallaban y la vista se le nublaba.

Conocía aquel rostro. Ya lo había visto antes.

El mundo se hizo pedazos a su alrededor y comenzó a dar vueltas arremolinándose en una tormenta de confusas imágenes. Maerad se derrumbó en el suelo, pero no fue consciente de que Cadvan y Saliman se inclinaban hacia ella alarmados, ni del murmullo consternado de los demás Bardos.

Las torres de Pellinor ardían.

La propia oscuridad parecía estar chillando. Se produjo un caos sonoro: el rugido de las llamas, el crujido de la piedra y la madera combándose y derrumbándose, gimiendo, el sonido metálico del metal chocando contra metal. Maerad cerró los ojos apretando con fuerza, pero el ruido continuaba y continuaba. Sollozó de terror.

Alguien la llevaba en brazos. Su madre. Ella apretaba la cara contra el hombro de la madre, respirando su cálido aroma para bloquear el hedor acre del humo y otro olor, desconocido y mucho peor, el tufo de la sangre. La iban sacudiendo hacia arriba y hacia abajo, dolía.

—No llores, Maerad —le susurró su madre al oído—. Esta es mi niña valiente —miró hacia el rostro de su madre, que brillaba blanco en la oscuridad. Milana no tenía miedo. Tenía la cara sucia de ceniza, sombría por la desesperación y el dolor. Pero no tenía miedo. Era dura y hermosa como el adamante. Maerad se tragó las lágrimas.

—¿Qué le ha pasado a mi papá? —susurró.

El rostro de Milana se retorció de angustia.

—Ya hablaremos más tarde —dijo.

Pero Maerad sabía lo que le había ocurrido a su padre. Había visto cómo lo descuartizaban dentro de las murallas de Pellinor, cuando los hombres crueles habían atravesado violentamente la puerta con teas en llamas y espadas negras.

—Y ¿dónde está Cai?

—Cai está con Branar —dijo Milana entre jadeos. Branar era un amigo de su padre—. Nos encontraremos con ellos en las Cuevas de Linar. Sé valiente, mi pequeña. Tenemos que estar muy calladas.

Pronto estaban corriendo por las calles exteriores de Pellinor: unas diminutas callejuelas adoquinadas inquietantemente vacías. El sonido de las llamas estaba ahora apagado, pero estas todavía arrojaban sombras rojas parpadeantes sobre ellos: la torre más alta de Pellinor estaba ardiendo. Los pasos de Milana hacían demasiado ruido, resonaban contra las paredes. Un rato después, Milana dijo:

—Tengo que bajarte. Me duelen los brazos. ¿Puedes correr? —Maerad asintió, y Milana la agarró de la mano y corrieron juntas. Maerad sentía como si le estuviesen atravesando el pecho con cuchillos, pero aun así continuaba corriendo.

Doblaron las esquinas y daban vueltas, Milana siempre se detenía en seco y echaba un vistazo a su alrededor, y después salían disparadas por la calle, pero no veían a nadie. ¿Dónde estaba todo el mundo? Ahora Maerad estaba demasiado asustada para llorar. La mano de Milana se le clavaba en la suya, y la sacudió para aflojarla, pero Milana no se dio cuenta.

Por fin alcanzaron la meta de Milana, una pequeña y sólida puerta en el muro exterior de Pellinor que Maerad nunca había visto. Estaba completamente oculta por un velo de hiedra, Milana apartó los zarcillos a toda prisa y, tras rebuscar en su cintura, sacó un manojo de llaves de hierro. Las repasó jadeando, y por fin encontró la adecuada, que metió en el agujero de la cerradura y la giró con las dos manos. Descorrió el pestillo y la abrió de un empujón. Cedió con un sonoro crujido, y ella miró a su alrededor. No había nadie. Arrastró a Maerad al otro lado y empujó la puerta para cerrarla tras ella.

Pero había alguien esperando al otro lado de la puerta.

—¿Adónde vas, Milana de Pellinor? —una sombra alta surgió de las tinieblas. Milana contuvo un grito y apretó a Maerad contra ella. Esta oyó el silbido del metal cuando Milana sacó la espada. La voz rio por lo bajo.

—No pienses que una espada puede herirme.

—Enkir —la voz de Milana tembló de alivio, y entonces esta se irguió más y la oscuridad a su alrededor se iluminó con una luz plateada, que Milana irradiaba suavemente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he preguntado adónde ibas —dijo Enkir bruscamente. Maerad echó un vistazo fuera de la capa de su madre: la luz hacía brillar débilmente al Bardo, de modo que podía ver su rostro perfilado en plata. Sus ojos estaban perdidos en la oscuridad, y unas sombras negras esculpían su rostro.

—¿Es asunto tuyo? —dijo ferozmente Milana—. ¿Acaso estás ciego? ¿Acaso estás sordo? ¿No sabes lo que ha ocurrido?

—He pensado que intentarías huir de aquí. Los caminos secretos de Pellinor no me son desconocidos —Enkir dio un paso adelante, mirando a Milana a los ojos—. Quiero a tu hijo. Ahora. ¿Dónde está?

Maerad, pegada a su madre, sintió cómo esta se quedaba muy quieta. No respondió, pero la luz que la rodeaba se volvió más brillante. Tras dejar caer la espada, Milana puso las manos en alto, y Maerad sintió el zumbido de su poder en la cabeza. Sintió, casi como el choque de las espadas, que la voluntad de Enkir respondía; el choque entre las dos fuerzas la atravesó con un escalofrío. Milana dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos a causa del asombro.

—¡Así que fuiste tú quien los dejó entrar! —gritó con voz ronca— ¡Estúpido traidor! —volvió a extender las manos y una bola de luz golpeó a Enkir. Durante un

segundo pareció que este iba a caer, pero se recompuso y comenzó a avanzar lentamente hacia ella, con el rostro repentinamente frío.

—No, Milana —dijo Enkir con una sonrisa cruel—. Tú eres la estúpida. Todos tus insignificantes poderes Bárdicos no sirven de nada contra mí. Puedo aplastarte como a una hormiga —se echó hacia adelante y bufó salvajemente—. Vuestros días han terminado, Bardos, se acabaron esos balbuceos infantiles sobre el Equilibrio y farfullar vuestras necias canciones. He visto el futuro; sé lo que es. Solo los que tengan juicio sobrevivirán.

—¡Estás loco! —jadeó Milana. Pero entonces Enkir agarró a Maerad, arrancándola del abrazo de Milana tan repentinamente que las uñas de su madre le arañaron su mano. La niña chilló; los dedos de él le inmovilizaron el brazo como si fuesen de acero. Sintió algo frío en el cuello y volvió a gritar.

Enkir le sostenía un cuchillo sobre la garganta.

—Dime dónde está el niño —dijo Enkir—. O le corto la garganta a la niña.

—No lo sé —dijo Milana desesperada—. No sé dónde está.

—¡Tengo prisa! No me tomes por imbécil. Sabes dónde está. Sé que no está en Pellinor —Enkir apretó más el cuchillo sobre la garganta de Maerad, y esta sintió que la cortaba; un hilillo de sangre comenzó a resbalarle por el cuello—. Dímelo, o la niña morirá ahora mismo.

Milana estaba blanca y quieta, la luz de su interior se desvanecía.

—Nos matarás a las dos de todas formas —dijo con frialdad, tras un largo silencio—. No, no te lo diré.

Maerad le dirigió a Milana una mirada de desesperación. ¿Iba a dejarla morir sin más?

Enkir se detuvo, como si por un momento no supiese qué decir. Después comenzó a reír por lo bajo. A Maerad se le puso la piel de gallina.

—No, Milana, no te mataré —dijo—. Tampoco deseo matar al niño. Y también soltaré a la niña. Ven, puedo ser un hombre razonable.

Milana escupió al suelo.

—¡Esto es lo que merece la palabra de un traidor!

—No matarte me divertiría. Eso debería tranquilizarte. Incluso podría ganarme unas monedas con el trato —Enkir hizo una pausa—. Y podrías tener a tu hija. Que de otra manera moriría, lenta y dolorosamente, ante ti.

—¡No! —chilló Maerad—. ¡No dejes que me haga daño!

El rostro de Milana se contrajo por la agonía de la indecisión.

—¡Devuélvemela! —dijo de repente.

—¡Dime dónde está el niño! —apretó más el cuchillo, que volvió a cortar a Maerad, y esta comenzó a sollozar. Miraba a su madre desesperada, aterrorizada porque no iba a decirlo, porque iba a permitir que aquel hombre la matase.

El rostro de Milana se arrugó.

—Lo han llevado a las Cuevas de Linar. No sé si está allí —durante un segundo

había perdido su autocontrol, y se ocultó la cara entre las manos.

Se produjo un horrible momento de silencio, y entonces Maerad sintió que la presión de hierro de Enkir se aflojaba, y este la empujó hacia su madre. Se acercó a Milana dando tumbos y se agarró a sus piernas, entre histéricos sollozos.

—¿Lo ves, Milana? —dijo Enkir tranquilamente, con un malvado tono triunfal en la voz—. He mantenido mi palabra. Ahora tengo ganas de ver si tú has mantenido la tuya.

Dio una zancada hacia delante y agarró a Milana por la barbilla, forzándola a mirarlo a los ojos. Maerad levantó la vista presa del pánico. ¿Qué le estaba haciendo a su madre? Los ojos de Enkir lanzaban llamas rojas, y Milana no parecía capaz de moverse, miraba transfigurada sus ojos centelleantes y se estremecía por completo. De repente se derrumbó, y toda la luz que había en ella desapareció. Maerad se quedó temblando al lado de Milana, mirando a aquel hombre alto estupefacta. Este se quedó ante el cuerpo inerte de Milana, con el rostro brillante de sudor. Ignoró a Maerad por completo, como si no estuviera allí.

—Este es tu fin, Milana de Pellinor —dijo, respirando pesadamente—. He aquí una buena lección. ¡Qué fácil es romper a tu mísera especie! —se secó la cara con la mano y escupió al suelo—. Serás esclava, de todas formas. No muy buena —le dio una patada al cuerpo de Milana, sonriendo con tal malevolencia que Maerad escondió la cara aterrorizada, sintiendo un rugido en los oídos, su mundo que daba vueltas, se quebraba, daba vueltas...

Tenía la mejilla contra el mármol frío, y alguien le acariciaba suavemente la frente, diciendo su nombre. El rugido comenzó a ceder, y Maerad se retorció.

—Se mueve —dijo la voz. Se dio cuenta de que era Cadvan. Maerad mantuvo los ojos cerrados, luchando para recuperarse. Estaba en el Salón de Cristal de Machelinor, recordaba, en el Consejo, y por fin sabía qué le había ocurrido a su madre...

¡Enkir, el Primer Bardo de Norloch! Todo su ser se contrajo de ira. Traición, traición...

¿Cómo podía haberlo olvidado? El tormento del recuerdo se respondía por sí solo. Se había hundido en la parte más oscura de su mente. Si se hubiera permitido recordar aquello —el derrumbamiento despiadado de Milana, la maldad de Enkir, su propio terror infantil— se hubiera vuelto loca. Pero ahora lo sabía, y no enloquecería. Dejó la cabeza muerta, fingiendo estar inconsciente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se había desmayado? Y ahora, ¿qué?

—¿Se habrá golpeado la cabeza en el suelo? —la voz de Saliman estaba cerca. Podría haber estado sin sentido bastante tiempo, entonces. Tal vez unos cuantos segundos. Esperó hasta que su mente se aclaró un poco, y después se movió, gimiendo.

Alguien le deslizó una mano bajo la cabeza y se la levantó. Abrió los ojos parpadeando y vio el rostro de Cadvan cercano al suyo. Tenía en la mano una copa llena de agua.

—Bebe esto —dijo. Ella sorbió obedientemente y se incorporó.

—Lo... lo siento —dijo—. No sé lo que me ha pasado —la sensación de poder que la había mareado antes continuaba allí, pero ya no le provocaba confusión mental. Se sentía completamente lúcida, con la mente quizá más despejada de lo que lo había estado nunca. Su primer pensamiento fue que no podía permitir que Enkir supiese que lo había reconocido. Probablemente no cambiaría nada, sin duda él estaba firmando mentalmente su sentencia de muerte en aquel momento. Su nombre ya era suficiente para ello.

Lentamente se fue poniendo en pie, y después se volvió hacia la mesa de los Bardos e hizo una reverencia. Vio a Nelac a su izquierda, mirándola con preocupación.

—Imploro a los Bardos del Primer Círculo y a vos, Enkir, Primer Bardo, que disculpéis mi debilidad —dijo—. Me sentía abrumada por el honor de estar aquí —su voz era firme y segura, y Cadvan la miró sorprendido.

—En ese caso, por favor, siéntate —le espetó Enkir. Ella se encontró con su mirada, velando su expresión con educada humildad, y él la miró con frialdad. Maerad se dio cuenta de que allí no podría hacerle nada, delante de todo el Primer Círculo, sin revelar con ello su traición. Tomó asiento a la mesa, entre Saliman y Cadvan, y el Consejo comenzó.

Saliman fue el primero en hablar, explicó las presiones que iban en aumento en el Suderain: un continuo acoso por parte de las fuerzas del Hechicero Negro Imank de Den Raven, que iba en aumento tanto en frecuencia como en poder.

—Ahora nos hallamos realmente acuciados, y si caemos, todo Annar quedará abierto para el Ejército Negro —dijo—. De modo que el Círculo de Turbansk me ha enviado a pedir ayuda. He viajado por el norte y el este de Annar desde este invierno, y ahora pienso que tal ayuda no podrá llegar. Vuestras fronteras ya se ven amenazadas. Aun así, la pido —hizo un gesto con la cabeza y se sentó.

—Lo valoraremos —dijo Enkir—. Gracias, Saliman de Turbansk. Y ahora, Cadvan de Lirigon. Hemos escuchado que traéis noticias del norte —miró a Maerad mientras decía esto, y pese a su firmeza, esta se estremeció.

Cadvan habló primero de su captura y posterior huida del Landrost.

—Ahora lo veo con gran claridad —concluyó—, a raíz de lo que vi en el salón del trono de Landrost, estoy seguro de que El Sin Nombre ha vuelto de verdad y que los recientes problemas acontecidos en Annar proceden, tal y como algunos de nosotros hemos temido, de sus estratagemas.

En la mesa se produjo un audible revuelo.

—Continuó sin estar convencido —dijo Enkir mirando a Cadvan con disgusto. Maerad observó a ambos Bardos: estaba claro que se parecían en algo. Una espantosa

duda comenzó a despertarse en su interior; forcejeó con un recuerdo, algo que habían dicho los Glumas...— Pero por supuesto hay muchos en la Oscuridad inferior a los que les gustaría que creyésemos tal cosa. Tú mismo has admitido que estabas debilitado, y pongo tu juicio en cuestión. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no te engañas, Cadvan de Lirigon?

—Si en verdad soy Buscador de la Verdad, lo que vi en el salón del trono era cierto —respondió Cadvan—. Pero dime, Enkir de Norloch —y aquí Maerad percibió un destello de burla en su mirada—, ¿qué te hace estar tan seguro de que no volverá? ¿No ha hablado siempre la Tradición de ello como algo seguro?

—La Tradición está abierta a muchas interpretaciones, como tú bien sabes, Cadvan de Lirigon —respondió Enkir—. Aconsejo precaución con este tema.

—Los Glumas cabalgan abiertamente por Annar, las Escuelas se ven amenazadas y corruptas, estamos acosados por todas partes: temores malignos que llevaban largo tiempo encadenados se despiertan en esta tierra, ¡y tú aconsejas precaución! —dijo Cadvan acaloradamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó otro Bardo—. Cadvan ha hablado de Glumas...

—No he terminado mi relato, Tared —replicó Cadvan—. Os lo suplico, sed pacientes conmigo. Antes de viajar por el Reino Vacío que está al este de Annova y ser capturado en el Landrost, fui, tal y como se me pidió, hacia el norte, a Zmarkan. Allí viajé de este a oeste, y escuché muchos rumores sobre malestares y penalidades. Muchas personas, y no todas ellas necias, me dijeron que un poder negro se había despertado allí, un poder ancestral. Seguí los rumores hasta su fuente, tan al norte como fui capaz de llegar. Allí, en las tierras yermas, se extiende una sombra. Vi en la lejanía los picos de su fortaleza, y sentí su aliento mortal. Solo puedo pensar una cosa: El Elidhu renegado, El Brujo de Hielo, el Rey del Invierno en persona, se ha despertado de su largo sueño, y busca restablecer su dominio sobre el norte.

Se produjo un estupefacto silencio.

—¡Eso no puede ser de ninguna manera! —dijo un Bardo bajito que estaba a la derecha de Cadvan—. El Rey del Invierno fue desterrado más allá de los círculos del mundo, hace mucho, mucho tiempo —negó con la cabeza.

—No puede ser, Caragal, pero lo es —replicó Cadvan, volviéndose para mirarlo—. Igual que hay quien dice que El Sin Nombre no puede volver, y lo está haciendo.

Caragal asintió con tristeza.

—La Llama se oscurece —dijo—. No puedo discutir eso.

—Y ahora —continuó Cadvan—, llegamos al corazón de esta historia. Ya que a mí me parece innegable, como ya he dicho, que todas las señales que hemos descubierto en los últimos años son, tal y como temíamos, la marca del Sin Nombre, que prepara su asalto más mortal contra la Luz. Y lo que es peor, ha sellado una alianza con el Rey del Invierno. Sospecho que ha sido El Sin Nombre en persona quien lo ha traído de vuelta.

—Hay muchos tipos de sombra —dijo Enkir burlonamente—. No debemos saltar

asustados hacia las peores conclusiones.

—Yo estoy convencido de su vuelta —dijo Cadvan—. Y pienso que si no nos movemos ahora, estaremos perdidos.

—¿Movernos hacia dónde? —Enkir sonrió. Maerad pensó que su sonrisa era tan fría como el brillo de la luz del invierno sobre la helada—. Siempre has sido impulsivo, Cadvan de Lirigon, y dispuesto a saltar donde alguno más sabio se detendría y vería un abismo.

—¿Estás afirmando que miento? —dijo Cadvan. Parecía calmado, casi sereno, pero Maerad sintió una ira aplastante que crecía en su interior. Se produjo una tensa pausa, y entonces Enkir volvió a sonreír.

—No cometería la temeridad de decir tal cosa —respondió suavemente—. Solo digo que lo que sugieres es extremadamente improbable. El Rey del Invierno, El Sin Nombre: tales figuras son sombras de un relato de miedo infantil. Pienso, pese a todo tu bienintencionado entusiasmo, que estás errado, Cadvan de Lirigon.

El insulto quedaba claro, y Maerad percibió un ligero rubor en las mejillas de Cadvan. Este buscó la mirada de Enkir y se la sostuvo, y pareció que los dos forcejeaban, pese a que ninguno se movió. Maerad contuvo el aliento. Se parecían. No era capaz de decir en qué. El corazón le martilleaba dolorosamente dentro del pecho. Finalmente fue el otro Bardo quien desistió y bajó la mirada.

—Tu arrogancia será tu perdición, Cadvan de Lirigon —dijo, y su voz estaba helada por la furia—. No se necesita un Clarividente para profetizarlo.

Se produjo otro incómodo silencio. Los Nueve parecían estar examinándose las uñas, excepto Nelac, cuyo rostro delataba su exasperación: si a causa de Cadvan o de Enkir, era algo que Maerad no podría decir. Finalmente, Caragal se removió en el asiento.

—Creo, Enkir, que deberíamos darle cierto crédito a esto. Yo mismo estoy preocupado por los movimientos de los Glumas.

—Hay algo más —dijo Cadvan—. Todavía he de contaros la mayor parte de mi historia, y relataros las noticias más importantes.

Maerad lo miró en una silenciosa súplica, deseando que Cadvan se detuviese, que no dijese nada de sus sospechas acerca de que ella era la Predestinada, para que no la delatase ante Enkir. Tomándolo por nervios, él le dedicó una sonrisa tranquilizadora, y después pasó a relatar sus aventuras. A Maerad le dio un vuelco el corazón, y se retorció más y más a medida que él hablaba. Vio cómo Enkir le dirigía miradas a ella, y cada mirada era mortal. ¿Cómo podría no darse cuenta Cadvan?

De repente, con un asombro cegador ante su propia estupidez, recordó qué era lo que la había estado rondando antes. Cadvan conocía a uno de los Glumas que los habían atacado en los Dientes Quebrados en las Tierras Altas de Edinur. Likud, aquel era su nombre. ¿Qué era lo que había dicho? «¿Crees, Cadvan, que hemos olvidado el ansia que con la que estudiabas los secretos de la Oscuridad?».

Maerad dejó de escuchar y se hundió en una negra ensoñación. ¿Sería Cadvan

también un traidor? Su alma se sentía como si estuviese agonizando en su interior, pero ella seguía sus pensamientos sin esperanza. La traición era lo que había matado a su madre, si ella no tenía cuidado, también podría ser la causa de su propia muerte. Tal vez Cadvan y Enkir fuesen rivales al servicio de la Oscuridad; tal vez fuese aquella la fuente real de la enemistad entre ellos. Y si era así, estaba atrapada, era un trofeo que canjear entre ellos, hasta que llegase el momento en el que ya no fuese útil.

De repente, se sintió indeciblemente sola, más sola incluso que en sus peores días en El Castro de Gilman. Ahora estaba abandonada. Como siempre lo había estado, desde que habían asesinado a su madre: «la habían asesinado dos veces», pensó con amargura, «una había sido Enkir, y otra Gilman». No, tenía a Hem, por lo menos tenía a Hem. Ahora tenía que encontrarle y salir de Norloch, alejarse de las garras de Enkir. ¿Podía confiar en Cadvan? Siempre lo había hecho, pero tal vez la amistad que él le había mostrado no hubiera sido más que una farsa, una ficción para confiarla en su poder. En realidad, ¿hasta qué punto le conocía bien?

Pero ahora era Enkir quien hablaba, su voz era marcadamente incrédula. ¿O sería ira?

—¿Nos estás pidiendo que creamos que esta muchacha, que no hace ni tres meses era una simple esclava, esta muchacha, de quien admites sin tapujos que apenas sabe leer, que ni tan siquiera ha tenido la fortaleza para entrar en el Salón de Cristal sin desmayarse, es Quien el Destino ha elegido?

—Os he explicado las pruebas —dijo Cadvan con calma—. Resultan convincentes, y creo que por lo menos hemos de decir que es probable. Como mínimo, debemos proclamarla, para poder estar seguros de si lo es o no.

Saliman, que había mantenido la vista fija en la mesa a lo largo de toda la narración de Cadvan, la levantó en aquel momento.

—Creo que tal vez la Oscuridad sea más propensa a moverse de lo que lo somos nosotros, y tal vez sea más rápida en reconocer qué la hace peligrar —dijo—. Prohibir esto me parecería un juicio seriamente equivocado. Yo también he escuchado las pruebas, y creo que Cadvan está en lo correcto. Os urjo a valorar seriamente sus consejos.

—¿El Sin Nombre vuelve, el Rey del Invierno se despierta y Quien el Destino ha elegido aparece en la forma de una desdichada muchacha? —los ojos de Enkir brillaron de malicia—. Traes un buen fajo de noticias, sin duda. Deberías ser trovador, Cadvan de Lirigon, y viajar por las aldeas asustando a los campesinos. Pero aquí no servirá.

Se produjo una incómoda pausa, y Enkir le dirigió a Maerad otra mirada de disgusto.

—No pienses que no he tenido otras noticias de este... descubrimiento tuyo —dijo—. No tienes el monopolio de la información, Cadvan de Lirigon. Si pensabas sorprenderme, estás equivocado. La única cosa que me sorprende es tu temeridad.

Una clara visión de Helgar mirándola con malevolencia durante el Consejo de

Innail apareció en la mente de Maerad. Súbitamente se sintió segura de que Helgar había enviado noticias del Encuentro de Innail a Enkir. ¿Sería tal vez Helgar, Bardo de Ettinor, un Gluma? Todo resultaba tan confuso... Y la fuerza de la luz que golpeaba en aquella sala parecía volver a hacerse más fuerte, hacía que pensar resultase complicado. La cabeza comenzó a latirle con una incipiente jaqueca.

Nelac habló por primera vez:

—Yo estoy convencido de la verdad de este razonamiento —dijo. Los demás Bardos se volvieron para mirarle, escuchando seriamente—. Arriesgaríamos poco proclamándola, y temo lo que podría ocurrir si no lo hacemos. Yo también recomiendo enérgicamente esta acción. Recomiendo que proclamemos a Maerad de Pellinor con la mayor urgencia.

—La verdadera traición está en quienes buscan distraernos con falsos miedos, dispersando nuestra adecuada vigilancia —dijo Enkir amenazadoramente—. Debo preguntar por qué pretendéis presentarnos tales argumentos en este momento.

Se produjo un eléctrico silencio.

—Mi vasallaje a la Luz es incuestionable, y me pregunto por qué lo impugnas —dijo Nelac calmadamente—. Sugiero que vuelvas a pensarlo, Enkir.

—No es tu vasallaje lo que cuestiono, Nelac —dijo Enkir, incapaz de ocultar su rencor—. Sé que te ciegas en lo que concierne a Cadvan de Lirigon. Tal vez la suave parcialidad de un mentor por su antiguo estudiante podría verse excusada, pero todos sabemos que la historia de Cadvan es un poco... accidentada.

En aquel punto Maerad levantó la vista. ¿Es que había estado ciega? Una y otra vez la gente insinuaba que había algo dudoso en el pasado de Cadvan. ¿Por qué le había restado importancia tan alegremente?

—No dudo de la buena voluntad de Nelac —dijo un Bardo de cabello oscuro sentado al lado de este—. Aun así, pienso, igual que Enkir, que la historia de Cadvan mendiga credibilidad —otros asintieron—. Hay muchas otras explicaciones para los males que acucian nuestro reino. Esta no es sino la más fantástica de todas.

Enkir miró a Nelac.

—No es tan fácil llegar a ser Bardo de la Llama Blanca. Sería un insulto tan siquiera plantearse proclamar a un muchacho con una inexperiencia así a tal altura, por no decir a una muchacha. Lo prohíbo. No perderé mi tiempo discutiendo más sobre este tema, ya he dictado mi sentencia. Debemos pensar en otros temas que han surgido aquí, y dar a conocer nuestro veredicto.

Echó un vistazo por toda la mesa, y se cruzó con la mirada de cada Bardo del Primer Círculo. Solo Nelac, Caragal, Tared y otro Bardo más, a quien Maerad no había escuchado hablar, negaron con la cabeza.

—Cinco contra cuatro. Has perdido, Nelac. El Primer Círculo ha tomado una decisión —Enkir miró a Nelac con un destello triunfante—. Los solicitantes han sido denegados.

Maerad había estado escuchando el debate con indiferencia. Ya no le importaba si

era proclamada o no. Sentía que la bilis le ascendía por la garganta en forma de odio hacia todos aquellos hombres, odio hacia Enkir sobre todos ellos: Enkir, el más traidor. Estaba, pensó, fuera de lugar en una mesa redonda; debería estar en un elevado trono con sus siervos a la altura de las rodillas.

Todos los Bardos se pusieron en pie y se inclinaron, y sin decir ni una palabra Maerad, Cadvan y Saliman abandonaron el Salón de Cristal. Tras ella, Maerad escuchó cómo los Bardos volvían a sentarse, y sus voces se elevaban en una nueva discusión.

Caminó apática por las calles del Primer Círculo, ciega a la belleza que la rodeaba. Sus pensamientos le hacían sentir náuseas. Sentía que no podría soportar que Cadvan fuese un traidor. Pero ¿cómo podría confiar en él a partir de entonces?



—Ha sido un completo desastre —dijo Saliman disgustado. Se quitó la espada y se apoyó contra la pared—. Bueno, lo primero es lo primero. Necesito urgentemente una copa.

Habían hecho el camino de vuelta a la casa de Nelac sumidos en un silencio opresor. Maerad estaba profundamente abstraída en sus pensamientos, apenas era consciente de la presencia de los otros dos Bardos.

—Un buen vaso de ale será más que bienvenido —le dijo Cadvan a Saliman—. Seguramente consigas algo de las cocinas si se lo pides a Brin.

—Veré si puedo encontrar algo —dijo Saliman, y salió del cuarto.

—Lo siento —le dijo Cadvan a Maerad con una sonrisa torcida—. Sabía que sería un reto convencer al Primer Círculo, pero confieso que la profunda resistencia a tu proclamación me ha sorprendido. Pensaba que habría lugar para la duda en ese tema, teniendo en cuenta lo que teníamos que decir.

Maerad lo miró con el ceño fruncido, y él pareció desconcertado.

—No es el fin del mundo —dijo—. Hay otras alternativas. Cuando vuelva Nelac, estaremos en situación de discutir qué hacer. Lo mejor hubiera sido que se te hubiese proclamado a la vista de los Bardos de Annar. Eso nos ha sido estrictamente prohibido —Cadvan colocó una silla al lado del fuego, quitándose él también la espada—. Siéntate, Maerad —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Y no pongas tan mala cara, nuestro fallo no es una crítica hacia ti.

Maerad levantó los ojos hasta la altura de los suyos y se lo quedó mirando. Cadvan se dio cuenta por vez primera de la fuerza de su furia, y durante un segundo pareció asombrado. Se apartó de la silla.

—¿Por la Luz, Maerad, qué pasa? —dijo—. Solo hemos fracasado a la hora de convencer a unos cuantos Bardos. Es un revés, lo admito...

—¿Dónde está Hem? —la voz de Maerad era fría y dura.

—No lo sé. Seguramente en las cocinas.

—Iré a buscarlo —se volvió para marcharse, pero Cadvan la cogió del brazo y la hizo girarse, y después examinó su rostro con gran seriedad. Finalmente, habló en voz baja:

—¿Qué es lo que pasa, Maerad? ¿Qué te ha ocurrido?

—Tal vez no te necesite —Maerad lo miró con odio. No, esta vez no se dejaría engañar por sus artimañas.

—¿Es que te has vuelto loca? —Cadvan tenía el rostro pálido, las marcas del látigo destacaban en él descarnadamente. Durante un segundo, Maerad vaciló.

—No —volvió a pensar en el Gluma Likud de los Dientes Quebrados y se volvió inflexible—. Por favor, suéltame el brazo.

—¿Qué te está poseyendo? —dijo Cadvan—. ¿Adónde irías tú sola? ¿Piensas que Hem y tú tendríais alguna posibilidad de sobrevivir, con todos los Glumas de Annar persiguiéndoos?

Maerad lo miró con desprecio y se movió para soltarse de su mano.

—Ya me las he arreglado antes —dijo—. Y seguramente sería mejor no viajar con un Gluma, para empezar.

A Cadvan le desapareció el color del rostro, y dejó caer la mano muerta a un lado. Se quedó unos segundos sin habla. Después la miró intensamente a los ojos, y comenzó a decir algo en Habla en voz baja.

—*Il ver umonor imenval kor, dhor Dhillareare de niker kor.*

Las palabras cayeron tan suavemente como la lluvia en la mente de Maerad, pero esta puso una mueca como si la hubieran herido.

—Por todo lo que hemos sufrido juntos, por el juramento que te une a mí como profesor y por el lazo más profundo que nos une como amigos, te conmino a que me digas: ¿qué te ha ocurrido, Maerad de Pellinor?

Ella se quedó muda ante él, mientras sus abrumadoras sospechas y miedos se enfrentaban a otros recuerdos: la primera vez que había visto a Cadvan, en el establo, y su instintiva confianza en él; los muchos días que habían pasado juntos, cabalgando lado a lado; las bromas compartidas; el rostro de Cadvan, inocente en la vulnerabilidad del sueño, o golpeado por los Glumas, o resplandeciente por la luz, enfrentándose sin temor al Kulag y al espectro. Volvió la cabeza, se sentía mareada.

—Seguiste a la Oscuridad —dijo confusamente—. Traicionaste a la Luz. Ahora ya no puedo quedarme contigo —miró a Cadvan a la cara, y él bajó los ojos—. ¿Lo niegas?

—No —dijo—. No, no puedo negarlo —Maerad había esperado que discutiese, y por un momento no supo qué decir—. Nunca he sido un Gluma, pero he... he hecho cosas que no debería haber hecho. He pagado por ello, Maerad. Y nunca te he traicionado.

—Entonces ¿por qué me lo ocultabas? —lo miró con una intensidad hostil, y él apartó la vista.

Se produjo un largo y doloroso silencio.

—Maerad —dijo Cadvan finalmente—, a estas alturas ya debería haberte contado esto. Nunca pretendí ocultártelo. Pero recordar me resulta doloroso, y tal vez... tal vez me gustaría que no siempre aquellos que no me conocen bien desconfiasen de mí. He cometido una negligencia, y me disculpo por ello.

—Entonces cuéntamelo ahora —la voz de Maerad era tensa como un cable tirante.

—Siéntate —dijo él con delicadeza.

—No —ella continuó mirándole, esperando a que hablase.

Cadvan se encogió de hombros, echando un vistazo por la sala como si estuviese reordenando sus pensamientos, y se sentó.

—Es una historia bien sencilla de relatar —dijo, con un toque de amargura—. Yo era un joven Bardo de Lirigon, con mi condición recién estrenada, arrogante en mis poderes y, pese a mi talento, ignorante en muchos aspectos. Apareció otro Bardo cuyas habilidades casi igualaban a las mías, y nos convertimos en rivales —hizo una pausa, y suspiró—. O, para ser más precisos, yo sentí que él era mi rival. Él no pensaba tal cosa.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Dernhil de Gent —Maerad dio un respingo, pero Cadvan no la miraba—. Ocurrió que, en mi orgullo, no admitía tener un rival, y me pregunté cómo podría superarle. Había estado estudiando las Artes Negras en mi tiempo libre, pensando tal y como uno piensa, cuando es joven y estúpido, que no puede hacer ningún daño estar sencillamente interesado. Las advertencias, pensaba, eran para aquellos con habilidades más deficientes que las mías. Me había puesto en contacto en secreto con un Bardo que había sido proscrito por practicar las Artes Negras, aunque entonces yo no sabía que era un Gluma.

—Likud —dijo Maerad.

Cadvan levantó la vista.

—Sí, Likud. Cuando Dernhil me venció en el duelo, mi vanidad se vio enormemente herida. Quería hacer algo que probase de una vez por todas que mis poderes eran mayores que los suyos. Y decidí que la única manera sería llevar a cabo algún tipo de magia que él nunca se atrevería a practicar porque, pensaba, tenía menos valor que yo. Lo cité en un lugar que los dos conocíamos, un bosquecillo en las afueras de Lirigon, y allí quise hacerle una demostración de mis poderes.

Cadvan se quedó mirando al suelo, sin hablar.

Inconscientemente, Maerad había ido alejándose dentro de la sala, y ahora estaba sentada sobre el borde de la silla más lejana a Cadvan.

—Y ¿qué hiciste?

—Invoqué a una criatura del Abismo.

—¿Qué, qué tipo de criatura?

—Un Resucitado —ahora Cadvan estaba abstraído, sumido en sus malos recuerdos—. Es como un espectro, pero no tan poderoso. No fui lo bastante fuerte para contenerlo, y rompió mi mando.

Se quedó en silencio, y Maerad esperó a que volviese comenzar. Cuando lo hizo, parecía que le costase mucho hablar.

—El Resucitado casi me mata. Hirió de gravedad a Dernhil. Tiene, tenía, una

cicatriz que le iba del hombro a la cadera resultado de aquel encuentro. Y mató a otra Bardo, una amiga que era lo bastante leal, o tonta, para estar allí, pese a que sabía lo que yo planeaba y había intentado persuadirme para que no lo hiciese —se detuvo, tenía el rostro desencajado y angustiado.

—Y ¿qué ocurrió después?

—Tuve que enviar al Resucitado de vuelta. Finalmente lo conseguí, aunque me llevó mucho tiempo, porque estaba herido y primero tenía que curarme, y después tuve que encontrarlo. Después de aquello, casi tuve que exiliarme. Durante un tiempo se me desterró de todas las Escuelas. Fueron Nelac y Dernhil quienes me salvaron de aquello. Me defendieron durante mucho tiempo —volvió a quedarse en silencio—. Es por eso por lo que...

—¿Por lo qué? —ahora Maerad hablaba con más suavidad.

Cadvan hizo una pausa y se incorporó, mirando a Maerad directamente a los ojos.

—Maerad, para mí estos recuerdos son muy negros. Te contaré más, si lo deseas, pero preferiría no hurgar demasiado en ellos. Este es el resumen de mis tratos con la Oscuridad. Desde entonces me he entregado al servicio de la Luz y del Equilibrio, más que cualquier otro Bardo que conozca. Te lo juro, por todo lo que considero sagrado.

Maerad asintió lentamente. Le dio la espalda y se quedó meditando durante un rato, pensando en lo que le había contado. Ahora comprendía el aislamiento de Cadvan, pensó. Se compadecía del joven Bardo que había sido.

—¿Quién... quién era la Bardo que murió?

Durante un instante pensó que Cadvan no iba a responder. Cuando lo hizo, tenía una voz apagada.

—Se llamaba Ceredin —dijo—. Era muy joven, y muy hermosa. Y era mi amada. Era una Bardo de grandes cualidades. Podría haber llegado más lejos que yo. Sin duda era más sabia —bajo la amargura que había en su voz, Maerad percibió la angustia de un dolor no superado. Durante un segundo, como si Maerad fuese un cristal ardiente, las emociones de Cadvan destellaron en su interior, y tuvo una fugaz imagen mental de Ceredin: una muchacha esbelta de ojos oscuros, con la misma orgullosa rectitud que recordaba de Milana—. Siempre cargaré con el peso de aquella muerte —dijo Cadvan bruscamente, pese a que Maerad percibió su voz entrecortada—. No puedo perdonármelo.

Maerad se volvió y miró a Cadvan a los ojos. Por primera vez, utilizó su Don: penetró en su conciencia, como había estado a punto de hacer, hacía tanto tiempo, cuando él la había visionado. Sintió el estremecimiento de Cadvan ante su súbita intrusión y después la aceptación de este, cómo apartaba sus escudos internos con los que protegía a su yo más privado. Durante un breve e intenso momento sintió como si ella fuese Cadvan, con los recuerdos, anhelos y pesares de este, y sintió su angustia tan nítidamente como si fuese propia. Miró tanto como necesitó, no más. A duras penas era capaz de soportar tal intimidad. Después se volvió y miró de nuevo hacia el

jardín.

El mal humor que la había poseído desde el Consejo fue remitiendo lentamente, como si saliese el sol tras una larga y amarga noche del alma. Al mismo tiempo sintió un inmenso cansancio que la recorría por dentro.

—Lo siento, Cadvan —dijo en voz baja, todavía mirando en dirección al jardín—. Siento haber dudado de ti. No pude evitarlo cuando... —se detuvo en seco. La confesión de Cadvan había apartado de la cabeza de Maerad la visión que había tenido en el Salón de Cristal. Ahora el recuerdo volvió, pero en lugar de terror sintió una determinación que se iba reforzando en su interior. Su desmayo lo había provocado la oscuridad que había dentro de la Llama; estaba completamente segura de que la había percibido, de que buscaba destruirla, nublar y enturbiar su mente. Le había infundido una sombría desesperación, y todo a su alrededor parecía repugnante y corrupto. No podía permitir que aquello le volviese a ocurrir.

—Y ahora —dijo Cadvan, rompiendo su ensoñación— ya puedes decirme qué ha causado todo esto —su voz volvía a ser normal, y recordó lo que Nelac había dicho de él «si desea mantener algo oculto, es prácticamente imposible averiguarlo». Ahora Cadvan le acababa de permitir ver lo que guardaba oculto, y su humildad y confianza al hacerlo la había impresionado. Intentó poner sus pensamientos en orden.

Le contó a Cadvan por qué se había desmayado y lo que sabía de Enkir. No era capaz de mantener el odio alejado de su voz, su desprecio y aversión por la traición de Enkir, y sintió cómo el deseo de venganza aumentaba en su interior a medida que hablaba. Cadvan se sentó cerca de ella, escuchando atentamente, y no la interrumpió, pese a que su rostro se iba volviendo más y más adusto. Cuando ella terminó el relato, Cadvan se puso en pie y caminó hasta la ventana, mirando hacia el jardín, de espaldas a ella.

—Pensaba que me estabas vendiendo a Enkir —dijo Maerad—. No entendía cómo podías no saberlo.

—Juraría por mi vida que Enkir no es un Gluma —dijo Cadvan, volviéndose para mirarla. Negó con la cabeza, como si estuviera intentando aclarársela—. Maerad, no puedo decirte lo difícil que resulta creerlo. Enkir es frío y ambicioso, estoy de acuerdo, no le tengo aprecio y estoy en profundo desacuerdo con muchas de las cosas que ha hecho. Pero ha sido un Bardo noble, un erudito de gran sabiduría, y es Primer Bardo del Círculo. Ha hecho mucho al servicio de la Luz, grandes hazañas de magia y se ha desgastado sin compasión. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo ha podido ocultar sus planes y acciones a tantos Bardos? Pues ninguno de los que estaban sentados a esa mesa es un necio, ni son personas fáciles de engañar.

Maerad se quedó en silencio. Le parecía completamente obvio que Enkir era cruel y estaba consumido por la maldad. A ella no le parecía noble.

—Tal vez los otros Bardos sean como él —dijo por fin. Cadvan le dirigió una rápida mirada, pero no objetó nada.

Se quedaron allí sentados, sumidos en pesimistas meditaciones hasta que sonó el

pestillo de la puerta, que hizo dar un respingo a Maerad. Entró Saliman, y tras él un muchacho guapo y delgado que traía una jarra de cerveza ale. Al principio Maerad pensó que era uno de los estudiantes de Nelac, después se dio cuenta de que era Hem.

Saliman miró primero a Maerad y luego a Cadvan, absorbiendo la atmósfera de la sala.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó. Ninguno de los dos le respondió, y este alzó las cejas—. Bueno, pues en cualquier caso, permitidme que os presente a Cai de Pellinor, que todavía insiste en ser llamado Hem.

—Hola, Hem —a su pesar, Maerad sonrió. Hem se presentaba con una desmañada mezcla de orgullo y timidez. Le habían lavado y cortado el cabello y este, libre de porquería, era notablemente más claro de lo que había sido. Iba elegantemente vestido al estilo de Norloch: bombachos negros confeccionados con gruesa seda, una túnica carmesí de mangas largas tejida con la misma delicada lana que el vestido de Maerad y unas botas de cuero negro y suave. Atravesó la sala tímidamente y dejó la jarra de ale sobre el aparador—. Estás muy guapo —dijo Maerad. Hem asintió, a punto de ruborizarse, y se sentó cerca de ella.

—Saliman me hizo darme un baño —dijo—. No me importó demasiado.

—Es una transformación completa —dejo Cadvan mientras lo examinaba—. Ahora realmente pareces un noble hijo de la Casa de Karn —Hem se puso de color escarlata.

Saliman sirvió cuatro vasos. Miró a Maerad y a Cadvan con curiosidad mientras les tendía el ale, pero no hizo preguntas.

—Lo mínimo que podrías hacer sería felicitarme por mi magia —dijo mientras se sentaba.

—Te felicito —dijo Cadvan irónicamente. Tomó un largo trago de ale, y toda la compañía quedó en silencio.

—¿Dónde está Nelac? Llega tarde. Le necesitamos aquí —espetó Cadvan de repente. Volvió a negar con la cabeza, todavía incrédulo—. Saliman, la situación es mucho peor de lo que pensábamos. La Oscuridad llena la sede más elevada del poder, la misma Llama Blanca. ¿Qué haremos ahora?

Maerad se dio cuenta de que era tarde, el Consejo ya duraba más de tres horas, habían estado sentados en los aposentos de Nelac mientras entraba la noche. Cadvan le explicó a Saliman la visión de Maerad, y pese a que se le veía triste, no pareció sorprendido.

—Cadvan, hace mucho que te dije que la Luz estaba podrida en el norte —dijo.

—¿Pero en el mismo corazón de la llama? —dijo Cadvan.

—Sí, es malo —respondió Saliman—. Deseaba que no lo fuese tanto. Pero no me sorprende. Así son estos tiempos, piensa en el sueño de Maerad.

Cadvan y Saliman se iban inquietando cada vez más ante la ausencia de Nelac, y

Maerad comenzaba a asustarse. Algo ocurría, podía sentirlo. Miró cómo las sombras se alargaban en el exterior con una sensación de fatalidad que iba en aumento.

—Ahora Enkir se verá forzado a realizar un movimiento rápido —dijo Saliman con resolución—. Y creó que ahí yace la esperanza. ¿Qué se le habrá pasado por la cabeza cuando la anunciaste, Cadvan? «¡Aquí está Maerad de Pellinor!». Ella podría echar abajo todo el castillo. ¿Crees que ya tenía algún plan para esto? Has visto, Maerad, lo cerca que estuvo de delatarse en el Consejo. Y Enkir es alguien, creo yo, que diseña detalladamente sus planes con antelación, hasta el último detalle. Desestimó a Maerad. ¡Y ella es la Elegida! Creo que está desconcertado. Hará algo imprudente.

—Tal vez —dijo Maerad—. Pero pienso que tiene sus propios espías. Podría no andar tan desorientado como pensáis.

—¿Estás pensando en Helgar? —dijo Cadvan. Caminaba impaciente a grandes zancadas por toda la sala—. Sí, creo que no deberíamos subestimarlos. La Oscuridad parece ir siempre a dos pasos por delante de nosotros, aunque pienso que nuestra afirmación de que Maerad es la Elegida lo ha pillado totalmente por sorpresa. La Oscuridad está cegada de muchas maneras por su propia naturaleza, hay muchas cosas que no comprende. Enkir no pensaría que una mujer pudiese tener tal poder. Y no sabe, o por lo menos yo no creo que lo sepa, que hemos encontrado a Hem. Pero estoy de acuerdo contigo, Saliman. Ahora realizará un movimiento rápido. Mi suposición es que intentará deshacerse de nosotros ahora, antes de que podamos hacer nada. Tenemos que salir de Norloch. Todos nosotros.

—¿Adónde iremos? —Hem se desenroscó y se quedó mirando beligerante a Saliman y Cadvan.

Cadvan se detuvo.

—Creo que no deberíamos huir juntos —dijo—. Nos perseguirán. Tendremos que dividirnos.

Hem pareció devastado durante un instante, pero se recompuso visiblemente en un gran esfuerzo de voluntad, fingiendo con brusquedad que no le importaba. «No desea parecer un niño», pensó Maerad, con una punzada de compasión. «Pero lo es». Lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia ella.

—Creo que Cadvan tiene razón —dijo en voz baja—. Pero resulta duro.

—Lo mejor —dijo Cadvan detenidamente— sería que Saliman se llevase a Hem al sur, y que yo fuese hacia el norte con Maerad. Ya que pienso que debemos ir hacia el norte, y que Maerad todavía necesita mi guía. ¿Es así, Maerad? —la observó, con una dolorosa duda grabada en los ojos. Maerad lo miró fijamente. Dudó durante un largo instante, y después asintió lentamente. Sintió que una oleada de alivio recorría todo su cuerpo, y se vio abrumada por una repentina emoción que no supo identificar.

A su lado Hem se debatía entre su alegría ante la idea de ir hacia el sur con Saliman y su pena por tener que separarse de Maerad. Esta fue dándose cuenta gradualmente de ello y lo miró directamente a la cara. Pese a toda la fuerza de

voluntad de Hem, una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Eh, sé valiente, hermanito —susurró—. Volveremos a encontrarnos. Sé que será así. ¡Y piensa que verás las Cataratas de Lamar antes que yo!

Hem no se veía capaz de hablar, y tragó saliva con fuerza, asintiendo.

Saliman miró a Hem con profunda empatía.

—Si Maerad dice que os volveréis a encontrar, creo que así será —dijo—. Y tal vez, sí, las Cataratas de Lamar sirvan de compensación, aunque no hay belleza que pueda aliviar la pena ante la pérdida de aquellos a los que amas —Hem parpadeó y se sentó un poco más erguido—. Cadvan tiene razón —añadió Saliman—. Pero primero hemos de salir de Norloch. Creo que eso no será fácil.

—Entonces debemos hacer las maletas —dijo de repente Maerad. Se miró el vestido—. Y yo no puedo ir así.

—Sí —dijo Cadvan—. Y tan rápido como podamos.

Resultó un alivio tener algo que hacer en lugar de quedarse simplemente hablando. En quince minutos todos volvían a estar abajo, vestidos con ropa de viaje. Hem tenía un hatillo nuevo, como el de Maerad, que Saliman le había dado aquel mismo día. Lanzaron las bolsas a una esquina, y después volvieron a sentarse en una tensa vigilia.

Tan solo diez minutos más tarde, aunque les pareció una hora, la puerta se abrió de golpe y Nelac entró corriendo.

—¡Por fin! —dijo Cadvan, volviéndose rápidamente—. Nelac, tenemos noticias...

Nelac echó un rápido vistazo por toda la sala.

—Bien, estáis todos aquí —dijo—. Creo que ya conozco tus noticias, Cadvan. ¿Supongo bien, Maerad? Has visto la Oscuridad en la Llama, tal y como ella te ha percibido a ti.

Maerad se lo quedó mirando asombrada. Aquel era un Nelac al que no había visto hasta entonces: todas las señales de la edad parecían haberlo abandonado, y hablaba con una segura autoridad.

—Tenemos poco tiempo —dijo apresuradamente—. El Círculo se ha roto, y no sé qué ocurrirá. He hablado con Amdrith, el Capitán de la Ciudad, y pienso que no todos serán leales a Enkir, en caso de que llame a la Guardia. Eso nos dará algo de tiempo. Pero no mucho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cadvan con rostro adusto.

—Enkir me ha acusado de traición —dijo Nelac—. Y a todos los que han votado contra él en el Consejo. Deseaba encarcelarnos. El Círculo no estuvo de acuerdo con hacer algo así. Pero solo ganó la votación por uno, y mi corazón recela, Cadvan; ¿hasta qué profundidad llegará esta oscuridad? Enkir está en la torre ciego de furia, y maneja a los demás Bardos utilizando el miedo y venenosas sospechas. Es menester que los cuatro abandonéis Norloch ahora, mientras todavía haya tiempo —sus ojos se posaron sobre las bolsas apiladas en una esquina y asintió—. Veo que eso ya lo

habíais comprendido.

—Te estábamos esperando —dijo Cadvan—. Todo está preparado —dejó de caminar—. ¿Sabías que Enkir estaba presente en el saqueo de Pellinor? —Nelac miró a Maerad sorprendido.

—No —dijo—. Pero ya he visto que Enkir es un monstruoso traidor para todo el Saber de la Luz. No, no es un Gluma —dijo, levantando la mano al tiempo que Maerad abría la boca para preguntarle—. Es demasiado orgulloso para esclavizarse de esa manera. Ni tampoco es el propio Sin Nombre bajo la apariencia de un Bardo —dijo, eludiendo otra pregunta—. Más bien busca utilizar la Oscuridad para sus propios fines, y convertirse a sí mismo en la sede del poder absoluto. Se ha ocultado en el mismo corazón de la Luz, siguiendo sus estrategias desleales. Me enferma pensar en que no haya sido capaz de verlo —Nelac parecía estar apunto de escupir de desprecio—. Pero en su arrogancia ha olvidado el poder de la Oscuridad, y este lo ha corroído, aunque él pensase que lo manejaba según su voluntad. ¡Zorro necio!

Nelac brillaba con una luz que arrojaba sombras a su alrededor en la habitación en penumbra. Pero aquella no era la serena luz de estrella que Maerad había visto antes: parpadeaba de ira.

—Pero vamos, no hay tiempo para discutir la traición —dijo Nelac—. Debemos pensar adónde iréis.

—Ya lo hemos hecho —dijo Maerad—. Cadvan y yo iremos hacia el norte, y Saliman se llevará a Hem al sur. Parece ser lo mejor.

Nelac miró más allá de su cabeza, hacia el infinito.

—Sí, debéis ir al norte, si leemos correctamente las señales —declaró finalmente—. Por lo menos eso está claro. Y debéis hallar el Canto del Árbol. No sé cómo. La Luz os guiará. Pero vuestro camino es oscuro, y no puedo verlo hasta muy lejos.

Nelac les dijo que ya había arreglado un pasaje para Maerad y Cadvan en un barco pesquero, que saldría tan pronto como llegasen al muelle.

—Es de un pescador, Owan, un viejo amigo mío de Thorold que me ha visitado hoy —dijo—. Estaba esperándome en el vestíbulo cuando volví a casa. Es una afortunada casualidad, pues le confiaría mi vida. Pensaba enviaros a todos con él, pero veo que es mejor que Hem y Maerad no viajen en la misma dirección, pues pienso que Hem es tan crucial para la Luz como lo es Maerad, pese a que lo que deba hacer va más allá de mi visión.

—¿Y Darsor e Imi? —preguntó Maerad.

—Ya he pensado en ello —dijo Cadvan—. Saliman y Hem deben llevárselos, podrán enviarlos a Gent cuando encuentren otras monturas. Darsor llevará a mi amigo si se lo pido.

—Pero ¿cómo vamos a salir? —preguntó Saliman—. ¡Incluso para el mejor caballo de todo Annar, que sé que es Darsor, será un reto si las puertas se alzan contra nosotros!

—Será más fácil para ti, amigo mío. Enkir busca a Cadvan y a Maerad, no a

Saliman, o no según lo que yo sé —dijo Nelac. Se sacó un anillo del dedo y se lo dio a Saliman. Llevaba el sello de la Llama Blanca—. Las puertas no se cerrarán ante esta señal. Y recuerda que Enkir no sabe nada de Hem, fue una suerte haber pensado en no hablar de él en el Consejo. Decidles que portáis a Suderain mensajes urgentes del Círculo. La Puerta Alta del Noveno Círculo estará cerrada, ya ha oscurecido. Tendréis que salir por el portal de los mensajeros.

—¿Partimos, pues? —dijo Saliman. Hem inspiró profundamente y se puso en pie.

—Sí, debéis partir ya —dijo Nelac—. No sé cuánto tiempo pasará antes de que todas las puertas estén selladas.

Saliman tomó su hatillo, le hizo un gesto a Hem para que hiciese lo mismo y los cinco caminaron hasta los establos sin decir ni una palabra. Darsor resopló a modo de saludo cuando vio a Cadvan, que lo acarició y le murmuró algo al oído mientras lo ensillaba a toda prisa. Maerad besó a Imi en la nariz y le colocó el equipo. Después se preparó para la separación.

Besó a Saliman en las dos mejillas. Él la miró serio a los ojos.

—Os deseo la mejor suerte —dijo—. Sois una mujer valiente. ¡Que la Luz brille sobre vos, Maerad de Pellinor!

Se ruborizó ante el comentario inesperado. Se volvió hacia Hem y lo aplastó contra su pecho. ¿Cuándo volvería a verle?

—Hallarás el Canto del Árbol —dijo Hem sobriamente. Maerad lo miró con sorpresa, y pese a su aflicción, Hem le sonrió con un asomo de picardía—. Sé que lo harás, Maerad. Lo siento aquí dentro —se golpeó el pecho. «Tal vez», pensó Maerad, «pero ni tan siquiera sé lo que es...». Se obligó a sonreírle en respuesta, y después aupó a Hem sobre Imi, que esperó pacientemente mientras él rascaba sobre la silla. Se acomodó y le sonrió, repentinamente encantado consigo mismo.

Maerad quería decir muchas cosas, pero no encontraba las palabras. Cubierto con una capa y subido a un caballo, de repente Hem le parecía mucho más adulto. Además, tenía a Saliman para cuidarle. Tenía tantas posibilidades de salir adelante como cualquiera de ellos. Pero ella sentía la separación como un desgarrón en lo más profundo de su ser.

—Ve en paz, amiga mía —le dijo al caballo—. Cuida bien de mi hermano.

¿*Tu hermano?*, dijo Imi, echando las orejas hacia delante, sorprendida.

—Sí —dijo Maerad.

Lo haré, dijo Imi.

—Te echaré de menos —dijo Maerad, sintiendo cómo las lágrimas volvían a escocerle en los ojos. Las reprimió con impaciencia. Demasiadas separaciones...

Y en un momento, que pasó demasiado rápido, los cascos de Darsor e Imi repiquetearon por el patio adoquinado. Nelac abrió las anchas puertas exteriores y miró hacia la calle. Estaba vacía.

—¡Iros ya! —dijo—. ¡Que la Luz os de rapidez! —y los caballos salieron con un rápido galope. En unos segundos ya habían doblado una esquina y estaban fuera de

su vista. Los tres Bardos se quedaron un momento en la puerta, después de que hubieran desaparecido; Maerad estaba con la cabeza baja, luchando contra su gran pena.

Nelac cerró la puerta exterior y corrió el cerrojo. Brin salió de la casa con dos fornidos estudiantes, y comenzaron a trabar las puertas con unas largas y pesadas barras de hierro.

—Pero ¿y nosotros? —preguntó Maerad sorprendida.

—Hemos de seguir otro camino —respondió Cadvan—. Por debajo de la ciudadela.

Maerad no respondió. Las cosas iban demasiado rápido. Primero el Consejo, después la terrible escena con Cadvan y ahora perder a Hem... Estaba tan cansada, y la noche apenas acababa de comenzar... Desanimados, volvieron a la sala de estar de Nelac, que ahora parecía estar muy vacía.

—Ahora el asunto más importante —dijo Nelac—. Maerad debe ser proclamada antes de vuestra partida. Solo hay una forma: el Proceder de la Llama Blanca. Pues ahora sé lo que sé, y no confiaría a ningún otro.

—¿El Proceder de la Llama Blanca? —habían pillado a Maerad con la guardia baja. No esperaba aquello.

—Es un medio ancestral —dijo Cadvan—. El Proceder de Afinil. El mismo corazón del rito. Hoy en día no quedan muchas personas que sepan cómo hacerlo. Por fortuna, Nelac es una de ellas —súbitamente le dirigió una sonrisa a Maerad, su extraña y brillante sonrisa, como si todas las sombras hubieran desaparecido de repente de su alma y una gran alegría morase en su interior—. Y así te acercarás por fin a tu Don, Maerad.

Maerad miró a Cadvan con inseguridad, el miedo volvía como un viento negro que se levantase dentro de ella. Temió el poder que había en su interior, pese a que lo notaba crecer. Y sintió un cambio en su ser, como si una pesada puerta se cerrase irrevocablemente tras ella y no hubiera marcha atrás.

Menos de media hora más tarde, escondidos de las miradas curiosas en jardín privado de Nelac, Maerad de Pellinor se convertía en Bardo de la Llama Blanca. Sobre ellos brillaba un campo de estrellas en el que se balanceaba la luna menguante, y las sombras de árboles y flores yacían negras e inmóviles sobre la hierba plateada.

Maerad alzó la vista y dejó que la luz de las estrellas cayese sobre su rostro. Ya no sentía miedo.

Se puso de pie sola bajo un árbol de anarech en flor, vestida con la ropa de viaje. Llevaba enganchado sobre el pecho el Lirio de Pellinor, y en la mano sostenía una vara de serbal de los cazadores. Cadvan estaba a unos tres metros de ella, con las manos entrelazadas, quieto como un árbol.

Nelac salió de la casa llevando sobre las manos unidas una llama blanca. Maerad lo miraba maravillada mientras se aproximaba; la llama parecía ascenderle de la palma e iluminarle el rostro desde abajo, sumiendo las cuencas de sus ojos en una profunda sombra. Cuando llegó a ella, inclinó la cabeza.

—Maerad, Bardo Menor de Pellinor, os doy la bienvenida —dijo, en Habla.

Maerad inclinó la cabeza en silencio como respuesta.

—¿Tomaréis la Llama Blanca, en prueba de vuestros votos con la Luz? —preguntó Nelac.

—Tomaré La Llama Blanca, en prueba de mis votos con la Luz —respondió Maerad, y sostuvo la vara de serbal en posición horizontal ante ella.

Nelac colocó la llama en el palo y el fuego prendió en él. Maerad resistió el impulso de dejar caer la madera, y la sostuvo mientras la llama blanca se extendía por el serbal hasta llegarle a los puños y después se tragaba sus manos. No le dolía, pero notó un cosquilleo extraño y feroz que le recorría los brazos y después todo el cuerpo, como si todo este estuviese envuelto en llamas. Más que calor, sentía fresco, pero era como si el frío ascendiese y chisporrotease igual que lo hacía la llama. Se sintió más viva de lo que se había sentido en toda su vida, como si su sangre se acabase de despertar de repente de un largo sueño, y miró a los ojos a Nelac, maravillada. Después escuchó, con un sentido que no era el oído, una voz que no era humana, sino que más bien parecía la mismísima lengua de la luz de las estrellas. Elednor, era su Nombre Verdadero. El Lirio de Fuego. Tal y como había indicado la profecía.

Tras un breve período de tiempo las llamas parpadearon y se apagaron, pero el cosquilleo continuó, y los colores apagados del jardín y la suave luz de las estrellas le parecían casi más brillantes de lo que podía soportar.

—Habéis pasado a través de la Llama Blanca, y no os habéis quemado —dijo Nelac—. Bienvenida, Maerad de Pellinor. Vuestro arte está en vuestro corazón, en vuestra mente y en vuestro ser siendo Bardo de la Llama Blanca —y entonces, dentro de la mente de ella, Nelac dijo «*Samandalame, Elednor Edil-Amarandh na, Eled Idhil na, Idhil Agalena na*—. Bienvenida, Elednor de Edil-Amarandh, Lirio de la Zarza, Zarza de la Espuma».

Se encorvó y la besó en la frente, y después Cadvan la recibió con las mismas palabras y la besó. Maerad miró el serbal, que todavía sostenía en la mano: la vara había ardido hasta prácticamente convertirse en cenizas, pero sus manos estaban blancas y sin ampollas.

Nelac le cogió la vara y la enterró bajo el anarech. Después, sin hablar, volvieron

al interior. La sala de la que Maerad había salido apenas diez minutos antes le parecía estar cambiada: los colores eran más cálidos y profundos, los objetos estaban preñados de significado. Casi da un respingo ante la intensidad de sus emociones. Miró a su alrededor y parpadeó, se echó a temblar.

—No sabía que sería así —dijo.

—Uno nunca sabe cómo serán las cosas —dijo Cadvan, ligeramente soñador, como si estuviese recordando algo de su propio pasado.

Una pequeña parte del resplandor de la llama todavía estaba pegada a la piel de Maerad, de modo que cuando se sentó en la sala brillaba ligeramente. Cadvan la miraba maravillado, pensando que comenzaba a comprender el tipo de parentesco del que había hablado Ardina.

—No todos los Bardos pasan a través de la Llama Blanca —dijo Nelac—. No todos los Bardos pueden. Bien hecho, Maerad —se quedó mirándola seriamente—. ¡Una verdadera Bardo! ¡Y si me permite añadirlo, en verdad eres hija de tu madre!

No había tiempo para que Maerad absorbiese lo que había ocurrido. El sonido de los gritos en la calle penetró en la sala de estar, débil y lejano, y también el nada halagüeño sonido metálico de las armas. Mucho más cerca, se produjo un alboroto en el vestíbulo. Nelac levantó la vista bruscamente.

—Ha comenzado, amigos míos —dijo.

Maerad suspiró, y obligó a su mente a volver al presente. Tenían que escapar de Norloch. Saliman y Hem ya debían de estar fuera de la ciudadela, en dirección al sur. Veía mentalmente sus figuras, como desde una gran altura, atravesando la noche al galope por los Prados de Carmallachen. Ahora Cadvan y ella debían partir.

Brin entró corriendo en la sala, con aspecto agitado.

—¡Maestro! —dijo—. Algo ocurre. ¡Hay disturbios en las calles! He visto soldados desde una de las ventanas altas...

—Lo sé, Brin —dijo Nelac con calma—. Estoy despidiendo a estos invitados. Recuerda que ni tan siquiera la Guardia Blanca puede forzar las puertas exteriores, están atrancadas con algo más que hierro. Y por favor, si puedes evita que cunda el pánico entre los estudiantes, debemos evacuarlos a los Círculos inferiores. Volveré pronto. Si fuese menester, sabes cómo acceder al Quinto Círculo.

Brin asintió y se marchó.

—Brin es mi mano derecha —dijo Nelac, sonriendo con cansancio. Se apoyó en la pared durante un instante. Por primera vez desde su vuelta del Consejo, parecía viejo y cansado. «¿Cuántos años tendrá?» pensó de repente Maerad. Tres veces la longitud de una vida normal, le había dicho Cadvan... Pero Nelac interrumpió sus cavilaciones—. Ahora es hora de que vosotros dos os marchéis. Os llevaré hasta la entrada del pasadizo. Se dirige directamente allí, no podéis perderos. Y entonces os dejaré. Podéis defenderos por vosotros mismos. Yo tengo otras preocupaciones urgentes.

Cadvan y Maerad tomaron sus hatillos y siguieron a Nelac. Este los guio a lo

largo del gran vestíbulo de entrada, hacia la izquierda por otro ancho pasillo y después a través de la inmensa cocina, que estaba completamente desierta. En el extremo más alejado había una escalera pequeña y oscura por la que descendieron. Nelac encendió una luz mientras bajaban, y Maerad vio que habían entrado en una bodega abovedada con el techo bajo, que parecía extenderse sin fin a su alrededor. Contenía pilas que llegaban hasta el techo de viejos toneles, botellas de cristal, barricas y sacos de grano llenos de protuberancias. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de frutas y verduras: manzanas, nabos, zanahorias y más. Y del techo colgaban ristra de cebollas y ajos y unas largas y fragantes salchichas secas. El aire era fresco y estancado, pero seco. Maerad respiró los aromas acres mientras lo recorrían con prisa, y recordó de repente que no habían tenido tiempo para comer.

Nelac los llevó hasta un pasillo bajo que había al otro lado, y allí volvieron a bajar unas escaleras y giraron a la izquierda para introducirse en otro pasadizo, a los lados del cual había una gran cantidad de robustas puertecitas de roble. Las paredes allí estaban más toscamente acabadas, y el aire comenzaba a resultar húmedo y rancio, como si aquellos pasadizos no se utilizasen a menudo. Se detuvo ante la puerta que había en el extremo más alejado, se sacó un manojito de llaves de la cintura y la abrió. La luz del Bardo se coló titubeante a través de la puerta, pero lo único que Maerad consiguió ver fueron unos cuantos escalones grises, que desaparecían en una oscuridad impenetrable.

—Aquí está —dijo Nelac—. Este os llevará a la cara más alejada del acantilado, y desde ahí es cuestión de abriros paso sobre las rocas hasta el muelle. La marea estará baja durante las próximas seis horas, así que no tendréis que nadar. Creo que Enkir no conoce este pasadizo, pero no puedo estar completamente seguro; hay otros que no son tan secretos, que dan a los círculos inferiores, que él podría esperar que empleaseis. No creo que la otra abertura esté cerrada con llave, pero no estoy tan seguro en lo que respecta al muelle. Ahora mismo la ciudadela está bien cerrada, y no creo que Enkir se haya olvidado del mar. ¡Id con cautela!

Se detuvo y se secó la frente con la mano. Cadvan clavó su mirada en él.

—Nelac, desearía que pudieses venir con nosotros —dijo—. Temo por ti en este lugar.

—No, Cadvan —respondió Nelac con una sonrisa sombría—. Soy demasiado viejo para tales aventuras. No te mentiré, mi corazón está lleno de presagios. Ahora entramos en días malvados. Pero se me necesita aquí.

Cadvan no discutió, pero la tristeza que había en su rostro se hizo más profunda.

—Ahora escuchadme bien —continuó Nelac—. El barco de Owan se llama *Búho Blanco*. Tiene unas velas rojas que llevan el símbolo dibujado en blanco. Lo reconoceréis, es alto y moreno como las gentes de Thorold —a medida que Nelac hablaba, Maerad tuvo una vívida imagen mental: un rostro moreno y divertido con los ojos grises como el mar—. Me ha dicho que os esperaría en el extremo del muelle que está al lado del acantilado, y sabe qué aspecto tenéis. Llegad allí lo más rápido

que podáis. Es un hombre en el que se puede confiar —apartó la vista de Cadvan y Maerad—. Todas mis esperanzas se van con vosotros. Haced lo que sea preciso. La Oscuridad no ha de imponerse.

De repente Maerad sintió que rebosaba amor por aquel anciano, dulce, sabio y humano, a la par que severo y fuerte, lo sabía, como la misma roca. Le lanzó los brazos alrededor del cuello y lo besó en la mejilla. Nelac pareció ligeramente sorprendido, pero sonrió.

—Ve en paz, joven Bardo —dijo.

—Adiós, Nelac —susurró Maerad, todavía enganchada a su cuello—. Gracias —lo soltó y dio un paso atrás.

—No habrá helada capaz de minar la voluntad de la Luz —dijo Nelac—. Recordad eso. Las raíces del Canto del Árbol son muy profundas, y sus brotes emergen cuando menos te lo esperas. ¡Mantened la vigilancia! —Maerad asintió—. Ve en paz, Cadvan —este lo abrazó sin hablar. Después los dos entraron en el pasadizo y Nelac cerró la puerta tras ellos. Maerad oyó cómo la llave giraba en la cerradura.

Durante un instante la oscuridad fue absoluta. Lentamente una pálida iluminación plateada floreció en la negrura. El brillo procedía de Cadvan, pero este no se movía. Miraba hacia delante sin ver.

—Dudo que vuelva a ver a Nelac —dijo rotundamente—. Pese a que me enteraría, estoy seguro de que me enteraría, si muriese... —había cierta tensión en su voz, una dolorosa duda, y Maerad no respondió instantáneamente.

—No sabes lo que ocurrirá —dijo por fin, torpemente—. Y Nelac es fuerte.

—Sí —Cadvan suspiró hondamente, y se deshizo de sus pensamientos—. Sería más fácil si tuviera alguna cosa para hacer luz —dijo—. No utilizo mucho la propia, pero de tarde en tarde resulta útil. Quizá podamos hacer turnos, no deseo terminar nuestro camino demasiado cansado. No tengo ni idea de lo que hallaremos en el otro extremo.

Maerad miró hacia delante. El pasadizo estaba toscamente excavado en la roca, y ante ellos el muro daba una curva, con lo que quedaba fuera de la vista. Los escalones eran empinados y estrechos, descendían en forma de espiral sin fin hasta el centro del acantilado. El aire estaba cargado de humedad y hacía frío, se estremeció y se ajustó mejor la capa.

Comenzaron el largo descenso. En la pared no había pasamanos ni barandilla, y Maerad constantemente tenía miedo de tropezar y caerse escaleras abajo. A medida que avanzaban, había más humedad y unos hilillos de agua descendían de vez en cuando por las paredes, haciendo que las escaleras se volviesen resbaladizas y traidoras. Más o menos media hora después, a Maerad le tocó el turno de hacer la luz, y comenzó a ver qué había querido decir Cadvan: resultaba agotador, en lo más profundo de su mente, mantener la iluminación mientras se concentraba también en asegurarse de no tropezar y caer.

Escuchaban sonidos distorsionados que vibraban en la roca, y una vez pasaron al lado de lo que debería ser una fina pared de un cuarto u otro pasadizo, porque escucharon con bastante claridad murmullos de gente que hablaba al otro lado.

—La cumbre de Norloch es un laberinto lleno de estos túneles —dijo Cadvan—. Muchos se utilizan para almacenaje, o como pasadizo secreto entre una casa o Círculo y otra. No creo que nadie los conozca todos —Maerad se preguntó qué estaría ocurriendo sobre sus cabezas, en la ciudadela. De vez en cuando escuchaba un débil *bum*, y si aguzaba el oído podía detectar el eco de gritos de hombres y golpes de pies contra el suelo, pero no era capaz de comprender el sentido de lo que escuchaba.

La escalera parecía continuar eternamente, y a Maerad comenzaron a dolerle las piernas. El frío se le caló hasta los huesos, y estaba cansada de la oscuridad y del techo bajo de pesada piedra, de la sensación de opresión que le daba tener sobre su cabeza un peso que iba en aumento. El círculo constante de las escaleras de caracol le provocaba un extraño mareo, siempre dando vueltas hacia el interior; pensó que cuando llegasen al final su cuerpo tendría un sesgo permanente y nunca podría volver a caminar erguida. Apretó los dientes y continuó.

Cuando por fin se acabaron las escaleras, le temblaban las rodillas y los muslos le ardían por la tensión antinatural de bajar tantos escalones. Se detuvo en seco, mirando a Cadvan.

—Necesito descansar —dijo—. Solo un momento...

—No puedo objetar nada contra eso —dijo Cadvan—. Odio las escaleras —dejó el hatillo en el suelo y se sentó sobre él. Allí el suelo estaba húmedo, y un hilillo de agua discurría por el lateral del túnel, que penetraba en la roca ante ellos y se sumergía en la oscuridad. Maerad hizo lo mismo, estiró las piernas hacia delante y se masajeó los músculos. Ahora olía algo nuevo: un débil aroma salobre que impregnaba el aire estancado.

—Casi hemos llegado —dijo Cadvan—. Pronto estaremos fuera de aquí.

No se detuvieron durante mucho rato. Tras apenas cinco minutos Cadvan volvió a ponerse en pie y se colgó el hatillo a la espalda. Maerad lo siguió por el túnel recto, que discurría ligeramente cuesta abajo. Ahora el camino era mucho más sencillo y se movían con rapidez, poseídos por una apremiante sensación de urgencia. Llevaban unos quince minutos caminando cuando el olor a agua salada se volvió más intenso.

Maerad vio un debilísimo destello de luz estelar en la distancia, pese a que no era capaz de ver la boca del túnel; entonces pudo escuchar el sonido del romper de las olas y, tras él, el murmullo incesante del mar. El túnel se volvió mucho menos pasadizo y más parecido a una cueva natural, el sonido de sus pasos se veía amortiguado por la arena y los muros se estrechaban radicalmente a medida que se acercaban al fin. Se vieron obligados a encorvarse cada vez más y más hasta que casi iban doblados por la mitad. Después, de repente ascendía bruscamente y el último tramo hubieron de escalarlo, trepando por una estrecha abertura que daba a una masa de rocas caídas viscosas por las algas.

A casi cuatro metros bajo ellos las olas difuminaban la línea de la costa, un litoral de negras rocas brillantes, ligeramente húmedas. La noche era clara y brillante, y Maerad respiró el agua salada, aliviada al verse por fin fuera de la atmósfera cerrada y muerta del pasadizo. Los acantilados de basalto negro de Norloch se alzaban sobre ellos, y Maerad vio en las aguas que tenían delante la estrecha bahía del puerto, un punto iluminado por las estrellas entre muros de piedra sin luz.

Ahora era cuestión de abrirse paso cuidadosamente por las rocas, intentando no tropezar en la sombra ni caerse en las pozas de agua salada que llenaba cada hendidura. Resultaba tedioso y requería mucho tiempo, pero lentamente fueron avanzando por la base del acantilado, y pronto Maerad vio el enorme muelle de piedra que surgía ante ellos. Como mal presagio se escuchaban gritos procedentes del agua y el sonido de lucha armada, y de repente vio una lengua de luz roja. Llamas.

—Lucha en el Noveno Círculo —le susurró Cadvan al oído—. ¡Espero que Owan todavía esté esperándonos!

—Nelac ha dicho que le confiaría su vida —dijo Maerad, mientras se preguntaba qué harían si Owan ya se hubiera marchado, movido por lo que fuese que estuviera ocurriendo en Norloch. Continuaron su difícil camino hasta encontrarse en la base del muelle. Se escucharon unos pasos a un lateral, y ellos continuaron arrastrándose sigilosamente. Justo antes de llegar al final, Cadvan extendió la mano para detener a Maerad, y asomó la cabeza por el borde con precaución. Después le hizo un gesto para que lo siguiese, y gatearon sobre el canto del muelle.

Un poco más allá del embarcadero había grupos de gente luchando, grotescamente iluminados por las llamas. Tres de los barcos amarrados en la curva más alejada de aquel lado del puerto estaban en llamas, y su reflejo brillaba como sangre en la superficie de las olas.

—¡Están quemando las naves! —murmuró Cadvan—. Enkir está actuando a conciencia.

Maerad no veía con claridad qué estaba ocurriendo en el muelle, pero escuchaba el sonido de espadas que chocaban entre ellas y terribles gritos y chillidos. Cerró los ojos, aquello se parecía demasiado a sus recuerdos de Pellinor. No podía soportar pensar en eso. No en aquel instante.

Estaban escondidos en la sombra de un gran noray, y habían pasado, de momento, desapercibidos. Cerca de ellos unos cuantos barcos tintineaban suavemente en sus amarres. Cadvan los examinó en cuclillas, con el rostro lleno de ansiedad. ¿Cuál era el suyo? Todos parecían desiertos. No muy lejos, pero demasiado para la tranquilidad de Maerad, había uno con las velas rojas, pero no podía ver el nombre desde donde estaban.

—Creo que debe de ser ese —Cadvan hizo un gesto con la cabeza en dirección al barco—. Maerad, ahora puedes hacer un conjuro destellante, ¿verdad? Hazte invisible. No queremos que nos divisen. No veo a ningún Bardo, aunque es algo difícil de determinar en este caos —Maerad se concentró durante un momento. Nunca

había hecho aquello, pero era fácil. Cadvan levantó una ceja y ella asintió, entonces los dos se pusieron en pie y salieron corriendo.

Casi habían llegado al barco, ya estaban lo suficientemente cerca para ver un búho en pleno vuelo pintado en blanco sobre las velas y la pasarela apoyada en la piedra, cuando escucharon un grito. Un Bardo los había visto.

—¡Alto! —un hombre alto que portaba una maza y una antorcha encendida se acercó corriendo hacia donde estaban ellos—. ¡Alto! ¿Quién va? ¡Nadie tiene permitido pasar por estos muelles, por orden del Primer Bardo!

Todavía estaban demasiado lejos del barco para arriesgarse a salir corriendo. Maerad escuchó a Cadvan maldecir entre dientes. El conjuro destellante no podía engañar a un Bardo, pero tal vez todavía tuviesen alguna esperanza de disfrazarse. Se volvió hacia el hombre, agarrando la empuñadura de la espada bajo la capa.

—¡Piedad, señor! —gimió, con un acento que Maerad desconocía—. Mi hijo y yo estamos intentando que no nos maten —la capucha le ensombrecía el rostro, y Maerad se cubrió más la cabeza con la suya.

—Deberías haber estado fuera del puerto hace una hora —dos hombres más corrían tras él.

—No lo sabíamos —dijo Cadvan—. Nos hemos quedado atrapados...

—Son Bardos —dijo una voz desde detrás del primero. El hombre acercó la antorcha hacia ellos, escudriñando el rostro de Cadvan. Maerad se colocó tras él, intentando ocultarse entre las sombras parpadeantes.

—¿Bardos, señor? —dijo Cadvan.

—Ve a buscar a Enkir —dijo la voz—. Creo que son ellos —el tercer hombre salió corriendo.

Estaba claro que era demasiado tarde para ocultarse. Los dos Bardos que quedaban se acercaron a zancadas para prenderlos, pidiendo ayuda a gritos. Cadvan desenvainó su espada, Arnost, y dieron un salto atrás. El primer hombre dejó caer la antorcha y cogió la maza con las dos manos.

En aquella décima de segundo Maerad miró a su alrededor desesperada. Parecía que en el muelle había docenas de soldados luchando, pero no podía ver quién luchaba contra quién. Había más soldados que se acercaban a ellos corriendo. Vio la blanca imagen borrosa que miraba a hurtadillas por la borda del barco y desaparecía inmediatamente. Owan.

No los había abandonado. Sin pensar, sacó su propia espada y se colocó hombro a hombro con Cadvan, recularon hacia un noray y se colocaron contra él. El agua brillaba débilmente en negro tras ellos.

—¿Me matarías, Gast? —le dijo Cadvan al primer hombre. El filo de Arnost brillaba peligrosamente—. Yo en tu lugar me lo pensaría.

—¡Silencio, traidor! —gritó Gast—. Ahora la muerte es tu condena —alzó la maza y arremetió contra ellos. Cadvan y Maerad se echaron a un lado y el golpe cayó sobre el noray, del que saltaron chispas. Relució otra espada y Gast cayó al suelo, la

sangre le bajaba oscura por el cuello y la boca. Se convulsionó y después dejó de moverse. Maerad se quedó mirando un instante, horrorizada ante aquella rápida muerte, pero otra persona blandía una espada ante ella. Paró el ataque y saltó hacia Cadvan, que empujó hacia atrás al soldado y entonces, con la mano izquierda, elevó de repente un muro de llamas blancas a su alrededor. Los soldados se desvanecieron tras él, y Maerad y Cadvan se vieron encerrados en un ardiente semicírculo.

Cadvan se volvió hacia ella, con el rostro extrañamente iluminado por el fuego y las marcas de los latigazos lívidas sobre su piel blanca.

—Estamos a menos de diez metros del barco —dijo—. Nuestra única esperanza es abrirnos paso hasta allí luchando, y no podemos hacerlo con las espadas, son muchos. Si los dos contenemos un muro que nos rodee, podremos conseguirlo.

Maerad asintió, respirando entrecortadamente. Más allá de las llamas plateadas escuchaba los gritos de muchos soldados. Tomó la mano de Cadvan, uniendo su mente a la de él, y las llamas se elevaron, brillantes y frías. Después, paso a paso, Cadvan y ella comenzaron a moverse por el muelle en dirección al barco. Todavía no habían dado tres pasos cuando comenzaron a sentir la presión de un conjuro anulador: las llamas se debilitaron y bajaron, y se percibían las formas borrosas de los soldados al otro lado. Presionó con más fuerza y las llamas volvieron a alzarse.

—Ahí fuera hay más de dos Bardos —dijo Cadvan. Comenzaba a brotarle sudor en la frente—. Percibo por lo menos a cinco. Creo que podremos conseguirlo, Maerad. Acércate más.

Poco a poco, con una lentitud agónica, se fueron acercando al barco. Maerad sentía que todo su cuerpo ardía de la tensión. Se atrevió a mirar por encima del hombro, y el barco pesquero todavía se balanceaba con serenidad sobre el agua, aparentemente desierto. Seis metros, tres, ya casi habían llegado. La cabeza le latía con fuerza por la presión de mantener el muro, pero lo conseguirían.

Entonces, de una manera espantosamente inesperada, las llamas se desvanecieron. Maerad se tambaleó del susto, era como si acabase de aplastarlos un pie gigante. Cadvan le agarró la mano con fuerza mientras se quitaba el sudor de los ojos, y lanzó otra fuerza de resistencia para ganar unos preciosos segundos. Maerad parpadeó, intentando ver algo. Vio las imágenes borrosas de las antorchas y una ferviente masa de sombras oscuras, pero ante ellos tenían algo diferente, un nuevo poder que antes no estaba allí.

—Enkir —dijo Cadvan, jadeando—. ¡Es Enkir! ¡Parece un espectro!

«Parece un espectro», pensó Maerad con la rapidez del miedo, «pero no lo es». Aquel poder no contenía el terror de la tumba, pero era la misma maldad viva que había sentido en el Salón de Cristal. Veía la figura de Enkir a menos de cinco metros de ellos, no más grande que cualquiera de los soldados que daban vueltas alrededor de él; pero un poder se reunía a su alrededor como una sombra abominable, de manera que parecía cernirse gigantesco sobre ellos, espantoso y aterrorizador. Los soldados estaban dispersándose, encogiéndose de miedo ante él, pero Maerad apenas

se percataba de su presencia.

La resistencia de Cadvan iba desvaneciéndose y ella sentía como un golpe salvaje en la cara, la fuerza de la voluntad de Enkir, cruel e implacable. Aplastó la mano de Cadvan dentro de la suya y lanzó un rayo de fuego presa del pánico, deseando con todas sus fuerzas saber cómo aprovechar los poderes que sin duda poseía.

Enkir se limitó a alzar la mano, y el rayo se elevó hacia el firmamento.

De repente Maerad recordó lo que le había dicho Indik en Innail, le parecía que hacía años. «La inteligencia es la clave. No eres lo bastante fuerte para permitirte ser tonta, ¡piensa!». Tragó saliva y se tranquilizó.

Enkir estaba ahora quieto, y las olas negras que rompían contra él disminuyeron un poco. Levantó los brazos, construyendo una terrible fuerza de oscuridad a su alrededor. Maerad percibió, con un sentido surgido de las profundidades de su mente, que estaba recurriendo a algo ajeno a él. Sintió que le comenzaban a estallar los oídos. Enkir iba a aplastarlos a los dos con un solo golpe.

Se dio cuenta con un vuelco del estómago del desprecio que contenía su gesto: era el mismo desprecio con el que había destruido a su madre. Le echó un rápido vistazo a Cadvan, y este captó sus pensamientos. Asintió imperceptiblemente. Entrelazaron las manos, durante unos interminables segundos de terrible espera mientras la fuerza se construía hasta alcanzar una presión casi insoportable. El aire vibró con un sonido similar al chirrido del metal atormentado.

Entonces Enkir liberó su golpe. Juntos, Maerad y Cadvan elevaron un escudo en aquel preciso instante, un escudo que era como un espejo en llamas. Durante un brevísimo momento brilló intensamente colgando del aire ante ellos, y después el rayo de Enkir lo golpeó como un martillo. El escudo explotó en abrasadores fragmentos de colores deslumbrantes y tanto Cadvan como Maerad se tambalearon hacia atrás, en el mismo límite del muelle.

Pero el rayo no los alcanzó, rebotó y golpeó a Enkir. Jadeando, Maerad se recuperó y lanzó una descarga de relámpagos que lo siguieron. Unos fogonazos entrecortados iluminaron la escena del muelle durante unos breves instantes, como si fuesen imágenes inmóviles impresas a fuego en su vista. Un hombre que estaba cerca de ellos había soltado tanto la espada como el escudo y había caído de rodillas, cubriéndose los ojos con las manos en un gesto de desesperación y horror.

Otros luchaban con una especie de locura, como si estuviesen poseídos. Por lo menos cuatro cuerpos yacían estirados en el suelo, completamente inmóviles; pero Maerad no vio ni rastro de Enkir. Entonces Cadvan y ella se volvieron y salieron corriendo para salvar sus vidas, recorriendo los últimos metros que les quedaban, por la pasarela y hacia el interior del barco.

Owan estaba tirado sobre la cubierta, cubriéndose las orejas con las manos. Se asustó cuando saltaron al barco, pero al ver quiénes eran se acercó para recibirlos. Cadvan

ya estaba retirando la pasarela tras él.

—Os habéis tomado vuestro tiempo —dijo Owan.

—¡Rápido! —jadeó Maerad. Owan fue hacia proa sin apresurarse aparentemente, pese a que en realidad se estaba moviendo muy rápido, y soltó las amarras del barco.

—Agradecería un poco de ayuda con el viento —dijo lacónicamente por encima del hombro.

Cadvan se quedó mirando hacia él durante un segundo hasta que captó qué quería decir. Entonces levantó los brazos y habló. Maerad todavía se estaba preguntando qué habría pedido Owan cuando escuchó el silbido del aire, que reunía fuerzas hasta convertirse en una fuerte brisa, y las velas se agitaron y se hincharon. El barco comenzó a separarse a ritmo constante del muelle.

«Más rápido, más rápido, por favor más rápido» pensó Maerad, pero parecía que Owan no se daría prisa. Poco tiempo después estaban visiblemente separados de las otras embarcaciones. Owan le hizo un gesto a Cadvan, el viento que hinchaba las velas se volvió más fuerte y comenzaron a adquirir velocidad sobre las olas en dirección a la salida del puerto.

Maerad volvió la vista atrás, hacia el muelle. No podía ver que estaba ocurriendo, pero ahora sentía que Enkir ya no estaba allí, aquella horrible presencia había desaparecido. ¿Lo habían matado? No podría decirlo. La explosión que Enkir pretendía dirigir hacia ellos había sumido toda la escena en una confusión total. Se escuchó un gran alboroto, y parecía que los soldados todavía estaban luchando entre ellos. Nadie se había dado cuenta todavía de que había un diminuto barco que se escabullía del puerto.

Cadvan se acercó y se quedó a su lado.

—¡Ay, Norloch! —dijo.

—Sí —dijo Maerad. Se agarró firmemente a las velas para detener su temblor, efecto de la batalla. Cadvan volvió la vista hacia el agua.

—Me alegro de que nos dirijamos a Thorold —dijo—. Quizá sea porque es una isla, pero siempre ha sido uno de los Reinos más independientes. Si el Primer Círculo emite una orden de busca y captura sobre nuestras cabezas, lo más probable es que allí la ignoren.

—¿Una orden de busca y captura? —Maerad se volvió para mirar a Cadvan con los ojos como platos. Cadvan se encogió de hombros.

—Es probable, Maerad. Se ha derramado sangre. Y a menos que el Primer Círculo se reinstaure bajo las órdenes de Nelac, algo que parece escasamente probable, ahora somos unos proscritos. Esta noche hemos hecho algunos enemigos poderosos.

Maerad inclinó la cabeza, sintiéndose oprimida. Durante unos segundos se preguntó si tendría la fuerza para huir tanto de la Luz como de la Oscuridad. Era demasiado duro... Había pensado que Norloch sería el fin de su viaje, pero parecía que aquel no era más que el principio de otra huida, esta vez hacia lo desconocido,

con un destino más incierto de lo que lo había sido nunca.

—Lamento la muerte de Gast —dijo Cadvan después de una pausa—. No era un hombre malvado, sencillamente desencaminado. Estaba haciendo lo que creía que era lo correcto.

Maerad pensó «iba a matarte», pero no lo dijo.

—¿Le conocías bien? —preguntó, volviéndose para mirar a Cadvan.

Tenía los ojos oscurecidos por la tristeza.

—No, no muy bien —dijo—. Venía de la Escuela de Desor —se quedó en silencio durante un rato—. La guerra civil es algo feo, Maerad. Enfrenta a amigo con amigo, y convierte en enemigos a aquellos que por derecho deberían ser nuestros aliados. Deseaba no tener que verla nunca. Pero así son estos tiempos.

Miraron al agua, escuchando los horribles gritos de la batalla, que ahora comenzaban a disolverse en la distancia.

—¿Crees que Enkir está muerto? —preguntó Maerad de repente.

—Me gustaría creerlo —dijo Cadvan—. Pero no siento ninguna seguridad, lo que tal vez sea señal de que todavía vive. Saca su poder de una fuente que es más que humana, y eso puede haberlo protegido. Y si Enkir está vivo, temo por Norloch. Continúa siendo Primer Bardo, el Bardo más poderoso de Annar, y utilizará el caos de esta noche para sus propios fines.

—Pero ¿podrá tal vez Nelac detenerlo?

—Tal vez —respondió Cadvan—. Pero tal y como él mismo dijo, ¿hasta qué profundidad llegará esta oscuridad? Cuando la gente tiene miedo, abandona prácticamente todo por una ilusión de seguridad. Solo Nelac sabe lo profundamente que Enkir ha traicionado a la Luz, y Enkir ya le ha acusado de traición. Nelac nos ha ayudado a escapar, y yo he matado a un Bardo, por lo menos. No es necesario ser malvado para equivocarse —la voz de Cadvan era sombría—. El peso de las pruebas podría contar tranquilamente contra cualquier cosa que pueda decir Nelac.

—¿Pero el Consejo no puede decir qué es lo cierto? —dijo Maerad con repentina pasión—. Son Bardos, ¿no es así? ¿No se supone que los Bardos deben saberlo?

Cadvan le dirigió una sonrisa cansada.

—La verdad no es tan sencilla, Maerad. Tú lo sabes. Todo depende del punto de vista desde el que mires, y cambia... ¿Crees que es tan fácil localizar lo que es obra de la Luz? ¿Cómo podemos saber de verdad cualquiera de nosotros que hemos elegido lo correcto?

Maerad pensó en Norloch, la elevada ciudadela de los Bardos, que ahora se había revelado como centro de la Oscuridad, y después en la confesión que Cadvan le había hecho aquella misma noche, y se quedó callada. Se sentía invadida por un repentino desasosiego. Ella pensaba que la Oscuridad y la Luz eran fáciles de diferenciar como la noche y el día, pero Cadvan parecía estar diciendo que las cosas no eran así en absoluto, que la seguridad no era sino una consoladora ilusión.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto? —preguntó por fin.

Al principio Cadvan no le respondió, y después suspiró.

—Sí, creo que sí —dijo—. Por lo menos, estamos haciéndolo lo mejor que podemos, conscientes de lo poco que hacemos. Pero a veces no tienes opción, solo puedes elegir entre malo y peor.

Entonces Owan llamó a Cadvan para que se acercase a él, porque deseaba más ayuda con el viento, y Maerad se quedó sola en la borda, meditando melancólicamente, mirando hacia la ciudad en llamas.

Cuando el barco cruzó el puerto, dibujando un surco blanco entre las olas, el ruido de la lucha se desvaneció por completo bajo el suave crujido de las velas y el murmullo de las olas. Maerad le dirigió un largo vistazo a la ciudadela, sintiendo cómo el temblor de sus miembros cesaba gradualmente.

Los barcos todavía ardían a lo largo del muelle, arrojando un espantoso reflejo sobre el agua, y con una punzada de consternación vio como el fuego lamía los Círculos superiores. El Primer Círculo parecía estar completamente en llamas. Pensó en Nelac; había dicho que llevaría a sus estudiantes a un nivel inferior. No estarían todavía en el Primer Círculo, ¿verdad? Deseó con amargura que Enkir estuviese muerto. Tal vez entonces el Círculo se restauraría.

Pese a todo lo que había ocurrido durante las últimas horas, Maerad sintió que la sangre le ardía de vida. Estaba cansada, cansada hasta los huesos, pero no tenía nada de sueño. Lentamente, mirando hacia las anchas aguas, sintió que se iba relajando, y pensó, por primera vez desde que había tenido lugar, en su proclamación, en la oleada de fuego que había atravesado y la había transformado. Ahora era diferente. Era el Lirio de Fuego, Elednor de Edil-Amarandh.

Se sentó en la cubierta y se puso a observar detenidamente las estrellas. Allí, igual que cuando la veía desde El Castro de Gilman, brillaba Ilion, resplandeciente y solitaria. Pensó en Hem, ¿dónde estaría ahora? ¿Estaría él también mirando hacia el cielo nocturno, pensando en ella? Y tal vez su madre, Milana, hubiera hecho exactamente lo mismo; tal vez ella también hubiera buscado la joya radiante de Ilion entre las constelaciones, y pensando en ella como su estrella.

«Aquí, sobre la faz de la tierra», pensó Maerad, «la gente trabaja, sufre y muere. ¿Algo de esta angustia tocará a Ilion?». Se preguntó si las estrellas podrían sentir las vibraciones de la alegría y el asombro humanos, del dolor y la desesperación. ¿Sabrían las estrellas lo que era lo correcto y lo incorrecto? ¿Qué significarían para ellas la Luz y la Oscuridad? Recordó lo que Ardina le había dicho a Cadvan: «la Luz florece más brillante en los lugares más oscuros». Tal vez, a aquella distancia de los asuntos humanos, otro modelo emergiese del caos, otros tipos de necesidad, e incluso el mal se convirtiese en parte de una música mayor.

Maerad miró al firmamento, sintiendo cómo el corazón le latía dentro del cuerpo y la sangre recorría cada diminuta vena. Sentía como si comprendiese

profundamente, por primera vez en su vida, las complicadas relaciones entre todas las cosas, una red de infinita belleza y complejidad. Entre la pequeña orbe de su ojo y aquella distante estrella, sentía la tensión de un minúsculo hilo brillante, una de las infinitas gravedades que entretejían lo vivo y lo muerto, lo lejano y lo cercano, lo diminuto y lo inmenso, en un mundo siempre cambiante, siempre renovándose.

A medida que aquella comprensión aumentaba en su interior, los miedos que la perseguían fueron subsidiendo gradualmente y desaparecieron. Por vez primera desde que era capaz de recordar, pensó en su madre sin dolor. La vio en su imaginación, alta, intacta y hermosa: Milana, Primer Bardo de Pellinor. Ahora se sentiría orgullosa de su hija.

Maerad inspiró el dulce aire de la noche con intenso júbilo. Aquella noche, pensó, no le importaba lo que le deparase el futuro, qué peligrosos viajes e inimaginables horrores la aguardasen. Aquella noche, el presente bastaba.

Aquí termina el
Primer Libro de Pellinor.



APÉNDICES



APUNTES SOBRE LA PRONUNCIACIÓN



La mayor parte de los nombres propios annarienses derivan del Habla, y por lo general comparten la pronunciación. En las palabras de tres o más sílabas, el acento recae normalmente sobre la segunda sílaba; en palabras de dos sílabas tales como *Lemuel* (invisible) el acento recae siempre sobre la primera. Existen algunas excepciones en nombres propios, los nombres *Pellinor* y *Annar*, por ejemplo, se pronuncian con acento en la primera sílaba.

La escritura es principalmente fonética.

a—como en *llano*, *ar* rima con *bar*.

ae—suena *ai*, como en *caiga*. *Maerad* se pronuncia *Mai-rad*.

ae—dos sílabas que se pronuncian por separado, suena *hay-yy*. *Maninae* se pronunciaría *man-IN-hay-yy*.

ai—se pronuncia *ei*. *Innail* se pronuncia *Inneil*.

au—*ou*. *Raur* se pronuncia *rour*.

e—como en *té*. Al final de palabra siempre se pronuncia: por ejemplo, *remane*, caminar, tiene tres sílabas. A veces esto se indica con *e*, que también indica que el acento de la palabra recae sobre la *e* (por ejemplo, en *ile*, nosotros, a veces el sonido *i* se pierde).

ea—los dos sonidos vocálicos se pronuncian por separado, creando el sonido *ei-a*. *Inasfrea*, caminar, suena por lo tanto: *in-ASS-frei-a*.

eu—suena *oi*, como en *hoy*.

i—como en *pico*.

ia—se pronuncian tres fonemas, como en *vayan*.

y—suena *a*, como en *más*.

c—siempre con sonido *k*, como en *casa*, no como en *circo*.

ch—un sonido aspirado, como en alemán *ach* o *loch*, no como en *muchacho*.

dh—un sonido consonántico entre la *d* y la *th* inglesa de *the*. *Medhyl* podría pronunciarse *MED'l*.

s—siempre sorda.

Nota: *Den Raven* no deriva del Habla, sino de lenguas sureñas. Se pronuncia *don RAH-ven*.



BREVE HISTORIA DE EDIL-AMARANDH



Son bien conocidas las dificultades que presenta datar la extraordinaria civilización de Edil-Amarandh, o incluso ubicar con exactitud su localización geográfica. Las estimaciones varían considerablemente, datando su misteriosa desaparición entre 10 000 y 150 000 años antes del comienzo de la última Edad de Hielo. Las teorías iniciales, que vieron en los Escritos de Annar una confirmación de los persistentes relatos de Platón, el *Mabinogión*, y en otros lugares de una nación atlántica arrasada por una inundación, se han visto por lo general desacreditadas, ya que Edil-Amarandh parece ser mucho más antigua de lo que tales textos sugieren, y presenta considerables diferencias culturales. Aun así, hay quien ha sugerido que el continente de Edil-Amarandh pueda estar hundido en el Atlántico, al oeste de las costas africanas y europeas, tal y como se teorizó con la Atlántida^[1]. De todas formas, pese a estos argumentos, las voluminosas fuentes disponibles han hecho posible elucidar una historia detallada de Annar y los Siete Reinos^[2].

Los Bardos empleaban dos calendarios principales: el cálculo de Afinil (indicado con una A) y el calendario annariense o de Norloch (indicado con una N).

La historia de Annar y los Siete Reinos está dividida en tres edades (el Gran Silencio no se considera una edad), según las *Crónicas* de Istar de Norloch (N398), fuente principal de esta explicación^[3].

La Edad de los Elementales

La Edad de los Elementales terminó aproximadamente mil años antes de la fundación de Afinil, es decir, unos cinco mil años antes de la época en la que tiene lugar este relato. Durante la Restauración una gran parte de su historia se perdió, y lo poco que restaba era parcial y estaba fragmentado. Pese a ello, tras la fundación de Afinil, los Elementales que aún vivían narraron muchos de los acontecimientos de aquella Edad^[4], y así muchas historias y canciones se preservaron en la tradición Bárdica, pese a que solo algunos retazos de aquel saber ancestral se conservaron después de

que Afinil fuese arrastrada por El Sin Nombre.

Los Elementales (o Elidhu) eran inmortales, y eran llamados así porque tenían afinidades con las fuerzas naturales como el fuego, el agua, la tierra, el aire, el sol, la luna y las mareas. A menudo se les asociaba con lugares o regiones en concreto, como podrían ser ríos o montañas. Tras las Guerras de los Elementales, muchos Elidhu se refugiaron en sus formas puras y no volvieron a ser vistos como seres sensibles, aunque muchos todavía continuaban siendo espíritus visibles. Podrían adquirir diferentes formas a voluntad, y durante los días de Afinil, a menudo visitaban esta ciudad con aspecto humano y aprendían de los Dhyllin las artes del habla, el canto y la música, de la que disfrutaban especialmente. La Dama Ardina fue la más célebre de los Elidhu que llegaron a formar parte del mundo humano. Tras el dominio de los humanos y el distanciamiento entre las dos razas, de lo que El Sin Nombre fue en gran parte responsable, muchos se recluyeron en sus formas elementales y eran raramente vistos. Se desconoce su número.

La Edad de los Elementales estuvo marcada por el dominio del Brujo de Hielo, Arkan, venido del norte, que cubrió Edil-Amarandh con un perpetuo invierno. En esta época los Elementales levantaron algunas de las cordilleras montañosas de Edil-Amarandh, el Osidh Elanor (las Montañas del Amanecer) y el Osidh Annova, en un intento de bloquear el acercamiento de Arkan. Todos los seres vivos de aquel tiempo sufrieron indeciblemente, y se dice que los humanos casi llegaron a desaparecer de la faz de la Tierra. Una alianza entre algunos de los Elementales y los pueblos de Edil-Amarandh, liderada por Elidhu Ardina y el Rey Ardhor, opuso resistencia y finalmente derrocó al Brujo de Hielo. La guerra final contra Arkan convulsionó al continente por completo: «El mar se adentró en lo que había sido tierra, y surgieron tierras donde antes había habido mar^[5]». Cuando la guerra terminó, la línea de la costa era completamente diferente y había adquirido la forma que aparece actualmente en los mapas.

Hay constancia de la existencia de historias y canciones humanas de aquel tiempo —la leyenda de Mercan, por ejemplo, que se conservó en los *Manuscritos de Lir* en la Biblioteca de Lirigon—, pero los años no están registrados. Había pequeñas comunidades de hombres y mujeres que vivían en asentamientos al este de Osidh Annova, y un pueblo fuerte y orgulloso que habitaba cerca de lo que hoy es el río Lir, cuyos descendientes serían más adelante los Dhyllin.

La Edad del Alba

Tras las guerras, los Dhyllin habitaron las regiones del norte que más tarde se llamarían Lirion e Imbral, y se dice que fue en este tiempo cuando los *Dhillareare*

aparecieron en Edil-Amarandh por vez primera, pero se tiene poca constancia de ello hasta la fundación de Afinil. A esta época se la llama pre-Alba o Inela.

La Edad del Alba data de la Fundación de Afinil, unos mil años después del fin de las Guerras Elementales. Afinil fue la primera ciudad fundada y habitada por Dhillareare, pese a que estos no eran de ninguna manera los únicos pueblos que allí vivían. La ciudad fue fundada por el gran Bardo Nelsor, que entre otras cosas inventó letras, y fue el primero en escribir y formalizar el Habla. La caligrafía que inventó continuaba siendo la más común entre los Bardos más de cuatro mil años después^[6].

Afinil nunca fue ciudad de Reyes, sino de Bardos, construida entre Lirimal e Inchan, las ciudades más grandes de los reinos de Lirion e Imbral. Su emplazamiento exacto se perdió hace mucho, pero estaba situado en las orillas de un lago del que se decía que era tan profundo que las estrellas se reflejaban en él incluso de día: el Ilimican, o Lago Espejo. Afinil tenía la reputación de ser la ciudad más bella construida nunca en Edil-Amarandh, y se convirtió en un gran centro de aprendizaje y cultura. Allí se fundaron importantes salones de canto y bibliotecas, y era famosa por sus jardines y terrazas, de los que se decía que perfumaban el aire en millas a la redonda.

Este fue el primer gran florecimiento de la Luz. Afinil prosperó durante muchos años, y a medida que esta prosperaba, asimismo lo hacían las tierras que la rodeaban. Los Bardos comenzaron a viajar mucho, y hallaron a otros de los suyos en diversos lugares: especialmente en Turbansk, al sur, una antigua ciudad fundada antes del fin de la Edad de los Elementales, y también en las tierras del oeste, a lo largo de la costa de Edil-Amarandh. Hubo gentes que se instalaron al este y también sobre el Osidh Annova, y fundaron el Reino de Indurain en las fértiles tierras que hallaron allí.

La primera señal de problemas ocurre en el año A1567, cuando Sharma, el Rey de Den Raven, un pequeño reino montañoso situado al sur, viajó hasta Afinil y solicitó instrucción, ofreciendo como regalo oro y joyas. Los Bardos, que valoraban tales objetos solo por la belleza que hallaban en ellos, rieron y le ofrecieron instrucción sin recibir nada a cambio. «¿Qué es la fría luz de una gema al lado de la Luz viviente?», preguntó Gel-Idhor, Primer Bardo de Afinil, cuando Sharma se acercó a él. «No, guarda las joyas». Sharma, que era orgulloso e irascible, se sintió profundamente ofendido ante la suave burla del Bardo, pero disimuló su ira y entregó su mente al estudio^[7].

Pronto Sharma pareció ser el Bardo más precozmente dotado visto en Afinil desde los tiempos de Nelsor. Estudiaba en particular la creación de objetos de poder y también los misterios de la vinculación. Sentía una gran curiosidad por Arkan, el Brujo de Hielo, y pasaba mucho tiempo hablando con los Elidhu que iban a Afinil sobre la historia de aquellas guerras, pero ocultaba sus intenciones. Solo más tarde quedó claro que Sharma estaba interesado en hacerse inmortal y tan poderoso como los Elidhu, a los que no se podía matar. En Afinil había quien, incluida la Dama Ardina, se sentía inquieto ante las preguntas de Sharma y no confiaba en su ambición,

y aconsejaban que no se le diese tal educación; pero los Bardos no veían ninguna razón por la que su Tradición debiera mantenerse alejada de un alumno con un talento así, y hacían caso omiso de aquel desasosiego.

Cuando Sharma se hubo convertido en el Bardo más poderoso de Edil-Amarandh, volvió a su reino; y fue entonces cuando realizó el Conjuro Vinculante que le hizo abandonar su Nombre Secreto y le aseguró que nunca pasaría por las Puertas del Espacio No Rodeado de la Muerte^[8]. Era esta una gran blasfemia, pues que un Barde retase así a las Leyes del Equilibrio era algo sin precedentes. El abandono del Nombre y la abjuración de la Muerte señalaron el comienzo de unas cruentas guerras que terminaron, quinientos años más tarde, con el derrocamiento de Afinil y la total derrota y destrucción de Lirion e Imbral, y toda la Tradición y belleza que allí habían existido.

Tras renegar de su Nombre Secreto, a Sharma se le llamó El Sin Nombre. Atrajo a seguidores, a los que les prometió una vida sin fin y poder absoluto, y muchos Bardos se pasaron a su lado, traicionando a la Luz. Estos se convirtieron en Hechiceros Negros, conocidos como Glumas, puesto que no tenían más que la cáscara exterior de un Bardo. El Sin Nombre también selló alianzas con los Elidhu que quedaban y odiaban y temían a la Luz, el más notable de los cuales fue el Elidhu Karak, que dominó el reino de Indurain, al este del Osidh Annova, después de que los ejércitos del Sin Nombre lo hubieran destruido y matado salvajemente o esclavizado a los Dhyllin que allí vivían.

La campaña del Sin Nombre para derrocar a la Luz en Annar triunfó en el A2041, cuando sus fuerzas aplastaron a la última y desesperada alianza entre Lirion e Imbral en las Llanuras de Firman, cerca del río Findol. La derrota marcó el final de la Edad del Alba, y el comienzo del Gran Silencio.

El Gran Silencio

El Gran Silencio duró desde el año A2041 hasta el A3234. En esta época la Luz se retiró a lugares escondidos que más tarde se conocerían como los Siete Reinos, ubicados a lo largo de la costa de Edil-Amarandh y hacia el sur. Los Bardos no construyeron ciudades ni pueblos, y vivían en penosas condiciones, siempre trabajando contra la Oscuridad, pero no consiguieron derrocar al Sin Nombre hasta la llegada de Maninae, heredero de Laurelin, en A3157. Maninae, que era Bardo, unió a la resistencia en los Siete Reinos y tras muchos años —una historia demasiado compleja para tan solo comenzar a relatarla aquí— consiguió desposeer al Sin Nombre de su trono y restaurar la Luz en Annar. Después se convirtió en primer Rey de Norloch, y el primero en gobernar Annar.

Se introdujo una nueva forma de contar los años, el Calendario Annariense. También se le llamó el Cálculo de Norloch.

La Restauración

Cuando se restauró la paz, Maninae fundó la ciudadela de Norloch y el sistema de Escuelas. Se fundaron veinticinco Escuelas por todo Annar y los Siete Reinos, y se construyeron carreteras que cruzaban el país para permitir la libre circulación entre ellas. En esta época se poblaron más partes de Annar, pese a que quedaron varias regiones en estado salvaje en el interior, y Edil-Amarandh siempre fue un continente más densamente poblado en la costa que en el interior.

De nuevo la cultura Bárdica volvió a florecer y se restauraron los principios de Afinil. Pero Maninae también pensó en estrategias marciales, y la cultura de Norloch era belicosa, a diferencia de la de Afinil. Ya que Afinil nunca había sido ciudad de Reyes, y pese a que los Bardos eran rutinariamente adiestrados en las artes de la esgrima, nunca les habían concedido un honor especialmente importante.

La Restauración duró trescientos años. Tras ella llegó un período de consolidación, llamado los Años Medios, en el que las Artes florecieron en paz y armonía. Hacia el año N720 surgieron las primeras señales de desasosiego, y también llegó el último Rey; ya que los herederos al trono se hicieron la guerra unos a otros en una discusión acerca de la sucesión, y en aquella disputa se destruyó la línea sucesoria al trono de Norloch, En aquel momento los Siete Reinos revisaron sus alianzas con Norloch y restauraron sus autonomías.

Tras esto, los Bardos gobernaron solos en Norloch, e incorporaron a la Llama Blanca el triple cetro de los Reyes de Norloch. Tras la destrucción causada por las rivalidades entre Reyes, a algunos les pareció que esto sería lo mejor y que los Bardos, obligados por sus votos a la Luz y el Equilibrio, dirigían más sabiamente. Pero hubo otros que dijeron que era aquella una distorsión del Equilibrio; y también indicaban que las mujeres ya no ocupaban puestos de poder en Norloch, como continuaban haciendo en la mayoría de las demás Escuelas, y veían esto como otro síntoma de desequilibrio.

Gradualmente, durante los siguientes doscientos años, comenzó a quedar claro que algo fallaba en Annar. Se habían reconstruido las fortalezas de Den Raven, y el hechicero Imank había hecho la guerra en Suderain, pese a que se había encontrado con una feroz resistencia. Había otras señales de desequilibrio: la Enfermedad Blanca, que nunca se había visto, comenzó a devastar partes de Annar, y algunas Escuelas comenzaron a alejarse de su pueblo, exigiendo diezmos y escatimando sus servicios, lo que causó una enorme pérdida de prestigio de los Bardos en muchas

regiones de Annar y, a veces, incluso un resentimiento abierto y violento. Se avistaban con más frecuencia semi-hombres y otros siervos de la Oscuridad, y por primera vez desde la Restauración, se vieron Glumas en Annar. Y lo que resultaba más inquietante, algunos Bardos comenzaron a informar de alteraciones en el propio Habla, que resultaban imposibles de expresar, pero que los preocupaban profundamente, pues decían que les parecía que el Habla estuviese perdiendo su ancestral virtud. Pese a todo, no fue hasta que la Escuela de Pellinor fue saqueada y quemada hasta los cimientos en el año N935, seguida por Baladh y Jerr-Niken, en el sur, durante los siguientes cuatro años, que unos cuantos Bardos comenzaron a sugerir que El Sin Nombre había vuelto por fin.



SOBRE ANNAR Y LOS SIETE REINOS



Annar, a veces llamada el Reino Interior, era la parte más grande del continente de Edil-Amarandh, y por lo general se sostiene que era la tierra situada al sur del río Lir, al oeste del Osidh Annova (las Montañas de la Tierra) y al norte de los Desiertos del Sur.

Los Siete Reinos eran más pequeños, estaban situados en forma de anillo abierto alrededor de Annar, a lo largo de la costa oeste: de norte a sur eran Lirhan, Culain, Ileadh, la Isla de Thorold, Lanorial, Amdridh y Suderain. Suderain estaba cerca del reino de Den Raven —llamado a veces el Reino Perdido—, país envenenado que era la fortaleza del Sin Nombre, y que continuaba siendo el lugar en el que se mantenía a los Glumas y sus siervos supervivientes incluso después de ser derrotados por Maninae el Grande y la Restauración de la Luz en Annar^[9].

Maninae unió los Siete Reinos bajo un único gobierno por primera vez desde que El Sin Nombre había sido derrocado, marcando el comienzo de una larga paz. Maninae era una persona poco común, ya que era tanto Rey como Bardo, pese a que la condición de Bardo no era muy fuerte en él, y renunció a serlo al convertirse en Rey. Con alguna que otra excepción, los Reyes y Reinas de Norloch nunca han sido Bardos, y esto se consideraba un elemento crucial para el Equilibrio.

La autoridad del Monarca sobre los Siete Reinos era extremadamente limitada, y se ofrecía libremente más que imponerse por la fuerza; la situación podría compararse con una alianza de ciudades-estado y las regiones autónomas que las rodeaban. Resulta revelador que el único nombre para todo el continente fuese el extremadamente arcaico Edil-Amarandh, que data de antes de la Edad del Alba, y que este nombre fuese empleado en escasas ocasiones. La unidad de Edil-Amarandh era resultado de la influencia de los Bardos, más que de la autoridad de los Reyes. Los Bardos eran también la fuente de las jerarquías relativamente libres de Edil-Amarandh; ya que un Bardo podía proceder de cualquier lugar, incluso de la más pobre de las comunidades, era completamente concebible —y ocurría con frecuencia, especialmente durante los primeros siglos tras la Restauración— que los que estaban en el escalón más bajo pudiese dominar a los Sabios^[10].

Las regiones se llamaban reinos, pero no eran estrictamente reinos o principados en el sentido generalmente aceptado. Esto era así a causa de la autoridad dual de los

Bardos y los dirigentes, pues ambos compartían el gobierno de sus diferentes pueblos, y a causa de su naturaleza compleja mitigaban la autoridad absoluta. Durante muchos años esto evolucionó hacia un complejo sistema político y social, que difería en cada región, de estructuras autónomas mutuamente interdependientes. Parece ser que en muchas Franjas —las regiones que rodeaban a las Escuelas— y otras regiones funcionaban según una variante de la democracia: se elegía a un administrador por votación popular, y todos los adultos mayores de veinticinco años, sin importar cuál fuese su estatus social, tenían derecho al voto. Solo la monarquía funcionaba siguiendo un sistema de gobierno hereditario, y muchos Bardos veían esto como un sistema primitivo, con lo que se ubica en este «pecado original» la posterior muerte de la democracia^[11]. Aun así, se ha de admitir que la democracia, dentro de sus poderes limitados, gobernó un reino en paz durante varios siglos antes de degenerar en una guerra civil.

Se consideraba que el sistema dual —que solo podría compararse de manera aproximada a la división medieval de poderes seculares y religiosos entre iglesia y estado, pese a que este es solo un vacilante silogismo— había alcanzado su máximo ideal en la comunidad de los Dhyllin, donde Bardos y comunidad vivían y trabajaban juntos y cercanos, para beneficio y complacencia mutuos. En la práctica no siempre era ideal, y en ocasiones hubo desacuerdos y rivalidades que dieron lugar a riñas e incluso guerras, a veces entre Bardos y monarcas, a veces entre regiones rivales. Los Sabios consideraban todos estos acontecimientos como corrupción de la Luz^[12].



EL HABLA: NOTAS GENERALES



El Habla, el atributo definidor de un Bardo y misterio central del Saber, es un tema que ha dado que pensar a muchos pensadores Bárdicos durante siglos^[13]. Por lo tanto, mucho se debe de haber escrito al respecto, de lo que solo se presenta aquí un boceto con lo estrictamente esencial.

El Habla funciona como una lengua, con ciertas diferencias cruciales, y de hecho se podía aprender; era por ejemplo la lengua hablada por el pueblo Dhyllin como primera lengua. Pero en boca de aquellos que la aprendían, a diferencia de en aquellos que poseían el Don, esta no tenía virtudes Bárdicas.

Los Bardos la empleaban para hablar de asuntos de gravedad e importancia, pues se consideraba imposible mentir en Habla. Esto no es completamente cierto: los Gluma empleaban el Habla y eran capaces de mentir, pese a que con este uso no se consideraba Habla propiamente dicha, y se le ha llamado en ocasiones Habla Oscura o Negra. También está la cuestión de aquellos que alcanzaban el Habla pero nunca eran educados en el Saber o la Luz y, lo que resultaba más crucial, nunca llegaban a su Nombre Bárdico o Secreto (también conocido como Nombre Verdadero). Era esta una circunstancia que normalmente tenía consecuencias trágicas, ya que tales personas eran incapaces de comprender correctamente o de canalizar sus poderes, y nunca conseguían madurar su Don por completo. Esto era, por lo general, algo raro, aunque se fue haciendo más común a medida que las Escuelas cayeron en descrédito tras la desaparición de los Monarcas de Annar. También se daban casos de quien tenía solo un ligero Don. Estas personas habrían sido brujas de pueblo (de aquí la expresión «habla de brujas»), y por lo general hablaban una versión truncada y corrupta del Habla, con no más de unas cuantas palabras con potencia, pese a que a veces podían alcanzar un considerable, aunque limitado, poder. Pero no eran consideradas Bardos, ya que no alcanzaban el Habla por completo, ni tampoco sabían sus Nombres. En consecuencia, a veces se les llamaba los No Nombrados, para distinguirlos de los Sin Nombre, que son quienes han rechazado su nombre.

Esto convierte claramente la posesión del Habla en algo menos sencillo de lo que podría parecer en un principio. El hecho de que aquellos que no estuviesen en posesión del Don pudiese aprender el Habla sugiere que las virtudes del Habla no eran inherentes a las palabras en sí mismas, tal y como argumentaron muchos Bardos

en los Años Medios, sino que expresaba los misterios del propio cosmos dentro de sus relaciones sintácticas y las vibraciones de su sonido, de donde extraía sus poderes únicos^[14]. El principal argumento a favor de que su potencia era inherente a las palabras en sí mismas era la prioridad e importancia dada a los Nombre en el Habla, y a los Nombres Bárdicos. Es bastante probable que la verdad resida en una amalgama de ambos argumentos, tal y como señalaron otros Bardos.

Los Bardos eran los únicos que poseían Nombres Secretos, y el nombre de un Bardo ha sido y continúa siendo un misterio central que solo puede vislumbrarse parcialmente y darle vueltas para encontrarle sentido. El único documento escrito completo de una ceremonia de proclamación y Nombramiento acontece en *El enigma del Canto del Árbol*, que confirma más que niega la crucial importancia del ritual. Otros escritos indican que los misterios más importantes no eran escritos sino que se mantenían en los «anillos de memoria viva». En el texto del *Canto del Árbol*^[15] los autores se sienten obligados a defender su opción de documentarlo, destacando que, ya que la Oscuridad ha arrancado bosques de conocimiento por completo, «es necesario conservar, aunque sea de una forma tan rudimentaria, los Secretos que se nos dan a conocer, por si se diese el caso de que el Saber se desvaneciese de la faz de la tierra^[16]».

Parece ser que el Nombre de un Bardo era mucho más que una mera apelación o significante de estatus u origen, era el ser del Bardo, y su consecución era la señal de la maduración de un Bardo al poder completo. Quien conocía el Nombre Secreto o Verdadero de un Bardo tenía poder sobre él o ella, y por lo tanto los Nombres eran celosamente guardados y solo se le daban a los más íntimos como símbolo de confianza extrema. Rechazar el propio nombre era algo inaudito hasta el Conjuro de Vinculación de Sharma, y era visto como la más grande de las blasfemias. Aun así, Sharma de Den Raven fue el único Bardo que lo consiguió con éxito. Los Glumas no empleaban sus Nombres, pero eran incapaces de rechazarlos por completo, y aquellos que poseían los Nombres de los Glumas podían destruirlos.

Ya que el Habla no se aprendía de la manera habitual, y por lo tanto no estaba sujeta a las mismas fuerzas de cambio o variedades culturales, permanecía más constantemente que otras lenguas humanas. Los Bardos procedentes de regiones sumamente diferentes no tenían ninguna dificultad para entenderse entre ellos si empleaban el Habla, pese a los abismos entre tradiciones y culturas que los separaban. Aun así, lo cierto es que sí había variantes del Habla: aunque esta siempre brotaba, por así decirlo, del mismo tallo, los diferentes entornos la hacían crecer de maneras variadas. Había, por ejemplo, una diferencia apreciable, aunque ligera, entre el Habla de Afinil y el Habla de los tiempos de Maerad; y al oído de Maerad el Habla de Saliman, procedente de una región muy al sur, tendría el equivalente a un acento regional.

Quienes poseían el Don utilizaban el Habla para todas las Artes del Saber. El uso del Habla era central para la curación, el canto —que se tenía en gran aprecio como

arte de sabiduría— y todos los conjuros, e igualmente para las investigaciones —tales como astronomía o ciencias naturales— que estaríamos acostumbrados a considerar científicas. Los Bardos no hacían distinciones, como nosotros sí hacemos, entre arte y ciencia, ya que consideraban a ambas parte de un único Saber. El Habla también capacitaba a los que tenían el Don para hablar con los animales y, menos frecuentemente, con las plantas. El Habla no necesitaba ser físicamente pronunciada para tener potencia, los Bardos podían utilizarla de manera efectiva como una mera forma de pensamiento. Esto nos lleva a las diferencias más considerables e importantes entre el Habla y otras lenguas, que son las sutilezas de sus registros como forma de comunicación mental. Esto, por crucial que sea, no se puede explicar, y aquí deberíamos hacer una referencia a la paradoja Bárdica que dice que «el centro del Habla es el Silencio». También es esa la razón por la que, pese al hecho de que los Bardos tenían una cultura escrita muy sofisticada, la lengua oral y las artes mnemotécnicas que la acompañan continuaban teniendo preferencia.

Historia

Por lo general se ha considerado que aquellos que poseían el Don, conocidos como Gente de las Estrellas —Dhillareare— o Cantantes, aparecieron por primera vez en el Reino Interior al final de la Edad de los Elementales, unos cinco mil años antes de los acontecimientos relatados en *El Don*^[17]. No se guardó constancia, o una serie de años no se ha conservado, hasta la fundación de Afinil durante la Edad del Alba, más de mil años después del fin de la Edad de los Elementales. Había una tradición que proclamaba que mientras los Elementales se recluían en sus formas naturales, «una parte de su poder se dispersó de ellos y tomó forma humana, y así apareció, en los lugares en los que los Elementales habían morado, la Gente de las Estrellas. Y se les llamó así porque en sus ojos ardía un fuego distante, como si hubiesen venido de las estrellas, y se deleitaban en el fuego de estas y, a diferencia de otros pueblos que temían y maldecían la Oscuridad, amaban la Noche y la consideraban sagrada^[18]».

Había, por supuesto, otras tradiciones, incluso una recurrente teoría que sostenía que los Bardos habían llegado del oeste poco después de que las desastrosas Guerras de los Elementales hubiesen remodelado las tierras de Edil-Amarandh. Otro relato sostiene que los Bardos aparecieron primero en el norte, obligados a ir allí desde las tierras habitadas por los pueblos nómadas de Zmarkan. La verdad que pueda haber tras teorías en competencia, que ganaron popularidad tras la Restauración, podría ser que muchos de los Bardos de Annar creían que tener relación con los Elementales, por antigua que esta fuese, era considerado de mala reputación, ya que los Elementales se habían ganado la desconfianza de los annarienses desde la alianza de la Bruja de Hielo con El Sin Nombre. Fue esta alianza la que llevó a la derrota de Rocabarra, Reina de Lirion, y Laurelin, último Rey de Imbral, y a los males que vinieron a continuación: la matanza de los Dhyllin, la destrucción de Lirion e Imbral y la tiranía sobre el Reino Interior conocida como el Gran Silencio.

La Restauración de la Monarquía y de los Bardos ha sido narrada muchas veces. «La historia de la caída del Sin Nombre es larga, dura y desesperada, y muchas partes de esta nunca regresaron de la oscuridad», escribió Ghoran de Desor. «He pensado a

menudo en aquellos que lucharon contra él, solos, temerosos y desesperados, sabedores de que ni un susurro de su coraje vería un nuevo día. Durante muchas generaciones la tierra fue esclavizada, y los Guardianes de la Luz huyeron y se ocultaron en lugares lejanos, manteniendo en secreto el Saber, la Tradición, el Canto, el Habla. Y en su momento apareció un Rey del oeste, donde el linaje de Laurelin, último Rey de Imbral, se había mantenido vivo y oculto. Maninae, dirigido por la Luz surgida de las profundidades del tiempo, asumió su descalabrada herencia, y con gran sufrimiento los poderes del Sin Nombre se volvieron contra él, y al fin el reino de Annar fue liberado de la esclavitud y se restableció el Equilibrio. Fue este un tiempo de gran regocijo^[19]».

A Maninae se le atribuye el establecimiento de las Escuelas (las Libridha) por todo Annar, y la descentralización de la influencia de los Bardos: «Y en aquel tiempo Maninae decidió establecer su sede en Norloch, al este de Annar en la boca del río Aleph, y construyó una ciudad grande y hermosa, designó al Circulo de Grandes Bardos y, allí, él y la Reina Marva moraron en paz. Pero no deseaba tampoco que la Tradición y el Canto se volviesen ocultos y secretos, conocidos solo por una selecta élite. Decidió que la Tradición estaría más segura conservada en muchos centros, y así fue como fundó las Escuelas por todo Annar^[20]».

Se establecieron veinticinco Escuelas, en cada región de Edil-Amarandh, que se convirtieron en centros de aprendizaje y cultura. Hasta cierto punto esto era una mera formalización de una situación que ya tenía lugar: en los Siete Reinos existían comunidades de Bardos, en los lugares a donde se habían desplazado durante el Gran Silencio, y estas tuvieron un papel decisivo en la derrota del Sin Nombre.

Norloch prosperó como centro de la Luz en Annar, siendo tanto sede del gobierno como la más alta Escuela de la Luz, dos autoridades que en este punto ya se hallaban formalmente separadas por la renuncia de Maninae a su estatus de Bardo.

Sociedad

No es solo el origen de los Bardos lo que permanece envuelto en un velo de misterio, sino también la aparición del Don en cada individuo. La línea sucesoria no era ninguna garantía de tener el Don, que podía morir en una familia en la que anteriormente era fuerte y aparecer en una familia en la que era previamente desconocido. Esta característica tenía un profundo efecto en la organización social y política de Annar y los Siete Reinos^[21].

Las comunidades Bárdicas, en parte por esta razón y también debido a la longevidad de los Bardos, que a veces llegaba a superar el triple de la esperanza de vida de un ser humano común, eran considerablemente tolerantes. La discriminación

a causa del sexo o la raza era algo desconocido en Afinil, igual que se consideraba que los prejuicios de cualquier tipo nublaban el pensamiento y se evitaban por considerarse una corrupción del Misterio Bárdico. Los Bardos también veneraban lo que ellos llamaban «las Maneras del Corazón», que se consideraban un importante componente para la comprensión del Silencio de la Llama Blanca. Hubo místicos que escribieron largos poemas sobre este tema, el más famoso de los cuales es «Los Pájaros de Anakatin», de Lorica de Turbansk. Los Bardos tenían una sofisticada cultura de arte erótico, pese a que la idea occidental de libertinaje era desconocida, y el amor romántico se consideraba un misterio central. El amor homosexual no era considerado aberrante, y nunca fue perseguido como ocurría en regiones menos civilizadas de Edil-Amarandh. Se relata en muchas leyendas populares, tales como «La Leyenda de Lamark y Colun», igual que las leyendas de Andomian y Beruldh o Ardina y Ardhor narraban el amor entre hombre y mujer, o hombre y Elidhu.

El traer niños al mundo y la crianza de estos era también honrado, y estaba relacionado, de forma interesante, con el erotismo de un modo de nuevo desconocido en occidente, pese a que se puede distinguir algún vestigio de esto en el arcaico niño-dios griego Eros. Gracias a la larga vida de los Bardos —que hacía que la crianza de los hijos ocupase una proporción relativamente pequeña de sus vidas—, las mujeres nunca fueron consideradas meras procreadoras de hijos, como ocurre en algunos dogmas tradicionales, y parece ser que el cuidado de los niños era considerado responsabilidad no solo de los dos padres sino también de toda la sociedad adulta que tuviese relación con una criatura. La familia era un concepto mucho más amplio que la familia nuclear contemporánea, o incluso la antigua familia extensa.

Este valor específico de tolerancia se mantuvo mejor en los Siete Reinos de lo que lo hizo en Annar, donde las maquinaciones del Primer Círculo durante los Años Medios dieron lugar a ciertos desequilibrios, entre los que se incluían la designación de cada vez menos mujeres en el Círculo^[22]. En N945, no se recordaba que ninguna mujer hubiese sido designada Bardo del Primer o Segundo Círculo, y aquel hecho servía como justificación para no designar a más. Las Escuelas de los Siete Reinos opusieron fuerte resistencia a esta tendencia, y era condenada a menudo como distorsión del Equilibrio^[23]. Aun así, a partir del N500 aproximadamente, sucesivos Bardos lucharon agresivamente contra una ideología patriarcal. Los estudios de listas de Bardos en las diversas Escuelas revelan algunas figuras fascinantes. Muestran que alrededor de N700, todos los miembros del Primer y Segundo Círculo de Norloch eran varones, y que solo había tres Bardos femeninos en toda la Escuela. Esto muestra un agudo contraste con Escuelas como Baladh, Pellinor e Innail, donde la proclamación de Bardos Menores y la designación de los Bardos del Círculo reflejaban ampliamente la demografía de la población que los rodeaba: la proporción de mujeres proclamadas y designadas en cargos de autoridad era por lo general del cincuenta y dos por ciento, y los Bardos procedían de todas las clases sociales^[24].

Además, las listas de Norloch revelan que los Bardos proclamados procedían en su mayoría de las familias más ricas y poderosas, y hay pruebas de que los Bardos Menores de familias de bajo estatus, como los Pilanel, y las mujeres, eran enviados a probar suerte en otras Escuelas —acciones que iban explícitamente en contra de la Carta de las Escuelas establecida por Maninae^[25]—. Este cambio —que fue progresando lenta pero inexorablemente a lo largo de los siglos— comenzó con la incorporación del Triple Cetro de la Monarquía a la autoridad de la Llama Blanca hasta que bajo Enkir de Norloch, en el tiempo de los acontecimientos de *El Don*, los escritos de mujeres comenzaron a ser suprimidos activamente, y en principio se prohibió que se enseñase a las mujeres las artes de la autodefensa y, finalmente, cualquiera de las Artes^[26].

Cultura

Los Bardos crearon una cultura extraordinariamente sofisticada. Todavía es prácticamente imposible comprender toda la extensión de los Escritos de Annar, de los que se cree que forman la Biblioteca de Norloch casi al completo, que a su vez era depósito de muchos escritos procedentes de otras Escuelas. La traducción de los escritos hasta el momento no ha hecho más que rascar la superficie de lo que está disponible, y aquí puedo presentar el boceto más básico de los logros Bárdicos. Aunque algunos eruditos han deseado comparar la cultura Bárdica con la Europa Medieval, citando su relativo atraso tecnológico, esta cultura se acerca mucho más al Renacimiento humanístico en su curiosidad y complejidad científicas. La verdad es que ninguna de las dos comparaciones es pertinente: ambas oscurecen la singularidad esencial de los Bardos.

Estos no diferenciaban, tal y como nosotros hacemos, entre ciencia y arte; la alienación de estas ramas de conocimiento en la sociedad contemporánea hubiera desconcertado a un Bardo, acostumbrado a pensar en todo el conocimiento como parte de un único Saber. Una de las razones principales para esto era que su sistema de representación no estaba basado, como sí lo está el saber occidental, en las nociones aristotélicas de categorización, sino en sistemas de relación^[27]. Esta profunda diferencia explica, quizá, la sofisticadísima comprensión de los Bardos de lo que ahora se conoce como ciencias de complejidad (las ciencias biológicas, por ejemplo). Una ciencia que dependiese de la experimentación en laboratorio, por ejemplo, sencillamente no existía, pese a que se sabe que en las Escuelas de Suderain había matemáticos extremadamente avanzados y que los Bardos de Baladh formularon y emplearon leyes de la física en sus observaciones astronómicas. Eran conscientes de la existencia de átomos y partículas subatómicas, teorizaron sobre la

materia y la energía como fuerzas vibratorias musicales, anticipándose a la física cuántica y a la teoría de cuerdas, y el Bardo Thorkon de Turbansk propuso una teoría bastante similar a la de la relatividad^[28].

Entre otros descubrimientos más asombrosos están el hecho de que los Bardos tuviesen una teoría básica sobre la evolución y la selección natural, que se ve claramente en los muchos textos escritos acerca del juego del gis, muy popular en la cultura Bárdica. Muchos Bardos escribieron acerca de este juego, pero fue Intathen de Gent el primero en teorizar sobre el gis como un modelo de poblaciones de especies en competencia, e incluso las tendencias evolutivas dentro de una única psique^[29]. Malikil de Jerr-Niken teorizó sobre la herencia genética en el año N755 en *El telar de la Luz*, donde registró sus meticulosas observaciones sobre el cultivo y el cruce de polen en las plantas de ikil. Es incluso posible, dado el predominio del símbolo de la doble hélice en la escritura bárdica, que los Bardos conociesen la existencia del ADN.

No resulta sorprendente que sus técnicas médicas estuviesen muy avanzadas, pese a que muchas prácticas todavía dependían de los poderes que iban asociados al Habla, y por lo tanto continúan siendo un misterio. El Habla, que los Bardos consideraban la base de sus poderes mágicos, es algo de lo que todavía sabemos muy poco. La mayoría de los expertos creen que los Bardos sabían de la existencia de bacterias y virus, y hay quien argumenta que es posible que hubieran llegado a verlos; a partir de las observaciones astronómicas se tienen pruebas de que la ciencia y la práctica de la óptica estaban muy desarrolladas, y es posible que pudiesen haber inventado microscopios, pese a que todavía no hay pruebas de ello. Se sabe que las prácticas médicas destacaban la importancia de la higiene para evitar infecciones y que los Bardos practicaban la inoculación contra las enfermedades. Incluso existen instrucciones para producir pociones antibióticas para «extinguir las esporas de las enfermedades invasoras^[30]».

La literatura y las artes Bárdicas son sorprendentes por su variedad y profusión, e incluyen grandes obras maestras de música, poesía y pintura. Los Bardos habían desarrollado un complejo sistema para escribir música, a la que veneraban como el arte más cercano a la Luz, y una buena parte de la música descifrada hasta el momento suena muy «moderna» al oído. Se deleitaban en la inventiva métrica y lingüística y empleaban una vasta serie de formas en su literatura poética; su sentido de la estética aborrecía los dogmatismos de cualquier tipo como una «atenuación de la Luz». Solo las hermosas ilustraciones de los escritos permanecen ahora como recordatorio de su arte visual, pese a que los escritos hablan de una arquitectura extraordinaria y señalan el extenso predominio de murales y esculturas en todas las comunidades Bárdicas. La imagen más completa de la cultura Bárdica descubierta hasta el momento es *El Enigma del Canto del Árbol*^[31], y hay especulaciones muy extendidas que dicen que este libro se escribió para combatir la desinformación acerca de los Bardos extendida por Annar en la época.

Por desgracia los principios espirituales centrales de los Bardos —lo que se considera la Luz, por ejemplo, o algo más allá de algunas notas generales y extremadamente ambiguas acerca de su idea de la vida después de la muerte— continúan fuera de nuestra comprensión en el presente. Esto se debe, en parte, a la práctica Bárdica de comunicar la mayor parte de los misterios de manera oral: es de crucial importancia recordar que en la cultura Bárdica la oralidad y la literatura discurrían en paralelo, como ocurría en la Grecia clásica durante los pocos siglos de sus mayores logros.

También es de vital importancia comprender que conceptos cruciales como la Luz y el Equilibrio no implican una noción de Dios antropomórfica. Si poner en cuestión la significación espiritual dada a la Luz y los fuertes imperativos morales contenidos en el Equilibrio, parece justo decir que estaban mucho más cercanos a las fuerzas de la naturaleza que a nociones monoteístas de un Creador que castiga y premia^[32]. Resulta tentador, si bien anacrónico, hacer especulaciones acerca de si, pese a su magia, los Bardos podrían haber creado una de las sociedades seculares más genuinas nunca antes conocidas.



ALISON CROGGON (Sudáfrica, 1962). Ha vivido en Australia toda su vida, país en el que se le considera una de las mejores autoras de poesía dentro de la generación que emergió en la década de los 90, pero ha cultivado todos los géneros, incluyendo la crítica, el teatro y la prosa.

Su incursión en el mundo del Fantasy con la serie de «*Los libros de Pellinor*» la ha convertido en una de las autoras con más éxito internacional en su género, como lo demuestran las listas de más vendidos en USA, Gran Bretaña y Alemania entre otros muchos países y los innumerables galardones que ha merecido por la saga, como el Top 10 de Amazon.com en el 2005 y el premio al mejor libro de Fantasy de la prestigiosa revista «Kirkus Reviews».

Notas

[1] Ver CROWE, Jacinta, *Geografías posibles*, Gondwana Press, Melbourne, 1991, y SPENCE, Lewis, *Historia de Atlántida*, Ryder and Co., Londres, 1926. <<

[2] En lo referido a la mayor parte de la información sobre la historia de Edil-Amarandh, estoy en deuda con el amplio estudio de Jacqueline Allison, *Los Escritos de Annar: la historia reescrita*, Querétaro University Press, México, 1998. <<

[3] Otras fuentes de importancia han sido *Historia de Edil-Amarandh y sus pueblos*, de Lanorgil de Pellinor (N307) y *El Enigma del Canto del Árbol*, de Maerad de Pellinor y Cadvan de Lirigon, Biblioteca de Busk (N1012). <<

[4] *Leyendas de los Elidhu*, del Bardo Jikarren, Afinil (A237). <<

[5] *Historia de Edil-Amarandh y sus pueblos*, de Lanorgil de Pellinor (N307). <<

[6] Un fascinante y fidedigno estudio de los escritos Bárdicos puede encontrarse en JUSTER, Anshelm, *Die Urschrift von Annaren*, Bundes Studienverlag, Northeim, 1999. <<

[7] *Sharma, rey de nada*, del Bardo Nindar, Biblioteca de música de calle (A2153). <<

[8] Para obtener una disertación sobre lo que se conoce como las ideas Bárdicas acerca de la vida eterna, ver lo capítulos IV-VI de JAMES, Charles A. (ed.), *Conocer la Luz: estudios comparativos de las prácticas espirituales annarienses*, Cipher Press, Oxford, 2001. <<

[9] Para conocer la historia de Den Raven, ver *Crónica del Reino Negro*, de Callachan de Gent, traducido por Jessica Callaghan, Coromandel Press, Albania, 1996. <<

[10] Puede hallarse una completa disertación sobre las complejas sociedades de Edil-Amarandh en CASAGRANDE, Alannah (ed.), *Genealogías de la Luz: el poder en Edil-Amarandh*, Sorensen Academic Publishers, Chicago, 2000. <<

[11] Ver los Cantos 54-58 del ciclo de poemas de Saliman de Turbansk, *El círculo de la vida* (N915). <<

[12] *El Equilibrio*, de Lilidh de Turbansk (N419), se considera la articulación más comprensible de esta idea. <<

[13] Ver el estudio pionero de Jerome Casson sobre el Habla, *La Parole d'Edil-Amarandh*, La Deuxieme Université, París, 1996. <<

[14] Durante siglos hubo grandes discusiones entre Bardos acerca del origen y poder del Habla, pero los principales desacuerdos fueron excelentemente resumidos por Hulmir de Norloch (N367) en *La Luz de las Palabras: discurso sobre Nombres Sagrados* y en una serie de diálogos llamados *Las pieles del Habla*, de Salmira de Jerr-Niken (N456), de los que se dice que fueron destruidos en el saqueo de Jerr-Niken. Posteriores comentarios y copias parciales que han sobrevivido indican que fue la primera en teorizar con autoridad sobre la naturaleza sintáctica del Habla. <<

[15] Libro 2, *El Enigma del Canto del Árbol*, de Maerad de Pellinor y Cadvan de Lirigon, Biblioteca de Busk (N1012). <<

[16] *Ibid.* <<

[17] Ver ALLISON, Jacqueline, *Los Escritos de Annar: la historia reescrita*, Querétaro University Press, México, 1998. <<

[18] *La historia del Habla de las Estrellas*, del Bardo Menellin (A1464). <<

[19] *Del Silencio*, de Goran de Desor, Biblioteca de Desor (N134). <<

[20] *Ibid.* <<

[21] Ver CASAGRANDE, Alannah (ed.), *Genealogías de la Luz: el poder en Edil-Amarandh*, Sorensen Academic Publishers, Chicago, 2000. <<

[22] JONES, Anna C., *Mujeres de las Estrellas*, Pimon and Huster, Toronto, 1997. <<

[23] Ver *De las Mujeres*, de Selimor de Norloch (N808), para obtener un ejemplo de argumentos anti-femeninos, y con respecto a las condenas de estos: *El Círculo de la Vida*, de Saliman de Turbansk (N915), y *En nombre del Equilibrio*, de Oron de Innail (N960). <<

[24] JONES, Anna C., *Mujeres de las Estrellas*, Pimon and Huster, Toronto, 1997. <<

[25] *Paur Libridha*, de Maninae, Rey de Annar (N23), fue el texto con más autoridad e influencia en la constitución de las Escuelas. Su importancia podría ser comparada a la de la *Carta Magna*. <<

[26] Libro 3, *El Enigma del Canto del Árbol*, de Maerad de Pellinor y Cadvan de Lirigon, Biblioteca de Busk (N1012). <<

[27] Para obtener una disertación completa sobre este tema, ver ARMSTRONG, Claudia, *Saber no categórico: las tres Artes de la Gente de las Estrellas*, Grayden University Press, Baltimore, 1999. <<

[28] *De la sustancia de la Luz*, de Thorkon de Turbansk (N615). <<

[29] *Las olas respiratorias del gis*, de Intathen de Gent (N560). <<

[30] *Las artes curativas*, del Malbul de Lirigon (N238). <<

[31] El análisis más completo del *Naraudh Lar-Chane* es el de ARMONGATH, Christiane, *L'Histoire de l'Arbre-chant d'Annar*, L'Institut d'Etudes Superieures, Niza, 1995. <<

[32] JAMES, Charles A. (ed.), *Conocer la Luz: Estudios comparativos de las prácticas espirituales annarienses*, Cipher Press, Oxford, 2001. <<